

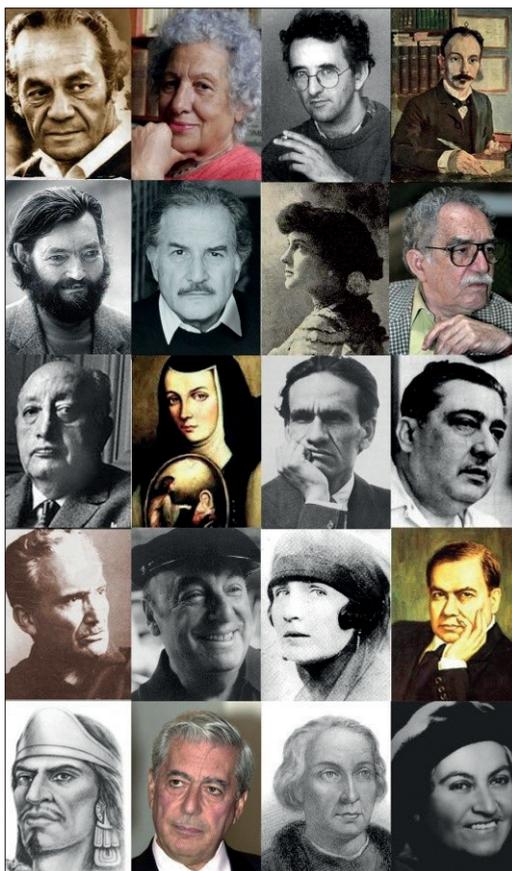
MANUAL DE LITERATURA HISPANOAMERICANA



ALBERTO TORRES FERNÁNDEZ

UNIVERSIDAD DE LETONIA
FACULTAD DE HUMANIDADES

MANUAL DE LITERATURA HISPANOAMERICANA



ALBERTO TORRES FERNÁNDEZ

Alberto Torres Fernández

MANUAL DE LITERATURA HISPANOAMERICANA



**UNIVERSITY
OF LATVIA**

El manual está orientado a los alumnos de Humanidades que tienen el español como segunda lengua a nivel B2 del MCER y han decidido aplicar sus conocimientos al estudio de la Literatura. Abarca de forma muy clara y cronológica las principales etapas del desarrollo de la literatura hispanoamericana así como a sus autores más destacados. El material teórico está complementado con ejercicios que mejoran la comprensión lectora y la práctica discursiva.

Redacción: Alla Placinska

Corrección del texto en español: Miguel Ángel Pérez Sánchez

Maquetado: Andra Liepiņa

© Alberto Torres Fernández, 2019

© Universidad de Letonia, 2019

ISBN: 978-9934-18-446-8

Introducción

El Manual de Literatura Hispanoamericana va dirigido a los estudiantes de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Letonia que han elegido el módulo español en la carrera de sus estudios de grado, por lo tanto tiene un carácter de divulgación y de síntesis. La intención es dotar de un material metodológico adecuado a los estudiantes que asisten a las clases de Historia de la literatura y el arte hispanoamericanos y cuyo nivel de español haya alcanzado el nivel B2 del Marco Común Europeo de Referencia para las lenguas. No se trata de un mero texto escolar, sino un repertorio de la literatura hispanoamericana donde se intenta resumir cronológicamente a los principales autores, se tratan conceptos clave relacionados con la competencia cultural en la enseñanza de español como lengua extranjera y se ofrece a los lectores una amplia gama de temas literarios relacionados desde una perspectiva teórica y práctica.

La organización de temas y textos escogidos sigue un orden rigurosamente histórico, desde la literatura prehispánica hasta la época contemporánea. Cada uno de los temas va seguido por una serie de actividades que incluyen la lectura y una serie de preguntas afines al texto, preguntas completamente técnicas, así como de comprensión lectora y lingüística.

Debido a la aplicación del enfoque por tareas, el manual se convierte en una herramienta pedagógica idónea para animar a los estudiantes tanto al estudio como al disfrute de la literatura.

Al tratarse de literatura de siglos anteriores cuyos textos pueden suponer una gran dificultad lingüística para el alumnado, algunos de los textos se ofrecen en su versión adaptada. Al mismo tiempo cabe mencionar que la mayoría de los textos son originales y de fácil comprensión.

Manual de Literatura Hispanoamericana

El manual está pensado como una base para las clases presenciales de los estudiantes y que una vez fuera del aula puedan trabajar tranquilamente con los textos literarios. Asimismo, está concebido como un apoyo para los seminarios, trabajos escritos y controles sobre los temas de esta asignatura.

Alberto Torres Fernández

Índice

Tema 1: Literatura prehispánica	7
Tema 2: Los orígenes (siglo XVI)	20
Tema 3: El Barroco (siglo XVII)	41
Tema 4: Del Rococó al Neoclasicismo (siglo XVIII)	48
Tema 5: Del Neoclasicismo al Romanticismo (1800-1832)	56
Tema 6: El Romanticismo (1832-1862)	75
Tema 7: Del Romanticismo al Modernismo (1862-1888)	109
Tema 8: Realismo, Naturalismo y Modernismo (1888-1910)	130
Tema 9: Postmodernismo, Vanguardismo y Criollismo (1910-1940)	207
Tema 10: Literatura contemporánea	330
Bibliografía	461

Tema 1: Literatura prehispánica

La literatura prehispánica abarca toda la literatura escrita antes de la llegada de los españoles a finales del siglo XV y principios del XVI. Esta literatura comprende tres grandes grupos lingüísticos: el náhuatl, el maya y el inca aunque en cada uno de estos grupos hay ramificaciones o variantes. Igualmente coincide con los grandes estados o naciones, en Mesoamérica: el Imperio Azteca y las Ciudades-estados Mayas, y en los Andes, el Imperio de Tihuantisuyo o Inca. También en estas regiones hubo otros pueblos como los olmecas, toltecas, chichimecas, aimaras, guaraníes, etc. que también cuentan con manifestaciones literarias.

Las características generales de la literatura prehispánica son el predominio de la oralidad, la tendencia al anonimato y la colectividad donde predomina lo agrario y el panteísmo. Hay que destacar que algunos pueblos como los aztecas y mayas poseían una desarrollada escritura jeroglífica (los códices), mientras que los incas usaban los llamados quipu, un conjunto de cuerdas de diferentes colores con nudos diferentes (algunos expertos coinciden que usaban el quipu para contabilizar, aunque otros, sostienen que era una especie de sistema gráfico). Esta literatura indígena o prehispánica se divide en dos períodos: la anterior a la llegada de los europeos y la recogida por los misioneros desde el siglo XVI.

Literatura maya-quiché

Los mayas asentados en Guatemala, Honduras, El Salvador y los estados de Yucatán, Campeche, Tabasco y Chiapas en México, no solo asombran por los conocimientos que llegaron a poseer en el campo de las matemáticas, la astronomía y otras ciencias, sino también por

sus contribuciones a las letras y las artes. Los mayas desarrollaron el primer sistema de escritura de América usando glifos y pinturas. Este pueblo tenía gran afición por la literatura y escribieron muchos libros, llamados códices (la gran mayoría ha desaparecido por causas naturales o la acción fanática de los españoles). Los códices mayas, escritos en un sistema de jeroglíficos conocidos solo por los sacerdotes, servían para registrar mitos, historias, datos astronómicos y augurios. Han llegado hasta nuestros días algunos códices como el *Dresdenis* o *Dresde*, el *Cortesianus* o *Madrid* y el *Peresianus* o *París*.

Ya posterior a la conquista las narraciones, más o menos extensas, de origen oral fueron escritas por mayas alfabetizados en el siglo XVIII, entre estos libros encontramos el *Popol Vuh* o *Libro del Consejo*. Es la obra más importante de los mayas, a veces mal llamada “Biblia maya”, una especie de recopilación de sucesos históricos y legendarios y de las creencias cosmogónicas más importantes. El manuscrito original, escrito en jeroglíficos o dibujos, se ha perdido y solo se conserva una copia y traducción hechas por el padre Francisco Ximénez. La prosa narrativa muestra emoción, soltura y produce un encantamiento especial, el lector se ve atrapado en ese mundo perdido. Sobresale el sentido patriótico y la notable inspiración poética. El tono general de la obra es melancólico, con profundidad filosófica.

Otra obra notable el *Chilam Balam* o *Libros del Chilam Balam* perteneciente a varios pueblos del Yucatán y escritos después de la conquista, adaptando los fonemas de la lengua maya a los caracteres latinos. Las copias que se conservan son copias de copias y provienen de escrituras de dibujos o de tradiciones orales. Su contenido ofrece una enorme cantidad de materias: historia, astronomía, religión y hasta medicina y otros asuntos. Parece haber sido escrito por un indígena de Yucatán y expresa la angustia, desesperación y dolor de los indígenas ante la destrucción de su cultura y religión por los conquistadores, hecho que había sido profetizado por sus sacerdotes.

Hay también otros libros productos de transcripciones como la *Historia Quiché* (1580) hecha por Juan de Torres y la traducción al español del *Título de los Señores de Totonicapán* (1554). Uno de los pueblos en tradición escrita es el cakchiquel que dejaron sus memorias escritas en caracteres latinos: *Memorial de Sololá*.

Todo parece indicar que el arte dramático de los indígenas llegó más allá de los simples cantos, danzas y pantomimas y que conocieron

un teatro con técnica muy avanzada. Buen ejemplo de ello es la tragedia-danza en lengua quiché titulada “Rabinal Achí”, puesta por escrito en 1850 por el indio Bartolo Zis, del pueblo guatemalteco Rabinal, en 1855 se la dictó al abate Basseur de Bourbourg. La obra no tiene semejanzas con el teatro español y sí carácter pagano, pues concluye con el sacrificio humano en la piedra ritual. La parte más interesante es el duelo de palabras entre el guerrero Rabinal (Rabibal Achí) y el guerrero Queche (Queche Achí), siendo este sacrificado al final en la piedra ritual del sacrificio.

Actividades

1. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

Los señores de Xilbalba: Sangre, Ictericia, **Cráneo** e **Infortunio**, que vivían en el mundo subterráneo querían desaparecer a los hombres para quedarse como dueños absolutos de la Tierra, pero esto no fue posible.

Un día Ixquic (campesina simple), estaba en el campo y se dirigió a un árbol del cual salía una voz que le dijo:

– Tu vas a ser la madre de mis hijos, así que dirígete a la casa de la abuela y dile lo que te acabo de decir.

Ixquic **obediente** se dirigió a la casa de la abuela con ayuda de las **aves mensajeras**.

Al llegar la abuela la recibió muy mal y le preguntó qué era lo que deseaba, y ella le dijo todo lo que le había dicho el árbol, pero la abuela no le creyó y le dijo que si eso era cierto tendrían que pasar por unas pruebas: primero le dijo que fuera al campo y que trajera un **canasto** lleno de maíz y así fue y luego le dijo que si esos eran sus nietos tendrían que nacer en lo más alto de la montaña y entre **espinas** y que al tercer día tendrían que regresar caminando con sus propios pies y crecidos.

Al tercer día regresaron tal y como lo había dicho la abuela, ésta se quedó sorprendida y les dijo que si querían vivir ahí tendrían que atender a sus otros nietos y a ella, Hunahpú e Ixbalanqué, sin reclamar dijeron que así sería.

Un día Hunahpú e Ixbalanqué le dijeron a la abuela que no sabían **trepar** a los árboles y entonces la abuela les dijo a sus otros nietos que les enseñaran y cuando les enseñaron, subiéndose a uno ya no volvieron a bajar. Desde ese día fueron los únicos nietos de la abuela.

Las aves mensajeras mandadas por los señores de Xilbaba, les dijeron a Ixbalanqué y a Hunahpu que los señores del mundo subterráneo los invitaban a jugar pelota, ellos sin duda aceptaron y le dejaron a su madre y a su abuela su una caña para que la cuidaran todos los días y que si un día se secaba significaba que ya nunca los volverían a ver.

Fragmento de *El Popol Vuh* (anónimo)

- Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- ¿Qué tipo de narrador encontramos en este fragmento?
- ¿Cuál es el tiempo y el espacio de la narración?
- Gran parte de esta obra trata de la creación del mundo: plantas, animales, etc. En el fragmento se mencionan a los nietos de la abuela. ¿Puedes identificar qué animales han sido creados partiendo de los nietos de la abuela?
- ¿Qué conflicto aparece entre los personajes de este fragmento?
- ¿Los hijos de la campesina de qué material fueron creados?
- Haz un resumen de los personajes del fragmento con sus características.

2. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

Capítulo primero

Esta es la relación de cómo todo estaba en suspenso, todo en calma, en silencio; todo inmóvil, callado, y vacía la extensión del cielo.

Esta es la primera relación, el primer discurso. No había todavía un hombre, ni un animal, pájaros, peces, **cangrejos**, árboles,

piedras, **cuevas**, **barrancas**, hierbas ni bosques: sólo el cielo existía.

No se manifestaba la **faz** de la tierra. Sólo estaban el mar en calma y el cielo en toda su extensión.

No había nada que estuviera en pie; sólo el agua en reposo, el mar **apacible**, solo y tranquilo. No había nada **dotado** de existencia.

Solamente había **inmovilidad** y silencio en la oscuridad, en la noche. Sólo el **Creador**, el **Formador**, Tepeu, Gucumatz, los Progenitores, estaban en el agua rodeados de claridad. Estaban ocultos bajo plumas verdes y azules, por eso se les llama Gucumatz. De grandes sabios, de grandes pensadores es su naturaleza. De esta manera existía el cielo y también el Corazón del Cielo, que éste es el nombre de Dios. Así contaban.

Llegó aquí entonces la palabra, vinieron juntos Tepeu y Gucumatz, en la oscuridad, en la noche, y hablaron entre sí Tepeu y Gucumatz. Hablaron, pues, consultando entre sí y **meditando**; se pusieron de acuerdo, juntaron sus palabras y su pensamiento.

Entonces se manifestó con claridad, mientras meditaban, que cuando amaneciera debía aparecer el hombre.

Entonces dispusieron la creación y crecimiento de los árboles y los bejucos y el nacimiento de la vida y la creación del hombre. Se dispuso así en las tinieblas y en la noche por el Corazón del Cielo, que se llama Huracán.

El primero se llama Caculhá-Huracán. El segundo es Chipi-Caculhá. El tercero es Raxá-Caculhá. Y estos tres son el Corazón del Cielo.

Entonces vinieron juntos Tepeu y Gucumatz; entonces conferenciaron sobre la vida y la claridad, cómo se hará para que aclare y amanezca, quién será el que produzca el alimento y el sustento.

— ¡Hágase así! ¡Que se llene el vacío! ¡Que esta agua se retire y desocupe [el espacio], que surja la tierra y que se afirme! Así dijeron. ¡Que aclare, que amanezca en el cielo y en la tierra! No habrá gloria ni grandeza en nuestra creación y formación hasta que exista la criatura humana, el hombre formado. Así dijeron.

Luego la tierra fue creada por ellos. Así fue en verdad como se hizo la creación de la tierra: — ¡Tierra! — dijeron, y al instante fue hecha.

Como la **neblina**, como la nube y como una **polvareda** fue la creación, cuando surgieron del agua las montañas; y al instante crecieron las montañas.

Solamente por un **prodigio**, sólo por arte mágica se realizó la formación de las montañas y los valles; y al instante brotaron juntos los **cipresales** y **pinares** en la superficie.

Y así se llenó de alegría Gucumatz, diciendo :

— ¡Buena ha sido tu venida, Corazón del Cielo; tú, Huracán, y tú, Chipi-Caculhá, Raxá-Caculhá!

— Nuestra obra, nuestra creación será terminada — contestaron.

Primero se formaron la tierra, las montañas y los valles; se dividieron las corrientes de agua, los arroyos se fueron corriendo libremente entre los cerros, y las aguas quedaron separadas cuando aparecieron las altas montañas.

Así fue la creación de la tierra, cuando fue formada por el Corazón del Cielo, el Corazón de la Tierra, que así son llamados los que primero la fecundaron, cuando el cielo estaba en suspenso y la tierra se hallaba sumergida dentro del agua.

De esta manera se perfeccionó la obra, cuando la ejecutaron después de pensar y meditar sobre su feliz terminación.

Fragmento de *El Popol Vuh* (anónimo)

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) Haz un listado de los dioses que aparecen en el fragmento, así como sus características.
- c) ¿En qué orden se va creando el mundo?
- d) ¿Qué faltaba en el mundo?
- e) ¿Qué tipo de narrador tiene este capítulo?
- f) ¿Qué tiempo y espacio tiene?

Literatura náhuatl o azteca

La civilización azteca fue una de las culturas indígenas que los españoles encontraron en pleno esplendor a su llegada al Nuevo Mundo. Constituían la civilización más brillante del centro y sur de México. Aparte de su organización política y social muy avanzada cultivaban con mucho éxito la arquitectura, escultura, orfebrería, tejidos y cerámica. El famoso calendario azteca prueba sus conocimientos en astronomía y en la precisión al medir el tiempo, así como las fases de la luna y los planetas.

Las artes literarias alcanzaron mucho desarrollo gracias a la transmisión oral y posteriormente, a la fabricación del papel. El uso del papel al principio fue privativo de los sacerdotes, escritores y poetas, pero luego se empezó a comerciar en los mercados. Aunque no en el sentido moderno de esa palabra, contaron con una interesante literatura, de carácter fundamentalmente oral. Las obras más importantes eran memorizadas por algunos individuos, que luego las dieron a conocer a los españoles.

También tenían un teatro ritual, pantomímico o de mímica, sobresaliendo las representaciones dedicadas al dios Quetzalcoatl, quién había enseñado a los hombres las industrias, las artes y las ciencias. Estas obras se representaban en el palacio de Netzahualcoyotl, el rey-filósofo de Texcoco. Había un teatro en la plaza del mercado de Tlaltelolco, según las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés. Este cronista también describe el teatro de la plaza de Tenochtitlán. El llamado *Himno a Tláloc* es una obra dramática en forma de diálogo.

Según el cronista español Fray Diego Durán (1538-1588) había escuelas de danzas dirigidas por los sacerdotes de Texcoco, Tenochtitlán, Tlacopán y Tabuca y en ella se aprendía el arte de la mímica. También dejaron libros o anales sobre acontecimientos históricos, mitológicos, astronómicos, calendarios, etc. Las más notables de estas narraciones en prosa es el famoso *Códice Ramírez*, escrita con base en lo narrado por un indio.

La lengua náhuatl era la más extendida en Mesoamérica, servía como lengua franca entre diferentes pueblos. Hoy se sabe que existió una rica literatura en esa lengua, pero solo nos han llegado fragmentos, recogidos y transcritos al castellano por cronistas, sacerdotes y

eruditos. Esta literatura tiene unas características muy particulares que a veces comparte con la maya-quiché. Es frecuente el uso de:

1. Paralelismos o balanceos: consiste en repeticiones de un mismo concepto, palabra o frase por medio de dos o más frases semejantes, incluso sinónimas.

“El llanto se difunde, las lágrimas gotean”

2. Difrasismo: surge como reflejo del uso de ideogramas que representan conceptos por medio de objetos relacionados con ellos. Surge al yuxtaponer dos palabras que nos dan por asociación el nombre de otra.

“xóchitl cuicatl” (flor y canto) que significa *poema*

3. Metáforas: toda poesía usa el lenguaje metafórico, y entre las que encontramos en nahuatl algunas de las más relevantes son:: aves, piedras preciosas, flores, etc.

“nuestro hermoso canto: un dorado pájaro cascabel”

4. Forma negativa e imperativa de los enunciados: es una forma de construcción de la prosa, se expresa mediante la negación al comienzo de la frase.

“No seas cual culebra, no te hagas el resabido”

5. Estribillos

6. Eufonía: la modificación de un sonido para suavizar la expresión o mantener la rima.

7. Partículas reverenciales: le dan a la palabra un tono de respeto, elegancia y propiedad.

Es frecuente encontrar en la literatura náhuatl los siguientes temas: el religioso (predominante), el guerrero o bélico, la queja del abandono del mundo y la presencia de la muerte. La narrativa: hay que buscarla en los cronistas como Sahagún o Fernando Alva Ixtlilochitl que recogieron gran cantidad de mitos, leyendas, tradiciones y cuentos.

En poesía “in xóchitl in cuicatl” que se traduce como “flor y canto” o “palabra florecida” vamos a encontrar una serie de poetas relevantes, algunos de ellos son: Netzahualcáyotl (1402-1472), Juan Bautista Pomar (1536-1590) recopilador, Bernardino de Sahagún (1499-1590) y Fernando Alva Ixtlilochitl (1568-1648).

Actividades

1. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Con flores escribes

Con flores escribes, Dador de la Vida,
con cantos das color,
con cantos sombreas
a los que han de vivir en la tierra.
Después destruirás a águilas y tigres,
sólo en tu libro de pinturas vivimos,
aquí sobre la tierra.
Con tinta negra borrarás
lo que fue la hermandad,
la comunidad, la nobleza.
Tú sombreas a los que han de vivir en la tierra.

Nezahualcóyot

- a) ¿Cuál es el tema del poema?
- b) ¿Cuál es el argumento del poema?
- c) ¿Qué campos semánticos aparecen en el poema?
- d) Busca en el poema los siguientes recursos literarios:

metáforas	anáfora
1.	1.
2.	
3.	
4.	

2. Lee el siguiente poema y responde las preguntas.

¿A dónde iremos?
¿ A dónde iremos
donde la muerte no existe?
Mas, ¿por esto viviré llorando?
Que tu corazón se enderece:

Aquí nadie vivirá por siempre.
Aun los príncipes a morir vinieron,
Los bultos funerarios se queman.
Que tu corazón se enderece:
Aquí nadie vivirá para siempre.

Nezahualcóyot

- a) ¿Cuál es el tema del poema?
- b) ¿Cuál es el argumento del poema?
- c) ¿Qué campos semánticos encontráis en el poema?
- d) Busca una metáfora
- e) Busca dos repeticiones
- f) Busca un hipérbaton

Literatura incáica

Los incas llegaron a organizar un formidable imperio que todavía hoy asombra a los estudiosos, extendido por el Perú, Bolivia, la mitad norte de Chile, el noroeste argentino y la mitad sur de Ecuador. Esta civilización se distinguió en la construcción de caminos, puentes, correos y un sistema económico con bases comunitarias. Mostraron así mismo gran habilidad en la cerámica y tejidos. Desarrollaron también la escultura y, especialmente, la llamada “ciclópea” porque construían edificaciones con piedras enormes sin llegar a usar cemento, una técnica parecida a la de los romanos. Inventaron los quipus, un curioso sistema de memorización a modo de escritura y desarrollaron las industrias y las ciencias, sobre todo en la medicina pues llegaron a hacer operaciones del cerebro.

Aunque no conocieron la escritura sabemos por el testimonio de varios cronistas de Indias (El Inca, Garcilaso de la Vega, el padre José Acosta, Pedro Cieza de León y otros) que tenían una notable literatura de transmisión oral, así como la importancia que otorgaban a las actividades teatrales. Y aunque no se les puede dar el nombre actual de comedias y tragedias, lo cierto es que existió un teatro inca. Parece que el teatro tenía una finalidad política y era una mezcla de danza y acción dramática. Todavía se conservan las ruinas del famoso

anfiteatro incaico de Cuzco, su antigua capital. Se han rastreado obras dramáticas que se representaban antes de la llegada de los españoles. Destaca el drama *Ollantay* de asunto indígena pero con una estructura dramática copiada del teatro español y escrito después de la conquista. Es un drama histórico en el que actúan personajes reales. La trama: los amores del militar Ollantay con la princesa Cusi Qcoyllur. El rey Pachacutec se opone y Ollantay se rebela. Pero es traicionado y conquistado. Los elementos temáticos son: el amor filial, la fidelidad conyugal, la humanidad hacia el vencido, la magnanimidad real y el espíritu militar. Más que una tragedia es un drama histórico que servía para recordar al pueblo la vida de los señores.

También cultivaron otras formas literarias. Tenían cantores profesionales (haravecs) que recitaban ante la corte y en festividades públicas. Paralela a la literatura oficial de los amautas (hombres sabios, filósofos, escritores, etc.), se cultivó ampliamente una poesía lírica, que se distingue por su tono de melancolía, sentimentalidad, con un fondo filosófico y casi siempre asociada a la música o a la danza. Había himnos de tema religioso, heroico o agrícola. Otros eran de tono ritual y épico como el *Himno de Manco Qhapaj*. La forma más famosa de la lírica eran las varias especies de “yaravies” y “arawi”: elegías de amor, canción de arrepentimiento o de la gracia. Había una tercera forma lírica, los “wawaki” que era un canto dialogado y coral. También existió una forma de fábula humorística, los “aranway”.

Hay una serie de cronistas de origen incaico que dieron los primeros frutos de la literatura inca. Uno de ellos, y el más conocido, fue Garcilaso de la Vega, El Inca, (1539-1616) hijo de español e india, se le considera el primer mestizo biológico y cultural de América, ya que supo asumir y conciliar sus herencias culturales. Su obra *Comentarios Reales* constituye el más antiguo ejemplo de la lírica incaica. Recibió una educación esmerada, sus lenguas natales eran el español y el quechua, también dominaba el latín. Por parte de la familia materna estaba emparentado con la élite gobernante incaica lo que explica sus descripciones de los incas como monarcas benévolos y justos como un lugar idílico. Otro cronista fue Juan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui Salcamayhua (f.s.XVI-pr.s.XVII), de origen indio, nos dejó *Relación de las antigüedades deste Reyno del Piru* (1629) recopilación de tradiciones incaicas, acompañadas de dibujos y escritas en un castellano rudimentario, mezclado con frases en quechua y aimara.

Actividades

1. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Himno a Viracocha

Viracocha,
poderoso cimiento del mundo
tú dispones:
«sea éste varón,
sea ésta mujer».
Señor de la fuente sagrada,
tú gobiernas
hasta el granizo.
¿Dónde estás —
como si no fuera
yo hijo tuyo —
arriba,
abajo,
en el intermedio
o en tu asiento de supremo juez?

¡Escúchame!
Tú que te extiendes
en el océano del cielo
y que también vives
en los mares de la tierra.
Gobierno del mundo,
creador del hombre
como los señores Inkas
con mis áridos ojos
ansío conocerte.
Cuando yo pueda ver,
y conocer,
y señalar
y comprender,
Tú, me verás
y sabrás de mí..

Tema 1: Literatura prehispánica

El Sol y la Luna.
El día y la noche.
El otoño y la primavera
no son en vano.
Obedecen a un mandato
de modo previsto
y medido
llegan.
Tú me concediste
el cetro imperial.
¿Escúchame!
¿Respóndeme!
Antes de que caiga
rendido y muerto.

Himno a Viracocha de Manko Qhapaj

- ¿Qué temas aparecen en este poema?
- Describe los personajes que aparecen en el poema.
- El Himno está cantado en primera persona (el “yo lírico”), en las invocaciones se emplea la segunda persona del coloquio y en las descripciones la tercera persona. Búscalos en el poema.
- Busca en el poema los ejemplos de las siguientes figuras retóricas:

figura retórica	ejemplos
aposición	
enumeraciones	
preguntas retóricas	
metáfora	
paralelismos	

Tema 2: Los orígenes (siglo XVI)

El descubrimiento y la conquista fueron llevados a cabo por soldados, pero hubo algunos que escribieron acerca de lo que veían, pasaba o simplemente generalizaban. Los primeros prosistas se concretaban a relatar las experiencias personales y para ello usaron: la crónica, el diario, el memorial y la carta de relación, todo de origen medieval europeo. Seguidamente aparecieron los misioneros para evangelizar, fundar escuelas y colegios, estudiaron las lenguas de los indígenas y escribieron sermones, catecismos, gramáticas y vocabularios bilingües. Junto con los misioneros llegaron los letrados y muchos de ellos eran poetas, retóricos, dramaturgos, filósofos; todos ellos introdujeron en el Nuevo Mundo las formas del Renacimiento español.

En 1535 aparecen los primeros versos escritos en el Nuevo Mundo de Lázaro Berjarano, seguidamente visitan América muchos poetas peninsulares como Gutiérrez de Cetina, Tirso de Molina y Mateo Alemán que son representantes del Renacimiento español.

Los cronistas son abundantísimos, muchos escribían para dar a conocer las penalidades de la conquista, aunque también tenían un propósito: formular una petición ante el rey para recibir una compensación. Los autores confundían lo histórico con lo anecdótico, lo real con lo fantástico; pero también hay retratos de los habitantes y sus costumbres, interesantes descripciones de la flora y la fauna, así como dramáticos relatos de las hazañas de la conquista. Los cronistas se dividen en tres grupos: los venidos de Europa o europeos, los indígenas y, por último, los criollos y mestizos.

Cristóbal Colón (1451-1506) considerado como el primer cronista del Nuevo Mundo. Usó el diario, *Diario de Navegación*, y las cartas de relación. Se interesa por el hombre americano y por la naturaleza, dice que los indios no conocían las armas y eran dóciles y fáciles de cristianizar. Mezcla lo real con lo fantástico. No era un hombre de letras, se

interesa más en los fines prácticos de las cosas que en su valor estético. El estilo es monótono, aunque a veces hiperbólico pero con cierta gracia, resultado del desaliño con que Colón escribía en castellano.

Hernán Cortés (1485-1547) fue el primer cronista de Nueva España (México), uso las cartas de relación. Han quedado cinco de ellas, escritas entre 1519-1530. Hace una reseña precisa de los hechos. El estilo sobrio, respetuoso, sucinto, no deseando ser prolijo ni inoportuno. Omite todo detalle pintoresco. La segunda carta es la más famosa, descripción de Tenochtitlán y del encuentro con Montezuma. Es un escritor de escasa imaginación (no hay ningún rasgo imaginativo en su obra) nos cuenta lo que pasó y vio. Sus descripciones son escuetas y a grandes pinceladas. No tenía a quien imitar.

Bernal Díaz del Castillo (1495-1584), su *Historia de la conquista del Nuevo Mundo* (1568, publicada en 1632), está basada en experiencias personales y se considera una de las fuentes más valiosas de este tiempo. Lo que cuenta lo ameniza con interesantes anécdotas y picantes comentarios. Más que un historiador es un verdadero cronista y nunca pierde el interés humano. Fue escrita para enmendar la *Historia de la conquista de México* de Gomara que se había limitado a narrar lo que había escuchado.

Álvar Núñez Cabeza de Vaca (1490-1559), escribe *Naufragios y Relación* en 1542, detalladas descripciones de los infortunios y trabajos sufridos durante ocho años en su expedición desde la Florida hasta Culiacán. *Naufragios* no es una crónica, más bien es una novela de aventuras. Cortés nos habla de hazañas, De Vaca de pequeñeces humanas, nos presenta una autobiografía en la cual da cabida a elementos extraños a la historia (como es el pasaje donde De Vaca resucita a un indio).

Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557), madrileño, educado en la Corte, hizo doce viajes, fue autorizado por la Corona a recopilar todo y escribió *Historia general y natural de las Indias*, la obra completa se publicó en 1855. Es la primera recopilación que trata del Nuevo Mundo en conjunto y no por separado. Su valor lo encontramos más que en la filosofía del autor, en el caudal enorme de materiales recogidos, útil es para el historiador y el lingüista. Su labor como documentalista es inapreciable.

Fray Bartolomé de las Casas (1474-1565), era licenciado en leyes en Salamanca, pasó a América en 1502. Se dedicó al sacerdocio y se

convirtió en defensor de los indios. Fue obispo de Chiapas en Nueva España. Su obra histórica interesa por el fervor con que defiende a los indios y el furor con que ataca a sus contemporáneos, sobre todo a su antagonista Gonzalo Fernández de Oviedo. Nos dejó muchas obras: *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1542, publicada en Sevilla en 1552), *Historia de las Indias* (1561), *Apologética historia de las Indias*, inédita hasta 1875-1909. La actitud polémica resta mérito a su obra, sobre todo a su “Historia...” y las críticas a Gomara y Oviedo (a veces llega al vituperio). Su estilo desigual, difuso y lleno de repeticiones y disgregaciones innecesarias, lo mismo el adorno con citas que hoy parecen pedantes. Tiene gracias y gran elocuencia sobre todo cuando defiende a los indios.

Fray Bernardino de Sahagún (1500-1590), estudió en Salamanca y en México. Pasó su vida enseñando a los indios y escribiendo su monumental obra *Historia de las cosas de Nueva España* (1569), compuesta por 12 libros que abarcaban historia, religión, costumbres, literatura, folclor de los antiguos mexicanos. Inicialmente el texto fue escrito en náhuatl por los discípulos indios de Sahagún en el colegio de Tlatelcolco en Ciudad de México. Después lo tradujo al latín y al español. El libro XII es una reseña de la conquista según la vieron los mexicanos, esto nos permite la comparación de los mismos hechos en dos condiciones diferentes.

Pedro Cieza de León (1520-1554), nació en Extremadura y de temprana edad pasó al Perú. Participó en muchas expediciones y siempre tomó notas y escribió finalmente *Crónicas del Perú* en 1548 que fue publicada en 1553. Tiene un estilo llano, interesante porque lo que cuenta llama la atención, como documento histórico es de mucho valor para el estudio de la época formativa de la sociedad peruana.

Francisco Cervantes de Salazar (1514-1575), nació en Toledo, estudió en Salamanca y pasó a México en 1550 y a partir de 1553 ocupa la cátedra de retórica de la Universidad de México. Es nombrado cronista de la ciudad de México y escribe *Crónica de la Nueva España* (1559), obra inédita hasta 1914. Su versión no es muy cercana a la de Cortés, pero no tan amena como la de Bernal Díaz del Castillo. La escribe años después de los hechos por lo que ve los sucesos desde otra perspectiva. Lo negativo es el concepto de inferioridad del indio que tenía el autor. Su desprecio hacia el conquistado le resta mérito. *Diálogos*, escritos en latín, traducidos en 1875 sobre la vida en la Universidad de México.

Garcilaso de la Vega, El Inca, (1540-1616) hijo de un español y una princesa inca, Isabel Chimpu Ocllo, hija del Inca Tupac Yupanqui y prima de Atahualpa, el último Inca, fue enviado a España por sospechoso en 1550, participó en las campañas de Italia, aprendió italiano y en 1580 en Sevilla se dedica a la escritura. En 1596 *Genealogía de Garcí Pérez de Vargas, Florida del Inca* o *Historia del Adelantado Hernando de Soto* publicado en 1605 entre los años 1609-1617 escribió la primera parte de *Comentarios Reales* que tratan del origen de los Incas y la segunda parte de *Historias General del Perú*.

Con los descubridores y conquistadores llegaron las primeras manifestaciones de la lírica. Las primeras son romances y coplas que los conquistadores recitaban de memoria y que después fueron reescritas con nuevos textos. Pronto aparecen los poetas nacidos en América: criollos y mestizos que van a cantar con una voz propia y crean una nueva poesía que se diferencia de la española por la actitud del poeta ante el paisaje y por ser el producto de una nueva sociedad (producto del choque de las dos culturas). Va a abarcar la lírica, la épica y la sátira.

Francisco de Terrazas (1525-1600), fue el primer poeta nacido en América que escribe en castellano. Fue elogiado por Cervantes, pero su obra renacentista se ha perdido, con excepción de nueve sonetos, una epístola, diez décimas y un poema épico *Nuevo Mundo y Conquista*. Su genio se manifiesta en los sonetos: *Dejad las hebras de oro ensortijado* y en *Soné que de una peña me arrojaba*.

Alonso de Ercilla y Zúñiga (1533-1594), madrileño, pasó a Chile en 1554 y luchó contra los indios araucanos. Su obra cumbre, y la mejor de esta época, es el poema épico *La Araucana* (1569-1589), considerado como uno de los grandes poemas épicos en lengua castellana, aunque es americano por el tema y el asunto. Trata la conquista de Chile, sus héroes son los capitanes españoles y los indígenas, donde destaca Caupolicán. La estructura del poema es renacentista, dividido en tres partes de 15, 14 y 76 cantos. Escrito en octavas reales (la favorita de los españoles, italianos y portugueses). Se describen las costumbres de los araucanos, se pinta la naturaleza americana y se narran los principales hechos de las guerras entre españoles e indios. Se publicó en 1569 y con él se inicia una nueva tendencia en la épica hispana. Los imitadores fueron muchos, pero nadie logró superarlo.

Pedro de Oña (Chile, 1570-1643) fue un gran admirador de Ercilla, se inspiró en *La Araucana* para escribir, a los 25 años, su poema épico

Arauco domado (1596), el mismo tema pero más florido y exuberante. Es capaz de captar la realidad con los ojos del criollo.

Mateo Rosas de Oquendo (1559-1621), que era de origen español y vivió en México y Perú, supo captar la psicología de la nueva sociedad americana en versos satíricos. Escribió poesía mordaz contra los peninsulares, los criollos, los mestizos y los indios. *Romance en lengua de indio mexicano medio ladino*, donde plasma el modo de hablar de los indios que no aprendían todo del castellano, *Carta de las damas de Lima a las de México*, una sátira a las mexicanas, *Sátira que hizo un galán a una dama criolla que le alababa mucho a México*, satiriza a los criollos y a los peninsulares e *Indiano volcán famoso*, es lo mejor. Hace elogio del paisaje americano pero con sátira.

Antonio Saavedra Guzmán (1570 - ¿?), nació en México, escribió durante 70 días en un viaje a España *El peregrino indiano* (1599), poema épico de 2037 octavas reales dividido en 20 cantos. Más que un poema épico, es una crónica rimada de la conquista de México. Las escenas de batallas son cansonas y aburridas pero el canto XVIII trata del extraño y amoroso suceso de Juan Cansino, quien se convierte en esclavo, por amor de la india Culha.

El teatro primeramente es un instrumento de evangelización y en el que destacan: el auto sacramental, el coloquio y el villancico. Da lugar al Teatro Misionero en México y Perú. Con el establecimiento de los colegios y universidades aparece: el Teatro Criollo y el Teatro de los Estudiantes. Inicialmente son los autores de la península, pero pronto aparecen los genios nativos aunque no muy originales porque imitan al teatro religioso de la España Medieval. Durante todo el siglo XVII no hay teatro profano. Los autores que se destacan son:

Fernán González de Eslava (1535-1601), sevillano, llegó a México. En 1558, se ordenó sacerdote en 1575 y nos dejó *Coloquios espirituales y sacramentales*, donde prevalece un estilo ameno y sencillo, salpicado de notas históricas. De su obra profana, perdida ya, nos ha quedado un entremés chispeante de burla a los criollos fanfarrones de la época. Fusiona lo español con lo americano, para sentar las bases del teatro novohispano.

Juan Pérez Ramírez (1542-¿?), nació en México y se ordenó sacerdote. Nos dejó *Desposorio espiritual entre el Pastor Pedro y la Iglesia Mexicana* (1574), comedia alegórica de ambiente pastoril.

Cristóbal de Llenera (1540-1627), nació en Santo Domingo. De su poesía se conoce poco y de su obra dramática solo se conserva un

entremés en prosa (1588) donde mezcla los elementos populares (en el lenguaje) y referencias clásicas que, sumados a una protesta social, van a convertirse en los distintivos de la literatura hispanoamericana.

Actividades

1. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

Sábado, 13 de octubre

Luego que amaneció vinieron a la playa muchos de estos hombres, todos **mancebos**, como dicho tengo, y todos de buena estatura, gente muy hermosa: los cabellos no **crespos**, salvo corredíos y gruesos como sedas de cabellos, y todas de las frente y cabeza muy ancha, más que otra generación que hasta aquí haya visto, y los ojos muy hermosos y no pequeños, y ellos ninguno **prieto**, salvo de la color de los canarios, ni se debe esperar otra cosa, pues está Este Oeste con la isla de Hierro en Canaria, bajo una línea. Las piernas muy derechas, todos a una mano, y no barriga, salvo muy bien hecha. Ellos vinieron a la **nao** con **almadías**, que son hechas de un pie de un árbol, como un barco luengo, y todo de un pedazo, y labrado muy de maravilla, según la tierra, y grandes, en que algunas venían cuarenta o cuarenta y cinco hombres, y otras más pequeñas, hasta haber de ellas en que venía un solo hombre. Remaban con una pala como de hornero, y anda a maravilla; y si se le trastorna, luego se echan todos a nadar y la enderezan y vacían con calabazas que traen ellos. Trían ovillos de algodón hilados y papagayos y **azagayas** y otras cositas que sería **tedio** de escribir, y todo daban por cualquier cosa que se los diese. Y yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro, y vi que algunos de ellos traían un **pedazuelo** colgado en un **agujero** que tienen en la nariz, y por señas pude entender que yendo al Sur o volviendo la isla por el Sur, que estaba allí un rey que tenía grandes vasos de ellos, y tenía muy mucho. Trabajé que fuesen allá, y después vi que no entendían en la ida. Determiné aguardar hasta mañana en la tarde y después partir hacia el

Sudoeste a buscar el oro y las piedras preciosas. Esta isla es muy grande y muy llana y de árboles muy verde y muchas aguas y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, que es de placer de mirarla; y esta gente harto mansa, y por la ganas de haber de nuestras cosas, y temiendo que no se les ha de dar sin que den algo y no lo tienen, toman lo que pueden y se echan luego a nadar; que hasta los pedazos de las escudillas y de las tazas de vidrio rota rescataban, hasta que vi dar dieciséis **ovillos de algodón** por tres ceotís de Portugal, que es una blanca de Castilla, y en ellos habría más de una arroba de **algodón hilado**. Esto defendiera y no dejara tomar a nadie, salvo que yo los mandara tomar todo para Vuestras Altezas si hubiera en cantidad. Aquí nace en esta isla, mas por el poco tiempo no pude dar así del todo fe. Y también aquí nace el oro que traen colgado a la nariz; más, por no perder tiempo quiero ir a ver si puedo **topar** a la isla Cipango. Ahora, como fue noche, todos se fueron a tierra con sus almadías.

Diario de abordo de Cristóbal Colón

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) Encuadra el texto en el espacio y el tiempo. Explica las circunstancias en que fue escrito.
- c) ¿Qué percepción tuvo Colón en el momento de ver a las personas que habitaban en la isla a la que llegó?
- d) Haz un cuadro con los frutos, plantas y animales nuevos que Colón menciona en este fragmento.
- e) ¿Qué intención tiene esta descripción de la nueva tierra?

2. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

Cómo ciertos soldados de la **parcialidad** del Diego Velázquez, viendo que de hecho queríamos poblar y comenzamos a **pacificar** pueblos, dijeron que no querían ir a ninguna entrada, sino volverse a la isla de Cuba

Ya me habrán oído decir en el capítulo antes deste que Cortés había de ir a un pueblo que se dice Cingapacinga, y había de llevar consigo cuatrocientos soldados y catorce de a caballo y **ballesteros** y **escopeteros**, y tenían puestos en la memoria para ir con nosotros a ciertos soldados de la parcialidad del Diego Velázquez; e yendo los **cuadrilleros** a aperebirlos que saliesen luego con sus armas y caballos los que los tenían, respondieron soberbiamente que no querían ir a ninguna entrada, sino volverse a sus estancias y haciendas que dejaron en Cuba; que bastaba lo que habían perdido por sacarlos Cortés de sus casas, que les había prometido en el arenal que cualquiera persona que se quisiese ir que les daría licencia, navío y **matalotaje**; y a esta causa estaban siete soldados aperebiridos para se volver a Cuba. Y como Cortés lo supo, los envió a llamar, y preguntando por qué hacían aquella cosa tan fea, respondieron algo alterados, y dijeron que se maravillaban querer poblar adonde había tanta fama de millares de indios y grandes poblaciones, con tan pocos soldados como éramos, y que ellos estaban dolientes y hartos de andar de una parte a otra, y que se querían ir a Cuba a sus casas y haciendas; que les diese luego licencia, como se lo había prometido; y Cortés les respondió **mansamente** que era verdad que se la prometió, mas que no harían lo que debían en dejar la bandera de su capitán desamparada; y luego les mandó que sin detenimiento ninguno se fuesen a embarcar, y les señaló navío, y les mandó dar **cazabe** y una **botija** de aceite y otras de legumbres de bastimentos de lo que teníamos. Y uno de aquellos soldados, que se decía hulano Morón, vecino de la villa que se decía del Bayamo, tenía un buen caballo overo, labrado de las manos, y le vendió luego bien vendido a un Juan Ruano a trueco de otras haciendas que el Juan Ruano dejaba en Cuba; e ya que se querían hacer a la vela, fuimos todos los compañeros e alcaldes y regidores de nuestra Villa-Rica a requerir a Cortés que por vía ninguna no diese licencia a persona ninguna para salir de la tierra, porque así conviene al servicio de Dios nuestro señor y de su majestad; y que la persona que tal licencia pidiese le tuviese por hombre que merecía pena de muerte, conforme a las leyes de lo militar: pues quieren dejar a su capitán y bandera desamparada en la guerra e peligro, en especial habiendo tanta multitud de pueblos de indios guerreros como ellos han dicho. Y Cortés

hizo como que les quería dar la licencia, mas **a la postre** se la **revocó**, y se quedaron burlados y aun avergonzados, y el Morón su caballo vendido, y el Juan Ruano, que lo hubo, no se lo quiso volver, y todo **fue mañeado** por Cortés; y fuimos nuestra entrada a Cingapacinga.

Historia verdadera de la conquista de la Nueva España
Bernal Díaz del Castillo

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) Resume de qué trata este fragmento.
- c) Según la narración qué relación se puede percibir entre los personajes, también del autor, en cuanto a lo que está sucediendo en el momento.
- d) ¿Qué tipo de narrador tiene este capítulo?

3. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Canto XXV

Entran los españoles en demanda de la nueva tierra. Sádeles al paso Tunconabala; persuádeles a que se vuelvan pero viendo que no aprovecha, les ofrece una guía que los lleva por grandes despeñaderos, donde pasaron terribles trabajos.

¿Qué **cerros** hay que el interés no **allana**
y qué dificultad que no la rompa?
¿Qué pecho fiel, qué voluntad tan sana,
que éste no le **inficione** y la **corrompa**?
Destruye el trato de la vida humana,
no hay orden que no la altere y la interrompa,
ni estrecha entrada ni cerrada puerta
que no la facilite y deje abierta.

Éste de parentescos y **hermandades**
desata el nudo y vínculo más fuerte,

Tema 2: Los orígenes (siglo XVI)

vuelve en enemistad las amistades
y el grato amor en desamor convierte;
inventor de desastres y maldades,
tropella a la razón, cambia la suerte,
hace al hielo caliente, al fuego frío
y hará subir por una cuesta un río.

Así por mil peligros y derrotas,
golfos profundos, mares no sulcados,
hasta las partes últimas ignotas
trujo sin descansar tantos soldados,
y por vías **estériles** remotas
del interés incitador llevados,
piensan **escudriñar** cuanto se encierra
en el círculo inmenso de la tierra.

Dije que don García había arribado
con práctica y lucida compañía
al término de Chile señalado
de do nadie jamás pasado había;
y en medio de la raya el pie afirmado,
que los dos nuevos mundos dividía,
presente yo y atento a las señales,
las palabras que dijo fueron tales:

“ Nación a cuyos pechos invencibles
no pudieron poner impedimentos
peligros y trabajos insufribles,
ni airados mares, ni contrarios vientos,
ni otros mil **contrapuestos** imposibles,
ni la fuerza de estrellas ni elementos,
que rompiendo por todo habéis llegado,
al término de orbe limitado:

“ veis otro nuevo mundo que encubierto
los cielos hasta agora le han tenido,
el difícil camino y paso abierto
a sólo vuestros brazos concedido;
veis de tanto trabajo el premio cierto
y cuanto os ha Fortuna prometido,

que siendo de tan grande empresa autores,
habéis de ser sin límite señores;

“ y la parlera fama discurriendo
hasta el extremo y término postrero,
las antiguas hazañas refiriendo
pondrá esta vuestra en el lugar primero;
pues en dos largos mundos no cabiendo,
venís a conquistar otro tercero,
donde podrán mejor sin estrecharse
vuestros ánimos grandes ensancharse.

“ Y pues es la sazón tan oportuna
y poco necesarias las razones,
no quiero detener vuestra fortuna,
ni gastar más el tiempo en oraciones.
Sús, tomad posesión todos a una
desas nuevas provincias y regiones,
donde os tienen los hados a la entrada
tanta gloria y riqueza aparejada.”

Luego pues de tropel toda la gente
a la plática apenas detenida,
pisó la nueva tierra libremente,
jamás del extranjero pie batida;
y con orden y paso diligente,
por una angosta senda mal seguida,
en larga **retahíla** y ordenada,
dimos principio a la primera jornada.

Caminamos sin rastro algunos días
de sólo el tino por el sol guiados,
abriendo pasos y cerradas vías
rematadas en riscos despeñados;
las mentirosas **fugitivas** guías
nos llevaron por partes engañados,
que parecía imposible al más gigante
poder volver atrás ni ir adelante.

Ya del móvil primero arrebatado
contra su curso el sol hacia el poniente,
al mundo cuatro vueltas había dado
calentando del pez la húmida frente,
cuando al bajar de un áspero collado
vimos salir diez indios de repente
por entre un arcabuco y breña espesa,
desnudos, en montón, trotando apriesa.

Del aire, de la lluvia y sol **curtidos**,
cubiertos de un espeso y largo vello,
pañetes cortos de cordel **ceñidos**,
altos de pecho y de **fornido** cuello,
la color y los ojos encendidos,
las uñas sin cortar, largo el cabello,
brutos campestres, **rústicos** salvajes,
de fieras **cataduras** y visajes.

Venía un robusto viejo el delantero,
al cual el medio cuerpo le cubría
un roto manto de **sayal** grosero
que mísera pobreza prometía.
Éste, pues, como dije allá primero,
era Tunconabal, que pretendía
mudar nuestros designios y opiniones
con fingidos consejos y razones.

Fuimos luego sobre ellos, recelando
ser gente de montaña **fugitiva**;
mas ellos, nuestros pasos atajando,
venían a más andar la cuesta arriba,
y al pie de una alta peña reparando
por do un quebrado arroyo se derriba,
todos nos aguardaron sin recelo,
puestas sus **flechas y arcos** en el suelo.

Luego el anciano a voces y en extraña
lengua de nuestro intérprete entendida
dijo : “ ¡ Oh gente infeliz, a esta montaña
por falso engaño y relación traída,

do la serpiente y áspera alimaña
apenas sustentar pueden la vida,
y adonde el hijo bárbaro nacido
es de incultas raíces mantenido !

“ ¿ Qué información **sinistra**, qué noticia
incita así vuestro ánimo invencible ?
¿ Qué dañado consejo o qué malicia
os ha facilitado lo imposible ?
Frenad, aunque loable, esa cudicia
que la empresa es difícil y terrible;
y vais sin duda todos engañados
a miserable muerte condenados,

“ que cuando no encontréis gente de guerra
que os ponga en el pasaje impedimento,
hallaréis una sierra y otra sierra,
y una **espesura** y otra y otras ciento,
tanto que la aspereza de la tierra,
por la falta de yerba y nutrimento
y contagión del aire, no consiente
en su esterilidad cosa viviente.

“ Y aunque me veis en bruto transformado
a la silvestre vida reducido,
sabed que ya en un tiempo fui soldado,
y que también las armas he vestido;
así que por la ley que he profesado,
viendo que va este ejército perdido,
la lástima me mueve a aconsejaros
que sin pasar de aquí, queráis tornaros;

“ que estas yermas campañas y espesuras
hasta el frígido sur continuadas,
han de ser el remate y sepulturas
de todas vuestras prósperas jornadas.
Mirad destos salvajes las figuras
de quien son como fieras habitadas,
y el fruto que nos dan escasamente,
del cual os traigo un mísero presente.”

En esto, de un **fardel** de ovas marinas
a la manera de una red tejidas,
sacó diversas **frutas montesinas**,
duras, verdes, agrestes, **desabridas**,
carne seca de **fieras salvajinas**
y otras silvestres rústicas comidas;
langosta al sol curada y **lagartijas**,
con mil varias inmundas sabandijas.

Admirónos la forma y la estrañeza
de aquella gente bárbara notable,
la gran selvatiquez y rustiqueza,
el fiero aspecto y término intratable.
La espesura de montes y aspereza,
y el fruto de aquel suelo miserable,
tierra **yerma**, desierta y despoblada,
de trato y vecindad tan apartada.

Preguntámosle allí, si prosiguiendo
la tierra, era delante montuosa;
respondiónos el viejo sonriendo
ser más áspera, dura y fragosa,
y que así la montaña iba creciendo
que era imposible y temeraria cosa
romper tanta maleza y espesura
puesta allí por secreto de natura.

Pero visto nuestro ánimo ambicioso,
que era de proseguir siempre adelante,
y que el **fingido** aviso malicioso
a volvernós atrás no era bastante,
con un afecto tierno y amoroso,
mostrando en lo exterior triste semblante,
puesto un rato a pensar, afirmó cierto
haber cerca otro paso más abierto;

que por la banda diestra del poniente
dejando el monte del siniestro lado,
había un rastro, cursado antiguamente,
de la nacida yerba ya borrado,

por do podía pasar salva la gente
aunque era el trecho largo y despoblado,
para lo cual él mismo nos daría
una práctica lengua y fida guía.

Fue de nosotros esto bien oído,
que alguna gente estaba ya dudosa,
y el donoso presente recibido,
también la recompensa fue donosa:
un manto de algodón rojo teñido
y una poblada cola de raposa,
quince cuentas de vidrio de colores,
con doce **cascabeles** sonadores.

La dádiva, del viejo agradecida,
por ser joyas entre ellos estimadas,
y la guía solícita venida
con todas las más cosas aprestadas,
pusimos en efeto la partida
siguiéndonos los indios dos jornadas,
dando vuelta después por otra senda,
dejándonos el indio en encomienda.

La cual nos iba siempre asegurando
gran riqueza, ganado y poblaciones,
los ánimos estrechos ensanchando
con falsas y engañosas relaciones,
diciendo: “ Cuando Febo volteando
seis veces alumbrare estas regiones,
os prometo, so pena de la vida,
henchir del apetito la medida.”

No sabré encarecer nuestra altiveza,
los ánimos briosos y lozanos,
la esperanza de bienes y riqueza,
las **vanas** trazas y discursos vanos.
El cerro, el monte, el **risco** y la aspereza
eran caminos fáciles y llanos,
y el peligro y trabajo exorbitante
no osaban ya ponérsenos delante.

Íbamos sin cuidar de bastimentos
por cumbres, valles hondos, cordelleras,
fabricando en los llenos pensamientos,
máquinas levantadas y quimeras.
Así ufanos, alegres y contentos
pasamos tres jornadas las primeras
pero a la cuarta, al tramontar del día,
se nos huyó la mentirosa guía.

El mal indicio, la sospecha cierta
los ánimos turbó más esforzados
viendo la falsa trama descubierta
y los trabajos ásperos doblados;
mas, aunque sin camino y en desierta
tierra, del gran peligro amenazados
y la hambre y fatiga todo junto,
no pudo detenernos solo un punto.

Pasamos adelante, descubriendo
siempre más arcabucos y breñales,
la cerrada espesura y paso abriendo
con hachas, con machetes y destraes;
otros con pico y azadón rompiendo
las peñas y **arraigados** matorrales,
do el caballo **hostigado** y receloso
afirmase seguro el pie medroso.

Nunca con tanto estorbo a los humanos
quiso impedir el paso la natura
y que así de los cielos soberanos,
los árboles midiesen la altura,
ni entre tantos peñascos y pantanos
mezcló tanta maleza y espesura,
como en este camino defendido,
de zarzas, breñas y árboles tejido.

También el cielo en contra conjurado,
la escasa y turbia luz nos encubría
de espesas nubes lóbregas cerrado,
volviendo en tenebrosa noche el día,

y de granizo y tempestad cargado
con tal furor el paso defendía,
que era mayor del cielo ya la guerra
que el trabajo y peligro de la tierra.

Unos presto socorro demandaban
en las hondas malezas sepultados;
otros, “ ¡ayuda!, ¡ayuda! “ , voceaban,
en húmidos pantanos atascados;
otros iban trepando, otros rodaban
los pies, manos y rostros desollados,
oyendo aquí y allí voces en vano,
sin poderse ayudar ni dar la mano.

Era lástima oír los **alaridos**,
ver los impedimentos y embarazos,
los caballos sin ánimo caídos,
destroncados los pies, rotos los brazos;
nuestros sencillos débiles vestidos
quedaban por las **zarzas** a pedazos;
descalzos y desnudos, sólo armados,
en sangre, lodo y en sudor bañados.

Y demás del trabajo incomportable,
faltando ya el fresco y bastimento,
la aquejadora hambre miserable
las cuerdas apretaba del tormento;
y el bien dudoso y daño indubitable
desmayaba la fuerza y el aliento,
cortando un dejativo sudor frío,
de los cansados miembros todo el **brío**.

Pero luego también considerando
la gloria que el trabajo aseguraba,
el corazón los miembros reforzando,
cualquier dificultad menospreciaba,
y los fuertes opuestos contrastando
todo lo por venir facilitaba,
que el valor más se muestra y se parece
cuando la fuerza de contrarios crece.

Así, pues, nuestro ejército rompiendo
de sólo la esperanza alimentado,
pasaba a puros brazos descubriendo
el encubierto cielo deseado.
Íbanse ya las **breñas** destejiendo,
y el bosque de los árboles cerrado
desviando sus ramas intrincadas
nos daban paso y fáciles entradas.

Ya por aquella parte, ya por ésta
la entrada de la luz desocupando,
el yerto risco y empinada cuesta
iban sus altas cumbre allanando;
la espesa y congelada niebla opuesta,
el grueso vapor húmido exhalando,
así se adelgazaba y esparcía,
que penetrar la vista ya podía.

Siete días perdidos anduvimos
abriendo a hierro el impedido paso,
que en todo aquel discurso no tuvimos
do poder reclinar el cuerpo laso.
Al fin una mañana descubrimos
de Ancud el espaciosos y fértil raso,
y al pie del monte y áspera ladera
un estendido lago y gran ribera.

Era un ancho archipiélago, poblado
de innumerables islas deleitosas,
cruzando por el uno y otro lado
góndolas y **piraguas** presurosas.
Marinero jamás desesperado
en medio de las olas **fluctuosas**
con tanto gozo vio el vecino puerto,
como nosotros el camino abierto.

Luego, pues, en un tiempo arrodillados,
llenos de nuevo gozo y de ternura,
dimos gracias a Dios, que así escapados
nos vimos del peligro y desventura;

y de tantas fatigas olvidados,
siguiendo el buen suceso y la aventura,
con esperanza y ánimo lozano
salimos presto al agradable llano.

El enfermo, el herido, el estropeado,
el cojo, el manco, el débil, el tullido,
el desnudo, el descalzo, el desgarrado,
el desmayado, el flaco, el deshambrido
quedó sano, gallardo y alentado,
de nuevo esfuerzo y de valor vestido,
pareciéndole poco todo el suelo
y fácil cosa conquistar el cielo.

Mas con todo este esfuerzo, a la bajada
de la ribera, en partes montuosa,
hallamos la frutilla coronada
que produce la murta virtuosa;
y aunque agreste, montés, no sazónada,
fue a tan buena sazón y tan sabrosa,
que el celeste maná y ollas de Egipto
no movieran mejor nuestro apetito.

Cual banda de langostas enviadas
por plaga a veces del linaje humano,
que en la espigas fértiles granadas
con un sordo rozar no dejan grano,
así pues en cuadrillas derramadas,
suelta la gente por el ancho llano,
dejaba los murtales más copados
de fruta, rama, y hoja despojados.

A puñados la fruta unos comían
de la hambre aquejados importuna;
otros ramos y hojas engullían,
no aguardando a cogerla una por una.
Quien huye al repartir la compañía,
buscando en lo escondido parte alguna
donde comer la rama desgajada
de las rapaces uñas escapada,

como el montón de las gallinas, cuando
salen al campo del corral cerrado,
aquí y allí solícitas buscando
el trigo de la troj desperdiciado,
que con los pies y picos escarbando,
halla alguna el regojo sepultado,
y alzándose con él, puesta en huida,
es de las otras luego perseguida,

así aquel que arrebató buena parte,
déste y de aquél aquí y allí seguido,
huyendo se retira luego en parte
donde pueda comer más escondido.
Ninguno, si algo alcanza, lo reparte,
que no era tiempo aquel de ser partido,
ni allí la caridad, aunque la había,
estenderse a los prójimos podía.

Estando con sabor desta manera
gustando aquella rústica comida,
llegó una **corva** góndola ligera
de doce largos remos impelida,
que zabordando recio en la ribera,
la **chusma** diestra y gente apercebida
saltaron luego en tierra sin recato
con muestra de amistad y llano trato.

Mas si queréis saber quién es la gente,
y la causa de haber así arribado,
no puedo aquí decíroslo al presente,
que estoy del gran **camino quebrantado**.
Así para sazón más conveniente
será bien que lo deje en este estado,
porque pueda entretanto repararme
y os dé menos fastidio el escucharme.

La Araucana de Alonso de Ercilla

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) ¿Cuál es el contexto histórico de este fragmento?
- c) ¿Cuál es el estilo que usa el autor?
- d) ¿Cómo el autor describe el paisaje?
- e) Resume los personajes que aparecen en este canto y sus características.
- f) Analiza la rima de las tres primeras estrofas.
- g) ¿Qué campos semánticos hay en este poema? Ejemplifícalos.
- h) Busca los recursos literarios en este canto.

Tema 3: El Barroco (siglo XVII)

La corriente renacentista en las artes y sobre todo en la literatura no se agota en Hispanoamérica al llegar el siglo XVII. Muchos escritores siguen esa escuela y publican su obra durante la primera década del siglo XVII. Más que una ruptura entre el Renacimiento y el Barroco, encontramos una gradual transición. Los primeros poetas de este siglo, como Hojeda y Balbuena, son verdaderos poetas de la transición que sin abandonar las formas renacentistas (la épica, la octava real, el endecasílabo), ya recargan sus obras de adornos como hacen los barrocos.

La escuela barroca se destaca por: el desequilibrio en la forma (no hay proporción entre las partes), por el predominio de lo ornamental, por el uso de un estilo torturado (excesivo empleo de hipérbaton, de retruécanos, de antítesis, de contrastes), por el predominio de lo dinámico a lo estático (en las imágenes, los símiles, las metáforas, los símbolos), por el interés en lo artificioso, lo dramático y lo ilusorio (los sueños) y por la predilección que se da al tema del desengaño.

Así como en la arquitectura, la literatura barroca de América se diferencia de la de España. Los elementos que entran a formar parte de lo decorativo de la obra son americanos, el estilo, a veces, se ve recargado de palabras, frases y composiciones nativas, la superabundancia de motivos populares (por ejemplo el “tocotín” o baile azteca usado por Sor Juana Inés), a veces las formas españolas se modifican; es el caso del villancico, que se convierte en cuadro dramático, especie de entremés sagrado, la referencia a las culturas primitivas y a la mitología prehispánica y, por último, los elementos de la cultura criolla aportada a la española. La literatura barroca dio sus mejores frutos en los grandes centros coloniales: México y Perú, aunque también va a destacar autores de otras regiones.

La poesía es el género que alcanzó más alto nivel artístico. Hay dos autores que representan la transición del Renacimiento al Barroco: uno

es Bernardo de Balbuena (1568-1627), que nació en España pero desde niño vivió en Nueva España (México), y cuya obra cumbre es *Grandeza Mexicana* (1602-1603), una descripción de México y sus habitantes llena de elementos barrocos; otro autor es Diego de Hojeda (1571-1615), sevillano que vivió en Perú, con su obra *La Cristiada* (1611).

La autora más importante del Barroco novohispano es Sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695), mexicana de nacimiento, su obra asombra por la gran variedad. Sobresale su poema *El divino Narciso* (1690), donde demuestra su americanismo con personajes e ideas autóctonas, y si bien la obra tiene un fin didáctico para la enseñanza de la religión cristiana, introduce ideas y dioses paganos. También escribió narraciones en prosa (casi toda se ha perdido) y obras teatrales. La lírica de Sor Juana, perteneciente del final del Barroco hispano, posee todos los recursos que usaron los grandes poetas del Siglo de Oro en sus composiciones. A fin de darle un aire de renovación a su poesía, introduce algunas innovaciones técnicas y le imprime su muy particular sello. La poesía de esta autora tiene tres grandes columnas: la versificación, alusiones mitológicas y el hipérbaton. En su poema *El divino Narciso*, evidentemente, más que ser un simple juego alegórico, la loa sorjuanesca tiene el propósito de honrar a los antiguos pobladores del Anáhuac incluso en el punto más delicado: el religioso, porque la infamia mayor para la época barroca era el de la idolatría. Con ello, Sor Juana pone en duda la utilidad de la conquista, por lo menos en su aspecto militar. He aquí algunos versos en los que se recoge cierta coincidencia entre ambas religiones:

AMÉRICA Cuando eso así sea,
díme: ¿será tan propicia
esa Deidad, que se deje
tocar de mis manos mismas,
como el Ídolo que aquí
mis propias manos fabrican
de semillas y de sangre
inocente, que vertida
es sólo para este efecto?

RELIGIÓN Aunque su Esencia Divina
es invisible e inmensa,
como Aquésta está ya unida

a nuestra Naturaleza,
tan Humana se avecina
a nosotros, que permite
que Lo toquen las indignas
manos de los Sacerdotes.

Entre los prosistas se destacó el mexicano Francisco Bramón (¿?-1655) que nos dejó una novela pastoril donde los personajes alaban a la Virgen en prosa y verso, el libro termina con una danza de los personajes indios. Juan de Palafox y Mendoza (1600-1659), mexicano también que tuvo una gran actividad política y fue un gran mecenas de las artes. Carlos Sigüenza y Góngora (1645-1700) mexicano que escribió poesía culterana, y en prosa nos dejó *Infortunios de Alonso Ramírez* (1680), curioso libro donde entrelaza elementos históricos, geográficos y narrativos. En ella se vale de un personaje puertorriqueño para hacer el viaje alrededor del mundo en 80 días. La primera parte parece tratarse de una novela picaresca, donde el personaje narra en primera persona su vida con sus amos; la segunda parte carece de picardía, presenta al personaje como héroe, buen marido y buen amigo. El colombiano Juan Rodríguez Freile (1566-1640), escribió *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada* conocida como *El carnero*, chispeante y curiosa obra. Es una gacetilla periodística de noticias sensacionales, lances amorosos, leyendas tradicionales y chismes burgueses, pero con un ingenio narrativo, un buen humor, un sentido picaresco de la vida y sobre todo una pintura de la vida bogotana de entre siglos. Tiene un estilo más bien descuidado, pero la vivacidad, el tono picaresco y a veces la malicia con que se cuentan los hechos dan a la obra un valor que no se encuentra en otros libros bien escritos.

En el teatro junto a Sor Juana Inés de la Cruz, está Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza (México, 1580-1630). Su obra fue escrita para el teatro de Madrid, estudió en Salamanca, regresa a Nueva España para recibir el grado de licenciado, pero vuelve a España en espera de que el rey le otorgara un cargo administrativo en Nueva España. Se pasó la vida escribiendo comedias junto a Lope de Vega, Calderón y Tirso de Molina.

Actividades

1. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

(...)

Mirad aquellas frutas naturales:
el plátano, mamey, guayaba, anona
si en gusto las de España son iguales,
pues un chicozapote a la persona
del rey le puede ser empresentado
por el fruto mejor que cría Pomona.

El aguacate, a Venus consagrado
por el efecto, y tunas de colores,
el capulí y zapote colorado,
la variedad de yerbas y de flores
de que hacen figuras estampadas
en lienzo, con matices y labores,
sin otras cien mil cosas regaladas
de que los indios y españoles usan,
que de los indios fueron inventadas.

(...)

El Divino Narciso de Sor Juana Inés de la Cruz

- a) Haz un listado de los frutos que la autora menciona.
- b) ¿Qué características del Barroco novohispano podéis encontrar en este fragmento que no están presente en el Barroco español?
- c) ¿Cuál es el tema del fragmento citado?
- d) Analiza la estructura rítmica del fragmento.
- e) Busca y menciona los recursos literarios que encuentres.

2. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Hombres necios que acusáis

Hombres **necios** que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis:

si con **ansia** sin igual
solicitáis su **desdén**,
¿por qué queréis que **obren** bien
si las **incitáis** al mal?

Combatís su resistencia,
y luego con gravedad
decís que fue **liviandad**
lo que hizo la **diligencia**.

Queréis con presunción necia
hallar a la que buscáis,
para pretendida, Tais,
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro
que el que falta de consejo,
él mismo empaña el espejo
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos, si os tratan mal,
burlándoos, si os quieren bien.

Opinión ninguna gana,
pues la que más se **recata**,
si no os admite, es **ingrata**
y si os admite, es **liviana**.

Siempre tan necios andáis
que con desigual nivel
a una culpáis por cruel
y a otra por fácil culpáis.

¿Pues cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es **ingrata** ofende
y la que es fácil enfada?

Mas entre el enfado y pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere
y **quejaos** enhorabuena.

Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas,
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión **errada**,
la que cae de rogada
o el que **ruega** de caído?

¿O cuál es más de culpar,
aunque cualquiera mal haga:
la que **peca** por la paga
o el que paga por pecar?

Pues ¿para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis
o hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar
y después con más razón
acusaréis la afición
de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas **fundo**
que lidia vuestra arrogancia,
pues en promesa e instancia
juntáis diablo, carne y mundo.

Sor Juana Inés de la Cruz

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) ¿Cuáles son los temas del poema?
- c) Relaciona:

(...) ¿Por qué queréis que obren bien si las incitáis al mal? (...)		ANTÍTESIS
(...) él mismo empaña el espejo(...)		
(...) con el favor y el desdén (...)		METÁFORA
(...) quejándoos, si os tratan mal, burlándoos, si os quieren bien. (...)		
(...)si no os admite, es ingrata y si os admite, es liviana. (...)		PARALELISMO
(...) si la que es ingrata ofende y la que es fácil enfada? (...)		
(...) amantes penas (...)		ALITERACIÓN
(...) la que peca por la paga o el que paga por pecar? (...)		
(...) Queredlas cual las hacéis o hacedlas cual las buscáis (...)		

- d) ¿Cuál es la métrica del poema?
- e) ¿Cuál es el significado de este poema?
- f) ¿Cuál es el tono del poema?
- g) Busca en el poema los siguientes recursos literarios: retruécano, hipérbaton, epíteto, apóstrofe.

3. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

Afrontados los dos campos, dieron luego muestras de venir al rompimiento de la batalla: la noche antes del día que pretendían darse la batalla se juntaron sus sacerdotes, **jeques** y **mohanes**, y trataron con los señores y cabezas principales de sus ejércitos, diciendo cómo era llegado el tiempo en que debían sacrificar a sus dioses, ofreciéndoles oro e **inciensos**, y particularmente correr la tierra y visitar las lagunas de los santuarios, y hacer otros ritos y ceremonias; y para que se entienda mejor, los **persuadieron** que era llegado el **año del jubileo**, y que sería muy

Tema 3: El Barroco (siglo XVII)

justo cumpliesen con sus dioses primero que se diese la batalla, y que para podello (poderlo) hacer, sería bueno asentase **treguas** por veinte días o más. Propuesto lo dicho, no fue más dificultoso acabarlo con los dos campos, que, consultados, asentaron las treguas. La primera ceremonia que hicieron fue salir de ambos campos muy largos corros de hombres y mujeres bailando, con sus instrumentos músicos, y como si entre ellos no hubiesen habido **rencores** ni rastros de guerra, en aquella llanada que había en suelo dos ríos que dividían los campos; con mucho gusto y **regocijo** se mostraban los unos y los otros, convidándose, comiendo y bebiendo juntos en grandes borracheras que hicieron, que duraban de día y de noche, a donde el que más **incestos** y **fornicaciones** cometía era más santo (**vicio** que hasta hoy les dura).

El carnero de Juan Rodríguez Freyle

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) ¿Cómo el autor describe a los indígenas?
- c) ¿En este fragmento el autor habla de costumbres? Ejemplificalas.
- d) ¿Hay crítica a la actitud de los indígenas? Argumenta la respuesta.

Tema 4: Del Rococó al Neoclasicismo (siglo XVIII)

Con la muerte de Carlos II y el cambio dinástico, la llegada de los Borbones con Felipe V, la influencia francesa se hace sentir en todo el mundo hispano y va a predominar durante todo el siglo XVIII, el llamado Siglo de las Luces. Es la época de las academias, del interés en el lujo, en lo ornamental, en el placer como finalidad.

El gusto literario sufre un cambio, el Barroco cede ante el Rococó. El Rococó como estilo, como actitud ante la realidad, tiene corta vida: casi medio siglo. Hacia 1750 aparece un nuevo estilo, el Neoclasicismo, en abierta contraposición al Rococó, que rechaza lo ornamental para volver, como durante el Renacimiento, a lo sobrio de los clásicos. Bajo el reinado de Carlos III (1759-1788) despierta el interés en las ciencias, las matemáticas, la historia, la filosofía y la lingüística. El predominio de la razón impide que aparezcan grandes obras de creación. La filosofía atrae a las mejores mentalidades y la literatura queda en manos de talentos de segunda categoría. Por esta razón son mejores los prosistas que los poetas en esta época, los filósofos que los novelistas, los historiadores que los dramaturgos.

La poesía del Rococó es una poesía de abigarrada fisonomía. Se cultivan las formas poéticas más abstrusas:

- a) versos retrógrados, que se pueden leer de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba;
- b) palíndromas, que se pueden leer de izquierda a derecha y de derecha a izquierda;
- c) pangramatones, en los que el verso contiene todas las letras del alfabeto;
- d) metronteleones, en el que el verso emplea todas las partes de la oración;

- e) centones, poemas con cien versos fabricados con versos aislados de un poeta famoso;
- f) laberintos, en que los endecasílabos pueden leerse quitándoles tres o cuatro sílabas del principio.

El interés por la forma y lo artificioso hace que el poeta no se exprese mediante sentimientos de humana hondura. Por eso no hay grandes poetas durante el siglo académico, aunque podemos citar a Juan José de Arriola (México, 1698-1768) que escribió *Décimas de Santa Rosalía* (1766) y *Canción a un desengaño* (1755), también el mexicano Cayetano Cabrera Quintero (1700-1775), más conocido por su obra histórica *Escudo de armas de la ciudad de México* (1746). Escribió versos en latín y en español, a veces mezclándolos en el mismo poema, como lo hizo en el *Himeneo celebrado* y en *Predicación de San Francisco a las aves*. Por último tenemos a Francisco Antonio Vélez Ladrón de Guevara (Colombia, 1721-1781), su poesía gira en torno a la vida cortesana, frívola, superficial, que busca el placer como finalidad. Sus poesías más conocidas están dedicadas a damas.

En la poesía Neoclásica, encontramos un gran número de traducciones de autores griegos y latinos, lo mismo que algunas excelentes poesías en latín. Es de destacar a algunos autores como a Francisco Javier Alegre (México, 1729-1788), maestro en las letras humanas, tradujo *La Ilíada* de Homero y *El arte poético* de Boileau y escribió *Historia de la compañía de Jesús en Nueva España*.

Diego José Abad (México, 1727-1779), tradujo Églogas de Virgilio y escribió en hexámetros latinos el poema religioso titulado *Heroica de Deo Carmina* (1769).

Rafael Landívar (Guatemala, 1731-1793), vivió en México desde su juventud, es el autor del poema famoso descriptivo en latín *Rusticatio mexicana* (1781-1782), en el que se hace fieles descripciones del paisaje mexicano.

Fray Manuel de Martínez Navarrete (México, 1768-1809), representante de la lírica neoclásicista. Sus poesías tienen un tono nuevo, desconocido entre los neoclásicos. La sencillez de la forma y lo sentido de la expresión le separan de sus contemporáneos y le convierten en el poeta de transición entre el Neoclasicismo y el Romanticismo del siglo XIX. Así mismo, románticos son la ternura de los sentimientos, la melancolía y el desencanto que aparecen en algunas de sus composiciones, sumado a ciertos motivos como lo macabro, lo nocturnal y ciertos

temas como la libertad y la inmortalidad lo acercan al Romanticismo, sus principales obras son: *Entretenimiento poéticos*(1823) y *La mañana*, donde resalta su interés por el paisaje.

Esteban de Terralla y Landa (Perú, 1750-1805), nacido en Andalucía, vivió en México y después en Perú. Continúa la tradición de la sátira de Cabiedes, su obra *Lima por dentro y por fuera* (1797), es una feroz crítica a la sociedad de la época.

La prosa es más variada y rica que la poesía. Aparece en este siglo XVII una rara obra mística, anacrónica. *Afectos espirituales* de la Madre Castillo (sor Francisca Josefa de la Concepción de Castillo y Guevara, Colombia, 1671-1742), empezó a escribir a los 23 años.

Predomina durante este siglo la prosa didáctica con Francisco Xavier Gamboa (México, 1717-1794), José Ignacio Bartolache (México, 1739-1790), José Antonio Alzate (México, 1737-1799), es más apegado al método científico y fue el más activo propagador de las ciencias físicas. Escribió *Observaciones sobre la física, historia natural y artes útiles* (1787), en el cual hay una cierta objetividad científica. Su mayor aporte lo fue *La gaceta de literatura* (1788-1795) desde donde él luchaba por las ideas de la ilustración contra el escolasticismo y oscurantismo.

Otros autores de importancia son Antonio León y Gama (México, 1735-1802) escribió tratados de física, matemáticas y astronomía; al descubrirse la piedra del sol de los aztecas o Calendario azteca, la describió en un amplio estudio arqueológico, Francisco José de Caldas (Colombia, 1771-1811) geógrafo y naturalista, debido a sus amplios conocimientos en diversas materias se le conocía como “El sabio”, en el año 1808 comenzó la publicación del *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, que posteriormente completaría con las *Memorias*, donde apareció el grueso de su obra científica, Francisco Eugenio Santa Cruz y Espejo (Ecuador, 1747-1795) éste último es un caso único, de familia pobre y mestizo, llegó a ser doctor en medicina, además estudió derecho, teología y lenguas, escribió *Primicias de la cultura de Quito* (1792), *El nuevo Luciano de Quito* (1779) y *La ciencia blancardía* (1780), todos son diálogos satíricos. A veces escribe con incorrecciones, pero es ameno y entretiene al lector. Muchos de sus escritos son verdaderos ensayos que solo aparecerán en el siglo XVIII.

Durante el siglo XVIII los historiadores desplazan a los cronistas. Más rigurosos en la observación de los hechos, con más sentido de la interpretación de los acontecimientos, y con mayores informes para

poder hacer síntesis, logran establecer bases firmes para la historiografía moderna. Entre ellos tenemos a Francisco Javier Clavijero (México, 1731-1807) que a los 20 años ya conocía la filosofía de Descartes, al ser desterrados los jesuitas, se fue a vivir a Italia, donde escribió y publicó: *Historia antigua de México* (1780)

El interés por las ciencias y la filosofía distrae a los escritores. Casi no vamos a encontrar novelas, cuentos o narraciones dignos de mencionar, pero algunas aparecen: como son las de Alonso Carrió de la Vandra (España-Perú, 1715-1778), que escribió *El lazarillo de ciegos caminantes* (1773). Más que una novela es una ruta para viajeros. Escrito como las novelas picarescas, la obra es una mezcla de datos históricos, geográficos y sociológicos, más algunos elementos narrativos sin que falte la crítica social muy afín a este género. Antonio Paz y Salgado (Guatemala, 1700-1757), representa la prosa humorística, poco frecuente en esta época, publica dos obras en las que se burla de su época: *Instrucción de litigantes* (1745) y *El mosqueador* (1745).

En el teatro del siglo XVIII predomina la influencia del teatro francés. Mencionaremos a Pedro Peralta Barnuevo (Perú, 1664-1743) lector de Corneille y Moliere. Autor de la transición, escribió dos comedias que son más del Barroco que del Neoclásico: *La Rodoguna* (1710), comedia y que es una refundición de la obra de Corneille, pero con nuevos personajes y nuevo ambiente. También nos dejó *Triunfos de amor y poder* (1711) de tema mitológico. Eusebio Vela (España-México, 1688-1737), los tres dramas que se conocen (escribió unos 20) no pertenecen al Rococó ni al Neoclasicismo, más bien al siglo anterior, al siglo XVII, porque tratan temas mitológicos, legendarios e históricos.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII nace el periodismo que cobrará mucha importancia a partir de 1812. Las primeras manifestaciones periodísticas fueron:

- 1.- las *Gacetas* que aparecía irregularmente cuando llegaban los barcos de España o había alguna noticia importante que informar al público,
- 2.- después fueron usadas por los eruditos para dar a conocerlos adelantos de las ciencias y para impartir la enseñanza técnica,
- 3.- finalmente los literarios contribuyen con sus obras que primeramente servían para rellenar los huecos sin noticias. (Después se hace obligatorio publicar una poesía, una fábula, cuento, leyendas o traducciones, principalmente francesas).

Actividades

1. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

A una dama cariñosa y esquiva

Cielo para qué **derramas**
Sobre mí tus luces bellas
Si solamente son ellas
Incendios con que me **inflamas**?
Sólo hallo en tus luces llamas
Pues siempre que a verlas llego
Quedo **abrasado** en su fuego
Quedo a su ardor **derretido**
Quedo a sus rayos **rendido**
A sus **resplandores** ciego.

Y con todo estoy de mí
Tan fuera, bella **homicida**,
Que quiero encontrar la vida
Del modo que la perdí,
Yo muero porque te vi
Y quiero **resucitar**
Con mirar y remirar
De ese rostro la luz clara
Sabiendo que esa tu cara
Me ha de volver a matar.
Pero quién, aunque perdiera

La luz por llegarte a ver
Se ha de poder contener
Sin acercarse a tu **esfera**?
Aunque por verte yo muera

No he de dejar de mirarte
No he de dejar de adorarte
No he de dejar de quererte,
Si he de morir de no verte
Moriré por contemplarte.

Seré Fénix que en la **pira**
Donde la muerte recibe
Toma alientos con que vive,
Pierde alientos con que **expira**.
Ya entre las llamas respira
Ya entre ellas pierde el aliento
Y haciendo entre el fuego asiento
Ya muerto en las llamas yace,
Ya entre las llamas renace
Con un continuo **portento**.

Seré **inquieta** mariposa
Que por cercar tu luz pura
Halle en ella sepultura
Con una muerte dichosa.
Pues qué muerte más gloriosa
Que morir entre la risa
De ese rostro, bella Elisa,
En cuyo sol abreviado
Y en perfección mejorado
Todo el cielo se divisa?

A una dama cariñosa y esquiva
de Francisco Antonio Vélez Ladrón de Guevara
(colección *Varios*)

- Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- Haz el análisis métrico del poema.
- Busca los recursos literarios que aparecen en el poema.
- ¿Cuál es el tema del poema?

2. Lee este fragmento y responde las preguntas:

Gran parte de la ciudad se caracterizaba por condiciones sanitarias **infames**, las calles estaban llenas de basura, sin **pavimento** y con **acequias** abiertas que servían igualmente para proveer el agua doméstica como para el **alcantarillado**, condición que provocaba constantes epidemias de **enfermedades gastrointestinales**, que causaban anualmente la muerte de la mitad de los recién nacidos y de muchos adultos. Aún más, cada nave que entraba en el puerto del Callao constituía un vector de infección de proporciones mayores, produciendo epidemias frecuentes de **viruela, gripe, tifus, tifoidea o plaga bubónica...**

Lima por fuera y por dentro de Esteban de Terralla y Landa

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) ¿Cuál es la intención del autor en este fragmento.
- c) ¿Cuál es el tono del fragmento?

3. Lee este fragmento y responde las preguntas:

Esta ciudad está situada al Oeste del gran Río de la Plata, y me parece se puede contar por la cuarta del gran gobierno del Perú, dando el primer lugar a Lima, el segundo al Cuzco, el tercero a Santiago de Chile y a ésta el cuarto. Las dos primeras **exceden** en adornos de iglesias y edificios a las otras dos.

La de mi asunto se adelantó muchísimo en extensión y edificios desde el año de 1749, que estuve en ella. Entonces no sabían el nombre de quintas, ni conocían más fruta que los **duraznos**. Hoy no hay hombre de medianas conveniencias que no tenga su quinta con variedad de frutas, verduras y flores, que promovieron algunos **hortelanos** europeos, con el principal fin de criar bosques de duraznos, que sirven para **leña**, de que carecía en extremo la ciudad, sirviéndose por lo común de **cardos**, de que abunda la campaña, con notable **fastidio** de los cocineros, que toleraban su mucho humo; pero ya al presente se

conduce a la ciudad mucha leña en rajas, que traen las **lanchas** de la parte occidental del Paraná, y muchas carretas que entran de los montezuelos de las Conchas. Hay pocas casas altas, pero unas y otras bastante desahogadas y muchas bien edificadas, con buenos muebles, que hacen traer de la rica madera del Janeiro por la colonia del Sacramento. Algunas tienen grandes y **coposa** parras en sus patios y **traspacios**, que aseguran los habitantes, así europeos como criollos, que producen muchas y buenas uvas. Este adorno es únicamente propio de las casas de campaña, y aun de éstas se desterró de los colonos **pulidos**, por la multitud de animalitos **perjudiciales** que se crían en ellas y se comunican a las casas. En las ciudades y poblaciones grandes, además de aquel **perjuicio** superior al fruto que dan, se puede fácilmente experimentar otro de peores consecuencias, porque las parras bien cultivadas crían un tronco grueso, **tortuoso** y con muchos **nudos**, que facilitan el ascenso a los techos con buen descenso a los patios de la propia casa, de que se pueden aprovechar fácilmente los criados para sus insultos.

Su extensión es de 22 cuadras comunes, tanto de Norte a Sur como de Este a Oeste. Hombres y mujeres se visten como los españoles europeos, y lo propio sucede desde Montevideo a la ciudad de Jujuy, con más o menos pulidez. Las mujeres en esta ciudad, y en mi concepto son las más pulidas de todas las americanas españolas, y comparables a las sevillanas, pues aunque **no tienen tanto chiste**, pronuncian el castellano con más pureza. He visto sarao en que asistieron ochenta, vestidas y peinadas a la moda, **diestras en la danza** francesa y española, y sin embargo de que su vestido no es comparable en lo costoso al de Lima y demás del Perú, es muy agradable por su **compostura** y aliño. Toda la gente común, y la mayor parte de las señoras principales no dan utilidad alguna a los **sastres**, porque ellas cortan, cosen y aderezan sus batas y andrieles con perfección, porque son ingeniosas y delicadas **costureras**, y sin perjuicio de otras muchas que oí **ponderar** en Buenos Aires, de gran habilidad, observé por muchos días el gran arte, discreción y talento de la hermosa y fecunda española doña Gracia Ana, por haberla visto imitar las mejores costuras y bordados que se le presentaban de España y Francia.

Las de medianos posibles, y aun las pobres, que no quiero llamarlas de segunda y tercera clase, porque no se enojen, no

solamente se hacen y pulen sus vestidos, sino los de sus maridos, hijos y hermanos, principalmente si son de Tornay, como ellas se explican, con otras granjerías de lavar y **almidonar**, por medio de algunos de sus esclavos. Los hombres son circunspectos y de buenos ingenios.

No hay estudios públicos, por lo que algunos envían sus hijos a Córdoba y otros a Santiago de Chile, no apeteciendo las conveniencias eclesiásticas de su país, por ser de muy corta congrua y sólo suficientes para pasar una vida **frugal**.

Gobierna esta ciudad y su jurisdicción, con título de gobernador y capitán general, el mariscal de campo don Juan José de Vértiz, que nació, según entiendo, en el reino de México, y es actualmente administrador principal de correos de ella, con los agregados del Tucumán, Paraguay y ciudades de San Juan de la Frontera y Mendoza, en el reino de Chile, don Manuel de Basavilbaso, mozo de más que común instrucción y juicio. Don Bartolomé Raymundo Muñoz sirve la plaza de interventor con **infatigable tesón** y acierto, y don Melchor Albín y don Nicolás Ferrari de Noriega, **diestros plumarios**, corren con los libros y expedición de las **estafetas**, con plazas de segundo y tercer oficial, a que se agrega un tercero destinado para **cobranzas** y reducciones de monedas sencillas a doble, que actualmente está a un tres por ciento, habiendo valido otros años hasta catorce y diez y seis, por el mucho comercio que tenían los portugueses.

El Lazarillo de ciegos caminantes de Alonso Carrió de la Vandra

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) ¿Cuál es el tema de este fragmento?
- c) Haz un resumen del fragmento.
- d) Haz un listado con los personajes y la información que se tiene de los mismos.
- e) ¿Qué fin persigue el autor?
- f) ¿Hay rasgos humorísticos? Argumenta tu respuesta.
- g) ¿Qué conclusiones puedes sacar de la lectura de este fragmento?

Tema 5: Del Neoclasicismo al Romanticismo (1800-1832)

El cambio de idea durante la segunda mitad del siglo XVIII, al rechazarse el escolasticismo y aceptarse la nueva filosofía, el método científico y las ideas de la Ilustración, preparó el terreno para la independencia política. Las ideas separatistas, aceptadas por los criollos, al verse sin poder político como consecuencia del sistema español exclusivista, recibieron un gran ímpetu tras la independencia de los EE.UU. y la Revolución francesa. Con la invasión y ocupación de Napoleón a España, en América tomaron las armas para luchar por la libertad. La independencia política no indica que se haya efectuado un cambio en la literatura. Durante los primeros años de la lucha independentista va a predominar el Neoclasicismo de fin de siglo. Pero ya aparece en los escritores americanos la preocupación por los asuntos criollos, por la descripción del paisaje nativo y por los problemas de sus habitantes. Si se da preferencia a la poesía al principio, después aparece por fin la novela, más bien como arma política. En verdad, toda la literatura de la independencia tiene esa finalidad: crear una conciencia americana, independiente de España y del resto de Europa.

La poesía de la época de la Independencia es Neoclásica en la forma, no abandona el endecasílabo, prefiere la oda y la silva. Los temas que aparecen en esas formas rígidas neoclásicas son: la libertad, el patriotismo y la heroicidad. Los principales poetas son:

Manuel José de Lavardén (Argentina, 1754-1809) con su *Oda al Paraná* (1801), donde hace una descripción de la naturaleza americana.

José Joaquín de Olmedo (Ecuador, 1780-1847) participó activamente en la política, su poesía refleja el espíritu revolucionario de la época, lo mismo que su apasionado españolismo. En forma es neoclasicista (uso del endecasílabo), pero el tema es de asuntos americanos. *La victoria de Junín: Canto a Bolívar* (1825), elogio grandilocuente al

libertador lleno de imágenes auditivas. Predice el futuro de América con un emperador inca, para ello tiene que recurrir a las reglas neoclásicas. *Al General Flores, vencedor de Miñarica* (1835) donde se lamenta de los desastrosos efectos de la guerra y de las lamentables discordias civiles que comenzaban a minar la estabilidad de los nuevos gobiernos.

Andrés Bello (Venezuela, 1781-1865) participó activamente en la política como representante de Bolívar en Londres. Publicó en las revistas literarias. Como pensador, Bello se distingue por su honradez intelectual, sus amplios intereses y conocimientos, su americanismo y en general su actitud humanista y su amplio criterio, es el autor de *Silvas americanas* (1828).

Bartolomé Hidalgo (Uruguay, 1788-1822), de origen plebeyo, luchó por la independencia y escribió los famosos *Cielitos*, coplas populares de tema revolucionario. Con estos diálogos crea el lenguaje gauchesco que otros desarrollarán y perfeccionarán.

José María Heredia y Heredia (Cuba, 1803-1839), cuya poesía no es toda descriptiva, cuenta también con poemas de tema amoroso, al igual de que tono filosófico y de inspiración patriótica. Pero sus poesías descriptivas son las más relevantes, y de entre ellas las más importantes: *En el Teocalli de Cholula* (1820), poesía descriptiva del paisaje mexicano y de los ritos de los aztecas y *Al Niágara* donde canta a las fuerzas indomables de la naturaleza. A continuación un fragmento de este poema:

(...)

Torrente prodigioso, calma, calla
Tu trueno aterrador: disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan;
Déjame contemplar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
Lo común y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.

Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: vi al Oceano,
Azotado por austro proceloso,
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Vórtice hirviente abrir, y amé el peligro.

Mas del mar la fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresión que tu grandeza.
(...)

Una manifestación poética que aparece tardíamente en Hispanoamérica es la de los fabulistas. Los neoclásicos utilizaron la fábula para moralizar, ya que para ellos una de las finalidades de la literatura era la enseñanza de las buenas costumbres. Los americanos echan mano de las fábulas para convertirlas en un arma política: critican a los gobiernos, a las anticuadas leyes, a los prejuicios raciales, a todos los males políticos y sociales que afectaban al pueblo. Destaca Rafael García Goyena (Ecuador, 1766-1823), nacido en Ecuador pero identificado con Guatemala, que escribió *Fábulas y poesías varias* (1825).

La prosa hispanoamericana en los primeros 30 años del siglo XIX presenta una mayor variedad que la poesía porque se abandonan los moldes neoclásicos, se crea una prosa más flexible, se crea una prosa más expresiva de las pasiones humanas incitadas por la lucha, se olvidan las reglas de las academias, el escritor cobra más libertad para expresar sus sentimientos, a veces se escribe sin corrección, el deseo del prosista es lo inmediato y no la posteridad (sobre todo en los periódicos). Es en esta época cuando aparece también la novela, aunque todavía la gran parte de los escritores no escriben ficción sino obras didácticas, sobre todo tratados políticos, ensayos patrióticos y artículos polémicos.

Simón Bolívar (Venezuela, 1783-1839) militar y político de la época pre republicana de la Capitanía General de Venezuela; fundador de la Gran Colombia y una de las figuras más destacadas de la emancipación americana frente al Imperio español. Contribuyó de manera decisiva a la independencia de las actuales Bolivia, Colombia, Ecuador, Panamá, Perú y Venezuela.

Fray Servando Teresa de Mier, o Padre Mier (México, 1763-1827), luchó por la independencia, su propia vida es una novela. Fue deportado a España de donde salió a Francia y a Inglaterra. Fue un fervoroso defensor de lo americano y un severo crítico de la ineptitud de los gobernantes españoles, así lo dejó plasmado en sus obras *Carta de un americano* (1811) e *Historia de la revolución en Nueva España* (1813).

José Joaquín Fernández de Lizardi (México, 1776-1827), el es primero en publicar una novela en Hispanoamérica. *El Periquillo Sarmiento*

(1816) donde no solo se critica sino que divierte al lector con las aventuras del pícaro Pedro Sarmiento. El autor usa una forma española, la novela picaresca pero todo lo demás es mexicano. La psicología del personaje, el ambiente, la actitud del narrador ante la vida, las ideas. *La Quijotita y su prima*, también dentro de la novela picaresca y escrita para la educación de las mujeres. *Noches tristes y día alegre* (1818), que se anticipó a la novela romántica, está inspirada en la novela del español Cadalso *Noches lúgubres*. También fue poeta y dramaturgo pero no muy bueno.

Durante la independencia también nace la novela histórica. El mejor representante es Félix Varela (Cuba, 1788-1853) su obra *Jicotencal (Xicoténcatl)* (1826), se le atribuye no hay seguridad sobre su autoría. Describe los amores de un general azteca con una india hermosísima que Cortés desea. Los indios son idealizados, mientras que Cortés y los capitanes españoles son pintados con rasgos negativos.

Durante la Independencia el teatro americano no da sus mejores frutos, pero sí se descubren los gérmenes del teatro nacional. Durante los primeros 30 años del siglo XIX, tiene una sola finalidad: la de crear la nacionalidad incitando al pueblo a la lucha independentista, enalteciendo los valores patrios y de lo americano tanto en lo social como racial, enalteciendo los ánimos contra un enemigo común. Los precursores del teatro nacional son: Manuel José de Lavardén (Argentina, 1754-1809), José Agustín de Castro (México, 1730-1814), Manuel Eduardo de Gorostiza (México, 1789-1851) éste último escribió comedias, mientras José Fernández Madrid (Colombia, 1789-1830), tragedias.

Actividades

1. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Oda al Paraná

Augusto Paraná, sagrado río
primogénito ilustre del océano,
que en el **carro** de **nácar refulgente**,
tirado de caimanes, **recamados**

de verde y oro, vas de clima en clima,
de región en región, vertiendo franco,
suave verdor y **pródiga** abundancia,
tan **grato** al portugués como al hispano;
si el aspecto **sañudo** de Mavorte,
si de Albión los insultos **temerarios**
asombrando tu cándido carácter,
retroceder te hicieron, asustado,
a la gruta distante, que decoran
perlas nevadas, **ígneos** topacios,
y en que tienes volcada la urna de oro,
De ondas de plata siempre **rebosando**;
Si las sencillas ninfas argentinas
Contigo temerosas profugaron
Y el **peine de carey** allí escondieron
Con que pulsan y sacan sonos blandos
En liras de cristal, de cuerdas de oro,
Que os envidian las Deas del Parnaso;
Desciende ya dejando la corona
De **juncos** retorcidos, y dejando
La banda de silvestre **camalote**,
Pues que ya el ardimento provocado
Del heroico español, cambiando el oro
Por el bronce marcial, te **allana** el paso,
Y para el arduo, intrépido combate,
Carlos presta el valor, Jove los rayos.

Cerquen tu augusta frente alegres lirios
Y coronen la popa de tu carro,
Las ninfas te acompañen adornadas
De guirnaldas, de aroma y **amaranto**,
Y altos himnos entonen, con que avisen
Tu tránsito los Dioses tributarios.
El Paraguay, el Uruguay lo sepan,
Y se apresuren **próvidos** y urbanos
A salirte al camino, y a **porfia**,
Te paren en distancia los caballos
Que del mar Patagónico trajeron;
Los que ya **zambullendo**, ya nadando,
Ostentan su vigor, que mientras llegan
Lindos Zéfiro tengan enfrenados.

Baja con majestad, reconociendo
De tus playas los bosques y los antros.
Extiéndete **anchuroso**, y tus vertientes,
Dando socorro a sedientos campos
den idea **cabal** de tu grandeza.
No quede **seno** que a tu **excelsa** mano
Deudor no se confiese. Tú las sales
Derrites y tú eleva los extractos
De fecundos aceites; tú introduces
El humor nutritivo, y suavizando
El árido terrón, haces que admita
De calor y humedad fermentos caros.
Ceres de confesar no se **desdeña**
Que a tu grandeza debe sus **ornatos**.
No el ronco caracol, la cornucopia,
Sirviendo de **clarín**, venga anunciando
Tu llegada feliz. Acá tu hijos,
Hijos en que te gozas, y que a cargo
Pusiste de unos hijos tutelares
Que por divisa la bondad tomaron,
Zéfiros **halagüeños** por honrarte,
Bullen y te preparan sin descanso
Perfumados altares, en que brilla
La industria popular, triunfales arcos
En que las artes liberales lucen,
Y **enjambre vistosísimo** de **naos**,
De **incorruptible leño**, que es don tuyo,
Con banderolas de colores varios
Aguardándote está. Tú con pala
De plata, las arenas dispersando
Su curso facilita. La gran corte
En grande gala espera. <ya lo sabios,
De tu dichoso arribo se prometen
Muchos conocimientos más exactos
De la admirable historia de tus reinos,
Y los **laureados** jóvenes, con cantos
Dulcísimos de pura poesía
Que tus **melífluas** ninfas enseñaron
Aspiran a grabar tu excelso nombre,
Para siempre, del Pindo en los **peñascos**,

Donde hoy más se cantan tus **virtudes**
Y no las iras del furioso Janto.

Ven **sacro** río, para dar impulso
Al inspirador ardor; bajo tu amparo
Corran como tus aguas nuestros versos,
Llevarás **guarnecidos** de diamantes.
No quedarás sin premio (premio santo!);
Y de rojos rubíes, dos retratos,
Dos rostros divinales, que conmueven;
Uno de Luisa es, otro de Carlos.
Ves ahí, que tan magnífico **ornamento**
Transformará en un templo tu palacio;
Ves ahí para las ninfas argentinas,

Y su dulce cantar, asuntos gratos.

Manuel José de Lavardén

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) ¿Por qué este poema es neoclásico?
- c) ¿Cuál es el tema del poema?
- d) ¿Qué sentimiento principal expresa el poema?
- e) ¿A quién se dirige el poeta?
- f) Teniendo en cuenta el lenguaje empleado en el poema ¿cuál es el tono del mismo?
- g) ¿Qué recursos literarios emplea el autor?
- h) Haz el análisis métrico del poema.
- i) ¿Cuál es vuestra opinión personal sobre el poema?
- j) ¿Qué campos semánticos encontráis en el poema?

2. Lee el siguiente poema y responde las preguntas?

Canción a la disolución de Colombia

Deja, **discordia** bárbara, el terreno
que el pueblo de Colón a **servidumbre**
redimió vencedor; y allá vomita,
aborrecida furia, tu veneno,
y esa tu **tea**, a cuya triste lumbre
el tierno pecho maternal palpita,
allá tan sólo agita,
donde jamás fue oído
de libertad el nombre,
y donde el cuello dobla, **encallecido**
bajo **indigna** cadena, el hombre al hombre.

¿El que la ley **ató** sagrado **nudo**
que se dignaron bendecir los cielos
en tanta heroica **lid** desde los llanos
que baña el Orinoco hasta el desnudo
remoto Potosí, romperán celos
indignos de patriotas y de hermanos?
¿De labios colombianos
saldrá la voz **impía**:
Colombia fue? ¿Y el santo
título abjuremos que alegría
al nuevo mundo dio y a Iberia espanto?

¡Ah! no será, ni en corazones cabe
que enamoró la gloria, tanta **mengua**;
o si pudo el valor desatentado
culpa, un momento, consentir tan grave;
honor lo **contradijo**, y de la lengua
volvió la voz al pecho horrorizado;
que no en vano regado
con la sangre habrá sido
de víctimas sin cuento
el altar, do en mil votos repetido
se oyó de unión eterna el juramento.

¿Qué acento pudo a la **postrada** España
más alegre sonar? Miradla el luto

mudar gozosa en púrpura **fulgente**.
Ya en su delirio, la visión apaña
del cetro antiguo, y el **servil** tributo
demanda con **usura** al Occidente.
Brilla en la **cana** frente
el orgullo altanero,
cual súbito revive,
cuando iba el rayo a despedir postrero,
la tibia luz que pábulo recibe.

“¿Es éste el pueblo **desdeñoso**, esquivo,
icon **irrisión** dirá ¿qué oprobio estima
mis leyes, y mi nombre **vituperio**?
No de tener el corazón altivo
de sus padres blasone; no le anima
alma capaz de libertad e imperio.
En largo **cautiverio**
degeneraron; falta
para llevar a cabo
una empresa tan alta
generosa virtud al que fue esclavo.

“¿Veislos violar el pacto, **fementidos**,
jurado apenas? ¿Veislos ya la espada
contra sí revolver? El ebrio sueño
desvaneciósse; en breve, en breve **uncidos**
pedirán ser a la coyunda usada,
y de la voz se acordarán del dueño”.
-¡Ciego error! ¡**Vano** empeño!
Si dejada el torrente
su natural costumbre,
arrastrare sus ondas a la fuente,
querrá volver el libre a servidumbre.

Mas, ¡oh vosotros!, ¿dejaréis que **infame**
la causa que os unió maldad tamaña?
¿Falta al acero empleo? ¿No hay tirano
que herencia suya vuestro suelo llame?
¿Vengósse ya la sangre que lo baña?
¿Los rumbos olvidó del océano

el pabellón hispano?...
¿Qué digo? A vuestra vista
las barras y leones
en arreo **despliega** de conquista,
y guía a nueva lid nuevas legiones.

Sí, que de Cuba en la vecina playa
imerced a los furores **parricidas**
que en común daño alimentáis, y afronta
os amenaza Iberia, os atalaya,
y de combates mil las esparcidas
reliquias apellida, y junta, y cuenta.
De allí la seña ostenta
a la traición **aleve**,
que callada vigila
entre vosotros, y las tramas mueve
de oculto fraude, y ya el puñal **afla**.

¿Y en miserables contiendas distraídos
la pública salud tenéis en nada?
¿Queréis que, de humo y polvo en nube densa,
el bronce tronador dé a los oídos
súbito aviso de enemiga entrada,
para **acudir** a la común defensa?
¡Cuán otro el que así piensa
de los que libertaron
de los incas la **cuna**,
y al carro de Colombia encadenaron
en distantes batallas la fortuna!

Mirad, mirad en cuál **congoja** y duelo
a la Patria **sumís**, que la unión santa
con voz llorosa invoca y suplicante.
La dulce Patria, en que la luz del cielo
visteis primera, y do la débil planta
estampó el primer paso vacilante;
la que os sustenta, amante
y liberal nodriza;
la que en su seno encierra
de tanto ilustre mártir la ceniza,
¿teatro haréis de abominable guerra?

¡Guerra entre hermanos, fiera guerra, impía,
do el valor frenesí, do la **lid** crimen,
y aun el vencer **ignominioso** fuera!
¡Ah, no! volved en vos; y aquel que un día
amor de patria, aquéllas os animen
con que humillasteis la arrogancia ibera,
virtud sublime, austera,
y ardiente sed de fama,
y fe de limpio brillo;
una es la **senda** a que la Patria os llama,
uno el intento sea, uno el caudillo.

Canción a la disolución de Colombia
de Andrés Bello

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) ¿De qué trata el poema?
- c) ¿Cuál es el tema principal? ¿Hay otros subtemas?
- d) Según el lenguaje utilizado por Bello, ¿qué tono tiene el poema?
- e) ¿A quién se dirige el poeta?
- f) Analiza el poema buscando los recursos literarios.
- g) Analiza la métrica del poema.
- h) ¿Cuál es tu opinión sobre el poema? Argumenta tu respuesta.

3. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Oda al Niágara

Templad mi lira, dádmela, que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz...! Niágara **undoso**,
Tu sublime terror sólo podría
Tornarme el don divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, calla
Tu trueno aterrador: disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan;
Déjame contemplar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
Lo común y **mezquino desdeñando**,
Ansíe por lo terrífico y sublime.

Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: vi al Océano,
Azotado por austro proceloso,
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Vórtice hirviente abrir, y amé el peligro.
Mas del mar la fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresión que tu grandeza.

Sereno corres, majestuoso; y luego
En ásperos peñascos **quebrantado**,
Te abalanzas violento, **arreatado**,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la **sirte rugiente**
La aterradora faz? El alma mía
En vago pensamiento se confunde
Al mirar esa férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde oscuro
Del precipicio altísimo: mil olas,
Cual pensamiento rápidas pasando,
Chocan, y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.

¡Ved! illegal, saltan! El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados:
Crúzanse en él mil **iris**, y asordados
Vuelven los bosques el **fragor** tremendo.

En las rígidas **peñas**
Rómpele el agua: vaporosa nube
Con elástica fuerza
Llena el abismo en torbellino, sube,
Gira en torno, y al éter
Luminosa pirámide levanta,
Y por sobre los montes que le cercan
Al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista
Con inútil afán? ¿Por qué no miro
Alrededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol a la sonrisa, y crecen,
Y al **soplo** de las brisas del Océano,
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene...
Nada ¡oh Niágara! falta a tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
A tu terrible majestad conviene.
La palma, y mirto, y delicada rosa,
Muelle placer inspiren y ocio blando
En **frívolo** jardín: a ti la suerte
Guardó más digno objeto, más sublime.
El alma libre, generosa, fuerte,
Viene, te ve, se asombra,
El **mezquino deleite menosprecia**,
Y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Omnipotente Dios! En otros climas
Vi monstruos execrables,
Blasfemando tu nombre sacrosanto,
Sembrar error y fanatismo **impío**,
Los campos inundar en sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra,
Y **desolar frenéticos** la tierra.

Vilos, y el pecho se inflamó a su vista
En grave indignación. Por otra parte

Vi mentidos filósofos, que **osaban**
Escrutar tus misterios, **ultrajarte**,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban.
Por eso te buscó mi débil mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre a ti; tu mano siente
En esta inmensidad que me **circunda**,
Y tu profunda voz hiere mi seno
De este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso **torrente**!
¡Cómo tu vista el ánimo enajena,
Y de terror y admiración me llena!
¿Dó tu origen está? ¿Quién **fertiliza**
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No **rebose** en la tierra el Océano?

Abrió el Señor su mano **omnipotente**;
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dio su voz a tus aguas **despeñadas**,
Y ornó con su arco tu terrible frente.
¡Ciego, profundo, infatigable corres,
Como el torrente oscuro de los siglos
En **insondable** eternidad...! ¡Al hombre
Huyen así las ilusiones gratas,
Los florecientes días,
Y despierta al dolor...! ¡Ay! agostada
Yace mi juventud; mi **faz**, marchita;
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente, de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día
Mi soledad y mísero abandono
y lamentable desamor... ¿Podría
En edad borrascosa
Sin amor ser feliz? ¡Oh! ¡si una hermosa
Mi cariño fijase,

Y de este abismo al **borde turbulento**
Mi vago pensamiento
Y ardiente admiración acompañase!
¡Cómo gozara, viéndola cubrirse
De leve palidez, y ser más bella
En su dulce terror, y sonreírse
Al sostenerla mis amantes brazos...!
¡Delirios de virtud...! ¡Ay! **¡Desterrado,**
Sin patria, sin amores,
Sólo miro ante mí llanto y dolores!

¡Niágara poderoso!
¡Adiós! ¡adiós! Dentro de pocos años
Ya devorado habrá la tumba fría
A tu débil **cantor**. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! ¡Pueda **piadoso**
Viéndote algún viajero,
Dar un suspiro a la memoria mía!
Y al **abismarse** Febo en occidente,
Feliz yo vuela do el Señor me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama,
Alce en las nubes la radiosa frente.

José María Heredia y Heredia

- Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- Resume con tus palabras el poema.
- ¿A quién se dirige el poema?
- Analiza el poema buscando los recursos literarios.
- Analiza la métrica del poema.
- ¿Cuál es tu opinión sobre este poema?

4. Lee la siguiente carta y responde las preguntas:

Magdalena, 6 de marzo de 1826.

Al Exmo. Señor General en Jefe José Antonio Páez.

Mi querido General y amigo:

He recibido la muy importante carta de Ud. del 1° de octubre del año pasado, que me mandó Ud. por medio del señor Guzmán, a quien he visto y oído no sin sorpresa, pues su misión es extraordinaria. Ud. me dice que la situación de Colombia es muy semejante a la de Francia cuando Napoleón se encontraba en Egipto y que yo debo decir con él: “los intrigantes van a perder la patria, vamos a salvarla”. A la verdad, casi toda la carta de Ud. está escrita por el **buril** de la verdad, mas no basta la verdad sola para que un plan logre su efecto. Ud. no ha juzgado, me parece, bastante imparcialmente el estado de las cosas y de los hombres. Ni Colombia es Francia, ni yo Napoleón. En Francia se piensa mucho y se sabe todavía más, la **populación** es homogénea, y además la guerra la ponía al borde del precipicio. No había otra república grande que la francesa y la Francia había sido siempre un reino. El gobierno republicano se había desacreditado y abatido hasta entrar en un abismo de **execración**. Los monstruos que dirigían la Francia eran igualmente crueles e **ineptos**. Napoleón era grande y único, y además sumamente ambicioso. Aquí no hay nada de esto. Yo no soy Napoleón ni quiero serlo; tampoco quiero imitar a César; aun menos a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, es imposible degradarlo. Por otra parte, nuestra población no es de franceses en nada, nada, nada. La república ha levantado el país a la gloria y a la prosperidad, dado leyes y libertad. Los magistrados de Colombia no son ni Robespierre ni Marat. El peligro ha cesado cuando las esperanzas empiezan; por lo mismo nada urge para tal medida. Son repúblicas las que rodean a Colombia, y Colombia jamás ha sido un reino. Un trono **espantaría** tanto por su altura como por su brillo. La igualdad sería rota y los colores verían perdidos todos sus derechos por una nueva aristocracia. En fin, amigo, yo no puedo **persuadirme** de que el proyecto que me ha

comunicado Guzmán sea **sensato**, y creo también que los que lo han sugerido son hombres de aquéllos que elevaron a Napoleón y a Iturbide para gozar de su prosperidad y abandonarlos en el peligro, o si la buena fe los ha guiado, crea Ud. que son unos aturdidos o partidarios de opiniones exageradas bajo cualquier forma o principios que sean.

Diré a Ud. con toda **franqueza** que este proyecto no conviene ni a Ud. ni a mí ni al país. Sin embargo, creo que, en el próximo período señalado para la reforma de la constitución, se pueden hacer a ella notables mutaciones en favor de los buenos principios conservadores y sin violar una sola de las reglas más republicanas. Yo enviaré a Ud. un proyecto de constitución que he formado para la república de Bolivia; en él se encuentran reunidas todas las garantías de permanencia y de libertad, de igualdad y de orden. Si Ud. y sus amigos quisieran aprobar este proyecto, sería muy conveniente que se escribiese sobre él y se recomendase a la opinión del pueblo. Este es el servicio que podemos hacer a la patria; servicio que será admirado por todos los partidos que no sean exagerados, o, por mejor decir, que quieran la verdadera libertad con la verdadera estabilidad. Por lo demás, yo no aconsejo a Ud. que haga para sí lo que no quiero para mí, mas si el pueblo lo quiere, y Ud. acepta el voto nacional, mi espada y mi autoridad se emplearán con infinito gozo en sostener y defender los decretos de la soberanía popular. Esta protesta es tan sincera como el corazón de su **invariable amigo**.
[BOLÍVAR]

Obras completas de Bolívar, tomo II.

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) ¿Cuál es el contenido de la carta? ¿De qué trata?
- c) ¿Contra qué se opone Simón Bolívar?
- d) ¿Cómo es el lenguaje que usa el autor?
- e) ¿Qué personajes históricos menciona en esta carta? ¿Con qué fin los menciona?

5. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

Ésta sí fuera asistencia honrosa, y los mayores elogios que pudieran **lisonjear** el corazón de sus parientes; porque las lágrimas de los pobres en la muerte de los ricos, **honran** sus cenizas, perpetúan la memoria de sus nombres, acreditan su caridad y beneficencia, y aseguran con mucho fundamento la felicidad de su suerte futura con más solidez, verdad y energía que toda la **pompa, vanidad y lucimiento** del **entierro**. ¡Infelices de los ricos cuya muerte ni es precedida ni seguida de las lágrimas de los pobres!

(...)La pobre de su merced me reprendía mis **extravíos**, me hacía ver que ellos eran la causa del triste estado a que nos veíamos reducidos, me daba mil consejos **persuadiéndome** a que me dedicara a alguna cosa útil, que me confesara, y que abandonara aquellos amigos que me habían sido tan perjudiciales, y que quizá me pondrían en los **umbrales** de mi última **perdición**. En fin, la infeliz señora hacía todo lo que podía para que yo **reflexionara** sobre mí, pero ya era tarde. El **vicio** había hecho **callos** en mi corazón, sus raíces estaban muy profundas, y no hacían mella en él ni los consejos sólidos, ni las reprensiones suaves ni las ásperas. Todo lo escuchaba violento y lo despreciaba **pertinaz**. Si me exhortaba a la virtud, me reía; y si me afeaba mis vicios me **exasperaba**; y no sólo, sino que entonces le faltaba al respeto con unas respuestas indignas de un hijo cristiano y bien nacido, haciendo llorar sin consuelo a mi pobre madre en estas ocasiones. ¡Ah, lágrimas de mi madre, vertidas por su culpa y por la mía! Si a los principios, si en mi infancia, si cuando yo no era dueño absoluto de los resabios de mis pasiones, me hubiera corregido los primeros ímpetus de ellas, y no me hubiera lisonjeado con sus mimos, consentimientos y cariños, seguramente yo me hubiera acostumbrado a obedecerla y respetarla; pero fue todo lo contrario, ella celebraba mis primeros **deslices** y aun los disculpaba con la edad, sin acordarse que el vicio también tiene su infancia en lo moral, su consistencia y su senectud lo mismo que el hombre en lo físico. Él comienza siendo niño o trivial, crece con la costumbre y **fenece** con el hombre, o llega a su **decrepitud** cuando al mismo hombre en fuerza de los años se le **amortiguan** las pasiones.

El periquillo Sarmiento de José Joaquín Fernández de Lizardi

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) ¿De qué trata este fragmento?
- c) Resume con tus palabras el fragmento.
- d) ¿Cuál es la persona que narra? ¿Es propia del Neoclasicismo?
- e) De este fragmento, ¿qué características podéis extraer del personaje?

Tema 6: El Romanticismo (1832-1862)

El Romanticismo hispanoamericano fue una corriente literaria que se dio en la América Latina y que contribuyó no solo a la literatura de América sino también a la literatura de otros continentes. En Hispanoamérica, el contenido nacionalista del Romanticismo confluyó con la recién terminada Guerra de Independencia (1810–1824), convirtiéndose en una herramienta de consolidación de las nuevas naciones independientes y recurriendo al costumbrismo como una herramienta de autonomía cultural.

Aparecen diferentes géneros literarios entre los cuales predomina la prosa narrativa. Nace el cuento, la crónica de viajes, el cuadro de costumbres, la biografía literaria, los ensayos y memorias, pero principalmente, una enorme cantidad de novelas (históricas, sentimentales, costumbristas y, por último, la novela social). En la poesía se fortalece la tendencia popular y se le da mucha importancia al literato, sobresaliendo la poesía gauchesca con la insigne obra de José Hernández. El autor del Romanticismo intenta describir los problemas americanos y los describe y desarrolla en sus obras. De la acumulación de sentimientos se enfatiza la melancolía inspirada por el pesimismo por las decepciones amorosas. Los autores se sienten identificados con la Nación al afirmar la identidad nacional y la independencia cultural. El Romanticismo es una literatura comprometida con la exaltación del ambiente americano y con la resolución de sus problemas, mientras rechaza lo español y admira lo francés y anglosajón, sin dejar atrás lo indígena.

En 1832 el argentino Esteban Echeverría (1805-1851) publica el poema *Elvira o la novia del Plata*, obra que puede ser considerada como la primera que pertenece a la nueva corriente literaria. La escuela ha de llamarse “Romanticismo hispanoamericano” y será el resultado de las ideas de emancipación, fundamentadas en el deseo de implantar la

libertad, la democracia y en general la vida que se adapta a las leyes de la naturaleza.

El Romanticismo se caracteriza por no entronizar la razón, dar rienda suelta a las emociones, destruir las formas rígidas, tener un interés en la variedad y no en la uniformidad, y el interés en el paisaje como fuente de emoción estética.

Los románticos americanos coinciden con la aparición de las luchas civiles y los caudillos:

- 1.- apartan por primera vez sus ojos de Europa;
- 2.- describen la naturaleza americana;
- 3.- describen los tipos regionales;
- 4.- las costumbres del pueblo;
- 5.- usan un lenguaje que no rehúye el uso de regionalismos o de palabras procedentes de las lenguas indígenas;
- 6.-el indio aparece en las obras no como un salvaje noble, sino como el representante Romanticismo que vive en libertad y bien adaptado a las leyes de la naturaleza (el indio y el gaucho serán los héroes correspondientes al pirata, al cosaco y el beduino de los románticos europeos).

En la poesía tenemos a Esteban Echeverría (Argentina, 1805-1851). Es el primer romántico y se le recuerda más hoy como prosista por el cuento *El matadero*, con él nace el cuento americano, su poema a *Elvira o la novia del Plata* (1832) es el inicio de este estilo, seguido por *La Cautiva*.

Gabriel de la Concepción Valdés, Plácido (Cuba, 1809-1840), hijo de una bailarina española y un cubano de raza negra. Fue abandonado en una Casa Cuna, por eso lleva el apellido Valdés. Es uno de los iniciadores del Criollismo y el siboneyismo en el movimiento lírico cubano. En su poesía aparece por primera vez la protesta social, la protesta contra la tiranía, la opresión, la injusticia. Algunos de sus poemas son *La flor de caña*, *A Gesler*, *La flor de la piña*, *Jicotencal*, *La flor del café*, *A una ingrata* y el poema en que se despide de la vida antes de ser fusilado: *Despedida a mi madre*.

Gertrudis Gómez de Avellaneda (Cuba, 1814-1873) a los doce años se va a España, donde escribe poesía lírica y novelas históricas de tema americano. Como poeta se le recuerda por su soneto *Al partir*, por las

quintillas *A él...*, por la fantasía *La noche del insomnio y del alma* (donde usa versos de dos a doce sílabas).

José Eusebio Caro (Colombia, 1817-1853) poeta y periodista, expresa en su lírica los ideales políticos: el amor a la libertad, la integridad moral e intelectual, la justicia política. Fue innovador en la métrica, nos dejó su mejor poema *En el alma*. Otros poetas románticos fueron Julio Arboleda (Colombia, 1817-1861), Guillermo Prieto (México, 1818-1897), José Joaquín Pesado (México, 1801-1861) y José Batres Montúfar (Guatemala, 1809-1844).

Los prosistas románticos continúan las tendencias de los escritores de la época de la Independencia. Siguen interesados en la libertad tanto política como literaria, introducen nuevos géneros (la leyenda, el cuento, el cuadro de costumbres, el ensayo), dan expresión a los sentimientos y las ideas románticas, se rebelan contra las normas académicas (lucha entre academistas y americanistas, lucha que ganarán los últimos porque la segunda generación de románticos no se preocupará por la academia).

En la narrativa el principal autor es José Mármol (Argentina, 1817-1871) poeta y novelista. Su obra *Amalia* (1851-1855), es una novela política y primera en este género en Argentina. Escrita sin preocupación estética, se lee por la vivida pintura de la época del dictador Rosas y esto la salva del olvido sin tener en cuenta sus errores artísticos.

Vicente Fidel López (Argentina, 1815-1903) librepensador, historiador, abogado y político argentino que fuera electo diputado nacional de 1876 a 1879. Sus novelas principales son *La novia del hereje*, *La loca de la guardia* ambas son novelas históricas escritas en 1854.

Cirilo Villaverde (Cuba, 1812-1894), autor de la novela *Cecilia Valdés*, considerada la primera novela cubana. La obra, de contenido antiesclavista, constituye además un valioso testimonio de la época. Escrita con inusual crudeza realista y un fuerte sentimentalismo, sus elementos de truculencia y misterio hicieron de ella una escalofriante y memorable descripción de la vida cubana hacia 1820.

Justo Sierra O'Reilly (México, 1814-1861) publicó en el periódico "El Museo Yucateco" siete novelas históricas cortas: *La Tía Mariana*, *Los Anteojos Verdes*, *Doña Felipa de Zanabria*, *D. Pablo de Vergara*, *El Filibustero*, *Leyenda del siglo XVIII*, *D. Juan de Escoba* y *Los Bandos de Valladolid*.

Manuel Payno (México, 1810-1894) autor que inicia la novela de bandidos, su obra más destacada es *Los bandidos de río frío*.

Florencio M. Del Castillo (México, 1828-1863), Luis G. Inclán (México, 1816-1875) autor de *El Coronel Astucia y los Hermanos de la Hoja* (1865), continúa la temática sobre los bandidos, se le reconoce haber utilizado hábilmente un estilo folletinesco para trazar ese gran cuadro épico del inicio de la vida independiente del país. Manuel de Bilbao (Chile, 1827-1895) autor de *El inquisidor mayor* (1852), novela anticlerical y de crítica política.

También aparecen en esta época los cuentos y cuadros costumbristas con autores como José María Heredia (Cuba, 1803-1839), José Victorino (Chile, 1809-1858), José Tomás de Cuéllar (México, 1830-1894) y José Milla (Guatemala, 1822-1882).

El ensayo tuvo una larga vida más allá de la Ilustración, todos empeñados en explicar lo nacional y la independencia. Se destacan los siguientes ensayistas: Juan María Gutiérrez (Argentina., 1809-1978), Juan Bautista Alberdi (Argentina., 1819-1884), Ignacio Ramírez (México, 1818-1897), Bartolomé Mitre (Argentina, 1821-1906), Domingo Faustino Sarmineto (Argentina., 1811-1888) el más vigoroso prosista de su generación con su *Facundo* (1845) y *Recuerdos de provincia* (1850) es una obra representativa del Romanticismo hispanoamericano.

Las primeras obras de teatro románticas no son de gran nivel y valor artístico, pero van a sentar las bases de lo que fuera el teatro posterior, cuando el teatro clásico será reemplazado por el teatro romántico costumbrista. Sus representantes son Fernando Calderón (México, 1809-1845) fue un escritor costumbrista con una gran cantidad de obras de importancia como *El torneo* (1839), *Hernán o la vuelta del cruzado* (1842), *Ana Bolena* (1842), *A ninguna de las tres* (1839).

Ignacio Rodríguez Galván (México, 1816-1842) que introdujo temas y ambientes indígenas en la lírica en la *Profecía de Guatimoc*, *Muñoz, visitador de México* (1838), donde predomina el tema novohispano en el teatro, la exageración de los sentimientos y las escenas descabelladas, aspectos que restan mérito a su teatro.

Felipe Pardo y Aliaga (Perú, 1806-1868) tiene cierta tendencia didáctica, no se distingue mucho del teatro tradicionalista, Manuel Asencio Segura (Perú, 1805-1871) con *El sargento Canuto* (1839) y *Ña Catita* (1856) en esta última obra se burla del soldado fanfarrón y de la casamentera.

Actividades

1. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Elvira o La novia del Plata

I

Belleza celestial y encantadora;
inefable **deidad**, que el mundo adora,
que dominas el **Orbe**, y das consuelo,
inspirando con pecho generoso
el sentimiento tierno y delicioso,
que os **prodigara** el Cielo,

a vos **invoco**: favorable inspira
el canto melancólico a mi Lira
de amor y de ternura,
y un nuevo lauro a mi triunfal corona
la Beldad **ciña** Numen de Helicon
de mirto y rosa pura.

Alza gozoso, vos, **casto** Himeneo,
y **halagüeño** el semblante, que ya veo
a tus humeantes aras
con rubor acercarse tierna y bella
a **consagrarte** tímida doncella
de amor **primicias** caras.

Cándidos y amorosos corazones
en tu altar **sacrosanto** nunca dones
más puros ofrecieron,
para volver a tu deidad propicia,
y del tálamo dulce la delicia
gozar que pretendieron.

II

La aureola celestial de virgen pura,
el juvenil frescor y la hermosura
los encantos de Elvira realzaban,
dando a su amable rostro un poderío,
que encadenaba luego el **albedrío**
de cuantos la miraban.

Sus ojos inocencia respiraban,
y de su pecho solo se **exhalaban**
inocentes suspiros,
hijos del puro y celestial contento,
que de las dulces ansias **vive exento**
del amor y sus tiros.

Mas vio a Lisardo, y palpitó su pecho
de extraña agitación, y satisfecho
se gozó enardecido,
cuando de amor arder la viva llama,
que con dulce deleite nos inflama,
sintió, no apercibido.

Como la planta que al Favonio aspira,
que **en torno** de ella regalado gira,
nueva existencia siente;
así Lisardo al ver de su querida
el amante cariño, nueva vida
sintió en su pecho ardiente:

el noble orgullo se amparó de su alma,
del que adornado de triunfante palma
se avanza entre **despojos**,
y un mundo de risueñas ilusiones,
de esperanzas felices y ambiciones,
se reveló a sus ojos.

La juventud es tierna y persuasiva,
y fácilmente con amor **cautiva**
la **beldad inocente**,
cual **céfiro** apacible con su arrullo
halagando a la rosa en su capullo
meliflua y dulcemente;

así el amor el sentimiento inspira,
y así Lisardo el corazón de Elvira
poseyó satisfecho:

amáronse, y creciendo su ternura
apuraron delicias de ventura
con inocente pecho:

así pasaron en amantes juegos
largo tiempo felices, y sus fuegos
y su pasión crecieron;
uno era su sentir, y cual hermanas,
con **inefable hechizo**, soberanas
sus dos almas se unieron.

III

Tu serás mía,
tierno decía
Lisardo a Elvira;
aunque el destino
cierre el camino
de mi ventura,
la pura llama
que al Sol inflama
antes, Elvira,
que mi ternura
se extinguirá.
Serás mi esposa,
y el Himeneo
nuestro deseo
satisfará;
que aunque el destino
cierre el camino
de mi ventura,
la llama pura
de mi ternura
no extinguirá.
poseyó satisfecho:

amáronse, y creciendo su ternura
apuraron delicias de ventura
con inocente pecho:
así pasaron en amantes juegos
largo tiempo felices, y sus fuegos
y su pasión crecieron;
uno era su sentir, y cual hermanas,
con inefable hechizo, soberanas
sus dos almas se unieron.

IV

Así Lisardo de su dulce amiga
la esperanza **halagüeña** alimentaba,
y con ardua **fatiga**
el campo de las ciencias exploraba,
para volver a el **hado** más benigno,
y arrancando un favor a la fortuna,
que contraria le fue desde la cuna,
de su mano y amor hacerse digno.
en tanto una mirada de sus ojos,
de su boca **risueña** un dulce beso,
hurtado a la inocencia entre sonrojos,
aligeraban de su afán el peso,
y llenaban su ardiente fantasía
con la imagen feliz y encantadora
del venturoso día,
en que triunfando su pasión constante
del ingrato destino,
apurase en el **tálamo** divino
las caricias y halagos de su amante.

V

Era de primavera un bello día,
cuando el Sol en la esfera
más rutilante y majestuoso impera;
cuando el campo se viste de verdura,
y risueña y brillante la natura
ostentando su fuerza y **lozanía**,
nos convida al placer y la alegría.
En el jardín ameno,
que vio nacer sus plácidos amores,
respirando el aroma de las flores,
y a la sombra sentada
de una fresca **enramada**,
Elvira recorría en su memoria
la deliciosa historia
de sus amores, y la vez primera,
día también de riente Primavera,
en que a Lisardo vio, y estremecida
se sintió palpitante

su corazón amante;
y en tan dulces recuerdos embebida,
de gozo suspiraba,

VIII

«Yo vi en mi sueño
dos corazones
de amor **ufanos**
y juventud,
que se buscaban
como atraídos
por un hechizo
de gran virtud.

El Himeneo
iba a enlazarlos
con el anillo
del puro amor,
y ellos ardientes
se encaminaban
a la ara augusta
del sacro Dios.

Mas de repente
el negro brazo
de un esqueleto

que apareció,
su mano en medio
de los dos pechos
puso, y con furia
los separó.

A unirse ansiosos
buscaban ellos,
ardiendo en fuego,
del puro amor;
pero la mano
los separaba,
interrumpiendo
su dulce unión.

Tócalos luego
los corazones
se marchitaron
como la flor,
y en el semblante
del negro Espectro
turbia sonrisa
fugaz vagó».

«Esas tristes imágenes olvida,
Visiones de la mente en desvarío;
huya de tu halagüeña fantasía
la sombra del pesar, Elvira mía,
pues tu destino al mío,
colmando nuestros **votos** y deseo,
va a unir por siempre plácido Himeneo
nuestras almas Elvira abandonemos
al júbilo, al placer y a la alegría,
a los transportes del amor supremos
tuyo por siempre soy, y tú eres mía».
horrorosos esqueletos,
dadme a mi Elvira» y, «Elvira»
por los aires repitieron.
fugaz vagó».

«Esas tristes imágenes olvida,
Visiones de la mente en desvarío;
huya de tu halagüeña fantasía
la sombra del pesar, Elvira mía,
pues tu destino al mío,
colmando nuestros votos y deseo,
va a unir por siempre plácido Himeneo
nuestras almas Elvira abandonemos
al júbilo, al placer y a la alegría,
a los transportes del amor supremos
tuyo por siempre soy, y tú eres mía».

Elvira o La novia del Plata de
Esteban Echeverría

Tema 6: El Romanticismo (1832-1862)

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) ¿Cuál es el tema de los fragmentos de este poema? (Puede haber más de un tema)
- c) ¿Cuáles son los personajes principales? ¿Con qué características son descritos?
- d) ¿Qué otros personajes aparecen?
- e) Elige una de las partes del poema que tienes en el cuadro y haz el análisis métrico.
- f) Busca los recursos literarios en el poema. Explícalos.
- g) Este poema es considerado el primer poema romántico en Hispanoamérica, ¿por qué? Explícalo.

2. Lee el poema siguiente y responde las preguntas:

A él

No existe **lazo** ya; todo está roto:
plúgole al cielo así, ¡bendito sea!,
amargo **cáliz** con placer agoto;
mi alma reposa al fin; nada desea.

Te amé, no te amo ya; piénsolo, al menos.
¡Nunca, si fuere error, la verdad mire!
Que tantos años de amarguras llenos
trague el olvido; el corazón respire.

Lo has destrozado sin piedad; mi orgullo
una vez y otra vez pisaste **insano**...
mas nunca el labio exhalará un murmullo
para acusar tu proceder tirano.

De graves faltas **vengador** terrible,
dócil llenaste tu misión; ¿lo ignoras?
no era tuyo el poder que, **irresistible**,
postró ante ti mis fuerzas vencedoras.

Quísolo Dios, y fue. ¡Gloria a su nombre!
todo se terminó; recobro aliento.

¡Ángel de las venganzas! Ya eres hombre...
ni amor ni miedo al contemplarte siento.

Cayó tu **cetro**, se embotó tu espada...
mas ¡ay, cuán triste libertad respiro!
Hice un mundo de ti, que hoy se **anonada**,
y en honda y vasta soledad me miro.

¡Vive dichoso tú! Si en algún día
ves este adiós que te dirijo eterno,
sabe que aun tienes en el alma mía
generoso perdón, cariño tierno.

A él de Gertrudis Gómez de Avellaneda

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) ¿Quién es el narrador?
- c) ¿A quién va dirigido el poema?
- d) ¿Cuál es el tema del poema?
- e) ¿Cuál es el tono del poema?
- f) Haz el análisis métrico del poema.
- g) Busca los recursos literarios.

3. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Te quiero

Te quiero, sí, porque eres inocente,
Porque eres pura, cual la flor temprana
Que abre su cáliz fresco á la mañana
Y **exhala** en torno delicioso olor.
Flor virginal que el sol no ha marchitado,
Cuyo tallo gentil se eleva **erguido**,
Por matutino céfiro mecido
Que besa puro la aromada flor.
Te quiero, sí; pero en mi pecho **yerto**
Ya con amor el corazón no late,

Ay! ni mi frente pálida se **abate**
Al contemplar tu cuello de **marfil**;
Pero te quiero como á aquella tierna
Hija de mi alma que inocente ahora;
En el **regazo** de su madre llora
Tal vez la pena que soñó infantil.
No dejaré que **veleidoso** vague
De flor en flor mi loco pensamiento;
Mas también la amistad tiene un acento;
Tu amigo soy : amigo cantaré.
¡Feliz tú! ¡ feliz yo! mis largos años
Cuentan dos veces lo que tú has vivido:
Tú el **aguijón** de amor aun no has sentido;
Yo ya de amor el aguijón gasté.
El fuego brilla en tus abiertos ojos,
Pero no hará **reverberar** los míos:
Tu blando acento en mis oídos fríos
Rápido vibra y piérdese al caer:
Y si entrecubre el **párpado** bruñido
Tu dilatada lúcida pupila,
Mi mirada pacífica, tranquila,
Admira el ángel, nunca la mujer.
Tal vez anima tu semblante puro
Con gracia celestial vaga sonrisa,
Como se anima al soplo de la brisa
El terso lago en tímido **vaivén**;
Y tu inefable sonreír de ángel
Al corazón arrancará un **suspiro**;
Mas yo impasible tu sonrisa miro, –
Y mirára impasible tu desden.
¿Á quién sirve en el árido desierto
De ruiñeñor armónico el gorjeo?
¿ Á quién dará su música recreo,
Si todo en torno es **yermo** y **orfandad**?
¿Y qué valen tu gracia y tu hermosura,
Y tu lágrima amiga y tu plegaria, -
Cuando mi alma cansada, solitaria,
Está absorta en su propia soledad?
¡Estéril soledad do todo muere,
Que llevo yo doquier conmigo mismo,

Que, cual potente mar, torna en abismo,
Y á sí asimila cuanto en ella cae!,
Ya para mí la brisa no levanta
El mar de las pasiones: está en calma:
Al **estéril** desierto de mi alma
Solo la arena sus mudanzas trae.
Volcán **extinto** soy, ceniza fría,
Que humedeció el dolor. Lee lo que escribo :
Tu mirada de fuego yo no esquivo,
Que la chispa, al caer se apagará.
¡Lee lo que escribo! Algún futuro día
Dirás : Él fue amigo: á mas no alcanza
Ya mi ambición: mi tímida esperanza
No de amistad el linde salvará.
Pero tu suerte, ¡hermosa flor! tu suerte,
Sí, quisiera **labrar** y tu ventura;
Eres hermosa: el crimen de hermosura
Persigue el hombre sin **piedad** aquí.–
Flor descuidada que a la brisa ondeas,
El gusano te asecha en torno andando,
El diente **aguza**, y en el tallo blando...
¡Oh. Dios! buen Dios! apártale de allí!
Tú la hiciste, ¡ Señor, no la abandones!
Tú de gracia, de amor tú la vestiste,
Cuídala ahora: el enemigo existe,
Desnudo de virtud y de piedad;
No le permitas deshojar tu lirio!
¡Ay! ni en el cáliz exhalar su aliento:
¡Ay! ni permitas que enemigo viento
Aje tu linda flor, ¡Dios de bondad!

Julio Arboleda

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) ¿Quién es el narrador?
- c) ¿A quién va dirigido el poema?
- d) ¿Cuál es el tema del poema?
- e) ¿Cuál es el tono del poema?
- f) Haz el análisis métrico del poema.
- g) Busca los recursos literarios.

4. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

De una situación semejante sólo la fortuna podía libertar a Rosas; pues de aquélla no se podía deducir lógica y naturalmente sino su ruina próxima.

Él trabajaba, sin embargo; acudía a todas partes con los elementos y los hombres de que podía **disponer**. Pero se puede repetir que sólo esa reunión de circunstancias prósperas e inesperadas que se llama fortuna era lo único con que podía contar Rosas en los momentos que describimos: tal era pues su situación en la noche en que **acaecieron** los sucesos que se conocen ya. Y es durante ellos, es decir, a las doce de la noche del 4 de mayo de 1840, que nos introducimos con el lector a una casa, en la calle del Restaurador.

(...)

-¡Manuela! -gritó Rosas luego que salió Corvalán, entrando al cuarto contiguo, donde ardía una **vela de sebo** cuyo **pabilo** carbonizado dejaba **esparcir** apenas una débil y amarillenta claridad.

-¡Tatita! -contestó una voz que venía de una **pieza interior**. Un segundo después apareció aquella mujer que encontramos durmiendo sobre una cama, sin desvestirse.

Era esa mujer una joven de veintidós a veintitrés años, alta, algo delgada, de un talle y de unas formas graciosas, y con una fisonomía que podría llamarse bella, si la palabra “interesante” no fuese más análoga para clasificarla.

(...)

-¿Quiere usted comer, tatita?

-Sí, pide la comida.

Y Manuela volvió a las piezas interiores, mientras Rosas se sentó a la orilla de una cama, que era la suya, y con las manos se sacó las botas, poniendo en el suelo sus pies sin medias, tales como habían estado dentro de aquéllas; **se agachó**, sacó un par de zapatos de debajo la cama, volvió a sentarse, y, después de acariciar con sus manos sus pies desnudos, se calzó los zapatos. Metió luego la mano por entre la **pretina** de los calzones, y levantando una finísima **cota de malla** que le cubría el cuerpo hasta el vientre, llevó la mano hasta el costado izquierdo, y se entretuvo en **rascarse** esa parte del pecho, por cuatro o cinco

minutos a lo menos; sintiendo con ello un verdadero placer, esa organización en quien predominan admirablemente todos los instintos animales.

No tardó en aparecer la joven hija de Rosas, a **prevenir** a su padre que la comida estaba en la mesa.

En efecto, estaba servida en la **pieza inmediata**, y se componía de un grande asado de vaca, un pato asado, una fuente de natas y un plato de dulce. En cuanto a vinos, había dos botellas de Burdeos delante de uno de los cubiertos. Y una mulata vieja, que no era otra que la antigua y única cocinera de Rosas, estaba de pie para servir a la mesa.

(...)

-¿Quieres asado? -dijo a Manuela cortando una enorme tajada que colocó en su plato.

-No, tatita.

-Entonces come pato.

Y mientras la joven cortó un alón del ave y lo descarnaba más bien por entretenimiento que otra cosa, su padre comía tajada sobre tajada de carne, rociando los bocados con repetidos **tragos**.

(...)

Y se echó un vaso de vino a la garganta, mientras su hija, colorada hasta las orejas, enjugaba con los párpados una lágrima que el despecho le hacía brotar por sus claros y vivísimos ojos.

Rosas comía entretanto con un **apetito** tal, que revelaba bien las fibras vigorosas de su estómago, y la buena salud de aquella organización privilegiada, en quien las tareas del espíritu suplían la actividad que le faltaba al presente.

Luego del asado comióse el pato, la fuente de nata y el dulce.

Amalia de José Mármol

- Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- Haz una lista de los personajes que aparecen en el fragmento y explica la información que aparece sobre ellos.
- Resume el fragmento con tus palabras.
- Busca y menciona los campos léxico-semánticos que aparecen en el fragmento.

5. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

Siguiendo el camino del Bajo, que **conduce** de Buenos Aires a San Isidro, se encuentra, como a tres **leguas** de la ciudad, el **paraje** llamado Los Olivos, y también cuarenta o cincuenta árboles de ese nombre, resto del antiguo bosque que dio el suyo a ese lugar, en donde más de una vez acamparon en los años de 1819 y 20 los ejércitos de mil a dos mil hombres que venían a echar a los gobiernos, para, al otro día ser echados a su vez los que ellos colocaban.

Los Olivos, sobre una pequeña eminencia a la izquierda del camino, permiten contemplar el anchuroso río, la dilatada costa, y las altas barrancas de San Isidro. Pero lo que sobre ese paraje llamaba más la atención en 1840, era una pequeña, **derruida** y solitaria casa, aislada sobre la **barranca** que da al río, a la derecha del camino, propiedad antigua de la familia de Pelliza, **pleiteada** entonces por la familia de Canaveri, y que era conocida por el nombre de la “Casa sola”.

Abandonada después de algunos años, la casa amenazaba ruinas por todas partes, y los vientos del sudoeste, que habían soplado tanto en el invierno de 1840, habrían casi completado su destrucción, si de **improviso** y en el espacio de tres días no hubieran reparádola, héchola casi de nuevo como por encanto, en toda la parte interior del edificio, dejándole sin mínima compostura en todo su exterior.

¿Quién dirigía la obra? ¿Quién mandaba hacerla? ¿Quién iba a habitar esa casa? Nadie lo sabía ni lo interrogaba en momentos en que, **federales** y **unitarios**, todos tenían que pensar en asuntos muy serios y personales.

Pero el hecho fue que las paredes antes derruidas quedaron en tres días primorosamente **empapeladas**, asegurados los tirantes, allanado el piso, nuevas las cerraduras de las puertas, y puestos los vidrios en todas las ventanas.

Y en aquella **mansión** que todo el mundo conocía por el nombre de la “Casa sola”, habitada poco antes por algunas aves nocturnas; sobre cuyas cornisas abatidas resbalaban las alas poderosas de nuestros vientos de invierno, mientras que al pie de la barranca en que se levantaba se quebraban en las negras peñas las azotadas olas del gran río, confundiendo su

salvaje rumor con el que hacían los viejos **olivares** mecidos por el viento, y apenas a tres cuerdas de aquella solitaria y misteriosa casa; en ésta, decíamos, se veía ahora el sello de la habitación humana; y lo que es más, de la habitación humana y culta.

Las pocas y pequeñas habitaciones estaban sencillas, pero elegantemente amuebladas, y al áspero grito de la **lechuza** había sucedido allí el melodioso canto de preciosos **jilgueros** en doradas jaulas.

En el centro de la pequeña sala, un blanquísimo mantel de hilo cubría una mesa redonda de **caoba**, sobre la que estaban dispuestos tres cubiertos, y cuya porcelana y cristales reflejaban la luz de una pequeña pero clarísima lámpara solar.

Eran las ocho y media de la noche, y la luna, llena y pálida, se levantaba de allá del fondo de las aguas, y por la mano de Dios, y presentada al mundo.

(...)

Vivo, alegre, desenvuelto como siempre, Daniel entró a la sala de su prima, cubierto con un pequeño **poncho** que le llegaba al muslo solamente, atada al cuello una cinta negra, sobre la que caían los cuellos de su camisa, descubriendo su varonil garganta.

-Los amantes no comen; y esta **bobería** es una felicidad para mí -dijo, haciendo desde la puerta una cortesía a su prima, otra a su amigo, y otra a la mesa en que, como sabe el lector, estaban prontos tres cubiertos.

-Te esperábamos -dijo la joven sonriendo.

-¿A mí?

-Con usted se habla, señor don Daniel -dijo Eduardo.

-¡Ah! ¡Muchas gracias! Son ustedes las criaturas más amables del mundo. ¡Y cómo se habrán cansado de esperarme! ¡Qué fastidiados habrán pasado el tiempo!

-Así, así -le respondió Eduardo meneando la cabeza.

-¡Ya! Ustedes no pueden estar solos un momento sin fastidiarse... ¡Pedro!

-¿Qué quieres, loco? -dijo Amalia.

-La comida, Pedro -dijo Daniel, quitándose su poncho, sus guantes de **castor**, sentándose a la mesa y echando un poco de vino de Burdeos en un vaso.

-Pero ¡señor, eso es una **impolítica!** Se ha sentado usted a la mesa antes que esta señora.

-¡Ah! Yo soy federal, señor Belgrano; y pues que nuestra santa causa se sentó sin cumplimiento en el banquete de nuestra revolución, bien puedo yo sentarme sin ceremonia en una mesa que es otra perfecta revolución; platos de un color, fuentes de otro, vasos, sin copas de champaña; la lámpara casi a oscuras, y una punta del **mantel** cayendo al suelo, como el **pañuelo** de mi íntima amiga la señora doña Mercedes Rosas de Rivera.

Amalia y Eduardo, que sabían ya la aventura de Daniel, dieron libre curso a su risa y vinieron a sentarse a la mesa donde Pedro acababa de poner la comida, a las diez de la noche, en aquella casa en que todo era romanesco y extraño.

-Y bien; antenoche te comprometiste con esa señora a hacerle ayer una visita y oír sus memorias. Según nos lo dijiste anoche, ayer faltaste a tu palabra de caballero, pero supongo que hoy habrás reconquistado tu buen nombre.

-No, mi querida prima -dijo Daniel **trinchando un ave**.

-Has hecho mal.

-Puede ser; pero no iré a casa de mi entusiasta amiga, hasta no tener el honor de presentarme en ella con Eduardo.

(...)

Amalia de José Mármol

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) Haz una lista de los personajes que aparecen en el fragmento y explica la información que aparece sobre ellos.
- c) Resume con tus palabras el fragmento.
- d) Busca y menciona los campos léxico-semánticos que aparecen en el fragmento.

6. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

Cuarta parte. Capítulo VII.

(...) Volado había el tiempo con **inconcebible** rapidez. A fines de agosto tuvo Cecilia un hermosa niña, suceso que antes de alegrar a Leonardo, parece que le hizo sentir todo el peso de la grave responsabilidad que se había echado encima en un momento de amoroso **arrebato**. Aquella con era su esposa, mucho menos su igual. ¿Podría presentarla sin sonrojo, **magüer** que bella como un sol, en ninguna parte? No había descendido tanto todavía por la cuesta suave del vicio, que hiciese del **sambenito** gala.

Se **desvanecía**, sin duda, la ilusión de fácil posesión del objeto codiciado que consistía tan solo en la cualidad **deleznable** antes mencionada. Al amor hizo en breve lugar la **vergüenza**. Tras esta debía presentarse luego el arrepentimiento, y se presentó al galope, mucho antes de lo que era de esperarse, supuestas las condiciones de alma fría y moral laxa de que había dado pruebas el joven Gamboa.

Los primeros síntomas del cambio no tardó Cecilia en descubrirlo con dolor; **en pos** vino el **tropel** de los celos a complicar la situación de las cosas. A los tres o cuatro (¿meses?) de **unión ilícita** fueron menos frecuentes las visitas de Leonardo a la casa de la calle Damas. ¿De qué valía que él colmase de regalo a la querida, que se adelantase a todos sus gustos y sus caprichos, si era cada vez más frío y reservado con ella, si no mostraba orgullo ni alegría por la hija, si no pudo lograr jamás que trocara siquiera por una noche la casa de sus padres por la suya propia?

Explícate la extraña conducta de Leonardo con Cecilia, por la grande influencia que sobre él ejercía su enérgica madre. Porque era cosa cierta que si del mozo habían huido todas las virtudes a la temprana edad de 22 años, como huyen las tímidas palomas del palomar herido por el rayo, no era menos cierto que aún calentaba su corazón **marmóreo** por el dulce amor filial.

Doña Rosa se había **averiguado** por aquellos días la historia verdadera del nacimiento, bautizo, crianza y paternidad de Cecilia Valdés, contado ahora por María de Regla con el objeto de obtener el completo perdón de sus pecados y alguna ayuda

a favor de Dionisio, que seguía en estrecha prisión. Espantada dicha señora por el abismo a que había empujado a su hijo, le dijo con aparente calma:

-Estaba pensando, Leonardito, que es hora que sueltes el **peruétano** de la muchachuela... ¿Qué te parece?

-¡Jesús, mamá! - replicó escandalizado el joven -. Sería una **atrocidad**.

-Sí, es preciso - añadió la madre en tono resuelto -. Ahora, a casarte con Isabel.

-¿También esa? Isabel ya no me quiere. Tu has leído sus últimas cartas. En ellas no me habla de amores, habla únicamente de **monjío**.

-¡Disparate! No hagas caso. Yo arreglo el negocio en dos **palotadas**. Han cambiado las cosas. Conviene que se case temprano el **mayorazgo**, siquiera no sea con otro fin que el de asegurar sucesión legítima para el título. A casarte con Isabel, digo.

Por carta de don Cándido Tomás Ilincheta, pidió doña Rosa la mano de Isabel para su hijo Leonardo, heredero presunto del condado de Casa Gamboa.

En respuesta, la presunta novia, acompañada de su padre, hermana y tía, vino a su tiempo a La Habana y desmontó en casa de sus primas, las señoritas Gámez. Quedó, pues, aplazado el matrimonio para los primeros días de noviembre, en la pintoresca Iglesia de Ángel, por ser la más decente, si no la más cercana a la **feligresía** propia. La primera de las tres velaciones regulares se corrió el primer día del mes de octubre, pasadas las ferias de San Rafael. No faltó quien comunicara a Cecilia la nueva del próximo enlace de su amante con Isabel Ilincheta. Renunciamos a pintar el tumulto de pasiones que despertó en el pecho de la orgullosa y vengativa mulata. Baste decir que la oveja, de hecho, se transformó en leona.

Al oscurecer del 10 de noviembre llamó a la puerta de Cecilia un antiguo amigo suyo, a quien no veía desde su **concubinaje** con Leonardo.

-¡José Dolores! -exclamó ella echándole los brazos al cuello, anegada en lágrimas-. ¿Qué buen ángel te envía a mí?

-Vengo -repuso él con hosco semblante y tono de voz terrible-, porque me dio el corazón que Cecilia podía necesitarme.

-¡José Dolores! ¡José Dolores de mi alma! Ese casamiento no debe efectuarse.

-¿No?

-No.

-Pues cuente mi Cecilia que no se efectuará.

Sin más se desprendió él de sus brazos y salió a la calle. Cecilia, a poco, con el pelo **desmadejado** y el traje suelto, corrió a la puerta y gritó de nuevo: -¡José! ¡José Dolores! ¡A ella, a él no!

Inútil advertencia. El músico ya había doblado la esquina de la calle de las Damas.

Ardían numerosos cirios y bujías en el altar mayor de la Iglesia del Santo Ángel Custodio. Algunas personas se veían de pie, apoyadas en el **pretil** de la ancha meseta en que terminan las dos escalinatas de piedra. Por la mira de la calle Compostela subía un grupo numeroso de señoras y caballeros cuyos carruajes quedaban abajo. Ponían lo novios el pie en el último escalón, cuando un hombre que venía por la parte contraria, con el sombrero calado hasta las orejas, cruzó la meseta en sentido diagonal y tropezó con Leonardo, en el esfuerzo de ganar antes que este el costado sur de la Iglesia, por donde al fin desapareció.

Llevóse el joven la mano al lado izquierdo, dio un **gemido** sordo, quiso apoyarse en el brazo de Isabel, rodó y cayó a sus pies, salpicándole de sangre el brillante traje de seda blanco. Rozándole el brazo a la altura de la tetilla, le entró la punta del cuchillo camino derecho al corazón.

Cecilia Valdés o La loma del Ángel de Cirilo Villaverde

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) Haz una lista de los personajes que aparecen en el fragmento y explica sobre ellos la información que aparece.
- c) Busca y menciona los campos léxico-semánticos que aparecen en el fragmento.

7. Lee estos dos actos de esta obra teatral y responde las preguntas:

Ña Catita (guión adaptado)

Primer Acto

Escena I: Don Jesús y Doña Rufina

Jesús : Mujer ¿Casar a nuestra hija con Don Alejo?

Rufina : ¿Acabaste, Don Jesús?

Jesús : Pero mujer escucha mis razones, nuestra hija se opondrá al que nosotros escojamos hombre para casarse y sabiendo que es don alejo ni hablar.

Rufina : Pues bien hágase usted cuenta que no ha dicho nada.

Jesús : Bueno ya no diré mas ya que usted esta segura del futuro esposo de Juliana.

Rufina : Mi hija no se ha croado para casarse con un pordiosero, si no se casara con un buen mozo. Con Don Alejo.

Jesús : ¡Qué escucho! ¡Juliana!

Rufina : Además la quiere mucho.

Jesús : Mas que nunca, ya que, nuestra hija esta ya grandecita pero no habrá ¿Una vieja mas verde, por qué Juliana a su lado parece su hija? Silencio viene gente (Tocan el Timbre)

Escena II: Don Alejo

Alejo : Doña Rufina tenga usted muy buenas tardes y Don Jesús igualmente.

Rufina : ¡Don Alejo!

Jesús : ¡Sin vergüenza!

Rufina : Hágame el favor de callarse

Jesús : ¡Pillo!

Rufina : ¡Chitón! Tenga usted más discreción

Alejo : Y como esta madame.

Rufina : Ahí, con tos por esta temporada.

Jesús : Bueno me retiro, tengo cosas que hacer.

Alejo : Siga Don Jesús.

Escena III

Rufina : Y don Alejo donde compra su ropa, es tan linda no como el de mi esposo.

Alejo : Por las supertientas elegantes. Bueno cambiando de tema como esta Juliana.

Rufina : Ahí en su cuarto, ya la llamo para que la salute (Juliana baja)

Escena IV

Juliana : Mamita ¿Usted me llamo?

Rufina : Tanto te demoras en bajar, te llamé porque el señor ha preguntado por ti.

Juliana : ¿Por mí?

Rufina : ¿Qué contestación es esa? Por ti. ¿Por quien ha de ser?

Juliana : Hay, como nadie me aviso.

Rufina : ¡Jesús! No sé como no me doy un peñisco por decir tremenda tontería.

Juliana : Hay mamá...

Juliana : ¡Mamá! ¡Sin vergüenza!

Rufina : Caramba

Rufina : Don Alejo disculpe el atrevimiento.

Alejo : Madame no se preocupe, total tendré que conocer bien a su hija.

Rufina : Mira... el señor Don Alejo dice que te ama y...

Juliana : Mamá estás loca.

Alejo : No Juliana es la verdad. Yo te amo cuando por, primera vez te vi.

Juliana : ¡Agua que este Hombre se quema!

Rufina : Muy feliz va hacer Juliana.

Alejo : Bueno señoritas tendré que retirarme ya que deje algunos asuntos financieros; hasta luego.

Rufina : Cuídese, hasta luego.

Juliana : Adiós caballero.

Escena V

Rufina : Este hombre vale un Perú, que buena elección se hizo para tu casamiento querida hija.

Juliana : ¡Ni me he de casar ni con el, ni con otro viejo; A buen seguro primero me encerrará un ataúd! (Se va a su cuarto).

Escena VI

Rufina : (Habla sola) Y esta niña que le pasó ese hombre es un Perú. Juliana es caprichosa igual a su padre. (Toca el timbre) A estas alturas quien sea.

Escena VII

Ña Catita : Gracias.

Rufina : ¡OH Ña Catita!

Ña Catita : Hay vengo muerta, cansada, dolor de cabeza y la boca seca y el estomago vacío.

Rufina : ¡Válgame Dios! Le diré a la cocinera que te prepare algo para comer.

Ña Catita : No te preocupes. Pero si insiste gracias.

Rufina : Y que noticias me traes.

Ña Catita : Tengo tanto que contarte, ¡Imagínate que la Malena peleó ayer con su marido! La dio duro !Serrano había de ser!

Rufina : ¡Que desvergüenza!

Ña Catita : Si una desvergüenza, tenía que ser

Rufina : Bueno sírvase

Ña Catita : ¿Qué me cuentas?

Rufina : Que te puedo contar pues; mi hija no quiere casarse con Don Alejo pero igual se casara con Él.

Ña Catita : A la fuerza, Rufinita, deja las riendas sueltas.

Rufina : ¿Pero que haré Ña Catita?

Ña Catita : Don Alejo es un partido que así más no se encuentra ¡Cuántas hijas se quisieran casar con gran hombre!

Rufina : Mírala usted ahí viene.

Ña Catita : ¡Que lastima que se pierda!

Escena VIII

Juliana : ¿Me llamo usted mamita?

Rufina : ¿Dónde te fuise muchacha? Pareces mujer maldita que estuvieras con caracha

Juliana : Si, no me elegirás amores, no le mostraré entrego

Ña Catita : Habla bien de ese sujeto tan distinguido que de poco, hijita, será tu marido.

Juliana : ¿Mi marido?

Rufina : ¡Si señor!

Juliana : ¿A quien? Yo, si no tengo amor para poderme ligarme

Rufina : (Se dirige a Ña Catita) ¿No la oye usted? ¡Si me esta provocando esta insolente!

Juliana : Discúlpeme usted, mamá: Primeramente voy a hablar francamente; usted quiere casarme con un hombre que yo no estimo.

Rufina : ¡Estas bien de la cabeza!

Ña Catita : Dice bien tu mamita

Juliana : Y mi padre esta enterado

Rufina : Tu padre, es un cero a la izquierda.

Juliana : ¿Pero Por qué?

Rufina : ¡Calla te digo!

Ña Catita : ¡Jesús! ¡En que tiempo estamos! (Juliana se va llorando)

Segundo Acto

Escena I

Mercedes : ¿Por qué no habla usted con su padre?

Juliana : ¿Y si apoyase a mi madre?

Mercedes : Verdead, imposible no es.

Juliana : Mercedes, anda hablar con Manuel y dile que nos encontramos en donde siempre.

Escena II

Mercedes: Aquí esta Él, la dejo sola con Él.

Escena III

Manuel : ¿Qué te ocurre?

Juliana : Es que mi madre me obliga a casarme.

Manuel : ¿Casarte, con quién?

Juliana : Con Don Alejo.

Manuel : ¡Imposible!

Juliana : Pero cierto.

Manuel : ¿Quién están cruel para casarte con Él? Si yo te amo.

Juliana : Mi madre... Y yo también siento lo mismo por ti.

Manuel : ¿Y tu padre no dice nada?

Juliana : Cállate que ahí viene.

Manuel : Hablare con Él Juliana.

Juliana : Ahora no, cállate, después.

Escena IV

Jesús : ¡Hola muchachos!, ¿Qué hacen?

Manuel : Nada señor.

Jesús : ¡Ah! Manuel me olvido necesito hablar contigo, no te vayas.

Manuel : Esta bien.

Escena V

Manuel : Si tu madre supiera cuanto nos amamos.

Juliana : Cállate, que ahí viene mi madre.

Manuel : Que importa.

Escena VI

Rufina : ¿Qué este no tiene nada que hacer?

Jesús : Cálmate mujer.

Rufina : ¡Es la verdad! Este muchacho no tiene nada que ofrecerte.

Juliana : ¡Madre, Él me ofrece amor! Yo no entiendo que me ofrece el viejo de Don Alejo.

Rufina : Mira canalla, ya le lavaste el cerebro a mi hija.

Manuel : Yo no hice nada en su contra.

Ña Catita : ¡Vaya no hagan tanto drama!

Manuel : Oiga usted...

Rufina : ¡Rufián tenía que ser, solo quiero que ya no pise mi casa, ni visite a mi hija, ni la llame, ni la mire! Porque yo no soportare que mi hija se case con tremendo harapiento.

Manuel : (Le grita a Rufina) ¡Basta ya señora!

Rufina : Atrevido.

Escena VII: (Tocan el timbre y es Don alejo)

Ña Catita : Mira quien viene...

Rufina : ¡Hola, mi amigo, pasa toma asiento! (Rufina lo sentó al lado de Juliana).

Alejo : No quisiera interrumpir el combate.

Ña Catita : No señor alejo, solo es una pequeña discusión de familia.

Rufina : (Se dirige hacia Juliana) Vete a tu cuarto.

Escena VIII

Rufina : Tengo que hablar con usted; un momento, ya que el muchacho solo vino a decir algo no importante ya se retira; Cierito...

Ña Catita : Rufina el enemigo anda por ahí.

Rufina : Corre y bótalo.

Escena IX

Manuel : Ya no puedo aguantar tanta rabia.

Ña Catita : ¿Por qué no te subes a un techo y te tiras?

Manuel : ¡Señora, no me moleste!

Ña Catita : ¡Señora será tu abuela!

Ña Catita : Ándate... no más. (Manuel se va diciendo ya señora ya señora)

Escena X

Manuel : Esta muy claro que Juliana nunca será mía, ya que la vieja de su madre se opondrá ¿Por qué me sucede esto a mí si yo no hecho nada ha nadie?

Escena XI

Mercedes : Oye ven, acércate

Manuel : Que Mercedes, que sucede.

Mercedes : La niña me dijo que venga en la noche para conversar, pero no se deje ver porque no quiere mas líos con su madre.

Manuel : Ya perfecto, chau cuídate.

Escena XII

Ña Catita : Y tú que hacías con el joven ¿De que hablaban?

Mercedes : Yooo nada ¡De nada!, solo le pedí que se retirara porque tenía que barrer

Ña Catita : Bueno ya, dice que hagas chocolate para Don Alejo y Doña Rufina; ah y para mi.

Mercedes : Ya...; ya lo preparo. (Se va al a cocina)

Ña Catita : Pzz; ni yo me la creo esa.

Escena XIV

Alejo : Ña Catita, ¿Qué haces? adentro te espera Rufina.

Ña Catita : Estaba tomando aire, pero vamos adentro. (Entran los dos)

Rufina : Donde estaban; les espera sus chocolates calientes

Alejo : Bueno yo ya tengo todo listo para el matrimonio civil.

Rufina : ¡OH Vaya! (Entra Don Alejo saludando a Alejo con desprecio).

Jesús : Ah..., Hola Alejo y Ña Catita (Gesto de Desprecio).

Jesús : Rufina quiero hablar contigo; es importante.

Rufina : No vez que hay visitas, después.

Jesús : No, es urgente.

Rufina : Ya, ya, ya; discúlpenme un momento (Se apartan de la lugar; Ña Catita y Mercedes simplemente escuchan).

Jesús : Porque botaste a Manuel, yo quería hablar con él.

Rufina : ¿De que ibas a hablar con ese pobretón?

Jesús : Con ese pobretón se casará mi hija porque ellos se aman.

Rufina : ¡Se te salió un tornillo, que te pasa!

Jesús : Yo no estoy de acuerdo que mi hija se case con ese viejo verde.

Rufina : Tú cierra la boca; calladito te ves más bonito.

Jesús : Tú me tienes arto, ya no te soporto eres una mujer interesada, metiche y de remate vieja.

Rufina : Yo también ya me canse, nunca estamos de acuerdo en nada mejor, sería divorciarnos ya que tú no me comprendes.

Jesús : Divorciarnos, tu estas loca.

Rufina : Yo ya tome una decisión, y me largo con mis invitados, ¡Ashhh no te soporto! (Jesús se queda solo y Mercedes justo entra)

Jesús : Tú que haces aquí, chismosa.

Mercedes : no señor, solo vine a buscar el plomero.

Jesús : Ya no hables retírate y corre a buscar José para encargarle algo.

Mercedes : Como usted diga mi señor. (Viene el criado)

José criado: Me llamo patrón.

Jesús : Si para que vayas a poner esta carta en el correo.

José criado: ¡ahorita!

Jesús : Si, ahorita, al instante.

José criado: Si, señor como ordene.

Tercer Acto

Manuel : Señor Jesús, justo quería hablar con usted sobre ese día.

Jesús : No tengo nada que hablar contigo ya que la boda no se realizará.

Manuel : ¡Pero señor quedamos en una cosa!

Jesús : (Lo interrumpe) A mí no me importa solo quería estar tranquilo y a solas. (Se va Don Jesús y se queda solo; viene Ña Catita)

Ña Catita : ¿Mañuquito que haces aquí?

Manuel : A usted qué le importa.

Ña Catita : ¿Qué pasó maluquito solo quiero conversar contigo de la niña Juliana?

Manuel : ¿y de que quieres hablar?

Ña Catita : Solo quiero decirte que yo te ayudare a estar con Juliana. Y de seguro diras ¿Por qué? Solo te digo que yo tuve una hija que ya tendria tu edad pqro lamentablemente fallecio cuando tenia seis meses. Por eso es mi razón.

Manuel : Y como me puede ayudar usted.

Ña Catita : Si te puedo ayudar, te sugiero que te escapes con Juliana y en ese mismo día te casarás, pues yo tengo una amiga que les dejara quedarse en su casa, claro le pagaran la renta y así vivirían felices.

Manuel : Pues yo les daré 12 reales cada mes por aumento.

Ña Catita : Pero todavía no me des.

Manuel : Pero yo le quiero dar para ustedes por su ayuda.

Ña Catita : Pero yo no lo puedo recibir. Ya bueno si es que insistes. (Justo viene Juliana)

Juliana : ¿Qué hacen aquí?

Manuel : ¡Juliana!

Ña Catita : Creo que sobro. (No le digas que fue idea mía)

Manuel : Okey. (Se va Ña Catita)

Manuel : ¿Qué haces afuera? ¿Me buscas?

Juliana : Vine por mi padre, para la boda de nosotros.

Manuel : Estas mal, ya no hay boda, tu padre me lo dijo.

Juliana : ¡Que! ¡Estás loco!

Manuel : Tu padre también me desprecia y no nos quiere juntos.

Juliana : Mi madre ya lo convenció.

Manuel : Juliana yo quiero fugarme contigo y casarnos.

Juliana : Pero yo no quiero que sea así.

Manuel : Pero lo siento, Juliana yo lo quise por las buenas pero tus padres no lo quisieron así, si nos amamos Juliana.

Juliana : Pero no puedo.

Manuel : Bueno si tú no puedes yo me tendré que ir para no sufrir y no tener que ver tu boda.

Juliana : ¡Pero Manuel!

Manuel : Lo siento. Adiós Juliana amada mía tendré que partir hoy mismo.

Juliana : No te vayas, yo me iré contigo.

Manuel : Gracias amada mía, me haces el hombre mas feliz.

Juliana : Pero como hacemos, cuando nos vamos a que hora, a donde.

Manuel : No te preocupes que yo lo tengo planeado todo, nos encontraremos en el puente de la Av. Brasil a las 7 PM, que te parece.

Juliana : Esta bien

Manuel : Entonces nos escaparemos.

Juliana : Si amado mío (Se agarran la mano y se van a dar un beso, pero justo escuchan pasos)

Manuel : Ahí viene Alejo, vete.

Juliana : Corre

Manuel : A las 7 (Viene Don Alejo y los ve; y se va Juliana, don Alejo regresa a la sala)

Alejo : Ya no aguanto que Juliana este sin mi.

Rufina : Tengo una idea, para que este con Juliana pero estaré en el plan.

Alejo : Diga

Rufina : Dile Ña Catita del plan.

Ña Catita : Tú dile.

Rufina : Bueno yo le diré, ¡Mudarnos! Es el remedio.

Alejo : Excelente y a quien se le ocurrió.

Rufina : A Ña Catita.

Alejo : Buena idea Ña Catita.
Ña Catita : Gracias.
Alejo : Buscare una casa, pero que me ayude José en la mudanza.
Rufina : No se preocupe ahorita lo llamo (Llama a José y baja)
José : Si...
Rufina : Ayuda a Don Alejo en su mudanza.
José : Como diga.
Alejo : Bueno, alistare las maletas (Se van José y Alejo)
Rufina : ¡Mercedes! ¡Mercedes!
Mercedes : Si...
Rufina : Alista tu maleta y la mía.
Mercedes : ¿Y adonde nos vamos?
Rufina : A la casa de Alejo, no digas nada a nadie.
Mercedes : okey. (Se va Mercedes)
Rufina : Llamaré a ver a Juliana.
Rufina : ¡Juliana! ¡Juliana!
Juliana : ¡Que quieres!
Rufina : Contéstame bien.
Juliana : No fue mi intención.
Rufina : Mira te comportaras bien con Don Alejo como su novia y no como una niña engreída.
Juliana : ¡Jamás!
Rufina : Baja tu tonito.
Ña Catita : ¡Compórtate oye!
Rufina : Que vergüenza contigo Juliana.
Ña Catita : Confésate para que se te salga el diablo.
Rufina : Tienes razón, mañana te llevare a al confesionario.
Juliana : Pero madre...
Rufina : A su cuarto y cállate (Se va molesta Juliana)
Mercedes : Señora tengo lo que me pidió.
Rufina : Gracias, te puedes retirar.

Ña Catita (guión adaptado) de Manuel Ascencio Segura

- a) Haz una lista de los personajes y sus características.
- b) Resume brevemente el fragmento.

c) Busca el significado de las siguientes palabras:

pillo	cosa imaginaria que solo se da en la mente
grato	parte trasera de los pantalones.
granadero	agradable, gustoso
mozo	arrugar con un gesto la frente, labios, boca.
guiñapo	aquella cuyo dominio no puede transferirse.
guiñar	descansar el peso en algo sólido.
fondillos	persona admirable.
fonda	abrir y cerrar los ojos con rapidez.
inalienable	establecimiento modesto
furibundo	soldado de infantería.
entelequia	andrajó, trapo, roto.
estribar	boca abajo con la cara hacia el suelo.
bruces	bribón, ruin, que se para de listo
fruncir	airado o propenso a irritarse.

d) Escribe el argumento de la obra.

Tema 7: Del Romanticismo al Modernismo (1862-1888)

El Romanticismo en Hispanoamérica echa profundas raíces y no desaparece cuando ya en Europa ha sido reemplazado por el Realismo u otras escuelas. Algunas de las mejores obras románticas se publicaron durante los años de 1862 y 1888 como *María* (1867), de Isaacs, *Martín Fierro* (1872), de Hernández, *Tabaré* (1886) de Zorrilla de San Martín. Eso sí el Romanticismo de esta etapa no deja de transformarse y presenta nuevos rasgos:

1º deja de ser un Romanticismo europeo para ser un Romanticismo criollo,

2º interés en lo popular, en los tipos nativos y sus costumbres,

3º interés en la lengua nacional.

Al mismo tiempo aparece el Realismo en la narrativa de las obras de Blest Gana, pero los realistas de esta época son más costumbristas que naturalistas. Esta época termina en 1888 con la publicación de Rubén Darío de *Azul* que dio paso al Modernismo literario.

Una de las manifestaciones de la literatura romántica en Hispanoamérica es la poesía gauchesca. Bartolomé Hidalgo fue el primero que cantó a este personaje típico del Río de la Plata. Seguido del análisis de Sarmiento en el *Facundo*, donde se perfila al personaje que ha de pasar a ser un ente literario. Solo falta inventar un lenguaje apropiado al personaje para que el escritor pueda dar expresión a ese mundo criollo donde vive. Esta tarea estaba reservada para los argentinos:

Hilario Ascasuri (Argentina, 1807-1875), luchó contra la dictadura de Rosas, escribe y publica en folletos algunos cantos que atribuye a un recluta, estos romances fueron publicados más tarde como *Paulino Lucero* (1839-1851), Al caer Rosas, regresa a Buenos Aires y publica *Aniceto el Gallo* (1853-1859), al mismo tiempo que continúa escribiendo su poema *Santos Vega* (1872).

Estanislao del Campo (Argentina. 1834-1880) influenciado por Ascasuri, perfecciona la lengua gauchesca de su maestro, y utiliza un aspecto de la psicología del gaucho: el sentido del humor. El humor es a costa del gaucho y su vida campera, ya que la obra fue escrita para divertir a los amigos del autor.

Es con José Hernández (Argentina, 1834-1886) y su obra *El gaucho Martín Fierro* (1872) escrita para demostrar al contrario que Del Campo que el gaucho no era un payaso, es cuando este tipo humano va a adquirir su verdadera esencia gauchesca. El gaucho es un personaje trágico, que defiende sus instituciones rurales y su cultura gaucha contra el avance de la ciudad. El héroe, hombre del campo, es representativo de un gran sector de la población del continente del siglo XIX, héroe que encarna lo esencial del pueblo:

1º sus sufrimientos;

2º sus problemas;

3º sus aspiraciones.

El héroe tiene una conciencia social culpando al gobierno de las desgracias de la vida gauchesca. La primera parte el gaucho huye de la civilización y se va a vivir con los indios, su vida allí es peor de la que ha dejado atrás, en la segunda parte el gaucho regresa y se somete a las leyes de la civilización. Martín Fierro es como el Quijote, un personaje que sale de la obra literaria para formar parte del mundo real, es la característica que hace al poema en una de las obras maestras del Romanticismo hispanoamericano y de la literatura criolla.

La lírica romántica la continúan los primeros románticos después de 1862 que no pudieron independizarse como lo había hecho la poesía gauchesca. La influencia de Bécquer, de Lamartine, de Manzoni, de Leopardi y de Hugo siguen vivas en el continente hasta el Modernismo. Los románticos de la segunda generación tienen que enfrentarse y luchar, en el terreno intelectual, contra las ideas de los positivistas; es el precio que tienen que pagar por aferrarse a una estética superada en el tiempo. Los principales poetas son Rafael Pombo (Colombia, 1833-1912), Juan Antonio Pérez Bonalde (Venezuela, 1846-1892), Olegario Víctor Andrade (Argentina, 1839-1882), Rafael Obligado (Argentina, 1851-1920), Manuel Acuña (México.1849-1873) y Juan Zorrilla de San Martín (Uruguay, 1855-1931), a quien sus padres enviaron a Chile para evitar la educación laica de Uruguay y, sin embargo, no perdió la fe en la religión ni en el sistema social de sus mayores. A pesar de ser

anacrónico, logró dar expresión netamente hispanoamericano a un tema: el mestizaje con su poema *Tabaré* (1886-1888), poema épico lírico que crea un héroe melancólico, de psicología ambivalente, y en el que se intercalan en la narración fragmentos líricos en la narración en los cuales encontramos imágenes que nos parecen modernistas.

En la narrativa tenemos a Alberto Blest Gana (Chile, 1830-1920) con *La aritmética en el amor* (1860) con el que ganó un premio, novela dentro del Romanticismo. Ya con su obra *Martín Rivas* (1862), considerada como la primera novela de la tendencia Realista en Hispanoamérica, se inicia en el continente el Realismo. Otras de sus novelas son *El ideal de un calavera* (1863), de tono humorístico y *Durante la reconquista* (1897) novela histórica en torno a la lucha de independencia en Chile.

Juan León Mera (Ecuador, 1832-1894), representante del indianismo, nos dejó *Cumandá* (1879), la acción ocurre a fines del siglo XVIII en Ecuador cuando los indios jíbaros se alzan contra los opresores, se idealiza el ambiente y los personajes y esto da un sentido de irrealidad a la novela. El elemento narrativo es melodramático: el amor entre la hermosa india y el blanco Carlos, que al final resultan ser hermanos. Tuvo mucho éxito en España y en Hispanoamérica.

Jorge Isaacs (Colombia, 1837-1895) escribió *María* (1867), que es el prototipo de la novela sentimental en el que se da el juego libre de emociones. El amor imposible es el tema, narrada en primera persona, por lo que nos pone en contacto con su mundo directamente. El paisaje está idealizado y en armonía con los sentimientos de los protagonistas. He aquí un ejemplo del uso del paisaje en la obra asociado a los estados de ánimo de los personajes:

El revuelo de un ave que al pasar sobre nuestras cabezas dio un graznido siniestro y conocido para mí, interrumpió nuestra despedida; la vi volar hacia la cruz de hierro, y posada ya en uno de sus brazos, aleteó repitiendo su espantoso canto.

(...)

Una tarde, tarde como las de mi país, engalanada con nubes de color violeta y campos de oro pálido, bella como María, bella y transitoria como fue ésta para mí, mi hermana y yo, sentados sobre la ancha piedra de la pendiente, desde donde veíamos a la derecha en la honda vega rodar las corrientes bulliciosas del río, teniendo a nuestros pies el valle majestuoso y callado, leía yo el episodio de Atala.

Ignacio Manuel Altamirano (México, 1834-1893) funda la revista *El Renacimiento* para unificar a los liberales y conservadores tras la derrota del Segundo Imperio Mexicano con el emperador Maximiliano impuesto por Napoleón III. Su intención era que los escritores se olvidaran de los temas europeos y se centraran en los mexicanos. Abandona la idea de presentar multitudes, se concentra en dos o cuatro personajes, le da al relato la unidad de acción haciendo que el narrador cuente la historia en una noche. *Clemencia* (1869), trata sobre el tema del traidor y del héroe, en ella se vale de dos militares: uno hermoso, bien parecido, galán pero un villano, mientras que el otro es feo y poco agraciado pero de buen corazón, *La Navidad en las montañas*, la más leída de sus novelas, idealiza el paisaje mexicano y a los personajes, *El zarco* (1886-1888), su novela póstuma, obra que se anticipa a lo que se llamará después Novelas de la Revolución.

Ricardo Palma (Perú, 1833-1919), creador de un nuevo género en la literatura: la tradición. La tradición es una forma literaria que entreteje el dato histórico y el motivo ficticio y se crea un mundo en el cual los personajes viven con gran intensidad. Una de las mayores atracciones del autor es el estilo, que siempre es zumbón, satírico y a veces escéptico. La sugerencia maliciosa salta a cada frase. Hay cierta picardía en Palma donde parece gozar en incluir. Para dar un sabor rancio, usa arcaísmos y vocablos ya en desuso. Igualmente usa peruanismos, muchos, no evita los giros familiares y hasta los vulgares si le son necesarios. *Tradiciones peruanas* son cortas narraciones cuyos nombres generalmente son refranes o dichos como *La gatica de María Ramos, que halaga con la cola y araña con las manos, Cosas tiene el rey cristiano que son de pagano*, etc.

La tradición en el género del ensayo, comenzada por Sarmiento, la continúan dos pensadores. Juan Montalvo (Ecuador, 1832-1889), gran estilista, usó su pluma para combatir al dictador. Fue desterrado a Panamá donde publica contra los tiranos y el fanatismo. Se fue a París donde murió. Es más clásico en la forma de escribir y Eugenio María de Hostos (Puerto Rico, 1839-1889) ve la realidad a través de la moral, todo lo que publica es con la intención de reformar la sociedad. Le interesa decir las cosas claras y con pocas palabras, no es mal escritor, sino que desea la claridad según sus ideas positivistas.

En el teatro hispanoamericano posterior a 1862 y anterior al Realismo aparecen los mismos temas que en la narrativa. En Argentina

y Uruguay el teatro gauchesco fue el más exitoso. *Juan Moreira* (1884) interpretada por el actor José Podestá, una pantomima dramatizada de la novela de Eduardo Gutiérrez (1853-1890) y que tuvo mucho éxito por generar el odio contra los extranjeros. La importancia de la obra es que inicia la corriente nativista en el teatro de Argentina y Uruguay. Martiniano Leguizamón (Argentina, 1858-1935), representa el teatro gauchesco con la *Calandria* (1896), Elías Régules (Argentina, 1860-1929), recordado por *Los gauchitos* (1894), temas gauchescos, Abdón Aróstegui (Argentina, 1853-1926) autor de *Julián Jiménez*, obra olvidada hoy pero que tuvo mucho éxito. Daniel Barros Grez (Chile, 1834-1904) es conocido por su mejor comedia *Como en Santiago* (1875) donde se presentan tipos y costumbres chilenos con humor. Carlos Walker Martínez (Chile, 1842-1905) nos dejó un teatro de asunto histórico en el ambiente de Santiago en la época de la independencia: *Manuel Rodríguez* (1865). José Peón y Contreras (México, 1843-1907) es el mejor comediógrafo, escribió un gran número de comedias y dramas, en 1876 presentó diez obras, la mayor parte de asunto histórico. También cultivó el género costumbrista. Alfredo Chavero (México, 1841-1906) tuvo éxito por llevar a escena obras prehispánicas, *Xóchitl* (1877) y *Quetzalcóatl* (1878). Trató de mexicanizar la escena del país. José Rosas Moreno (México, 1838-1883) escribió dramas indianistas *Natzahualcóyotl, bardo de Acolhuacán* (1872), también escribió comedias costumbristas como *Los parientes* (1872) y *El pan de cada día* (1876) en verso, también una obra infantil *El año nuevo* (1874).

Actividades

1. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Dedicatoria

Señor conde Palmetón:
a usted por lo bien portao,
y el haberse acreditao
itan lindo en su Intervinción!

Callejas, de refilón,
a nombre de la gauchada,
le dedica esta enflautada
celebrando entre otras cosas,
ique en ancas le largue Rosas
por el Harpy una ensilgada!

¿Sabe lo que es ensilgada?
Es una vaina, patrón,
sin grano, y icon su perdón?
que jiede a bosta quemada:

medio aceitosa, y buscada
en los pagos del Tandil
y propia para el candil
de cualesquier baladrón;
conque, atráquele, patrón,
esa mecha a Mistre-Pil.

Hilario Ascasuri

a) Relaciona:

enflautada		alude a los de Francia e Inglaterra que aflojaron en la Intervención armada contra Rosas.
Harpy		burla, ironía, lo mismo que ensilgada.
gauchada		mal olor, peste
baladrón		nombre de una ciudad argentina
vaina		territorio relativamente pequeño
jiede		fortaleza ubicada al sur de Buenos Aires
pagos		acción propia del gaucho con la que da muestras de habilidad, audacia y valor
Tandil		cosa que carece de valor, no importante
Mistre-Pil		fanfarrón y hablador, que siendo un cobarde, presume de valiente

b) ¿Cuál es el tema del poema?

c) Haz el análisis métrico del poema.

2. Lee los fragmentos de este poema y responde las preguntas:

<p>(...) “A los blancos hizo Dios, a los mulatos San Pedro, a los negros hizo el diablo para tizón del infierno.” (...) “Dios hizo al blanco y al negro sin declarar los mejores; les mandó iguales dolores bajo de una misma cruz; mas también hizo la luz pa distinguir los colores.” “Ansi, ninguno se agravie; no se trata de ofender, a todo se ha de poner el nombre con que se llama, y a naides le quita fama lo que recibio al nacer.” “Y así me gusta un cantor que no se turba ni yerra; y si en tu saber se encierra el de los sabios projundos; decíme cual en el mundo es el canto de la tierra.”</p>	<p>“Y aura te voy a decir; porque en mi deber está (y hace honor a la verdá quien a la verdá se duebla) que sos por juera tinieblas y por dentro claridá.” (...) “En los caballos en pelo se vienen medio desnudos” (...) “El indio - por donde dentra roba y mata cuanto encuentra” “La indiada todita entera dando alaridos cargó” (...) “Que el indio lo arregla todo con la lanza y con los gritos” (...) “Le descarnaban los pieces a las pobrecitas vivas” “Es guerra cruel la del indio porque viene como fierá” (...) “Estos indios vagabundos con repunancia me acuerdo”</p>
---	---

Martín Fierro de José Hernández

- a) ¿Cómo aparecen representados los indios y los negros en los fragmentos? ¿Qué relación tiene el gaucho con estas dos partes?

3. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Cutufato y su gato

Quiso el niño Cutufato
Divertirse con un gato;
Le **ató** piedras al **pescuezo**,
Y riéndose el **impío**
Desde lo alto de un cerezo
Lo echó al río.

Por la noche se acostó;
Todo el mundo se durmió,
Y entró a verlo un visitante
El **espectro** de un amigo,
Que le dijo: ¡Hola! al instante
¡Ven conmigo!

Perdió el habla; ni un saludo
Cutufato hacerle pudo.
Tiritando y sin **resuello**
Se ocultó bajo la almohada;
Mas salió, de una tirada
Del cabello

Resistido estaba el chico;
Pero el otro **callandico**,
Con la cola haciendo un nudo
De una pierna lo amarró,
Y, ¡qué horror! casi desnudo
Lo arrastró.

Y voló con él al río,
Con un tiempo oscuro y frío,
Y colgándolo a manera
De un ramito de cereza
Lo echó al agua horrenda y fiera
De cabeza

¡Oh! ¡qué grande se hizo el gato!
¡qué chiquito el Cutufato!

¡Y qué caro al **bribonzuelo**
su barbarie le costó!
Más fue un sueño, y en el suelo
Despertó.

Rafael Pombo

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) ¿Cuál es el tema del poema?
- c) Analiza la métrica del poema.
- d) Busca los recursos literarios que encuentres en el poema.

4. Lee el siguiente capítulo y responde las preguntas:

Capítulo 3

Martín Rivas había abandonado la casa de sus padres en momentos de dolor y de luto para él y su familia. Con la muerte de su padre, no le quedaban en la tierra más personas queridas que doña Catalina Salazar, su madre y Matilde, su única hermana. Él y estas dos mujeres habían velado durante quince días a la cabecera de don José moribundo. En aquellos supremos instantes en que el dolor parece estrechar los lazos que unen a las personas de una misma familia, los tres habían tenido igual valor y sostenidos mutuamente por una energía fingida con la que cada cual disfrazaba su angustia a los otros dos.

Un día, don José conoció que su fin se acercaba y llamó a su mujer y a sus dos hijos.

-Éste es mi testamento -les dijo mostrándoles el que había hecho entender el día anterior-; y aquí hay una carta que Martín llevará en persona a don Dámaso Encina, que vive en Santiago.

Luego, tomando una mano a su hijo:

-De ti va a depender en adelante -le dijo- la suerte de tu madre y de tu hermana; ve a Santiago y estudia con empeño. Dios premiará tu constancia y tu trabajo.

Ocho días después de la muerte de don José, la separación de Martín renovó el dolor de la familia, y en la que el llanto

resignado había sucedido a la desesperación, Martín tomó pasaje en la cubierta del vapor y llegó a Valparaíso, animado del deseo del estudio. Nada de lo que vio en aquel puerto ni en la capital llamó su atención. Sólo pensó en su madre y en su hermana, y le parecía oír en el aire las últimas y sencillas palabras de su padre. De altivo carácter y concentrada imaginación, Martín había vivido hasta entonces, aislado por su pobreza y separado de su familia, en casa de un viejo tío que residía en Coquimbo, donde el joven había hecho sus estudios mediante la protección de aquel pariente. Los únicos días de felicidad eran los que las vacaciones le permitían pasar al lado de su familia. En ese aislamiento, todos sus afectos se habían concentrado en ésta, y al llegar a Santiago juró regresar de abogado a Copiapó y cambiar la suerte de los que cifraban en él sus esperanzas.

-Dios premiará mi constancia y mi trabajo -decía, repitiéndose las palabras llenas de fe con que su padre se había despedido.

Con tales ideas arreglaba Martín su modesto equipaje en las piezas de los altos de la hermosa casa de don Dámaso Encina.

A las cuatro de la tarde de ese mismo día, el primogénito de don Dámaso golpeaba a una puerta de las piezas de Leonor. El joven iba vestido con una levita azul abrochada sobre un pantalón claro que caía sobre un par de botas de charol, en cuyos tacos se veían dos espuelitas doradas. En su mano izquierda tenía una huasca con puño de marfil y en la derecha un enorme cigarro habano consumido a medias.

Golpeó, como dijimos, a la puerta, y oyó la voz de su hermana que preguntaba:

-¿Quién es?

-¿Puedo entrar? -preguntó Agustín entreabriendo la puerta.

No esperó la contestación y entró en la pieza con aire de elegancia suma.

Leonor se peinaba delante de un espejo, y volvió su rostro con una sonrisa hacia su hermano.

-¡Ah -exclamó-, ya vienes con tu cigarro!

-No me obligues a botarlo, hermanita -dijo el elegante-, es un imperial de a doscientos pesos el mil.

-Podías haberlo concluido antes de venir a verme.

-Así lo quise hacer, y me fui a conversar con mamá; pero ésta me despidió, so protesto de que el humo la sofocaba.

-¿Has andado a caballo? -preguntó Leonor.

-Sí; y en pago de tu complacencia para dejarme mi cigarro, te contaré algo que te agradará.

-¿Qué cosa?

-Anduve con Clemente Valencia.

-¿Y qué más?

-Me habló de ti con entusiasmo.

Leonor hizo con los labios una tijera señal de desprecio.

-Vamos -exclamó Agustín-, no seas hipócrita. Clemente no te desagrada.

-Como muchos otros.

-Tal vez, pero hay pocos como él.

-¿Por qué?

-Porque tiene trescientos mil pesos.

-Sí, pero no es buen mozo.

-Nadie es feo con ese capital, hermanita.

Leonor se sonrió; mas habría sido imposible decir si fue de la máxima de su hermano o de satisfacción por el arte con que había arreglado una parte de sus cabellos.

-En estos tiempos, hijita -continuó el elegante reclinándose en una poltrona-, la plata es la mejor recomendación.

-O la belleza -replicó Leonor.

-Es decir que te gusta más Emilio Mendoza porque es buen mozo. Fi, ma belle .

-Yo no digo tal cosa.

-Vamos, ábreme tu corazón, ya sabes que te adoro.

-Te lo abriría en vano; no amo a nadie.

-Estás intratable. Hablaremos de otra cosa. ¿Sabes que tenemos un alojado?

-Así he sabido: un jovencito de Copiapó; ¿qué tal es?

-Pobrísimo -dijo Agustín con un gesto de desprecio.

-Quiero decir de figura.

-No le he visto; será algún provinciano rubicundo y tostado por el sol.

En este momento Leonor había concluido de peinarse, y se volvió hacia su hermano.

-Estás charmante -le dijo Agustín, que aunque no había aprendido muy bien el francés en su viaje a Europa, usaba gran profusión de galicismos y palabras sueltas de aquel idioma para hacer creer que lo conocía perfectamente.

-Pero tengo que vestirme -replicó Leonor.

-Es decir que me despides; bueno me voy. Un baiser ma chérie -añadió acercándose a la niña y besándola en la frente.

Luego, al tiempo de tomar la puerta, volvióse de nuevo hacia Leonor:

-¿De modo que desprecias a ese pobre Clemente?

-Y ¿qué hacerle? -contestó con fingida tristeza la niña.

-Mira, trescientos mil pesos, no te olvides. Podrías irte a París y volver aquí a ser la reina de la moda. Yo te doy ma parole d' honneur que harías de Clemente cire et pabile -dijo, queriendo afrancesar una expresión vulgar con que pintamos al individuo obediente, sobre todo en amores.

Leonor, que conocía el francés mejor que su hermano, se rió a carcajadas de la fatuidad con que Agustín había dicho su disparate al cerrar la puerta; y se entregó de nuevo a su tocador.

Los dos jóvenes que Agustín había nombrado se distinguían entre los más asiduos pretendientes de la hija de don Dámaso Encina; pero la voz de la chismografía social no designaba hasta entonces cuál de los dos se hubiera conquistado la preferencia de Leonor.

Como hemos visto, los títulos con que cada uno ellos se presentaba en la arena de la galantería eran diversos.

Clemente Valencia era un joven de veintiocho años, de figura ordinaria, a pesar del lujo que ostentaba en su traje gracias a los trescientos mil pesos que tanto recomendaba Agustín a su hermana. Por aquel tiempo, es decir en 1850, los solteros elegantes no habían adoptado aún la moda de presentarse en la Alameda en coupés o calèches como acontece en el día. Contentábanse, los que aspiraban al título de leones, con un cabriolé más o menos elegante, que hacían tirar por postillones a la Daumont en los días del Dieciocho y grandes festividades. Clemente Valencia había encargado uno a Europa, que le servía de pedestal para mostrar al vulgo su grandeza pecuniaria, que llamaba la atención de las niñas, y despertaba la crítica de los viejos, los que miran con desprecio todo gasto superfluo, desde

algún sofá predilecto, donde forman sus diarios corrillos en el paseo de las Delicias. Mas, Clemente se cuidaba muy poco de aquella crítica y lograba su objeto de llamar la atención de las mujeres, que, al contrario de aquellos respetables varones, rara vez consideran como inútiles los gastos de ostentación. Así es que el joven capitalista era recibido en todas partes con el acatamiento que se debe al dinero, el ídolo del día. Las madres le ofrecían la mejor poltrona en sus salones; las hijas le mostraban gustosas el hermoso esmalte de sus dientes, y tenían para él ciertas miradas lánguidas, patrimonio de los elegidos; al paso que los padres le consultaban con deferencia sus negocios y tomaban su voto en consideración como el de un hombre que en caso necesario puede prestar su fianza para una especulación importante.

Emilio Mendoza, el segundo galán nombrado por Agustín Encina en la conversación que precede, brillaba por la belleza que faltaba a Clemente y carecía de lo que a éste servía de pasaporte en los más aristocráticos salones de la capital. Era buen mozo y pobre. Empero, esta pobreza no le impedía presentarse con elegancia entre los leones, bien que sus recursos no le permitían el uso del cabriolé en que su rival paseaba en la Alameda su satisfecho individuo. Emilio pertenecía a una de esas familias que han descubierto en la política una lucrativa especulación y, plegándose desde temprano a los gobiernos, había gozado de buenos sueldos en varios empleos públicos. En aquella época ocupaba un puesto de tres mil pesos de sueldo, mediante lo cual podía ostentar en su camisa joyas y bordados de valor que apenas eclipsaba su poderoso adversario.

Ambos, además de su amor por la hija de don Dámaso, eran impulsados por la misma ambición. Clemente Valencia quería aumentar su caudal con la herencia probable de Leonor, y Emilio Mendoza sabía que casándose con ella, además de la herencia que vendría más tarde, la protección de don Dámaso le sería de inmensa utilidad en su carrera política.

Entre estos dos jóvenes había por consiguiente dos puntos importantes de rivalidad: conquistar el corazón de la niña y ganarse las simpatías del padre. Lo primero y lo segundo eran dos graves escollos que presentaban seria resistencia por la índole de Leonor y el carácter de don Dámaso. Éste fluctuaba entre el ministerio y la oposición a merced de los consejos de los amigos y de los editoriales de la prensa de ambos partidos; y Leonor, según la opinión general, tenía tan alta idea de su belleza, que

no encontraba ningún hombre digno de su corazón ni de su mano. Mientras que don Dámaso, preocupado del deseo de ser Senador, se inclinaba del lado en que creía ver el triunfo, su hija daba y quitaba a cada uno de ellos las esperanzas con que en la noche anterior se habían mecido al dormirse.

Así es que Clemente Valencia, opositor por relaciones de familia más bien que por convicciones, de las cuales carecía, encontraba a don Dámaso enteramente convertido a las ideas conservadoras, al día siguiente de haberse despedido, de acuerdo con él, sobre las faltas del gobierno y la necesidad de atacarlo. Así también hallaba la sonrisa en los labios de Leonor, cuando se acercaba a ella casi persuadido de que Emilio Mendoza había triunfado en su corazón.

Igual cosa acontecía a su rival, que trabajaba para hacer divisar a don Dámaso el sillón de Senador únicamente en la ciega adhesión a la autoridad, y sufría los desdenes de la hija cuando ya se creía seguro de su amor.

Tales eran los encontrados intereses que se disputaban la victoria en casa de don Dámaso Encina.

Martín Rivas de Alberto Blest Gana

- a) ¿Cómo es Martín Rivas?
- b) Haz una relación de los personajes que aparecen en el texto. No olvides sus características.
- c) Narra de manera breve los sucesos principales de este capítulo.
- d) ¿Quién es el narrador?

5. Lee el siguiente capítulo y responde las preguntas:

Capítulo XXXIII

Los soles de siete días se habían apagado sobre nosotros, y altas horas de sus noches nos sorprendieron trabajando. En la última, **recostado** mi padre en un **catre**, dictaba y yo escribía. Dio las diez el reloj del salón: le repetí la palabra final de la frase que acababa de escribir: él no dictó más: volvíme entonces creyendo

que no me había oído, y estaba dormido profundamente. Era él un hombre infatigable; mas aquella vez el trabajo había sido **excesivo**. **Disminuí** la luz del cuarto, **entorné** ventanas y puertas, y esperé a que se despertase, paseándome en el espacioso corredor a la extremidad del cual se hallaba el escritorio.

Estaba la noche **serena** y silenciosa: la **bóveda** del cielo, azul y **transparente**, lucía toda la brillantez de su ropaje nocturno de verano: en los **follajes** negros de las hileras de ceibas que partiendo de los lados del edificio cerraban el patio; en los ramos de los naranjos que **demoraban** en el fondo, revoloteaban **candelillas** sin número, y sólo se percibía de vez en cuando el **crujido** de los **ramajes** enlazados, el **aleteo** de alguna ave asustada o suspiros del viento.

El blanco pórtico, que frontero al edificio daba entrada al patio, se destacaba en la oscuridad de la llanura proyectando sus capiteles sobre la masa informe de las cordilleras lejanas, cuyas crestas aparecían iluminadas a ratos por **fulgores** de las tormentas del Pacífico.

María, me decía yo, atento a los quedos susurros, respiros de aquella naturaleza en su sueño, María se habrá dormido sonriendo al pensar que mañana estaré de nuevo a su lado ... ¡Pero después! Ese después era terrible; era mi viaje.

Parecióme oír el **galope** de un caballo que atravesase la llanura; supuse que sería un criado que habíamos enviado a la ciudad hacía cuatro días, y al cual esperábamos con **impaciencia**, porque debía traer una correspondencia importante. A poco se acercó a la casa.

-¿Camilo? -pregunté.

-Sí, mi amo -respondió entregándome un paquete de cartas después de **alabar** a Dios.

El ruido de las **espuelas** del paje despertó a mi padre.

-¿Qué es esto, hombre? -interrogó al recién llegado.

-**Me despacharon** a las doce, mi amo, y como el **derrame** del Cauca llega al Guayabo, tuve que demorarme mucho en el paso.

-Bien: di a Feliciano que te haga poner de comer, y cuida mucho ese caballo.

Había revisado mi padre las firmas de algunas cartas de las que contenía el paquete; y encontrando por fin la que deseaba, me dijo:

-Empieza por ésta.

Leí en voz alta algunas líneas, y al llegar a cierto punto me detuve **involuntariamente**.

Tomó él la carta, y con los labios contraídos, mientras devoraba el contenido con los ojos, concluyó la lectura y **arrojó** el papel sobre la mesa diciendo:

-¡Ese hombre me ha muerto! lee esa carta: al cabo sucedió lo que tu madre temía.

Recogí la carta para convencerme de que era cierto lo que ya me imaginaba.

-Léela alto -añadió mi padre paseándose por la habitación y **enjugándose** el sudor que le **humedecía** la frente.

-Eso no tiene ya **remedio** -dijo apenas concluí-. ¡Qué suma y en qué circunstancias! ... Yo soy el único culpable.

Le interrumpí para manifestarle el medio de que creía podíamos valernos para hacer menos grave la pérdida.

-Es verdad -observó oyéndome ya con alguna calma-; se hará así. ¡Pero quién lo hubiera temido! Yo moriré sin haber aprendido a desconfiar de los hombres.

Y decía la verdad: ya muchas veces en su vida comercial había recibido iguales lecciones. Una noche, estando él en la ciudad sin la familia, se presentó en su cuarto un dependiente a quien había mandado a los Choco es a cambiar una considerable cantidad de efectos por oro, que **urgía** enviar a los acreedores extranjeros. El agente le dijo:

-Vengo a que me dé usted con qué pagar el **flete** de una mula, y un **balazo**: he jugado y perdido todo cuanto usted me entregó.

-¿Todo, todo se ha perdido? -preguntóle mi padre.

-Sí, señor.

-Tome usted de esa **gaveta** el dinero que necesita.

Y llamando a uno de sus pajes añadió:

-El señor acaba de llegar: avisa adentro para que se le sirva.

Pero aquéllos eran otros tiempos. **Golpes** de fortuna hay que se sufren en la juventud con indiferencia, sin pronunciar una queja: entonces se confía en el porvenir. Los que se reciben en la vejez parecen asestados por un enemigo cobarde: ya es poco el **trecho** que falta para llegar al **sepulcro** ... ¡Y cuán raros son los amigos del que muere, que sepan serlo de su viuda y de sus

hijos! ¡Cuántos los que espían el aliento **postrero** de aquel cuya mano helada ya, están estrechando para convertirse luego en **verdugos** de huérfanos! ...

Tres horas habían pasado desde que terminó la escena que acabo de describir conforme al recuerdo que me ha quedado de aquella noche fatal, a la que tantas otras habían de parecerse años después.

Mi padre, a tiempo de acostarnos, me dijo desde su lecho, distante pocos pasos del mío:

-Es preciso ocultar a tu madre cuanto sea posible lo que ha sucedido; y será necesario también demorar un día más nuestro regreso.

Aunque siempre le había oído decir que su sueño tranquilo le servía de alivio en todos los infortunios de la vida, cuando a poco de haberme hablado me convencí de que ya él dormía, vi en su reposo tan denodada resignación, había tal valor en su calma, que no pude menos de permanecer por mucho espacio contemplándolo.

No había amanecido aún, y tuve que salir en busca de aire mejor para calmar la especie de fiebre que me había atormentado durante el insomnio de la noche. Solamente el **canto del titiribí** y los de las **guacharacas** de los bosques vecinos anunciaban la **aurora**: la naturaleza parecía desperezarse al despertar de su sueño. A la primera luz del día empezaron a **revolotear** en los plátanos y sotos asomas y **azulejos**; parejas de palomas emprendían viaje a los campos vecinos; la **greguería** de las bandadas de **loros** remedaba el ruido de una quebrada bulliciosa; y de las copas florecientes de los **písamos** del **cacaotal**, se levantaban las **garzas** con leve y lento vuelo.

Ya no volveré a admirar aquellos cantos, a respirar aquellos aromas, a contemplar aquellos paisajes llenos de luz, como en los días alegres de mi infancia y en los hermosos de mi adolescencia: ¡extraños habitan hoy la casa de mis padres!

Apagábase la tarde al día siguiente, cuando mi padre y yo subíamos la verde y tendida falda para llegar a la casa de la sierra. Las yeguas que pastaban en la **vereda** y sus orillas, nos daban paso resoplando asustadas, y los pellares se levantaban de las márgenes de los torrentes para amenazarnos con su canto y **revuelos**.

Divisábamos ya de cerca el corredor occidental, donde estaba la familia esperándonos; y allí volvió mi padre a encargarme ocultara la causa de nuestra demora y procurase aparecer sereno.

María de Jorge Issac

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) ¿Quién narra la novela?
- c) ¿Cuál es el tema de este capítulo?
- d) Haz una lista de los personajes que aparecen en este capítulo, no olvides sus características.
- e) Haz una lista de los animales que se mencionan en el capítulo.
- f) ¿Cómo el autor describe el paisaje?
- g) Haz el resumen de este capítulo.

6. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

El capitán Paiva era un indio **cusqueño**, que se distinguía por su **gigantesca** estatura, musculo cuerpo y por su gran valentía en el campo de batalla. Gracias a su **audacia** y heroísmo había llegado a obtener el grado de capitán, pero de ese grado no **ascendía** al pie de la letra. El capitán Paiva era muy amigo del general Salaverry quien también desempeñaba el cargo de presidente del Perú.

Salaverry le tenía mucha estima al capitán Paiva y éste era su **hombre de confianza**. El general lo conocía desde la época en que él ingresó como **cadete** a la escuela de oficiales, para eso Paiva ya tenía el grado de capitán. Posteriormente, Salaverry, gracias de a su inteligencia, alcanzó el grado de general y Paiva siempre seguía en el mismo grado.

Una vez el general Salaverry quería meter a prisión a **don fulano**. Mandó llamar al capitán Paiva y le ordenó vaya a la casa del fulano, y pregunte por él y si no lo encontraba “**allane** su casa”. Él hizo como le ordenaron, preguntó por el **referido sujeto**; pero no le **dieron razón** de él, y ordenó a sus soldados

que lo busquen por toda la casa. Al poco rato uno de sus soldados dirigiéndose al capitán Paiva le dijo:

-Señor, hemos buscado por todos los sitios y no se encuentra dicho individuo. Entonces el capitán recordó las palabras del general Salaverry y mandó a sus soldados que **tumbasen** todas las paredes de la casa. Luego se dirigió ante la presencia de Salaverry y le dijo:

-Orden cumplida mi general, no encontré al sujeto que usted me ordenó, pero su casa la dejé tan planita y llanita como la palma de mi mano, no queda ninguna pared en pie.

El general se volteó, se sonrió y dijo entre dientes: ¡**Pedazo de bruto!**

Salaverry tenía gran predilección por las letras y lo que él había querido decir era que lo busque por toda la casa; pero vaya con metáforas al capitán Paiva.

El general Salaverry tenía como barbero a Cuculí; este era un borracho, **mujeriego, matón**, guitarrista, **sinvergüenza** y, gracias a que conocía al general Salaverry desde pequeño, cometía abusos contra las personas. Iba a las **cantinas**, se tomaba las cervezas que quería, comía en abundancia con sus amigos y no pagaba la cuenta; agarraba a las mujeres que deseaba aunque estén con sus esposos o novios si éstos reclamaban, como era natural, recibían una paliza por parte de Cuculí. Se lo llevaban preso e inmediatamente llamaba al general Salaverry y mentía diciéndoles que le habían metido preso **injustamente**. El general le creía y ordenaba que lo soltaran.

Pero el general Salaverry enterado de las **andanzas** de Cuculí le dijo: - Mira, Cuculí, tú ya estás comportándote muy mal, un día **me caliente** y te mando **fusilar**.

Cierto día Cuculí había cometido una serie de **fechorías** y por tal motivo, fue llevado detenido a una comisaría. Enterado de esto, el general Salaverry llamó al capitán Paiva y el dijo: Vaya a la comisaría, saca a Cuculí y “lo fusila entre dos luces”. El capitán Paiva lo sacó de la cárcel y recordó las palabras del general Salaverry, buscó dos faroles y ordenó a su batallón de soldado:

-¡Preparen!... ¡Apunten!... ¡Fuego! Las balas de los fusiles Máuser salieron **raudas** e impactaron en diferentes partes del cuerpo de Cuculí que rodó por el suelo.

Inmediatamente el capitán Paiva se dirigió donde Salaverry y le dijo:

-Orden cumplida mi general, hice como usted me ordenó, fusilé a Cuculí entre dos faroles.

Salaverry se **volteó**, soltó una lágrima y murmuró: ¡Pedazo de bruto! Sólo quería asustar a Cuculí, fusilarlo entre dos luces significa que lo mate al amanecer.

Desde ese día Salaverry decidió no darle ninguna orden de importancia a Paiva.

Cierto día, cuando los peruanos y bolivianos estaban peleando en Chaclapampa, ambos ejércitos estaba lejos y bien preparados con **costales de arena**, madera y muros de cemento, las balas de ambos bando apenas llegaban sin causar ningún herido. El capitán Paiva que estaba en el bando de los peruanos junto al general Salaverry le dijo:

-Mi general, las balas de los bolivianos apenas llegan a nuestras balas igual, estamos gastando municiones inútilmente, déjeme ir con diez lanceros y le ofrezco traer un oficial boliviano a la **grupa** de mi caballo.

El general Salaverry le contestó que no era preciso. Pero tanto insistió Paiva, que sus **majaderías fastidieron** al general, quien cansado y molestó replicó.

-Déjame en paz. Haz lo que quieras. Anda y hazte matar.

Paiva escogió diez lanceros fuertes y valientes y con él a la cabeza, salieron a atacar a los bolivianos. En este ataque cayeron muertos tres soldados peruanos, pero el capitán Paiva, con el resto, derrotó al enemigo y regresó al campamento con un oficial boliviano en la grupa de su caballo. Al divisar el general Salaverry gritó Paiva:

-Mi general, mande **tocar diana**, todos los bolivianos están vencidos. Dejó caer al suelo el cuerpo del prisionero e inmediatamente cayó muerto. Tenía dos balazos en el pecho y uno en el vientre.

El general Salaverry lleno de tristeza murmuró: ¡Valiente bruto!

“Al pie de la letra”
de *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) ¿Cuál es la época de este cuento?

Tema 7: Del Romanticismo al Modernismo (1862-1888)

- c) ¿Cuál es el tema?
- d) Haz el resumen de este cuento.
- e) Haz un listado con los personajes que aparecen y sus características.
- f) Relaciona:

allanar		soldado armado con un arma alargada.
retozar		entrar en una propiedad sin autorización.
barrabasada		reír y brincar de alegría.
lancero		travesura grave.

- g) ¿Qué problema tiene el capitán Paiva con el general Salaverry?
- h) Busca los recursos literarios que aparecen en el Actividad.
- i) Expresa tu opinión personal sobre el fragmento leído.

Tema 8: Realismo, Naturalismo y Modernismo (1888-1910)

En el período de 1888 a 1910, caracterizado por cierta estabilidad política y por el predominio de gobiernos autocráticos, aparecen en el desarrollo de la literatura hispanoamericana dos movimientos independientes entre sí. El Realismo y Naturalismo, por un lado, y el Modernismo por otro. Los realistas y naturalistas cultivaron la narrativa, el teatro y el ensayo estando bajo las ideas del positivismo; mientras que los modernistas dieron preferencia a la poesía pero sin ignorar los otros géneros. Los modernistas vivieron en un mundo aparte siendo indiferentes en cuanto a la política y la filosofía social (excepto José Martí que sí se interesó y participó activamente en discusiones políticas sobre la independencia de Cuba).

Realismo y Naturalismo

La narrativa realista da preferencias a los problemas sociales del hombre medio, para ellos la motivación deja de ser el amor, que es una pasión más, entre otras, la pasión por el dinero, por el bienestar personal, por el éxito en el mundo de los negocios es lo que motiva a los personajes. En la técnica siguen a los españoles (Alarcón, Pereda, Galdós) y a los franceses (Balzac, Maupassant), así como a los costumbristas hispanoamericanos, aunque en algunos no desaparecen del todo las actitudes románticas.

Los principales autores realistas son Rafael Delgado (México, 1853-1914), que representa la transición del Romanticismo al Realismo. Su realismo es idealista y no naturalista. *La Calandria* (1891), que trata de cómo el personaje principal tiene que decidir el dilema amoroso aceptando el amor puro y la vida de pobre o el artificial pero con lujos,

es considerada su mejor novela y *Los parientes ricos* (1904), donde nos presenta personajes y ambientes realistas pero con conflictos sentimentales propios del Romanticismo.

Ángel Campo, firmaba como “Micrós” o “Tic Tac” (México, 1868-1908). Cuentista, nos deja ver la realidad a través de un enfoque sentimental.

José López Portillo y Rojas (México, 1850-1923) es discípulo de los españoles Pereda y Galdós, le falta el humor y el tono ligero de Rabasa. En su novela *La parcela* (1898) pinta la vida campesina y el conflicto entre familias patriarcales que pelean por un pedazo de tierra.

Emilio Rabasa (México, 1856-1930) discípulo de los españoles Pereda y Galdós, escribió *La bola* (1887), donde encontramos una pintura de la sociedad provinciana de la época hecha con sentido satírico. Se crítica a los políticos de campanario, a los periodistas (el cuarto poder) y a todo aquel que tiene sus intereses creados, donde mejor es aliarse por provecho que por afecto.

Tomás Carrasquilla (Colombia, 1858-1849) es una síntesis de las tres corrientes: Costumbrismo, Realismo y Naturalismo. En su obra *Frutos de mi tierra* (1896), predomina la técnica costumbrista, su mejor obra, tiene una estructura abierta por la yuxtaposición de cuadros descriptivos de tipos y costumbres unificados por la presencia del protagonista.

Clorinda Matto de Turner (Perú, 1854-1909) escribió *Aves sin nido* (1889), novela que es considerada la primera de índole indigenista porque demuestra preocupación por los problemas sociales de ese olvidado sector de la sociedad hispanoamericana. Encontramos entrelazados una actitud social, una truculenta fábula y un tema romántico (el amor imposible) en *Índole* (1891) y *Herencia* (1895).

El Naturalismo hispanoamericano nunca llega a los extremos del francés, es más bien un compromiso entre el realismo, el costumbrismo y el Naturalismo. Los hispanoamericanos no dan tanta importancia al rígido determinismo de los franceses, se conforman con denunciarlas injusticias cometidas contra ciertas clases sociales, por eso en las novelas y cuentos hay más de “caso” social que de “caso” clínico como en Emilio Zola, en la técnica superan a los realistas y costumbristas, la novela tiene una estructura precisa, personajes bien caracterizados y descripciones ambientales bien integradas en la trama.

Federico Gamboa (México, 1864-1936) el mejor representante. Su novela *Santa* (1903), es la más conocida, en ella trata el problema de

la prostitución, lo que le resta es la mezcla de motivos románticos con naturalistas.

Eduardo Acevedo Díaz (Uruguay, 1851-1921) el introductor del Naturalismo en Uruguay, al que dio expresión a través de ambientes, personajes gauchescos, pero con ciertos toques románticos. Sus obras son: *Ismael* (1888), *Nativa* (1890), *Grito de gloria* (1892) y *Soledad* (1894), son novelas gauchescas con elementos románticos.

Carlos Reyles (Uruguay, 1868-1968), es excepcional porque sintetiza las corrientes narrativas predominantes de la época: Naturalismo y Modernismo. Sus novelas son naturalistas en cuanto a los ambientes y los asuntos, pero en el estilo son modernistas. Al final aparecen novelas criollitas.

Javier de Viana (Uruguay, 1868-1926), discípulo de Maupassant y Zola, aplicó la técnica naturalista a temas criollos en cuentos recogidos en volúmenes. Los personajes son campesinos (gauchos) brutalizados por un hostil ambiente rural. Algunos de estos personajes no están muy por encima de los animales. En cada uno de sus cuentos presenta un problema psicológico en torno a esa vida brutalizada. Los gauchos que encontramos en sus páginas son trágicos, seres atrapados por las circunstancias y sin salida alguna, los ambientes son hostiles, adversos, indomables, a los que los hombres no logran sobreponerse. Si el enemigo no es el ambiente, pues lo es el extranjero que triunfa con sus maquinarias e industria sobre el gaucho.

Roberto Jorge Payró (Argentina, 1867-1928) discípulo de Zola, publicó novelas, cuentos, crónicas noveladas, sainetes y comedias. Pero sus cuentos y sus novelas son los que han mantenido vivo su nombre. Lo nuevo es su actitud picaresca ante la vida.

Baldomero Lillo (Chile, 1867-1923), no cultivó la novela, pero sus cuentos son de primera calidad.

Eugenio Cambaceres (Argentina, 1843-1888), de ascendencia francesa, autor de tres novelas consideradas como las primeras naturalistas de la Argentina.

Augusto D'Halmar (Chile, 1882-1950) tanto en sus novelas como en sus cuentos encontramos temas naturalistas, pero expresados en un estilo en el que predominan las imágenes modernistas, su obra más reconocida es *Juana Lucero* (1902).

Luis Orrego Luco (Chile, 1866-1949) dejó dos novelas naturalistas, *Un idilio nuevo* (1898) y *Casa grande* (1908).

Manuel Zeno Gandía (Puerto Rico, 1855-1930) alcanzó gran fama aunque en la actualidad se le ha olvidado, *Crónicas de un mundo enfermo*, una recopilación de sus novelas entre 1898 y 1922.

Manuel Gálvez (Argentina, 1882-1962) muy famoso a principio de siglo pero ha perdido su actualidad.

En el teatro aparece un escritor de primer orden: Florencio Sánchez (Uruguay, 1875-1910) autor de piezas dramáticas de reconocido éxito como *M'hijo el doctor* (1903) donde ya aparece su tema favorito: el conflicto entre lo viejo y lo nuevo, y las consecuencias personales y sociales que el choque implica. Su teatro se caracteriza: por lo intenso de los conflictos, por la excelente caracterización, por el bien adaptado diálogo a las situaciones, por los ambientes sobrios por los que se mueven grupos sociales de transición, por los conflictos entre generaciones y por el tono trágico.

Gregorio de Laferrére (Argentina, 1867-1913) en sus obras encontramos crítica social, actitud irónica, sarcástica, donde de manera violenta arremete contra las supersticiones, su obra más importante es *Jettatore* (1904).

El ensayo positivista corresponde a la narrativa naturalista. Las doctrinas de Comte, Mill y Spencer fueron aceptadas por los pensadores hispanoamericanos de fin de siglo, creyendo que representaban la salvación del continente, sin pensar que el positivismo es una doctrina fundamentada en la ciencia, sin cuya enseñanza no hay progreso social sin tener en cuenta que las condiciones históricas, sociales y políticas de Hispanoamérica no correspondían al positivismo europeo. Y la ciencia experimental no se enseñaba en los planteles educativos de la época, o su enseñanza estaba limitada a unas cuantas instituciones frecuentadas por los hijos de las clases dirigentes. El resultado fue la creación de una nueva aristocracia en todo el continente. Afortunadamente los representantes del positivismo que cultivaron el ensayo literario eran hombres de una visión más amplia, no limitada por las orejeras positivistas.

Manuel González Prada (Perú, 1848-1918), representa lo mejor del positivismo hispanoamericano. Sin rechazar la literatura se expresa tanto en verso como en prosa. Con la introducción de múltiples formas poéticas se adelanta a los modernistas, a veces se le considera como precursor del Modernismo. En sus ensayos luce talento y su dedicación por mejorar las instituciones sociales con el propósito de mejorar la

vida del indio peruano. Su prosa acerada, cortante, límpida y clara tuvo gran influencia en su época.

Gabino Barreda (México, 1824-1881) se considera introductor de la filosofía de Comte en México.

Porfirio Parra (México, 1856-1912) es su más fervoroso propagador y autor de la novela *Pacotillas* (1900).

Justo Sierra (México, 1848-1912) maestro de varias generaciones de jóvenes mexicanos. Su obra recogida en 15 volúmenes es la más sólida de la época. Fue el único positivista que reconoció fallas en el sistema. En *Discurso* (1908) rechazó las doctrinas de Comte y alentó a las nuevas generaciones a buscar nuevos caminos.

Enrique José Varona (Cuba, 1849-1933) tiene una trayectoria parecida a la de Sierra. Comienza siendo poeta romántico. Un ejemplo lo es su libro *Odas anacrónicas* (1868), para pasar al cultivo del ensayo filosófico. En donde ya aparecen en sus ensayos las ideas positivistas francesas y las del empirismo inglés. Creía que la moral debería de ser el fundamento de la sociedad, ya que sin moral no puede haber progreso. Abandona el positivismo y el empirismo para aceptar una filosofía que ofrece mayor amplitud de criterio: el relativismo.

El Modernismo

En 1888 Rubén Darío publica en Chile un librito de prosa y verso bajo el título de *Azul* y el acontecimiento hace historia literaria. La fecha es aceptada para marcar la etapa modernista en la historia de las letras hispanoamericanas, etapa que termina en 1910. Ya antes de Darío otros poetas y prosistas habían publicado obras donde encontramos rasgos que ya no son románticos, pero tampoco costumbristas o criollos. Hacia 1880 algunos escritores, como resultado de la influencia de los parnasianos y simbolistas franceses, comenzaron a dar expresión a nuevos asuntos y nuevos temas y a experimentar con nuevas formas, tanto en verso como en prosa.

Sus características son en vez de huir de los galicismos, los injertan en sus escritos, tienen una cuidada forma (influencia de los parnasianos), alarde imaginativo, refinamiento verbal en el que predomina la imagen cromática y la sinestesia, predilección por los ambientes exóticos, preferencia por la cadencia musical, finalidad estética, no les

interesa lo costumbrista ni lo regional ni lo social en lo absoluto, la prédica moral o social no tiene función en sus obras, énfasis de lo universal sobre lo nacional. Los modernistas logran colocar la literatura en un plano mundial, plano que no había logrado escalar anteriormente. Para una mejor comprensión al estudiar este estilo literario se divide en tres ciclos: el ciclo de José Martí, el de Rubén Darío y el de Leopoldo Lugones.

El ciclo de José Martí o ciclo martiano

En la primera generación de escritores modernistas encontramos los nombres de Martí, Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Del Casal y Silva. En 1882 Martí publica en Nueva York el libro de poemas *Ismaelillo* y en 1883 en México, Gutiérrez Nájera publica la colección de *Cuentos frágiles*. Con estas dos obras se inicia el Modernismo en Hispanoamérica, movimiento que llega a su máxima expresión con Rubén Darío.

José Martí (Cuba, 1853-1895) se distingue por ser el único de los modernistas que se interesó en la política y participó activamente en ella. *El presidio político en Cuba* (1871), es su primera obra y en ella son sus experiencias en la Isla de Pinos donde estaba como recluso político de España. *Ismaelillo* (1882), publicada en el exilio, dedicado a su hijo y donde introduce formas poco usadas por los románticos. He aquí un fragmento del primer poema de este libro *Para un príncipe enano*, donde ya aparecen las primeras características del Modernismo literario:

(...)
Para un príncipe enano
Se hace esta fiesta.
Tiene guedejas rubias,
Blandas guedejas;
Por sobre el hombro blanco
Luengas le cuelgan.
Sus dos ojos parecen
Estrellas negras:
Vuelan, brillan, palpitan,
Relampaguean!
El para mí es corona,
Almohada, espuela.
(...)

En las quince composiciones de tema paternal, expresado en versos de arte menor (7,6,7 sílabas) organizados en estrofas cortas y con estructuras internas simples. Aquí ya aparecen los rasgos de Modernismo. Sus libros de versos más conocidos son *Versos sencillos* (1891) y *Versos libres* (1878-1882), donde predominan los temas de la libertad, el amor, la amistad y la resignación. Muy importante en Martí es su obra en prosa, sobre todo sus ensayos, de sentencias cortas y claras, cargadas de imágenes poéticas, de símbolos y de metáforas, que servirá de modelo a los escritores hispánicos de las siguientes generaciones. En *Nuestra América* (1891), es donde da rienda suelta a su americanismo. Crea la revista infantil *La Edad de Oro* (1889) publicada en Nueva York, esta revista mantiene su frescura, belleza y vigencia más de un siglo después, hablando a los niños en un lenguaje universal que no conoce tiempos ni distancias.

Manuel Gutiérrez Nájera (México, 1859-1895) publicó bajo el pseudónimo de “Duque de Job”, *Cuentos frágiles* (1883), anticipándose 5 años antes de *Azul* de Darío. Ya en esta prosa encontramos rasgos modernistas más que en el *Ismaelillo* de Martí. Siendo gran admirador de los franceses introduce en la prosa castellana innovaciones que le dan a la fase sorprendente agilidad y soltura. Fue un excelente poeta y sus poemas se distinguen por el ritmo musical de insospechados matices, por el cromatismo simbólico, y por un tono triste, melancólico, muy fin del siglo XIX. En las formas experimenta nuevas formas métricas, siempre tratando de dar al verso un suave lirismo.

Salvador Díaz Mirón (México, 1853-1928) se hizo famoso por el poema *A Gloria* (1901), tuvo gran influencia en el grupo modernista de Darío. La obsesión por la forma lo llevó a componer poemas que resultan fríos.

Julián del Casal (Cuba, 1863-1893) es el más identificado con el parnasianismo francés. Hay semejanza con la poesía de Nájera, su poesía es impersonal, triste, pesimista y casi siempre dolorosa. Julián de Casal conoció a Rubén Darío en 1892, poco antes de morir, por lo que poca pudo ser la influencia rubeniana en su obra; fue más bien Casal quien influyó poderosamente en el alma lírica de Rubén Darío.

José Asunción Silva (Colombia, 1865-1896) el mejor representante del temprano Modernismo colombiano, como Nájera y Casal, Silva comenzó escribiendo poesía romántica a la manera francesa. Después de una estancia en Europa su poesía se vuelve pesimista, tedioso,

escéptico. Como prosista es menos conocido, *Poesías* 1886, *Gotas amargas* poesía escéptica.

Juana Borrero (Cuba, 1877-1896), se destacó como pintora y poetisa, en un viaje a Nueva York conoció a José Martí. A pesar de que murió a solo unos pocos meses de cumplir 18 años, Juana Borrero es, por derecho propio, una de las figuras más fascinantes del Modernismo Hispanoamericano. Si ella no ha tenido todo el reconocimiento que se merece, solo se debe a que sus obras no han sido publicadas fuera de Cuba hasta ahora. Particularmente las cartas, pero también los poemas de Juana Borrero, constituyen una lectura esencial para todos aquellos interesados en el Modernismo Hispanoamericano.

El ciclo de Rubén Darío o ciclo rubeniano

La segunda etapa del Modernismo hispanoamericano la representa la generación de Darío, la literatura de esta época se enriquece de sus obras, lo mismo que con la publicación de excelentes revistas literarias artísticamente presentadas como *Revista Moderna* (México, 1898-1911), *El cojo ilustrado* (Bogotá, 1892-1915), *Revista de América* (Buenos Aires, 1894), *El Mercurio de América* (Buenos Aires, 1898-1900) y *Vida moderna* (Montevideo, 1900-1903).

Rubén Darío (Nicaragua, 1867-1916), con él el Modernismo obtiene su más alto nivel artístico. *Azul* (1888) publicado en Chile y que da comienzo oficial al Modernismo. Obra que sintetiza los elementos dispersos ya presentes en las poesías y las prosas de los escritores del ciclo anterior. *Prosas profanas* (1896), donde Darío eleva la poesía a una altura estética insospechada en sus composiciones. Representan la esencia del Modernismo, tanto en el predominio de las imágenes exóticas y los ambientes aristocráticos como por sus motivos clásicos y los personajes idealizados. *Cantos de vida y esperanza* (1905), Darío se supera a sí mismo, hay un cambio formal, temático e ideológico. La preocupación es humana, a veces casi social. Si antes la preocupación del poeta era el placer, la vida bohemia, la búsqueda de la rara sensación, en una palabra el hedonismo, ahora por primera vez mira hacia adentro, se preocupa por el destino personal y por el significado de la existencia. En la prosa de Darío son importantes sus cuentos, sus ensayos, sus crónicas, aunque sus poesías son las más conocidas y leídas hasta la

actualidad. Todos se caracterizan por el predominio del elemento lírico en el estilo, la estructura simétrica, el uso de un marco artístico, el mínimo de acción, los personajes aristocráticos y los ambientes exóticos. Su contribución al cuento hispanoamericano es indudable. No fue afortunado con las novelas.

Luis Gonzaga Urbina (México, 1868-1934) nunca llegó a desprenderse de la visión romántica del mundo en sus versos. El tono predominante en su obra es la melancolía, teñida a veces de amargura. En la forma no fue innovador.

Amado Nervo (México, 1868-1934), cuya su obra en verso y prosa es cuantiosa. Su poesía es personal dando preferencia a sus sentimientos religiosos que a veces llegan al misticismo. Siente con pasión y puede expresar también con sinceridad el tema amoroso. Como cuentista se adelanta a su época con sus narraciones fantásticas y científicas.

Manuel Díaz Rodríguez (Venezuela, 1868-1934) es el mejor novelista dentro del movimiento. En sus novelas encontramos los rasgos de la narrativa modernista: el personaje aristocrático desarraigado, los estados de ánimos de los personajes al borde de la neurastenia, estilo elegante, laboriosamente trabajado, poético, rítmico, cuajado de imágenes cromáticas, el escaso interés en el enredo, cuyo desarrollo es lento, el limitado diálogo y el predominio psicológico sobre lo dramático, en fin las características de la novela poemática.

Ricardo Jaimes Freyre (Bolivia, 1868-1933) representa la imagen nórdica (exótica para los hispanoamericanos), los ambientes bárbaros y la nota imaginativa.

Clemente Palma Ramírez (Perú, 1872-1946) escribió *Cuentos malévulos* (1904) que es una recopilación de cuentos que lo llenó de fama. Sus cuentos se siguen leyendo hasta hoy en día. Es una figura clave en el desarrollo del cuento en Perú. Sus historias tratan mayormente de temas fantásticos, psicológicos, de terror y de ciencia ficción. Sentía atracción por lo morboso y muchos de sus personajes son anormales y perversos. Denota un fuerte influjo en sus obras de Edgar Allan Poe y, en menor medida, de los escritores rusos del siglo XIX y del decadentismo francés.

El ciclo de Leopoldo Lugones

Después de las innovaciones de Darío, los escritores hispanoamericanos se ven obligados a encontrar nuevos modos de expresión. Las variantes que se descubren en sus obras no justifican que se les clasifique fuera de la corriente modernista. A veces aparecen imágenes que no son modernistas: imágenes que anuncian los que será el Postmodernismo y el Vanguardismo.

Leopoldo Lugones (Argentina, 1874-1938), poeta y prosista de primera magnitud. Su obra tiene un desarrollo proteico que va desde el Romanticismo socialista de sus primeros versos hasta el Criollismo de los últimos años. *La montaña de Oro* (1897), libro que lo hace famoso en Hispanoamérica por lo novedoso del formato, de los temas, de los ritmos y de las imágenes. *Los crepúsculos del jardín* (1905) es la obra más ajustada al Modernismo. *Lunario sentimental* (1909), trasciende al Modernismo con nuevas formas y da expresión a un material que va de lo grotesco a lo fantástico, cuentos diferentes pero con un tema: la luna, no la luna de los románticos sino más bien una luna quevedesca, irónica, burlona y que sirven como pretexto para burlarse del hombre medio, de la burguesía, de la ciencia, del amor. Se adelanta a los vanguardistas en la introducción de imágenes de objetos cotidianos, a veces la imagen es cubista y por tanto novedosa.

José Enrique Rodó (Uruguay, 1872-1917), en 1895 fundó una revista importante *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* en cuyas páginas aparecen sus primeras prosas que todavía no son modernistas, en sus inicios son anti-modernista aunque evoluciona al Modernismo cuando se empieza a rechazar el positivismo francés y el empirismo inglés. Para él el Modernismo es sinónimo de nuevas ideas filosóficas. Con el libro *Ariel* (1900) llega a la fama y al reconocimiento. Es una obra que marca un momento cumbre en el desarrollo del ensayo hispanoamericano. Dedicado a la juventud hispanoamericana, es anti-materialista, usando símbolos antiéticos: Ariel representa la belleza, el idealismo, el genio creador y Calibán es el representante de la fealdad, el materialismo, el genio de la torpeza. Completa esa doctrina las ideas sobre la personalidad integral del hombre y sobre la necesidad de establecer una minoría selecta formada por intelectuales.

Julio Herrera y Reissig (Uruguay, 1875-1910) en el aparece la influencia francesa de los simbolistas y el predominio de los motivos de la neurastenia y el esplín (melancolía, hastío, etc.)

Otros escritores de este ciclo son Guillermo Valencia (Colombia, 1873-1943). José Santos Chocano (Perú, 1875-1934) y José Juan Tablada (México, 1871-1945) que es el poeta que más influencia ha tenido en los escritores posteriores y especialmente sobre los vanguardistas y surrealistas.

Actividades

1. Lee el fragmento siguiente y responde las preguntas:

Al salir de la casa del padre Anticelli, doña Dolores iba preocupada y triste. «¿Por qué, se decía, por qué me ha dicho el padre todas esas cosas? No parece sino que mis hijas son malas; no parece sino que mis sobrinos son unos **perdularios**. Lo cierto es que ambos tienen **sangre ligera**. El mayor es más simpático y más **parlanchín**; el otro es medio romántico y melancólico; los dos son **afables**, correctos y **finos**, y no hay motivos para pensar mal de ellos. El padre Anticelli no gusta de la educación que se da en París y, sin duda, que por ese motivo no le han sido simpáticos esos pobres muchachos».

Mas la creencia firme que la dama tenía en la virtud, en el talento y en el mundo del padre Anticelli, la obligaba a pensar muy seriamente en cuanto acababa de decirle el excelente sacerdote. El amor de la dama para su hija Elena era grandísimo, y la desgracia de la joven, ciega desde hacía varios años, a consecuencia de una fiebre, de una enfermedad que, al decir de todo el mundo, no había sido conocida de los **facultativos**, duplicaba en la madre la **ternura** con que amaba a su hija. Ésta era buena, sí, muy buena, y nadie tenía motivo para dudar de su buena índole y de su inclinación a la virtud. Elena era viva, cariñosa, afable, hasta dulce, y aunque apasionada e **impetuosa** en ocasiones, la menor advertencia era bastante para que la **ceguezuela** entrara en razón. De niña, cuando la reprendían por alguna **travesura**, por su falta de aplicación en la escuela o por algún capricho suyo que no era conveniente satisfacer, la chiquilla **se rebelaba** contra la autoridad materna, y rogaba, suplicaba, y volvía a rogar y volvía a suplicar, y a una nueva y terminante negativa, la muchacha exasperada lloraba, gritaba,

se **mesaba** el cabello, y más de una vez arrojó lejos para hacerlo pedazos el primer **objeto frágil** que tenía delante, un plato, una copa, un vaso, o cualesquiera juguetes de los que había en la sala. Pero a los trece años mudó de carácter; se tornó **bondadosa**, dulce, **dócil** y **sumisa**. Parecía melancólica y triste, y tanto que aquellas **añoranzas, impropias** en niña de tan corta edad, llegaron a preocupar, muy seriamente, a doña Dolores, la cual pudo observar en su hija cierto arrebatado entusiasmo para todo aquello que emprendía la chica, siempre que le era presentado como nuevo y flamante. Una labor, una lección de música, un libro nuevo era motivo en Elena para que trabajara horas y horas; para que no dejase el piano hasta después de medianoche, o para que, leyendo el libro que la traía en vilo, no pensase ni en comer ni en dormir. El estudio de la música le era difícil, y el maestro llegó a declarar que en Elena no había aptitudes positivas para el divino arte. La cuidadosa madre supo aprovechar en bien de la niña tales y tan **repentinos** entusiasmos y Elena progresó en la escuela y adelantó en la música de tal modo que maestras y maestros se hacían lenguas de la joven, a quien pronto fue preciso vestir de largo. Como la familia había venido a menos ya las muchachas no iban a bailes, y en el teatro no se las veía sino de tarde en tarde, cuando había ópera, allá por diciembre, y eso solamente en una función. Don Ramón lo dijo con toda claridad. «¡Nada de fiestas ni de teatros, que no está la Magdalena para **tafetanes!**». Elena al oír esto, exclamó:

-¡Sí, papá! **No te apenes ni te contraríes**. ¡Tan contentas en casita como en fiestas y teatros! No iremos más, y no porque tú no puedas gastar en diversiones, sino porque nosotras no queremos ir. ¿Fiestas? ¿Qué mejores que las que nos proporciona tu cariño? ¿Opera? Ahí está el piano, y Margot y yo tocaremos hasta causar la desesperación en los vecinos.

Vino la enfermedad. Elena estuvo entre la vida y la muerte. Salvó... pero quedó ciega. Don Ramón hizo los mayores **sacrificios** para conseguir que su hija volviera a ver la luz del día. Fueron a México, consultaron allí a los más famosos especialistas, pero todo fue inútil.

Regresaron tristes, **abatidos** y sin esperanzas. **Vino la ruina** y vino la desgracia. Don Ramón principió a **declinar** visiblemente, y una **insuficiencia valvular** se lo llevó en tres meses.

No bien Elena quedó ciega todos pudieron observar, incluso el maestro, que el talento musical que en la joven había parecido **rudo y torpe** se desarrolló en ella por modo prestigioso. Se afinó su oído, la memoria fue en aumento, y era cosa que asombraba ver cómo, apenas oía una pieza, y no **juguettillos** de baile despreciables y vanos, sino obras del repertorio clásico, ya la tocaba Elena, Margarita **acudía** en ayuda de su hermana y la obra quedaba puesta, y era ejecutada magistralmente, con expresión y con un sentimiento incomparables. La joven, que antes era melancólica y **tristoncilla**, se tornó **jovial, bulliciosa** y festiva. Padecía algunas veces **desalientos** y **languideces**, pero eran cortos, y a poco ya estaba cantando, como un pajarillo en día primaveral. Raro contraste el de aquella poética desgracia y el de aquella irreparable alegría. **Ruiseñor** ciego, Elena tenía su constante noche, **arpegios** y **trinos** en que **vibraba** y palpitaba toda la jubilosa **exuberancia** de los quince años.

Los parientes ricos de Rafael Delgado

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) Haz un listado de los personajes y sus características.
- c) Busca los recursos literarios que aparecen en este fragmento.
- d) ¿Cómo se describe la sociedad mexicana de la época?
- e) ¿Cuál es el tema de este fragmento?
- f) ¿Cuál es el estilo literario de este fragmento? Argumenta tu respuesta.

2. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

Y sin más, **se echó a escape** sobre Roque con el machete **enarbolado**. Así tan sólo se vio éste obligado a reanudar el combate, aunque con poca voluntad, y proponiéndose ya no atacar, sino defenderse únicamente. Pero la cosa **iba de veras**. Un machetazo de Pánfilo le **mutiló** el ala del sombrero; otro le rompió la **teja de la silla**. Hubo un instante en que el **compasivo** Roque se **reputó** perdido. Trozada una de las **riendas**, su caballo

ya sin gobierno, se dio a girar sobre sí mismo, sujeto sólo por la otra rienda. Pánfilo, ciego de furor y sin atender a nada, arremetió no obstante con gran **furia**.

Comprendió entonces Roque que la **disyuntiva** era ésta: morir o matar. Respondió, pues, al ataque, con **mandobles** furiosos, aunque desordenados, en medio de los remolinos de la bestia espantada. Pánfilo intentaba acercársele, pero se negaba su **cabalgadura**, y no era poderoso a vencer su resistencia. En medio de la **refriega**, recibió aquélla una **cuchillada** en el **hocico**. Pero se **obstinó** Pánfilo a tal punto y hundió tan hondamente las **espuelas** en los **ijares** de la bestia, que al fin, exasperada, se lanzó ésta hacia adelante de un bote, arremetiendo contra Roque y su caballo. El choque fue rudo: jinetes y animales cayeron por tierra en revuelta pugna y confusión. Caídos, siguieron ofendiéndose los combatientes con los pies, con las manos, con la empuñadura de los machetes y pronto estuvieron en pie, estropeados, cubiertos de polvo, descoloridos, horribles. No parecían hombres, sino bestias feroces.

Los caballos abandonados a sí mismos, emprendieron la **fuga** luego que pudieron levantarse. Corrieron desbocados por la ladera, haciendo un ruido espantoso con los **cueros de las sillas**, que sacudían sobre los **lomos**, y con los **estribos** que azotaban contra los troncos de los árboles. Pronto desaparecieron en lo más enmarañado del bosque. Se oyó por algunos momentos el rumor de su fuga; pero muy luego se **desvaneció** en la distancia, y todo quedó silencioso.

La lucha no podía **prolongarse**; los combatientes estaban **agotados**. Apenas podían moverse; pero no querían **rendirse**, pues aunque les faltaban las fuerzas, les sobraba el coraje.

El azar resolvió la contienda. Levantó Roque el brazo para descargar un **machetazo** a Pánfilo en la cabeza, y éste acudió rápidamente a la parada, para defender el cráneo; mas no alcanzando a parar con la hoja, lo hizo con la **empuñadura**. Y el arma pesadísima de su antagonista dio de filo sobre sus dedos menores. Con esto cayeron al suelo tanto la espada como los dedos **tronchados**; tinta en sangre aquélla, éstos lívidos y **convulsos**.

La parcela de José López Portillo y Rojas

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) ¿De qué trata este fragmento? ¿Qué sucede?
- c) Describe a los personajes que aparecen en este fragmento.
- d) ¿Cuál es el espacio y el lugar de la novela? (En este caso del fragmento)
- e) ¿Qué lenguaje usa el autor?
- f) ¿Quién narra?
- g) Busca los recursos literarios que aparecen en el fragmento.

3. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

Amaneció el día siguiente, y con él mis inquietudes y **zozobras**, a tan alto grado puestas, que no parecía sino que me estaba encomendada la parte política y **mañosa** de la revolución. Y cuál no sería mi **sobresalto**, cuando mi madre, más blanca que esta hoja de papel, me anunció que el señor Jefe político me llamaba a su oficina, con la advertencia de que pasara por allá sin pérdida de tiempo.

Mi madre me dio las noticias que circulaban como nuevas en San Martín, en tanto que yo me vestía a toda prisa. **Madrugaban**, por cierto, las novedades, pues apenas serían las siete de la mañana; y eran aquellas, que Coderas no había pegado los ojos en toda la noche, pues un correo del gobierno le trajo papeles importantísimos y muy numerosos; sobre todo muy numerosos, pues los políticos de San Martín no comprendían una alarma sin su **resma** de **papel florete**. Decían también las lenguas mejor movidas y más **resbalosas**, que entre aquellos **pliegos** los había que comunicaban reservadamente una **derrota** sufrida por el Gobierno, y la orden para imponer una contribución extraordinaria en aquel distrito tan digno de mejor suerte, como decía Severo.

Sin desayunarme acudí al llamado del Jefe político, si no es que puedan entrar en la categoría de desayuno las mil prevenciones, consejos y órdenes con que mi madre me **conminó** a que tomara un **hilo de conducta** tal, que había de conducirme al **ovillo** de la buena armonía con todo el mundo.

Entré en la Jefatura, la cual para oficina tenía todos los **legajos** y polvo suficientes, y un secretario que por su aspecto

y condiciones fuera bastante para caracterizarla, aun cuando el escudo de madera colocado sobre la puerta principal, no lo denotase con su inscripción y su águila y su nopal. Frente a una **mesa de antiguo cuño** y que parecía **desertada** de **refectorio** de **domínicos**, parada sobre el menor número de pies en que el equilibrio estable era medianamente posible, se encontraba sentado con malísimo semblante el temible Coderas; el secretario, colocado en el extremo útil de la mesa, dejaba volar su ejercitada pluma, escribiendo la centésima circular que se dirigía a los presidentes municipales del distrito; y el Síndico Cañas, viejo **chiquitín**, **escuálido**, con ancha calva, de conducta y carácter **escurridizos**, **a la diestra** de la autoridad administrativa, recogía los párpados para leer desde su asiento lo que el secretario escribía y él dictaba.

El Jefe político me saludó con la mano desde lejos, con una familiaridad afectuosa a la cual no estaba yo acostumbrado; Cañas se puso de pie, y sonriendo hasta **plegar** toda la cara, me recibió dando dos pasos al frente.

-Siéntese vd., Sr. Quiñones – dijo Coderas.

Y yo obedecí, cada vez más **perplejo**.

Coderas, poco listo para todo aquello en que el ingenio fuera cosa esencial, abordó el asunto.

-Le he llamado a vd. para un negocio importante. Como las cosas se han puesto feas, ¿eh? y yo tengo que cumplir con mi deber, porque el deber es lo primero, he dispuesto que el Sr. Carrasco, mi secretario, **se haga cargo** de una compañía de voluntarios; y como yo necesito un secretario porque es necesario y además muy útil en la Jefatura, pues he dispuesto nombrarle a vd. para que venga en lugar del Sr. Carrasco.

No se **requería** una letra más para hacerme **sudar** frío.

-Yo creo que vd. no se negará -continuó el Jefe político-, porque se trata de servir al Gobierno, y además de que este es nuestro deber, ¿eh? además de que este es nuestro deber, pues también el Gobierno sabe recompensar a los buenos servidores que le... que le... es decir, a los buenos servidores que sirven y que se rifan en estos casos y que no tienen miedo.

Yo, que maldito si quería **rifarme** y que veía llegar una secretaría, precisamente cuando no la deseaba ni la podía ver sin horror, me quedé de una pieza.

-Ciertamente, Juanillo -dijo **melosamente** el **síndico**, con un **chacoloteo** de **paladar** que me pareció de **víbora de cascabel**-; en estos casos es cuando se abre para los jóvenes como vd. un **buen porvenir**. Yo lo doy el buen consejo de que ni **vacile**; tanto porque así mejora la posición de vd. como porque se prepara para la vida pública, que siempre comienza por poco. Sí, señor Comandante, esté vd. seguro de que Juanillo acepta; es hombre que lo **heredó** de su padre que fue muy amigo mío; yo creo que puede vd. mandar que se le extienda el nombramiento. ¿Verdad, Juan? Sí, señor; que se le extienda.

Por fin pude abrir la boca, aunque no muy dueño de ella. Me excusé tímidamente con las **circunstancias** de ser único **sostén** de mi madre: se me contestó que nada quitaba el que yo continuara siéndolo; **argüí** que mis peligros la hacían sufrir extraordinariamente: se me replicó que no corría yo ningunos; **reventé** al fin, manifestando que ambos argumentos míos descansaban en la situación actual, intranquila, incierta y peligrosa, ¡y jamás lo dijera...! Coderas lanzó un **terno**, se puso encendido de cólera, cerró los puños, y dejando caer uno de ellos sobre la destartada mesa, gritó:

-Pues qué ¿cree vd. que a mí me hacen algo esos **roñosos**? Pues qué ¿cree vd., que yo les tengo miedo o que no deshago en un momento a esta punta de **marranos**? Pues que se levanten ¿eh? que se levanten y que **me busquen ruido**, que es lo que estoy deseando para darles una **zurra** que se han de acordar de mí. ¡Vaya, hombre! Pues era la última que ahora anduviéramos con esas. Que vengan, que grite uno siquiera y verán todos estos cabezudos o cabezones como no dejó cabezón parado, porque no sirven ni para limpiar mi caballo ¿eh? Sí, señor, ni para limpiar mi caballo; y si a vd. no le gusta que yo lo diga, pues que no le guste, pero yo me he de pasear sobre todos, y a todos se los ha de llevar el diablo; porque no les tengo miedo ni a ellos ni a la... Basta para muestra del estilo oficial de San Martín; y **ahorrándome** yo trabajo, dejó al lector el de subrayar cuanto guste en el párrafo anterior. “

La bola de Emilio Rabasa

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) Haz una lista de los personajes que aparecen en el fragmento y de sus características.

- c) Busca los recursos literarios que aparecen en el fragmento.
- d) ¿Qué conflicto se presenta en este fragmento?
- e) ¿Hay continuidad entre la Historia de México y la narración?

4. Lee los siguientes capítulos y responde las preguntas:

Capítulo II

En aquella mañana descrita, cuando recién se levantaba el sol de su **tenebroso** lecho, haciendo brincar, a su vez, al ave y a la flor, para saludarle con el vasallaje de su amor y gratitud, cruzaba la plaza un labrador arreando su **yunta de bueyes**, cargado de los **arreos de labranza** y la provisión alimenticia del día. Un yugo, una **picana** y una **coyunta** de cuero para el trabajo, la tradicional **chuspa** tejida de colores, con las hojas de coca y los **bollos de llipta** para el desayuno.

Al pasar por la puerta del templo, se sacó reverente la **monterilla** franjeada, murmurando algo semejante a una **invocación**: y siguió su camino, pero, volviendo la cabeza **de trecho en trecho**, mirando entristecido la **choza** de la cual se alejaba.

¿Eran el temor o la duda, el amor o la esperanza, los que **agitaban** su alma en aquellos momentos?

Bien claro se notaba su honda impresión.

En la **tapia** de piedras que se levanta al lado Sur de la plaza, asomó una cabeza, que, con la ligereza del zorro, volvió a esconderse detrás de las piedras, aunque no sin dejar conocer la cabeza bien modelada de una mujer, cuyos cabellos negros, largos y **lacios**, estaban separados en dos **crenchas**, sirviendo de marco al busto hermoso de **tez** algo **cobriza**, donde resaltaban las **mejillas** coloreadas de tinte rojo, sobresaliendo aún más en los lugares en que el tejido capilar era abundante.

Apenas húbose perdido el **labrador** en la lejana **ladera** de Cañas, la cabeza escondida detrás de las tapias tomó cuerpo saltando a este lado. Era una mujer **rozagante** por su edad, y notable por su belleza peruana. Bien contados tendría treinta años, pero su frescura ostentaba veintiocho primaveras a lo sumo. Estaba vestida con una **pollerita flotante** de **bayeta** azul oscuro y un **corpiño** de **pana** café, adornado al cuello y **bocamangas** con franjas de plata falsa y **botones** de **hueso**, ceñía su talle.

Sacudió lo mejor que pudo la tierra barrosa que cayó sobre su ropa al brincar la tapia y en seguida se dirigió a una casita **blanquecina** cubierta de tejados, en cuya puerta se encontraba una joven, graciosamente vestida con una bata de granadina color plomo, con blondas de encaje, cerrada por botonadura de concha de perla, que no era otra que la señora Lucía, esposa de don Fernando Marín, matrimonio que había ido a establecerse temporalmente en el campo.

La recién llegada habló sin **preámbulos** a Lucía y le dijo:

-En nombre de la Virgen, **señoracha**, ampara el día de hoy a toda una familia desgraciada. Ese que ha ido al campo cargado con las **cacharpas** del trabajo, y que pasó junto a ti, es Juan Yupanqui, mi marido, padre de dos muchachitas. ¡Ay señoracha!, él ha salido llevando el corazón medio muerto, porque sabe que hoy será la visita del reparto, y como el **cacique** hace la **faena** del **sembrío** de **cebada**, tampoco puede esconderse porque a más del encierro sufriría la multa de ocho reales por la **falla**, y nosotros no tenemos plata. Yo me quedé llorando cerca de Rosacha que duerme junto al **fogón** de la choza y de repente mi corazón me ha dicho que tú eres buena; y sin que sepa Juan vengo a implorar tu socorro, por la Virgen, señoracha, ¡ay, ay!

Las lágrimas fueron el final de aquella **demandada**, que dejó entre misterios a Lucía, pues residiendo pocos meses en el lugar, ignoraba las costumbres y no apreciaba en su verdadero punto la fuerza de las cuitas de la pobre mujer, que desde luego despertaba su curiosidad.

Era preciso ver de cerca aquellas **desheredadas** criaturas, y escuchar de sus labios, en su expresivo idioma, el relato de su actualidad, para explicarse la simpatía que brota sin sentirlo en los corazones nobles, y cómo se llega a ser parte en el dolor, aun cuando sólo el interés del estudio motive la observación de costumbres que la mayoría de peruanos ignoran y, que lamenta un reducido número de personas.

En Lucía era general la bondad, y creciendo desde el primer momento el interés despertado por las palabras que acababa de oír, preguntó:

-¿Y quién eres tú?

-Soy Marcela, señoracha, la mujer de Juan Yupanqui, pobre y desamparada -contestó la mujer secándose los ojos con la **bocamanga del jubón** o corpiño.

Lucía púsole la mano sobre el hombro con ademán cariñoso, invitándola a pasar y tomar descanso en el asiento de piedras que existe en el jardín de la casa blanca.

-Siéntate, Marcela, **enjuaga** tus lágrimas que enturbian el cielo de tu mirada, y, hablemos con calma -dijo Lucía, vivamente interesada en conocer a fondo las costumbres de los indios.

Marcela calmó su dolor, y, acaso con la esperanza de su salvación, respondió con minucioso afán al interrogatorio de Lucía y fue cobrando confianza tal, que la habría contado hasta sus acciones reprensibles, hasta esos pensamientos malos, que en la humanidad son la exhalación de los gérmenes viciosos. Por eso en dulce expansión le dijo:

-Como tú no eres de aquí, **niñay**, no sabes los martirios que pasamos con el cobrador, el cacique y el **tata cura**, ¡ay!, ¡ay! ¿Por qué no nos llevó la **Peste** a todos nosotros, que ya dormiríamos en la tierra?

-¿Y por qué te confundes, pobre Marcela? -interrumpió Lucía-. Habrá remedio; eres madre y el corazón de las madres vive en una sola tantas vidas como hijos tiene.

-Sí, niñay -replicó Marcela-, tú tienes la cara de la Virgen a quien rezamos el Alabado y por eso vengo a pedirle. Yo quiero salvar a mi marido. Él me ha dicho al salir: «Uno de estos días he de arrojarme al río porque ya no puedo con mi vida, y quisiera matarte a ti antes de entregar mi cuerpo al agua», y ya tú ves, señoracha, que esto es **desvarío**.

-Es pensamiento culpable, es locura, ¡pobre Juan! -dijo Lucía con pena, y dirigiendo una **mirada escudriñadora** a su **interlocutora**, continuó:- Y ¿qué es lo más urgente de hoy? Habla, Marcela, como si hablastes contigo misma.

-El año pasado -repuso la india con palabra franca-, nos dejaron en la choza diez pesos para dos **quintales de lana**. Ese dinero lo gastamos en la Feria comprando estas cosas que llevo puestas, porque Juan dijo que reuniríamos en el año **vellón a vellón**, mas esto no nos ha sido posible por las **faenas**, donde trabaja sin socorro; y porque muerta mi suegra en Navidad, el tata cura nos embargó nuestra **cosecha de papas** por el **entierro** y los **rezos**. Ahora tengo que entrar de mita¹⁰ a la casa parroquial, dejando mi choza y mis hijas, y mientras voy, ¿quién sabe si Juan delira y muere? ¡Quién sabe también la suerte que a mí me espera, porque las mujeres que entran de mita salen... mirando al suelo!

-¡Basta!, no me cuentes más -interrumpió Lucía, espantada por la gradación que iba tomando el relato de Marcela, cuyas últimas palabras alarmaron a la **candorosa** paloma, que en los seres civilizados no encontraba más que monstruos de **codicia** y aun de lujuria.

-Hoy mismo hablaré con el gobernador y con el cura, y tal vez mañana quedarás contenta -prometió la esposa de don Fernando, y agregó como despidiendo a Marcela:- Anda ahora a cuidar de tus hijas, y cuando vuelva Juan tranquilízalo, cuéntale que has hablado conmigo, y dile que venga a verme.

La india, por su parte, suspiraba satisfecha por primera vez en su vida.

Es tan solemne la situación del que en la suprema desgracia encuentra una mano generosa que le preste apoyo, que el corazón no sabe si **bañar de lágrimas** o **cubrir de besos** la mano cariñosa que le alargan, o sólo prorrumper en gritos de **bendición**. Eso pasaba en aquellos momentos en el corazón de Marcela.

Los que ejercitan el bien con el desgraciado no pueden medir nunca la magnitud de una sola palabra de bondad, una sonrisa de dulzura que para el caído, para el infeliz, es como el rayo de sol que vuelve la vida a los miembros entumecidos por el hielo de la desgracia.

Capítulo III

En las provincias donde se cría la **alpaca**, y es el comercio de lanas la principal fuente de riqueza, con pocas excepciones, existe la costumbre del reparto antelado que hacen los comerciantes potentados, gentes de las más acomodadas del lugar.

Para los adelantos **forzosos** que hacen los **laneros**, fijan al **quintal** de lana un precio tan ínfimo, que el rendimiento que ha de producir el capital empleado excede del quinientos por ciento; usura que, agregada a las extorsiones de que va acompañada, casi da la necesidad de la existencia de un infierno para esos bárbaros. Los indios propietarios de alpacas emigran de sus chozas en las épocas de reparto, para no recibir aquel dinero adelantado, que llega a ser para ellos tan maldito como las trece monedas de Judas. ¿Pero el abandono del hogar, la **erraticidad** en las soledades de las **encumbradas** montañas, los **pone a salvo**? No...

El **cobrador**, que es el mismo que hace el reparto, allana la choza, cuya **cerradura endeble**, en puerta hecha de vaqueta, no ofrece resistencia: deja sobre el batán el dinero, y se marcha enseguida, para volver al año siguiente con la lista ejecutoria, que es el único juez y testigo para el desventurado deudor forzoso.

Cumplido el año se presenta el cobrador con su **séquito** de diez o doce **mestizos**, a veces **disfrazados** de soldados; y, extrae, en romana especial con contrapesos de piedra, cincuenta libras de lana por veinticinco. Y si el indio esconde su única hacienda, si protesta y **maldice**, es sometido a torturas que la pluma se resiste a narrar, a pesar de pedir venia para los casos en que la tinta varíe de color.

La pastoral de uno de los más ilustrados obispos que tuvo la Iglesia peruana hace mérito de estos excesos, pero no se atrevió a hablar de las lavativas de agua fría que en algunos lugares emplean para hacer declarar a los indios que ocultan sus bienes. El indio teme aquello más aún que el ramalazo del látigo, y los inhumanos que toman por la forma el sentido de la ley, alegan que la flagelación está prohibida en el Perú, mas no la barbaridad que practican con sus hermanos nacidos en el infortunio.

¡Ah! **Plegue a Dios** que algún día, ejercitando su bondad, decrete la extinción de la raza indígena, que después de haber ostentado la grandeza imperial, bebe el lodo del oprobio. ¡Plegue a Dios la extinción, ya que no es posible que recupere su dignidad, ni ejercite sus derechos!

El amargo llanto y la desesperación de Marcela al pensar en la próxima llegada del cobrador eran, pues, la justa explosión angustiada de quien veía en su presencia todo un mundo de pobreza y dolor infamante.

Capítulo IV

Lucía no era una mujer vulgar.

Había recibido bastante buena educación, y la perspicacia de su inteligencia alcanzaba la luz de la verdad estableciendo comparaciones.

De alta estatura y color medianamente tostado, lo que se llama en el país color perla; ojos hermosos sombreados por espesas pestañas y cejas aterciopeladas; llevaba además ese grande

encanto femenino de una cabellera abundante y larga que, cuando deshecha, caía sobre sus espaldas como un manto de carey ondulado y brillante. Su existencia no marcaba todavía los veinte años, pero el matrimonio había dejado en su fisonomía ese sello de gran señora que tan bien sienta a la mujer joven cuando sabe hermanar la amabilidad de su carácter con la seriedad de sus maneras. Establecida desde un año atrás con su esposo en Killac, habitaba «la casa blanca», donde se había implantado una oficina para el beneficio de los minerales de plata que explotaba, en la **provincia limítrofe**, una compañía de la cual don Fernando Marín era accionista principal y, en la actualidad, gerente.

Killac ofrece al minero y comerciante del interior la ventaja de ocupar un punto céntrico para las operaciones mercantiles en relación con las capitales de departamentos; y la bondad de sus caminos presta alivio a los peones que transitan cargados con los capachos del mineral en bruto, y a las llamas empleadas en el acarreo lento.

Después de su entrevista con Marcela, Lucía se entregó a combinar un plan salvador para la situación de la pobre mujer, que era harto grave, atendidas sus revelaciones.

Lo primero en que pensó fue en ponerse al habla con el cura y el gobernador, y con tal propósito les dirigió, a entrambos, un recadito suplicatorio solicitando de ellos una visita.

La palabra de don Fernando en esos momentos podía ser eficaz para realizar los planes que debían ponerse en práctica inmediata, pero don Fernando había emprendido viaje a los minerales, de donde volvería después de muchas semanas.

Una vez que Lucía resolvió llamar a casa a los personajes de cuyo favor necesitaba, púsose a meditar, intranquila, sobre la manera persuasiva como hablaría a aquellas notabilidades de provincia.

-¿Y si no vienen? Iré en persona -se preguntó y respondió simultáneamente, con la rapidez del pensamiento que envuelve en sus giros la intención y la ejecución, y se puso a sacudir los muebles, arreglando esta y aquella silleta, hasta que, llegando junto a un sofá, tomó asiento y tornó a sus combinaciones de discurso en la forma más interesante, aunque sin los giros de retórica que habría necesitado para un caballero de ciudad.

Entregada a este teje y desteje del pensamiento, sentía los minutos pesados, cuando tocaron a la puerta, y abriéndose suavemente

el portón de vidrios dio paso al cura y al gobernador del poético pueblo de Kíllac.

Aves sin nido, (Capítulos II, III y IV)
de Clorinda Matto de Turner

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) Haz un resumen de cada capítulo.
- c) ¿Qué ha sucedido en estos capítulos? ¿Qué ha pasado?
- d) Haz una lista de los personajes que aparecen, descríbelos.
- e) ¿Cómo se describe la vestimenta en estos capítulos?
- f) ¿Cuál es el tema de cada capítulo?
- g) Es una novela indigenista. ¿Por qué? Argumenta tu respuesta.
- h) ¿Qué opinas del significado del título de la novela: “Aves sin nido”?

5. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

I Parte

Aquí es —dijo el cochero deteniendo de golpe a los caballos, que sacudieron la cabeza hostigados por lo brusco del movimiento.

-¡Aquí...! ¿En dónde?

-Allá, al fondo, en aquella puerta cerrada.

La mujer saltó del carruaje, del que extrajo un lío de mezquino tamaño; metióse la mano en el bolsillo de su enagua y le alargó un duro al auriga:

-Cóbrense usted.

-No me alcanza; me pagará usted otra vez, cuando me necesite por la tarde. Soy del sitio de San Juan de Letrán, número 317, y bandera colorada. Sólo dígame usted cómo se llama...

-Me llamo Santa, pero cóbrense, no sé si me quedará en esa casa... Guarde todo el peso —exclamó después de breve reflexión, ansiosa de terminar el incidente.

Y sin aguardar más, echóse a andar de prisa, inclinando el rostro, medio oculto el cuerpo todo, bajo el pañolón que algo se le resbalaba de los hombros; cual si la apenara encontrarse allí a tales horas. Con tanta luz y tanta gente que de seguro la observaba, que de fijo sabía lo que ella iba a hacer.

Toda aturdida, desfogóse con el aldabón y llamó varias veces, con tres golpes en cada ocasión. La verdad es que nadie, fuera de los ociosos parroquianos del fonducho, paró mientes en ella; sobre que el barrio, con ser barrio galante y muy poco tolerable por las noches, de día trabaja.

Abundan las pequeñas industrias, destácase La Giralda, carnicería a la moderna, de tres puertas, piso de piedra artificial, mostrador de mármol y hierro, con pilares muy delgados para que el aire lo ventile todo libremente, con grandes balanzas que deslumbran por su exagerada pulcritud.

En la esquina opuesta, con bárbaras pinturas murales, un haz de banderolas en el mismísimo ángulo de las paredes de entrambas calles y sendas galerías de zinc en cada una de las puertas, divisase La Vuelta de los Reyes Magos, acreditado expendio del famoso Santa Clara y del sin rival San Antonio Ametusco.

Además del jardín, que posee una fuente circular, de surtidor, primitivo y charlatán por la mucha agua que arroja sin cansarse ni disminuirla nunca, la cruzan rieles de tranvías; su piso es de adoquines de cemento comprimido y, por su longitud, disfruta de tres focos eléctricos. ¡Ah! También tiene, frente por frente del jardín que oculta los prostíbulos, una escuela municipal, para niños...

Con tan diversos elementos y siendo, como era en aquel día, muy cerca de las doce, hallábase la calle en pleno movimiento y en plena vida. Los tranvías, con el cascabeleo de los collares de sus mulas a galope y el ronco clamor de las cornetas de sus cocheros, deslizábanse con estridente ruido apagado, muy brillantes, muy pintados de amarillo o de verde, según su clase.

Del taller de los monumentos sepulcrales de las cobrerías italianas y de La Giralda salían, alternados, los golpes del cincel contra el mármol y el granito.

Los vendedores ambulantes pregonaban a gritos sus mercancías, la mano en forma de bocina, plantados en mitad del arroyo y posando el mirar en todas direcciones. Y escapados por los abiertos balcones de la escuela, Cemíanse Actividades errabundos

de voces infantiles, repasando el silabario con monótono sonsonete:

-B-a, ba; b-e, be; b-i, bi; b-o, bo...

Como tardasen en abrirle a Santa, involuntariamente se volvió a mirar el conjunto; pero cuando estalló en la Catedral el repique formidable de las doce, cuando el silbato de vapor de la tintorería francesa lanzó a los aires un pitazo agudísimo, empezaron a salir a la calle y a obstruir la acera mientras se despedían con palabrotas, con encogimientos de espaldas los serios, y los viciosos, de bracero, enderezaban sus pasos a Los Reyes Magos; cuando los chicos de la escuela, empujándose y armando un zipizape de mil demonios, libros y pizarras por los suelos, los entintados dedos enjugando lágrimas momentáneas, volando las gorras y los picarescos semblantes enmascarados de traviesa alegría, entonces Santa llamó a la puerta con mayor fuerza aún.

-¡Qué prisa se trae usted, caramba...! ¿Doña Pepa, la encargada...? Sí está, pero está durmiendo.

-Bueno, la esperaré, no vaya usted a despertarla —repuso Santa muy aliviada de haber escapado a las curiosidades de la calle—, la esperaré aquí, en la escalera...

-¿De veras se iba a quedar con ella, en esa casa? ¿Dónde había estado antes? Usted no es de México... —preguntó la portera.

-Sí soy, es decir, de la capital no, pero sí de muy cerca. Soy de Chimalistac... abajo de San Ángel.

-¿Por qué va usted a echarse a esta vida...?

No le contestó Santa, porque en el mismo momento oyóse el estruendo de una vidriera abierta de repente y una voz femenil, muy española:

-¡Eufrasia! Pide dos anisados grandes con agua gaseosa en casa de Pepa, dile que son para mí...

Como si el pedido de los dos anisados representase una campanilla de aviso, la casa entera despertó, de manera rara, muy poco a poco, confundidos los cantos con las órdenes a gritos, las risas con los chancleteos sospechosos.

Santa escuchaba azorada, y su mismo azoramiento fue parte a que no siguiese el primer impulso de escapar y volverse, si no a su casa -porque ya era imposible-, siquiera a otra parte donde no se dijese aquellas cosas. Pero no se atrevió ni a moverse.

(....)

Santa y su **parroquiano** despertaron ... Hablábanse poco, sólo lo **indispensable** para **zaherirse** con **pullas** o **embozadas injurias**, como si después de una noche de compradas caricias hubiesen recordado de súbito que, exceptuando la **lujuria apaciguada** de él, no existía entre ellos más que el eterno odio, que, en el fondo separa a los sexos. (...) ¡La **gresca** que se armó en la vivienda! Ahora todas pedían ser de la alegre partida, y se bromeó, se ajustaron **onerosos** contratos, se aumentó la caravana y se hizo venir otra calandria que resultó **desvencijada, mugrienta, gemidora**, y con un par de sardinas que ni para el redondel servían -según autorizado dictamen de El Jarameño.

Partieron los **carruajes** en línea recta y uno tras otro, cuando la iluminación de la ciudad comenzaba, al tiempo que los enormes focos municipales que se mecen en las esquinas y a la mitad de las calles -mezclados a las **innúmeras** luces **incandescentes** que cubrían caprichosamente las fachadas del comercio rico, y a los humildes **farolillos** de vidrio o papel con que adornaban las suyas los mercaderes pobres y los particulares ídem- prestaban a la metrópoli mágico aspecto de apoteosis teatral. Desde que desembocaron en la ancha avenida Juárez, divisaron las calles de San Francisco y Plateros rebosantes de luz, sin transitar de vehículos, insuficientes para encauzar entre sus dos aceras aquel encrespado y movedizo mar de gente que se encaminaba a la Plaza de Armas. Por sobre las cabezas, se veían, aquí y allí, chiquillos del pueblo **encaramados** en las espaldas del papá; guitarras que parecían caminar sin dueño, caídas de lo alto, y flotar a la ventura encima de esas ondas revueltas, policromas, incesantes. Avanzaban los coches paso a paso, y al llegar a la esquina del Puente de San Francisco, la impenetrabilidad de la masa y la prohibición de los gendarmes de a caballo de seguir adelante, los forzó a detenerse y consultarse respecto de la ruta que habrían de adoptar. Santa -del pueblo al fin- opinó por una **caminata** a pie, **confundidos con la turba** que casi **rebosaba** de las aceras y del arroyo; pero sus compañeras, españolas, atemorizadas frente al monstruo -cuyos coloquios, silbidos, exclamaciones, gritos y risas eran la perfecta imagen de un huracán-, se opusieron decididamente, mejor renunciaban al paseo. Los hombres tampoco aprobaron la idea, pues no les **halagaba** ir desde luego a la Plaza, y empaquetados dentro de

los incómodos simones aguantar el concierto de todas las bandas militares de la **guarnición** reunidas, y toca que toca de las nueve a las once. Mejor cenar, aprisita, y después de la cena, al Grito. “

Santa (I Parte) de Federico Gamboa

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita del segundo fragmento.
- b) Describe a los personajes que aparecen.
- c) Busca los recursos literarios que encuentres.
- d) ¿Cuál es el tema?
- e) Resume con tus palabras y de manera breve los dos fragmentos.

6. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

La acción transcurre a principios de siglo. Primero y tercer actos, en una estancia de la República Oriental del Uruguay. Segundo acto, en Montevideo. Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

En el patio de una estancia. Un ángulo de edificio viejo, tipo colonial, corroído por el tiempo, una puerta a la izquierda y dos al foro; al centro, en un segundo plano, un coposo árbol, y rodeando su tronco, una pajarera con pájaros. Verja a la derecha con un espacio franqueable entre dos pilares.

Escena I

EL GURI, DOÑA MARIQUITA Y DON OLEGARIO lo mismo de arriba

GURI.-(Chillando) ¡Señora!... ¡Madrina!.... ¡Madrina!.... Ahí ha venido el hijo de doña Brígida la puestera en la yegua picaza y dice que si le empriesta el palote de amasar porque va a hacer pasteles hoy...

MARIQUITA.- (Asomándose a una de las puertas del foro) ¿Te quieres callar, condenado? ¿No ves que vas a despertar a m´hijo el dotor?... (Desaparece)

GURI.-Es que el muchacho viene apurao, porque tiene que dir también a la pulpería.... ¡Ah!... y dice que si le da permiso p´atar la descornada vieja, porque va a precisar más leche... ¿Qué le digo?...

MARIQUITA.- (Sale precipitadamente y lo toma por el cuello, zamarreándolo) ¡Acabarás de cacarear, maldito!...

GURI.-¡Ay!...¡ay!... ¡No me pellizque! ¡Si yo no he hecho nada!...

MARIQUITA.- (Sin soltarlo) ¡Te viá enseñar!... ¡Trompudo!... ¡Mal criaio!...

OLEGARIO.- (Sale calmosamente e interviene) ¡Dejá esa pobre criatura!... ¡Parece mentira!... ¿Qué te ha hecho?... (Al Gurí) ¡Camine usted a cebarme mate!...

MARIQUITA.-Es que todos los días sucede lo mismo... Este canalla sabe que Julio está durmiendo y se pone a berrear como un condenado... ¡Y lo hace de gusto!...

GURI.- (Compungido). ¡No señor!... ¡Es que no me acordaba!...

OLEGARIO.- (Al Gurí). ¡Camine a cebarme mate, le he dicho!... (Se va el Gurí) ¡Qué ha de hacerlo a gusto el pobre tape! Bien sabés vos que es gritón por naturaleza... (Afectuoso) ¿Es que se ha levantado hoy mi vieja con el naranjo torcido?...

MARIQUITA.- (Brusca) ¡Me he levantaio como me he levantaio!... Pero vos con defender y darle confianza al chinito ése, lo estás echando a perder.

OLEGARIO.- ¡Vamos, vieja, no se enoje!... ¡Caramba!... Vaya, traiga su sillón y su sillita baja. (Mariquita vase y vuelve con los pedidos cuando se indica) y nos pondremos a tomar mate tranquilos. ¡Qué diantres! Está muy linda la mañanita pa ponerle cara fea. Espere, comadre, le viá´ayudar. (Mariquita alcanza un sillón de hamaca y sale con una silla baja y avíos de costura. Ambos toman asiento.

El Gurí aparece con el mate, que alcanza a Olegario, quedándose de pie. Olegario a Mariquita) ¿Gusta servirse?

MARIQUITA.- (Ceremoniosa) ¡Está en buena mano!

OLEGARIO.- (Jovial) ¿Me desaira, moza?... ¡No puede ser!... ¡Vamos, aunque sea un chuponcito!... No ponga esa cara de mala que nadie le va a creer. ¡Sabemos que es guenaza!... ¡Sí, viejita, uno, aunque más no sea!... ¿Se acuerda? Antes no era así, ¡no me hacía esos desaires! Voy a pensar que está muy vieja... ¡Vamos, un chuponcito!...

MARIQUITA.- ¡Jesús, Olegario!... ¡Te has levanta con ganas de amolar la paciencia!... ¡No quiero mate!... (Viendo al Gurí que ríe solapadamente) ¿De qué te reís vos?... (A Olegario) ¡Ahí tenés lo que has conseguido!... ¡Qué hasta los mocosos se rían de una!...

OLEGARIO.- ¡Vos te reís de tu madrina, canalla!... ¡ya! ¡Ponete serio!... (Gurí sigue riendo) ¡Serio! (Idem) ¡Serio, he dicho!... ¡mirá que te pego!...

MARIQUITA.- ¡Basta, hombre!... (Al Gurí) ¡Ya, fuera de acá!... (El Gurí se aleja riendo a todo trapo) ¡Así me ha de respetar esa chusma si los que deben dar el ejemplo lo hacen tan mal!... ¡La culpa la tengo yo de permitir esas cosas!... (Mete precipitadamente las costuras en el costurero y se pincha la mano) ¡Ay, demonios! (Se chupa el dedo y arroja el costurero con estrépito al suelo) ¡Jesusa!... ¡Jesusa!...

OLEGARIO.- ¡Chist!... ¡Chist!... ¡Cállate, mujer!... ¡No ves que vas a despertar a m´hijo el dotor!...

MARIQUITA.- (Con rabia, dejándose caer sobre una silla) ¡Un cuerno!...

Escena II

JESUSA.- (Entrando) ¡Mande, madrina!...

MADRINA.- ¿Dónde te habías metido?

JESUSA.- Estaba en el corral curando el ternero de la reyuna... ¡Pobrecito!... Esa loca de la colorada que desterneramos el otro día, no quiere salirse del corral y se ha puesto tan celosa... extraña al hijo ¿verdad?... que cuando ve otro ternero, lo atropella. Al de la reyuna le ha dado una cornada al lado de la paleta, ¡tremenda!... Yo le pongo todos los días ese remedio con olor a alquitrán para que no se le paren las moscas, ¿hago bien, padrino?

OLEGARIO.- ¡Sí, m´hijita!... ¡Hay que cuidar los intereses!...

MARIQUITA.-¡Buenos intereses!... Por jugar, lo hace. Todo el día lo mismo; cuando no es un ternero es un chingolo que tiene la pata rota y se la entablilla como si fuera una persona, cuando no los guachitos, toda una majada criada en las casas con mamadera, y, mientras tanto, las camas destendidas hasta mediodía y los cuartos sin barrer...

JESUSA.-¡Pero madrina!...

OLEGARIO.-¡Ave María, mujer!... ¡Ni que tenga guen corazón lo querés permitir a la muchacha!...

MARIQUITA.-No digo eso. Pero por cuidar los animales, ni se ha acordao de hacerle el chocolate a Julio... ¡Ahora no más se levanta y no tiene nada con qué desayunarse!...

OLEGARIO.-¡Qué lástima!... ¡El príncipe no podrá pasar sin el chocolate!... ¡Jesús!...

MARIQUITA.-¡Claro! ¡Si está acostumbrado! ¡Vos sabés que en la ciudá!...

OLEGARIO.-¡Qué se ha de tomar chocolate en la ciudá!.. ¡Gracias que lo prueben como nosotros en los bautizos y en los velorios!... ¡Le llamarán chocolate al café con leche!... ¡Venir a darse corte al campo, a desayunarse con chocolate aquí, es una botaratada!...

JESUSA.-¡Pero madrina! Si Robustiano...

MARIQUITA.-¡Corrigiéndola) Julio

JESUSA.-Julio me ha dicho...

OLEGARIO.-¡Ah!... ¡No me acordaba! ¡Un mozo que se ha mudao hasta el nombre pa que no le tomen olor a campero, hace bien en tomar chocolate!...

MARIQUITA.-No seas malo, Olegario, vos sabés que él llevaba los dos nombres: Robustiano y Julio... Ahora firma Julio R...

OLEGARIO.-¡Sí, sí, sí!...

JESUSA.-Este... quería decir que Julio me ha prevenido que no le gusta el chocolate; que si teníamos empeño en indigestarlo con esa porquería... él prefiere un churrasco o un mate...

MARIQUITA.-¿Lo oís, Olegario?...

OLEGARIO. ¿Lo oís, Mariquita?... Vos que estabas rezongando por el chocolate.

MARIQUITA.-¡Y vos que decías que nada quería saber con las cosas del campo!... ya lo ves... come churrasco...

Escena III

GURI.-¡Padrino!... ahí llega David con la tropilla e' la picaza. Las yeguas vienen disparando. ¿Quiere que monte su lobuno y le ayude?...

OLEGARIO.-¿Y quién ha mandao echar esa tropilla?... ¿No he dicho que no me la traigan al corral?

GURI.-El niño Julio dijo que quería ensillar hoy el pangaré viejo pa dir a la pulpería...

OLEGARIO.-¡Eso es!... ¡El niño Julio!... ¡Caminá! Saltá en pelo y ayúdalo... (Vase Gurí) y entren despacio, no sea que se me estropee algún animal... ¡El niño Julio!... ¡El niño Julio!... ¡No hace mas que jeringar la pacencia!... ¡Haciéndome sudar las yeguas a mediodía!... ¡Como al niño Julio no le cuesta criarlas, deja que se maltraten los animales!... ¡El niño Julio!... (Jesusa se pone a limpiar la pajarera).

MARIQUITA.-¡Pero Olegario!... ¿Qué te ha hecho el pobre muchacho pa que le estés tomando tanta inquina?... ¡Parece que no fuera tu hijo!... ¡Todo el día rezongando! ¡Todo el día hablando mal de él!... ¡Tras que apenas lo vemos un mes en el año!...

OLEGARIO.-¡Más valiera que se quedara allá!... ¡Si ha de venir a avergonzarse de sus padres, a mostrarnos la mala educación que apriende en el pueblo!...

JESUSA.-Padrino, ¿en qué lo avergüenza?... Julio tiene otras costumbres... en la ciudad se vive de otra manera... pero por eso no ha dejado de querernos...

OLEGARIO.-¡Sí!... A las malas mañas le llaman ahora costumbres... Viene a mirarnos por encima del hombro, a tratarnos como si fuera más que uno, a reírse en mis barbas de lo que digo y de lo que hago, como si fuera yo quien debe respetarlo y no él quien... ¿Lo han visto anoche?... El niño no quiere que lo reten y botaratea con que es muy dueño de sus acciones... ¡La figura del mocoso!... ¡Había de ser yo el que le contestara así a mi padre!... ¡El ruido de mis muelas por el suelo!... Me acuerdo de una ocasión en que el finao don Juan Antonio, mi hermano menor, se permitió decirle a tata que ya era muy grande pa que lo retara... ¡Ahí no más se le fue encima el viejo y si no se le sacamos de entre las manos lo desmaya a azotes!... ¡Sin embargo, ya ven cómo me trata el niño Julio!... ¡En cuanto le observo algo,

ser ríe y se pone a discutirme con un airecito y una sonrisita!... ¡Como si me tuviera lástima!...

MARIQUITA.-¡Jesús, qué idea!...

OLEGARIO.-¡Sí... sí!... Cómo si me tuviera lástima, como si fuera algo más que yo... como diciéndome, ¿qué sabés vos de estas cosas, viejo desgraciao?... ¡Hijo del país!... ¡Por ustedes no le he bajao los dientes ya!... ¡Pero ande irá el guey que no are! Voy sabiendo algunas cosas de su conducta en el pueblo, y si se comprueban, ¡pobre de él! ¡Te aseguro que las va a pagar todas juntas!...

MARIQUITA.-¡Todo eso que estás diciendo son ideas tuyas y chismes del galleguete pulpero!... El muchacho es güeno, nos quiere. Lo que hay es que tiene otra educación. Si fuera un campero como nosotros, no estaría pa ser doctor...

OLEGARIO.-Pero tendría mayor respeto a sus padres...

MARIQUITA.-¿Pa qué lo mandamos a estudiar entonces?...

OLEGARIO.-¡Callate, Marica, hacé el favor!... (Interrumpiéndose y accionando hacia la derecha) ¡Eso!... ¡Eso! ¡Muy bonito!... ¡Diviértanse, muchachos!... Estropeen no más la caballada... ¡No han de ser ustedes los que sufran!... ¡Animal!... ¡por ahí no!... ¡torneá despacio esa yegua!... ¡no la castigúes!... ¡Ah, ladrones!... ¡ya dejaron ir la tropilla!... ¡Canallas!... ¡Burros!... ¡ahí voy yo!... (Vase vociferando).

Escena IV

JESUSA.- (Soplado un comedero de la jaula) ¿Por qué será, madrina, que le está tomando tanta rabia a Julio? ¡Tan bueno que es padrino, tanto que lo quiere!..

MARIQUITA.-¡Qué sé yo!... ¡Estoy más disgustada!... Debe ser la enfermedad... Desde que le empezaron a dar esas sofocaciones, se ha puesto muy lunático y por cualquier cosa se enoja... ¡Bueno, Julio tiene un poquito de culpa! ¡A los padres nos da rabia que los hijos nos traten como a iguales! Anoche ha cruzado la pierna y se ha puesto después a palmearlo al viejo cuando lo reprendía... Eso a cualquiera lo fastidia.. Vos debías decirle, ¿sabés?... que no haga eso..

JESUSA.-¿Pero qué tenía de malo?... Me parece que esos modales son más cariñosos... Y Julio lo dice: ¿por qué ha de

tratar uno a sus padres con menos confianza que a un extraño, que a un amigo?

MARIQUITA.-¡Qué querés, hija!... A él le parece una falta de respeto...

JESUSA.- Vea, madrina... He pensado que entre Julio y yo lo podríamos amansar... ¿Quiere que haga la prueba?... Bueno: en cuanto lo vea de mal humor, le salto encima, le tiro la barba, lo palmeo... ¡Así!... ¡así!... ¡Va a ver!... (Extremosa) ¡Buen día, padrinito!... ¿le duele la cabeza, padrinito?... y lo beso y lo estrujo bastante... (Vuelca el alpiste sobre doña Mariquita).

MARIQUITA.-¡Muchacha!... ¡Cómo me has puesto!...

JESUSA.-¡Ah! ¡Disculpe, padrinito!... ¡Perdone, padrinito!... ¡Un beso! ¡Otro!... ¡Otro beso!...

MARIQUITA.- (Riendo) ¡Y te llevas un moquete por fastidiosa!

JESUSA.- (Con afectada ingenuidad) ¿Y qué?... ¿No se manosea a los caballos para que se acostumbren no patear? ¡Con los cristianos ha de ser más fácil!...

MARIQUITA.- Aunque sea mala la comparación ¿eh?

JESUSA.- ¡Ja, ja, ja!... Lo verá. Si Julio hace otro tanto, lo volveremos loco al viejo a fuerza de cariño.

Escena V

ELOY.- (Entrando) ¡Ave María!...

MARIQUITA.- ¡Caramba, don Eloy!... ¿Cómo le va?... ¡Tan bueno!... Bien dicen que en esta casa no hay perros para usted... Lo dejan arrimar callaos... Muchacha, traele una silla y mandá cebar un matecito...

ELOY.- ¡No se molesten!... ¿Cómo está, Jesusa?...

JESUSA.- Bien, ¿y usted?... (Vase y vuelve rápida con la silla).

ELOY.- No pregunto por don Olegario porque acabo de estar con él en el corral... Y... ¿qué tal?...

MARIQUITA.- Ya lo ve, don Eloy... ¿y usted?...

ELOY.- Como siempre... Ya sé que lo tienen por acá a Julio; la felicito, señora.

MARIQUITA.- Gracias.

ELOY.-¿Y usted, Jesusa? ¿Ha descansado ya?...

JESUSA.-¿De qué?

ELOY.-Del baile del otro día.

JESUSA.-¡Ave María, don Eloy! ¡Miren de lo que ha venido a acordarse! ¡Hace quince días del baile!

ELOY.-*(Intencionado)* ¡Tan pronto lo ha olvidado!...

JESUSA.-No; no digo eso. Es que he tenido tiempo de sobra para descansar... ¡No he bailado tanto!

ELOY.-Las emociones, sin embargo...

MARIQUITA.-¡Ah, sí!...¿Ha andado de conquista la pícara?... Figúrese que me contó que casi toda la noche había bailado con usted...

ELOY.-Lo que no quiere decir que yo...

JESUSA.-¡Madrina! ¿No lo esperaba a don Eloy para hacerle los encargos?

MARIQUITA.-¡Cierto es!... Como han recibido el surtido, quería pedirle las muestras de algún generito de fantasía que no fuera muy ordinario para hacerle un vestido a Jesusa y alguna sarasa cubierta como para mí... Además tengo una listita de cosas de almacén que voy en seguida a traerle. *(Se levanta)* No crea que es por echarlo que ando tan pronto.

ELOY.-¡Oh, señora!...

JESUSA.-*(Inquieta, poniéndose de pie)* Vea, madrina, la lista está sobre la máquina, ahí no más junto a la puerta...

Escena VI

ELOY.-¿Y, Jesusa?... ¿Lo ha pensado?...

JESUSA.-*(Azorada)* ¿Qué?...

ELOY.-La contestación. Vengo a saberla antes de irme a la ciudad. De su respuesta depende que haga todos los aprontes...

JESUSA.-Pero ¿qué aprontes?...

ELOY.-No se haga la desentendida. Dígalo... ¡Sí o no!... ¡Me quiere o no me quiere!...

JESUSA.-*(Mirando en rededor ansiosamente como en demanda de socorro)* Pero...

ELOY.-Vamos. Acabe con esta duda. Cuesta poco. ¡Sí o no!..

JESUSA.- Idem) Este... imadrina!... ¿No encuentra el apunte?...

Escena VII

MARIQUITA.-Sí, hija; aquí lo tengo. (Gesto de fastidio) Aquí está: (Leyendo) Galleta, galleta de la buena ¿eh? (Risa contenida de Jesusa que va a ocultarse detrás de la pajarera) Kerosene, velas, arroz, alfileres, garbanzos...

ELOY.-¡Sí, sí!... Déme ese apunte... (Busca a Jesusa con la mirada) Diga, señora, ¿tendría a mano la libreta? ¡Si quisiera traérmela!...

MARIQUITA.-¿Cómo no?...

JESUSA.- (Rápidamente) ¡No se incomode!... yo la traigo. (Vase corriendo).

MARIQUITA.- Siéntese, don Eloy. ¿Qué tal? ¿Cuándo piensa bajar a la ciudad?...

ELOY.-¡Tal vez pronto!... Depende... ¡hem! ¡hem!...Depende de cierto asunto... ¡vea!... se lo voy a decir con franqueza... No sé si usted habrá notado que Jesusa...

JESUSA.- (Saliendo) La libreta. Sírvese, don Eloy...

MARIQUITA.- ¡Llegás a tiempo. Don Eloy empezaba a hablar de vos...

ELOY.-Y me felicito de que pueda continuar en su presencia la conversación, pues nos interesa a todos...

JESUSA.- (Mueca) ¡Ah, no!... Yo me voy...

ELOY.-¡Por favor, Jesusa! ¡No me haga ese desaire!...

JESUSA.-¡No, no., no!... ¡Me voy!

OLEGARIO.- (Desde adentro) ¡Jesusa!... Alcanzame una palangana de agua...

JESUSA.-¡Gracias a Dios! (Vase)

OLEGARIO.- (Saliendo) ¿No ha desensillao?... ¿Piensa marcharse con la resolana?... Son conocidos ustedes los extranjis por las costumbres de viajar a la siesta; son como chicharras pa' l sol... (Jesusa le presenta la palangana) Me he puesto a la miseria por desvasar al rosillo viejo que estaba al imposible de las patas... (Lavándose)

ELOY.-¡Ah, sí!...

OLEGARIO.-Estos peones son unos dejaos, y si uno no anda en todo...

ELOY.-El ojo del amo engorda el caballo.

OLEGARIO.-Hay razón, amigo... Gracias, m´hija... (Secándose)
Diga, don Eloy, ¿no vino correspondencia pa mí?...

ELOY.-Es verdad, me había olvidado. Tengo una carta de su compadre, según el sobre y varios diarios... (Le entrega la correspondencia).

OLEGARIO.-¡Gracias a Dios!... ¡Estaba aguardando esta carta!...
¿Y Julio se ha levantao?...

MARIQUITA.- (Vacilante) Este... ¿Julio? ¡Sí! ¡Sí! ¡ya se levantó!...
Por ahí anda...

OLEGARIO.-Bien. Iremos con don Eloy a su pieza. Quiero que me haga la cuentita aquella de los novillos...

ELOY.-¡Con mucho gusto! (Olegario se encamina hacia la izquierda; don Eloy lo sigue)

MARIQUITA.-¡No, Olegario!... Pasen mejor a la sala... ¡Jesusa!
¡Poneles un tintero allí!... La pieza de Julio está todavía sin arreglar y no es propio.

OLEGARIO.-¡Ah, sí!... ¡sin arreglar! ¡sin arreglar!... ¡Hum!...
¡ta güeno!... (Vase con Eloy por la puerta del foro derecha, precedido por Jesusa).

Escena VIII

MARIQUITA.- (Llamando a la puerta izquierda) ¡Julio! ¡Julio!...
¡Son cerca de las once ya!... ¡Levántate, pues!... ¡Ah, sí!... ¿Tè
estás vistiendo?... Bueno, voy a prepararte un churrasco... ¡Sí!...
¡Sí!... ¿Jugoso?... ¡Voy corriendo!...

JESUSA.-Madrina... ¿lo despertó?

MARIQUITA.-Sí, m´hija. (Vase derecha).

JESUSA.- (Al enfrentar la pajarera) ¡Ay, Jesús! ¡Lo que he
hecho!... ¡Les he dejado la puerta abierta!... ¡Ay!... ¡se ha escapado
el tordo!... ¡Pipí!... ¡pipí!... ¡Qué lástima!... ¡Pipí!... ¡pipí!... ¡No
debe estar muy lejos!... ¡Qué sinvergüenza!... ¡Después de
tanto que lo he cuidado!... La verdad es que yo también me he
escapado de una buena... Este don Eloy se empeña en que le

haga caso... ¡y yo tan sonsa, que le di esperanzas!... ¡Pipí!.. ¡pipí!... ¡Ah, pícaro! ¿Estás ahí?... ¡Ahora verás!... ¡Canalla!... Si te agarro te pongo tres días en una jaula aparte para que aprendás... Pero ¿cómo lo agarro?... Si tuviera... ¡Ah! (Toma un comedero y se empina hacia una rama) ¡Pipí!... ¡Sonso!... ¡Quedate quieto!... ¡Ay, mi Dios!... ¡Qué alto se ha ido!... ¡Pillo! ¡Ingrato!... ¡Malo!... ¡Ah, ya verás! (Toma una silla y la aproxima con cautela. Julio se asoma y contempla la escena) ¡Aparatero!... ¡Mírenlo al muy sinvergüenza guiñándome el ojo!... No, no pienso cazarte. ¡Te abandono! Puedes irte a vaguear con los otros pájaros... a que te coman los halcones a picotazos, que por mi parte... ¿Qué, no lo crees?... ¡Pues por eso mismo!... (Va a trepar y desciende) ¡Ay! ¡voló otra vez!... Si vuelves a saltar, tomo la escopeta y... Te asustaste, ¿eh?... Vamos, ¡quietito!... ¡No seas malo!... (Se trepa. Julio va aproximándose en puntas de pie). ¡Pipí!... ¡Uy!... ¡Qué cerquita!... ¡Ya lo tengo!... (Julio se apoya en el respaldo de la silla) ¡Jesús!... (Gritito azorado y cae en brazos de Julio que la besa en la boca) ¡Tonto!... ¡Lo hiciste escapar!... ¡miralo, miralo!... ¡Se va por encima de la casa!... Malo...

JULIO.-Estabas adorable, criatura y no pude contenerme... (Efusivo, estrechándola) ¡Te quiero!...

JESUSA.- (Apartándose) ¡Dios!.. Si nos vieran... Están ahí... en la sala con don Eloy...

JULIO.-¡Ah!... ¿Está tu novio?... ¿Ha venido a pedirte?...

JESUSA.-¡No sé!... Tal vez... ¡He pasado por unas apreturas!... Se había empeñado en que lo desengañara de una vez y yo...

JULIO.-¿Y tú?..

JESUSA.-¡Me daba vergüenza decirle que no!...

JULIO.-Le hubieras dicho que sí...

JESUSA.-¡Pavo!

JULIO.-¡Ricura!... (La estrecha)

JESUSA.- (Deshaciéndose) ¡No, Julio! ¡Nos verán!... ¡Dejame!... Luego...

JULIO.-¡Tonta!... (La besa).

MARIQUITA.- De adentro) ¡Jesusa! ¡llamó a Julio!...

JESUSA.-¿Lo ves?... ¡Casi nos ha sorprendido!... Vamos...

JULIO.-La verdad. ¡Si llega la voz de mamá un poco antes, se pone colorada de rubor!... (Con ternura, amagándole un abrazo) ¡Tontita mía!... (Jesusa esquiva el abrazo y vanse por derecha).

Escena IX

ELOY.-¡Pierda cuidado!... Se hará como usted dice.

OLEGARIO.- ¡Ah!... En cuanto al asunto de Julio, le ruego mucha reserva.... ¡usted comprenderá que es una vergüenza!

ELOY.-Quede tranquilo, señor...

OLEGARIO.-¡Ese pícaro!... ¡Comprometer mi buen nombre!... ¡Ya se entenderá conmigo!....

ELOY.-¡Oh, no!.... El asunto está arreglado y supongo que no le dará mayor importancia...

OLEGARIO.-Es cuestión mía... ¡Sé lo que debo hacer!... En cuanto al asunto de la muchacha, cuente con mi apoyo... ¡téngalo por hecho!....

ELOY.-Gracias... Conque... hasta la vista, ¿no?....

Escena X

MARIQUITA.-¿Cómo?... ¿Que se va?...¿No se queda a almorzar, don Eloy?

ELOY.-Tengo que hacer...¡muchas gracias!....

MARIQUITA.-¡Caramba!.... Creo que Julio deseaba hablar con usted.... Voy a llamarlo.... ¡Julio!...

JULIO.-*(Entrando)* ¿Qué hay? ¡Aquí está Julio!... ¡Buen día, viejo!.... *(Olegario no responde)* ¿Qué tal, don Eloy?... Sabía que andaba por acá... ¿Está bueno? Precisamente me disponía a hacerle una visita esta tarde para hablarle del negocio aquel... ¿Se va? Lo acompañaré hasta el portón. No me atrevo a hacer el viaje con este sol... *(A Olegario, con familiaridad afectuosa)* ¿Y usted, viejo?... ¿Ha pasado buena noche?... No muy buena, ¿verdad? ¡Lo noto de mal semblante!... *(Palméandolo)* ¡Hay que cuidarse, amigo!... ¡hay que cuidarse!... ¡Cuando se llega a cierta edad, los achaques reverdecen!....

OLEGARIO.-*(Intencionado)* Seguro que no has de ser vos quien me cure...

JULIO.-¡Naturalmente! ¡Como que no estudio medicina!... Y... ¿nos vamos, don Eloy?... *(Eloy se despide)* ¡Hasta luego, viejo!... ¡Adiós, viejita!... Vuelvo en seguida... *(Vase)*

Escena XI

OLEGARIO.-*(Siguiendo a Julio con la mirada)* ¡Andá no más, pícaro!... ¡Andá no más!... ¡No sabés el chasco que te espera!... ¡Canalla!... ¡Farsante!... ¡Doctor en trampas!...

MARIQUITA.-*(Alarmada)* ¿Qué es eso, Olegario?... ¿Qué pasa?... ¿Por qué te ponés así? ¡Por Dios!...

OLEGARIO.-*(Farsante!... ¡Bellaco!... (A Mariquita) ¡Metete ahora a defenderlo!...*

MARIQUITA.-*(Virgen Santa)* ¿Qué ha hecho ese pobre muchacho?... ¡Hablá, pues!...

OLEGARIO.-*(Nada!... ¡Sonceras!... ¡Ha sacao plata del banco con la firma de don Eloy y ha dejado protestar el documento!...*

MARIQUITA.-*(¿Y qué es eso?... ¡Me parece una pavada!*

OLEGARIO.-*(¿Una pavada, deshonorar su nombre y el mío?... ¿Una pavada hacer deudas cuando no se tiene con qué responder?... ¡Infeliz!... ¡Qué sabés vos de estas cosas!... ¡Eso es una estafa!... ¡Canalla!... ¡Tantos desvelos gastados para recibir después el pago de la vaca en el pantano!...*

MARIQUITA.-*(Lagrimosa)* ¡Pero... vos podés pagarle a don Eloy... tenés con qué... lo habrás hecho... de manera!

OLEGARIO.-*(¡Sí!... ¿Y la vergüenza?... ¡Le he pagado ya!.. pero ¿quién nos quita de encima esa mancha?...*

MARIQUITA.-*(Desde que se paga, no hay mancha... El pobre muchacho, tal vez necesitado habrá tenido vergüenza de pedirte...*

OLEGARIO.-*(¡Ése no conoce la vergüenza!... ¿No ves los modales y la insolencia con que nos trata? ¿Qué prueba eso? Que es un libertino, un calavera, un perdido... ¡Ah!... todavía he de saber más. Le he hecho escribir a mi compadre Rodríguez y aquí tengo la contestación... (Llamando) ¡Jesusa!...*

Escena XII

JESUSA.-*(¿Llamaba, padrino?*

OLEGARIO.-*(Sí, m'hija. Léenos esta carta. (Tomando asiento, colocándose Jesusa entre ambos en la silla baja)*

JESUSA.-*(Leyendo)* "Mi estimado compadre y amigo: El objeto de ésta es contestar su apreciable carta de fecha 3 del que luce,

deseando que al recibo de la presente se halle Ud. en compañía de los suyos gozando de la misma salud con que, Dios gracias, por acá lo vamos pasando. Con respecto a los datos que me pide al relativo de su hijo, mi ahijado, paso a decirle que el muchacho no ha andado muy bien de conducta en estos últimos tiempos. Por mi parte no he dejado de cumplir los deberes del sacramento y de la amistad, dándole buenos consejos; pero usted sabe que los hijos de hoy nos van perdiendo el respeto y se creen muy en sí mismos. El muchacho no es malo en el fondo....”

MARIQUITA.-¡Lo ves, Olegario!...

OLEGARIO.-¡Seguí leyendo!

JESUSA.-”El muchacho no es malo en el fondo, pero es muy irrespetuoso y algo botarate. Estudiar, estudia, pues tiene buenas calificaciones y los diarios hablan de él, pero se le han metido en el cuerpo unas ideas descabelladas y hasta creo que le da por ser medio anarquista o socialista y no cree en Dios. Además...”

OLEGARIO.- ¿Eh? ¿Qué te parece el mocito?.. ¿Qué te parece?... (Jesusa sigue leyendo)

JESUSA.-”En cuestión de plata siempre anda galgucando por pesos. Para decirle la verdad, le he adelantado cuatro meses de pensión. No sé lo que hará con el dinero; debe tener malas compañías. En cuanto a lo que me pregunta de la casa Rodríguez, Chaves y Cía, me informan que no entregó todo el importe de los novillos, dejando un vale de 300 pesos...”

OLEGARIO.-¡Lindo! ¡Lindo!... ¡Qué hijo, señor, qué hijo!... ¡Seguí, no más!

JESUSA.-”...de 300 pesos. Yo, compadre, le doy estos datos para que esté al tanto y no lo tome desprevenido algún pechazo fuerte de Julio, que espero le hará, porque me lo ha dicho y el muchacho no ha de dejar manchar su nombre, y para que le aplique de paso una buena capina que le vendrá bien porque está en la edad buena para sentar el juicio...”

OLEGARIO.-¿Una capina?... ¡Hum!...

JESUSA.-”El mozo no es malo, como le digo y tan lo creo así, que veo que le anda arrastrando el ala a Sara, m´hija segunda...” (Se interrumpe y lee ansiosa para sí)

MARIQUITA.-¿No entendés?

JESUSA.- (Con vos entrecortada y casi sollozante) "... que le anda... arras...trando... el ala... a... Sara, m´hija segunda...." Y yo...y yo... ¡Ay, Dios mío!... (Deja caer la cabeza sobre las rodillas y solloza)

MARIQUITA.- (Alarmada) ¡Muchacha!... ¿Qué te pasa?...

OLEGARIO.- (Cariñoso) ¿Qué tiene, hijita?... ¡Hable, pues! ¿Qué ha sido eso?...

JESUSA.- ¡Dios... Dios... Dios mío!....

OLEGARIO.- ¡Hija!... ¿Qué le pasa?... ¡Diga!... Alce esa cabecita...

JESUSA.- (Reaccionando) ¡Nada... nada!... ¡Es que... esas cosas de Julio me dan mucha pena!...

MARIQUITA.- Nos habías asustao, muchacha...

OLEGARIO.- (Conmovido) No es para menos... ¡Pobres de nosotros!

MARIQUITA.- Pues a mí no me resulta tan grave el asunto... Al fin y al cabo, cuestión de unos cuantos pesos... Parece que fuéramos a llorar la plata que hay que darle a Julio... ¿No dice más la carta?

JESUSA.- "Sin más que recuerdos..."

MARIQUITA.- ¡No hay que alarmarse ni gimotear tanto!... ¡Qué diantres!...

OLEGARIO.- Pero mujer... mujer...

MARIQUITA.- ¡Qué mujer ni qué mujer!... ¡Vos sos el padre y harás lo que te dé la gana!... Podés retarlo y sermonearlo a tu gusto; pero yo digo que por haberse empeñado, m´hijo no es ningún perdido, y que si hace falta plata, estoy dispuesta a vender todas mis vaquitas para sacarlo del apuro... ¡Ya lo saben!...

OLEGARIO.- ¡Oigalé!... ¡También retobada!... ¡Lo que me faltaba!... ¡Usted, señora, hará lo que yo ordene!... ¡En casa, mientras yo viva, he de ser yo el que mande!... ¿Me entienden?... ¡Usted, Jesusa, vaya a ver si ha vuelto ese mal hijo! ¡Y vos, ya podés ir saliendo de aquí!... ¡Andá, andá a vender tus vaquitas!... (Se para irritado dándose golpes con el rebenque en la bota) ¡Caramba con la gente! (Vanse Mariquita y Jesusa) A este paso hasta los perros me van a faltar el respeto. ¡Pues no!.. ¡Ya verán si una vez por todas hago un escarmiento!... ¡Ahí está ese pillito!...

Escena XIII

OLEGARIO.- (A Julio, solemnemente) ¡Caballerito!... ¡Tome usted asiento!...

JULIO.- ¡Caramba!... ¡Qué solemnidad!.. ¿Qué le pasa, viejo?...

OLEGARIO.- ¡Tome asiento, le he dicho!..

JULIO.- ¡Bien... me sentaré!... (Se acomoda en la silla con aire un tanto cómico. Olegario se pasea sin mirarlo. Pausa) ¿De qué se trata?... Supongo que va usted a decirme cosas muy graves.

OLEGARIO.- (Sin dejar de pasearse) ¡Muy graves!... ¿Y ésa es la cara con que se presenta usted a dar cuentas de su conducta, insolente?...

JULIO.- (Con extrañeza) ¡Eh!...

OLEGARIO.- ¡Ah!... ¡Conque se hace al ignorante!... ¡conque nada sabe!... ¿Se creía usted, caballerito, que se puede pasar así no más la vida, haciendo canalladas?...

JULIO.- (Irguiéndose) ¡Alto ahí, señor!... ¡Explíquese de una vez o seré yo quien haga de juez!...

OLEGARIO.- ¡Atrevido! ¡Siéntese ahí!... ¡ya!...

JULIO.- (Serenándose) ¡Vamos! ¡No me acordaba de que me toca a mí ser razonable!... ¡Siéntese!... ¡Sentémonos y hablemos claro! ¡Haga el favor, siéntese! ¡Si con estar de pie no va a tener mayor razón!... Debo hacerle una pregunta previa. ¿Ese grave asunto ha sido la causa de que un tiempo a esta parte me venga tratando con tanta sequedad?...

OLEGARIO.- ¡Lo habías notao, ¿eh? ¿Y la conciencia no te acusaba de nada?... ¿Te parecía muy bien hecho después de todas tus trapisondas, seguir teniendo de estropajo al pobre viejo que te ha dado el ser, faltándole a todos los respetos, sobándolo y mansiándolo como a un retobo de boleadoras?... ¡Decí!... ¿Hallabas muy bonito eso?... ¡Tras de haber abusado de mi confianza, venirte aquí a mortificarme la vida con tus insolencias, con tu desparpajo, con tu falta de respeto?... ¡Hablá!... ¡Hablá, pues!...

JULIO.- ¡Adelante, viejo! Siga diciendo simplezas.

OLEGARIO.- ¿Lo ves? ¿Lo ves?... ¡Ni pizca de vergüenza te queda!... ¡Acabá de una vez!... ¡Confesá que nada te importa de estos pobres viejos que te han hecho medio gente! ¡Andá, mal agradecido, perro! ¡Decí que no me debés nada, que no soy

nada tuyo; que no sirvo más que pa trabajar como un burro pa mantenerte los vicios!...

JULIO.- (Impaciente) ¿Llegaré a saber eso de mis vicios?...

OLEGARIO.- ¡Ah!... ¿Todavía te hacés el inocente?... ¡Tomá!... ¡leé... leé... lo que dice mi compadre! (Julio toma la carta y lee sonriente) Te parece la cosa más natural ¿no?... Hechos de hombre honrao, ¿no?... muy dignos del apellido que llevás, ¿no?...

JULIO.- Tranquilécese, tata, y no dé esos gritos, que no está tratando con un niño. Oiga...

OLEGARIO.- ¡Hablá, no más! ¡Sí!... ¡Hablá, no más!... ¡Decí!... ¡Disculpate!....

JULIO.- ¿Me dejará hablar?...

OLEGARIO.- ¡Hum!... ¡Canalla!...

JULIO.- Diga... ¿Con qué derecho, usted y su compadre se ponen a espulgar en mi vida privada?...

OLEGARIO.- ¿Con qué derecho?...

JULIO.- (Severo) ¡Sí! ¿Con qué derecho? Son hombre, soy mayor de edad, y aunque no lo fuera, hace mucho que he entrado en el uso de la razón y no necesito andadores para marchar por la vida... ¡Soy libre, pues!... ¡Siéntese, tata!... ¡Tenga paciencia!... (Continúa con naturalidad) Usted y yo vivimos dos vidas vinculadas por los lazos afectivos, pero completamente distintas. Cada uno gobierna la suya, usted sobre mí no tiene más autoridad que la que mi cariño quiere concederle (Gesto violento de Olegario) ¡Calma, calma! (Afable) ¡Conste que lo quiero mucho!... Todo evoluciona, viejo; y estos tiempos han mandado archivar la moral, los hábitos, los estilos de la época en que usted se educó.... Son cosas rancias hoy. Usted llama manoseo, a mis familiaridades más afectuosas. Pretende, como los rígidos padres de antaño que todas las mañanas al levantarme le bese la mano y le pida la bendición en vez de preguntarle por la salud; que no hable, ni ría, ni llore sin su licencia; que oiga en sus palabras a un oráculo, no llamándole al pan, pan y al vino, vino, si usted lo ha cristianado con otro nombre; que no sepa más de lo que usted sabe. Y me libre Dios de decirle que macanea; que no fume en su presencia. (Saca un cigarrillo y lo enciende) En fin, que sus costumbres sean el molde de mis costumbres... ¿Pero no comprende, señor, que

riéndome de esas pamplinas me aproximo más a usted, que soy más su amigo, que lo quiero más espontáneamente? Volviendo al asunto de mi conducta: ¿cuál es mi gran delito?... Creo que no he malgastado el tiempo; me voy formando una reputación, estudio, sé; ¿qué más quiere?... ¿Que he hecho algunas deudas? ¿Que gasto más de lo que usted quisiera que gastara?... Cierto. ¿Pero usted pretendía que todo un hombre, con otras exigencias y otros compromisos, siguiera manteniéndose con una escasísima mensualidad? Por lo demás, lo único que tengo que lamentar es que no haya sido de mis labios que conociera usted lo de mis deudas... Pensaba confiárselo antes de irme y pedirle fondos para cubrirlas...

OLEGARIO.-¡Ah!... ¡Aquí te quería!... ¡Te he escuchao con calma nada más que para ver hasta dónde llegaba tu desvergüenza!...

JULIO.-¡No sea grosero, padre!...

OLEGARIO.-¿Conque sos libre?... ¿Conque sos dueño de tu vida?... ¿Conque nada te vincula a tus padres? ¿Y a que salís ahora con que tengo que pagar todas tus trampas?... ¿Es decir que solo soy tu padre pa mantener los vicios?... ¡Ingrato!... ¡Ah!... ¡El pobre gaucho viejo!... ¡Vení al mundo, clavá la pezuña contra el suelo, afirmate pa cinchar la vida, y cinchá, cinchá!... ¡Y después, cuando hayas repechao y estés arriba, sin tiempo pa secarte el sudor, vuelta a cinchar de la vida de otros!... Y todo ¿pa qué?... ¡Pobre gaucho viejo!...

JULIO.- ¡Tata!... ¡Tata!... ¡No se aflija así!... ¡Cálmese!... ¡Sea razonable!...

OLEGARIO.- (Reaccionando) ¿Tata?... ¡no!... ¡Yo no soy tu tata... ya no soy nadie para vos!... ¡Andate!... ¡sos libre!... ¡Sos dueño de tus acciones!... ¡Andate no más!... ¡Pero lejos... donde no te vuelva a ver!... ¡Pa vergüenza, me sobra con haber hecho un tipo de tu calaña!...

JULIO.-¡No, tata!... ¡No me voy!... ¡No quiero irme!... ¡Cálmese que me aflije a mí también!... ¡Yo lo quiero, lo respeto!... Pensamos de distinto modo ¿qué le hemos de hacer?... ¡Vamos!... ¡No se excite así, mi pobre viejo!... (Lo acaricia)

OLEGARIO.-¡Ya, hipócrita!... ¡No me toqués! ¡No te acerqués a mí!... ¡Ya, fuera de aquí!... ¡Víbora! ¡No me vengás a babosear estas canas honradas!...

JULIO.-¡Tata! ¡Tata!...

OLEGARIO.-¡Fuera, he dicho!... ¡Retírese ya de esta casa!...

JULIO.-(Altivo) ¡Vea, tata, lo que hace!...

OLEGARIO.-¡Ah!... ¡Tampoco querés irtle!...

JULIO.-¡Basta!... Esto parece un plan preconcebido. ¡Gauchos soberbios!... ¡Me iré en seguida, pero entiéndalo bien; no he provocado ni querido esta situación; no he de ser yo quién se arrepienta!...

OLEGARIO.-¡Ni yo!... ¡Podés irtle!... (Ademán de Julio de retirarse) ¡No!... Vení... vení acá... ¡Hasta hoy he sido tu padre y aunque no lo quieras, ¿entendés?, todavía tengo derecho a castigarte!... (Lo zamarrea) ¿Entendés?...

JULIO.-(Irguiéndose) ¡Cuidado, padre!...

OLEGARIO.-¡Sí! ¡A castigarte!... (Alza la mano; Julio lo detiene con violencia y después de una brevísima lucha, lo despide de sí) OLEGARIO.- (Retrocediendo, tropieza con el rebenque que ha dejado en el suelo) ¡Esto más!... ¡Ah, infame!... (Trágico) ¡De rodillas!... ¡Ya!...

JULIO.- ¡Nunca!... (Va hacia él)

OLEGARIO.-¡De rodillas!... De ro... (Da un salto felino y le asesta un golpe en la cabeza; Julio tambalea y cae de bruces) ¡Sí!...¡de rodillas!... (Mariquita y Jesusa corren y abrazan a Olegario. Brevísima pausa. Olegario, que respira afanosamente, mira a Julio y hace ademán de levantar de nuevo el rebenque).

M'hijo el doctor (Acto primero)
de Florencio Sánchez

- a) Haz el resumen de cada escena.
- b) Haz una lista con los personajes y lo que sepas de sus características.
- c) ¿Qué personaje parece tener simpatía el autor? ¿Por Julio u Olegario?
- d) ¿Cómo es presentado cada uno?
- e) ¿Cómo se juzgan los personajes mutuamente?
- f) En este acto se puede ver el hablar de los argentinos o la variante del español argentino. Búscalos y escríbelos comparándolos con el español peninsular.

- g) ¿Qué aspectos del contexto socio-cultural de principios del siglo XX se ven reflejados en el primer acto?
- h) ¿Cómo se ve reflejada la crisis de valores entre padre e hijo?
- i) ¿Cómo se ve reflejada la diferencia entre modernidad (ciudad) y barbarie (campo)?

7. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Príncipe enano

Para un príncipe enano
Se hace esta fiesta.
Tiene **guedejas**,
Blandas guedejas;
Por sobre el hombro blanco
Luengas le **cuelgan**.
Sus dos ojos parece
Estrellas negras:
¡Vuelan, brillan, palpitan ,
Relampaguean!
Él para mí es corona,
Almohada, **espuela**.
Mi mano, que así **embrida**
Potros y hienas,
Va, **mansa** y **obediente**,
Donde él la lleva.
Si el **ceño frunce**, temo;
Si se me **queja**,--
Cual de mujer, mi rostro
Nieve **se trueca**:
Su sangre, pues, anima
Mis **flacas** venas:
¡Con su **gozo** mi sangre
Se **hincha**, o **se seca**!
Para un príncipe enano
Se hace esta fiesta.

¡Venga mi caballero
Por esta **senda**!

¡**Entrese** mi tirano
Por esta **cueva**!
Tal es, cuando a mis ojos
Su imagen llega,
Cual si en **lóbrego antro**
Pálida estrella,
Con fulgor de ópalo
Todo vistiera.
Su paso la sombra
Matices muestra,
Como al sol que las **hiere**
Las nubes negras.
¡Heme ya puesto en armas,
En la **pelea**!
Quiere el príncipe enano
Que a luchar vuelva:
¡Él para mí es corona,
Almohada, espuela!
Y como el sol, quebrando
Las nubes negras,
En banda de colores
La sombra **trueca**,—
El, al tocarla, borda
En la onda espesa,
Mi onda de batalla
Roja y violeta.
¿Conque mi dueño quiere
Que a vivir vuelva?
¡Venga mi caballero

Por esta senda!
¡Entrese mi tirano
Por esta cueva!
¡Déjeme que la vida

A él, a él ofrezca!
Para un príncipe enano
Se hace esta fiesta.

Príncipe enano de José Martí

- Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- ¿Cuál es el tema principal de este poema?
- ¿Cuál es la estructura del poema?
- ¿Qué tipo de versificación tiene el poema? (análisis métrico)
- ¿Qué expresiones emplea Martí para referirse a su hijo?
- Busca los recursos literarios que aparecen en este poema.

8. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

El alma trémula y sola

El alma trémula y sola
Padece al anochecer
Hay baile; vamos a ver
La bailarina española.
Han hecho bien en quitar
El banderón de la acera;
Porque sin está la bandera,
No sé, yo no puedo entrar.
Ya llega la bailarina:
Soberbia y pálida llega:
¿Cómo dicen que es gallega?
Pues dicen mal: es divina.
Lleva un sombrero torero
Y una capa carmesí:
¿Lo mismo que un alelí
que se pusiese un sombrero!
Se ve, de paso, la ceja,
Ceja de mora traidora:

Y la mirada, de mora:
Y como nieve la oreja.
Preludian, bajan la luz,
Y sale en bata y mantón,
La virgen de la Asunción
Bailando un baile andaluz.
Alza, retando, la frente;
Crúzase al hombro la manta:
En arco el brazo levanta:
Mueve despacio el pie ardiente.
Repica con los tacones
El tablado zalamera,
Como si la tabla fuera
Tablado de corazones.
Y va el convite creciendo
En las llamas de los ojos,
Y el manto de flecos rojos
Se va en el aire meciendo.

Súbito, de un salto arranca:
Húrtase, se quiebra, gira:
Abre en dos la cachemira,
Ofrece la bata blanca.
El cuerpo cede y ondea;
La boca abierta provoca;
Es una rosa la boca:
Lentamente taconeá.

Recoge, de un débil giro,
El manto de flecos rojos:
Se va, cerrando los ojos,
Se va, como en un suspiro...
Baila muy bien la española;
Es blanco y rojo el mantón:
¡Vuelve, fosca, a su rincón
el alma trémula y sola!.

José Martí

- ¿Cómo describe Martí a la bailarina?
- En este poema la sinestesia es muy importante. Busca dónde las hay.
- ¿Qué campos léxico-semánticos aparecen en este poema?
- ¿Qué tipo de verso usa el autor?
- Busca los recursos literarios que Martí usa en este poema.

9. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Mis amores

Soneto Pompadour

Amo el bronce, el cristal, las porcelanas,
las vidrieras de múltiples colores,
los tapices pintados de oro y flores
y las brillantes lunas venecianas.

Amo también las bellas castellanas,
la canción de los viejos trovadores,
los árabes corceles voladores,
las flébiles baladas alemanas;

el rico piano de marfil sonoro,
el sonido del cuerno en la espesura,
del pebetero la fragante esencia,

y el lecho de marfil, sándalo y oro,
en que deja la virgen hermosura
la ensangrentada flor de su inocencia.

Julián del Casal

- a) Haz el análisis métrico de este poema.
- b) Busca los recursos literarios que hay en el poema.
- c) ¿Cuál es el tema del poema?
- d) ¿Qué campos léxico-semánticos aparecen en el poema?

10. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

La duquesa de Job

En dulce **charla de sobremesa**,
mientras **devoro** fresa tras fresa
y abajo **ronca** tu perro “Bob”,
te haré el retrato de la duquesa
que adora a veces al duque Job.

No es la condesa de Villasana
caricatura, ni la **poblana**
de **enagua** roja, que Prieto amó
No es la **criadita** de pies **nudosos**,
ni la que sueña con los **gomosos**
y con los gallos de Micoló.

Mi duquesita, la que me **adora**,
no **tiene humos** de gran señora.
Es la griseta de Paul de Cock.
No baila bostón y desconoce
de las carreras el alto goce,
y los placeres del five o'clock.

Pero ni el sueño de algún poeta,
ni los **querubes** que vió Jacob,

fueron tan bellos cual la coqueta
de ojitos verdes, rubia griseta
que adora a veces al duque Job.

Si pisa alfombras no es en su casa;
si por Plateros alegre pasa
y la saluda Madam Marnat,
no es, sin **disputa**, porque la vista,
si porque a casa de otra **modista**
desde temprano rápida va.

No tiene **alhajas** mi duquesita,
pero es tan guapa y es tan bonita
y tiene un perro tan v'lan, tan pschutt,
de tal manera trasciende a Francia
que no la igualan en elegancia
ni la **clientela** de Hélene Kossut.

Desde las puertas de la Sorpresa
hasta la esquina del Jockey Club,
no hay española, yanqui o francesa,
ni más bonita ni mas traviesa
que la duquesa del duque Job.

¡Cómo **resuena** su **taconeo**
en las **baldosas**! ¡Con qué **meneo**
luce su **talle** de **tentación**!
¡Con qué **airecito** de aristocracia
mira a los hombres, y con qué gracia
frunce los labios - ¡Mimí Pinsón!

Si alguien la alcanza, si la **requiebra**,
ella, ligera como una **cebra**,
sigue camino del almacén;
pero, ¡ay del tuno si alarga el brazo!
Nadie se salva del **sombrillazo**
que le descarga sobre la **sien**!

¡No hay en el mundo mujer más linda!
Pie de andaluza, boca de guinda,
sprint rociado de Veuve Clicquot

talle de avispa, cutis de ala,
ojos **traviosos** de **colegiala**
como los ojos de Louise Theo.

Agil, nerviosa, blanca, delgada,
media de seda bien **restirada**,
gola de encaje, corsé de “icrac”,
nariz pequeña, **garbosa, cuca**,
y palpitantes sobre la nuca
rizos tan rubios como el coñac.

Sus ojos verdes bailan el tango;
nada hay más bello que el **arremango**
provocativo de su nariz.
Por ser tan joven y tan bonita,
cual mi **sedosa**, blanca gatita,
diera sus **pajes** la emperatriz.

¡Ah! Tú no has visto cuando se peina,
sobre sus hombros de rosa reina
caer los rizos en profusión.
Tú no has oído qué alegre canta
mientras sus brazos y su garganta
de fresca espuma cubre el jabón.

Y los domingos, ¡con qué alegría!,
oye en su lecho **bullir** el día
y hasta las nueve quieta se está!
¡Cuál se **acurruca** la perezosa
bajo la **colcha** color de rosa,
mientras a misa la criada va!

La breve **cofia** de blanco encaje
cubre sus rizos, el limpio traje
aguarda encima del **canapé**.
Altas, **lustrosas** y pequeñas,
sus puntas muestran las dos botitas,
abandonadas del catre al pie,

Después, ligera, del **lecho brinca**,
¡oh quién la viera cuando se **hinca**

blanca y esbelta sobre el colchón!
¿Que valen junto de tanta gracia
las niñas ricas, la aristocracia,
ni mis **amigas del cotillón**?

Toco; se viste; me abre; almorzamos;
con apetito los dos tomamos
un par de huevos y un buen beefsteak,
media botella de rico vino,
y en coche, juntos, vamos camino
del **pintoresco** Chapultepec.

Desde las puertas de la Sorpresa
hasta la esquina del Jockey Club
no hay española, yanqui o francesa,
ni más bonita ni mas traviesa
que la duquesa del duque Job.

Manuel Gutiérrez Nájera

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) Haz un análisis de la métrica del poema.
- c) El autor usa mucho los diminutivos. Búscalos y explica, en tu opinión, por qué los usa.
- d) ¿Cómo el autor describe a la duquesa de Job?
- e) Busca los recursos literarios que encuentres en este poema.
- f) ¿Cuál es el tema del poema?
- g) ¿Por qué es un poema modernista?

11. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Sonatina

La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro,

está mudo el teclado de su clave sonoro,
y en un vaso, olvidada, se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos reales.
Parlanchina, la dueña dice cosas banales,
y vestido de rojo piruetea el bufón.
La princesa no ríe, la princesa no siente;
la princesa persigue por el cielo de Oriente
la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa, acaso, en el príncipe de Golconda o de China,
o en el que ha detenido su carroza argentina
para ver de sus ojos la dulzura de luz?
¿O en el rey de las islas de las rosas fragantes,
o en el que es soberano de los claros diamantes,
o en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay!, la pobre princesa de la boca de rosa
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, bajo el cielo volar;
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
saludar a los lirios con los versos de mayo
o perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la rueca de plata,
ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,
ni los cisnes unánimes en el lago de azur.
Y están tristes las flores por la flor de la corte,
los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,
de Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!
Está presa en sus oros, está presa en sus tules,
en la jaula de mármol del palacio real;
el palacio soberbio que vigilan los guardas,
que custodian cien negros con sus cien alabardas,
un lebrél que no duerme y un dragón colosal.

¡Oh, quién fuera hipsípila que dejó la crisálida!
(La princesa está triste. La princesa está pálida.)
¡Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!

¡Quién volara a la tierra donde un príncipe existe,
(La princesa está pálida. La princesa está triste.)
más brillante que el alba, más hermoso que abril!

-«Calla, calla, princesa -dice el hada madrina-;
en caballo, con alas, hacia acá se encamina,
en el cinto la espada y en la mano el azor,
el feliz caballero que te adora sin verte,
y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
a encenderte los labios con un beso de amor».

Rubén Darío

- a) ¿Cuál es el tema del poema?
- b) ¿Cuáles son los símbolos típicos del Modernismo que encuentras en este poema?
- c) ¿Qué referencias del pasado, mitológicas, de lugares exóticos aparecen en este poema que no pertenecen a la realidad americana?
- d) Analiza la métrica del poema.
- e) Busca los recursos literarios que aparecen en el poema.

12. Le el poema siguiente y responde las preguntas:

El día que me quieras

El día que me quieras tendrá más luz que junio;
la noche que me quieras será de plenilunio,
con notas de Beethoven vibrando en cada rayo
sus inefables cosas,
y habrá juntas más rosas
que en todo el mes de mayo.

Las fuentes cristalinas
irán por las laderas
saltando cristalinas
el día que me quieras.

El día que me quieras, los sotos escondidos
resonarán arpegios nunca jamás oídos.
Éxtasis de tus ojos, todas las primaveras
que hubo y habrá en el mundo serán cuando me quieras.

Cogidas de la mano cual rubias hermanitas,
luciendo golas cándidas, irán las margaritas
por montes y praderas,
delante de tus pasos, el día que me quieras...
Y si deshojas una, te dirá su inocente
postrer pétalo blanco: ¡Apasionadamente!

Al reventar el alba del día que me quieras,
tendrán todos los tréboles cuatro hojas agoreras,
y en el estanque, nido de gérmenes ignotos,
florecerán las místicas corolas de los lotos.

El día que me quieras será cada celaje
ala maravillosa; cada arrebol, miraje
de “Las Mil y una Noches”; cada brisa un cantar,
cada árbol una lira, cada monte un altar.

El día que me quieras, para nosotros dos
cabrá en un solo beso la beatitud de Dios.

Amado Nervo

- ¿Cuál es el tema del poema?
- ¿Qué recursos literarios usa el poeta?
- Haz un análisis de la métrica del poema.
- ¿Qué campos léxicos-semánticos aparecen en el poema?

13. Lee el siguiente cuento y responde las preguntas:

Los canastos

Entre hacer un pequeño servicio que apenas **labre huella** en la memoria del **beneficiado** o un **grave daño** que le deje **profundo**

recuerdo, elegid lo segundo. Os contaré lo que me sucedió una tarde de invierno con un pobre hombre llamado Vassielich.

Os juro que yo soy bueno, que soy un buen padre de familia, pero solo en la época en que hay sol en este cielo **brumoso**. ¡Oh!, la **bruma invernal** me hace daño y me convierte en **malvado**. Si yo fuera, poppe, en verano **rendiría culto** a Dios, pero en invierno le volvería la espalda y **me entregaría** a darle gusto al diablo. En el invierno le amo, siento que se introduce en mí ser, que **estruja** mi espíritu y aviva el fuego de mis malos instintos: entonces me siento **nihilista**, capaz de ser **ladrón** y asesino; lo rojo me **excita**, y lo **afilado** y lo **agudo** me fascinan. Cuando llega la época de las primeras nevadas, mi mujer me dice: «Marcof, padrecito mío, ya las malas ideas comienzan a **fulgurar** en tus ojos. Ya viene el tiempo en que no vives sino **gruñendo** y **blasfemando**, en que nos **aporreas** a tus hijos y a mí. Mira, no te **alejes** de la **estufa**, porque el hielo te hace malvado... » Pero decía hace poco que iba a referiros una aventura que tuve: ya lo había olvidado.

Escuchadme: Iba yo una tarde caminando, con mi **pipa** en la boca, por un largo y estrecho puente.

Un **carretero sordo** llamado Vassielich seguía el mismo camino que yo, conduciendo en su carro más de veinte **canastos** de pescado fino, que diferentes dueños le habían comisionado que llevara al mercado para la venta del siguiente día. El carro, a causa de la **curvatura** del puente, se inclinaba hacia el borde derecho, pero no había peligro de que cayese, porque el **pretil** era suficientemente alto para impedir la caída. Con todo, hubiera querido darle un buen **susto** a Vassielich.

Creedme que no soy malo, pero deseaba con toda mi alma darle un susto, aunque no fuera sino arrojarle con carreta y todo al río. De repente, la **cuerda** que **sujetaba** los canastos rompió o desató ... A fe que sentí un **vuelco en el corazón**. El puente es estrecho y largo, el carro caminaba despacio y saltaba mucho, el suelo del puente tiene una inclinación sensible del centro hacia los bordes... A los pocos segundos, ¡pum!, uno de los canastos se desprendió, cayó pesadamente sobre el pretil y desde allí se **precipitó** al río. Lo vi caer y una voz muy débil murmuraba dentro algo así como: «avisa a ese infeliz carretero que su carga se va al río». Pero el invierno me' gritaba más alto: «cállate, hombre, y **límitate** a mirar, éno es curioso y entretenido ver

caer veinte canastos, uno detrás de otro, como una **manada** de estúpidos carneros?» Y la verdad es que preferí esto. Cierto que Vassielich, un buen hombre que jamás me había hecho daño alguno, iba a sufrir mucho con esta **desgracia**, pero ¿a mí qué me importaba?, ¿perdía yo algo con el **desastre** de Vassielich? No; al contrario, ganaba una diversión durante el trayecto del puente, que tiene unos cien metros de largo-. Callé y vi caer la segunda canasta, luego la tercera y la cuarta, y la quinta y otras muchas.

El pobre Vassielich, sea porque fuera sordo, o porque iba **distraído**, no advirtió el ruido delicioso de los canastos al romper la superficie **ondulosa** del río, haciendo saltar **chorros** de espuma. El caballo advirtió mejor lo que pasaba, pues, al sentir el carro menos pesado, aligeró el paso. Cuando llegamos al término del puente, corrí hacia la carreta:

-¡Eh, Vassietich, amiguito!

El carretero no me oía; tuve que avanzar más y tocarle la pierna con el extremo de mi pipa, gritándole:

-¡Vassietich! ¡Vassielich! -¡Eh!, ¿qué deseas? Tengo prisa...

-¡Ay, padrecito, no la tengas ya! Vaya comunicarte una gran desgracia.

-¡Dios de Dios! ¿Ha muerto Ivanowna, mi mujer?

-No, te juro que no; es algo peor y de más **trascendencia** social.

-¿Ha muerto el Zar?

-¿Eh? ¡Así reventara!... -Habla, habla... -Pues, detén el carro, que es algo grave lo que vaya decirte.

-Pero... está **anocheciendo** y tengo prisa de llegar a la ciudad.

-No la tengas ya.

-¿Por qué? Habla. ¡Dios de Dios! -exclamó Vassielich impaciente deteniendo el carro.

Yo encendí lentamente mi pipa, que se había apagado:

-Te decía, padrecito, que no tuvieras ya prisa en ir a la ciudad... Verás si tengo razón.

-¡Maldición! Pero ¿por qué?

-Porque... Créeme que me duele decírtelo, padrecito. Óyeme bien: no debes apresurarte porque, porque el señor río se **ha**

engullido, bocado tras bocado, tus canastos de peces. Soy **testigo ocular**. Te aconsejo que otro día hagas uso de cuerdas más fuertes. Vassielich volvió el rostro violentamente y al asegurarse de su desgracia se puso horriblemente pálido, luego enrojeció y apeándose de la carreta se asomó al río. ¡Eh, amigo!, ¿Buscas los agujeros que hicieron los canastos al atravesar la superficie? Ya se taparon. Vassielich se puso a llorar; no tenía dinero con qué pagar; le embargarían sus cosas. Ivanowna y sus hijos sufrirían **miserias** espantosas, y si no alcanzaba a pagar toda la deuda, le meterían en la cárcel. ¡Y el invierno que era tan crudo! El pobre sordo lloraba amargamente. ¡Era cosa de matarse!

-¡Sí, padrecito, es cosa de matarse! -afirmé yo con acento filosófico. Y, en efecto, creí que iba a **arrojarse** al río de cabeza, pues asomó el cuerpo por el pretil. Abrí los ojos desmesuradamente para ver con toda mi alma el **chapuzón**. Quizás el caballo por una de esas asombrosas fidelidades de que hablan las historias se precipitaría también arrastrando consigo el carro. Y si no lo hacía yo le obligaría a ello. El puente estaba solitario y la ciudad distaba dos **verstas**. Pero no, lo que hizo Vassielich fue ponerse a gritar y a maldecir su suerte... Se «desvaneció mi esperanza, e irritado por la estupidez de ese carretero que por un cobarde amor a la vida no cumplía con su deber, le dije sonriéndome:

-Pude avisarte, padrecito, desde que vi caer el primer canasto. Más ¿para qué? Mañana habrías olvidado el favor que te hacía: en cambio, cuando te lleven a la cárcel, y tu mujer y tus hijos lloren en la miseria, te acordarás de mí, cierto que para maldecirme, pero te acordarás...

Vassielich no me respondió, sea porque no me oyera, sea porque estaba **aturdido** con su desastre.

Me encogí de hombros y proseguí mi camino, fumando mi pipa. Después de todo, el sitio de los peces era el río y no los canastos. He restablecido, pues, el equilibrio de la naturaleza.

Cuentos malévolos de Clemente Palma

- Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- Haz una lista de los personajes presentes y referidos con sus características.
- ¿Qué recursos literarios encuentras en el cuento?

- d) ¿Cuál es el tema del cuento?
- e) ¿Es creíble lo narrado? Argumenta tu respuesta.
- f) ¿Quién narra el suceso?
- g) ¿Qué conflicto nos presenta el autor en este cuento?
- h) ¿Qué opinión tienes de este cuento?

14. Lee el siguiente cuento y responde las preguntas:

Los ojos de Lina

El teniente Jym de la Armada inglesa era nuestro amigo. Cuando entró en la Compañía Inglesa de Vapores le veíamos cada mes y pasábamos una o dos noches con él en alegre francachela. Jym había pasado gran parte de su juventud en Noruega, y era un insigne bebedor de whisky y de ajenjo; bajo la acción de estos licores le daba por cantar con voz estentórea lindas baladas escandinavas, que después nos traducía. Una tarde fuimos a despedirnos de él a su camarote, pues al día siguiente zarpaba el vapor para San Francisco. Jym no podía cantar en su cama a voz en cuello, como era su costumbre, por razones de disciplina naval, y resolvimos pasar la velada refiriéndonos historias y aventuras de nuestra vida, sazonzando las relaciones con sendos sorbos de licor. Serían las dos de la mañana cuando terminamos los visitantes de Jym nuestras relaciones; sólo Jym faltaba y le exigimos que hiciera la suya. Jym se arrellanó en un sofá; puso en una mesita próxima una pequeña botella de ajenjo y un aparato para destilar agua; encendió un puro y comenzó a hablar del modo siguiente:

No voy a referiros una balada ni una leyenda del Norte, como en otras ocasiones; hoy se trata de una historia verídica, de un episodio de mi vida de novio. Ya sabéis que, hasta hace dos años, he vivido en Noruega; por mi madre soy noruego, pero mi padre me hizo súbdito inglés. En Noruega me casé. Mi esposa se llama Axelina o Lina, como yo la llamo, y cuando tengáis la ventolera de dar un paseo por Christianía, id a mi casa, que mi esposa os hará con mucho gusto los honores.

Empezaré por deciros que Lina tenía los ojos más extrañamente endiablados del mundo. Ella tenía diez y seis años y yo estaba loco de amor por ella, pero profesaba a sus ojos el odio más

rabioso que puede caber en corazón de hombre. Cuando Lina fijaba sus ojos en los míos me desesperaba, me sentía inquieto y con los nervios crispados; me parecía que alguien me vaciaba una caja de alfileres en el cerebro y que se esparcían a lo largo de mi espina dorsal; un frío doloroso galopaba por mis arterias, y la epidermis se me erizaba, como sucede a la generalidad de las personas al salir de un baño helado, y a muchas al tocar una fruta peluda, o al ver el filo de una navaja, o al rozar con las uñas el terciopelo, o al escuchar el frufrú de la seda o al mirar una gran profundidad. Esa misma sensación experimentaba al mirar los ojos de Lina. He consultado a varios médicos de mi confianza sobre este fenómeno y ninguno me ha dado la explicación; se limitaban a sonreír y a decirme que no me preocupara del asunto, que yo era un histérico, y no sé qué otras majaderías. Y lo peor es que yo adoraba a Lina con exasperación, con locura, a pesar del efecto desastroso que me hacían sus ojos. Y no se limitaban estos efectos a la tensión álgida de mi sistema nervioso; había algo más maravilloso aún, y es que cuando Lina tenía alguna preocupación o pasaba por ciertos estados psíquicos y fisiológicos, veía yo pasar por sus pupilas, al mirarme, en la forma vaga de pequeñas sombras fugitivas coronadas por puntitos de luz, las ideas; sí, señores, las ideas. Esas entidades inmateriales e invisibles que tenemos todos o casi todos, pues hay muchos que no tienen ideas en la cabeza, pasaban por las pupilas de Lina con formas inexpresables. He dicho sombras porque es la palabra que más se acerca. Salían por detrás de la esclerótica, cruzaban la pupila y al llegar a la retina destellaban, y entonces sentía yo que en el fondo de mi cerebro respondía una dolorosa vibración de las células, surgiendo a su vez una idea dentro de mí.

Se me ocurría comparar los ojos de Lina al cristal de la claraboya de mi camarote, por el que veía pasar, al anochecer, a los peces azorados con la luz de mi lámpara, chocando sus estrafalarias cabezas contra el macizo cristal, que, por su espesor y convexidad, hacía borrosas y deformes sus siluetas. Cada vez que veía esa parranda de ideas en los ojos de Lina, me decía yo: ¡Vaya! ¡Ya están pasando los peces! Sólo que éstos atravesaban de un modo misterioso la pupila de mi amada y formaban su madriguera en las cavernas oscuras de mi encéfalo.

Pero ¡bah!, soy un desordenado. Os hablo del fenómeno sin haberos descrito los ojos y las bellezas de mi Lina. Lina es morena y pálida: sus cabellos undosos se rizaban en la nuca con

tan adorable encanto, que jamás belleza de mujer alguna me sedujo tanto como el dorso del cuello de Lina, al sumergirse en la sedosa negrura de sus cabellos. Los labios de Lina, casi siempre entreabiertos, por cierta tirantez infantil del labio superior, eran tan rojos que parecían acostumbrados a comer fresas, a beber sangre o a depositar la de los intensos rubores; probablemente esto último, pues cuando las mejillas de Lina se encendían, palidecían aquéllos. Bajo esos labios había unos dientes diminutos tan blancos, que iluminaban la faz de Lina, cuando un rayo de luz jugaba sobre ellos. Era para mí una delicia ver a Lina morder cerezas; de buena gana me hubiera dejado morder por esa deliciosa boquita, a no ser por esos ojos endemoniados que habitaban más arriba. ¡Esos ojos! Lina, repito, es morena, de cabellos, cejas y pestañas negras. Si la hubierais visto dormida alguna vez, yo os hubiera preguntado: ¿De qué color creéis que tiene Lina los ojos? A buen seguro que, guiados por el color de su cabellera, de sus cejas y pestañas me habríais respondido: negros. ¡Qué chasco! Pues, no, señor; los ojos de Lina tenían color, es claro, pero ni todos los oculistas del mundo, ni todos los pintores habrían acertado a determinarlo ni a reproducirlo. Los ojos de Lina eran de un corte perfecto, rasgados y grandes; debajo de ellos una línea azulada formaba la ojera y parecía como la tenue sombra de sus largas pestañas. Hasta aquí, como veis, nada hay de raro; éstos eran los ojos de Lina cerrados o entornados; pero una vez abiertos y lucientes las pupilas, allí de mis angustias. Nadie me quitará de la cabeza que, Mefistófeles tenía su gabinete de trabajo detrás de esas pupilas. Eran ellas de un color que fluctuaba entre todos los de la gama, y sus más complicadas combinaciones. A veces me parecían dos grandes esmeraldas, alumbradas por detrás por luminosos carbunclos. Las fulguraciones verdosas y rojizas que despedían se irisaban poco a poco y pasaban por mil cambiantes, como las burbujas de jabón, luego venía un color indefinible, pero uniforme, a cubrirlos todos, y en medio palpataba un puntito de luz, de lo más mortificante por los tonos felinos y diabólicos que tomaba. Los hervores de la sangre de Lina, sus tensiones nerviosas, sus irritaciones, sus placeres, los alambicamientos y juegos de su espíritu, se denunciaban por el color que adquiría ese punto de luz misteriosa.

Con la continuidad de tratar a Lina llegué a traducir algo los brillos múltiples de sus ojos. Sus sentimentalismos de muchacha

romántica eran verdes, sus alegrías, violadas, sus celos amarillos, y rojos sus ardores de mujer apasionada. El efecto de estos ojos en mí era desastroso. Tenían sobre mí un imperio horrible, y, en verdad, yo sentía mi dignidad de varón humillada con esa especie de esclavitud misteriosa, ejercida sobre mi alma por esos ojos que odiaba como a personas. En vano era que tratara de resistir; los ojos de Lina me subyugaban, y sentía que me arrancaban el alma para triturarla y carbonizarla entre dos chispazos de esas miradas de Luzbel. Por último, con el alma ardiente de amor y de ira, tenía yo que bajar la mirada, porque sentía que mi mecanismo nervioso llegaba a torsiones desgarradoras, y que mi cerebro saltaba dentro de mi cabeza, como un abejorro encerrado dentro de un horno. Lina no se daba cuenta del efecto desastroso que me hacían sus ojos.

Todo Christianián se los elogiaba por hermosos y a nadie causaban la impresión terrible que a mí: sólo yo estaba constituido para ser la víctima de ellos. Yo tenía reacciones de orgullo; a veces pensaba que Lina abusaba del poder que tenía sobre mí, y que se complacía en humillarme; entonces mi dignidad de varón se sublevaba vengativa reclamando imaginarios fueros, y a mi vez me entretenía en tiranizar a mi novia, exigiéndole sacrificios y mortificándola hasta hacerla llorar. En el fondo había una intención que yo trataba de realizar disimuladamente; sí, en esa valiente sublevación contra la tiranía de esas pupilas estaba embozada mi cobardía: haciendo llorar a Lina la hacía cerrar los ojos, y cerrados los ojos me sentía libre de mi cadena. Pero la pobrecilla ignoraba el arma terrible que tenía contra mí; sencilla y candorosa, la buena muchacha tenía un corazón de oro y me adoraba y me obedecía. Lo más curioso es que yo, que odiaba sus hermosos ojos, era por ellos que la quería. Aun cuando siempre salía vencido, volvía siempre a luchar contra esas terribles pupilas, con la esperanza de vencer. ¡Cuántas veces las rojas fulguraciones del amor me hicieron el efecto de cien cañonazos disparados contra mis nervios! Por amor propio no quise revelar a Lina mi esclavitud.

Nuestros amores debían tener una solución como la tienen todos: o me casaba con Lina o rompía con ella. Esto último era imposible, luego, tenía que casarme con Lina. Lo que me aterraba, de la vida de casado, era la perduración de esos ojos que tenían que alumbrar terriblemente mi vejez. Cuando se acercaba la época en que debía pedir la mano de Lina a su padre, un rico armador,

la obsesión de los ojos de ella me era insoportable. De noche los veía fulgar como ascuas en la oscuridad de mi alcoba; veía al techo y allí estaban, terribles y porfiados; miraba a la pared y estaban incrustados allí; cerraba los ojos y los veía adheridos sobre mis párpados con una tenacidad luminosa tal, que su fulgor iluminaba el tejido de arterias y venillas de la membrana. Al fin, rendido, dormía, y las miradas de Lina llenaban mi sueño de redes que se apretaban y me estrangulaban el alma. ¿Qué hacer? Formé mil planes; pero no sé si por orgullo, amor, o por una noción del deber muy grabada en mi espíritu, jamás pensé en renunciar a Lina.

El día en que la pedí, Lina estuvo contentísima. ¡Oh, cómo brillaban sus ojos y qué endiabladamente! La estreché en mis brazos delirante de amor, y al besar sus labios sangrientos y tibios tuve que cerrar los ojos casi desvanecido.

-¡Cierra los ojos, Lina mía, te lo ruego!

Lina, sorprendida, los abrió más, y al verme pálido y descompuesto me preguntó asustada, cogiéndome las manos:

-¿Qué tienes, Jym?... Habla. ¡Dios Santo!... ¿Estás enfermo? Habla.

-No... perdóname; nada tengo, nada... -le respondí sin mirarla.

-Mientes, algo te pasa...

-Fue un vahído, Lina... Ya pasará...

-¿Y por qué querías que cerrara los ojos? No quieres que te mire, bien mío.

No respondí y la miré medroso. ¡Oh!, allí estaban esos ojos terribles, con todos sus insoportables chisporroteos de sorpresa, de amor y de inquietud. Lina, al notar mi turbado silencio, se alarmó más. Se arrodilló sobre mis rodillas, cogió mi cabeza entre sus manos y me dijo con violencia:

-No, Jym, tú me engañas, algo extraño pasa en ti desde hace algún tiempo: tú has hecho algo malo, pues sólo los que tienen un peso en la conciencia no se atreven a mirar de frente. Yo te conoceré en los ojos, mírame, mírame.

Cerré los ojos y la besé en la frente.

-No me beses, mírame, mírame.

-¡Oh, por Dios, Lina, déjame! ...

-¿Y por qué no me miras? -insistió casi llorando.

Yo sentía honda pena de mortificarla y a la vez mucha vergüenza de confesarle mi necedad: –No te miro, porque tus ojos me asesinan; porque les tengo un miedo cerval, que no me explico, ni puedo reprimir–. Callé, pues, y me fui a mi casa, después de que Lina dejó la habitación llorando.

Al día siguiente, cuando volví a verla, me hicieron pasar a su alcoba: Lina había amanecido enferma con angina. Mi novia estaba en cama y la habitación casi a oscuras. ¡Cuánto me alegré de esto último! Me senté junto al lecho, le hablé apasionadamente de mis proyectos para el futuro. En la noche había pensado que lo mejor para que fuéramos felices, era confesar mis ridículos sufrimientos. Quizá podríamos ponernos de acuerdo... Usando anteojos negros... quizá. Después que le referí mis dolores, Lina se quedó un momento en silencio.

–¡Bah, que tontería! –fue todo lo que contestó.

Durante veinte días no salió Lina de la cama y había orden del médico de que no me dejaran entrar. El día en que Lina se levantó me mandó llamar. Faltaban pocos días para nuestra boda, y ya había recibido infinidad de regalos de sus amigos y parientes. Me llamó Lina para mostrarme el vestido de azahares, que le habían traído durante su enfermedad, así como los obsequios. La habitación estaba envuelta en una oscura penumbra en la que apenas podía yo ver a Lina; se sentó en un sofá de espaldas a la entornada ventana, y comenzó a mostrarme brazaletes, sortijas, collares, vestidos, una paloma de alabastro, dijes, zarcillos y no sé cuánta preciosidad. Allí estaba el regalo de su padre, el viejo armador: consistía en un pequeño yate de paseo, es decir, no estaba el yate, sino el documento de propiedad; mis regalos también estaban y también el que Lina me hacía, consistente en una cajita de cristal de roca, forrada con terciopelo rojo.

Lina me alcanzaba sonriente los regalos y yo, con galantería de enamorado, le besaba la mano. Por fin, trémula, me alcanzó la cajita.

–Mírala a la luz –me dijo– son piedras preciosas, cuyo brillo conviene apreciar debidamente.

Y tiró de una hoja de la ventana. Abrí la caja y se me erizaron los cabellos de espanto; debí ponerme monstruosamente pálido. Levanté la cabeza horrorizado y vi a Lina que me miraba fijamente con unos ojos negros, vidriosos e inmóviles. Una sonrisa, entre amorosa e irónica, plegaba los labios de mi novia,

hechos con zumos de fresas silvestres. Salté desesperado y cogí violentamente a Lina de la mano.

-¿Qué has hecho, desdichada?

-¡Es mi regalo de boda! –respondió tranquilamente.

Lina estaba ciega. Como huéspedes azorados estaban en las cuencas unos ojos de cristal, y los suyos, los de mi Lina, esos ojos extraños que me habían mortificado tanto, me miraban amenazadores y burlones desde el fondo de la caja roja, con la misma mirada endiablada de siempre...

Cuando terminó Jym, quedamos todos en silencio, profundamente emocionados. En verdad que la historia era terrible. Jym tomó un vaso de ajeno y se lo bebió de un trago. Luego nos miró con aire melancólico. Mis amigos miraban, pensativos, el uno la claraboya del camarote y el otro la lámpara que se bamboleaba a los balances del buque. De pronto, Jym soltó una carcajada burlona, que cayó como un enorme cascabel en medio de nuestras meditaciones.

-¡Hombres de Dios! ¿Creéis que haya mujer alguna capaz del sacrificio que os he referido? Si los ojos de una mujer os hacen daño, ¿sabéis cómo lo remediará ella? Pues arrancando los vuestros para que no veáis los suyos. No; amigos míos, os he referido una historia inverosímil cuyo autor tengo el honor de presentaros.

Y nos mostró, levantando en alto su botellita de ajeno, que parecía una solución concentrada de esmeraldas.

Cuentos malévolos de Clemente Palma

- a) Haz una lista de los personajes que aparecen en el cuento con sus características.
- b) ¿En qué tiempo transcurre la acción?
- c) ¿Dónde ocurre la acción del cuento?
- d) Busca los recursos literarios que aparecen en este cuento.
- e) Resume con tus palabras el cuento.
- f) ¿Cuál es tu opinión sobre este cuento?

15. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

La blanca soledad

Bajo la calma del sueño,
calma lunar de luminosa seda,
la noche
como si fuera
el blanco cuerpo del silencio,
dulcemente en la inmensidad se acuesta.
Y desata
su cabellera,
en prodigioso follaje de alamedas.

Nada vive sino el ojo
del reloj en la torre tétrica,
profundizando inútilmente el infinito
como un agujero abierto en la arena.

El infinito.
Rodado por las ruedas
de los relojes,
como un carro que nunca llega.

La luna cava un blanco abismo
de quietud, en cuya cuenca
las cosas son cadáveres
y las sombras viven como ideas.
Y uno se pasma de lo próxima
que está la muerte en la blancura aquella.
De lo bello que es el mundo
poseído por la antigüedad de la luna llena.
Y el ansia tristísima de ser amado,
en el corazón doloroso tiembla.

Hay una ciudad en el aire,
una ciudad casi invisible suspensa,
cuyos vagos perfiles
sobre la clara noche transparentan,
como las rayas de agua en un pliego,
su cristalización poliédrica.
Una ciudad tan lejana,
que angustia con su absurda presencia.

¿Es una ciudad o un buque
en el que fuésemos abandonando la tierra,
callados y felices,
y con tal pureza,
que sólo nuestras almas
en la blancura plenilunar vivieran?...

Y de pronto cruza un vago
estremecimiento por la luz serena.
Las líneas se desvanecen,
la inmensidad cámbiase en blanca piedra
y sólo permanece en la noche aciaga
la certidumbre de tu ausencia.

La blanca soledad de Leopoldo Lugones

- a) Haz un análisis métrico del poema.
- b) Busca los recursos literarios del poema.
- c) ¿Cuál es el tema del poema?

16. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Amor Sádico

Ya no te amaba, sin dejar por eso
de amar la sombra de tu amor distante.
Ya no te amaba, y sin embargo, el beso
de la **repulsión** nos unió un instante...

Agrio placer y bárbaro **embeleso**
crispó mi **faz**, me **demudó** el **semblante**,
ya no te amaba, y me **turbé**, no obstante,
como una virgen en un bosque **espeso**.

Y ya perdida para siempre, al verte
anochecer en el eterno luto,
mudo el amor, el corazón inerte,

huraño, atroz, inexorable, hirsuto,
jamás viví como en aquella muerte,
nunca te amé como en aquel minuto!

Julio Herrera y Reissig

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) Haz el análisis métrico del poema.
- c) Busca los recursos literarios que usa el poeta.

17. Lee el siguiente ensayo y responde las preguntas:

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifique al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el cielo, que van por el aire dormido engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra.

No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados. Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una las dos manos. Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quieren que les llame el pueblo ladrones, devuélvanle sus tierras al hermano. Las deudas del honor no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive

en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades; ilos árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

A los sietemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan a Tortoni, de sorbetes. ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre?, ¿el que se queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos! ¡Estos delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Washington que les hizo esta tierra ¿se fue a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su tierra propia? ¡Estos “increíbles” del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban las erres!

Ni ¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e

irremediable a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyés no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder; y han caído en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con la mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del

gobierno. La masa inculca es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las Universidades los gobernantes, si no hay Universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta, sin vendas ni ambages: porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras Repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, venimos, denodados, al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer alzan en México la república en hombros de los indios. Un canónigo español, a la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa a unos cuantos bachilleres magníficos, que ponen de jefe de Centro América contra España al general de España. Con los

hábitos monárquicos, y el Sol por pecho, se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur. Cuando los dos héroes chocaron, y el continente iba a temblar, uno, que no fue el menos grande, volvió riendas. Y como el heroísmo en la paz es más escaso, porque es menos glorioso que el de la guerra; como al hombre le es más fácil morir con honra que pensar con orden; como gobernar con los sentimientos exaltados y unánimes es más hacedero que dirigir, después de la pelea, los pensamientos diversos, arrogantes, exóticos o ambiciosos; como los poderes arrollados en la arremetida épica zapaban, con la cautela felina de la especie y el peso de lo real, el edificio que había izado, en las comarcas burdas y singulares de nuestra América mestiza, en los pueblos de pierna desnuda y casaca de París, la bandera de los pueblos nutridos de savia gobernante en la práctica continua de la razón y de la libertad; como la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República, o las capitales de corbatín dejaban en el zaguán al campo de bota-de-potro, o los redentores bibliógenos no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra, desatada a la voz del salvador, con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella, entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico. El continente descoyuntado durante tres siglos por un mando que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró, desatendiendo o desoyendo a los ignorantes que lo habían ayudado a redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón; la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de uno sobre la razón campestre de otros. El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu.

Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del foganazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros -de la soberbia de las

ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborigen- por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos.

Pero “estos países se salvarán”, como anunció Rivadavia el argentino, el que pecó de finura en tiempos crudos; al machete no le va vaina de seda, ni en el país que se ganó con lanzón se puede echar el lanzón atrás, porque se enoja, y se pone en la puerta del Congreso de Iturbide “a que le hagan emperador al rubio”. Estos países se salvarán, porque, con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la Naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó la generación anterior, le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real.

Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar a sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvía, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado. La juventud angélica, como de los brazos de un pulpo, echaba al Cielo, para caer con gloria estéril, la cabeza coronada de nubes. El pueblo natural, con el empuje del instinto, arrollaba, ciego del triunfo, los bastones de oro. Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial,

de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte, se empieza, como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. “¿Cómo somos?” se preguntan; y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojimar un problema, no van a buscar la solución a Danzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república. El tigre de adentro se entra por la hendidura, y el tigre de afuera. El general sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes. O si deja a la zaga a los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando por las venas, la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos. Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la Naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos traen los caracteres nativos a la escena. Las academias discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillesca y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, centelleante y cernida, va cargada de idea. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio.

De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento y de

cochero a una bomba de jabón; el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano y abre la puerta al extranjero. Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras crían, en la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede devorarlas. Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña. Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y sólo aman, a los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, o el que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana aún a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se la pudiera encarar y desviarla; como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América, el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal

del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la humanidad el que fomenta y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara percederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras; ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños, ni mira caritativo, desde su eminencia aún mal segura, a los que, con menos favor de la historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas; ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno y la unión tácita y urgente del alma continental. ¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Zemí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!

Nuestra América de José Martí

- a) ¿Cuál es el objetivo fundamental de este ensayo?
- b) ¿Qué crees que significa el título de este ensayo?
- c) En este ensayo hay tres temas fundamentales. ¿Cuáles son?
- d) ¿A quién llama Martí “el tigre de afuera”?
- e) ¿Qué sistemas conceptuales tiene este artículo?
- f) ¿Qué imagen del hombre americano se nos entrega en el ensayo?
- g) A la luz de tu lectura, interpreta el siguiente enunciado “El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico”.
- h) ¿Qué papel juega la religión en la conformación de la identidad americana?
- i) Busca los recursos literarios que aparecen en este ensayo.

Tema 9: Postmodernismo, Vanguardismo y Criollismo (1910-1940)

Durante las primeras décadas del siglo XX impera el Modernismo, aunque ya empiezan a soplar nuevos aires. El libro de José Enrique Rodó (Uruguay) que proponía más libertad de pensamiento y que rechazaba el materialismo para dar énfasis a la vida del espíritu, tuvo gran éxito entre los jóvenes y fue ampliamente discutido y comentado.

Se notan las influencias de William James y del filósofo francés Henri Bergson. En 1907 con el libro *La evolución creadora* se rechaza el positivismo y se presenta una nueva forma para llegar al conocimiento, dando preferencia a la intuición sobre la razón. Las nuevas ideas de Sigmund Freud en la psicología y las de Albert Einstein en la física ejercen su temprana influencia, así como la de los escritores españoles de la Generación del 98. Todas estas influencias contribuyen a la rebelión contra el positivismo por algunos hispanoamericanos y que se preparan para el cambio. Contribuyen también algunos acontecimientos políticos: la guerra entre EE.UU y España en 1898 y la Revolución Mexicana en 1910 que marca el rompimiento con el pasado.

Postmodernismo

Con el término de Postmodernismo nos referimos al período de transición (1910-1922) entre el Modernismo y el Vanguardismo. Unos no rompen con los modernistas, otros abandonan toda influencia modernista y crean una obra nueva, distinta, ya enteramente característica del siglo XX. Algunos se refugian en lo americano, o sea el pasado indígena, la época colonial y el Criollismo.

En la poesía postmodernista hay dos direcciones o dos grupos:

1º Aquellos que no rompen con la tradición modernista como Enrique González Martínez (México, 1871-1950) que es el poeta que tiende el puente entre el Modernismo y el Postmodernismo. Es Modernista en la forma (no deja los versos alejandrinos) pero en el contenido es ya Postmodernista. Su célebre poema *Tuércel el cuello al cisne* (1911), rechaza la estética de los modernistas en cuanto al interés por lo externo, en lo exótico como finalidad, en el uso de palabras de gran sonoridad pero huecas de significado y propone un nuevo credo poético.

Tuércel el cuello al cisne de engañoso plumaje
que da su nota blanca al azul de la fuente;
él pasea su gracia no más, pero no siente
el alma de las cosas ni la voz del paisaje.

Huye de toda forma y de todo lenguaje
que no vayan acordes con el ritmo latente
de la vida profunda. . .y adora intensamente
la vida, y que la vida comprenda tu homenaje.

Mira al sapiente búho cómo tiende las alas
desde el Olimpo, deja el regazo de Palas
y posa en aquel árbol el vuelo taciturno. . .

El no tiene la gracia del cisne, mas su inquieta
pupila, que se clava en al sombra, interpreta
el misterioso libro del silencio nocturno.

La sustitución del cisne, símbolo de la belleza externa, por el sapiente búho, representante del elemento de misterio que en la naturaleza encontramos, fue un genial hallazgo que puso punto final al Modernismo. En sus poemas siempre encontramos ese deseo insaciable de escrudiñar en la esencia de las cosas. En su poema *Un fantasma* (1923) logra captar la esencia de la muerte y comunicarnos el terror que se siente al saber que alguien vuelve del más allá.

Gabriela Mistral (Chile, 1889-1957) su nombre verdadero era Lucila Godoy Alcayaga, recibió el Premio Nobel en Literatura en 1954 por sus libros *Desolación* (1922), *Ternura* (1924) y *Tala* (1938) donde recogió lo mejor de su obra poética, que se caracteriza por la ternura con que

expresa los sentimientos humanos. El tema de la maternidad aparece insistentemente a través de su obra. Esa cualidad humana, no desintegrada sino vista en un contexto universal, es lo que da a la poesía de Mistral un valor permanente.

José María Eguren (Perú, 1874-1942) es el único representante del Simbolismo en el Perú; es decir, del simbolismo tardío que se desarrolló posteriormente al Modernismo. En sus trabajos sugiere ambientes irreales cargados de significaciones, liberando al poema de toda connotación objetiva. Su trabajo tiene gran importancia, ya que se considera como el que inaugura la poesía contemporánea en el Perú.

Delmira Agustini (Argentina, 1889-1968), su obra se caracteriza por una fuerte carga erótica. Sus poemas siguen la línea modernista y están llenos de feminismo, simbolismo, sensualidad y sexo. El alma de Delmira sin “filtros ni condicionamientos” queda patente en el poemario *Los cálices vacíos* (1913).

Alfonsina Storni (Argentina, 1892-1938), cuya obra poética se divide en dos etapas: la primera, caracterizada por la influencia de los románticos y modernistas, corresponden *La inquietud del rosal* (1916), *El dulce daño* (1918), *Irremediablemente* (1919), *Langüidez* (1920) y *Ocre* (1920). La segunda etapa, caracterizada por una visión oscura, irónica y angustiosa, se manifiesta en *Mundo de siete pozos* (1934) y *Mascarilla y trébol* (1938).

Juana de Ibarbouru (Uruguay, 1895-1979), considerada una de las voces más personales de la lírica hispanoamericana de principios del siglo XX. Comenzó su larga travesía lírica con los poemarios *Las lenguas de diamante* (1919), *El cántaro fresco* (1920) y *Raíz salvaje* (1922), todos ellos muy marcados por el Modernismo, cuya influencia se percibe en la abundancia de imágenes sensoriales y cromáticas y de alusiones bíblicas y míticas, aunque siempre con un acento singular. Poco a poco su poesía se fue despojando del ropaje modernista para ganar en efusión y sinceridad. En *La rosa de los vientos* (1930) se adentró en el Vanguardismo, rozando incluso las imágenes surrealistas.

José Manuel Poveda (Cuba, 1888-1926), su poema *El grito abuelo*, incluido en el libro *Versos precursores* (1917), es considerado como el antecedente del negrismo cubano.

Otros poetas postmodernistas fueron: Ernesto Carriego (Argentina, 1883-1912). Baldomero Fernández (Argentina, 1886-1950), Enrique Banchs (Argentina, 1888-1968), Rafael Alberto Arrieta (Argentina,

1889-1968), Rafael Maya (Colombia, 1895-1980), Porfirio Barba Jacob (Colombia, 1883-1942), Andrés Bello Blanco (Venezuela, 1897-1950).

2º Los que buscando nuevas imágenes, nuevos estilos, se apartan del Modernismo como: Ramón López Velarde (México, 1888-1921) que representa el nativismo. Los dos libros que publicó en vida *La sangre devora* (1916), *Zozobra* (1919) contienen poesías aunadas por una nota común: la emoción ante lo tradicional provinciano. Supo realzar lo cotidiano al nivel poético. El estilo sencillo en el cual no queda ningún rasgo modernista, se distingue por la original adjetivación, que es inesperada y por lo tanto deslumbrante. El tono de sus poesías es siempre hondo, sincero. Lo personal aflora en el conflicto que se trasluce entre las tentaciones del mundo y la vida espiritual, problema que permea la poesía toda de López Velarde.

Luis Carlos López (Colombia, 1871-1952), su inclinación escéptica le permitió confeccionar una obra irreverente, a veces anticlerical, siempre realista y sonora, poblada de un alegre grotesco, lleno de ironías, retratos psicológicos y paisajes que muestran el provincianismo colombiano de su tiempo.

Aunque los modernistas fueron en esencia poetas, muchos de ellos escribieron cuento y, en algún caso, novela. Como elemento distintivo, la narrativa modernista se diferencia de la realista y naturalista por su finalidad lírica y no meramente fabuladora.

El cuento y la novela hispanoamericanos ganan, durante la época modernista, nuevas dimensiones: en la forma artística, el ambiente exótico, el personaje refinado y el estilo lírico. En la técnica se introduce el uso del marco artístico de influencia francesa. En la estructura: el desarrollo de la fábula interesa menos que el elemento lírico. A veces la obra se convierte en un poema en prosa. Las mismas características predominan en los postmodernistas; el narrador se ve menos dominado por elementos causativos y tiene más libertad para intercalar pasajes líricos. Los postmodernistas abandonan los ambientes refinados y los motivos exóticos para volver los ojos hacia la tierra, hacia lo nativo, hacia el hombre de América. No imitan la narrativa española, tratan de crear una narrativa americana. El principal representante, sin dudas, es Horacio Quiroga (Uruguay, 1878-1937), el mejor representante del cuento postmodernista. Sus primeras narraciones fueron escritas bajo la influencia de los modernistas, pero pronto abandona esta influencia para dedicarse a escribir cuentos de contenido criollo y de técnica

donde predomina la influencia de Edgar Allan Poe. En los *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1917) cae por completo bajo la influencia de Poe. En ellos crea ambientes de terror en los cuales se mueven con fatalismo inexorable personajes atormentados por las ansias de la muerte. Para aumentar el sentido de la tragedia, casi siempre presenta como motivo de la muerte un accidente insignificante. Al mismo la indiferencia de la naturaleza ante los sufrimientos y la muerte del hombre da al relato una nota trágica difícil de igualar. Durante su última época cae bajo la influencia de Kipling y escribe *Cuentos de la selva para niños* (1918). La contribución al desarrollo del cuento: el perfeccionamiento de la técnica, introduce temas, ambientes y personajes criollos. Tuvo una gran influencia en los cuentistas del continente.

Rafael Arévalo Martínez (Guatemala, 1884-1975) se hizo famoso con su cuento *El hombre que parecía un caballo* (1915). Es significativo este relato porque el personaje principal, el señor Aretal refleja en la características físicas y psicológicas de un caballo. La invención fue feliz y la repitió dando al personaje las características de un perro en *El trovador colombiano*, de un águila en el *Duelo de águilas*, de una leona en *La signatura de la esfinge*, de un tigre en *Las fieras del trópico*, y de otros animales. Nace así el cuento psicozoológico, pero sin olvidar que lo importante es la fábula.

Pedro Prado (Chile, 1886-1952) con su obra *La reina de Rapa-Nui* (1914) que tiene por escenario de la isla de Pascua, interesa por la yuxtaposición que el autor hace de elementos poéticos y datos geográficos e históricos concretos. El predominio de lo imaginativo sobre lo concreto, el elemento dramático entorno al choque de dos culturas y el estilo cuajado de imágenes poéticas hacen que la novela sea popular hasta hoy en día.

Eduardo Barrios (Chile, 1884-1963), del que destaca su novela *El hermano asno* (1922), donde presenta un ambiente reducido, el convento, en donde se desarrolla un drama psicológico: el conflicto entre lo material y lo espiritual. El triunfo de lo material sobre lo espiritual.

En el ensayo tenemos a Pedro Enrique Ureña (Santo Domingo, 1884-1946), que contribuyó a la renovación de las ideas estéticas en Hispanoamérica. Es el fundador de la crítica literaria moderna en Hispanoamérica. Alfonso Reyes (México, 1889-1959) uno de los más grandes prosistas del continente y a José Vasconcelos (México, 1881-1959), en el ámbito filosófico, pueden mencionarse tales libros

como *Pitágoras, una teoría del ritmo* (1916), *El monismo estético* (1918) o *Lógica Orgánica* (1945), que organizan un sistema fundamentado en el juicio estético, donde la belleza se convierte en una forma superior de la realidad y el método sintético de la música pone de relieve lo universal concreto; él mismo afirmó que su doctrina filosófica era “un monismo basado en la estética”. En segundo lugar, en las obras de sociología y pedagogía, como *La raza cósmica* (1925) y *Bolivarianismo y Monroísmo* (1934), pone de relieve una concepción antropológica e histórica que postula la formación en Latinoamérica de una raza futura, que acabará imponiendo la forma superior de vida nacida e influida por su temperamento estético, contraponiéndola a la de la América anglosajona. Otra faceta destacada de su actividad intelectual tuvo como escenario los trabajos históricos, como su *Breve historia de México* (1937) o *Hernán Cortés, creador de la nacionalidad* (1941).

El Vanguardismo

Con el término Vanguardismo se hace referencia a varias escuelas literarias de entre guerras de origen europeo que pasan a Hispanoamérica.

En Europa	En Hispanoamérica
1º Futurismo de Marinetti	1º Creacionismo de Huidobro (Chile)
2º Dadaísmo de Tristán Tzara, una verdadera mofa contra las formas tradicionales y en general contra todo orden y sistema	2º Ultraísmo en España y en Hispanoamérica (su representante es Borges).
3º Superrealismo de André Bretón que trata de desentrañar y dar expresión al mundo del subconsciente y se valía del automatismo psíquico, de los sueños y de la libre asociación de ideas.	3º Estridentismo con Manuel Maples Arce (México), influenciados por el Futurismo dan preferencia a los aparatos, cantan a las masas, crean imágenes dinámicas, ponen la palabra en libertad.

El Vanguardismo es:

- 1º la fuga hacia lo abstracto, hacia la deshumanización de la obra de arte;
- 2º se refugian en lo intuitivo, en lo automático, en el sueño;
- 3º rechazan el ideal clásico de la belleza;
- 4º todo es adecuado para la poesía;
- 5º no les interesan las normas tradicionales (la armonía, la unidad, el equilibrio, etc.);
- 6º rechazaron el elemento musical, resultado de la métrica y la rima;
- 7º la poesía debe ser leída y no escuchada;
- 8º rebelión contra el lenguaje;
- 9º la palabra adquiere libertad, tanto sintáctica como semántica;
- 10º el juego libre de las imágenes que reflejan un mundo irreal.

Los escritores vanguardistas escribieron tanto prosa como poesía. Algunos ensayaron el teatro también. Algunos de estos escritores vanguardistas abandonan este estilo y se refugian o evolucionan a estilos posteriores.

Mariano Brull (Cuba, 1891-1956) colaborador de la *Revista de Avance* (1891-1956) que fue el órgano del Vanguardismo en Cuba. Su poemario *La casa del silencio* (1916) todavía es Postmodernista, pero ya con *Poemas en menguante* (1928), su mejor libro, es una obra que lo acerca al Vanguardismo. Allí encontramos *Verdehalago*, entendida como puro juego sonoro, a continuación éste poema:

Verdehalago

Por el verde, verde
verdería de verde mar
Rr con Rr.

Viernes, vírgula, virgen
enano verde
verdularia cantárida
Rr con Rr.

Verdor y verdín
verdumbre y verdura

verde, doble verde
de col y lechuga.

Rr con Rr
en mi verde limón
pájara verde.

Por el verde, verde
verdehalago húmedo
extiéndome. Extiéndete.

Vengo del Mundodolido
y en Verdehalago me estoy.

En el poema *Filaflama alabe cundre* donde aparece el término “jitanjáfora” (Brull fue su creador) con el cual Alfonso Reyes bautizó el género de poema o fórmula verbal. A continuación éste poema:

Filiflama alabe cundre
ala olalúnea alífera
alveola jitanjáfora
liris salumba salífera.

Olivia oleo olorife
alalai cánfora sandra
milingítara girófora
zumbra ulalindre calandra.

En este poema no se dirige a la razón ni a los sentimientos sino más bien a la sensación y a la fantasía. Las palabras no buscan aquí un fin útil. Brull se adelanta a lo que Huidobro haría en partes de su *Altazor*. Es un simple juego combinatorio de sonidos.

Vicente Huidobro (Chile, 1893-1948) es el mejor representante del Vanguardismo en Hispanoamérica. Durante su primer periodo es todavía postmodernista con su poema *El espejo de agua* (1916), libro que marca la transición al Vanguardismo o al Creacionismo. A continuación un fragmento del poema *Arte poética* donde Huidobro deja claro la nueva estética.

(...)
Inventa mundos nuevos y cuida tu palabra;
El adjetivo, cuando no da vida, mata.

(...)
Por qué cantáis la rosa, ¡oh Poetas!
Hacedla florecer en el poema;

Sólo para nosotros
Viven todas las cosas bajo el Sol.

El Poeta es un pequeño Dios.
(...)

En 1919 comienza a escribir su gran obra *Altazor* que no se publicará hasta 1931. En un poema dividido en siete cantos que simbolizan los siete días de la creación desde el origen hasta la muerte. En el último canto presenta una verdadera jitanjáfora, no como el caso de Brull, sino que integrada al resto del poema. El canto solo cobra significado después de haberse leído la poesía en totalidad. El siguiente fragmento Huidobro emplea la jitanjafora.

Arorasía ululacente

(...)
Semperiva
Ivarisa tarirá
Campanudo lalí
Auriciente auronida
Lalalí
Io ia
Iiio
Ai a iai a iii oia
(...)

También escribió novelas, guiones cinematográficos y ensayos.

Cesar Vallejo (Perú, 1892-1938) no es vanguardista en su totalidad, su primer libro *Los heraldos negros* (1918) se puede clasificar de Postmodernista. Aunque aquí ya se encuentra el germen de lo que distingue a su poesía: el tormento de la existencia, la angustia ante el mal, el dolor y la agonía humanos. Su libro *Trilce* (1922) contiene algunos de los mejores poemas vanguardistas. Pero su Vanguardismo nunca

sobrepasa el límite de lo racional, de lo humano. En *Poemas humanos* (1939) trasciende el Vanguardismo y da expresión a temas sociales, sin deshumanizar al hombre ni desfigurar la realidad. El tono es dolorido, angustiado y la actitud casi siempre es pesimista.

Carlos Pellicer (México, 1899-1977) empezó escribiendo versos modernistas, bajo la influencia de Lugones y Santos Chocano. A partir de 1921 su poesía se caracteriza por el predominio de la nota plástica y descripciones del paisaje, sobre todo el tropical. Pero no son descripciones hechas a la manera romántica o costumbrista, sino impregnadas de una nueva sensibilidad. Predomina la imagen visual, rica en maticas cromáticos. Presenta la realidad como si estuviera pintando un mural. Toda su poesía tiende al Paisajismo.

Jaime Torres Bodet (México, 1902-1974) su producción ha sido constante y de alto nivel estético.

Xavier Villaurrutia (México, 1903-1950) es uno de los más originales escritores del grupo “contemporáneo”, escribió poesía, teatro, ensayo y novela. No obstante, es más recordado como poeta. Evolucionó del Postmodernismo al Vanguardismo sin abandonar nunca los temas eternos: el amor, la soledad, la nostalgia, la muerte. Con su poema *Nostalgia de la muerte* (1938) alcanza su más alta expresión poética. En este fragmento podemos ver el juego de palabras propios del Vanguardismo.

(...)

Y en el juego angustioso de un espejo frente a otro
Cae mi voz
Y mi voz que madura
Y mi voz quemadura
Y mi bosque madura
Y mi voz quema dura
Como el hielo de vidrio
Como el grito de hielo
Aquí en el caracol de la oreja
El latido de un mar en el que no sé nada
En el que no se nada
Porque he dejado pies y brazos en la orilla.

(...)

José Gorostiza (México, 1901-1973) publicó sus primeras poesías en la revista *México Moderno* (1920). Da expresión al tema de la naturaleza, no es paisajista sino más bien simbólica: la naturaleza como símbolo de la vida humana.

Pablo Neruda (Chile, 1904-1973) es el seudónimo de Neftalí Ricardo Reyes cuya obra poética ocupa uno de los más altos puestos en la lírica hispanoamericana. Evoluciona del Postmodernismo al Vanguardismo y la Poesía social. Premio Nobel de Literatura en 1971, su obra sintetiza de forma magistral ese viaje de ida y vuelta del poeta americano que, tras sumergirse en las referencias culturales occidentales, llega a los orígenes de Hispanoamérica. Resultado de esa travesía es su *Canto general*, la epopeya que comienza con la telúrica cosmogonía de los primeros habitantes del mundo americano. Sin embargo, su dimensión poética es tan vasta que va desde la exaltación amorosa a la celebración erótica, pasando por la rebeldía ante el dolor a causa de la miseria de los pueblos, víctimas de la injusticia y la opresión. Poeta, soldado y revolucionario, vanguardista y anti vanguardista, fue en su tiempo un personaje polémico por sus posturas poéticas y políticas. Su *España en el corazón*, resultado de la experiencia de la guerra civil española, marcaría el comienzo de una metamorfosis tanto en su vida como en su obra que lo llevará a instrumentalizar su poesía en este sentido. *Veinte poemas de amor y una canción desperrada* (1924), diario lírico que le hace famoso por la originalidad con que da expresión al tema del amor.

El Criollismo

El Criollismo se desarrolla paralelamente a la corriente vanguardista. Se usa este término para designar las letras que tratan de asuntos americanos, se manifiesta mejor en la prosa, pero también existe en la poesía, el ensayo y el teatro.

Características del Criollismo son:

- 1º interés por lo popular frente a lo culto y lo erudito de los vanguardistas;
- 2º uso de asuntos, escenarios, personajes y ambientes americanos;
- 3º uso de imágenes, motivos y símbolos americanos;

- 4º uso de una mitología americana que reemplaza a la europea de los modernistas;
- 5º deseo de captar la realidad americana sin estilizarla, como hacen los vanguardistas;
- 6º uso de formas orgánicas, resultado de la búsqueda de lo nativo;
- 7º interés en los problemas sociales y políticos de los pueblos americanos;
- 8º necesidad de definir lo americano y de precisar el destino del continente.

La poesía criollista tiene sus antecedentes en algunas composiciones de Manuel González Prada (*El mitayo*) y José Santos Chocano (*Tres notas de nuestra alma indígena*), también los costumbristas románticos como el mexicano Guillermo Prieto (1818-1897) y el argentino Carlos Guido y Spano (1827-1918). Si bien la poesía criollista es menos representante que la novela y el cuento, tiene importantes representantes.

Luis Palés Matos (1898-1959) Puerto Rico, su primer periodo pertenece a la transición entre el Modernismo y el Postmodernismo puertorriqueño. Hacia 1926 descubre el filón poético afro antillano popular y le da forma artística. *La danza negra* (1918), *Pueblo Negro* (1925), *Bombo* (1930), *Lagarto verde* (1937), etc. En su poema *Ñañigo al cielo*, predomina el marcado ritmo, la onomatopeya y el uso de imágenes afro antillanas. A continuación un fragmento de éste poema:

(...)
Calabó y bambú.
Bambú y calabó.
El Gran Cocoroco dice: tu-cu-tú.
La Gran Cocoroca dice: to-co-tó.
Es el sol de hierro que arde en Tombuctú.
Es la danza negra de Fernando Poo.
El cerdo en el fango gruñe: pru-pru-prú.
El sapo en la charca sueña: cro-cro-cró.
Calabó y bambú.
Bambú y calabó.
(...)

En *Ñam-ñam*, a través de la repetición de la palabra onomatopéyica, el poeta nos hace oír el acto de masticar:

(...)
Ñam-ñam en la carne blanca
los dientes negros —ñam-ñam.
Las tijeras de las bocas
sobre los muslos —ñam-ñam.
Van y vienen las quijadas
con sordo ritmo —ñam-ñam.
La feroz noche deglute
bosques y junglas —ñam-ñam
(...)

Los juegos con los nombres geográficos son comunes en la poesía de Palés Matos, un ejemplo de ello es el poema a continuación:

Cuba—ñañigo y bachata—
Haití—vodú y calabaza—
Puerto Rico—burundanga—

Martinica y Guadalupe
me van poniendo la casa.
Martinica en la cocina
y Guadalupe en la sala.
Martinica hace la sopa
y Guadalupe la cama.
Buen catalí, Martinica,
que Martinica me aguarda.

Partes de la *Falsa canción de Baquiné*, en cambio, son verdaderas jitanjáforas:

(...)
¡Ohé Nené!
¡Ohé Nené!
Adombe gangá mondé,
adombe,
candombe del baquiné,
candombe.
(...)

La poesía de Palés Matos es más descriptiva que social, más costumbrista que lírica. Su actitud a veces es irónica. Se queda en lo externo, no profundiza como Guillén, en lo folclórico y lo geográfico.

Nicolás Guillén (Cuba, 1902-1989) su poesía es más profunda, más lírica, más subjetiva. Su libros de poemas más reconocidos son: *Motivos del son* (1930), *Songoro cosongo* (1931), *West Indies Limited* (1934), *Cantos para soldados y sones para turistas* (1937) y *El son entero* (1947). Guillén sabe mejor que cualquier otro poeta hacer uso de mitos, símbolos e imágenes propios de la cultura afrocubana, y también darles expresión con un intuitivo sentido rítmico. Su poesía nunca se limita a lo simplemente folclórico, más bien, sus poemas tienden hacia lo social, lo que los distingue de los de Palés Matos. En Guillén lo estético y lo social se funden en perfecta simbiosis. Su poesía nunca deja de ser poseía, nunca se convierte en simple propuesta o burda propaganda. El poeta nunca se olvida de su misión artística, pero tampoco de los problemas de los afro antillanos, que utiliza con maestría para crear la obra de arte. En *Songoro cosongo*, pone en juego su conocimiento del folclor afrocubano y da paso a lo humano universal. A continuación, un fragmento de *Nuestro canto*:

(...)
Nuestro canto
es como un músculo bajo la piel del alma,
nuestro sencillo canto.
...
¡Eh, compañeros, aquí estamos!
Bajo el sol
nuestra piel sudorosa reflejará los rostros húmedos
de los vencidos,
y en la noche, mientras los astros ardan en la punta
de nuestras llamas,
nuestra risa madrugará sobre los ríos y los pájaros.
(...)

Lo humano universal se ha de acentuar en su obra posterior, a partir de *West Indies Limited* sin que desaparezca todo lo folclórico hay un ritmo sugestivo, ritmo que tiene un efecto mágico, es un ensalmo para matar una culebra, así como el ritmo, las palabras también tienen valor mágico:

¡Mayombe—bombe--mayombé! Tas ir autora, jabut 2
Sensemayá, la culebra...
¡Mayombe--bombe--mayombé!

Sensemaya, no se mueve...
¡Mayombe—bombe--mayombé!
Sensemayaá, la culebra...
¡Mayombe—bombe--mayombé!
Sensemaya, se murió!

En la *Balada del güie*” haciendo uso de imágenes procedentes de la cultura afrocubana, se capta admirablemente la tragedia del niño ahogado:

¡Ñeque, que se vaya el ñeque!
¡Guije, que se vaya el güije!

Las turbias aguas del río
son hondas y tienen muertos;
carapachos de tortuga,
cabezas de niños negros

A la misma colección pertenece *Guadalupe W.I* poesía de protesta social:

Los negros, trabajando
junto al vapor. Los árabes, vendiendo,
los franceses, paseando y descansando,
y el sol, ardiendo.
En el puerto se acuesta
el mar. El aire tuesta
las palmeras... Yo grito: ¡Guadalupe!, pero nadie
contesta.
Parte el vapor, arando
las aguas impasibles con espumoso estruendo.
Allá quedan los negros trabajando,
los árabes vendiendo,
los franceses, paseando y descansando,
y el sol, ardiendo...

Emilio Ballagas (Cuba, 1908-1954), publicó a los 23 años un libro que tiene todas las características de la obra que se espera del poeta ya maduro. No es un imitador, en su poesía combina el tema afroantillano y la técnica surrealista. *Júbilo y fuga* (1931), contiene una de las mejores poesías. Se distinguen por el esfuerzo realizado para dominar

el exuberante material poético y darle forma aplicando los cánones de la poesía pura. *Cuaderno de poesía negra* (1934), se identifica con la corriente de la poesía afro antillana de Palés Mato y de Guillén. *Balada para dormir a un negrito* utiliza el habla característica del afrocubano, pero las variantes nos hacen pensar en el juego con el lenguaje característico de los vanguardistas:

Dórmiti mi nengre,
dórmiti ningrito.
Caimito y merengue,
merengue y caimito.

Dómiti mi nengre,
mi nengre bonito.
¡Diente de merengue,
bemba de caimito!

A partir de *Sabor eterno* (1939) canta a los temas eternos abandonando los temas afrocubanos: la soledad, la angustia, la muerte, etc. Con *Cielo y rehenes* (1951), vuelve al tema religioso. Su poesía es intensa, humana y angustiada.

Los narradores vanguardistas, que son descendientes espirituales de los postmodernistas, no lograron crear una novela significativa. Aunque sus contemporáneos criollistas si logran elevar la narrativa a un nivel superior. Por primera vez los novelistas llegan a ponerse a la altura de los poetas y ensayistas. Por primera vez la novela hispanoamericana es capaz de dar expresión a temas y asuntos nativos, de crear ambientes y personajes americanos, usar formas originales y forjar un estilo propio. Por eso el nacimiento de la novela criollista marca un momento importante.

La narrativa criollista se puede dividir en:

- 1º la novela de la revolución mexicana;
- 2º la novela indigenista;
- 3º la novela de ambiente;
- 4º el cuento.

La novela de la revolución mexicana surgió como expresión de la ruptura histórica ocurrida en 1910, año que marca la iniciación de la

lucha contra el gobierno de Porfirio Díaz. Pero no es hasta cinco años después cuando aparece la primera novela que narra esa lucha.

Mariano Azuela (México, 1873-1952) es con la novela *Los de abajo* (1915) con la que crea el subgénero: la novela de la revolución mexicana. Aquí aparece una actitud que no desaparecerá en sus posteriores novelas: la desilusión con los resultados de la revolución mexicana. Es la novela más leída dentro y fuera de México. El éxito se debe al sostenido interés dramático que no decae desde la primera a la última escena. Azuela abandona la técnica de la novela realista europea y crea una nueva forma narrativa que distingue por la estructura, el estilo, el tema americano, el conflicto político-social, y la actitud objetiva del narrador. Si bien los cuadros o escenas se presentan sin orden aparente alguno, es el personaje principal quien los une. La acción principal no sigue un plan determinado como la misma revolución. Otras novelas de Azuela son *Las moscas* (1918), *Las tribulaciones de una familia decente* (1918), *La malahora* (1923). En ésta última novela usa una técnica poco común para la época, disloca el tiempo, escenas fragmentadas, retrospectión, desarrollo tortuoso de la trama y caracterización incompleta. Es una novela precursora de la novela contemporánea mexicana. Sus últimas novelas son *La luciérnaga* (1932) y *Nueva burguesía* (1941) todas sobre el tema de la revolución mexicana.

Martín Luis Guzmán (México, 1897-1976) con su obra “El águila y la serpiente” (1928), publicada en Madrid, logra captar la esencia de la revolución. Es testigo ocular de los hechos, nos los hace ver y sentir como si los viviéramos de verdad. En *Memorias de Pancho Villa* (4 tomos, 1838-1940), el caudillo se pinta así mismo con una caracterización jamás superada. Con *La sombra del caudillo* (1929), elabora la verdadera novela política., es una de las novelas más logradas en este estilo al unir perfectamente el tema y la forma.

José Rubén Romero (México, 1890-1952), fue un novelista que tuvo fe ciega en la revolución mexicana y esa es la actitud que se desprende de sus novelas. La revolución no es el asunto central de sus novelas, sin embargo la revolución es un elemento esencial en sus novelas. Se destacan novelas como *Desmandada* (1934), *El pueblo inocente* (1934), *Mi caballo, mi perro y mi rifle* (1936), en las dos primeras es casi autobiográfico, en la última el autor es el protagonista. *La vida inútil de Pito Pérez* (1938), es uno de los libros más originales en la literatura mexicana del siglo XX y con el cual da nueva vida al género picaresco.

Rafael Felipe Muñoz (México, 1899-1973) nunca abandonó la temática de la revolución. *Feroz cabecilla* (1928), su primer libro de cuentos trata el conflicto social, en *El hombre malo* (1930), *Si me han de matar mañana* (1934) en ambas predomina el realismo descriptivo y la nota dramática. Igualmente destacan sus últimas novelas *Vamos con Pancho Villa* (1931) y *Se llevaron el cañón para Bachimba* (1941).

La novela indianista de los románticos desaparece con los Realistas-Naturalistas que profesaban o rechazaban la filosofía positivista y el implícito darwinismo que veían al indígena con simpatía sin profundizar. Tampoco los Modernistas hablan del indio. A partir de 1930, como consecuencia del interés en las culturas nativas, y del deseo de propagar las ideas sociales que predominaban en el pensamiento hispanoamericano, nace la novela indigenista. El indio ya no es un motivo exótico sino un ser social cuyos problemas vitales han sido ignorados por el grupo dominante.

Alcides Arguedas (Bolivia, 1879-1946) precursor de la novela indigenista y del ensayo del mismo tema. Su primera novela fue *Pisagua* (1903), seguida de *Pueblo enfermo* (1909), *Vida criolla* (1912) y *Raza de bronce* (1919) su obra más famosa. No es solo el costumbrismo de la vida de los indios sino el conflicto entre estos y los patrones, es una novela fatalista.

Jorge Icaza (Ecuador, 1902-1978) continúa con la tradición de Arguedas pero intensifica la protesta en el cuento *Barro de la sierra* (1933), y en la novela *Huasipungo* (1934) la más representativa del indigenismo general, con mucho documento social en donde lo artístico queda en segundo plano por falta de distancia estética. El lector no puede simpatizar con el indio porque es pintado a nivel de un animal salvaje, tampoco con los explotadores. Tiene un final trágico. El mensaje del autor es claro: cualquier rebelión desorganizada es inútil. Otras obras de Icaza son *En las calles* (1935), novela, *Cholos* (1938), novela; *Media vida deslumbrados* (1942) y *Huairapamushcas* (1948) estas últimas novelas.

Gregorio López y Fuentes (México, 1897-1966), su novela *El Indio* (1935) es considerada como arquetipo del género. Además de ser una novela indigenista, es una novela de masas. Los personajes no tienen nombre, el protagonista es la tribu entera, los conflictos son colectivos, las acciones son unánimes, la novela no pierde su significado humano.

Mauricio Magdaleno (México, 1905-1986) contribuye al indigenismo con una poderosa novela *El resplandor* (1937), enérgica protesta

contra una sociedad que deja vivir en la miseria a una comunidad indígena. La revolución no ha beneficiado a este sector, al contrario lo ha usado y olvidado. También escribió dramas de tema revolucionarios, crítica literaria y ensayos.

Ramón Rubín (México, 1912-1999) autor de novelas y cuentos indigenistas. Tiene gran conocimiento de la vida de los pueblos indígenas del norte y del sur. Sus indios no son idealizados, pinta en ellos tanto las virtudes como los defectos, es muy objetivo. Su mejor novela es *El callado dolor de los tzotziles* (1948). En *El canto de la grilla* (1952) dramatiza los problemas sociales de los indios del Estado de Nayarit. En *La bruma lo vuelve azul* (1954) hace un retrato de la geografía de los indios huicholes del centro del país. En su novela *El seno de la esperanza* (1964) toca el tema del mar, un tema muy raro y escaso en la novelística mexicana.

Ciro Alegría (Perú, 1909-1967) es el novelista más conocido de este tema. Describe el paisaje magistralmente, toma partido por los indios con quienes simpatiza. *La serpiente de oro* (1935) es sobre la vida de los cholos balseros del río Marañón. Es costumbrista en las siguientes novelas: *El mundo es ancho y ajeno* (1941) obra premiada en Nueva York y la más conocida, *Los perros hambrientos* (1939) en torno a la vida en las montañas del norte peruano con una fuerte protesta social.

Mario Monteforte Toledo (Guatemala, 1911-2003) escribió la novela *Amaite* (1938) que tiene como escenario las selvas del Petén, la novela *Entre la piedra y la cruz* (1948), obra que tiene como escenario la región del lago Atitlán y gira en torno al conflicto espiritual del protagonista que se debate entre el cristianismo y la idolatría, entre el mundo civilizado y el primitivo, entre la piedra y la cruz.

La novela gauchesca en Uruguay y Argentina tiene sus orígenes en el Romanticismo, pero da sus mejores frutos en el siglo XX.

Benito Lynch (Argentina, 1880-1951) dedicó su vida entera al cultivo de la novela de personajes, ambientes, asuntos y temas gauchescos. La novela *Los caranchos de la Florida* (1916) trata del conflicto entre padre e hijo por la misma mujer, conflicto que termina con la vida de ambos. *El inglés de los güesos* (1924) en donde la gauchita ingenua enamorada del frío antropólogo inglés pone fin a sus días ahorcándose. *El romance del gaucho* (1933), novela donde el autor capta con veracidad la psicología de un tímido joven gaucho enamorado de una mujer casada.

Ricardo Güiraldes (Argentina, 1886-1927) con *Cuentos de muerte y sangre* (1915), *Rosana* (1922) y *Xamaica* (1923) dos novelas cortas de tono

poético. En *Don Segundo Sombra* (1926), su novela más importante, el gaucho perfecto simboliza la argentinidad.

Enrique Amorim (Uruguay, 1900-1960) logra escribir narraciones de ambiente campero de valor permanente como *Tangarupá* (1923) y *La carretera* (1929). Sus novelas son de un ambiente rural, presenta a un gaucho telúrico, pegado a la tierra y en lucha con su medio pero decidido a triunfar y sobreponerse a pesar de los cambios en la organización social.

La novela de la selva y el llano

La novela de la selva y el llano se inicia con la obra en inglés *Green Mansions* (1904) del anglo-argentino William Henry Hudson (1841-1922), conocido también como Guillermo Enrique Hudson, escribía tanto en español como en inglés.

José Eustasio Rivera (Colombia, 1888.1928) autor de poesías y una novela, *La vorágine* (1924), publicada como protesta sobre las condiciones de la vida de los caucheros de la selva. Si el mensaje de la novela fue olvidado muy pronto, el aspecto artístico no, que es más valioso: el estilo poético, las vividas descripciones, de la selva amazónica, la épica lucha entre el hombre y la naturaleza y el muy hispanoamericano desenlace, la conquista del personaje por su medio: “los devoró la selva”. A continuación un fragmento de esta novela donde el personaje principal le pide a la selva que le permita huir, salir de ella:

¡Déjame huir, oh, selva, de tus enfermizas penumbras, formadas con el hálito de los seres que agonizaron en el abandono de tu majestad! ¡Tú misma pareces un cementerio enorme donde te pudres y resucitas! ¡Quiero volver a las regiones donde el secreto no aterra a nadie, donde es imposible la esclavitud, donde la vista no tiene obstáculo y se encumbra el espíritu en la luz libre! (...) ¡Déjame tomar a la tierra de donde vine para desandar esa ruta de lágrimas y sangre que recorrí en nefando día, cuando tras la huella de una mujer me arrastré por montes y desiertos, en busca de la Venganza, diosa implacable que sólo sonrío tras las tumbas!

Rómulo Gallegos (Venezuela, 1884-1969) considerado como el novelista más relevante del siglo XX en Venezuela y uno de las más

grandes escritores de todos los tiempos en Hispanoamérica. Algunas de sus novelas llegaron a convertirse en clásicos de la literatura hispanoamericana como “Doña Bárbara” (1929), que es su más importante novela, lleva a un punto culminante el conflicto entre civilización y barbarie. En el siguiente fragmento el personaje principal doña Bárbara resume cómo es la vida en los Llanos:

La llanura es bella y terrible a la vez; en ella caben, holgadamente, hermosa vida y muerte atroz. Ésta acecha por todas partes; pero allí nadie la teme. El llano asusta; pero el miedo del llano no enfría el corazón: es caliente como el gran viento de su soleada inmensidad, como fiebre de sus esteros. El llano enloquece y la locura del hombre de la tierra ancha y libre es ser llanero siempre.

Otras novelas de ambiente telúrico

Numerosas son las novelas de ambiente telúrico que no pertenecen, por los asuntos o los personajes, a las clasificaciones anteriores. Se agrupan aquí sin intentar encasillarlas. Todas pertenecen a la corriente Criollista.

Manuel Rojas (Chile, 1896- 1973) nacido en Argentina pero vivió en Chile y su producción pertenece a la literatura chilena. Dentro del Criollismo tiene novelas como: *Lanchas en la bahía* (1932), *La ciudad de los Césares* (1936), *Hijo de ladrón* (1951), su obra maestra, basa en la novela picaresca, narración en primera persona de las aventuras del personaje. También cultivó el cuento. *El vaso de leche y sus mejores cuentos* (1957), es un clásico del género hispanoamericano, en torno a la dignidad humana.

Enrique Laguerre (Puerto Rico, 1906- 2005). Se dio a conocer con *La Llamada* (1935), novela que trata la lucha del hombre con su ambiente en el cañaveral puertorriqueño. En *La resaca* (1949) recrea el ambiente social y político del Puerto Rico de las últimas décadas de la dominación española. En *La ceiba del tiempo* (1956) analiza los problemas sociales y políticos del país. En *El laberinto* (1959) su más ambiciosa novela, explora las consecuencias de la vida en la gran urbe, la desorientación del hombre moderno perdido en su laberinto.

Demetrio Aguilera Malta (Ecuador, 1909-1981) escribió teatro, poesía, cuentos, novelas, ensayos y crítica literaria. Fue la novela *Don*

Goyo (1933) con la que se dio a conocer, novela de ambiente rural en la que describe con fuertes pinceladas la vida del cholo. Creó personajes telúricos anticipándose a Márquez y siendo considerado como un precursor del Realismo mágico.

El cuento

Todos los escritores mencionados anteriormente en el Criollismo también escribieron cuentos. Es difícil separar a los cuentistas de los novelistas. Aunque hay algunos que solo escribieron cuentos. Sus representantes son:

Mariano Latorre (Chile, 1886-1957) novelista, crítico y ensayista, que se distinguió más como cuentista. Es el mejor representante del Criollismo en su país. Su Criollismo es más amplio que el de los otros escritores, ya que abarca lo campesino, lo urbano y lo marítimo.

Enrique López Albújar (Perú, 1872-1966) su primera época pertenece al Modernismo, pero en 1920 publica *Cuentos andinos* y se define dentro del Criollismo. *Cuentos Andinos* (1920), es la primera obra importante del indigenismo, amplía y profundiza la temática peruana que había iniciado Abraham Valdelomar (1888-1919), el célebre autor de *El Caballero Carmelo*. En sus relatos, centrados en la vida de los indígenas narra muchas veces historias violentas, influido por el realismo, y no exentos de prejuicios, dando a conocer al indio, como primer personaje, sin el tratamiento paternalista como había ocurrido en el pasado, sino como verdadero ser humano; resaltando sus virtudes, sus vicios y, sobre todo, su humanidad. *Matalaché* (1928) es considerada como la primera novela sobre la esclavitud en el Perú, obra histórica que nos remite a 1816 en las costas peruanas. Allí, en la extensa propiedad de don Juan de los Ríos, vive un grupo de esclavos, hombres y mujeres de raza negra, trabajando en labores domésticas o en la fábrica de jabones de su amo. Los protagonistas son María Luz, la joven y bella hija de don Juan, y el esclavo mulato José Manuel Sojo, conocido por el nombre de Matalaché. María Luz se enamora de él, de su fortaleza y habilidad artística (es músico y artesano), pero el amor de la pareja acaba trágicamente. El mayor acierto de López Albújar fue hacer que en esta historia de amor confluya diversidad de temas. En primer lugar, la falta de libertad e injusticias sufridas por los esclavos,

descritas con múltiples ejemplos a lo largo de la narración. También la discriminación sexual, graficada en el episodio de la esclava Rita y la falta de acceso de María Luz, a pesar de su inteligencia y riqueza, a una educación superior.

Salvador Salazar Arrué (El Salvador, 1899-1975) hace uso de un estilo poético para dar expresión a temas y asuntos criollos.

Roberto Arlt (Argentina, 1900-1942) se adelanta a la época en su narrativa y teatro, en donde pinta a la gente usando su vernáculo propio. La sociedad en su narrativa es hipócrita, cruel, sin redención. Encontramos personajes deformados por la sociedad. Todos son cínicos, o hipócritas, o delatores, seres fracasados, resentidos, al borde de lo anormal, seres salidos del mundo de Dostoievski. Maneja la psicología del personaje. A continuación un fragmento del cuento *El jorobadito* su cuento más famoso donde el protagonista explica con mucho cinismo el crimen que acaba de cometer:

(...) Retorcerle el pescuezo al jorobadito ha sido de mi parte un acto más ruinoso e imprudente para mis intereses, que atentar contra la existencia de un benefactor de la humanidad. Se ha echado sobre mí la policía, los jueces y los periódicos. Y ésta es la hora en que aún me pregunto (considerando los rigores de la justicia) si Rigoletto no estaba llamado a ser un capitán de hombres, un genio, o un filántropo. De otra forma no se explican las crueldades de la ley para vengar los fueros de un insigne piojoso, al cual, para pagarle de su insolencia, resultarían insuficientes todos los puntapiés que pudieran suministrarle en el trasero, una brigada de personas bien nacidas. No se me oculta que sucesos peores ocurren sobre el planeta, pero ésta no es una razón para que yo deje de mirar con angustia las leprosas paredes del calabozo donde estoy alojado a espera de un destino peor (...)

Augusto Céspedes (Bolivia, 1904-1997) uno de los mejores cuentistas de su generación, coleccionó sus narraciones en torno a la guerra del Chaco.

El teatro durante esta época presenta dos tendencias: la Vanguardista y la Nativista o Social. Los Vanguardistas imitan a los europeos y en especial a Pirandello. Mientras que los Criollistas tratan de adaptar al teatro asuntos y temas criollos, como anteriormente lo había hecho Florencio Sánchez.

José Joaquín Gamboa (México, 1878-1931) representa el teatro de transición del Realismo al Criollismo. Si bien su teatro no es del todo social, las obras dentro de esta corriente son las que mejor lo representan, sus dos obras más populares fueron *Via crucis* (1925) y *Las Revillagigedo* (1925).

Francisco Monteverde (México, 1894-1985) fue dramaturgo, cuentista, novelista, ensayista, poeta y crítico literario. Sus principales obras teatrales son: *En el remolino* (1923) que es un drama de la revolución mexicana, *Oro negro* (1927) en torno al problema de la explotación del petróleo y *La careta de cristal* (1932), de ambiente pueblerino.

Samuel Eichelbaum (Argentina, 1894- 1967) es continuador del teatro de Florentino Sánchez, autor de dramas de indiscutible valor. En sus obras crea personajes trágicos de honda estirpe, como la muchacha que prefiere la pobreza en vez de la vida de molicie pero sujeta a la humillación, sus obras representativas son: *El gato y la selva* (1894) y *Pájaro de barro* (1940).

Otros dramaturgos son: Antonio Acevedo Hernández (Chile, 1886-1962), Germán Luco Cruchaga (Chile, 1894-1936), Armando Mook (Chile y Argentina, 1894-1942) vivió en Buenos Aires y escribió para el teatro de esa ciudad. *La serpiente* (1920), en torno al tema tradicional de la mujer fatal y *Rigoberto* (1935) donde pinta con humor al marido dominado por la familia.

Los escritores que cultivan el ensayo durante esta época, como ocurre con los narradores y los autores dramáticos, se bifurcan en dos grupos: vanguardistas y criollistas. Dentro de los Vanguardistas tenemos a Jorge Mañach (Cuba, 1898-1930) fue colaborador de la "Revista Avance" de 1927-1930 y autor de valiosos ensayos recogidos en libros como son: *Indagación del choteo* (1928), *Martí, apóstol* (1933) e *Historia y estilo* (1944). Por la parte de los Criollistas, que tienen una fuerte tendencia social, tenemos a José Carlos Mariátegui (Perú, 1895-1930) que es el mejor representante del ensayo de temática social. Se da a conocer en las páginas de la revista "Amauta" (1926-1930) con *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928). Por último el ensayista Samuel Ramos (México, 1897-1959), su pensamiento está influido por la filosofía de los valores y por la del español José Ortega y Gasset así como de Alfred Adler, de quien toma el modelo psicológico centrado en las influencias del medio social y familiar en el carácter del sujeto.

Actividades

1. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Tuércelo el cuello al cisne

Tuércelo el cuello al cisne de **engañoso plumaje**
que da su nota blanca al azul de la fuente;
él pasea su **gracia** no más, pero no siente
el alma de las cosas ni la voz del paisaje.

Huye de toda forma y de todo lenguaje
que no vayan **acordes** con el ritmo **latente**
de la vida profunda... y adora intensamente la vida,
y que la vida comprenda tu homenaje.

Mira al **sapiente búho** cómo tiende las alas
desde el Olimpo, deja el **regazo** de Palas
y posa en aquel árbol el vuelo **taciturno**...

Él no tiene la gracia del cisne, mas su inquieta
pupila, que se **clava** en la sombra, interpreta
el misterioso libro del silencio nocturno.

Tuércelo el cuello al cisne de Enrique González Martínez

- Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- ¿Por qué se dice que este soneto tiene un contenido simbólico?
- Haz el análisis de la métrica del poema.
- ¿Qué simbolizan aquí el cisne y el búho?
- Busca los recursos literarios que hay en este poema.

2. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Corderito

Corderito mío,
suavidad callada:
mi pecho es tu gruta
de musgo afelpada.

Carnecita blanca,
tajada de luna:
lo he olvidado todo
por hacerme cuna.

Me olvidé del mundo
y de mí no siento
más que el pecho vivo
con que te sustento.

Y sé de mí sólo
que en mí te recuestas.
Tu fiesta, hijo mío,
apagó las fiestas.

Gabriela Mistral

- ¿Qué persigue la autora usando el diminutivo?
- ¿Qué rima tiene el poema?
- Busca los recursos literarios del poema.

3. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

La mujer estéril

La mujer que no **mece** un hijo en el **regazo**,
(cuyo calor y aroma alcance a sus **entrañas**),
tiene una **laxitud** de mundo entre los brazos;
todo su corazón **congoja** inmensa baña.

El lirio le recuerda unas **sienes** de **infante**;
el Angelus le pide otra boca con **ruego**;
e **interroga** la fuente de **seno** de diamante
por qué su labio quiebra el cristal en **sosiego**.

Y al **contemplar** sus ojos se acuerda de la **azada**;
piensa que en los de un hijo no mirará **extasiada**,
al vaciarse sus ojos, los follajes de octubre.

Con doble temblor oye el viento en los cipreses.
¡Y una **mendiga grávida**, cuyo seno **florece**
cual la **parva** de enero, de **vergüenza** la cubre!

Gabriela Mistral

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) ¿Qué conflicto hay en este poema?
- c) Busca los recursos literarios del poema.
- d) Analiza la métrica del poema.

4. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Amor

Lo soñé **impetuoso**, **formidable** y **ardiente**;
hablaba el **impreciso** lenguaje del **torrente**;
era un mar **desbordado** de locura y de fuego,
rodando por la vida como un eterno riego.

Luego soñélo triste, como un gran sol **poniente**
que dobla ante la noche la cabeza de fuego;
después rió, y en su boca tan tierna como un ruego,
soñaba sus cristales el alma de la fuente.

Y hoy sueño que es **vibrante** y **suave** y **riente** y triste,
que todas las tinieblas y todo el **iris** viste,
que, **frágil** como un ídolo y eterno como Dios,

sobre la vida toda su majestad levanta:
y el beso cae ardiendo a perfumar su planta
en una flor de fuego **deshojada** por dos....

Amor de Delmira Agustini

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) ¿Cuál es el tema del poema?
- c) ¿A quién se dirige la autora? ¿Cómo es esa persona?
- d) Analiza la métrica del poema.
- e) Busca los recursos literarios del poema.

5. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

¡Adiós!

Las cosas que mueren jamás **resucitan**,
las cosas que mueren no **tornan** jamás.
¡Se quiebran los vasos y el vidrio que queda
es polvo por siempre y por siempre será!

Cuando los **capullos** caen de la rama
dos veces seguidas no **florecerán...**
¡Las flores **tronchadas** por el viento **impío**
se agotan por siempre, por siempre jamás!

¡Los días que fueron, los días perdidos,
los días **inertes** ya no volverán!
¡Qué tristes las horas que **se desgranaron**
bajo el **aletazo** de la soledad!

¡Qué tristes las sombras, las sombras **nefastas**,
las sombras creadas por nuestra maldad!
¡Oh, las cosas idas, las cosas marchitas,
las cosas celestes que así se nos van!

¡Corazón... silencio!... ¡Cúbrete de **llagas!**...
-de **llagas infectas**- ¡cúbrete de mal!...

¡Que todo el que llegue se muera al tocarte,
corazón maldito que inquietas mi **afán!**

¡Adiós para siempre mis **dulzuras** todas!
¡Adiós mi alegría llena de **bondad!**
¡Oh, las cosas muertas, las cosas **marchitas**,
las cosas **celestes** que no vuelven más! ...

Amor de Alfonsina Storni

- Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- ¿Cuál es el tema principal de este poema?
- Relaciona:

<ol style="list-style-type: none"> personificación antítesis repetición paranomasia aliteración geminación 	<ol style="list-style-type: none"> por siempre (verso 4 y 8) “es polvo por siempre y por siempre será” (verso 4) los días (verso 9) mueren – resucitan (verso 1) “¡Qué triste!” (versos 11 y 14) llagas – llegue (versos 17 y 18) “Las cosas que mueren” (verso 1) las sombras (versos 13 y 14) de llagas (versos 17 y 18) “¡Adiós!” (versos 21 y 22) las cosas (versos 15 y 16)
--	---

- Analiza la rima del poema.

6. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Millonarios

Tómame de la mano. Vámonos a la lluvia
descalzos y ligeros de ropa, sin paraguas,

con el cabello al viento y el cuerpo a la caricia
oblicua, refrescante y menuda del agua.

¡Que rían los vecinos! Puesto que somos jóvenes
y los dos nos amamos y nos gusta la lluvia,
vamos a ser felices con el gozo sencillo
de un casal de gorriones que en la vía se arrulla.

Más allá están los campos y el camino de acacias
y la quinta suntuosa de aquel pobre señor
millonario y obeso, que con todos sus oros,

no podría comprarnos ni un gramo del tesoro
inefable y supremo que nos ha dado Dios:
ser flexibles, ser jóvenes, estar llenos de amor.

Millonarios de Juana de Ibarbourou

- ¿Cuál es el tema del poema?
- Hay una antítesis entre los jóvenes y el anciano ¿explica por qué?
- El primer cuarteto comienza con un imperativo, ¿por qué? ¿qué opinas?
- “Tómame la mano...” ¿Qué significado tiene esta frase?
- En el poema hay erotismo, búscalo y explícalo.
- ¿Quiénes representan los ojos acusadores en este poema?
- ¿Cómo la autora describe al anciano?
- ¿Qué representa el anciano?

7. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

La suave patria

Proemio

Yo que sólo canté de la exquisita
partitura del íntimo decoro,
alzo hoy la voz a la mitad del foro

a la manera del tenor que imita
la gutural modulación del bajo
para cortar a la epopeya un gajo.

Navegaré por las olas civiles
con remos que no pesan, porque van
como los brazos del correo chuan
que remaba la Mancha con fusiles.

Diré con una épica sordina:
la Patria es impecable y diamantina.

Suave Patria: permite que te envuelva
en la más honda música de selva
con que me modelaste por entero
al golpe cadencioso de las hachas,
entre risas y gritos de muchachas
y pájaros de oficio carpintero.

Primer acto

Patria: tu superficie es el maíz,
tus minas el palacio del Rey de Oros,
y tu cielo, las garzas en desliz
y el relámpago verde de los loros.

El Niño Dios te escrituró un establo
y los veneros del petróleo el diablo.

Sobre tu Capital, cada hora vuela
ojerosa y pintada, en carretela;
y en tu provincia, del reloj en vela
que rondan los palomos colipavos,
las campanadas caen como centavos.

Patria: tu mutilado territorio
se viste de percal y de abalorio.

Suave Patria: tu casa todavía
es tan grande, que el tren va por la vía
como aguinaldo de juguetería.

Y en el barullo de las estaciones,
con tu mirada de mestiza, pones
la inmensidad sobre los corazones.

¿Quién, en la noche que asusta a la rana,
no miró, antes de saber del vicio,
del brazo de su novia, la galana
pólvora de los juegos de artificio?

Suave Patria: en tu tórrido festín
luces policromías de delfín,
y con tu pelo rubio se desposa
el alma, equilibrista chuparrosa,
y a tus dos trenzas de tabaco sabe
ofrendar aguamiel toda mi briosa
raza de bailadores de jarabe.

Tu barro suena a plata, y en tu puño
su sonora miseria es alcancía;
y por las madrugadas del terruño,
en calles como espejos se vacía
el santo olor de la panadería.

Cuando nacemos, nos regalas notas,
después, un paraíso de compotas,
y luego te regalas toda entera
suave Patria, alacena y pajarera.

Al triste y al feliz dices que sí,
que en tu lengua de amor prueben de ti
la picadura del ajonjolí.

¡Y tu cielo nupcial, que cuando truena
de deleites frenéticos nos llena!

Trueno de nuestras nubes, que nos baña
de locura, enloquece a la montaña,
requiebra a la mujer, sana al lunático,
incorpora a los muertos, pide el Viático,
y al fin derrumba las madererías
de Dios, sobre las tierras labrantías.

Trueno del temporal: oigo en tus quejas
crujir los esqueletos en parejas,
oigo lo que se fue, lo que aún no toco
y la hora actual con su vientre de coco.
Y oigo en el brinco de tu ida y venida,
oh trueno, la ruleta de mi vida.

Intermedio

(Cuauhtémoc)

Joven abuelo: escúchame loarte,
único héroe a la altura del arte.

Anacrónicamente, absurdamente,
a tu nopal inclínase el rosal;
al idioma del blanco, tú lo imantas
y es surtidor de católica fuente
que de respuestas llena el victorial
zócalo de cenizas de tus plantas.

No como a César el rubor patricio
te cubre el rostro en medio del suplicio;
tu cabeza desnuda se nos queda,
hemisféricamente de moneda.

Moneda espiritual en que se fragua
todo lo que sufriste: la piragua
prisionera, al azoro de tus crías,
el sollozar de tus mitologías,
la Malinche, los ídolos a nado,
y por encima, haberte desatado
del pecho curvo de la emperatriz
como del pecho de una codorniz.

Segundo acto

Suave Patria: tú vales por el río
de las virtudes de tu mujerío.
Tus hijas atraviesan como hadas,
o destilando un invisible alcohol,

vestidas con las redes de tu sol,
cruzan como botellas alambradas.

Suave Patria: te amo no cual mito,
sino por tu verdad de pan bendito;
como a niña que asoma por la reja
con la blusa corrida hasta la oreja
y la falda bajada hasta el huesito.

Inaccesible al deshonor, floreces;
creeré en ti, mientras una mejicana
en su tápalo lleve los dobleces
de la tienda, a las seis de la mañana,
y al estrenar su lujo, quede lleno
el país, del aroma del estreno.

Como la sota moza, Patria mía,
en piso de metal, vives al día,
de milagros, como la lotería.

Tu imagen, el Palacio Nacional,
con tu misma grandeza y con tu igual
estatura de niño y de dedal.

Te dará, frente al hambre y al obús,
un higo San Felipe de Jesús.

Suave Patria, vendedora de chía:
quiero raptarte en la cuaresma opaca,
sobre un garañón, y con matraca,
y entre los tiros de la policía.

Tus entrañas no niegan un asilo
para el ave que el párvulo sepulta
en una caja de carretes de hilo,
y nuestra juventud, llorando, oculta
dentro de tí el cadáver hecho poma
de aves que hablan nuestro mismo idioma.

Si me ahogo en tus julios, a mí baja
desde el vergel de tu peinado denso

frescura de rebozo y de tinaja,
y si tirito, dejás que me arrope
en tu respiración azul de incienso
y en tus carnosos labios de rompopé.

Por tu balcón de palmas bendecidas
el Domingo de Ramos, yo desfilo
lleno de sombra, porque tú trepidas.

Quieren morir tu ánima y tu estilo,
cual muriéndose van las cantadoras
que en las ferias, con el bravío pecho
empitonando la camisa, han hecho
la lujuria y el ritmo de las horas.

Patria, te doy de tu dicha la clave:
sé siempre igual, fiel a tu espejo diario;
cincuenta veces es igual el AVE
taladrada en el hilo del rosario,
y es más feliz que tú, Patria suave.

Sé igual y fiel; pupilas de abandono;
sedienta voz, la trigarante faja
en tus pechugas al vapor; y un trono
a la intemperie, cual una sonaja:
la carretera alegórica de paja.

La suave patria de Ramón López Velarde

- a) ¿Qué visión de la patria nos da el autor?
- b) ¿Cuáles son los personajes de este poema-teatralizado?
- c) ¿Cómo describe la tierra?
- d) ¿Cómo describe al pueblo?
- e) ¿Qué personajes históricos (reales) menciona el poeta? ¿Qué significado tienen?
- f) Busca los recursos literarios que aparecen en el poema.

8. Lee el siguiente cuento y responde las preguntas:

La gallina degollada

Todo el día, sentados en el patio, en un banco estaban los cuatro hijos idiotas del matrimonio Mazzini-Ferraz. Tenían la lengua entre los labios, los ojos estúpidos, y volvían la cabeza con la boca abierta.

El patio era de tierra, cerrado al oeste por un cerco de ladrillos. El banco quedaba paralelo a él, a cinco metros, y allí se mantenían inmóviles, fijos los ojos en los ladrillos. Como el sol se ocultaba tras el cerco, al declinar los idiotas tenían fiesta. La luz enceguecedora llamaba su atención al principio, poco a poco sus ojos se animaban; se reían al fin estrepitosamente, congestionados por la misma hilaridad ansiosa, mirando el sol con alegría bestial, como si fuera comida.

Otras veces, alineados en el banco, zumbaban horas enteras, imitando al tranvía eléctrico. Los ruidos fuertes sacudían asimismo su inercia, y corrían entonces, mordiéndose la lengua y mugiendo, alrededor del patio. Pero casi siempre estaban apagados en un sombrío letargo de idiotismo, y pasaban todo el día sentados en su banco, con las piernas colgantes y quietas, empapando de glutinosa saliva el pantalón.

El mayor tenía doce años y el menor, ocho. En todo su aspecto sucio y desvalido se notaba la falta absoluta de un poco de cuidado maternal.

Esos cuatro idiotas, sin embargo, habían sido un día el encanto de sus padres. A los tres meses de casados, Mazzini y Berta orientaron su estrecho amor de marido y mujer, y mujer y marido, hacia un porvenir mucho más vital: un hijo. ¿Qué mayor dicha para dos enamorados que esa honrada consagración de su cariño, libertado ya del vil egoísmo de un mutuo amor sin fin ninguno y, lo que es peor para el amor mismo, sin esperanzas posibles de renovación?

Así lo sintieron Mazzini y Berta, y cuando el hijo llegó, a los catorce meses de matrimonio, creyeron cumplida su felicidad. La criatura creció bella y radiante, hasta que tuvo año y medio. Pero en el vigésimo mes sacudiéronlo una noche convulsiones terribles, y a la mañana siguiente no conocía más a sus padres. El médico lo examinó con esa atención profesional que está

visiblemente buscando las causas del mal en las enfermedades de los padres.

Después de algunos días los miembros paralizados recobraron el movimiento; pero la inteligencia, el alma, aun el instinto, se habían ido del todo; había quedado profundamente idiota, baboso, colgante, muerto para siempre sobre las rodillas de su madre.

-¡Hijo, mi hijo querido! -sollozaba ésta, sobre aquella espantosa ruina de su primogénito.

El padre, desolado, acompañó al médico afuera.

-A usted se le puede decir: creo que es un caso perdido. Podrá mejorar, educarse en todo lo que le permita su idiotismo, pero no más allá.

-¡Sí!... ¡Sí! -asentía Mazzini-. Pero dígame: ¿Usted cree que es herencia, que...?

-En cuanto a la herencia paterna, ya le dije lo que creía cuando vi a su hijo. Respecto a la madre, hay allí un pulmón que no sopla bien. No veo nada más, pero hay un soplo un poco rudo. Hágala examinar detenidamente.

Con el alma destrozada de remordimiento, Mazzini redobló el amor a su hijo, el pequeño idiota que pagaba los excesos del abuelo. Tuvo asimismo que consolar, sostener sin tregua a Berta, herida en lo más profundo por aquel fracaso de su joven maternidad.

Como es natural, el matrimonio puso todo su amor en la esperanza de otro hijo. Nació éste, y su salud y limpidez de risa reencendieron el porvenir extinguido. Pero a los dieciocho meses las convulsiones del primogénito se repetían, y al día siguiente el segundo hijo amanecía idiota.

Esta vez los padres cayeron en honda desesperación. ¡Luego su sangre, su amor estaban malditos! ¡Su amor, sobre todo! Veintiocho años él, veintidós ella, y toda su apasionada ternura no alcanzaba a crear un átomo de vida normal. Ya no pedían más belleza e inteligencia como en el primogénito; ¡pero un hijo, un hijo como todos!

Del nuevo desastre brotaron nuevas llamaradas del dolorido amor, un loco anhelo de redimir de una vez para siempre la santidad de su ternura. Sobrevinieron mellizos, y punto por punto repitióse el proceso de los dos mayores.

Mas por encima de su inmensa amargura quedaba a Mazzini y Berta gran compasión por sus cuatro hijos. Hubo que arrancar del limbo de la más honda animalidad, no ya sus almas, sino el instinto mismo, abolido. No sabían deglutir, cambiar de sitio, ni aun sentarse. Aprendieron al fin a caminar, pero chocaban contra todo, por no darse cuenta de los obstáculos. Cuando los lavaban mugían hasta inyectarse de sangre el rostro. Animábanse sólo al comer, o cuando veían colores brillantes u oían truenos. Se reían entonces, echando afuera lengua y ríos de baba, radiantes de frenesí bestial. Tenían, en cambio, cierta facultad imitativa; pero no se pudo obtener nada más.

Con los mellizos pareció haber concluido la aterradora descendencia. Pero pasados tres años desearon de nuevo ardientemente otro hijo, confiando en que el largo tiempo transcurrido hubiera aplacado a la fatalidad.

No satisfacían sus esperanzas. Y en ese ardiente anhelo que se exasperaba en razón de su infructuosidad, se agriaron. Hasta ese momento cada cual había tomado sobre sí la parte que le correspondía en la miseria de sus hijos; pero la desesperanza de redención ante las cuatro bestias que habían nacido de ellos echó afuera esa imperiosa necesidad de culpar a los otros, que es patrimonio específico de los corazones inferiores.

Iniciáronse con el cambio de pronombre: tus hijos. Y como a más del insulto había la insidia, la atmósfera se cargaba.

-Me parece -díjole una noche Mazzini, que acababa de entrar y se lavaba las manos—que podrías tener más limpios a los muchachos.

Berta continuó leyendo como si no hubiera oído.

-Es la primera vez -repuso al rato-que te veo inquietarte por el estado de tus hijos.

Mazzini volvió un poco la cara a ella con una sonrisa forzada:

-De nuestros hijos, ¿me parece?

-Bueno, de nuestros hijos. ¿Te gusta así? —alzó ella los ojos.

Esta vez Mazzini se expresó claramente:

-¿Creo que no vas a decir que yo tenga la culpa, no?

-¡Ah, no! -se sonrió Berta, muy pálida- ¡pero yo tampoco, supongo!... ¡No faltaba más!... -murmuró.

-¿Qué no faltaba más?

—¡Que si alguien tiene la culpa, no soy yo, entiéndelo bien! Eso es lo que te quería decir.

Su marido la miró un momento, con brutal deseo de insultarla.

-¡Dejemos! -articuló, secándose por fin las manos.

-Como quieras; pero si quieres decir...

-¡Berta!

-¡Como quieras!

Éste fue el primer choque y le sucedieron otros. Pero en las inevitables reconciliaciones, sus almas se unían con doble arrebató y locura por otro hijo.

Nació así una niña. Vivieron dos años con la angustia a flor de alma, esperando siempre otro desastre. Nada acaeció, sin embargo, y los padres pusieron en ella toda su complacencia, que la pequeña llevaba a los más extremos límites del mimo y la mala crianza.

Si aún en los últimos tiempos Berta cuidaba siempre de sus hijos, al nacer Bertita olvidóse casi del todo de los otros. Su solo recuerdo la horrorizaba, como algo atroz que la hubieran obligado a cometer. A Mazzini, bien que en menor grado, pasábale lo mismo. No por eso la paz había llegado a sus almas. La menor indisposición de su hija echaba ahora afuera, con el terror de perderla, los rencores de su descendencia podrida. Habían acumulado hiel sobrado tiempo para que el vaso no quedara distendido, y al menor contacto el veneno se vertía afuera. Desde el primer disgusto emponzoñado habíanse perdido el respeto; y si hay algo a que el hombre se siente arrastrado con cruel fruición es, cuando ya se comenzó, a humillar del todo a una persona. Antes se contenían por la mutua falta de éxito; ahora que éste había llegado, cada cual, atribuyéndolo a sí mismo, sentía mayor la infamia de los cuatro engendros que el otro habíale forzado a crear.

Con estos sentimientos, no hubo ya para los cuatro hijos mayores afecto posible. La sirvienta los vestía, les daba de comer, los acostaba, con visible brutalidad. No los lavaban casi nunca. Pasaban todo el día sentados frente al cerco, abandonados de toda remota caricia. De este modo Bertita cumplió cuatro años, y esa noche, resultado de las golosinas que era a los padres absolutamente imposible negarle, la criatura tuvo algún escalofrío y fiebre. Y el temor a verla morir o quedar idiota, tornó a reabrir la eterna llaga.

Hacía tres horas que no hablaban, y el motivo fue, como casi siempre, los fuertes pasos de Mazzini.

-¡Mi Dios! ¿No puedes caminar más despacio? ¿Cuántas veces...?

-Bueno, es que me olvido; ise acabó! No lo hago a propósito.

Ella se sonrió, desdeñosa: -¡No, no te creo tanto!

-Ni yo jamás te hubiera creído tanto a ti... ¡tisiquilla!

-¡Qué! ¿Qué dijiste?...

-¡Nada!

-¡Sí, te oí algo! Mira: ¡no sé lo que dijiste; pero te juro que prefiero cualquier cosa a tener un padre como el que has tenido tú!

Mazzini se puso pálido.

-¡Al fin! -murmuró con los dientes apretados-. ¡Al fin, víbora, has dicho lo que querías!

-¡Sí, víbora, sí! Pero yo he tenido padres sanos, ¿oyes?, ¡sanos! ¡Mi padre no ha muerto de delirio! ¡Yo hubiera tenido hijos como los de todo el mundo! ¡Esos son hijos tuyos, los cuatro tuyos!

Mazzini explotó a su vez.

-¡Víbora tísica! ¡eso es lo que te dije, lo que te quiero decir! ¡Pregúntale, pregúntale al médico quién tiene la mayor culpa de la meningitis de tus hijos: mi padre o tu pulmón picado, víbora!

Continuaron cada vez con mayor violencia, hasta que un gemido de Bertita selló instantáneamente sus bocas. A la una de la mañana la ligera indigestión había desaparecido, y como pasa fatalmente con todos los matrimonios jóvenes que se han amado intensamente una vez siquiera, la reconciliación llegó, tanto más efusiva cuanto infames fueran los agravios.

Amaneció un espléndido día, y mientras Berta se levantaba escupió sangre. Las emociones y mala noche pasada tenían, sin duda, gran culpa. Mazzini la retuvo abrazada largo rato, y ella lloró desesperadamente, pero sin que ninguno se atreviera a decir una palabra.

A las diez decidieron salir, después de almorzar. Como apenas tenían tiempo, ordenaron a la sirvienta que matara una gallina.

El día radiante había arrancado a los idiotas de su banco. De modo que mientras la sirvienta degollaba en la cocina al animal, desangrándolo con parsimonia (Berta había aprendido de su madre este buen modo de conservar la frescura de la carne),

creyó sentir algo como respiración tras ella. Volvióse, y vio a los cuatro idiotas, con los hombros pegados uno a otro, mirando estupefactos la operación... Rojo... rojo...

-¡Señora! Los niños están aquí, en la cocina.

Berta llegó; no quería que jamás pisaran allí. ¡Y ni aun en esas horas de pleno perdón, olvido y felicidad reconquistada, podía evitarse esa horrible visión! Porque, naturalmente, cuando más intensos eran los raptos de amor a su marido e hija, más irritado era su humor con los monstruos.

-¡Que salgan, María! ¡Échelos! ¡Échelos, le digo!

Las cuatro pobres bestias, sacudidas, brutalmente empujadas, fueron a dar a su banco.

Después de almorzar salieron todos. La sirvienta fue a Buenos Aires y el matrimonio a pasear por las quintas. Al bajar el sol volvieron; pero Berta quiso saludar un momento a sus vecinas de enfrente. Su hija escapóse enseguida a casa.

Entretanto los idiotas no se habían movido en todo el día de su banco. El sol había traspuesto ya el cerco, comenzaba a hundirse, y ellos continuaban mirando los ladrillos, más inertes que nunca.

De pronto algo se interpuso entre su mirada y el cerco. Su hermana, cansada de cinco horas paternales, quería observar por su cuenta. Detenida al pie del cerco, miraba pensativa la cresta. Quería trepar, eso no ofrecía duda. Al fin decidióse por una silla desfondada, pero aun no alcanzaba. Recurrió entonces a un cajón de kerosene, y su instinto topográfico hízole colocar vertical el mueble, con lo cual triunfó.

Los cuatro idiotas, la mirada indiferente, vieron cómo su hermana lograba pacientemente dominar el equilibrio, y cómo en puntas de pie apoyaba la garganta sobre la cresta del cerco, entre sus manos tirantes. Viéronla mirar a todos lados, y buscar apoyo con el pie para alzarse más.

Pero la mirada de los idiotas se había animado; una misma luz insistente estaba fija en sus pupilas. No apartaban los ojos de su hermana mientras creciente sensación de gula bestial iba cambiando cada línea de sus rostros. Lentamente avanzaron hacia el cerco. La pequeña, que habiendo logrado calzar el pie iba ya a montar a horcajadas y a caerse del otro lado, seguramente sintióse cogida de la pierna. Debajo de ella, los ocho ojos clavados en los suyos le dieron miedo.

-¡Soltáme! ¡Déjame! -gritó sacudiendo la pierna. Pero fue atraída.

-¡Mamá! ¡Ay, mamá! ¡Mamá, papá! -lloró imperiosamente. Trató aún de sujetarse del borde, pero sintióse arrancada y cayó.

-Mamá, ¡ay! Ma. . . -No pudo gritar más. Uno de ellos le apretó el cuello, apartando los bucles como si fueran plumas, y los otros la arrastraron de una sola pierna hasta la cocina, donde esa mañana se había desangrado a la gallina, bien sujeta, arrancándole la vida segundo por segundo.

Mazzini, en la casa de enfrente, creyó oír la voz de su hija.

-Me parece que te llama-le dijo a Berta.

Prestaron oído, inquietos, pero no oyeron más. Con todo, un momento después se despidieron, y mientras Berta iba dejar su sombrero, Mazzini avanzó en el patio.

-¡Bertita!

Nadie respondió.

-¡Bertita! -alzó más la voz, ya alterada.

Y el silencio fue tan fúnebre para su corazón siempre aterrado, que la espalda se le heló de horrible presentimiento.

-¡Mi hija, mi hija! -corrió ya desesperado hacia el fondo. Pero al pasar frente a la cocina vio en el piso un mar de sangre. Empujó violentamente la puerta entornada, y lanzó un grito de horror.

Berta, que ya se había lanzado corriendo a su vez al oír el angustioso llamado del padre, oyó el grito y respondió con otro. Pero al precipitarse en la cocina, Mazzini, lívido como la muerte, se interpuso, conteniéndola:

-¡No entres! ¡No entres!

Berta alcanzó a ver el piso inundado de sangre. Sólo pudo echar sus brazos sobre la cabeza y hundirse a lo largo de él con un ronco suspiro.

La gallina degollada de Horacio Quiroga

- a) ¿Cuál es el argumento de este cuento?
- b) Haz una lista con los personajes del cuento. Descríbelos.
- c) ¿Cuál es el tiempo y espacio del cuento?
- d) ¿Cuál es el tema del cuento?
- e) ¿Quién narra el cuento?

- f) Horacio Quiroga fue uruguayo y en el texto hay varios americanismos propios del Uruguay. Búscalos.
- g) Crees que esta historia podría ser real. Explica tu respuesta.
- h) ¿Cuál es tu opinión sobre el cuento?

9. Lee el siguiente cuento y responde las preguntas:

El hombre que parecía un caballo

En el momento en que nos presentaron, estaba en un extremo de la habitación, con la cabeza ladeada, como acostumbraban a estar los caballos, y con aire de no fijarse en lo que pasaba a su alrededor. Tenía los miembros duros, largos y enjutos, extrañamente recogidos, tal como los de uno de los protagonistas en una ilustración inglesa del libro de Gulliver. Pero mi impresión de que aquel hombre se asemejaba por misterioso modo a un caballo no fue obtenida entonces sino de una manera subconsciente, que acaso nunca surgiese a la vida plena del conocimiento, si mi anormal contacto con el héroe de esta historia no se hubiese prolongado.

En esa misma pristina escena de nuestra presentación, empezó el señor de Aretal a desprenderse, para obsequiarnos, de los traslúcidos collares de ópalos, de amatistas, de esmeraldas y de carbunclos, que constituían su íntimo tesoro. En un principio de deslumbramiento, yo me tendí todo, yo me extendí todo, como una gran sábana blanca, para hacer mayor mi superficie de contacto con el generoso donante. Las antenas de mi alma se dilataban, lo palpaban y volvían trémulas y conmovidas y regocijadas a darme la buena nueva: «Éste es el hombre que esperabas; éste es el hombre por el que te asomabas a todas las almas desconocidas, porque ya tu intuición te había afirmado que un día serías enriquecido por el advenimiento de un ser único. La avidez con que tomaste, percibiste y arrojaste tantas almas que se hicieron desear y defraudaron tu esperanza, hoy será ampliamente satisfecha: inclínate y bebe de esta agua.»

Y cuando se levantó para marcharse, lo seguí, aherrojado y preso como el cordero que la zagala ató con lazos de rosas. Ya en el cuarto de habitación de mi nuevo amigo, éste, apenas traspuestos los umbrales que le daban paso a un medio propicio y habitual,

se encendió todo él. Se volvió deslumbrador y escénico como el caballo de un emperador en una parada militar. Las solapas de su levita tenían vaga semejanza con la túnica interior de un corcel de la Edad Media, enjaezado para un torneo. Le caían bajo las nalgas enjutas, acariciando los remos finos y elegantes. Y empezó su actuación teatral.

Después de un ritual de preparación cuidadosamente observado, caballero iniciado de un antiquísimo culto, cuando ya nuestras almas se habían vuelto cóncavas, sacó el cartapacio de sus versos con la misma mesura unciosa con que se acerca el sacerdote al ara. Estaba tan grave que imponía respeto. Una risa hubiera sido acuchillada en el instante de nacer.

Sacó su primer collar de topacios o, mejor dicho, su primera serie de collares de topacios, traslúcidos y brillantes. Sus manos se alzaron con tanta cadencia que el ritmo se extendió a tres mundos. Por el poder del ritmo, nuestra estancia se conmovió toda en el segundo piso, como un globo prisionero, hasta desasirse de sus lazos terrenos y llevarnos en un silencioso viaje aéreo. Pero a mí no me conmovieron sus versos, porque eran versos inorgánicos. Eran el alma traslúcida y radiante de los minerales; eran el alma simétrica y dura de los minerales.

Y entonces el oficiante de las cosas minerales sacó su segundo collar. ¡Oh esmeraldas, divinas esmeraldas! Y sacó el tercero. ¡Oh diamantes, claros diamantes! Y sacó el cuarto y el quinto, que fueron de nuevo topacios, con gotas de luz, con acumulamientos de sol, con partes opacamente radiosas. Y luego el séptimo: sus carbunclos. Sus carbunclos eran casi tibios; casi me conmovieron como granos de granada o como sangre de héroes; pero los toqué y los sentí duros. De todas maneras, el alma de los minerales me invadía; aquella aristocracia inorgánica me seducía raramente, sin comprenderla por completo. Tan fue esto así, que no pude traducir las palabras de mi Señor interno, que estaba confuso y hacía un vano esfuerzo por volverse duro y simétrico y limitado y brillante, y permanecí mudo.

Y entonces, en imprevista explosión de dignidad ofendida, creyéndose engañado, el Oficiante me quitó su collar de carbunclos, con movimiento tan lleno de violencia, pero tan justo, que me quedé más perplejo que dolorido. Si hubiera sido el Oficiante de las Rosas, no hubiera procedido así.

Y entonces, como a la rotura de un conjuro, por aquel acto de violencia, se deshizo el encanto del ritmo; y la blanca navecilla en que voláramos por el azul del cielo, se encontró sólidamente aferrada al primer piso de una casa.

Después, nuestro común presentante, el señor de Aretal y yo, almorzamos en los bajos del hotel.

Y yo, en aquellos instantes, me asomé al pozo del alma del Señor de los Topacios. Vi reflejadas muchas cosas. Al asomarme, instintivamente, había formado mi cola de pavo real; pero la había formado sin ninguna sensualidad interior, simplemente solicitado por tanta belleza percibida y deseando mostrar mi mejor aspecto, para ponerme a tono con ella.

¡Oh, las cosas que vi en aquel pozo! Ese pozo fue para mí el pozo mismo del misterio. Asomarse a un alma humana, tan abierta como un pozo, que es un ojo de la sierra, es lo mismo que asomarse a Dios. Nunca podemos ver el fondo. Pero nos saturamos de la humedad del agua, el gran vehículo del amor; y nos deslumbramos de luz reflejada.

Este pozo reflejaba el múltiple aspecto exterior en la personal manera del señor de Aretal. Algunas figuras estaban más vivas en la superficie del agua: se reflejaban los clásicos, ese tesoro de ternura y de sabiduría de los clásicos; pero sobre todo se reflejaba la imagen de un amigo ausente, con tal pureza de líneas y tan exacto colorido, que no fue uno de los menos interesantes atractivos que tuvo para mí el alma del señor de Aretal, este paralelo darme el conocimiento del alma del señor de la Rosa, el ausente amigo tan admirado y tan amado. Por encima de todo se reflejaba Dios. Dios, de quien nunca estuve menos lejos. La gran alma que a veces se enfoca temporalmente. Yo comprendí, asomándome al pozo del señor de Aretal, que éste era un mensajero divino. Traía un mensaje a la humanidad: el mensaje humano, que es el más valioso de todos. Pero era un mensajero inconsciente. Prodigaba el bien y no lo tenía consigo.

Pronto interesé sobremanera a mi noble huésped. Me asomaba con tanta avidez al agua clara de su espíritu, que pudo tener una imagen exacta de mí. Me había aproximado lo suficiente, y además, yo también era una cosa clara que no interceptaba la luz. Acaso lo ofusqué tanto como él a mí. Es una cualidad de las cosas alucinadas el ser a su vez alucinadoras. Esta mutua atracción nos llevó al acercamiento y estrechez de relaciones. Frecuenté el

divino templo de aquella alma hermosa. Y a su contacto empecé a encenderme. El señor de Aretal era una lámpara encendida y yo era una cosa combustible. Nuestras almas se comunicaban. Yo tenía las manos extendidas y el alma de cada uno de mis diez dedos era una antena por la que recibía el conocimiento del alma del señor de Aretal. Así supe de muchas cosas antes no conocidas. Por raíces aéreas, ¿qué otra cosa son los dedos?, u hojas aterciopeladas, ¿qué otra cosa que raíces aéreas son las hojas?, yo recibía de aquel hombre algo que me había faltado antes. Había sido un arbusto desmedrado que prolonga sus filamentos hasta encontrar el humus necesario en una tierra nueva. ¡Y cómo me nutría! Me nutría con la beatitud con que las hojas trémulas de clorofila se extienden al sol; con la beatitud con que una raíz encuentra un cadáver en descomposición; con la beatitud con que los convalecientes dan sus pasos vacilantes en las mañanas de primavera, bañadas de luz; con la beatitud con que el niño se pega al seno nutricio y después, ya lleno, sonrío en sueños a la visión de una ubre nivea. ¡Bah! Todas las cosas que se completan tienen beatitud así. Dios, un día, no será otra cosa que un alimento para nosotros: algo necesario para nuestra vida. Así sonrían los niños y los jóvenes, cuando se sienten beneficiados por la nutrición.

Además me encendí. La nutrición es una combustión. Quién sabe qué niño divino regó en mi espíritu un reguero de pólvora, de nafta, de algo fácilmente inflamable, y el señor de Aretal, que había sabido aproximarse hasta mí, le había dado fuego. Yo tuve el placer de arder; es decir, de llenar mi destino. Comprendí que era una cosa esencialmente inflamable. ¡Oh padre fuego, bendito seáis! Mi destino es arder. El fuego es también un mensaje. ¿Qué otras almas arderían por mí? ¿A quién comunicaría mi llama? ¡Bah! ¿Quién puede predecir el porvenir de una chispa?

Yo ardí y el señor de Aretal me vio arder. En una maravillosa armonía, nuestros dos átomos de hidrógeno y de oxígeno habían llegado tan cerca, que prolongándose, emanando porciones de sí, casi llegaron a juntarse en alguna cosa viva. A veces revolaban como dos mariposas que se buscan y tejen maravillosos lazos sobre el río y en el aire. Otras se elevaban por la virtud de su propio ritmo y de su armoniosa consonancia, como se elevan las dos alas de un dístico. Una estaba fecundando a la otra. Hasta que...

¿Habéis oído de esos carámbanos de hielo que, arrastrados a aguas tibias por una corriente submarina, se desintegran en su base, hasta que perdido un maravilloso equilibrio, giran sobre sí mismos en una apocalíptica vuelta, rápidos, inesperados, presentando a la fe del sol lo que antes estaba oculto entre las aguas? Así, invertidos, parecen inconscientes de los navíos que, al hundirse su parte superior, hicieron descender al abismo. Inconscientes de la pérdida de los nidos que ya se habían formado en su parte vuelta hasta entonces a la luz, en la relativa estabilidad de esas dos cosas frágiles: los huevos y los hielos.

Así de pronto, en el ángel transparente del señor de Aretal, empezó a formarse una casi inconsciente nubecilla oscura. Era la sombra proyectada por el caballo que se acercaba.

¿Quién podría expresar mi dolor cuando en el ángel del señor de Aretal apareció aquella cosa oscura, vaga e inconsistente? Había mi noble amigo bajado a la cantina del hotel en que habitaba. ¿Quién pasaba? ¡Bah! Un oscuro ser, poseedor de unas horribles narices aplastadas y de unos labios delgados. ¿Comprendéis? Si la línea de su nariz hubiese sido recta, también en su alma se hubiese enderezado algo. Si sus labios hubiesen sido gruesos, también su sinceridad se hubiese acrecentado. Pero no. El señor de Aretal le había hecho un llamamiento. Ahí estaba... Y mi alma, que en aquel instante tenía el poder de discernir, comprendió claramente que aquel homecillo, a quien hasta entonces había creído un hombre, porque un día vi arrebolarse sus mejillas de vergüenza, no era sino un homúnculo. Con aquellas narices no se podía ser sincero.

Invitados por el señor de los topacios, nos sentamos a una mesa. Nos sirvieron coñac y refrescos, a elección. Y aquí se rompió la armonía. La rompió el alcohol. Yo no tomé. Pero tomó él. Pero estuvo el alcohol próximo a mí, sobre la mesa de mármol blanco. Y medió entre nosotros y nos interceptó las almas. Además, el alma del señor de Aretal ya no era azul como la mía. Era roja y chata como la del compañero que nos separaba. Entonces comprendí que lo que yo había amado más en el señor de Aretal era mi propio azul.

Pronto el alma chata del señor de Aretal empezó a hablar de cosas bajas. Todos sus pensamientos tuvieron la nariz torcida. Todos sus pensamientos bebían alcohol y se materializaban groseramente. Nos contó de una legión de negras de Jamaica,

lúbricas y semidesnudas, corriendo tras él en la oferta de su odiosa mercancía por cinco centavos. Me hacía daño su palabra y pronto me hizo daño su voluntad. Me pidió insistentemente que bebiera alcohol. Cedí. Pero apenas consumado mi sacrificio sentí claramente que algo se rompía entre nosotros. Que nuestros señores internos se alejaban y que venía abajo, en silencio, un divino equilibrio de cristales. Y se lo dije:

-Señor de Aretal, usted ha roto nuestras divinas relaciones en este mismo instante. Mañana usted verá en mí llegar a su aposento sólo un hombre y yo sólo encontraré un hombre en usted. En este mismo instante usted me ha teñido de rojo.

El día siguiente, en efecto, no sé qué hicimos el señor de Aretal y yo. Creo que marchamos por la calle en vía de cierto negocio. El iba de nuevo encendido. Yo marchaba a su vera apagado y lejos de él! Iba pensando en que jamás el misterio me había abierto tan ancha rasgadura para asomarme, como en mis relaciones con mi extraño acompañante. Jamás había sentido tan bien las posibilidades del hombre; jamás había entendido tanto al dios íntimo como en mis relaciones con el señor de Aretal.

Llegamos a su cuarto. Nos esperaban sus formas de pensamiento. Y yo siempre me sentía lejos del señor de Aretal. Me sentí lejos muchos días, en muchas sucesivas visitas. Iba a él obedeciendo leyes inexorables. Porque era preciso aquel contacto para quemar una parte en mí, hasta entonces tan seca, como que se estaba preparando para arder mejor. Todo el dolor de mi sequedad hasta entonces, ahora se regocijaba de arder; todo el dolor de mi vacío hasta entonces, ahora se regocijaba de plenitud. Salí de la noche de mi alma en una aurora encendida. Bien está. Bien está. Seamos valientes. Cuanto más secos estemos arderemos mejor. Y así iba a aquel hombre y nuestros señores se regocijaban. ¡Ah! Pero el encanto de los primeros días, ¿en dónde estaba?

Cuando me resigné a encontrar un hombre en el señor de Aretal, volvió de nuevo el encanto de su maravillosa presencia. Amaba a mi amigo. Pero me era imposible desechar la melancolía del dios ido. ¡Traslúcidas, diamantinas alas perdidas! ¿Cómo encontraros los dos y volver a donde estuvimos?

Un día el señor de Aretal encontró propicio el medio. Éramos varios sus oyentes; en el cuarto encantado por sus creaciones habituales, se recitaron versos. Y de pronto, ante unos más hermosos que los demás, como ante una clarinada, se levantó

nuestro noble huésped, piafante y elástico. Y allí, y entonces, tuve la primera visión: el señor de Aretal estiraba el cuello como un caballo.

Le llamé la atención:

-Excelso huésped, os suplico que adoptéis esta y esta actitud. Sí, era cierto: estiraba el cuello como un caballo.

Después, la segunda visión; el mismo día. Salimos a andar. Y de pronto percibí, lo percibí: el señor de Aretal caía como un caballo. Le faltaba de pronto el pie izquierdo y entonces sus ancas casi tocaban tierra, como un caballo claudicante. Se erguía luego con rapidez; pero ya me había dejado la sensación. ¿Habéis visto caer a un caballo?

Luego la tercera visión, a los pocos días. Accionaba el señor de Aretal sentado frente a sus monedas de oro, y de pronto lo vi mover los brazos como mueven las manos los caballos de pura sangre sacando las extremidades de sus miembros delanteros hacia los lados, en esa bella serie de movimientos que tantas veces habréis observado cuando un jinete hábil, en un paseo concurrido, reprime el paso de un corcel caracoleante y espléndido.

Después, otra visión: el señor de Aretal veía como un caballo. Cuando lo embriagaba su propia palabra, como embriaga al corcel noble su propia sangre generosa, trémulo como una hoja, trémulo como un corcel montado y reprimido, trémulo como todas esas formas vivas de raigambres nerviosas y finas, inclinaba la cabeza, ladeaba la cabeza, y así veía, mientras sus brazos desataban algo en el aire, como las manos de un caballo.- ¡Qué cosa más hermosa es un caballo! ¡Casi se está sobre dos pies!-Y entonces yo sentía que lo cabalgaba el espíritu.

Y luego cien visiones más. El señor de Aretal se acercaba a las mujeres como un caballo. En las salas suntuosas no se podía estar quieto. Se acercaba a la hermosa señora recién presentada, con movimientos fáciles y elásticos, baja y ladeada la cabeza, y daba una vuelta en torno de ella y daba una vuelta en torno de la sala.

Veía así de lado. Pude observar que sus ojos se mantenían inyectados de sangre. Un día se rompió uno de los vasillos que los coloreaban con trama sutil; se rompió el vasillo y una manchita roja había coloreado su córnea. Se lo hice observar.

-”Bah-me dijo -, es cosa vieja. Hace tres días que sufro de ello. Pero no tengo tiempo para ver a un doctor.”

Marchó al espejo y se quedó mirando fijamente. Cuando al día siguiente volví, encontré que una virtud más lo ennoblecía. Le pregunté: “¿Qué lo embellece en esta hora?” Y él respondió: “Un matiz.” Y me contó que se había puesto una corbata roja para que armonizara con su ojo rojo. Y entonces yo comprendí que en su espíritu había una tercera coloración roja y que estas tres rojeces juntas eran las que me habían llamado la atención al saludarlo. Porque el espíritu de cristales del señor de Aretal se teñía de las cosas ambientes. Y eso eran sus versos: una maravillosa cristalería teñida de las cosas ambientes: esmeraldas, rubíes, ópalos...

Pero esto era triste a veces porque a veces las cosas ambientes eran oscuras o de colores mancillados: verdes de estercolero, palideces verdes de plantas enfermas. Llegué a deplorar el encontrarlo acompañado, y cuando esto sucedía, me separaba con cualquier pretexto del señor de Aretal, si su acompañante no era una persona de colores claros.

Porque indefectiblemente el señor de Aretal reflejaba el espíritu de su acompañante. Un día lo encontré, ia él, el noble corcell, enano y meloso. Y como en un espejo, vi en la estancia a una persona enana y melosa. En efecto, allí estaba; me la presentó. Era una mujer como de cuarenta años, chata, gorda y baja. Su espíritu también era una cosa baja. Algo rastreante y humilde; pero inofensivo y deseoso de agradar. Aquella persona era el espíritu de la adulación. Y Aretal también sentía en aquellos momentos una pequeña alma servil y obsequiosa. ¿Qué espejo cóncavo ha hecho esta horrorosa transmutación?, me pregunté yo, aterrorizado. Y de pronto todo el aire transparente de la estancia me pareció un transparente vidrio cóncavo que deformaba los objetos. ¡Qué chatas eran las sillas...! Todo invitaba a sentarse sobre ello. Aretal era un caballo de alquiler más.

Otra ocasión, y a la mesa de un bullanguero grupo que reía y bebía, Aretal fue un ser humano más, uno más del montón. Me acerqué a él y lo vi catalogado y con precio fijo. Hacía chistes y los blandía como armas defensivas. Era un caballo de circo. Todos en aquel grupo se exhibían. Otra vez fue un jayán. Se enredó en palabras ofensivas con un hombre brutal. Parecía una vendedora de verduras. Me hubiera dado asco; pero lo amaba tanto que me dio tristeza. Era un caballo que daba coces.

Y entonces, al fin, apareció en el pl000ano físico una pregunta que hacía tiempo formulaba: ¿Cuál es el verdadero espíritu del señor de Aretal? Y la respondí pronto. El señor de Aretal, que tenía una elevada mentalidad, no tenía espíritu: era amoral. Era amoral como un caballo y se dejaba montar por cualquier espíritu. A veces sus jinetes tenían miedo o eran mezquinos y entonces el señor de Aretal los arrojaba lejos de sí, con un soberbio bote. Aquel vacío moral de su ser se llenaba, como todos los vacíos, con facilidad. Tendía a llenarse.

Propuse el problema a la elevadísima mente de mi amigo y ésta lo aceptó en el acto. Me hizo una confesión:

-Sí, es cierto. Yo, a usted que me ama, le muestro la mejor parte de mí mismo. Le muestro a mi dios interno. Pero, es doloroso decirlo, entre dos seres humanos que me rodean, yo tiendo a colorearme del color del más bajo. Huya de mí cuando esté en una mala compañía.

Sobre la base de esta percepción, me interné más en su espíritu. Me confesó un día, dolorido, que ninguna mujer lo había amado. Y sangraba todo él al decir esto. Yo le expliqué que ninguna mujer lo podía amar, porque él no era un hombre, y la unión hubiera sido monstruosa. El señor de Aretal no conocía el pudor, y era indelicado en sus relaciones con las damas; como un animal. Y él:

-Pero yo las colmo de dinero.

-También se lo da una valiosa finca en arrendamiento. Y él:

-Pero yo las acaricio con pasión.

-También las lamen las manos sus perritos de lanas. Y él:

-Pero yo las soy fiel y generoso; yo las soy humilde; yo las soy abnegado.

-Bien: el hombre es más que eso. Pero ¿las ama usted?

-Sí, las amo.

-Pero ¿las ama usted como un hombre? No, amigo, no. Usted rompe en esos delicados y divinos seres mil hilos tenues que constituyen toda una vida. Esa última ramera que le ha negado su amor y ha desdeñado su dinero, defendió su única parte inviolada: su señor interno; lo que no se vende. Usted no tiene pudor. Y ahora oiga mi profecía: una mujer lo redimirá. Usted,

obsequioso y humilde hasta la bajeza con las damas; usted, orgulloso de llevar sobre sus lomos una mujer bella, con el orgullo de la hacanea favorita, que se complace en su preciosa carga, cuando esta mujer bella lo ame, se redimirá: conquistará el pudor.

Y otra hora propicia a las confidencias:

-Yo no he tenido nunca un amigo-y sangraba todo él al decir esto.

Yo le expliqué que ningún hombre le podría dar su amistad, porque él no era un hombre, y la amistad hubiese sido monstruosa. El señor de Aretal no conocía la amistad y era indelicado en sus relaciones con los hombres como un animal. Conocía sólo el camaraderismo. Galopaba alegre y generoso en los llanos, con sus compañeros; gustaba de ir en manadas con ellos; galopaba primitivo y matinal, sintiendo arder su sangre generosa que lo incitaba a la acción, embriagándose de aire, y de verde, y de sol; pero luego se separaba indiferente de su compañero de una hora lo mismo que de su compañero de un año. El caballo, su hermano, muerto a su lado, se descomponía bajo el dombo del cielo, sin hacer asomar una lágrima a sus ojos... Y el señor de Aretal, cuando concluí de expresar mi último concepto, radiante:

-Ésta es la gloria de la naturaleza. La materia inmortal no muere. ¿Por qué llorar a un caballo cuando queda una rosa? ¿Por qué llorar a una rosa cuando queda un ave? ¿Por qué lamentar a un amigo cuando queda un prado? Yo siento la radiante luz del sol que nos posee a todos, que nos redime a todos. Llorar es pecar contra el sol. Los hombres, cobardes, miserables y bajos, pecan contra la Naturaleza, que es Dios.

Y yo, reverente, de rodillas ante aquella hermosa alma animal, que me llenaba de la unción de Dios:

-Sí, es cierto; pero el hombre es una parte de la naturaleza; es la naturaleza evolucionada. ¡Respeto a la evolución! Hay fuerza y hay materia: irrespeto a las dos! Todo no es más que uno.

-Yo estoy más allá de la moral.

-Usted está más acá de la moral: usted está bajo la moral. Pero el caballo y el ángel se tocan, y por eso usted a veces me parece divino. San Francisco de Asís amaba a todos los seres y a todas las cosas, como usted; pero además, las amaba de un modo

diferente; pero las amaba después del círculo, no antes del círculo, como usted.

Y él entonces:

-Soy generoso con mis amigos, los cubro de oro.

-También se lo da una valiosa finca en arrendamiento, o un pozo de petróleo, o una mina en explotación.

Y él:

-Pero yo les presto mil pequeños cuidados. Yo he sido enfermero del amigo enfermo y buen compañero de orgía del amigo sano.

Y yo:

-El hombre es más que eso: el hombre es la solidaridad. Usted ama a sus amigos, pero ¿los ama con amor humano? No, usted ofende en nosotros mil cosas impalpables. Yo, que soy el primer hombre que ha amado a usted, he sembrado los gérmenes de su redención. Ese amigo egoísta que se separó, al separarse de usted, de un bienhechor, no se sintió unido a usted por ningún lazo humano. Usted no tiene solidaridad con los hombres.

-.....

-Usted no tiene pudor con las mujeres, ni solidaridad con los hombres, ni respeto a la fe. Usted miente, y encuentra en su elevada mentalidad, excusa para su mentira, aunque es por naturaleza verídico como un caballo. Usted adula y engaña y encuentra en su elevada mentalidad, excusa para su adulación y su engaño, aunque es por naturaleza noble como un caballo. Nunca he amado tanto a los caballos como al amarlos en usted. Comprendo la nobleza del caballo: es casi humano. Usted ha llevado siempre sobre el lomo una carga humana: una mujer, un amigo... ¡Qué hubiera sido de esa mujer y de ese amigo en los pasos difíciles sin usted, el noble, el fuerte, que los llevó sobre sí, con una generosidad que será su redención! El que lleva una carga, más pronto hace el camino. Pero usted las ha llevado como un caballo. Fiel a su naturaleza, empiece a llevarlas como un hombre.

Me separé del señor de los topacios, y a los pocos días fue el hecho final de nuestras relaciones. Sintió de pronto el señor de Aretal que mi mano era poco firme, que llegaba a él mezquino y cobarde, y su nobleza de bruto se sublevó. De un bote rápido me lanzó lejos de sí. Sentí sus cascos en mi frente. Luego un veloz

galope rítmico y marcial, aventando las arenas del desierto. Volví los ojos hacia donde estaba la Esfinge en su eterno reposo de misterio, y ya no la vi. ¡La Esfinge era el señor de Aretal que me había revelado su secreto, que era el mismo del Centauro!

Era el señor de Aretal que se alejaba en su veloz galope, con rostro humano y cuerpo de bestia.

FIN

El hombre que parecía un caballo de Rafael Arévalo Martínez

- a) ¿Cuál es el tema del cuento?
- b) Haz una lista de los personajes y explica cómo son descritos.
- c) El señor Aretal tiene una dualidad en su ser ¿Cuáles es? Explíquelas.
- d) Lee este fragmento ““El señor de Aretal, que tenía una elevada mentalidad, no tenía espíritu; era amoral. Era amoral como un caballo y se dejaba montar por cualquier espíritu” y explique el significado que tiene. ¿Qué nos quiere decir el autor?
- e) ¿Cuál es tu opinión sobre la problemática que se plantea en este cuento?

10. Lee el fragmento siguiente y responde las preguntas:

Canto I

Altazor ¿por qué perdiste tu primera serenidad?
¿Qué ángel malo se paró en la puerta de tu sonrisa
Con la espada en la mano?
¿Quién sembró la angustia en las llanuras de tus ojos como el adorno
de un dios?
¿Por qué un día de repente sentiste el terror de ser?
Y esa voz que te gritó vives y no te ves vivir
¿Quién hizo converger tus pensamientos al cruce de todos los vientos
del dolor?

Se rompió el diamante de tus sueños en un mar de estupor
Estás perdido Altazor
Solo en medio del universo
Solo como una nota que florece en las alturas del vacío
No hay bien no hay mal ni verdad ni orden ni belleza
¿En dónde estás Altazor?

La nebulosa de la angustia pasa como un río
Y me arrastra según la ley de las atracciones
La nebulosa en olores solidificada huye su propia soledad
Siento un telescopio que me apunta como un revólver
La cola de un cometa me azota el rostro y pasa relleno de eternidad
Buscando infatigable un lago quieto en donde refrescar su tarea
ineludible
Altazor morirás Se secará tu voz y será invisible
La tierra seguirá girando sobre su órbita precisa
Temerosa de un traspies como el equilibrista sobre el alambre que ata
las miradas del pavor

En vano buscas ojo enloquecido
No hay puerta de salida y el viento desplaza los planetas
Piensas que no importa caer eternamente si se logra escapar
¿No ves que vas cayendo ya?
Limpia tu cabeza de prejuicio y moral
Y si queriendo alzarte nada has alcanzado
Déjate caer sin parar tu caída sin miedo al fondo de la sombra
Sin miedo al enigma de ti mismo
Acaso encuentres una luz sin noche
Perdida en las grietas de los precipicios

Cae

Cae eternamente

Cae al fondo del infinito
Cae al fondo del tiempo
Cae al fondo de ti mismo
Cae lo más bajo que se pueda caer
Cae sin vértigo
A través de todos los espacios y todas las edades
A través de todas las almas de todos los anhelos y todos los naufragios
Cae y quema al pasar los astros y los mares
Quema los ojos que te miran y los corazones que te aguardan
Quema el viento con tu voz

El viento que se enreda en tu voz
Y la noche que tiene frío en su gruta de huesos

Cae en infancia
Cae en vejez
Cae en lágrima
Cae en risas
Cae en música sobre el universo
Cae de tu cabeza a tus pies
Cae de tus pies a tu cabeza
Cae del mar a la fuente
Cae al último abismo del silencio
Como el barco que se hunde apagando sus luces

Todo se acabó
El mar antropófago golpea la puerta de las rocas despiadadas
Los perros ladran a las horas que se mueren
Y el cielo escucha el paso de las estrellas que se alejan
Estás solo
Y vas a la muerte derecho como un iceberg que se desprende del polo
Cae la noche buscando su corazón en el océano
La mirada se agranda como los torrentes
Y en tanto que las olas se dan vuelta
La luna niño de luz se escapa de alta mar
Mira este cielo lleno
Más rico que los arroyos de las minas
Cielo lleno de estrellas que esperan el bautismo
Todas esas estrellas salpicaduras de un astro de piedra lanzado en las
aguas eternas

No saben lo que quieren ni si hay redes ocultas más allá
Ni qué mano lleva las riendas
Ni qué pecho sopla el viento sobre ellas
Ni saben si no hay mano y no hay pecho
Las montañas de pesca
Tienen la altura de mis deseos
Y yo arrojé fuera de la noche mis últimas angustias
Que los pájaros cantando dispersan por el mundo

Reparad el motor del alba
En tanto me siento al borde de mis ojos
Para asistir a la entrada de las imágenes

Soy yo Altazor
Altazor
Encerrado en la jaula de su destino
En vano me aferro a los barrotes de la evasión posible
Una flor cierra el camino
Y se levantan como la estatua de las llamas
La evasión imposible
Más débil marchó con mis ansias
Que un ejército sin luz en medio de emboscadas
Abrí los ojos en el siglo
En que moría el cristianismo
Retorcido en su cruz agonizante
Ya va a dar el último suspiro
¿Y mañana qué pondremos en el sitio vacío?
Pondremos un alba o un crepúsculo
¿Y hay que poner algo acaso?
La corona de espinas
Chorreando sus últimas estrellas se marchita
Morirá el cristianismo que no ha resuelto ningún problema
Que sólo ha enseñado plegarias muertas
Muere después de dos mil años de existencia
Un cañoneo enorme pone punto final a la era cristiana
El Cristo quiere morir acompañado de millones de almas
Hundirse con sus templos
Y atravesar la muerte con un cortejo inmenso
Mil aeroplanos saludan la nueva era
Ellos son los oráculos y las banderas

Hace seis meses solamente
Dejé la ecuatorial recién cortada
En la tumba guerrera del esclavo paciente
Corona de piedad sobre la estupidez humana
Soy yo que estoy hablando en este año de 1919
Es el invierno
Ya la Europa enterró todos sus muertos
Y un millar de lágrimas hacen una sola cruz de nieve
Mirad esas estepas que sacuden las manos
Millones de obreros han comprendido al fin
Y levantan al cielo sus banderas de aurora
Venid venid os esperamos porque sos la esperanza

La única esperanza
La última esperanza

Soy yo Altazor el doble de mí mismo
El que se mira obrar y se ríe del otro frente a frente
El que cayó de las alturas de su estrella
Y viajó veinticinco años
Colgado al paracaídas de sus propios prejuicios
Soy yo Altazor el del ansia infinita
Del hambre eterno y descorazonado
Carne labrada por arados de angustia
¿Cómo podré dormir mientras haya adentro tierras desconocidas?
Problemas
Misterios que se cuelgan a mi pecho
Estoy solo
La distancia que va de cuerpo a cuerpo
Es tan grande como la que hay de alma a alma
Solo

Solo

Solo

Estoy solo parado en la punta del año que agoniza
El universo se rompe en olas a mis pies
Los planetas giran en torno a mi cabeza
Y me despeinan al pasar con el viento que desplazan
Sin dar un respuesta que llene los abismos
Ni sentir este anhelo fabuloso que busca en la fauna del cielo
Un ser materno donde se duerma el corazón
Un lecho a la sombra del torbellino de enigmas
Una mano que acaricie los latidos de la fiebre
Dios diluido en la nada y el todo
Dios todo y nada
Dios en las palabras y en los gestos
Dios mental
Dios aliento
Dios joven Dios viejo
Dios pútrido

lejano y cerca

Dios amasado a mi congoja
Sigamos cultivando en el cerebro las tierras del error
Sigamos cultivando las tierras veraces en el pecho
Sigamos

Yo estoy aquí de pie ante vosotros
En nombre de una idiota ley proclamadora
De la conservación de las especies
Inmunda ley
Villana ley arraigada a los sexos ingenuos
Por esa ley primera trampa de la inconciencia
El hombre se desgarró
Y se rompe en aullidos mortales por todos los poros de su tierra
Yo estoy aquí de pie entre vosotros
Se me caen las ansias al vacío
Se me caen los gritos a la nada
Se me caen al caos las blasfemias
Perro del infinito trotando entre astros muertos
Perro lamiendo estrellas y recuerdos de estrella
Perro lamiendo tumbas
Quiero la eternidad como una paloma en mis manos

Todo ha de alejarse en la muerte esconderse en la muerte
Yo tú él nosotros vosotros ellos
Ayer hoy mañana
Pasto en las fauces del insaciable olvido
Pasto para la rumia eterna del caos incansable
Justicia ¿qué has hecho de mí Vicente Huidobro?
Se me cae el dolor de la lengua y las alas marchitas
Se me caen los dedos muertos uno a uno
¿Qué has hecho de mi voz cargada de pájaros en el atardecer
La voz que me dolía como sangre?
Dadme el infinito como una flor para mis manos

Seguir
No. Basta ya
Seguir cargado de mundos de países de ciudades
Muchedumbres aullidos
Cubierto de climas hemisferios ideas recuerdos
Entre telarañas de sepulcros y planetas conscientes
Seguir del dolor al dolor del enigma al enigma
Del dolor de la piedra al dolor de la planta
Porque todo es dolor
Dolor de batalla y miedo de no ser
Lazos de dolor atan la tierra al cielo las aguas a la tierra
Y los mundos galopan en órbitas de angustia

Y una última aventura de esperanzas celestes
Un desorden de estrellas imprudentes
Caídas de los sortilegios sin refugio
Todo lo que se esconde y nos incita con imanes fatales
Lo que se esconde en las frías regiones de lo invisible
O en la ardiente tempestad de nuestro cráneo

La eternidad se vuelve sendero de flor
Para el regreso de espectros y problemas
Para el mirage sediento de las nuevas hipótesis
Que rompen el espejo de la magia posible

Liberación, ¡Oh! si liberación de todo
De la propia memoria que nos posee
De las profundas vísceras que saben lo que saben
A causa de estas heridas que nos atan al fondo
Y nos quiebran los gritos de las alas

La magia y el ensueño liman los barrotes
La poesía llora en la punta del alma
Y acrece la inquietud mirando nuevos muros
Alzados de misterio en misterio
Entre minas de mixtificación que abren sus heridas
Con el ceremonial inagotable del alba conocida
Todo en vano
Dadme la llave de los sueños cerrados
Dadme la llave del naufragio
Dadme una certeza de raíces en horizonte quieto
Un descubrimiento que no huya a cada paso
O dadme un bello naufragio verde
Un milagro que ilumine el fondo de nuestros mares íntimos
Como el barco que se hunde sin apagar sus luces
Liberado de este trágico silencio entonces
En mi propia tempestad
Desafiaré al vacío
Sacudiré la nada con blasfemias y gritos
Hasta que caiga un rayo de castigo ansiado
Trayendo a mis tinieblas el clima del paraíso

¿Por qué soy prisionero de esta trágica busca?
¿Qué es lo que me llama y se esconde

Me sigue me grita por mi nombre
Y cuando vuelvo el rostro y alargo las manos de los ojos
Me echa encima una niebla tenaz como la noche de los astros ya
muertos?
Sufro me revuelco en la angustia
Sufro desde que era nebulosa
Y traigo desde entonces este dolor primordial en las células
Este peso en las alas
Esta piedra en el canto
Dolor de ser isla
Angustia subterránea
Angustia cósmica
Poliforme angustia anterior a mi vida
Y que la sigue como una marcha militar
Y que irá más allá
Hasta el otro lado de la periferia universal

Consciente
Inconsciente
Deforme
Sonora
Sonora como el fuego
El fuego que me quema el carbón interno y el alcohol de los ojos

Soy una orquesta trágica
Un concepto trágico
Soy trágico como los versos que punzan en las sienes y no pueden
salir
Arquitectura fúnebre
Matemática fatal y sin esperanza alguna
Capas superpuestas de dolor misterioso
Capas superpuestas de ansias mortales
Subsuelos de intuiciones fabulosas

Siglos siglos que vienen gimiendo en mis venas
Siglos que se balancean en mi canto
Que agonizan en mi voz
Porque mi voz es solo canto y sólo puede salir en canto
La cuna de mi lengua se metió en el vacío
Anterior a los tiempos
Y guardará eternamente el ritmo primero

El ritmo que hace nacer los mundos
Soy la voz del hombre que resuena en los cielos
Que reniega y maldice
Y pide cuentas de por qué y para qué

Soy todo el hombre
El hombre herido por quién sabe quién
Por una flecha perdida del caos
Humano terreno desmesurado
Sí desmesurado y lo proclamo sin miedo
Desmesurado porque no soy burgués ni raza fatigada
Soy bárbaro tal vez
Desmesurado enfermo
Bárbaro limpio de rutinas y caminos marcados
No acepto vuestras sillas de seguridades cómodas
Soy el ángel salvaje que cayó una mañana
En vuestras plantaciones de preceptor
Poeta
Antipoeta
Culto
Anticulto
Animal metafísico cargado de congojas
Animal espontáneo directo sangrando sus problemas
Solitario como una paradoja
Paradoja fatal
Flor de contradicciones bailando un fox-trot
Sobre el sepulcro de Dios
Sobre el bien y el mal
Soy un pecho que grita y un cerebro que sangra
Soy un temblor de tierra
Los sismógrafos señalan mi paso por el mundo

Crujen las ruedas de la tierra
Y voy andando a caballo en mi muerte
Voy pegado a mi muerte como un pájaro al cielo
Como una fecha en el árbol que crece
Como el nombre en la carta que envío
Voy pegado a mi muerte
Voy por la vida pegado a mi muerte
Apoyado en el bastón de mi esqueleto

El sol nace en mi ojo derecho y se pone en mi ojo izquierdo
En mi infancia una infancia ardiente como un alcohol
Me sentaba en los caminos de la noche
A escuchar la elocuencia de las estrellas
Y la oratoria del árbol
Ahora la indiferencia nieva en la tarde de mi alma
Rómpanse en espigas las estrellas
Pártase la luna en mil espejos
Vuelva el árbol al nido de su almendra
Sólo quiero saber por qué
Por qué
Por qué
Soy protesta y arañeo el infinito con mis garras
Y grito y gimo con miserables gritos oceánicos
El eco de mi voz hacer tronar el caos

Soy desmesurado cósmico
Las piedras las plantas las montañas
Me saludan Las abejas las ratas
Los leones y las águilas
Los astros los crepúsculos las albas
Los ríos y las selvas me preguntan
¿Qué tal cómo está usted?
Y mientras los astros y las olas tengan algo que decir
Será por mi boca que hablarán a los hombres

Que Dios sea Dios
O Satán sea Dios
O ambos sean miedo nocturna ignorancia
Lo mismo da
Que sea la Vía Láctea
O una procesión que asciende en pos de la verdad
Hoy me es igual
Traedme una hora que vivir
Traedme un amor pescado por la oreja
Y echadlo aquí a morir ante mis ojos
Que yo caiga por el mundo a toda máquina
Que yo corra por el universo a toda estrella
Que me hunda o me eleve
Lanzado sin piedad entre planetas y catástrofes
Señor Dios si tú existes es a mí a quien lo debes

Mata la horrible duda
Y la espantosa lucidez
Hombre con los ojos abiertos en la noche
Hasta el fin de los siglos
Enigma asco de los instintos contagiosos
Como las campanas de la exaltación
Pajarero de luces muertas que andan con pies de espectro
Con los pies indulgentes del arroyo
Que se llevan las nubes y cambia de país

En el tapiz del cielo se juega nuestra suerte
Allí donde mueren las horas
El pesado cortejo de las horas que golpean el mundo
Se juega nuestra alma
Y la suerte que se vuela todas las mañanas
Sobre las nubes con los ojos llenos de lágrimas
Sangra la herida de las últimas creencias
Cuando el fusil desconsolado del humano refugio
Descuelga los pájaros del cielo
Mírate allí animal eterno desnudo de nombre
Junto al abrevadero de tus límites propios
Bajo el alba benigna
Que zurce el tejido de las mareas
Mira a lo lejos viene la cadena de hombres
Saliendo de la usina de ansias iguales
Mordidos por la misma eternidad
Por el mismo huracán de vagabundas fascinaciones
Cada uno trae su palabra informe
Y los pies atados a su estrella propia
Las máquinas avanzan en la noche del diamante fatal
Avanza el desierto con sus olas sin vida
Pasan las montañas pasan los camellos
Como la historia de las guerras antiguas
Allá va la cadena de hombres entre fuegos ilusos
Hacia el párpado tumbal

Después de mi muerte un día
El mundo será pequeño a las gentes
Plantarán continentes sobre los mares
Se harán islas en el cielo
Habrá un gran puente de metal en torno de la tierra

Como los anillos construidos en Saturno
Habrá ciudades grandes como un país
Gigantescas ciudades del porvenir
En donde el hombre-hormiga será una cifra Un número que se
mueve y sufre y baila
(Un poco de amor a veces como un arpa que hace olvidar la vida)
Jardines de tomates y repollos
Los parques públicos plantados de árboles frutales
No hay carne que comer el planeta es estrecho
Y las máquinas mataron el último animal
Árboles frutales en todos los caminos
Lo aprovechable sólo lo aprovechable
Ah la hermosa vida que preparan las fábricas
La horrible indiferencia de los astros sonrientes
Refugio de la música
Que huye de las manos de los últimos ciegos

Angustia angustia de lo absoluto y de la perfección
Angustia desolada que atraviesa las órbitas perdidas
Contradictorios ritmos quiebran el corazón
En mi cabeza cada cabello piensa otra cosa

Un hastío invade el hueco que va del alba al poniente
Un bostezo color mundo y carne
Color espíritu avergonzado de irrealizables cosas
Lucha entre la piel y el sentimiento de una dignidad bebida y no
otorgada
Nostalgia de ser barro y piedra o Dios
Vértigo de la nada cayendo de sombra en sombra
Inutilidad de los esfuerzos fragilidad del sueño

Ángel expatriado de la cordura
¿Por qué hablas Quién te pide que hables?
Revienta pesimista mas revienta en silencio
Cómo se reirán los hombres de aquí a mil años
Hombre perro que aúllas a tu propia noche
Delincuente de tu alma
El hombre de mañana se burlará de ti
Y de tus gritos petrificados goteando estalactitas
¿Quién eres tú habitante de este diminuto cadáver estelar?
¿Qué son tus náuseas de infinito y tu ambición de eternidad?

Átomo desterrado de sí mismo con puertas y ventanas de luto
¿De dónde vienes a dónde vas?
¿Quién se preocupa de tu planeta?
Inquietud miserable
Despojo del desprecio que por ti sentiría
Un habitante de Betelgeuse
Veintinueve millones de veces más grande que tu sol

Hablo porque soy protesta insulto y mueca de dolor
Sólo creo en los climas de la pasión
Sólo deben hablar los que tienen el corazón clarividente
La lengua a alta frecuencia
Buzos de la verdad y la mentira
Cansados de pasear sus linternas en los laberintos de la nada
En la cueva de alternos sentimientos
El dolor es lo único eterno
Y nadie podrá reír ante el vacío
¿Qué me importa la burla del hombre-hormiga
Ni la del habitante de otros astros más grandes?
Y yo no sé de ellos ni ellos saben de mí
Yo sé de mi vergüenza de la vida de mi asco celular
De la mentira abyecta de todo cuanto edifican los hombres
Los pedestales de aire de sus leyes e ideales

Dadme dadme pronto un llano de silencio
Un llano despoblado como los ojos de los muertos

¿Robinsón por qué volviste de tu isla?
De la isla de tus obras y tus sueños privados
La isla de ti mismo rica de tus actos
Sin leyes ni abdicación ni compromisos
Sin control de ojo intruso
Ni mano extraña que rompa los encantos
¿Robinsón cómo es posible que volvieras de tu isla?

Malhaya el que mire con ojos de muerte
Malhaya el que vea el resorte que todo lo mueve
Una borrasca dentro de la risa
Una agonía de sol adentro de la risa
Matad al pesimista de pupila enlutada
Al que lleva un féretro en el cerebro

Todo es nuevo cuando se mira con ojos nuevos
Oigo una voz idiota entre algas de ilusión
Boca parasitaria aún de la esperanza

Idos lejos de aquí restos de playas moribundas
Mas si buscáis descubrimientos
Tierras irrealizables más allá de los cielos
Vegetante obsesión de musical congoja
Volvamos al silencio
Restos de playas fúnebres
¿A qué buscáis el faro poniente
Vestido de su propia cabellera
Como la reina de los circos?
Volvamos al silencio
Al silencio de las palabras que vienen del silencio
Al silencio de las hostias donde se mueren los profetas
Con la llaga del flanco
Cauterizada por algún relámpago

Las palabras con fiebre y vértigo interno
Las palabras del poeta dan un mareo celeste
Dan una enfermedad de nubes
Contagioso infinito de planetas errantes
Epidemia de rosas en la eternidad

Abrid la boca para recibir la hostia de la palabra herida
La hostia angustiada y ardiente que me nace no se sabe dónde
Que viene de más lejos que mi pecho
La catarata delicada de oro en libertad
Correr de río sin destino como aerolitos al azar
Una columna se alza en la punta de la voz
Y la noche se sienta en la columna

Yo poblaré para mil años los sueños de los hombres
Y os daré un poema lleno de corazón
En el cual me despedazaré por todos lados

Una lágrima caerá de unos ojos
Como algo enviado sobre la tierra
Cuando veas como una herida profetiza
Y reconozcas la carne desgraciada

El pájaro cegado en la catástrofe celeste
Encontrado en mi pecho solitario y sediento
En tanto yo me alejo tras los barcos magnéticos
Vagabundo como ellos
Y más triste que un cortejo de caballos sonámbulos

Hay palabras que tienen sombra de árbol
Otras que tienen atmósfera de astros
Hay vocablos que tienen fuego de rayos
Y que incendian donde caen
Otros que se congelan en la lengua y se rompen al salir
Como esos cristales helados y fatídicos
Hay palabras con imanes que atraen los tesoros del abismo
Otras que se descargan como vagones sobre el alma
Altazor desconfía de las palabras
Desconfía del ardid ceremonioso
Y de la poesía
Trampas
Trampas de luz y cascadas lujosas
Trampas de perla y de lámpara acuática
Anda como los ciegos con sus ojos de piedra
Presintiendo el abismo a todo paso

Mas no temas de mí que mi lenguaje es otro
No trato de hacer feliz ni desgraciado a nadie
Ni descolgar banderas de los pechos
Ni dar anillos de planetas
Ni hacer satélites de mármol en torno a un talismán ajeno
Quiero darte una música de espíritu
Música mía de esta cítara plantada en mi cuerpo
Música que hace pensar en el crecimiento de los árboles
Y estalla en luminarias dentro del sueño.
Yo hablo en nombre de un astro por nadie conocido
Hablo en una lengua mojada en mares no nacidos
Con una voz llena de eclipses y distancias
Solemne como un combate de estrellas o galeras lejanas
Una voz que se desfonda en la noche de las rocas
Una voz que da la vista a los ciegos atentos
Los ciegos escondidos al fondo de las casas
Como al fondo de sí mismos

Los veleros que parten a distribuir mi alma por el mundo
Volverán convertidos en pájaros
Una hermosa mañana alta de muchos metros
Alta como el árbol cuyo fruto es el sol
Una mañana frágil y rompible
A la hora en que las flores se lavan la cara
Y los últimos sueños huyen por las ventanas

Tanta exaltación para arrastrar los cielos a la lengua
El infinito se instala en el nido del pecho
Todo se vuelve presagio
ángel entonces
El cerebro se torna sistro revelador
Y la hora huye despavorida por los ojos
Los pájaros grabados en el cenit no cantan
El día se suicida arrojándose al mar
Un barco vestido de luces se aleja tristemente
Y al fondo de las olas un pez escucha el paso de los hombres

Silencio la tierra va a dar a luz un árbol
La muerte se ha dormido en el cuello de un cisne
Y cada pluma tiene un distinto temblor
Ahora que Dios se sienta sobre la tempestad
Que pedazos de cielos caen y se enredan en la selva
Y que el tifón despeina las barbas del pirata

Silencio la tierra va a dar a luz un árbol
Tengo cartas secretas en la caja del cráneo
Tengo un carbón doliente en el fondo del pecho
Y conduzco mi pecho a la boca
Y la boca a la puerta del sueño

El mundo se me entra por los ojos
Se me entra por las manos se me entra por los pies
Me entra por la boca y se me sale
En insectos celestes o nubes de palabras por los poros
Silencio la tierra va a dar a luz un árbol
Mis ojos en la gruta de la hipnosis
Mastican el universo que me atraviesa como un túnel
Un escalofrío de pájaro me sacude los hombros
Escalofrío de alas y olas interiores

Escalas de olas y alas en la sangre
Se rompen las amarras de las venas
Y se salta afuera de la carne
Se sale de las puertas de la tierra
Entre palomas espantadas

Habitante de tu destino
¿Por qué quieres salir de tu destino?
¿Por qué quieres romper los lazos de tu estrella
Y viajar solitario en los espacios
Y caer a través de tu cuerpo de tu cenit a tu nadir?

No quiero ligaduras de astro ni de viento
Ligaduras de luna buenas son para el mar y las mujeres
Dadme mis violines de vértigo insumiso
Mi libertad de música escapada
No hay peligro en la noche pequeña encrucijada
Ni enigma sobre el alma
La palabra electrizada de sangre y corazón
Es el gran paracaídas y el pararrayos de Dios

Habitante de tu destino
Pegado a tu camino como roca
Viene la hora del sortilegio resignado
Abre la mano de tu espíritu
El magnético dedo
En donde el anillo de la serenidad adolescente
Se posará cantando como el canario pródigo
Largos años ausente
Silencio
Se oye el pulso del mundo como nunca pálido
La tierra acaba de alumbrar un árbol

Altazor de Vicente Huidobro

- ¿Por qué este canto tiene forma de confesión?
- Hay tres sentimientos cardinales en este canto: la soledad, el anhelo de eternidad y la poesía. Busca en el poema dónde se encuentran estos sentimientos.
- En este Canto I hay una crítica a la religión ¿Dónde? Búscala y explica.

- d) ¿Cuál es el tiempo al que se refiere este canto?
- e) Este poema es vanguardista ¿por qué?
- f) Busca los recursos literarios que puedan haber.

11. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Masa

Al fin de la batalla,
y muerto ya el combatiente, vino hacia él un hombre
y le dijo: “No mueras, te amo tanto!”
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Se le acercaron dos y repitiéronle:
“No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!”
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
clamando: “¡Tanto amor y no poder nada contra la muerte!”
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Le rodearon millones de individuos,
con un ruego común: “¡Quédate, hermano!”
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Entonces, todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;
incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre; echóse a andar...

Masa de Cesar Vallejo

- a) ¿Qué significado tiene el título del poema?
- b) ¿A quién se dirige el poeta?
- c) ¿Cuál es el tema del poema?
- d) ¿Qué dicotomía hay en este poema?
- e) Busca los recursos literarios del poema.

12. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Trilce

Quién hace tanta bulla y ni deja
Testar las islas que van quedando.

Un poco más de consideración
en cuanto será tarde, temprano,
y se aquilatará mejor
el guano, la simple calabrina tesórea
que brinda sin querer,
en el insular corazón,
salobre alcatraz, a cada hialóidea
grupada.

Un poco más de consideración,
y el mantillo líquido, seis de la tarde
de los más soberbios bemoles.

Y la península párase
por la espalda, abozaleada, impertérrita
en la línea mortal del equilibrio.

II

Tiempo Tiempo.

Mediodía estancado entre relentes.
Bomba aburrida del cuartel achica
tiempo tiempo tiempo tiempo.

Era Era.

Gallos cancionan escarbando en vano.
Boca del claro día que conjuga
era era era era.

Mañana Mañana.

El reposo caliente aún de ser.
Piensa el presente guárdame para
mañana mañana mañana mañana

Nombre Nombre.

¿Qué se llama cuanto heriza nos?
Se llama Lomismo que padece
nombre nombre nombre nombrE.

IX

Vusco volvvver de golpe el golpe.
Sus dos hojas anchas, su válvula
que se abre en succulenta recepción
de multiplicando a multiplicador,
su condición excelente para el placer,
todo avía verdad.

Busco volvver de golpe el golpe.
A su halago, enveto bolivarianas fragosidades
a treintidós cables y sus múltiples,
se arrequantan pelo por pelo
soberanos belfos, los dos tomos de la Obra,
y no vivo entonces ausencia,
ni al tacto.

Fallo bolver de golpe el golpe.
No ensillaremos jamás el toroso Vaveo
de egoísmo y de aquel ludir mortal
de sábana,
desque la mujer esta
icuánto pesa de general!

Y hembra es el alma de la ausente.
Y hembra es el alma mía.

X

Prístina y última piedra de infundada
ventura, acaba de morir
con alma y todo, octubre habitación y encinta.
De tres meses de ausente y diez de dulce.
Cómo el destino,
mitrado monodáctilo, ríe.

Cómo detrás desahucian juntas
de contrarios. Cómo siempre asoma el guarismo
bajo la línea de todo avatar.

Cómo escotan las ballenas a palomas.
Cómo a su vez éstas dejan el pico
cubicado en tercera ala.
Cómo arzonamos, cara a monótonas ancas.

Se remolca diez meses hacia la decena,
hacia otro más allá.
Dos quedan por lo menos todavía en pañales.
Y los tres meses de ausencia.
Y los nueve de gestación.

No hay ni una violencia.
El paciente incorporase,
y sentado empavona tranquilas misturas.

XVIII

Oh las cuatro paredes de la celda.
Ah las cuatro paredes albicantes
que sin remedio dan al mismo número.

Criadero de nervios, mala brecha,
por sus cuatro rincones cómo arranca
las diarias aherrojadas extremidades.

Amorosa llavera de innumerables llaves,
si estuvieras aquí, si vieras hasta
qué hora son cuatro estas paredes.
Contra ellas seríamos contigo, los dos,
más dos que nunca. Y ni lloraras,
di, libertadora!

Ah las paredes de la celda.
De ellas me duele entretanto, más
las dos largas que tienen esta noche
algo de madres que ya muertas
llevan por bromurados declives,
a un niño de la mano cada una.

Y sólo yo me voy quedando,
con la diestra, que hace por ambas manos,
en alto, en busca de terciario brazo
que ha de pupilar, entre mi dónde y mi cuándo,
esta mayoría inválida de hombre.

XXVIII

He almorzado solo ahora, y no he tenido
madre, ni súplica, ni sírvete, ni agua,
ni padre que, en el facundo ofertorio
de los choclos, pregunte para su tardanza
de imagen, por los broches mayores del sonido.

Cómo iba yo a almorzar. Cómo me iba a servir
de tales platos distantes esas cosas,
cuando habrása quebrado el propio hogar,
cuando no asoma ni madre a los labios.
Cómo iba yo a almorzar nonada.

A la mesa de un buen amigo he almorzado
con su padre recién llegado del mundo,
con sus canas tías que hablan
en tordillo retinte de porcelana,
bisbiseando por todos sus viudos alvéolos;
y con cubiertos francos de alegres tiroriros,
porque estánse en su casa. Así, ¡iqué gracia!
Y me han dolido los cuchillos
de esta mesa en todo el paladar.

El yantar de estas mesas así, en que se prueba
amor ajeno en vez del propio amor,
torna tierra el brocado que no brinda la
MADRE,
hace golpe la dura deglución; el dulce,
hiel; aceite funéreo, el café.

Cuando ya se ha quebrado el propio hogar,
y el sírvete materno no sale de la
tumba,
la cocina a oscuras, la miseria de amor.

I.XV

Madre, me voy mañana a Santiago,
a mojar me en tu bendición y en tu llanto.
Acomodando estoy mis desengaños y el rosado
de llaga de mis falsos trajines.

Me esperará tu arco de asombro,
las tonsuradas columnas de tus ansias
que se acaban la vida. Me esperará el patio,
el corredor de abajo con sus tondos y repulgos
de fiesta. Me esperará mi sillón ayo,
aquel buen quijarudo trasto de dinástico
cuero, que para no más rezongando a las nalgas
tataranietas, de correa a correhuela.

Estoy cribando mis cariños más puros.
Estoy ejeando ¿no oyes jadear la sonda?
¿no oyes tascar dianas?
estoy plasmando tu fórmula de amor
para todos los huecos de este suelo.
Oh si se dispusieran los tácticos volantes
para todas las cintas más distantes,
para todas las citas más distintas.

Así, muerta inmortal. Así.
Bajo los dobles arcos de tu sangre, por donde
hay que pasar tan de puntillas, que hasta mi padre
para ir por allí,
humildóse hasta menos de la mitad del hombre,
hasta ser el primer pequeño que tuviste.

Así, muerta inmortal.
Entre la columnata de tus huesos
que no puede caer ni a lloros,
y a cuyo lado ni el destino pudo entrometer
ni un solo dedo suyo.

Así, muerta inmortal.
Así.

Trilce de Cesar Vallejo

- a) ¿Cuál es la estructura del poema?
- b) ¿Qué personajes hay en este poema?
- c) Cada una de las partes de este poema nos dice algo, explica qué comprendes de cada parte, ¿sobre qué trata cada parte?
- d) En el poema II, se utilizan las metáforas: “bomba aburrida”, “gallos cancionan”, ¿Qué quiere decirnos el poeta?
- e) Vallejo muestra una obsesión con el tiempo en todo el poema, ¿cómo se refleja esto en el poema?
- f) ¿Qué métrica usa el poeta en este poema?
- g) ¿Qué otros recursos literarios hay en el poema?

13. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Décima muerte

¡Qué prueba de la existencia
habrá mayor que la suerte
de estar viviendo sin verte
y muriendo en tu presencia!
Esta lúcida conciencia
de amar a lo nunca visto
y de esperar lo imprevisible;
este caer sin llegar
es la angustia de pensar
que puesto que muero existo.

Si en todas partes estás,
en el agua y en la tierra,
en el aire que me encierra
y en el incendio voraz;
y si a todas partes vas
conmigo en el pensamiento,
en el soplo de mi aliento
y en mi sangre confundida
¿no serás, Muerte, en mi vida,
agua, fuego, polvo y viento?

Si tienes manos, que sean
de un tacto sutil y blando
apenas sensible cuando
anestesiado me crean;
y que tus ojos me vean
sin mirarme, de tal suerte
que nada me desconcierte
ni tu vista ni tu roce,
para no sentir un goce
ni un dolor contigo, Muerte.

Por caminos ignorados,
por hendiduras secretas,
por las misteriosas vetas
de troncos recién cortados
te ven mis ojos cerrados
entrar en mi alcoba oscura
a convertir mi envoltura
opaca, febril, cambiante,
en materia de diamante,
luminosa, eterna y pura.

No duermo para que al verte
llegar lenta y apagada,
para que al oír pausada
tu voz que silencios vierte,
para que al tocar la nada
que envuelve tu cuerpo yerto,
para que a tu olor desierto
pueda, sin sombra de sueño,
saber quede ti me adueño,
sentir que muero desierto.

La aguja del instantero
recorrerá su cuadrante,
todo cabrá en un instante
del espacio verdadero
que, ancho, profundo y señero,
será elástico a tu paso
de modo que el tiempo cierto
prolongará nuestro abrazo
y será posible acaso,
vivir después de haber muerto.

En el roce, en el contacto,
en la inefable delicia
de la suprema caricia
que desemboca en el acto,
hay el misterioso pacto
del espasmo delirante
en que un cielo alucinante
y un infierno de agonía
se funden cuando eres mía
y soy tuyo en un instante.

Hasta en la ausencia estás viva:
porque te encuentro en el hueco
de una forma y en el eco
de una nota fugitiva;
porque en mi propia saliva
fundes tu sabor sombrío,
y a cambio de lo que es mío
me dejas sólo el temor
de hallar hasta en el sabor
la presencia del vacío.

Si te llevo en mí prendida
y te acaricio y escondo;
si te alimento en el fondo
de mi más secreta herida;
si mi muerte te da vida
y goce mi frenesí
¡qué será, Muerte, de ti
cuando al salir yo del mundo,
deshecho el nudo profundo,
tengas que salir de mí?

En vano amenazas, Muerte,
cerrar la boca a mi herida
y poner fin a mi vida
con una palabra inerte.
¡Qué puedo pensar al verte,
si en mi angustia verdadera
tuve que violar la espera;
si en la vista de tu tardanza
para llenar mi esperanza
no hay hora en que yo no muera!

Nostalgia de la muerte de Xavier Villaurrutia

- a) Haz el análisis métrico de este poema.
- b) Busca en el poema los siguientes recursos literarios:

sinalefa	
anáfora	
aliteración	

- c) El poeta usa el presente y el futuro del Indicativo muchas veces
¿para qué lo hace? ¿a quién se refiere?
- d) ¿Por qué el poeta escribe la palabra Muerte con mayúscula?

14. Lee el siguiente poema y responde las preguntas.:

Poema XV

Me gustas cuando callas porque estás como ausente,
y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.
Parece que los ojos se te hubieran volado
y parece que un beso te cerrara la boca.

Como todas las cosas están llenas de mi alma
emerges de las cosas, llena del alma mía.
Mariposa de sueño, te pareces a mi alma,
y te pareces a la palabra melancolía.

Me gustas cuando callas y estás como distante.
Y estás como quejándote, mariposa en arrullo.
Y me oyes desde lejos, y mi voz no te alcanza:
déjame que me calle con el silencio tuyo.

Déjame que te hable también con tu silencio
claro como una lámpara, simple como un anillo.
Eres como la noche, callada y constelada.
Tu silencio es de estrella, tan lejano y sencillo.

Me gustas cuando callas porque estás como ausente.
Distante y dolorosa como si hubieras muerto.
Una palabra entonces, una sonrisa basta.
Y estoy alegre, alegre de que no sea cierto.

Veinte poemas de amor y una canción desesperada
de Pablo Neruda

- a) Haz el resumen del poema.
- b) Haz el análisis métrico del poema.
- c) Busca en el poema los siguientes recursos literarios y rellena el cuadro:

apostrofe	
símil	
paralelismo	
metáfora	
anáfora	
hipérbaton	
antítesis	
personificación	
sinestesia	
imágenes sensoriales	
aliteración	
encabalgamiento	

- d) ¿Cuál es el tema del poema?
- e) ¿Qué tipo de poema es? ¿Narrativo? ¿Lírico? ¿Dramático?
- f) ¿Quién habla? ¿A quién se dirige?
- g) ¿Cuál es el mensaje del poema?
- h) ¿Qué opinión tienes del poema?

15. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Poema XX

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Escribir, por ejemplo: «La noche está estrellada,
y tiritan, azules, los astros, a lo lejos.»

El viento de la noche gira en el cielo y canta.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Yo la quise, y a veces ella también me quiso.

En las noches como ésta la tuve entre mis brazos.
La besé tantas veces bajo el cielo infinito.

Ella me quiso, a veces yo también la quería.
Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido.

Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella.
Y el verso cae al alma como al pasto el rocío.

Qué importa que mi amor no pudiera guardarla.
La noche está estrellada y ella no está conmigo.

Eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos.
Mi alma no se contenta con haberla perdido.

Como para acercarla mi mirada la busca.
Mi corazón la busca, y ella no está conmigo.

La misma noche que hace blanquear los mismos árboles.
Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.

Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise.
Mi voz buscaba el viento para tocar su oído.

De otro. Será de otro. Como antes de mis besos.
Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos.

Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.
Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido.

Porque en noches como ésta la tuve entre mis brazos,
Mi alma no se contenta con haberla perdido.

Aunque éste sea el último dolor que ella me causa,
y éstos sean los últimos versos que yo le escribo.

Veinte poemas de amor y una canción desesperada
Pablo Neruda

- a) ¿Cuál es el tema del poema?
- b) ¿Por medio de qué imágenes el autor representa su tristeza, desolación y abandono?
- c) Busca los siguientes recursos literarios que hay en este poema:

aliteración	
topografía	
cronografía	
metáfora	
símil	
asíndeton	
antítesis	
ironía	
onomatopeya	
reduplicación	
paradoja	
prosopopeya	
pleonismo	
metonimia	
sinestesia	
epíteto	
paranomasia	

- d) El poeta establece un paralelo entre lo inalterable del mundo y la inestabilidad de los sentimientos. Explica cómo lo logra.

16. Lee el poema siguiente y responde las preguntas:

Ohé Nené

¡Ohé Nené!
¡Ohé Nené!
Adombe gangá mondé,
adombe,
candombe del baquiné,
candombe.

Vedlo aquí dormido,
ju-jú.

Todo está dormido,
ju-jú.
¿Quién lo habrá dormido?
Ju-jú.
Babilongo ha sido,
ju-jú.
Ya no tiene oído,
ju-jú.
Ya no tiene oído.

Pero que ahora verá la playa.
Pero que ahora verá el palmar.
Pero que ahora ante el fuego
grande con Tembandumbá
podrá bailar.

Y a la Guinea su zombi vuela...
Coquí, cocó, cucú, cacá.
Bombo, el gran mongo, bajo la selva
su tierno paso conducirá.

Ni sombra blanca sobre la hierba
ni brujo negro lo estorbará.
Bombo, el gran mongo, bajo la selva
su tierno paso conducirá.

Contra el hechizo de mala hembra
cocomacaco duro tendrá.
Bombo, el gran mongo, bajo la selva
su tierno paso conducirá.

Coquí, cocó, cucú, cacá.

¡Ohé nené!

Luis Palés Matos

- Palés Matos es uno de los principales representantes del Criollismo, en especial del Negrismo o la poesía afro antillana. ¿Cómo se observa en este poema este estilo?
- ¿Qué recursos literarios hay en este poema?
- ¿Cuál es el tema del poema?

17. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Canto negro

¡Yambambó, yambambé!
Repica el congo solongo,
repica el negro bien negro;
congo solongo del Songo
baila yambó sobre un pie.

Mamatomba,
serembe cuserembá.

El negro canta y se ajuma,
el negro se ajuma y canta,
el negro canta y se va.

Acuememe serembó,
aé
yambó,
aé.

Tamba, tamba, tamba, tamba,
tamba del negro que tumba;
tumba del negro, caramba,
caramba, que el negro tumba:
iyamba, yambó, yambambé!

Nicolás Guillen

- a) ¿Qué persigue el autor con el uso de las jitanjáforas?
- b) ¿Cuál es el tema del poema?

18. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

La muralla

Para hacer esta muralla,
traíganme todas las manos:

Los negros, su manos negras,
los blancos, sus blancas manos.

Ay,
una muralla que vaya
desde la playa hasta el monte,
desde el monte hasta la playa, bien,
allá sobre el horizonte.

¡Tun, tun!
¿Quién es?
Una rosa y un clavel...
¡Abre la muralla!
¡Tun, tun!
¿Quién es?
El sable del coronel...
¡Cierra la muralla!
¡Tun, tun!
¿Quién es?
La paloma y el laurel...
¡Abre la muralla!
¡Tun, tun!
¿Quién es?
El alacrán y el ciempiés...
¡Cierra la muralla!

Al corazón del amigo,
abre la muralla;
al veneno y al puñal,
cierra la muralla;
al mirto y la yerbabuena,
abre la muralla;
al diente de la serpiente,
cierra la muralla;
al ruiseñor en la flor,
abre la muralla...

Alcemos una muralla
juntando todas las manos;
los negros, sus manos negras,
los blancos, sus blancas manos.
Una muralla que vaya

desde la playa hasta el monte,
desde el monte hasta la playa, bien,
allá sobre el horizonte...

Nicolás Guillen

- ¿Cuál es el tema del poema?
- Haz un análisis de la métrica del poema.
- Busca en el poema los siguientes recursos literarios:

onomatopeya	
hipérbole	
paralelismo	
personificación	
antítesis	
alegoría	
hipérbaton	
epifora	

- ¿Cuál es el tono del poema?
- ¿Cómo se nota el compromiso social en este poema? Argumenta tu respuesta.

19. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

—Yo soy de Limón, allí, muy cerca de Moyahua, del puro cañón de Juchipila. Tenía mi casa, mis vacas y un **pedazo de tierra** para **sembrar**; es decir, que nada me faltaba. Pues, señor, nosotros los **rancheros** tenemos la costumbre de bajar al lugar cada ocho días. Oye uno su misa, oye el sermón, luego va a la plaza, compra sus cebollas, sus **jitomates** y todas las **encomiendas**. Después entra uno con los amigos a la tienda de Primitivo López a **hacer las once**. Se toma la **copita**; a veces es uno **condescendiente** y **se deja cargar la mano**, y se le **sube el trago**, y le da mucho gusto, y ríe uno, grita y canta, si le da su mucha gana. Todo está bueno, porque no se ofende a nadie. Pero que comienzan a meterse

con usted; que el policía pasa y pasa, **arrima la oreja** a la puerta; que al comisario o a los auxiliares se les ocurre quitarle a usted su gusto... ¡Claro, hombre, usted no tiene la **sangre de horchata**, usted lleva el alma en el cuerpo, a usted le **da coraje**, y se levanta y les dice su justo precio! Si entendieron, santo y bueno; a uno lo dejan en paz, y en eso paró todo. Pero hay veces que quieren hablar ronco y golpeado... y uno es **lebroncito** de por sí... y **no le cuadra** que nadie le **pele los ojos**...

Y, sí señor; sale la **daga**, sale la pistola... ¡Y luego vamos a correr la sierra hasta que se les olvida el **difuntito**!

“Bueno. ¿Qué pasó con don Mónico? ¡Faceto! Muchísimo menos que con los otros. ¡Ni siquiera **vio correr el gallo**!... Una **escupida** en las barbas por **entrometido**, y pare usted de contar... Pues con eso ha habido para que me eche encima a la federación. Usted ha de saber del **chisme** ése de México, donde mataron al señor Madero y a otro, a un tal Félix o Felipe Díaz, ¡qué sé yo!... Bueno: pues el dicho don Mónico fue en persona a Zacatecas a traer **escolta** para que **me agarraran**. **Que diz** que yo era **maderista** y que me iba a levantar. Pero como no faltan amigos, hubo quien me lo avisara a tiempo, y cuando los federales vinieron a Limón, yo ya me **había pelado**. Después vino mi **compadre** Anastasio, que hizo una muerte, y luego Pancracio, la Codorniz y muchos amigos y conocidos.

Después se nos han ido juntando más, y ya ve: hacemos la lucha como podemos.”

-Mi jefe -dijo Luis Cervantes después de algunos minutos de silencio y meditación-, usted sabe ya que aquí cerca, en Juchipila, tenemos gente de Natera; nos conviene **ir a juntarnos** con ellos antes de que tomen Zacatecas. Nos presentamos con el general...

-No **tengo genio** para eso... A mí no **me cuadra rendirle** a nadie.

-Pero usted, sólo con unos cuantos hombres por acá, no dejará de pasar por un **cabecilla** sin importancia. La revolución gana indefectiblemente; luego que se acabe le dicen, como les dijo Madero a los que le ayudaron: “Amigos, muchas gracias; ahora vuélvanse a sus casas...”

-No quiero yo otra cosa, sino que me dejen en paz para volver a mi casa.

-Allá voy... No he terminado: “Ustedes, que me levantaron hasta la Presidencia de la República, **arriesgando** su vida, con

peligro **inminente** de dejar viudas y **huérfanos** en la **miseria**, ahora que he conseguido mi objeto, váyanse a coger el azadón y la pala, a medio vivir, siempre con hambre y sin vestir, como estaban antes, mientras que nosotros, los de arriba, hacemos unos cuantos millones de pesos.”

Demetrio **meneó la cabeza** y sonriendo **se rascó**:

-¡Luisito ha dicho **una verdad como un templo!** exclamó con **entusiasmo** el barbero Venancio.

-Como decía -prosiguió Luis Cervantes-, se acaba la revolución, y se acabó todo. ¡Lástima de tanta vida **segada**, de tantas viudas y huérfanos, de tanta **sangre vertida!** Todo, ¿para qué? Para que unos cuantos **bribones se enriquezcan** y todo quede igual o peor que antes. Usted es desprendido, y dice: “Yo no ambiciono más que volver a mi tierra”. Pero ¿es de justicia **privar** a su mujer y a sus hijos de la fortuna que la Divina Providencia le pone ahora en sus manos? ¿Será justo abandonar a la patria en estos momentos solemnes en que va a necesitar de toda la **abnegación** de sus hijos los humildes para que la salven, para que no la dejen caer de nuevo en manos de sus eternos detentadores y verdugos, los caciques?... ¡No hay que olvidarse de lo más sagrado que existe en el mundo para el hombre: la familia y la patria!... Macías sonrió y sus ojos brillaron. - ¿Qué, será bueno ir con Natera, curro? - No sólo bueno -pronunció **insinuante** Venancio—, sino **indispensable**, Demetrio. -Mi jefe -continuó Cervantes-, usted me ha simpatizado desde que lo conocí, y lo quiero cada vez más, porque sé todo lo que vale. Permítame que **sea enteramente franco**. Usted no comprende todavía su verdadera, su alta y **nobilísima misión**. Usted, hombre modesto y sin ambiciones, no quiere ver el importantísimo papel que le toca en esta revolución. Mentira que usted ande por aquí por don Mónico, el cacique; usted se ha levantado contra el caciquismo que asola toda la nación. Somos elementos de un gran movimiento social que tiene que concluir por el engrandecimiento de nuestra patria. Somos instrumentos del destino para la **reivindicación** de los sagrados derechos del pueblo.

No **peleamos** por **derrocar** a un asesino miserable, sino contra la tiranía misma. Eso es lo que se llama luchar por principios, tener ideales. Por ellos luchan Villa, Natera, Carranza; por ellos estamos luchando nosotros. - Sí, sí; **cabalmente** lo que yo he

pensado -dijo Venancio entusiasmadísimo. - Pancracio, **apéate otras dos cervezas...**

Los de abajo de Manuel Azuela

- a) Busca el significado y traduce las palabras y frases en negritas.
- b) Resume este fragmento.
- c) ¿Qué personajes aparecen en este fragmento? ¿Qué características tienen? ¿Cómo son descritos?
- d) ¿Qué tipo de narración es?
- e) ¿Cuál es el ambiente de este fragmento?
- f) ¿Cómo es el lenguaje que usan los personajes?

20. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

Las amigas los recibieron hechas un **aspaviento** de alegría; al frente de ellas, la Mora, la que se paseaba a diario por San Francisco envuelta la cabeza en un pañuelo a colores, contra cuyas tintas rojas, verdes, amarillas y azules resaltaban el moreno cálido de su tez y las dos manchas negras de sus ojos. La Mora era pequeña y flexible y tenía al **andar** un juego de hombros, un juego de cintura, un juego de tobillos, que de pura forma armoniosa que era la transformaban en **mera** armonía de movimiento. Allí, entre sus amigas, reinaba de pleno derecho, no obstante que cualquiera de las otras, de no existir ella, hubiese merecido **ceñir la corona** que ella tan bien llevaba.

Los hicieron pasar al comedor, en torno de cuya mesa, redonda, se sentaron todos, ellos y ellas, y se dispusieron a disfrutar, por horas, de la disipación mansa a que Olivier Fernández era tan afecto. Sobre la cubierta de hule fueron alineándose las botellas de cerveza. Frente a Ignacio Aguirre colocaron otra, ésta de coñac. Trajeron copas, vasos, **ceniceros** -todo ello, vulgar en cualquier parte, impregnado allí de significación nueva, gracias a la Mora-. Porque ésta, con su **movible presencia**, parecía comunicar en el acto a hombres y cosas algo de su armonía y de su raro prestigio. ¿Era una ilusión? A medida que ella distribuía

botellas y copas, la luz, concentrada en el centro de la mesa por una pantalla que de la lámpara bajaba casi hasta el **hule**, como que **desbordaba** aquel **cauce** para **perseguirle** el brazo y la mano, y mientras tanto los oscuros ojos de la Mora -dos manchas negras en la penumbra-**relumbraban** y **rebrillaban** y su cuerpo iba de un sitio a otro dejando perfumes que eran ritmo, ritmos que eran perfume.

Cuando al fin vino a sentarse entre Aguirre y Encarnación, se le figuró a Axkaná que la persona de ella y el ambiente que los rodeaba formaban una sola cosa.

A poco de empezar a beber, Olivier Fernández se puso a **disertar** sobre política. Los demás le siguieron. Con lo cual ellas se entregaron a oír con profundo interés, aunque quizá no entendieran bien el asunto que se debatía. Las cautivaba asomarse, entre un **torbellino de frases** a veces **incomprensibles**, al **abismo de las ideas** y las pasiones que mantenían encendida el alma de aquellos amigos suyos y que eran capaces de lanzarlos unos contra otros hasta hacerlos añicos. Sentían por ellos igual admiración que si fueran **aviadores** o toreros, y si los creían **espléndidos** y ricos, **manirrotos** como bandidos de leyenda, no era eso lo que en el fondo las atraía más, sino **la traza futura** de sus planes, porque entonces les parecía estar aspirando, en la fuente misma, la esencia de la valentía auténtica. Aquéllos eran seres **temerarios**, espíritus de aventura, **susceptibles**, como ellas, de darse todos en un momento: por un **capricho**, por un ideal.

Encarnación Reyes, **encandilado** por el coñac, por el perfume de la Mora y por cuanto oía, vino pronto a sentirse como si lo envolvieran la **atmósfera caldeada** y la excitación de una asamblea política o una sesión del Congreso. Ellos hacían de diputados; ellas, de público. Lo que se explicaba también porque Olivier Fernández no conseguía nunca decir cuatro palabras seguidas sino en actitud y tono de orador; su vida entera estaba en la política; su alma, en la Cámara de Diputados. Era su empeño de ese momento hacer memoria, con Aguirre y López de la Garza, de lo que les había acontecido en Tampico, cuatro años antes, cuando andaban en **gira electoral** con el Caudillo. Pero lejos de evocar los sucesos con **recogimiento** íntimo, según lo hubiera hecho cualquiera otro, Olivier sintió el impulso irresistible de ponerse en pie y ascender hasta una tribuna imaginaria. El chorro de palabras brotó de su boca como en la Cámara, sólo que

aquí frente al estrecho círculo de la mesa sembrada de botellas y vasos, ante la fila de pares de ojos **semiocultos** en la sombra. La luz no le pasaba de la cintura, pero arriba, en la región donde los rayos **se tamizaban** en **penumbra tenue**, sus brazos accionaban, gesticulaba su rostro. Y no hacía falta verlo para someterse a su **elocuencia**, porque allí y en todas partes Olivier Fernández era un gran orador. La Mora y sus amigas lo escuchaban en éxtasis, se entregaban dóciles a la magia divina del verbo, que llega al alma por sobre la inteligencia y así convence y arrebató.

Las botellas vacías iban **acumulándose** sobre el hule **pegajoso**; del Hennessy-Extra no les restaba a Encarnación y Aguirre ni la mitad. Hubo un momento en que el ministro de la Guerra recordó que también él, cuando quería, era buen orador, y creyó que debía levantarse a su vez y contestar a Olivier Fernández con otro discurso. Su oratoria, en efecto, aunque inferior a la del líder radical progresista, no era mala. Reflejaba el vigor atlético que había en los músculos del joven general, se imponía, convincente, como la amplitud de su pecho, como la **curva vigorosa** de sus hombros, como la gallardía dominante de su estatura. Pero oyéndolo a él, la Mora y sus compañeras, a la inversa de cuando oían a Olivier, no sentían que la palabra fuera cosa de magia, sino simple accesorio puesto a la substantividad del ademán del cuerpo.

La sombra del caudillo de Martín Luis Guzmán

- a) Busca el significado y traduce las palabras y frases en negritas.
- b) Resume este fragmento.
- c) ¿Qué personajes aparecen en este fragmento? ¿Qué características tienen? ¿Cómo son descritos?
- d) ¿Qué tipo de narración es?
- e) ¿Cuál es el ambiente de este fragmento?
- f) Busca los recursos literarios que aparecen en este fragmento.

21. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

-Nu han de robar así nu más a taita Andrés Chiliquinga -concluyó el indio, rascándose la cabeza, lleno de un despertar de oscuras e indefinidas venganzas. Ya le era imposible dudar de la verdad del atropello que invadía el cerro. Llegaban ... Llegaban más pronto de lo que él pudo imaginarse. Echarían abajo su techo, le quitarían la tierra. Sin encontrar una defensa posible, acorralado como siempre, se puso pálido, con la boca semiabierta, con los ojos fijos, con la garganta anudada. ¡No! Le parecía absurdo que a él ... Tendrían que tumbarle con hacha como a un árbol viejo del monte. Tendrían que arrastrarle con yunta de bueyes para arrancarle de la choza donde se amañó, donde vio nacer al guagua y morir a su Cunshi. ¡Imposible! ¡Mentira! No obstante, a lo largo de todos los chaquiñanes del cerro la trágica noticia levantaba un revuelo como de protestas taimadas, como de odio reprimido. Bajo un cielo inclemente y un vagar sin destino, los longos despojados se arremangaban el poncho en actitud de pelea, como si estuvieran borrachos, algo les hervía en la sangre, les ardía en los ojos, se les crispaba en los dedos y les crujía en los dientes como tostado de carajos. Las indias murmuraban cosas raras, se sonaban la nariz estrepitosamente y de cuando en cuando lanzaban un alarido en recuerdo de la realidad que vivían. Los pequeños lloraban. Quizás era mas angustiada y sorda la inquietud de los que esperaban la trágica visita. Los hombres entraban y salían de la choza, buscaban algo en los chiqueros, en los gallineros, en los pequeños sembrados, olfateaban por los rincones, se golpeaban el pecho con los puños -extraña aberración masoquista--, amenazaban a la impavidez del cielo con el coraje de un gruñido inconsciente. Las mujeres, junto al padre o al marido que podía defenderlas, planeaban y exigían cosas de un heroísmo absurdo. Los muchachos se armaban de palos y piedras que al final resultaban inútiles. Y todo en la ladera, con sus locos chaquiñanes, con sus colores vivos unos y desvaídos otros, parecía jadear como una mole enferma en el medio del valle.

En espera de algo providencial, la indiada, con los labios secos, con los ojos escaldados, escudriñaba en la distancia. De alguna parte debía venir. ¿De dónde, carajo? De ... De muy lejos al parecer. Del corazón mismo de las pencas de cabuya, del

chaparro, de las breñas de lo alto. De un misterioso cuerno que alguien soplabá para congregá y exaltar la rebeldía ancestral. Sí: Llegó. Era Andrés Chiliquinga que, subido a la cerca de su huasipungo -por consejo e impulso de un claro coraje en su desesperación-, llamaba a los suyos con la voz ronca del cuerno de guerra que heredó de su padre.

Los huasipungueros del cerro --en alarde de larvas venenosas-- despertaron entonces con alarido que estremeció el valle. Por los senderos, por los chaquiñanes, por los caminos corrieron presurosos los pies desnudos de las longas y de los muchachos, los pies calzados con hoshotas y con alpargatas de los runas. La actitud desconcertada e indefensa de campesinos se trocó al embrujo del alarido ancestral que llegaba desde el huasipungo de Chiliquinga en virilidad de asalto y barricada.

De todos los horizontes de las laderas y desde más abajo del cerro, llegaron los indios con sus mujeres, con sus guaguas, con sus perros, al huasipungo de Andrés Chiliquinga. Llegaron sudorosos, estremecidos por la rebeldía, chorreándoles de la jeta el odio, encendidas en las pupilas interrogaciones esperanzadas:

-¿Qué haremos, caraju?

-¿Qué?

-¿Cómu?

-¡Habla nu más, taiticu Andrés!

-¡Habla para quemar lu que sea!

-¡Habla para matar al que sea!

-¡Carajuuu!

-¡Decí, pes!

-¡Nu vale quedar comu mudu después de tocar el cuernu de taitas grandes!

-¡Taiticuuu!

-¡Algu has de decir!

-¡Algu has de aconsejar!

-¿Para qué cogiste entonces a los pobres naturales comu a manada de ganadu, pes?

-¿Para qué?

-¿Pur qué nu dejaste cun la pena nu más comu a nuestros difuntus mayores?

-Mordidus el shungo de esperanza.
-Vagandu pur cerru y pur quebrada.
-¿Pur qué, caraju?
-Ahura ca habla, pes.
-¿Qué dice el cuernu?
-¿Quéeee?
-¡Taiticuuu!
-¿Nus arrancarán así nu mas de la tierra?
-De la choza tan.
-Del sembraditu tan.
-De todú mismu.
-Nus arrancarán comu hierba manavali.
-Comu perru sin dueñu.
-¡Decí, pes!
-Taiticuuu.

Huasipungo de Jorge Icaza

- a) Haz un resumen del fragmento.
- b) Haz un listado de los personajes que aparecen en el fragmento y sus características.
- c) Busca los recursos literarios que aparecen en este fragmento.
- d) “Huasipungo” es una de las novelas más importante del Indigenismo, ¿cómo ves este estilo reflejado en la obra?
- e) ¿Qué peculiaridades tiene el habla de los personajes?
- f) ¿Qué tipo de narrador tiene este fragmento?
- g) ¿Qué técnica de tiempo tiene la narración?

22. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

Rosendo, pues Nasha Suro no entendía nada de caballos, lo curó con querosene y jugo de limón. El limón era bueno también para

las pestes propias de los caballos y ovejas. Los frutos, ensartados en un cordel, rodeaban el cuello. Hacía gracia ver a los animales caminando ornados de collar amarillo. La manada de ovejas era grande y seguía aumentando con el favor de Dios y el cuidado de los pastores. Los niños de la comunidad, acompañados de algunos perros, llevaban el rebaño a los pastizales, mientras las ovejas triscaban el ichu, los pequeños cantaban o tocaban dulcemente sus zampoñas y los perros atisbaban los contornos. Había que defender a todas las ovejas del puma y el zorro y a los corderillos del cóndor. Después de las cosechas sería la trasquila. Se la debía hacer a tiempo, pues de lo contrario, las primeras lluvias y granizadas cogían a las ovejas mal cubiertas y las mataban de frío. Hubo un año en que, además de retrasarse mucho la trasquila, las tormentas adelantadas llegaron a azotar con sus grises y blancos chicotes al mero octubre, y murieron centenares de ovejas. Tíasas y duras cómo troncos amanecían en el redil. Marguicha, una de las pastoras, lloraba viendo que un' corderito trataba de mamar de una oveja muerta. Pero la prudencia y el buen tino trasquilaron oportunamente los otros años. También levantaron un cobertizo en un ángulo del aprisco, según el proceder de los hacendados. Marguicha fue creciendo como una planta lozana. Llegó a ser Marga. En el tiempo debido floreció en labios y mejillas y echó frutos de senos. Sus firmes caderas presagiaban la fecundidad de la gleba honda. Viendo sus ojos negros, los mozos de Rumi creían en la felicidad. Ella, en buenas cuentas, era la vida que llegaba a multiplicarse y perennizarse, porque la mujer tiene el destino de la tierra. Y Maqui volvía a preguntarse: «¿Es la tierra mejor que la mujer?». Un fuerte golpe de viento pasó estremeciendo las espigas y llevándose sus pensamientos. La oscuridad se había adensado y, aunque los fogones de la hondonada continuaban haciéndole amables señas, el viejo alcalde se sentía muy solo en la noche. Esa era, pues, la historia de Rumi. Tal vez faltaría mucho. Acaso podría volver con más justeza sobre sus recuerdos. El tiempo había pasado o como un arado que traza el surco o como un vendaval que troncha el gajo. Pero la tierra permaneció siempre, incontrastable, poderosa, y a su amor alentaron los hombres. Y he ahí que algo se mueve entre la sombra, que el monolito se fracciona, que el viejo ídolo se anima y cobra contornos humanos y descende. Rosendo Maqui baja de la piedra y toma a paso

lento el sendero que se bifurca por una loma aguda llamada Cuchilla y parte en dos el trigal. Las espigas crepitan gratamente y por ahí, sin que se pudiera precisar dónde, cerca, lejos, grillos y cigarras parlan repitiendo sin duda el diálogo de una antigua conseja que Maqui conoce.

Mientras avanza hacia Rumi, mientras muerde las últimas instancias de su sino, confesemos nosotros que hemos vacilado a menudo ante Rosendo Maqui. Comenzando porque decirle indio o darle el título de alcalde nos pareció inadecuado por mucho que lo autorizase la costumbre. Algo de su poderosa personalidad no es abarcada por tales señas. No le pudimos anteponer el don, pues habría sido españolizarlo, ni designarlo amauta, porque con ello se nos fugaba de este tiempo. Al llamarlo Rosendo a secas, templamos la falta de reverencia con ese acento de afectuosa familiaridad que es propio del trato que dan los narradores a todas las criaturas. Luego, influenciados por el mismo clima íntimo, hemos intervenido en instantes de apremio para aclarar algunos pensamientos y sentimientos confusos, ciertas reminiscencias truncas. A pesar de todo, quizá el lector se pregunte: «¿Qué desorden es éste? ¿Qué significa, entre otras cosas, esta mezcla de catolicismo, superstición, panteísmo e idolatría?» Responderemos que todos podemos darnos la razón, porque la tenemos a nuestro modo, inclusive Rosendo. Compleja es su alma. En ella no acaban aún de fundirse y no ocurrirá pronto, midiendo el tiempo en centurias las corrientes que confluyen desde muchos tiempos y muchos mundos. ¿Que él no logra explicarse nada? Digamos muy alto que su manera de comprender es amar y que Rosendo ama innumerables cosas, quizás todas las cosas y entonces las entiende porque está cerca de ellas, conviviendo con ellas, según el resorte que mueva su amor: admiración, apetencia, piedad o afinidad. «¿Es la tierra mejor que la mujer?». En la duda asoma ya una diferenciación de su esencia. En el momento justo las propias fuerzas de su ser lo empujan hacia una o la otra, de igual modo que hacia las demás formas de la vida. Su sabiduría, pues, no excluye la inocencia y la ingenuidad. No excluye ni aun la ignorancia. Esa ignorancia según la cual son fáciles todos los secretos, pues una potencia germinal orienta seguramente la existencia. Ella es en Rosendo Maqui tanto más sabia cuanto que no rechaza, e inclusive desea, lo que los hombres llaman el progreso y la civilización.

Pero no sigamos con disquisiciones de esta laya ante un ser tan poderoso y a pesar de todo tan sencillo. Él continúa marchando, cargado de edad, por el ondulante sendero.

De pronto un grito se extendió en la noche estremeciendo la densidad de las sombras y buscando la atención de los cerros.

Rosendo... taita Rosendo...

Las peñas contestaron y la voz repetida se fue apagando, apagando, hasta consumirse entre el crepitar de las espigas y el chirriar de los grillos y las cigarras. La cinta del camino lograba albear entre la oscuridad y Maqui apuró el paso, aguzando la mirada para no resbalar ni tropezar. Le dolían un poco sus ojos fatigados. Un bulto oscuro y rampante, de inquieto jadeo, trepaba la cuesta. Ya estaba junto a él. Era su perro, el perro Candela, que llegó a restregarse contra sus piernas, gimió un poco y luego echó a correr camino abajo. Resultaba evidente que había subido para avisarle algo y ahora lo invitaba a ir pronto hacia el caserío. Candela se detenía a ratos para gemir inquietamente y luego corría de nuevo. Maqui trotó y trotó. Ya estaban allí las primeras pircas, junto a las cuales crecían pencas y tunas. Ya estaban allí, al fin, las casas de corredor iluminado por el fogón. Maqui tomó a paso ligero por media calle y a la luz incierta de los leños cruzaba como una sombra. Algunos indios, sentados en el pretil de sus casas, lo reconocían y saludaban. La campana de la capilla exhaló un claro y taladrante gemido: la-an... y a intervalos regulares y largos continuó clamando. El anciano hubiera querido correr, mas se sujetaba, estimando que debía guardar la compostura propia de sus años y su rango.

Ya estaba allí, al fin, en un lado de la plaza, su propia habitación de adobe, con el techo aplastado por la noche. Un abigarrado grupo de indios había ante ella. La luz del corredor perfilaba sus siluetas y alargaba sus sombras. Las trémulas sombras se extendían por la plaza, inacabables, espectrales. Maqui se abrió paso y los indios lo dejaron avanzar sin decirle nada. La-an..., la-an... seguía llorando la campana. Ululaba la voz desolada de una mujer. El viejo miró y quedóse mudo e inmóvil. Sus ojos se empañaron tal vez. Pascuala, su mujer, había muerto. En el corredor, sobre un lecho de ramas y hojas de yerbasanta, se enfriaba el cadáver.

El mundo es ancho y ajeno de *Ciro Alegría*

- a) ¿Cuál es el tema del fragmento?
- b) Resume con tus palabras y de manera breve este fragmento.
- c) Haz una lista de los personajes y sus características.
- d) ¿Qué tipo de narrador tiene el fragmento?

23. Lee el siguiente capítulo y responde las preguntas:

Capítulo XX

Junto con la noche, terminó mi andar. A la madrugada, según mis previsiones, llegué a un puesto aseadito, en el que encontré a mi padrino, disponiéndose a salir con un hombre en quien, por las primeras palabras de conversación, reconocí al encargado de aquel potrero.

Don Segundo no se extrañó de mi presencia, pues habíamos quedado en que, una vez sano, iría yo a buscarlo para seguir viaje hacia el Norte. Mi brazo desvendado explicaba mi venida y evitaba las burlas posibles a propósito de mi ridícula historia. Me guardé muy bien de desembuchar mis sinsabores.

Un día quedamos en aquella población, para partir a la mañana siguiente.

Dos veces hicimos noche: una acampo raso, otra en el galpón de una chacra.

Cuanto más distancia dejábamos a nuestra espalda, entre nosotros y aquella costa bendita, más volvía en mí la confianza y la alegría, aunque en el fondo me quedara el resabio de un trago amargo.

Traspuesto que hubimos unas cuarenta leguas, pude sonreír mal que mal ante lo sucedido. Lindo me resultaba el rendimiento de cuentas: un brazo quebrado, un amorío a lo espina, un tajo a favor de un tercero por cuestión de polleras, fama de cuchillero, el lazo cortado y dos caballos vendidos a la fuerza. Lo que menos sentía era esto último, pues si bien es cierto que perdía con el Orejuela y el Comadreja un par de pingos seguros, ganaba una jineta de sargento para mi orgullo. ¿Hay mejor prueba de buen domador que el que le salgan a uno compradores para sus caballos, después de un rodeo? Contaba también el hecho de que los vendidos fueran mis dos primeras hazañas de jinete.

Además, se me presentaba la ocasión de cumplir con un deseo largo tiempo acariciado: aviarme de tropilla de un pelo. ¿No disponía, como base para ello, con el dinero ganado en la riña de gallos? Podía golpearme el tirador para sentir el bulto de los pesos, enrolladitos en sus bolsillos.

Si bien es cierto que nunca faltan encontrones cuando un gaucho se divierte, también sucede que en sus tristezas le salga al cruce alguna diversión.

A los seis días de marcha, caímos a un boliche, donde se debían de correr esa tarde unas carreras.

En medio del callejón, del que habían elegido un trecho bien parejo, clareaban dos andariveles, emparejados a pala-ancha.

Ya un gringo había instalado una carpa con comida, masas y beberaje.

Una china pastelera, paseaba sus golosinas en dos canastas, perseguidas por las moscas y alguno que otro chiquilín pedigüeño. Un viejo llevaba de tiro un tordillo enmantado, ofreciendo números de rifa. Y, tanto la carpa como la pulpería, tenían pa su «mamao» por adelantado.

Yo conocía esas cosas desde chico, y me movía en ellas como sapo en el barro.

Empezaba a caer gente. Dos parejeros eran centro de un grupo de paisanos. Grupo muy quieto y misterioso, que se secreteaba por lo bajo.

Almorzamos en la pulpería. Al «mamao», que enseguida se nos pegó, dándonos latosos informes sobre la carrera grande de la tarde, le di un peso a condición de que se fuera a «chuparlo» a la carpa.

Comimos primero unos chorizos, que empujamos con un vino duro, después un pedazo de churrasco, después unos pasteles.

El gentío aumentaba por momentos en el mostrador, así como afuera crecía en número la caballada. ¿Qué paisano no se trae el más ligerito de la tropilla, con la esperanza de ensartar uno más lerdo? Visto que mi Moro era de buena pinta y trotaba como amartillado para una partida, algunos me lo filiaban de paso. ¡No había cuidado que me hiciera pelar de vicio, con un caballo que traía una semana de camino!

Mi padrino encontró dos amigos ¿cómo había de ser? Ellos también tenían oficio de reseros y, como es natural, nos pegamos unos a otros, con esa súbita familiaridad de los ariscos, cuando se encuentran medio apampados por el ruido y la gente. Eran hombres de unos treinta años, curtidos y risueños; nos preguntaron qué sabíamos de las carreras. Mi padrino les repitió una parte de los datos del «mamao»:

-Son dos pingos que hay que velos amigo, que hay que velos. ¡El colorao tiene ganadas más carreras aquí!... Entuavía no ha perdido ninguna, más que una que le ganaron como por siete cuerpos... ¡Qué animal ese oscuro que trajeron de los campos de un tal Dugues! De entrada no más lo sacó al colorao como cortando clavos con el upite..., y ya se acabó. ¿Creerá cuñado?... Ya se acabó... Sí, señor... Pero el colorao, hay que velo amigo...; si parece como que se va tragando la tierra... Pero ahí tiene, a mí más me gusta el ruano que train de pajuera. Ahí tiene..., la manito del lao de montar es media mora... No vaya a creer..., a mí me gusta el ruano; ahí tiene...

-Y yo -dijo don Segundo- le vi a jugar al ruano por hacerle el gusto a un hombre en pedo, porque el hombre que se mama ha de ser güen hombre.

-Aura sí que está lindo..., y ¿por qué? -preguntó uno de los paisanos que, conociéndolo a mi padrino, colegía algo sabroso, detrás de esa sentencia.

-Porque el hombre que se mama sabe que va a hablar por demás y al que tiene mala entraña no le conviene mostrar la hilacha.

-¿Sabés que es cierto, hermano? -dijo el paisano, volviéndose hacia su compañero.

-¡Claro!..., como que aurita no más le vah'a dentrar a pegar al frasco.

Y echamos afuera toda la risa, con esa nerviosidad del gaucho que, cuando anda entre gente, parece como si sintiera que le sobra la vida.

A toda eso iba a empezar la función y yo estaba con ganas de desquitarme de mis disgustos.

La paisanada, a caballo, se había desparramado a lo largo de los andariveles en forma de boleadoras de dos, es decir, un poco

amontonada en el lugar del pique y el de la raya y raleando a lo largo de la cancha.

Esperamos con paciencia de quien no está acostumbrado a esperar. Casi diría que ese momento de inacción era lo que más me gustaba en las fiestas, porque ya había tiempo todos los días para que sucedieran cosas y era bueno, de vez en cuando, saber que por largo rato nada cambiaría.

¿Los corredores se andarían pesando? Y bueno. ¿Los dueños estarían discutiendo los últimos detalles de las partidas, del lado, del peso? Y bueno.

Ya veríamos los animales cuando entraran a la cancha, destapados, y podríamos alcanzar una o dos partidas, para luego colocarnos en el sitio menos cargado de gente, a media distancia, donde por lo general se define la carrera, a no ser que resulte muy parecida. Lo mejor era informarnos un poco, y así lo hizo don Segundo, interpellando a un paisano que pasaba cerca nuestro.

-No somos de acá, señor, y quisiéramos saber algo pa poder rumbiar en la jugada.

El hombre explicó:

-La carrera es por dos mil pesos. Cuatro cuadras a partir dellas, igualando peso. Si uno de los corredores se desniega a largar después de la quinta partida, han convenido los dueños poner abanderao.

-Ahá.

-Parece que los dos bandos train plata y que se va a jugar mucho de ajuera.

-Mejor pa'l pobre.

-Ocasión han de hallar.

-Y ¿son de aquí los dos caballos?

-No, señor. El ruano lo train de p'ajuera. Lindo animalito y bien cuidao. El colorao es destos pagos. Si quieren jugarle en contra, yo tomo una o dos paradas de diez pesos.

-Graciah'amigo.

-Güeno, entonces vi a seguir, con su licencia.

-Es suya y gracias, ¿no?

El hombre se fue. Don Segundo comentó:

-Medio desconfío el paisano. Nos quería jugar, porque estaba maliciando que éramos de los que han venido con el ruano.

-Le tiene fe al colorao -insinué, tentado.

-Bah -dijo mi padrino- la ganancia está en las patas de los caballos.

Lo cierto era que me sobraban ganas de comprometer mis pesos y qué, estando en perfecta ignorancia en cuanto al mérito de los caballos, tenía que proceder arbitrariamente. La plata me andaba incomodando en el bolsillo. Calculé el monto de mi fortunita. De la riña de gallos, ciento noventa y cinco pesos. Del último arreo cincuenta, van doscientos cuarenta y cinco. Sesenta pesos, que tenía antes de la riña, van trescientos cinco. Y ochenta de Patrocinio por mis pingos; total, trescientos ochenta...

Don Segundo me sacó de mis cálculos, anunciando la venida de los parejeros. Los vimos sin mudar de sitio.

El colorado pasó, ya montado, braceando impaciente. Era alto y fuerte, de buenos garrones y con un ojo chispeador de bravo. ¡Qué pingo! Pensaba yo: ¿cuándo podría tener uno igual? Seguramente cuando fuera Coronel por lo menos, porque no de otro modo pegaría andar en semejante chuzo.

El ruano también era bonito. Lo traía el corredor de tiro y venía tranqueando largo, sobrando como de una cuarta el rastro de la mano con el de la pata. Parecía enacitado de lustroso y era fino como galgo.

-Vaya uno a saber -dijo mi padrino-, pero yo voy a cumplir con el mamao no más.

El corredor del colorado era un tipo flaco de bigote entrecano. Se había puesto vincha y miraba para todos lados, como si le fueran a pegar un cascotazo. El que traía de tiro al ruano, no era más alto que un muchacho de doce años, hocico pelado y hosco como un pampa.

Los vimos partir dos veces. El borracho tenía razón, al decir que el colorado quería como tragarse la tierra. En cambio el ruano picaba de costado, medio salido del andarivel.

Ganamos nuestro sitio. Las apuestas menudeaban por ambos bandos. Iba a largarse la carrera y yo no había jugado. Un perudo panzón se dirigió a mí:

-¿Vamos veinte pesos? -yo juego al ruano.

-Pago -respondí.

Se quedó mirándome, insatisfecho.

-¿Vamos cuarenta?

-Pago -volví a responder.

-¿Vamos sesenta? -propuso.

Algunos nos miraban, curiosos. ¿Hasta cuándo seguiría subiendo?

-Pago -le acepté sonriente.

-¿Vamos ochenta? -su voz se hacía cada vez más suave.

Los curiosos espiaban mi decisión. Sin quitarle la vista, propuse a mi vez, imitando su cortesía:

-¿Por qué no vamos cien?

-Pago -accedió.

Ya la gente se hacía montón, como si nosotros fuéramos los caballos de la carrera. Pasado un rato, propuse con una voz imposible de superar en tono de dulzura:

-¿Vamos ciento cincuenta?

El hombre rió de muy buena gana y, ya con voz natural, cerró la broma:

-No gracias, estoy jugao.

-¡¡Ellos y se vinieron!! -gritó uno de los mirones.

Ras con ras, sin aventajarse de un hocico, llegaban, pasaban delante nuestro, se iban para el lado de la raya. Nos agachamos sobre el cogote de nuestros caballos. El paisanaje invadió la cancha. Alcanzamos a ver que los dos corredores castigaban. Esperábamos el grito que anuncia el resultado; ese grito que viene saltando de boca en boca, haciendo, de vuelta la cancha, en la décima parte de tiempo que los caballos.

-¡¡Puesta!! -oímos-. ¡Puesta! ¡No se pagan las jugadas! -pero ni bien quiso entablarse el obligatorio comentario, vino la contravoz, dando el fallo verdadero:

-¡¡El ruano, pa todo el mundo!! ¡¡El ruano, por un pescuezo!!

-Está entrampada -trajo otro como noticia-, está entrampada y parece que van a peliar.

Pero la voz, que enseguida se reconoce como la verdadera, insistía en todas las bocas.

-El ruano, por un pescuezo.

Di vuelta el tirador, conté hasta cien pesos, en billetes de diez y de cinco, y se los alcancé al perudo, que esperaba cortésmente sin mirar para mi lado.

-Tome, Don.

-Gracias.

En cambio mi padrino embolsaba cincuenta.

-Voy -me dijo, fingiendo salir al galope- a ver si hallo otro mamao.

Yo tenía rabia. ¿Hasta en el juego me pelarían?

Nos recostamos contra el alambrado del callejón, donde menudeaban los comentarios.

-Tiene pa ganarle a dos como el caballo de aquí -aseguraba un viejo, montado en un zaino aperado de plata-, ...pa ganarle fácil -puntualizó.

El paisano con quien iba la discusión, retobado y huraño, decía despacio pero claro:

-Fácil, es la palabra.

-No, señor. No son palabras. Y si tienen con qué correrle, ahí está el hombre pa que lo hablen.

-Yo no tengo con qué.

-Pero esos otros, pues, que parece que no ven, cuando la ocasión se presenta.

-¡Bah! No hay que ir muy lejos. Ahí está el tordillo de los Cárdenas.

-¡Qué va a hacer con eso! Poco lo conozco al mentao. Tres veces lo han quebrao de lo lindo, en mi presencia, y si no le disjusta, yo mesmo lo he tenido cuidando y le he tomao el tiempo.

-¡Ahá!

-Sí, señor, y le he tomao el tiempo con los dos relojes que tenía: uno rigular y el otro de sacarlos ligeros a los caballos, y con nenguno me dio más que cualquier matungo.

El paisano callado, no debía entender de relojes porque, sin entrar en más controversias, hizo caminar su malacara hacia gente menos doctora.

Oímos un tropel y una gritería. Nos arrimamos para la cancha. Acababan de correr una carrerita de dos cerradas, entre caballos camperos. El paisano ganador, montado en un picacito overo, pasó delante nuestro fatigado y sonriente. Ya estaban partiendo con un rabicano pampa y un zaino pico blanco. En cada pique, el zaino se despatarraba, desesperado por correr. Pero, cerca mío, un grupo de gente rica, bien montada, hablaba de una de las carreras depositadas. El que parecía más al corriente que los demás, explicaba:

-Yo no sé cómo Silvano se ha metido a correr con el mano blanca de los Acuña; su alazancito es un animal nuevo, muy bruto. Ustedes verán que es capaz de asustarse con la gente y cambiar de andarivel...

En eso pasó un muchacho, ofreciendo treinta a veinte, contra el rabicano que estaba partiendo. Tomé la parada porque sí.

-¡Se vinieron! -gritó el mismo muchacho.

La gente corría para el lado de la largada. Unos decían: «se ha muerto», otros aseguraban que el pico blanco, desbocado, se había llevado por delante como siete hombres, de a pie. Resultó finalmente que el caballo, embravecido por los repetidos piques, había hecho carretilla, atropellando el alambrado y haciéndose pedazos en él. El corredor salvó, por milagro, con unos chichones y peladuras en la cabeza.

Gané treinta pesos, casi sin haberlo pensado.

El mozo, que explicaba los defectos del alazancito del tal Silvano, señaló con el cabo del rebenque.

-Ahí vienen.

-¿Vamoh'a verlo? -propuse a mis compañeros.

¡Qué pintura el alazancito de Silvano! Mientras lo contemplábamos, repetí lo que había oído.

Pasó el mano blanca. Un veterano tranquilo, más bien feo, de pelo zaino oscuro. Empezaron a jugarle dando usura. Los seguimos para verlos partir.

El alazancito lo sobró en dos piques y la plata se puso a la par.

El perudo, que me había ganado los cien pesos, me hizo una entrada:

-¿Y mocito? ¿Cuánto va al mano blanca?

-...

-Le doy desquite de los cien.

-Pago.

Ya el corredor del alazán había convidado dos veces, sin resultado, y llevaban seis partidas. Se veía que el del mano blanca quería salir de atrás para rebalsarlo. El del alazán, muy confiado, reía. Ambos parecían decididos a hacer efectiva la carrera cuanto antes.

Se vinieron juntos. En un abalanzo, el alazán descontó distancia. «¡Vamos!», convidó su corredor, soliviándolo en la boca. De atrás, el mano blanca lo alcanzaba. La partida lo iba a favorecer. Imprudentemente, o tal vez por sobra de confianza, el del alazán volvió a convidar:

-¿Vamos?

-¡¡Vamos!!

El mano blanca tomó ventaja, como de medio cuerpo.

-¡Ahá! -rió el del alazán y, cediendo rienda, adelantando el cuerpo, se apareó al contrario, lo venció, le hizo tragar tierra, le sacó dos cuerpos, tres... ¡Qué sé yo! El del mano blanca levantó su caballo a media carrera.

-¡Buena porquería el mentao de los Cárdenas! -grité.

El perudo sonrió:

-Anda en la mala.

Le pagué los cien pesos.

-Vamos a ver -le dije, caliente- si nos topamos en otra.

-Aquí estaremos a su servicio -me contestó, embolsando mi dinero- siempre que no nos guste el mismo caballo.

Pero, ¿qué desquite iba a encontrar esa tarde?

Jugué en una cuadrera. De a posturas chicas, comprometí setenta pesos. Llevaba las paradas en el puño y, de entre mis dedos salían los papeles, como espinas de un abrojo. Una por una, tuve que entregar las paradas.

Me fui un rato a la carpa, con mis compañeros, donde tomamos unas cervezas y ensartamos pasteles en la punta del cuchillo. Don Segundo perdía cincuenta pesos. En cambio, entre los dos

reseros amigos, juntaban ciento setenta y dos de ganancia. A uno de esos suertudos le entregué cien, para que me los jugara. Me los perdió en la primera ocasión, quedándome sólo cinco como todo capital. ¿Ah sí? Pues, perdido por perdido, fui a ver mi contrario perudo, que por su parte, de entrada, me ofreció desquite.

-No tengo con que pagar -le dije- pero si usted quiere, le doy en prenda cinco caballos que usted podrá ver aurita si gusta.

El hombre aceptó y, para mostrar liberalidad, me dejó elegir caballo en la carrera siguiente. Con una fidelidad de borrego guacho, me ensarté con el perdedor.

¡Muy bien! Me dedicaría a mirar.

La gente parecía cansada y caía la tarde. Algunos, por haber ganado o por desplumados, se volvían a sus pagos. Don Segundo no me sacaba el rebenque de sus bromas y, lo que era peor, yo me quedaba atufado, sin responder.

No sé cuanto duró la tarde, ni si fueron muchas o pocas las carreras que se vieron. Los grupos se despedían, dándose la mano. Para los dos lados del callejón, iban dos hileras de gente a caballo. Frente a los despachos de bebida, los borrachos eran como unos diez o doce.

Lejos, se veían algunas polvaredas de los que se habían retirado primero.

Poco a poco nos fuimos quedando solos. Al hombre que me había ganado casi toda la plata le mostré mi tropilla y, quedando conforme, se llevó los cinco animales, dejándome con dos y el Moro.

Nos despedimos de nuestros compañeros. Nosotros seguiríamos viaje, haciendo noche donde ésta nos tomara. Cambié de caballo. Me quedaban Garúa, el Vinchuca, el Moro y el Guasquita, en que iba montado.

-¿Vamos? -me dijo mi padrino, remedando a los corredores.

-¡Vamos! -le contesté.

Y salimos al galope corto, rumbo al campo, que poco a poco nos fue tragando en su indiferencia.

Don Segundo Sombra de Ricardo Güiraldes

- a) Haz un resumen del capítulo.
- b) Haz un listado con los personajes que aparecen en el capítulo, menciona todo lo referente a cada personaje.
- c) ¿Qué recursos literarios hay en este capítulo?
- d) ¿Cómo es el lenguaje usado por los gauchos?
- e) ¿Qué argentinismos hay en el capítulo?
- f) ¿Quién narra?
- g) ¿En qué espacio geográfico se desarrolla este capítulo?

24. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

¡Oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina! ¿Qué **hado maligno** me dejó **prisionero** en tu **cárcel** verde? Los **pabellones** de tus **ramajes**, como inmensa **bóveda**, siempre están sobre mi cabeza, entre mi **aspiración** y el cielo claro, que sólo **entreveo** cuando tus **copas estremecidas** mueven su **oleaje**, a la hora de tus **crepúsculos** angustiosos. ¿Dónde estará la estrella querida que de tarde pasea las **lomas**? ¿Aquellos **celajes** de oro y **múrice** con que se viste el ángel de los ponientes, por qué no tiemblan en tu **dombo**? ¡Cuántas veces suspiró mi alma adivinando al través de tus laberintos el reflejo del astro que empurpuraba las lejanías, hacia el lado de mi país, donde hay llanuras inolvidables y cumbres de corona blanca, desde cuyos **picachos** me vi a la altura de las cordilleras! ¿Sobre qué sitio **erguirá** la luna su **apacible faro** de plata? ¡Tú me robaste el ensueño del horizonte y sólo tienes para mis ojos la monotonía de tu **cenit**, por donde pasa el **plácido albor**, que jamás alumbraba las **hojarascas** de tus **senos** húmedos!

Tú eres la catedral de la **pesadumbre**, donde dioses desconocidos hablan a media voz, en el idioma de los **murmullos**, prometiendo **longevidad** a los árboles imponentes, contemporáneos del paraíso, que eran ya **decanos** cuando las primeras **tribus** aparecieron y esperan impasibles el hundimiento de los siglos **venturosos**. Tus vegetales forman sobre la tierra la poderosa familia que no se **traiciona** nunca. El abrazo que no pueden darse tus **ramazones** lo llevan las **enredaderas** y los **bejucos**, y eres solidaria hasta en el dolor de la hoja que cae. Tus **multísonas** voces forman un solo eco al llorar por los **truncos** que se **desplomán**, y en

cada **brecha** los nuevos **gérmenes** apresuran sus **gestaciones**. Tú tienes la **adustez** de la **fuerza cósmica** y **encarnas** un misterio de la creación. No obstante, mi espíritu sólo se **aviene** con lo inestable, desde que soporta el peso de tu **perpetuidad**, y, más que a la encina de **forvido** gajo, aprendió a amar a la orquídea **lánguida**, porque es **efímera** como el hombre y **marchitable** como su ilusión.

Déjame huir, oh selva, de tus enfermizas **penumbras** formadas con el **hálito** de los seres que agonizaron en el abandono de tu majestad. ¡Tú misma pareces un cementerio enorme donde te **podres** y **resucitas**! ¡Quiero volver a las regiones donde el secreto no **atterra** a nadie, donde es imposible la esclavitud, donde la vida no tiene **obstáculos** y se **encumbra** el espíritu en la luz libre! ¡Quiero el calor de los arenales, el espejeo de las **canículas**, la vibración de las pampas abiertas! ¡Déjame tornar a la tierra de donde vine, para desandar esa ruta de lágrimas y sangre que recorrí en **nefando** día, cuando tras la huella de una mujer me arrastré por montes y desiertos, en busca de la Venganza diosa implacable que sólo sonrío sobre las tumbas!»

La vorágine de José Faustino Rorivera

- a) Busca el significado y traduce las palabras y frases en negrita.
- b) ¿Cómo el autor describe la selva?
- c) ¿Con quién o con qué el autor compara la selva?
- d) ¿A quién le habla el narrador?
- e) Busca los recursos literarios que aparecen en este fragmento.

25. Lee el siguiente capítulo y responde las preguntas:

Capítulo III

¡De más allá del Cunaviche, de más allá del Cinaruco, de más allá del Meta! De más lejos que más nunca —decían los **llaneros** del Arauca, para quienes, sin embargo todo está siempre «**ahí mismito, detrás de aquella mata**»—. De allá vino la trágica **guaricha**. Fruto **engendrado** por la violencia del blanco

aventurero en la sombría sensualidad de la india, su origen se perdía en el dramático misterio de las tierras vírgenes.

En las profundidades de sus **tenebrosas** memorias, a los primeros **destellos** de la conciencia, veíase en una piragua que surcaba los grandes ríos de la selva **orinoqueña**. Eran seis hombres a bordo, y al capitán lo llamaba «**taita**», pero todos —excepto el viejo piloto Eustaquio— la **brutalizaban** con idénticas caricias: **rudas manotadas**, besos que sabían a **aguardiente** y **chimó**.

Piratería **disimulada** bajo **patente** de comercio **lícito** era la industria de aquella embarcación, desde Ciudad Bolívar hasta Río Negro. Salía cargada de **barriles de aguardiente** y **fardos de baratijas**, tela y **comestibles averiados** y regresaba atestada de **sarrapia** y **balatá**. En algunas **rancherías** les caminaban a los indios estas ricas especies por aquellas mercancías, limitándose a **embaucarlos**; pero en otros **parajes** los tripulantes saltaban a tierra sólo con sus **rifles** al hombro, se internaban por los bosques o **sabanas** de las **riberas**, y cuando volvían a la **piragua**, la **olorosa sarrapia** o el negro balatá venían manchados de sangre.

Una tarde, ya al **zarpar** de Ciudad Bolívar, se acercó a la embarcación un joven, cara de hambre y ropas de **mendigo**, a quien ya Barbarita había visto, varias veces, parado al borde del malecón, contemplándola, con ojos que se le salían de sus órbitas, mientras ella, cocinera de la piragua, preparaba la comida de los piratas. Dijo llamarse Asdrúbal, a secas y propúsole al capitán:

-Necesito ir a Manaos y no tengo para el **pasaje**. Si usted me hace el favor de llevarme hasta Río Negro, yo **estoy dispuesto** a corresponderle con trabajo. Desde cocinero hasta **contador**, en algo puedo serle útil.

Insinuante, simpático, con esa simpatía **subyugadora** del **vagabundo** inteligente, prodújole buena impresión al capitán y fue **enrolado** como cocinero, a fin de que descansara Barbarita. Ya el taita empezaba a mimarla: tenía quince años y era preciosa la mestiza.

Transcurrieron varias jornadas. En los ratos de descanso y por las noches, en torno a la hoguera encendida en las playas donde arranchaban, Asdrúbal animaba la **tertulina** con anécdotas divertidas de su **existencia andariega**. Barbarita **se desternillaba de risa**; más si él interrumpía su relato, complacido en aquellas

frescas y sonoras carcajadas, ella las cortaba en seco y baja la vista, estremecido en dulces **ahogos** el pecho **virginal**.

Un día le deslizó al oído:

-No me mire así, porque ya mi taita se está poniendo **malicioso**.

En efecto, ya el capitán empezaba a **arrepentirse** de haber aceptado **a bordo** al joven, cuyos servicios podían resultarle caros, especialmente aquellos, que no se los había exigido, de enseñar a Barbarita a leer y a escribir. Durante estas lecciones, en las cuales Asdrúbal ponía gran empeño, letras que ella hacía llevándole a él la mano, los acercaban demasiado.

Una tarde, concluidas las lecciones, comenzó a referirle Asdrúbal la parte **dolorosa** de su historia: la **tiranía** del **padraastro** que lo obligó a abandonar el hogar materno, las aventuras tristes, el **errar sin rumbo**, el hambre y el **desamparo**, el duro trabajo de las minas de Yuruari, la lucha con la muerte en el **camastro** de un hospital. Finalmente le habló de sus planes: iba a Manaos en busca de la fortuna, ya estaba cansado de la **vida errante**, renunciaría a ella, se consagraría al trabajo.

Iba a decir algo más; pero de pronto se detuvo y se quedó mirando el río que se deslizaba en silencio frente a ellos, a través de un dramático paisaje de **riberas boscosas**.

Ella comprendió que no tenía en los planes del joven el sitio que se imaginara, y los hermosos ojos se le **cuajaron** de lágrimas. Permanecieron así largo rato. ¡Nunca se le olvidaría aquella tarde! Lejos, en el profundo silencio, se oía el **bronco mugido** de los **raudales** de Atures.

De pronto, Asdrúbal la miró a los ojos y le preguntó:

-¿Sabes lo que piensa hacer contigo el capitán?

Estremecida al golpe subitáneo de una horrible intuición exclamó:

-¡Mi taita!

-No merece que lo llames así. Piensa venderte al turco.

Referíase a un sirio **sádico** y **leproso**, enriquecido de la explotación del balatá, que habitaba en el corazón de la selva orinoqueña, aislado de los hombres por causa del mal que lo devoraba, pero rodeado de un **serrallo** de indiecitas núbiles, **raptadas** o compradas a sus padres, no sólo para **hartazgo** de su

lujuria, sino también para saciar su odio de enfermo incurable a todo lo que alienta sano, transmitiéndoles su mal.

De conversaciones de los tripulantes de la piragua, sorprendidas por Asdrúbal, había descubierto éste que en el viaje anterior aquel Moloch de la **selva cauchera** había ofrecido veinte **onzas** por Barbarita, y que si no se llevó a cabo la venta fue porque el capitán aspiraba a mayor precio, cosa no difícil de lograr ahora, pues en obra de unos meses la muchacha se había convertido en una mujer **perturbadora**.

No se había escapado a ella que tal fuera la suerte a que la destinaran; pero hasta entonces todo el horror que la rodeaba no había alcanzado a producirle más que aquel sentimiento, miedo y gusto a la vez, originado de las torpes miradas de los hombres que con ella compartían la estrecha vida de la piragua.

Pero al enamorarse de Asdrúbal se le había despertado el **alma sepultada** y las palabras que acababa de oír se la **estremecieron** de horror.

-¡Sálvame! Llévame contigo -Iba a decirle, cuando vio que el capitán se les acercaba.

Traía un rifle y dijo, dirigiéndose a Asdrúbal:

-Bueno, joven. Ya usted ha conversado bastante. Ahora vamos para que haga algo más productivo. El Sapo va a buscar una poca de **sarrapia** que deben de tenernos por aquí y usted lo va a acompañar -y poniéndole el rifle en las manos-. Esto es para que se defienda, si los atacan los indios.

Asdrúbal meditó un instante. ¿habría oído el capitán lo que él acaba de decirle a la muchacha? ¿Esta comisión que ahora le daba?.. En todo caso, habría de **afrontar** la situación.

Al ir a ponerse de pie, Barbarita trató de detenerlo dirigiéndole una **mirada de súplica**; pero él le hizo una rápida **guiñada** de ojos y, levantándose decidido, abandonó el campamento en pos de el Sapo. Era éste el segundo de a bordo, mano derecha del capitán para cuantas fuesen comisiones **siniestras**, y Asdrúbal; pero **irremisiblemente** perdido estaba, desde luego, si demostraba miedo y se resistía a recibir la orden recibida. Al menos llevaba un rifle y contra un hombre solamente, mientras que allí eran cinco contra él. Barbarita lo siguió con la mirada y durante un buen rato sus ojos permanecieron fijos en el **boquete** de monte por donde desapareció.

A todas estas, los tripulantes habían cambiado entre sí miradas de inteligencia, y cuando, pocos momentos después, so pretexto de un posible ataque de los indios ribereños, el capitán les ordenó hacer una exploración playas arriba -ya le había dado una orden análoga al viejo Eustaquio-, comprendiendo que quería alejarlos del campamento para quedarse a solas con la muchacha, respondieronle al cabo de un murmullo de **rezongos**:

-Deje eso para más después, capitán. Ahora estamos descansando.

Era la rebelión que hacía algún tiempo venía preparándose por causa de la perturbadora belleza de la guaricha; pero el capitán no se atrevió a sofocarla en el acto, pues comprendió que aquellos tres hombres estaban de acuerdo y resueltos a todo, y aplazó el escarmiento para cuando regresara el Sapo, con cuya ciega adhesión contaba.

Barbarita, como se diese cuenta también de las siniestras intenciones del taita, miró a los rebeldes como a sus salvadores y corrió hacia ellos; mas, al advertir cómo la miraban, se detuvo, con el corazón helado por el terror, y maquinalmente tornó al sitio donde la dejara Asdrúbal.

De pronto cantó «yacabó»[1]. Campanadas funerales en el silencio desolador del crepúsculo de la selva, que hielan el corazón del viajero.

-Ya-cabó. Ya-cabó...

¿Fue el canto agorero del ave o del propio gemido mortal de Asdrúbal? ¿Fue la descarga repentina de la prolongada tensión nerviosa, o la sideración, misteriosamente transmitida a distancia, de un golpe mortal que en aquel momento recibía otro cuerpo: el tajo del Sapo en el cuello de Asdrúbal?

Ella sólo recordaba que había caído de bruces, derribada por una conmoción subitánea y lanzando un grito que le desgarró la garganta.

Lo demás sucedió sin que ella se diese cuenta y fue: el estallido de la rebelión, la muerte del capitán y en seguida la del Sapo, que había regresado solo al campamento, y el festín de su doncelez para los vengadores de Asdrúbal.

Cuando, ahogándose en la sofocación de la carrera, el viejo Eustaquio llegó en su auxilio al grito lanzado por ella, ya todos estaban hartos y uno decía:

-Ahora podemos vendérsela al turco, aunque sea por las veinte onzas que ofreció enantes.

Reflejos de hogueras empurpuran la oscuridad de la noche; oyese salvaje **gritería**. Es la caza del **gaván**. Los **nidos** enciendes **fogatas** de paja en torno a los pantanos inaccesibles, el ave levanta el vuelo, asustada por la algarabía, y sus alas se tiñen de rosa al resplandor del fuego entre las tinieblas profundas; pero, de pronto, los cazadores enmudecen y apagan rápidamente las hogueras, y el ave, encandilada, cae indefensa al alcance de las manos.

Algo semejante ha acontecido en la vida de Barbarita. El amor de Asdrúbal fue un vuelo breve, un aletazo apenas a los **destellos** del primer sentimiento puro que se le **albergó** en su corazón, brutalmente apagado para siempre por la violencia de los hombres, **cazadores del placer**.

De sus manos la rescató aquella noche Eustaquio -Viejo indio **baniba** que servía de piloto en la piragua, sólo por estar cerca de la hija de aquella mujer de su tribu que, a la hora de sucumbir a los crueles tratos del capitán, le recomendó que no le abandonase a la guaricha-; pero ni el tiempo, ni la quieta existencia de la ranchería donde se refugiaron, ni el apacible fatalismo que el son de los tristes **yapururos** removía por instantes en su alma india, habían logrado aplacar la sombría tormenta de su corazón: un **ceño duro y tenaz** le surcaba la frente, un **fuego maligno** le brillaba en los ojos.

Ya sólo **rencores** podía abrigar su pecho y nada la complacía tanto como el espectáculo del varón debatiéndose entre las garras de las fuerzas destructoras. Maleficios del Camajay-Minare -siniestra divinidad de la selva orinoqueña-, el diabólico poder que reside en las pupilas de los dañeros y las terribles virtudes y las hierbas y raíces con que las indias confeccionan la pusanapara inflamar la lujuria y aniquilar la voluntad de los **hombres renuentes** a sus caricias, apasionanla de tal manera que no vive sino para apoderarse de los secretos que se relacionan con el hechizamiento del varón.

También la iniciaron en su tenebrosa **sabiduría** toda la **caterva** de brujos que cría la bárbara existencia de la indiada. Los **ojeadores**, que pretenden producir las enfermedades más extrañas y tremendas sólo con fijar sus ojos **maléficos** sobre la víctima; los

sopladores, que dicen curarlas aplicando su milagroso aliento a la parte dañada del cuerpo del enfermo; los **ensalmadores**, que tienen oraciones contra todos los males y les basta murmurarlas mirando hacia el sitio donde se halle el paciente, así sea a leguas de distancia, todos le revelaron sus secretos y a vuelta de poco las más **groseras** y extravagantes supersticiones reinaban en el alma de la mestiza.

Por otra parte, su belleza había perturbado ya la paz de la comunidad. La codiciaban los mozos, la vigilaban las hembras celosas, y los viejos prudentes tuvieron que aconsejarle a Eustaquío:

-Llévate a la guaricha. Vete con ella de por todo esto.

Y otra vez fue la vida errante por los grande ríos, a bordo de un bongo, con dos palanqueros indios.

El Orinoco es un río de **ondas leonadas**; el Guainía las arrastra negras. En el corazón de la selva, aguas de aquél se reúnen con las de éste; mas por largo trecho corren mezclarse, conservando cada cual su peculiar coloración. Así en el alma de la mestiza tardaron varios años en confundirse la hirviente sensualidad y el tenebroso aborrecimiento al varón.

La primera víctima de esta horrible mezcla de pasiones fue Lorenzo Barquero.

Era éste el menor de los hijos de don Sebastián y se había educado en Caracas. Ya estaba para concluir los estudios de derecho, y le sonreía el porvenir en el amor de una mujer bella y distinguida y en las perspectivas de una profesión en la cual su talento cosecharía triunfos, cuando, a tiempo que en el Llano estallaba la discordia entre Luzardos y Barqueros, empezó a manifestarse en él un extraño caso de regresión moral. Acometido de un brusco acceso de misantropía, abandonaba de pronto las aulas universitarias y los halagos de la vida de la capital para ir a meterse en un rancho de los campos vecinos, donde, **tumbado** en un **chinchorro**, pasábase días consecutivos, solo, mudo y sombrío, como una fiera enferma dentro de su **cubil**. Hasta que, por fin, renunció definitivamente a cuanto pudiera hacerle apetecible la existencia en Caracas: a su novia, a sus estudios y a la vida brillante de la buena sociedad, y tomó el camino del Llano para precipitarse en la **vorágine** del drama que allá se estaba desarrollando.

Y allí se tropezó con Barbarita, una tarde, cuando, de remontada con el Arauca con su cargamento de **viveres** para La Barquereña, el bongo de Eustaquio atracó en el paso del Bramador, donde él estaba dirigiendo la tirada de un ganado.

Una tormenta llanera, que se prepara y desencadena en obra de instantes, no se desarrolla, sin embargo, con la violencia con que se desataron en el corazón de la mestiza los apetitos reprimidos por el odio, pero éste subsistió y ella no lo ocultaba.

-Cuando te vi por primera vez te me pareciste a Asdrúbal -díjole, después de haberle referido el trágico episodio-. Pero ahora me representas a los otros; un día eres el taita, otro día el Sapo.

Y como él replicara, poseedor orgulloso:

-Sí. Cada uno de los hombres, todos **abhorrecibles** para ti; pero, representándotelos, uno a uno, yo te hago amarlos a todos, a pesar tuyo.

Ella concluyó rugiente:

-Pero yo los destruiré a todos en ti.

Y este amor salvaje, que en realidad le imprimía cierta originalidad a la aventura con la bonguera, acabó por pervertir el espíritu ya perturbado de Lorenzo Barquero.

Ni aun la maternidad aplacó el rencor de la devoradora de hombres; por el contrario, se lo exasperó más: un hijo de sus entrañas era para ella una victoria del macho, una nueva violencia sufrida, y bajo el imperio de este sentimiento concibió y dio a la luz una niña, que otros pechos tuvieron que amamantar, porque no quiso ni verla siquiera.

Tampoco Lorenzo se ocupó de la niña, **súcubo** de la **muer** insaciable y víctima del **brebaje afrodisíaco** que le hacía **ingerir**, mezclándolo con las comidas y bebidas, y no fue necesario que transcurriera mucho tiempo para que de la gallarda juventud de aquel que parecía destinado a un porvenir brillante sólo quedara un organismo devorado por los vicios más ruines, una voluntad abolida, un espíritu en regresión bestial.

Y mientras el adormecimiento progresivo de las facultades — días enteros sumido en un sopor invencible— lo precipitaba a la horrible miseria de las fuentes vitales agotadas por el veneno de la **pusana**, la obra de la codicia lo despojó de su **patrimonio**.

La idea la sugirió un tal coronel Apolinar que apareció por allí, en busca de tierras para comprar con el producto de sus **rapiñas** en la Jefatura Civil de uno de los pueblos de la región. Ducho en **argucias** de **rábulas**, como advirtiese la ruina moral de Lorenzo Barquero y se diese cuenta de que la **barragana** era conquista fácil, se trazó rápidamente su plan y, a tiempo que empezaba a enamorarla, entre un **requiebro** y otro le insinuó:

-Hay un procedimiento inmancable y muy sencillo para que usted se ponga en la propiedad de La Barquereña, sin necesidad de que se case con don Lorenzo, ya que, como dice, le repugna la idea de que un hombre pueda llamarla su mujer. Una venta simulada. Todo está en que él firme el documento; pero eso no es difícil para usted. Si quiere, yo le redacto la escritura de manera que no pueda haber complicaciones con los parientes.

Y la idea encontró fácil asidero.

-Convenido. Redácteme ese documento. Yo se lo hago firmar.

Así se hizo, sin que Lorenzo se resistiera al **despojo**; pero cuando ya se iba a proceder al registro del documento, descubrió Bárbara que existía una cláusula por la cual reconocía haber recibido de Apolinar la cantidad estipulada como precio de La Barquereña y comprometía la finca en garantía de tal obligación.

Y Apolinar explicó:

-Ha sido **menester** poner esa cláusula como una tapa contra los parientes de don Lorenzo, que si descubren que es una venta simulada pueden pedir su anulación declarándolo entredicho. Para que no haya dudas yo le entregaré a usted ese dinero en presencia del registrador. Pero no se preocupe. Es una comedia entre los dos. Luego usted me devuelve mis reales y yo le entrego esta contraescritura que anula la cláusula.

Y le mostró un documento privado cuya validez corría de su cuenta.

Ya era tarde para retroceder, y, por otra parte, también ella se había trazado su plan para apoderarse de aquel dinero que Apolinar quería invertir en fincas, y le respondió devolviéndole el contradocumento:

-Está bien. Se hará como tú quieras.

Apolinar comprendió que también se rendía a su amoroso asedio y se complació en sus artes. Por el momento, la mujer se le entregada con aquel «tú»; luego, la finca. Y su dinero intacto.

Días después le comunicó a Lorenzo:

-**He resuelto reemplazarte** con el coronel. De modo que a estás de más en esta casa.

A Lorenzo se le ocurrió esta miseria:

-Yo estoy dispuesto a casarme contigo.

Pero ella le respondió con una carcajada y el ex-hombre tuvo que ir a refugiarse junto con su hija, y ahora de veras y para siempre, en un rancho del **palmar** de La Chusmita, que tampoco era tierra suya, en **virtud** de aquella transacción por la cual su madre y su tío José Luzardo habían renunciado a la propiedad que les asistía sobre aquella porción de la antigua Altamira.

Ni el nombre quedó de La Barquereña, pues Bárbara se lo cambió por El Miedo, denominación del paño de sabana donde estaban situadas las casas del hato, y éste fue el punto de partida del famoso latifundio.

Desatada la codicia dentro del **tempestuoso** corazón, se propuso ser dueña de todo el cajón del Arauca, y asesorada por las extraordinarias habilidades de **litigante** de Apolinar, comenzó a meterles **pleitos** a los vecinos, obteniendo de la venalidad de los jueces lo que la justicia no pudiera reconocerle, cuando ya nada tenía que aprender del nuevo amante y todo el dinero de éste había sido empleado en el fomento de la finca, recuperó su fiera independencia haciendo desaparecer, de una manera misteriosa, a aquel hombre que podía jactarse de llamarla suya.

Altamira, descuidada por su dueño, en manos de administradores fácilmente sobornables, fue presa predilecta de su ambición de dominio. Leguas y leguas diéronle los litigios, y entre uno y otro el lindero de El Miedo iba metiéndose por tierras altamireñas, mediante una simple mudanza de los postes, favorecida por la deliberada imprecisión y obscuridad de los términos con que los jueces comprados redactaban las sentencias y por la complicidad de los mayordomos de Luzardo, que se hacían de la vista gorda.

A cada noticia de una de estas bribonadas, Santos Luzardo cambiaba de administrador y así, de mano en mano, fue Altamira a caer en las manos de un tal Balbino Paiba, antiguo tratante en caballos que había tenido la oportunidad de ir a comprarle algunos a la dueña de El Miedo y la audacia de dirigirle un requiebro en el preciso momento en que ella estaba necesitando

un mayordomo para Altamira, sin que se sospechase que hubiera inteligencia entre ambos.

Fue a raíz del último pleito ganado a Santos Luzardo, enamorándole al abogado que, además de poco escrupuloso, era blando al amor. Las quince leguas de sabanas altamireñas pasaron a engrosar las de El Miedo; pero ella no se conformó con esto e hizo que el abogado recomendase a Balbino Paiba para la mayordomía vacante. Desde entonces y trabajando sin descanso, cuantos orejanos y mostrencos habían caído por allá en rodeos y carreras fueron marcados con el hierro de El Miedo y, entretanto, el lindero errante avanzando Altamira adentro.

Y mientras las **tierras limítrofes** iban incorporándose de este modo a su feudo y la hacienda ajena engrosaba sus rebaños, todo el dinero que caía en sus manos desaparecía de la circulación. Hablábase de varias botijuelas repletas de morocotas, su moneda predilecta, que ya tenía enterradas, y era fama que, una vez, cierto dueño de un **hato** muy rico en cabezas de ganado, sabedor de que ella para apreciar su dinero no lo contaba, sino lo medía, cual si se tratase de cereales, fue a proponerles:

-Présteme una cuartilla de **morocotas**, doña.

Dice el cuento que ella fue y vino con la medida colmada por encima de los bordes.

-¿Cómo la quiere, ño, con o sin **copete**?

-Rasita, doña. Porque, a la hora de pagar, el copete me puede salir muy caro.

Ella quitó las monedas excedentes, pasando al ras de los bordes de la medida una regla que al efecto usaba, y dijo:

-Fíjese, ño. Así la quiero cuando me la pague; descopetada de un solo toletazo.

Esto contaban. Tal vez había mucho de leyenda en cuanto se decía a propósito de su fortuna; pero bastante rica y muy avara sí era doña Bárbara.

En cuanto a la conseja de sus poderes de hechicería, no todo era invención de la fantasía llanera. Ella se creía realmente asistida de potencias sobrenaturales y a menudo hablaba de un «Socio» que la había librado de la muerte, una noche, encendiéndole la vela para que se despertara, a tiempo que penetraba en su habitación un peón pagado para asesinarla, y que, desde

entonces, se le aparecía a aconsejarle lo que debería hacer en las situaciones difíciles o a revelarse los acontecimientos lejanos o futuros que le interesaba conocer. Según ella, era el propio milagroso Nazareno de Achaguas; pero lo llamaba simplemente y con la mayor naturalidad: «el Socio» y de aquí se originó la leyenda de su pacto con el diablo.

Mas, Dios o demonio tutelar, era lo mismo para ella, ya que en su espíritu, hechicería y creencias religiosas, conjuros y oraciones, todo estaba revuelto y confundido en una sola masa de superstición, así como sobre su pecho estaban en perfecta armonía amuletos de los brujos indios y escapularios, y sobre la repisa del cuarto de los misteriosos **conciliábulos** con «el Socio», **estampas piadosas, cruces de palma bendita, colmillos de caimán, piedras de curvitana y de centella**, y **fetiches** que se trajo de las rancharías indígenas, consumían el aceite de una común lamparilla votiva.

Tocante a amores, ya ni siquiera aquella mezcla salvaje de apetitos y odio de la devoradora de hombres. Inhibida la sensualidad por la pasión de la codicia y atrofiada hasta las últimas fibras femeniles de su ser por los hábitos del **marimacho** -que dirigía personalmente las peonadas, manejaba el lazo y derribaba un toro en plena sabana como el más hábil de sus vaqueros y no se quitaba de la cintura la lanza y el revólver, no los cargaba encima sólo para intimidar-, si alguna razón de pura conveniencia, como la necesidad de un mayordomo incondicional, en un momento dado, o en el caso de Balbino Paiba, de un instrumento suyo en el campo enemigo, la mayoría a prodigar caricias, más era hombruno tomar que femenino entregarse. Un profundo desdén por el hombre había reemplazado al rencor implacable.

No obstante este género de vida y el haber traspuesto ya los cuarenta, era todavía una mujer apetecible, pues si carecía en absoluto de delicadezas femeniles, en cambio el imponente aspecto del marimacho le imprimía un sello original a su hermosura: algo de salvaje, bello y terrible a la vez.

Tal era la famosa doña Bárbara; lujuria y superstición, codicia y crueldad, y allá en el fondo del alma sombría una pequeña cosa pura y dolorosa: el recuerdo de Asdrúbal, el amor frustrado que pudo hacerla buena. Pero aun esto mismo adquiría los terribles caracteres de un culto bárbaro que exigiera sacrificios

humanos: el recuerdo de Asdrúbal la asaltaba siempre que se tropezaba en su camino con un hombre en quien valiera la pena hacer presa.

Doña Bárbara, Capítulo III, de Rómulo Gallegos

- a) Busca el significado y traduce las palabras y frases en negrita.
- b) Resume con tus palabras y de manera breve el capítulo.
- c) El título de este capítulo III es: “La devoradora de hombres”, ¿A quién llaman así? ¿Qué relación entre la protagonista y este título hay?
- d) Has un listado de los personajes y sus características.
- e) ¿Qué tipo de narrador tiene el capítulo? Ejemplifícalo.
- f) ¿Dónde transcurre la acción de este capítulo?
- g) ¿Qué ambiente tiene este capítulo? Ejemplifícalo.
- h) ¿Cuál es el tema de este capítulo?
- i) Busca los recursos literarios que aparecen en este capítulo.
- j) La indiana fue criada por una caterva de brujos. Menciónalos y explica qué le dieron al personaje.

Tema 10: Literatura contemporánea

Postvanguardismo y Existencialismo

La Segunda Guerra Mundial conlleva importantes cambios en las ideas y el arte. El existencialismo, de la mano de Sartre, se difunde por Europa y América hasta ser aceptada por buena parte de los intelectuales. Al mismo tiempo, aparece la literatura del absurdo, que refleja la impotencia del artista para cambiar por la acción directa el derrotero político del mundo. Esa literatura es un intento de desviar por medio de la palabra lo que no se puede hacer por la acción. Se valen de la literatura del absurdo, de la ironía, la sátira, la burla y la caricatura. Se critica al hombre que abdica de su derecho a pensar y se pone a las órdenes de los políticos sin escrúpulos. El resultado es una literatura de protesta contra la cultura y la civilización en general, aunque hecha en términos negativos.

No menos importantes son los nuevos problemas a los que se enfrenta el hombre por primera vez: el enorme incremento de la natalidad, el hambre, la pobreza y la miseria. Son problemas que se reflejan en la literatura posterior a la guerra y que requieren nuevos modos de expresión. En el campo de las ideas, el Existencialismo conduce al intelectual a la angustia, que es el tono predominante en esta literatura. Esta angustia metafísica, angustia temporal y espacial, es lo que distingue la obra de los contemporáneos. En Hispanoamérica estos escritores pueden ser divididos en dos grupos: los que continúan las tendencias vanguardistas pero modificándolas y atenuándolas, y los existencialistas, que caen bajo la influencia de Sartre y su filosofía.

La poesía postvanguardista refleja todas las preocupaciones anotadas como características de las letras de este periodo. Algunos poetas continúan las tendencias vanguardistas, pero modificándolas acercando más su poesía a los problemas humanos, a la política, a lo social. Ese

es uno de los grandes cambios de esta época. El poeta deja de sentirse excluido, como se sentían los vanguardistas, y trata de participar sin olvidar lo humano y lo social, y de no rechazar, como los criollistas, las formas de sus precursores. Otro grupo se entrega al Existencialismo desesperado y escribe poesía angustiada, sobre temas universales: el destino del hombre, la soledad, la angustia, la civilización atómica. Un tercer grupo escribe poesía comprometida o testimonial; son los impacientes, los que quieren cambiar la organización social, los que quieren que reine la justicia y la equidad en el mundo. Otros se refugian en un Neomisticismo que les permite sobrellevar, pero no resolver, los tremendos problemas que acosan al hombre contemporáneo.

Si bien José Ortega y Gasset pronosticó en 1925 la muerte de la novela, algunos de los más logrados ejemplos del género han sido publicados después de ese año; en 1926 *Faux-monayeurs* de Andre Gide, en 1928 *Orlando* de Virginia Wolf y *Point Counter Point* de Aldous Huxley; y en 1929 *The sound and the fury* de William Faulkner. En Hispanoamérica algunas de las grandes novelas criollas se publicaron entre 1915 y 1940. En la narrativa van a aparecer las siguientes tendencias: continuación de la novela realista hasta los años 1940 o 1945, comienzos de la renovación narrativa con frutos cada vez más logrados entre los años de 1945 a 1960, la consolidación y el esplendido desarrollo de la narrativa, a partir de 1960 y la última generación que van a dejar novelas de relevancia mundial como *El astillero* de Juan Carlos Onetti, *Yo, el supremo* de Augusto Roa Bastos y *Paradiso* de José Lezama Lima. Junto a la continuación de la novela indigenista o la novela de la selva, va a aparecer la novela urbana en la que las grandes ciudades de Hispanoamérica van a dar los más ricos ingredientes para sus escenarios.

Vanguardismo e identidad

Van a aparecer dos figuras de renombre internacional: el guatemalteco Miguel Ángel Asturias y el cubano Alejo Carpentier que van a tener muchos puntos en común: su desarrollo literario fue paralelo, pues ambos vivieron en París, ambos estuvieron en contacto con el surrealismo francés y ambos estuvieron a la busca de una auténtica identidad americana.

El Realismo Mágico es un movimiento literario de mediados del siglo XX, caracterizado por una gran preocupación estilística y un fuerte interés en mostrar lo irreal o extraño como algo cotidiano y común. No es una expresión literaria mágica; su fin no es provocar emociones, sino, más bien, expresarlas, y es además, por encima de todo, una actitud frente a la realidad. El Realismo Mágico comparte características con el Realismo Épico que pretende dar verosimilitud a lo fantástico y lo irreal, a diferencia de la actitud nihilista asumida inicialmente por las vanguardias, como sucede en el caso del surrealismo.

“Realismo Mágico” o “Lo Real maravilloso” constituyen dos términos que hasta hoy en día son motivos de grandes discusiones. El término fue inicialmente usado por un crítico de arte, el alemán Franz Roh, para describir una pintura que demostraba una realidad alterada, y llegó al idioma español con la traducción en 1925 del libro *Realismo Mágico* (Revista de Occidente, 1925), que fue en gran medida influenciado por las obras surrealistas de la escritora chilena María Luisa Bombal. Más tarde, en 1947, fue introducido en la literatura hispanoamericana por Arturo Uslar Pietri en su ensayo *El cuento venezolano*. El crítico venezolano Víctor Bravo señala que la noción de “Realismo Mágico” nació casi de manera simultánea con la de “Real Maravilloso”: “La formulación inicial de una y otra noción —como referencia a un modo de producción literaria latinoamericana— se hace casi de manera simultánea. En 1947, Arturo Uslar Pietri introduce el término “Realismo Mágico” para referirse a la cuentística venezolana; en 1949 Alejo Carpentier habla de “Lo Real Maravilloso” para introducir la novela *El reino de este mundo*, y algunos la consideran que es la novela iniciadora de esta corriente literaria.

Las siguientes características están presente en muchas novelas del Realismo Mágico, pero no obligatoriamente todas aparecen en ellas. Hay obras pertenecientes a otros géneros pueden manifestar algunas de las mismas:

1. Contenido de elementos mágicos/fantásticos, percibidos por los personajes como parte de la “normalidad”.
2. Elementos mágicos tal vez intuitivos, pero, por lo general, nunca explicados.
3. Presencia de lo sensorial como parte de la percepción de la realidad.

4. En términos de espacio, la mayoría se ubica en los niveles más duros y crudos de la pobreza y marginalidad social, espacios donde la concepción mágica, mítica se hace presente.
5. Los hechos son reales pero tienen una connotación fantástica, ya que algunos no tienen explicación, o es muy improbable que ocurran.

En cuanto a la noción del tiempo encontramos las siguientes cuatro posturas:

1. Tiempo cronológico: Las acciones siguen el curso lógico del tiempo.
2. Ruptura de planos temporales: mezcla de tiempo presente con tiempo pasado (regresiones) y tiempo futuro (adelantos). (La noche boca arriba de Julio Cortázar y Pedro Páramo de Juan Rulfo).
3. Tiempo estático: el tiempo cronológico se detiene, es como si no trascendiera; en cambio, fluyen los pensamientos de los personajes.
4. Tiempo invertido: es el más contradictorio, como cuando se considera a la noche día, por ejemplo, en el siguiente fragmento: “Era el amanecer. Se hizo la noche”.

Entre la Vanguardia y el “Boom” Latinoamericano

El *Boom* Latinoamericano fue un fenómeno literario que apareció entre 1960 y 1970, cuando toda la labor de un grupo de novelistas hispanoamericanos relativamente joven fue ampliamente distribuida por Europa y los Estados Unidos. El *Boom* está más relacionado con autores como Gabriel García Márquez de Colombia, Julio Cortázar de Argentina, Carlos Fuentes de México y Mario Vargas Llosa de Perú; y también relacionando con el movimiento de vanguardia latinoamericano. Estos escritores desafiaron las convenciones establecidas en la literatura de su tiempo. Su trabajo es experimental y, debido al clima político de la región en los años 60, también muy politizado.

El éxito repentino de los autores del *Boom* fue en gran parte debido al hecho de que sus obras se encuentran entre las primeras novelas de América Latina que se publicaron en Europa, concretamente por

las editoriales de Barcelona (España), principalmente la editorial “Seix Barral”, por lo que muchos críticos concuerdan que la literatura del *Boom* es un fenómeno editorial. De hecho, según Frederick M. Nunn (2001), «los novelistas latinoamericanos se hicieron mundialmente famosos a través de sus escritos y su defensa de la acción política y social, y porque muchos de ellos tuvieron la fortuna de llegar a los mercados y los auditorios de más allá de América Latina a través de la traducción y los viajes y, a veces, a través del exilio»

Las novelas del *Boom* son esencialmente vanguardistas. Tratan al tiempo de una manera no lineal, suelen utilizar varias perspectivas o voces narrativas y cuentan con un gran número de neologismos (acuñaciones de nuevas palabras o frases), juegos de palabras e incluso blasfemias. Otras características notables del *Boom* son el tratamiento de los escenarios rurales y urbanos, el internacionalismo, el énfasis tanto en la historia y la política, así como el cuestionamiento de la identidad regional y nacional. La literatura del *Boom* rompe las barreras entre lo fantástico y lo cotidiano, convirtiendo esta mezcla en una nueva realidad. De los escritores del boom, Gabriel García Márquez está más estrechamente relacionado con el uso del Realismo Mágico; de hecho, se le atribuye el haberlo puesto «de moda» tras la publicación de *Cien años de soledad* en 1967.

Los autores del *Boom* van a recurrir a cualquier innovación en las técnicas literarias y van a apoyarse en el Realismo Mágico y lo Real Maravilloso, así como en las técnicas de la Vanguardia. Estos nuevos autores no se van a olvidar del indio o el negro, así como de la identidad americana y de la figura del dictador, van a acentuar los rasgos del Realismo Mágico, tendrán una ampliación hacia lo urbano sin olvidar el campo y la selva, tendrán problemas existenciales, van a integrar fantasía y realidad, van a experimentar con el lenguaje y las técnicas, van a jugar con el tiempo, fragmentándolo para lograr otra cronología irreal, y por último, se van a inspirar en los grandes narradores del siglo como Kafka, Joyce, Proust, etc.

Sus representantes principales son:

Julio Cortázar (Argentina, 1914-1984) considerado uno de los autores más innovadores y originales de su tiempo, y maestro del relato corto, la prosa poética y la narración breve en general, y creador de importantes novelas que inauguraron una nueva forma de hacer literatura en el mundo hispano, rompiendo los moldes clásicos mediante

narraciones que escapan de la linealidad temporal. Su obra más importante y la que lo catapultó al reconocimiento internacional, es la novela *Rayuela*, publicada en 1963, sus otros trabajos incluyen colecciones de cuentos como *Bestiario* (1951), *Final del juego* (1956), *Las armas secretas* (1959) y *Todos los fuegos el fuego* (1966). También escribió novelas como la inclasificable *Historias de cronopios y de famas* (1962). A continuación un fragmento del extraordinario Capítulo 68 de *Rayuela*, un texto erótico escrito en gílgico (aquel idioma íntimo que compartían Oliveira y la Maga). Un capítulo en el que Cortázar lleva el lenguaje hasta el límite; en el que inventa un lenguaje compartido por dos amantes pero que sin embargo no nos resulta completamente ajeno; un lenguaje cuya sonoridad, ritmo, modulaciones y cadencia nos permiten comprender la escena sin que comprendamos las palabras:

Apenas él le **amalaba** el **noema**, a ella se le agolpaba el **clémiso** y caían en **hidromurias**, en salvajes **ambonios**, en **sustalos** exasperantes. Cada vez que él procuraba **relamar** las **incopelusas**, se enredaba en un **grimado quejumbroso** y tenía que **envulsionarse** de cara al **nóvalo**, sintiendo cómo poco a poco las **arnillas** se **espejunaban**, se iban **apeltronando**, **reduplicando**, hasta quedar tendido como el **trimalciato** de **ergomanina** al que se le han dejado caer unas **filulas** de **cariaconcia**. Y sin embargo era apenas el principio, porque en un momento dado ella se **tordulaba** los **hurgalios**, consintiendo en que él aproximara suavemente su **orfelunios**. Apenas se **entreplumaban**, algo como un **ulucordio** los **encrestoriaba**, los **extrayuxtaba** y **paramovía**, de pronto era el **clinón**, las **esterfurosa convulcante** de las **mátricas**, la **jadehollante embocapluvia** del **orgumio**, los **esproemios** del **merpasmo** en una **sobrehumítica agopausa**. ¡Evohé! ¡Evohé!

Gabriel García Márquez (Colombia, 1927-2014), escritor, novelista, cuentista, guionista, editor y periodista colombiano. En 1982 recibió el Premio Nobel de Literatura. Es más conocido por novelas como *Cien años de soledad* (1967), obra cumbre del llamado Realismo Mágico, la mítica fundación de Macondo por los Buendía y el devenir de la aldea y de la estirpe de los fundadores hasta su extinción constituye el núcleo de un relato maravillosamente mágico y poético, tanto por su desbordada fantasía como por el subyugante estilo de su autor, dotado como pocos de un prodigioso “don de contar”, *El otoño del patriarca* (1975) o

El coronel no tiene quien le escriba (1962), y post-boom, como *El amor en los tiempos del cólera* (1985). Como el máximo representante del *Boom* de la literatura hispanoamericana de los años 60, García Márquez contribuyó decisivamente a la merecida proyección que finalmente alcanzó la narrativa del continente: el fenómeno editorial del *Boom* supuso, en efecto, el descubrimiento internacional de numerosos novelistas de altísimo nivel apenas conocidos fuera de sus respectivos países. A continuación un ejemplo de Realismo Mágico en *Cien años de soledad*, donde aparece un diálogo entre una persona viva y otra muerta:

Una noche en que no podía dormir, Úrsula salió a tomar agua al patio y vio a Prudencio Aguilar junto a la tinaja. Estaba lívido, con una expresión muy triste, tratando de cegar con un tampón de esparto el hueco de su garganta. (...)

-Vete al carajo- le grito José Arcadio Buendía. Cuantas veces regreses volveré a matarte (...)

Una noche en que lo encontró lavándose las heridas en su propio cuarto, José Arcadio Buendía no pudo resistir más.

-Está bien, Prudencio- le dijo. Nos iremos de este pueblo, lo más lejos que podamos, y no regresaremos jamás. Ahora vete tranquilo.

Carlos Fuentes (México, 1928-2012), escritor, intelectual y diplomático mexicano, uno de los autores más destacados de su país y de las letras hispanoamericanas, autor de novelas como *La región más transparente*, *La muerte de Artemio Cruz*, y *Terra Nostra* y ensayos como *La nueva novela hispanoamericana*, entre otros. Fuentes es una de las figuras fundamentales del llamado Boom de la novela hispanoamericana de los años 60, el núcleo más importante de su narrativa se situó del lado más experimentalista de los autores del grupo y recogió los recursos vanguardistas inaugurados por James Joyce y William Faulkner (pluralidad de puntos de vista, fragmentación cronológica, elipsis, monólogo interior), apoyándose a la vez en un estilo audaz y novedoso que exhibe tanto su perfecto dominio de la más refinada prosa literaria como su profundo conocimiento de los variadísimos registros del habla común.

Mario Vargas Llosa (1936), es considerado uno de los más importantes novelistas y ensayistas contemporáneos, su obra ha cosechado numerosos premios, entre los que destacan el Premio Nobel de Literatura 2010, el Premio Cervantes (1994), alcanzó la fama en la década de 1960 con novelas como: *La ciudad y los perros*(1962), *La casa*

verde (1965) y *Conversación en La Catedral* (1969). Continúa escribiendo prolíficamente en una serie de géneros literarios, incluyendo la crítica literaria y el periodismo. Entre sus novelas se encuentran comedias, novelas policíacas, históricas y políticas. Varias de ellas, como *Pantaleón y las visitadoras* (1973) y *La fiesta del chivo* (2000), han sido adaptadas y llevadas al cine. A continuación un fragmento de la novela *Pantaleón y las visitadoras* donde el personaje principal emplea un metalenguaje para ocultar las palabras reales:

El suscrito, capitán EP (Intendencia) Pantaleón Pantoja, encargado de organizar y poner en funcionamiento un Servicio de Visitadoras para Guarniciones, Puestos de Frontera y Afines (SVGPFA) en toda la región amazónica, respetuosamente se presenta ante el general Felipe Collazos, jefe de Administración, Intendencia y Servicios Varios del Ejército, lo saluda y dice: (...) 2. Que ya ha tomado posesión del emplazamiento sito a orillas del río Itaya, afectado por la Comandancia de la V Región para puesto de mando y centro logístico (reclutador/proveedor) del Servicio de Visitadoras. Que ya se han colocado a sus órdenes los soldados destacados al Servicio, quienes responden a los nombres de Sinforoso Caiguas y Palomino Rioalto y a quienes, con muy buen criterio, la superioridad ha elegido por sus dotes de excelente comportamiento, docilidad y cierta indiferencia ante personas del otro sexo, pues, caso contrario, el tipo de trabajo que tendrán y la idiosincrasia del medio que los envolverá, podrían suscitar en ellos tentaciones y consiguientes problemas para el Servicio. El suscrito desea hacer constar que el sitio donde se halla situado el puesto de mando y centro logístico reviste las mejores condiciones: ante todo, amplitud y vecindad del medio de transporte (río Itaya); luego, estar protegido de miradas indiscretas, pues la ciudad se halla bastante lejos y el lugar poblado más próximo, el molino de arroz Garote, se levanta en la orilla opuesta (no hay puente). De otro lado, goza de buenas posibilidades topográficas para instalar un pequeño embarcadero, de modo que todos los envíos y recepciones, cuando el Servicio de Visitadoras haya establecido su sistema circulatorio, puedan efectuarse bajo la vigilancia directa del puesto de mando.

Juan Rulfo (México, 1917-1986), escritor, guionista y fotógrafo mexicano, perteneciente a la generación del 52. La reputación de Rulfo se asienta en dos libros: *El Llano en llamas*, compuesto de diecisiete relatos y publicado en 1953, y la novela *Pedro Páramo*, publicada en

1955. En esta novela Rulfo dio una forma más perfeccionada a dicho mecanismo de interiorización de la realidad de su país, en un universo donde cohabitan lo misterioso y lo real; el resultado es un texto profundamente inquietante que ha sido juzgado como una de las mejores novelas de la literatura contemporánea.

José Donoso (Chile, 1924-1996), escritor, profesor y periodista chileno, su novela *El obscuro pájaro de la noche*, considerada su mejor novela y la más compleja y ambiciosa, salió a la luz en 1970. Donoso enlazó distintas historias de seres ambiguos y monstruosos para abordar su tema obsesivo, la disolución moral de la sociedad. No obstante estar escrita en un lenguaje igualmente realista, Donoso logró allí que las historias oníricas de sus personajes recreasen un escenario de pesadilla e inquietud que, hacia el final, consigue sin embargo ser aceptado por el lector con naturalidad.

Guillermo Cabrera Infante (Cuba, 1929-2005), escritor y guionista cubano, en 1968 publicó su primera novela de repercusión, *Tres tristes tigres -TTT*, como él la llamaba-, que originariamente se denominó *Ella cantaba boleros*. Se trataba de una versión, notablemente retocada, de su anterior trabajo *Vista del amanecer en el trópico* (premio Biblioteca Breve 1964 de Seix Barral). Se caracteriza por el uso ingenioso del lenguaje introduciendo coloquialismos cubanos y constantes guiños y referencias a otras obras literarias. En ella relata la vida nocturna de tres jóvenes en La Habana de 1958. Un ejemplo a continuación del uso del lenguaje entre el popular cubano y el culto universal de la novela *TTT*:

-¿Te das cuenta, mi viejo? Este tipo fue una suma y parece una multiplicación. Bach al cuadrado.

En ese momento (sí, justo en ese momento) se hizo el silencio universal: en el carro y en el radio y en Cué, y era que la música terminó. Habló el locutor –que se parecía mucho a Cué, en la voz.

“Acaban de escuchar, señoras y señores, el Concerto Grosso en Re Mayor, opus once número tres, de Antonio Vivaldi. (Pausa.) Violín: Isaac Stern, viola: Alexander Schneider...”

Solté una carcajada y creo que Arsenio también.

-Chico –le dije– la cultura en el trópico. ¿Tedas cuenta, mi viejo? –le dije, imitando su voz, pero haciéndola más pedante que amiga. No me miró, dijo:

-En el fondo, yo tenía razón. Bach se pasó toda su vida robándole cosas a Vivaldi, y no sólo a Vivaldi –quería salvarse por la erudición:

lo vi venir:– sino a Marcello –dijo, nítidamente, Marchel-lo– y a Manfredini y Veracini y hasta Evaristo Felice Dall-Abaco. Por eso hablé de suma.

-Debías haber dicho resta, sustracción, ¿no?

Se rió. Lo bueno que Cué tenía sentido del humor más desarrollado que el del ridículo Hemos presentado en nuestro espacio Grandes Partituras un programa dedicado Apagó el radio.

-Pero tienes razón –le dije, contemporizando. Soy el Cid Contemporizador–. Bach es el padre de la música, como se dice, por la ley, pero Vivaldi le hace un guiño a Ana Magdalena de vez en cuando.

-Viva Vivaldi –dijo Cué, riendo.

-Si Bustrófedon estuviera en esta máquina del tiempo ya hubiera dicho Vibachldi o Vivach o Bivaldi y seguiría hasta la noche.

-Entonces, ¿qué te parece Vivaldi a sesenta?

-Que bajaste la velocidad.

-Albinoni a ochenta, Frescobaldi a cien, Cimarosa a cincuenta, Monteverdi a cientoventa, Gesualdo a lo que dé el motor –hizo una pausa más exaltada que refrescante y siguió:– No importa, lo que yo dije sigue valiendo y pienso en lo que será Palestrina oído en un jet. Un milagro de la acústica –dije yo.

José Lezama Lima (Cuba, 1910- 1976) poeta, novelista, cuentista y ensayista cubano. Es considerado uno de los autores más importantes de su país y de la literatura hispanoamericana, especialmente por su novela *Paradiso*, una de las obras más importantes en la lengua castellana y una de las cien mejores novelas del siglo XX en ese idioma, según el periódico español El Mundo. Principal referente de lo que Severo Sarduy llamó Neobarroco americano, su obra se caracteriza por su lirismo y el uso de metáforas, alusiones y alegorías, asentada sobre un sistema poético que desarrolló en ensayos como *Analecta del reloj* (1953), *La expresión americana* (1957), o *Las eras imaginarias* (1971).

Ernesto Sabato (Argentina, 1911-2011) escritor, ensayista, físico y pintor argentino. Su obra narrativa consiste en tres novelas: *El túnel*, *Abaddón el exterminador* y *Sobre héroes y tumbas*, considerada una de las mejores novelas argentinas del siglo XX.

Los siguientes escritores a veces son incluídos en esta lista de los escritores del *Boom*: Juan Carlos Onetti (Uruguay, 1909-1994), uno de los pocos existencialistas en lengua castellana. Juan Manuel Puig

Delledonne (Argentina, 1932- 1990) escritor argentino de relevancia mundial por sus novelas *Boquitas pintadas*, *El beso de la mujer araña* y *Pubis Angelical*.

El Post Boom

Desde la década de 1980 se hizo común hablar de escritores Post Boom, la mayoría de los cuales nacieron durante los años 1940, 1950 y 1960. Es difícil situar claramente el Post Boom sobre todo porque muchos de los escritores del *Boom* siguen activos en estos años. De hecho, algunos escritores, como José Donoso, se podría decir que pertenecen a ambos movimientos. Su novela *El obsceno pájaro de la noche* (1970) se considera, como señala Philip Swanson, «uno de los clásicos de la pluma» (Swanson, 1970). Su obra posterior, sin embargo, se adapta con mayor comodidad en el PostBoom. Manuel Puig y Severo Sarduy se consideran escritores cuyas obras representan la transición del auge del *Boom* al PostBoom. Es importante señalar que esta inquietud en la categorización se perpetúa por el hecho de que los principales escritores del *Boom* (Fuentes, García Márquez y Vargas Llosa) continuaron escribiendo después del final del *Boom*. En el auge posterior es distinta la manera de escribir en varios aspectos, sobre todo en la presencia de las autoras como, Luisa Valenzuela, Giannina Braschi, Cristina Peri Rossi, Elena Poniatowska. Mientras que Valenzuela y Poniatowska, fueron activos escritores durante el período de auge del PostBoom, Isabel Allende se considera «un producto de la pluma». Shaw también identifica a Antonio Skármeta, Reinaldo Arenas, Rosario Ferré y Gustavo Sainz como escritores post-boom.

Actividades

1. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Casida de la bailarina

Si baylas, no miro miembros tan sueltos
en tus ninfas... ribera Gaditana,
ni passos hazia Venus tan resueltos

Bocángel

Quiero acordarme de una ciudad deshecha junto a sus dos ríos
sedientos;
quiero acordarme de la muerte de los jardines, del agua verde
que beben las palomas,
ahora que tú cantas y bailas con una voz áspera de campamento;
quiero acordarme de la nieve que vuelve con la lluvia
para humedecer su boca de viento dormido, su luna abierta
entre la yedra.

Quiero acordarme de mis amigos, ¡ay!, de cómo dormirá una
mujer que he querido.

Baila, aliento triste, alarido oscuro. Lleva tus pies de acero sobre
los alacranes
que tiemblan por las hojas de la madera,
golpeando sus tenazas de polvo
cerca de tu piel.

Baila, amanecida; empuja el aire con el calor del cuello, con la
serpiente que conduces rota
en la mano enamorada y dura.

Yo estoy pendiente de ti, ensombrecido: tu canto me enfría la
cara, me envenena el vello.

¡Qué haría para poder estar quieto,
abierto en tu garganta llena de barro,
hasta resbalar por tu pecho, como una llama de rocío!

Baila sobre el desierto caliente.

Nilo de voz, delta de aire perecible.

II

Quisiera oír su voz que duerme con su narciso de sangre en el
cuello,

con su noche abandonada en la tierra.
Quisiera ver su cara caída, impaciente sobre el amanecer,
junto a su viola de luz insuperable, a su ángel tibio;
su labio con su muerte, con su flor deliciosa, sumergida.
Así, ofrecido; luna de jardín, perfume de fuente, de amor sin
amor;
¡ah!, su alto río encerrado vagando por la aurora.

III

Rosa de cielo, de espacio melancólico;
Orfeo de aire, numeroso, solo. ¿Quién verá
la tarde que contuvo su cara de hombre muerto?
Su soledad esparcida entre los ríos.

IV

Baila, que él tiene el cuerpo cubierto de vergüenza
y la lengua seca, saliéndole por la boca dulce,
como una vena perdida.
Yo pienso en él, y ya no me duele el silencio,
porque nunca estarás más cerca de la luz
que en su muerte. Su pobre muerte encadenada.
¡Ya se ve su sueño en el desierto!
Las altas tardes que van naciendo del mar, los pájaros con los
árboles de las colinas,
Las gentes aún pegadas a las sombras,
a los ríos oscuros de la carne.
Su muerte, sí, su muerte, un poco de la nuestra,
de nuestra muerte sin premura. Ya estás ahí, solo como alguno
de nosotros en la vida.
Duerme, triste mío, perdido, que yo estoy oyendo
el canto del adufe que viene del desierto.

Casida de la bailarina de Ricardo E. Molinari

- a) ¿Qué tipo de rima tiene este poema?
- b) Busca los recursos literarios del poema.
- c) ¿Cuál es el tema del poema?

2. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

El poema

Sí, se te pone un nudo en la garganta
y no sabés que hacer para soltarlo.
Tal vez llorar es bueno,
pero tal vez eso no basta.
Porque si lloras te saldrán los llantos
con un gusto de amargo sentimiento.
Y, además, que llorando no te calmas.
No se te calma el nudo ni la angustia,
que es como si todo un cielo se te hundiera
o como si nadando por el agua
con las flores del agua te enredaras.
Como soñar que vas cayendo,
yendo cayendo que caerás sin prisa
y que nadie te espera al fin de la caída.
Es como que te ahoga un pensamiento
que quiere hablar, salir, saltar, volar,
y cada vez da con la jaula.
Miras el libro abierto
y ni te fijas en la página,
miras el cielo por alzar los ojos
pero no ves ni la nube que pasa,
miras la flor, no te enamora,
miras el árbol, no te espanta
oyes el ruiseñor entre la noche
y no comprendes lo que canta.
Has de volver a ti las soledades
con que vas habitando tus moradas,
y pensar poco apoco el pensamiento
y decir poco a poco las palabras,
y formar el poema con la angustia
que te mordía la garganta.

(después de todo bienvenido
si como mariposa te me quedaste fijo
clavado por las alas).

El poema de Eugenio Florit

- a) ¿Cuál es el tema del poema?
- b) ¿Qué métrica tiene el poema?
- c) Busca los recursos literarios del poema.

3. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Los vicios del mundo moderno

Los delincuentes modernos
Están autorizados para concurrir diariamente
a parques y jardines.
Provistos de poderosos anteojos y de relojes de bolsillo
Entran a saco en los kioscos favorecidos por la muerte
E instalan sus laboratorios entre los rosales en flor.
Desde allí controlan a fotógrafos y mendigos que deambulan por los
alrededores
Procurando levantar un pequeño templo a la miseria
Y si se presenta la oportunidad llegan a poseer a un lustrabotas
melancólico.
La policía atemorizada huye de estos monstruos
En dirección del centro de la ciudad
En donde estallan los grandes incendios de fines de año
Y un valiente encapuchado pone manos arriba a dos madres de la
caridad.

Los vicios del mundo moderno:
El automóvil y el cine sonoro,
Las discriminaciones raciales,
El exterminio de los pieles rojas,
Los trucos de la alta banca,
La catástrofe de los ancianos,
El comercio clandestino de blancas realizado por sodomitas
internacionales,
El auto-bombo y la gula
Las Pompas Fúnebres
Los amigos personales de su excelencia
La exaltación del folklore a categoría del espíritu,
El abuso de los estupefacientes y de la filosofía,
El reblandecimiento de los hombres favorecidos por la fortuna

El auto-erotismo y la crueldad sexual
La exaltación de lo onírico y del subconsciente en desmedro del sentido común.
La confianza exagerada en sueros y vacunas,
El endiosamiento del falo,
La política internacional de piernas abiertas patrocinada por la prensa reaccionaria,
El afán desmedido de poder y de lucro,
La carrera del oro,
La fatídica danza de los dólares,
La especulación y el aborto,
La destrucción de los ídolos.
El desarrollo excesivo de la dietética y de la psicología pedagógica,
El vicio del baile, del cigarrillo, de los juegos de azar,
Las gotas de sangre que suelen encontrarse entre las sábanas de los recién desposados,
La locura del mar,
La agorafobia y la claustrofobia,
La desintegración del átomo,
El humorismo sangriento de la teoría de la relatividad,
El delirio de retorno al vientre materno,
El culto de lo exótico,
Los accidentes aeronáuticos,
Las incineraciones, las purgas en masa, la retención de los pasaportes,
Todo esto porque sí,
Porque produce vértigo,
La interpretación de los sueños
Y la difusión de la radiomanía.

Como queda demostrado, el mundo moderno se compone de flores artificiales
Que se cultivan en unas campanas de vidrio parecidas a la muerte,
Está formado por estrellas de cine,
Y de sangrientos boxeadores que pelean a la luz de la luna,
Se compone de hombres ruseñores que controlan la vida económica de los países
Mediante algunos mecanismos fáciles de explicar;
Ellos visten generalmente de negro como los precursores del otoño
Y se alimentan de raíces y de hierbas silvestres.
Entretanto los sabios, comidos por las ratas,

Se pudren en los sótanos de las catedrales,
Y las almas nobles son perseguidas implacablemente por la policía.

El mundo moderno es una gran cloaca:
Los restaurantes de lujo están atestados de cadáveres digestivos
Y de pájaros que vuelan peligrosamente a escasa altura.
Esto no es todo: Los hospitales están llenos de impostores,
Sin mencionar a los herederos del espíritu que establecen sus colonias
en el ano de los recién operados.

Los industriales modernos sufren a veces el efecto de la atmósfera
envenenada,
Junto a las máquinas de tejer suelen caer enfermos del espantoso mal
del sueño

Que los transforma a la larga en unas especies de ángeles.
Niegan la existencia del mundo físico
Y se vanaglorian de ser unos pobres hijos del sepulcro.
Sin embargo, el mundo ha sido siempre así.
La verdad, como la belleza, no se crea ni se pierde
Y la poesía reside en las cosas o es simplemente un espejismo del
espíritu.

Reconozco que un terremoto bien concebido
Puede acabar en algunos segundos con una ciudad rica en tradiciones
Y que un minucioso bombardeo aéreo
Derribe árboles, caballos, tronos, música.
Pero qué importa todo esto
Si mientras la bailarina más grande del mundo
Muere pobre y abandonada en una pequeña aldea del sur de Francia
La primavera devuelve al hombre una parte de las flores desaparecidas.

Tratemos de ser felices, recomiendo yo, chupando la miserable costilla
humana.

Extraigamos de ella el líquido renovador,
Cada cual de acuerdo con sus inclinaciones personales.

¡Aferrémonos a esta piltrafa divina!

Jadeantes y tremebundos

Chupemos estos labios que nos enloquecen;

La suerte está echada.

Aspiremos este perfume enervador y destructor

Y vivamos un día más la vida de los elegidos:

De sus axilas extrae el hombre la cera necesaria para forjar el rostro de sus ídolos.
Y del sexo de la mujer la paja y el barro de sus templos.
Por todo lo cual
Cultivo un piojo en mi corbata
Y sonrío a los imbéciles que bajan de los árboles.

Antipoemas de Nicanor Parra

- a) ¿Cuál es el tema del poema?
- b) Busca los recursos literarios del poema.
- c) Busca qué significa el término de “antipoema” o “antipoesía” creados por Nicanor Parra y explícalo basándote en este poema.

4. Lee el siguiente cuento y responde las preguntas:

La luz de la luna entraba por todas las **rendijas** del rancho y el ruido del viento en el **maizal**, compacto y menudo como la lluvia. En la sombra **acuchillada** de láminas claras **oscilaba** el **chinchorro** lento del viejo **zambo**; acompasadamente **chirriaba** la **atadura** de la cuerda sobre la madera y se oía la respiración corta y **silbosa** de la mujer que estaba echada sobre el **catre** del rincón.

La **patinadura** del aire sobre las hojas secas del maíz y de los árboles sonaba cada vez más a lluvia, poniendo un eco húmedo en el ambiente **terroso** y sólido.

Se oía en lo hondo, como bajo piedra, el latido de la sangre girando ansiosamente.

La mujer **sudorosa** e insomne prestó oído, entreabrió los ojos, trató de adivinar por las rayas luminosas, **atisbó** un momento, miró el chinchorro, quieto y pesado, y llamó con voz agria:

-¡Jesuso!

Calmó la voz esperando respuesta y entretanto comentó alzadamente.

-**Duerme como un palo.** Para nada sirve. Si vive como si estuviera muerto...

El dormido salió a la vida con la llamada, **desperezóse** y preguntó con **voz cansina**:

-¿Qué pasa Usebia? ¿Qué escándalo es ese? ¡Ni de noche puedes dejar en paz a la gente!

-Cállate, Jesuso y oye.

-¿Qué?

-Está lloviendo, lloviendo, ¡Jesuso! y no lo oyes. ¡Hasta sordo te has puesto!

Con esfuerzo, **malhumorado**, el viejo se incorporó, corrió a la puerta, la abrió violentamente y recibió en la cara y en el cuerpo medio desnudo la **plateadura** de la luna llena y el soplo ardiente que subía por la ladera del **conuco** agitando las sombras. Lucían todas las estrellas.

Alargó hacia la **intemperie** la mano abierta, sin sentir una gota.

Dejó caer la mano, aflojó los músculos y recostóse en el marco de la puerta.

-¿Ves vieja loca, tu **aguacero**? Ganas de trabajar la paciencia. La mujer quedóse con los ojos fijos mirando la gran claridad que entraba por la puerta. Una rápida gota de sudor le **cosquilleó** en la mejilla. El **vaho** cálido inundaba el recinto.

Jesús tornó a cerrar, caminó suavemente hasta el chinchorro, estiróse y se volvió a oír el crujido de la madera en la mecida. Una mano colgaba hasta el suelo resbalando sobre la tierra del piso.

La tierra estaba seca como una piel, áspera, seca hasta en el extremo de las raíces, ya como huesos; se sentía flotar sobre ella una fiebre de sed, un jadeo, que torturaba los hombres.

Las nubes oscuras como sombras de árbol se habían ido, se habían perdido tras de los últimos cerros más altos, se habían ido como el sueño, como el reposo. El día era ardiente. La noche era ardiente, encendida de luces fijas y metálicas.

En los cerros y los valles pelados, llenos de grietas como bocas, los hombres se consumían torpes, obsesionados por el fantasma pulido del agua, mirando señales, **escudriñando** anuncios...

Sobre los valles y los cerros, en cada rancho, pasaban y repasaban las mismas palabras.

-Cantó el **carrao**. Va a llover...

-¡No lloverá! Se la daban como santo y seña de la angustia.

-Ventó del abra. Va a llover...

-¡No lloverá!

Se lo repetían como para fortalecerse en la espera infinita.

-Se callaron las **chicharras**. Va a llover...

-¡No lloverá!

La luz y el sol eran de cal cegadora y asfixiante.

-Si no llueve, Jesuso, ¿qué va a pasar?

Miró la sombra que se agitaba fatigosa sobre el catre, comprendió su intención de multiplicar el sufrimiento con las palabras, quiso hablar, pero la **somnolencia** le tenía tomado el cuerpo, cerró los ojos y se sintió entrando al sueño.

Con la primera luz de la mañana Jesuso salió al conuco y comenzó a recorrerlo a paso lento. Bajo sus **pies descalzos** crujían las hojas vidriosas. Miraba a ambos lados las largas hileras del maizal amarillas y tostadas, los escasos árboles desnudos y en lo alto de la colina, verde profundo, un cactus vertical. A ratos deteníase, tomaba en la mano una **vaina de frejol** reseca y **triturrábala** con lentitud haciendo saltar por entre los dedos los granos rugosos y malogrados.

A medida que subía el sol, la sensación y el color de aridez eran mayores. No se veía nube en el cielo de un azul llama. Jesuso, como todos los días iba, sin objeto, porque la siembra estaba ya perdida, recorriendo las veredas del conuco, en parte por inconsciente costumbre, en parte por descansar de la hostil murmuración de Usebia.

Todo lo que se dominaba del paisaje, desde la **colina**, era una sola variedad de amarillo sediento sobre valles estrechos y cerros calvos, en cuyo flanco una mancha de polvo calcáreo señalaba el camino.

No se observaba ningún movimiento de vida, el viento quieto, la luz fulgurante. Apenas la sombra si se iba empequeñeciendo. Parecía aguardarse un incendio.

Jesuso marchaba despacio, deteniéndose a ratos como un animal amaestrado, la vista sobre el suelo, y a ratos conversando consigo mismo.

-**¡Bendito y alabado!** ¿Qué va a ser de la pobre gente con esta sequía? Este año ni una gota de agua y el pasado fue un

inviernazo que se pasó de aguado, llovió más de la cuenta, creció el río, acabó con las vegas, se llevó el puente... Está visto que no hay manera... Si llueve, porque llueve... Si no llueve, porque no llueve...

Pasaba del monólogo a un silencio desierto y a la marcha perezosa, la mirada por tierra, cuando sin ver sintió algo inusitado, en el fondo de la vereda y alzó los ojos.

Era el cuerpo de un niño. Delgado, menudo, de espaldas, **en cuclillas** fijo y abstraído mirando hacia el suelo.

Jesuso avanzó sin ruido, y sin que el muchacho lo advirtiera, vino a colocársele por detrás, dominando con su estatura lo que hacía. Corría por tierra culebreando un delgado hilo de orina, achatado y turbio de polvo en el extremo, que arrastraba algunas pajas mínimas. En ese instante, de entre sus dedos mugrientos, el niño dejaba caer una hormiga.

-Y se rompió la represa... y ha venido la corriente... bruum... bruuuum... bruuuuuum... y la gente corriendo... y se llevó la hacienda de tío sapo... y después el hato de tía tara... y todos los palos grandes... zaaas... bruuuuuum... y ahora tía **hormiga** metida en esa **aguazón**...

Sintió la mirada, volvióse bruscamente, miró con susto la cara rugosa del viejo y se alzó entre colérico y vergonzoso.

Era fino, elástico, las extremidades largas y perfectas, el pecho angosto, por entre el dril pardo la piel dorada y sucia, la cabeza inteligente, móviles los ojos, la nariz vibrante y aguda, la boca femenina. Lo cubría un viejo sombrero de fieltro, ya humano de uso, plegado sobre las orejas como bicornio, que contribuía a darle expresión de roedor, de pequeño animal inquieto y ágil. Jesuso terminó de examinarlo en silencio y sonrió.

-¿De dónde sales muchacho?

-De por ahí...

-¿De dónde?

-De por ahí.

Y extendió con vaguedad la mano sobre los campos que se alcanzaban.

-¿Y qué vienes haciendo?

-Caminando.

La impresión de la respuesta dábale cierto tono autoritario y alto, que extrañó al hombre.

-¿Cómo te llamas?

-Como me puso el cura.

Jesús arrugó el gesto, degradado por la actitud terca y huraña.

El niño pareció advertirlo y compensó las palabras con una expresión confiada y familiar.

-No seas **malcriado** -comentó el viejo, pero desarmado por la gracia bajó a un tono más íntimo—. ¿Por qué no contestas?

-¿Para qué pregunta? -replicó con candor extraordinario.

-Tú escondes algo. O te has ido de casa de tu taita.

-No, señor.

Preguntaba casi sin curiosidad, monótonamente, como jugando un juego.

-O has echado alguna lavativa.

-No, señor.

-O te **han botado** por **maluco**.

-No, señor.

Jesuso se rascó la cabeza y agregó con sorna:

-O te empezaron a comer las patas y te fuistes, ¿ah, **vagabundito**?

El muchacho no respondió, se puso a mecerse sobre los pies, los brazos a la espalda, **chasqueando** la lengua contra el paladar.

-¿Y para dónde vas ahora? -Para ninguna parte.

-¿Y qué estás haciendo?

-Lo que usted ve.

-¡Buena cochinada!

El viejo Jesuso no halló más que decir; quedaron callados frente a frente, sin que ninguno de los dos se atreviese a mirarse a los ojos. Al rato, molesto por aquel silencio y aquella quietud que no hallaba cómo romper, empezó a caminar lentamente como un animal enorme y torpe, casi como si quisiera imitar el paso de un animal fantástico, advirtió que lo estaba haciendo, y lo ruborizó pensar que pudiera hacerlo para divertir al niño.

-¿Vienes? -preguntó simplemente-. Calladamente el muchacho se vino siguiéndolo.

En llegando a la puerta del rancho halló a Usebia atareada encendiendo el fuego. Soplabla con fuerza sobre un montoncito de maderas de cajón de papeles amarillos.

-Usebia, mira -llamó con timidez-. Mira lo que ha llegado.

-Ujú -gruñó sin tornarse, y continuó soplando.

El viejo tomó al niño y lo colocó ante sí, como presentándolo, las dos manos oscuras y gruesas sobre los hombros finos.

-¡Mira, pues!

Giró agria y brusca y quedó frente al grupo, viendo con esfuerzo por los ojos llorosos de humo.

-¿Ah?

Una vaga dulzura le suavizó lentamente la expresión.

-Ajá. ¿Quién es?

Ya respondía con sonrisa a la sonrisa del niño.

-¿Quién eres?

-Pierdes tu tiempo en preguntarle, porque este **sinvergüenza** no contesta.

Quedó un rato viéndolo, respirando su aire, sonriéndole, pareciendo comprender algo que escapaba a Jesuso. Luego muy despacio se fue a un rincón, hurgó en el fondo de una bolsa de tela roja y sacó una galleta amarilla, pulida como metal de dura y vieja. La dio al niño y mientras este mascaba con dificultad la tiesa pasta, continuó contemplándolos, a él y al viejo alternativamente, con aire de asombro, casi de angustia.

Parecía buscar dificultosamente un fino y perdido hilo de recuerdo.

-¿Tè acuerdas, Jesuso, de Cacique? El pobre.

La imagen del viejo perro fiel desfiló por sus memorias. Una compungida emoción los acercaba.

-Ca-ci-que... -dijo el viejo como aprendiendo a deletrear.

El niño volvió la cabeza y lo miró con su mirada entera y pura. Miró a su mujer y sonrieron ambos tímidos y sorprendidos.

A medida que el día se hacía grande y profundo, la luz situaba la imagen del muchacho dentro del cuadro familiar y pequeño del rancho. El color de la piel enriquecía el tono moreno de la tierra pisada, y en los ojos la sombra fresca estaba viva y ardiente.

Poco a poco las cosas iban dejando sitio y organizándose para su presencia. Ya la mano corría fácil sobre la lustrosa madera de la mesa, al pie hallaba el desnivel del umbral, el cuerpo se amoldaba exacto al butaque de cuero y los movimientos cabían con gracia en el espacio que los esperaba.

Jesuso, entre alegre y nervioso, había salido de nuevo al campo y Usebia se atareaba, procurando evadirse de la soledad frente al ser nuevo. Removía la olla sobre el fuego, iba y venía buscando ingredientes para la comida, y a ratos, mientras le volvía la espalda, miraba de reojo al niño.

Desde donde lo vislumbraba quieto, con las manos entre las piernas, la cabeza doblada mirando los pies golpear el suelo, comenzó a llegarle un silbido menudo y libre que no recordaba música.

Al rato preguntó casi sin dirigirse a él:

-¿Quién es el grillo que chilla?

Creyó haber hablado muy suave, porque no recibió respuesta sino el silbido, ahora más alegre y parecido a la brusca exaltación del canto de los pájaros.

-¡Cacique! -insinuó casi con vergüenza-. ¡Cacique!

Mucho gozo le produjo al, oír el ¡ah! del niño.

-¿Cómo te está gustando el nombre?

Una pausa y añadió:

-Yo me llamo Usebia.

Oyó como un eco apagado:

-Velita de sebo...

Sonrió entre sorprendida y disgustada.

-¿Cómo que te gusta poner nombres? -Usted fue quien me lo puso a mí.

-Verdad es.

Iba a preguntarle si estaba contento, pero la dura costra que la vida solitaria había acumulado sobre sus sentimientos le hacía difícil, casi dolorosa, la expresión.

Tornó a callar y a moverse mecánicamente en una imaginaria tarea, eludiendo los impulsos que la hacían comunicativa y abierta. El niño recomenzó el silbido.

La luz crecía, haciendo más pesado el silencio. Hubiera querido comenzar a hablar disparatadamente de todo cuanto le pasaba por la cabeza, o huir de la soledad para hallarse de nuevo consigo misma.

Soportó callada aquel vértigo interior hasta el límite de la tortura, y cuando se sorprendió hablando ya no se sentía ella, sino algo que fluía como la sangre de una vena rota.

-Tú vas a ver como todo cambiará ahora, Cacique. Ya yo no podía aguantar más a Jesuso...

La visión del viejo oscuro, callado, seco, pasó entre las palabras. Le pareció que el muchacho había dicho "**lechuzo**", y sonrió con torpeza, no sabiendo si era resonancia de sus propias palabras.

-...no sé como lo he aguantado toda la vida. Siempre ha sido malo y mentiroso. Sin ocuparse de mí...

El sabor de la vida amarga y dura se concentraba en el recuerdo de su hombre, cargándolo con las culpas que no podía aceptar.

-...ni el trabajo del campo lo sabe con tantos años. Otros hubieran salido de abajo y nosotros para atrás y para atrás. Y ahora este año, Cacique...

Se interrumpió suspirando y continuó con firmeza y la voz alzada, como si quisiera que la oyese alguien más lejos:

-...no ha venido el agua. El verano se ha quedado viejo quemándolo todo. ¡No ha caído ni una gota!

La voz cálida en el aire tórrido trajo un asia de frescura imperiosa, una angustia de sed. El resplandor de la colina tostada, de las hojas secas, de la tierra agrietada, se hizo presente como otro cuerpo y alejó las demás preocupaciones.

Guardó silencio algún tiempo y luego concluyó con voz dolorosa:

-Cacique, coge esa **lata** y baja a la **quebrada** a buscar agua.

Miraba a Usebia atarearse en los preparativos del almuerzo y sentía un contento íntimo como si se preparara una ceremonia extraordinaria, como si acaso acabara de descubrir el carácter religioso del alimento.

Todas las cosas usuales se habían endomingado, se veían más hermosas, parecían vivir por primera vez.

-¿Está buena la comida, Usebia? La respuesta fue tan extraordinaria como la pregunta.

-Está buena, viejo.

El niño estaba afuera, pero su presencia llegaba hasta ellos de un modo imperceptible y eficaz.

La imagen del pequeño rostro agudo y **huroneante**, les provocaba asociaciones de ideas nuevas. Pensaban con ternura en objetos que antes nunca habían tenido importancia. Alpargatitas menudas, pequeños caballos de madera, carritos hechos con ruedas de limón, metras de vidrio irizado.

El gozo mutuo y callado los unía y hermoceaba. También ambos parecían acabar de conocerse, y tener sueños para la vida venidera. Estaban hermosos hasta sus nombres y se complacían en decirlos solamente.

-Jesuso...

-Usebia...

Ya el tiempo no era un desesperado aguardar, sino una cosa ligera, como fuente que brotaba.

Cuando estuvo lista la mesa, el viejo se levantó, atravesó la puerta y fue a llamar al niño que jugaba afuera, echado por tierra, con una cerbatana.

-¡Cacique, vente a comer!

El niño no lo oía, abstraído en la contemplación del insecto verde y fino como el nervio de una hoja. Con los ojos pegados a la tierra, la veía crecida como si fuese de su mismo tamaño, como un gran animal terrible y monstruoso. La cerbatana se movía apenas, girando sobre sus patas, entre la voz del muchacho, que canturreaba interminablemente:

-”Cerbatana, cerbatanita, ¿de qué tamaño es tu conuquito?”

El insecto abría acompasadamente las dos patas delanteras, como mensurando vagamente. La cantinela continuaba acompañando el movimiento de la cerbatana, y el niño iba viendo cada vez más diferente e inesperado el aspecto de la bestezuela, hasta hacerla irreconocible en su imaginación.

-Cacique, vente a comer.

Volvió la cara y se alzó con fatiga, como si regresase de un largo viaje.

Penetró tras el viejo en el rancho lleno de humo. Usebia servía el almuerzo en platos de peltre desportillados. En el centro de la mesa se destacaba blanco el pan de maíz, frío y rugoso.

Contra su costumbre, que era estarse lo más del día vagando por las siembras y laderas, Jesuso regresó al rancho poco después del almuerzo.

Cuando volvía a las horas habituales, le era fácil repetir gestos consuetudinarios, decir las frases acostumbradas y hallar el sitio exacto en que su presencia aparecía como un fruto natural de la hora, pero aquel regreso inusitado representaba una tan formidable alteración del curso de su vida, que entró como avergonzado y comprendió que Usebia debía estar llena de sorpresa. Sin mirarla de frente, se fue al chinchorro y echóse a lo largo. Oyó sin extrañeza como lo interpelaba.

-¡Ajá! ¿cómo que arreció la flojera?

Buscó una excusa.

-¿Y qué voy a hacer en ese cerro achicharrado?

Al rato volvió la voz de Usebia, ya dócil y con más simpatía.

-¡Tanta falta que hace el agua! Si acabara de venir un aguacero, largo y bueno. ¡Santo Dios!

-La calor es mucha y el cielo purito. No se mira venir agua de ningún lado.

-Peo si lloviera se podría hacer otra siembra.

-Sí, se podría.

-Y daría más plata, porque se ha secado mucho conuco.

-Sí, daría.

-Con un solo aguacero se pondría verdecita toda esa falda.

-Y con la plata podríamos comprarnos un burro, que nos hace mucha falta. Y unos camisones para tí, Usebia.

La corriente de ternura brotó inesperadamente y con su milagro hizo sonreír a los viejos.

-Y para tí, Jesuso, una buena cobija que no se pase.

Y casi en coro los dos:

-¿Y para Cacique?

-Lo llevaremos al pueblo para que coja lo que le guste.

La luz que entraba por la puerta del rancho se iba haciendo tenue, difusa, oscura, como si la hora avanzase y sin embargo no parecía haber pasado tanto tiempo desde el almuerzo. Llegaba brisa teñida de humedad que hacía más grato el encierro de la habitación.

Todo el medio día lo habían pasado casi en silencio, diciendo sólo, muy de tiempo en tiempo, algunas palabras vagas y banales por lo que secretamente y de modo basto asomaba un estado de alma nuevo, una especie de calma, de paz, de cansancio feliz.

-Ahorita está oscuro -dijo Usebia, mirando el color ceniciento que llegaba a la puerta.

-Ahorita -asintió distraídamente el viejo.

E inesperadamente agregó:

-¿Y qué se ha hecho Cacique en toda la tarde?... Se habrá quedado por el conuco jugando con los animales que encuentra. Con cuanto bichito mira, se para y se pone a conversar como si fuera gente.

Y más luego añadió, después de haber dejado desfilas lentamente por su cabeza todas las imágenes que suscitaban sus palabras dichas: —...y lo voy a buscar, pues.

Alzóse del chinchorro con pereza y llegó a la puerta. Todo el amarillo de la colina seca se había tornado en violeta bajo la luz de gruesos nubarrones negros que cubrían el cielo. Una brisa aguda agitaba todas las hojas tostadas y chirriantes.

-Mira, Usebia -llamó.

Vino la vieja al umbral preguntando:

-¿Cacique está allí?

-¡No! Mira el cielo negrito, negrito.

-Ya así se ha puesto otras veces y no ha sido agua.

Ella quedó enmarcada y él salio al raso, hizo hueco con las manos y lanzó un grito lento y espacioso.

-¡Cacique! ¡Caciiiique!

La voz se fue con la brisa, mezclada al ruido de las hojas, al hervor de mil ruidos menudos que como burbujas rodeaban a la colina.

Jesuso comenzó a andar por la vereda más ancha del conuco.

En la primera vuelta vio de reojo a Usebia, inmóvil, incrustada en las cuatro líneas del umbral, y la perdió siguiendo las sinuosidades.

Cruzaba un ruido de bestezuelas veloces por la hojarasca caída y se oía el escalofriante vuelo de las palomitas pardas sobre el ancho fondo del viento inmenso que pasaba pesadamente. Por la luz y el aire penetraba una frialdad de agua.

Sin sentirlo, estaba como ausente y metido por otras veredas más torcidas y complicadas que las del conuco, más oscuras y misteriosas. Caminaba mecánicamente, cambiando de velocidad, deteniéndose y hallándose de pronto parado en otro sitio.

Suavemente las cosas iban desdibujándose y haciéndose grises y mudables, como de sustancia de agua.

A ratos parecía a Jesuso ver el cuerpecito del niño en cuclillas entre los tallos del maíz, y llamaba rápido: -"Cacique" -pero pronto la brisa y la sombra deshacían el dibujo y formaban otra figura irreconocible.

Las nubes mucho más hondas y bajas aumentaban por segundos la oscuridad. Iba a media falda de la colina y ya los árboles altos parecían columnas de humo deshaciéndose en la atmósfera oscura.

Ya no se fiaba de los ojos, porque todas las formas eran sombras indistintas, sino que a ratos se paraba y prestaba oído a los rumores que pasaban.

-¡Cacique!

Hervía una sustancia de murmullos, de ecos, de crujidos, resonante y vasta.

Había distinguido clara su voz entre la zarabanda de ruidos menudos y dispersos que arrastraba el viento.

-Cerbatana, cerbatanita...

Entre el humo vago que le llenaba la cabeza, una angustia fría y aguda lo hostigaba acelerando sus pasos y precipitándolo locamente. Entró en cuclillas, a ratos a cuatro patas, hurgando febril entre los tallos de maíz, y parándose continuamente a no oír sino su propia respiración, que resonaba grande.

Buscaba con rapidez que crecía vertiginosamente, con ansia incontenible, casi sintiéndose él mismo, perdido y llamado.

-¡Cacique! ¡Caciiiique!

Había ido dando vueltas entre gritos y jadeos, extraviado, y sólo ahora advertía que iba de nuevo subiendo la colina. Con la sombra, la velocidad de la sangre y la angustia de la búsqueda inútil, ya no reconocía en sí mismo al manso viejo habitual, sino un animal extraño presa de un impulso de la naturaleza. No veía en la colina los familiares contornos, sino como un crecimiento

y una deformación inopinados que se la hacían ajena y poblada de ruidos y movimientos desconocidos.

El aire estaba espeso e irrespirable, el sudor le corría copioso y él giraba y corría siempre aguijoneado por la angustia.

-¡Cacique!

Ya era una cosa de vida o muerte hallar. Hallar algo desmedido que saldría de aquella áspera soledad torturadora. Su propio grito ronco parecía llamarlo hacia mil rumbos distintos, donde algo de la noche aplastante lo esperaba.

Era agonía. Era sed. Un olor de surco recién removido flotaba ahora a ras de tierra, olor de hoja tierna triturada.

Ya irreconocible, como las demás formas, el rostro del niño se deshacía en la tiniebla gruesa, ya no le miraba aspecto humano, a ratos no le recordaba la fisonomía, ni el timbre, no recordaba su silueta.

-¡Cacique!

Una gruesa gota fresca estalló sobre su frente sudorosa. Alzó la cara y otra le cayó sobre los labios partidos, y otras en las manos terrosas.

-¡Cacique!

Y otras frías en el pecho grasiento de sudor, y otras en los ojos turbios, que se empañaron.

-¡Cacique! ¡Cacique! ¡Cacique!...

Ya el contacto fresco le acariciaba toda la piel, le adhería las ropas, le corría por los miembros lasos.

Un gran ruido compacto se alzaba de toda la hojarasca y ahogaba su voz. Olía profundamente a raíz, a lombriz de tierra, a semilla germinada, a ese olor ensordecedor de la lluvia.

Ya no reconocía su propia voz, vuelta en el eco redondo de las gotas. Su boca callaba como saciada y parecía dormir marchando lentamente, apretado en la lluvia, calado en ella, acunado por su resonar profundo y basto.

Ya no sabía si regresaba. Miraba como entre lágrimas al través de los claros flecos del agua la imagen oscura de Usebia, quieta entre la luz del umbral.

La lluvia de Arturo Usler Pietri

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) Haz una lista de los personajes que aparecen en el cuento y cómo son descritos por el autor.
- c) ¿Cómo el autor describe el paisaje?
- d) ¿Cuál es el tema principal de este cuento?
- e) Busca los recursos literarios del cuento.
- f) Resume el cuento de manera breve.

5. Lee el siguiente cuento y responde las preguntas:

¡Así que ustedes quieren saber lo que pasó allí! Bueno, si vienen, como dice, de parte de don Sergio... Pero primero dejen que les pida un favor: no mencionen mi nombre. Todavía mis hermanos están allá, me figuro. No es que los defienda. Supongo que habrán cometido muchas fechorías detrás de sus barbas. Pero, de todos modos, son mis hermanos. Por otra parte, bien estará que se sepan las cosas, y si ustedes son periodistas... ¿creen ustedes que de verdad vamos a regresar? ¡Ojalá! Entonces habrá mucho más que contar... Vamos por parte. Yo tenía entonces (fue en el 58) once años. De eso hace cinco. En tantos años se ven muchas cosas mientras uno crece. De lejos, desde aquí, en Nueva York, se puede mirar mejor en redondo...

No ha sido fácil para mí comprender. Cuando don Sergio me sacó de allí a fines de aquel año, estaba groggy. Sólo luego, atando cabos... Fue a don Sergio a quienes nosotros habíamos comprado, y pagado poco a poco, la tierra que teníamos. Buena gente. Fue el primero en acudir al hospital, y cuando midieron de alta y hube declarado, me puso en el ferry y me mandó para acá. Por eso no soy un exiliado, como ustedes dicen que son. Aunque en cierto modo sí lo soy.

Por entonces, ni pensar podía. Era como una bocanada de sangre. No tenía entendimiento.

Vayamos a lo de allá. Yo iba entonces a una escuela de El Cruce, cerca del puesto Rural. Buen alumno, decía la maestra. El mejor que había visto nunca. La escuela era nueva, y venían niños de todos los sitios a la redonda. Unos, a caballo; otros, a pie; unos

pocos, en jeep. Yo iba a caballo. ¡Qué habrá sido de mi penquito, me pregunto! Nuestra finquita quedaba lejos, arriba, en la falda de la loma.

De todos los de la casa, yo era el más canijo. Quizá por eso era tan buen alumno, oí decir una vez a la maestra. Eso pasa. Los mayores, Juan y Demetrio, no habían ido nunca a la escuela, porque al principio no la había y ahora tenían que trabajar. De todos modos, no tenían ninguna afición al estudio. Más bien les atraía la escopeta y montar a caballo, y aun reventar al animal. Así eran ellos: fuertes y duros y sin muchos amigos. Dicen que eran como mi padre, que había muerto cuando yo tenía cinco años. En cuanto a Fela (así llamábamos todos a mi madre), mal les podía enseñar lo que tampoco ella sabía. Además, tenía bastante con cuidar a los menores, Cira y Felipe, entonces de seis y cinco años, y ayudar en la finca.

Así que ahí tienen a la familia: mis hermanos mayores, mi madre, los chiquitos. Todos en aquella casa de madera (no de guano) en la falda de la loma, con sus sembríos de maíz, calabaza, malanga, yuca... Y con sus crías de pollos y puerquitos. Antes teníamos cinco vacas, pero ahora sólo nos quedaban dos, una vieja y otra preñada. Añádale mi arrenquín, y tendrán toda la familia de los Sobrados, guajiros pobres con una finquita. Esta finquita quedaba, por desgracia, en un mal sitio para los tiempos que corrían. Por allí se subía, rodeando una lomita, al monte alto. Quiero decir que no sólo era buen lugar de paso para los alzados, sino que de un brinco podían meterse en monte tejido y desaparecer, si acaso la Rural le caía atrás. Aunque debe decirles que la Rural no parecía tener ya muchos bríos para eso. Había otros sitios, finquitas y sitierías por las cercanías, pero nosotros estábamos en el paso mismo, y no a campo descubierto. Por eso, desde mediados del 58 empezaron a pasar por allí algunos cuatreros. Así le llamaban, y también forajidos. Yo supe luego que, además, casi detrás de nosotros, unas dos leguas para arriba, había unas cuevas donde era fácil esconderse, porque tenían salidas y entradas secretas. Antes que se hablaran de alzados, habíamos visto pasar hacia esas cuevas unos hombres que se decían es... espeleólogos, y a quienes la Rural no molestaba. Un tal Jiménez era su jefe. La Rural, al contrario, a veces los acompañaba y les ayudaba a llevar el equipo en su jeep. Ahora yo sé que lo de la espe... o como se llame, era una finta. Hasta se dejaban la barba.

Luego volvían a pasar, llevando maletas de piedras y raspaduras de roca y bichitos petrificados. Una noche entraron a tomar café y nos hicieron una explicación que sólo yo podía entender un poco. En esas cuevas, decían, habían garabatos y figuras que nos ayudarían a entender la historia de los siboneyes. Hablando, eran amables, y nosotros siempre les brindábamos algo: comida, café...

El café no se niega a nadie. Y Fela hacía buen ajiaco, y aquellos hombres siempre venían con hambre. El jefe, un tipo flaco, de cara afilada y ojos de jutía, nos dijo una vez:

-A estos niños no los llevaremos un día para La Habana. Un día no lejano...

Y sonrió con una sonrisa fría de dientes largos que entonces yo no podía descifrar. Ahora sé quién era, pero eso no viene mucho al caso. La historia es otra.

Como les digo, eso fue antes de que esto empezaran a pasar –furtivos y de noche– las pequeñas partidas de armados. Y cuando esto ocurrió, Fela tenía también siempre para ellos un bocado y un buchito de café. No porque nosotros estuviéramos todavía con ellos, sino porque eso –un buchito de café– no se le niega a nadie. Además, hablaban bonito e... iban armados. Ustedes, los periodistas, saben lo que es eso. Decían que Cuba sería libre y grande. Nosotros no éramos esclavos de nadie, pero las palabras sonaban bien al oído, y Fela decía, además, que a un alzado no se le niega nunca nada. Su propio padre lo había sido en la guerra grande del 65 contra España, y luego en algunas guerras chiquitas.

Esto empieza a explicar lo que sucedió. En total, creo que habrán pasado por allí unas cuatro o cinco pequeñas partidas, una de ellas al mando de un americano, cuando a mis hermanos mayores, Juan y Demetrio les picó también la mosca. Eran los hombres de la familia, aunque sólo tenían diecisiete y diecinueve años. Eran los que trabajaban, los únicos que podían hacerlo, salvo Fela, que les ayudaba. Pues bien, un día levantaron también el vuelo y nos dejaron solos. Y entonces éramos Fela y yo los únicos que podíamos trabajar, porque los fiñes eran muy chiquitos.

Fela quedó aturdida. Dos hombres vinieron a medianoche y llamaron por detrás con contraseñas. Ya mis hermanos

estaban preparados, esperándolos. Los hombres, un viejo y dos muchachos, entraron armados. Fue el viejo quien le habló a mamá:

-Señora, sus hijos se van con nosotros. La Revolución los necesita. Pero no tenga cuidado. Le mandaremos un hombre acá, para el trabajo. ¡Nos vamos!

Fela no tuvo apenas tiempo aliento para contestar. Juan y Demetrio no se atrevieron a mirarle a los ojos. Agacharon la cabeza, cogieron las armas que tenían escondidas y partieron velozmente con sus amigos. Fela, avelada y como loca. En los días siguientes no habló con nadie. ¡Los dos únicos hombres de la casa, y sus hijos, dejarla así, sin más ni más! Nadie había sospechado que tuvieran tal intención. Pero el viejo cumplió su palabra: días después se presentó allí un hombre, también medio viejo, pero aún fuerte, y dijo:

-Vengo a trabajar con ustedes. No pregunten más. Yo sé que me necesitan.

Y así fue. El hombre -Nardo- vino al pelo, para dar guataca y demás. No dio más explicaciones. Tampoco mamá se atrevió a preguntarle. Estaba claro que todo había sido tramado por mis hermanos y sus amigos. Nardo dijo una noche:

-Usted no se ocupe, señora. Yo también tengo hijos en el Escambray. Todo eso está bien. Ya verá.

Mamá le dio el cuarto que habían tenido Juan y Demetrio, al fondo de la casa. Se levantaba temprano y desde el primer día se hizo cargo de todo el trabajo. Conocía el campo. No hubo que indicarle nada.

-Tú coge el potrillo y vete a la escuela -me dijo a mí-. Aquí no ha pasado nada. Si te preguntan, di que tus hermanos fueron a trabajar a La Habana, y que yo soy amigo de la familia. -Sonrió-. Eso les dará una idea. Ve y estudia: aquí vamos a necesitar muchos niños estudiosos como tú. Ya verás.

Hay que reconocer que el hombre era sincero. Como todos, además. Sólo que... Bueno, baste decir que el hombre -Nardo- creía realmente en eso. Ahora sabemos que era lo mismo en toda la Isla. No crean que yo no me doy cuenta. Esos años me han servido de mucho.

Pero entonces era otra cosa. Aquel hombre -Nardo- se me había atravesado en la garganta. De mi padre no tenía yo una

imagen clara. Quizá por eso su recuerdo se había agrandado en mí, más que nunca entonces, cuando mis hermanos se habían ido a las lomas. Yo volví a mi pensamiento al padre muerto, preguntándole, con el pensamiento, qué pensaba de aquél intruso. A mí se me figuraba, más y más, como el que venía a ocupar su lugar. No me da empacho decir que de buena gana le hubiera chapeado la cabeza... a ese Nardo.

Y quién sabe si no lo hubiera hecho de no haberse dado cuenta Fela de mis sentimientos. Ella me dijo una mañana:

-Anda, vete a la escuela y no sean bobo. Tus hermanos lo mandaron para ayudarnos. Es un hombre bueno y... demasiado viejo para mí.

Así volvió a casa una la paz desasosegada. Y yo, a mi escuela, y todos alertas. No éramos tan guajiros. Juan y Demetrio no estaban tan lejos, después de todo. Av eses venía un propio, que tomaba café, nos daba noticias y seguía camino hacia arriba o hacia abajo. De aquí y de allá, recibíamos otros informes. Sabíamos que había alzados en varias partes y que nosotros, de algún modo, por medio de Juan y Demetrio, teníamos que ver con ellos. Nardo, de por sí, apenas hablaba. Criaba los pollos, cuidaba los puercos, cultivaba la yuca... A la noche llegaba demasiado cansado para hablar. Pero tenía unos ojillos claros y vivos que hablaban por él. Una noche nos dijo:

-Esto se arregla. Ya verán.

Fela no estaba tan segura de eso. No veía de qué modo aquellos grupitos de alzados dispersos por el monte podían derrotar al ejército y a la Rural juntos. ¡Todavía creía ella que existían estos! Por eso callaba y no negaba jamás un buchito de café al que por allí pasara, fuera quien fuese.

Ahora pasaba cada vez más gente, y siempre de noche, escapando o persiguiendo. Rurales entre ellos. Pero éstos no iban en busca de alzados para caerles arriba. No podía hacer eso una pareja. A veces venían, hacían preguntas y seguían de largo. Por casualidad... ¿a dónde andaban mis hermanos? Fela les hizo un cuento. Sus hijos mayores, dijo, no se iban a quedar toda la vida en el campo. Habían ido a La Habana a abrirse paso. En cuanto a Nardo –les guiñó un ojo–, era un viejo amigo de la familia.

Era lo mejor que podía decirles. Los guardias ya no iban creyendo en casi nada, salvo en eso: que una mujer todavía joven

se echara un hombre, aunque fuera medio viejo, para trabajar, cuando se había quedado sin sus hijos mayores.

Para mí, que los Rurales no creyeron siquiera en eso. Pero parecía lógico. Hacían, como siempre, el recorrido, pero sólo para cubrir las formas. La furia y el deber se les habían escapado. Quizá porque ya no sabían a qué atenerse. También a ellos llegaban los periódicos, y la radio, y las revistas... Esa misma revista, Bohemia, que ustedes dicen están tirando aquí, en Nueva York, ya revisada... Y ya no eran la famosa pareja de antes. Pasaban y tomaban café, y más nada. Eran otra pareja de nada.

Otra cosa, bien diferente, eran las partidas de soldados nuevos, los Casquitos, que a veces pasaban rastreando a los alzados. Estos soldados parecían ir enserio, con casquitos y todo. Pero tampoco llegaban muy lejos. Hacían el paripé. Subían en fila, marcando el paso; se adentraban en el monte, pero poco más. No subían realmente a las lomas. Días después regresaban barbudos, sucios, hambrientos y cansados. En casa no se les negaba nada, pero no pedían apenas nada, salvo café. Supongo que también los Casquitos escuchaban la radio.

Ocurría, incluso, que se cruzaban con las partidas de alzados. Podía ocurrir que un grupo de éstos estuviera esperando, agazapado en el matorral, a que se fueran los Casquitos para entrar en casa a pedir algo. Y por el mismo jarro, y en las mismas tazas, mamá les servía café. Pero éstos pedían más que café. Hasta vacas estaban pidiendo. Nardo decía que se las daba con gusto, como si todo aquello fuera suyo, y mamá no protestaba. A callar, también uno va aprendiendo. De paso les mandaba recados de palabras a mis hermanos, por si acaso se encontraban con ellos.

Otras veces eran los correos los que subían y bajaban, y nos traían noticias de Juan y Demetrio, que ya tenían grados entre los alzados. Pero tampoco los correos nos decían mucho, ni nosotros les preguntábamos. Nunca sabía uno realmente con quién hablaba. Podían ser o no ser alzados. Podían ser o no ser espías. Nuestro vecino más cercano, Bernardo García, se había explicado demasiado bien, y ése había sido su fin. La pareja vino una noche por él. No lo volvimos a ver. Así estaban las cosas. Mamá decía:

–Ustedes, callados. ¿Saben? Ni palabra. Ustedes no saben nada de nada.

Yo no sé lo que sentiría mi madre realmente. Ni unos ni otros nos habían hecho mucho daño, salvo por lo que se llevaban los alzados. Por otro lado, mis hermanos estaban con éstos, que cada vez eran más numerosos. Nadie sabía cuántos eran. Pero sabíamos que eran cada vez más bravos. Todavía pedían, no robaban, pero ya ustedes saben lo que es pedir con escopeta. ¿Quién iba anegarles nada? Y menos que nada, un buche de café, que a nadie se le niega. Así llegamos a la aparición de aquellos cinco. Cada uno traía un arma: rifles, unos más cortos, otros más largos, salvo uno, el jefe, que traía una ametralladora de mano y una barba más tupida que la de los otros. No subían del pueblo ni bajaban de las lomas. Venían de otra parte y, al parecer, huyendo. Sabíamos que la candela se iba animando por allí. La gente –alzados o amarillos– pasaban ahora de prisa, como escapando o persiguiendo, y con miedo.

¡Miedo!. Eso lo explica todo. No hay otra manera de entenderlo. Y el miedo les daba furia y los cegaba. En nuestra finquita ya quedaba poco. Pollos, puercos, conejos... todo se lo llevaban. Sólo dos vacas con una ternera y un poco de malanga y calabaza y mi arrenquín para ir a la escuela. Mamá dijo una noche:

-Quiera Dios que acaben pronto. Quien quiera que gane, que se acabe esto. Ya es imposible.

¡Y fue como si la oyeran. Los cinco alzados se aparecieron días después arrastrándose por detrás de la casa, y uno llamó con voz sorda:

-¡Ey! ¿Quién hay ahí?

Era flaco, cetrino con ojos de sapo. Estaba medio doblado por las rodillas y la cintura, y el dedo en el gatillo de la ametralladora de mano. Mamá encendió la mariposa –la luz eléctrica estaba cerca, pero aún no había llegado a nosotros– y todos nos pusimos detrás de ella. Detrás del hombre asomaban los otros cuatro, perdiéndose en la sombra.

-¡Registren la casa! -ordenó el de la ametralladora.

Lo hicieron. Pronto estaban de nuevo reunidos en la sala, y mamá, colando café.

Los cinco se sentaron en taburetes, las armas sobre las rodillas. Los dos niños se sentaron en el suelo, y Nardo brindó tabaco a los alzados. Un chirrido de grillos los sobresaltaba, pero mamá los tranquilizó:

-Aquí están ustedes en su casa. No tengan temor. Yo también tengo dos hijos en las lomas. Se llaman...

Pero no dijo sus nombres. Los alzados se miraron entre sí. Yo también me acurrugué en el suelo, del lado de una puerta pequeña que daba al campo, y el tinglado donde estaba el perro negro. Era, sin saberlo, como una precaución. Mamá trajo una bandeja con las tazas y las puso en la mesa, entre ellos.

-¿Así que usted dice que tiene dos hijos alzados? -preguntó el jefe, con una mueca.

Yo temblé. Mamá tartamudeó un poco.

-Sí, señor. Dos hijos tengo...

Nunca habíamos caído en ninguna trampa. Pero bien pudiera ser que éstos fueran soldados disfrazado. A otros guajiros les había ocurrido eso. Nardo trató de desviar la conversación.

-Empieza a hacer frío allá arriba. No es como en el llano. Yo les voy a dar unas frazadas.

Los cinco se cruzaron miradas, sin contestar, y el jefe apretó la ametralladora contra el vientre.

Mamá vino entonces con el jarro y empezó a llenar las tazas. Uno de los cinco, que había permanecido detrás, se adelantó bruscamente a coger su café. Era más bien gordo, de ojos saltones, y respiraba con la boca entreabierta. Me acuerdo bien de eso. Sentía su respiración rampante y agitada, cuando estiró la mano y vi cómo se llevaba rápidamente la taza a los labios y tragaba el café casi de golpe.

Los otros no se apuraron. Estaban con la oreja parada, a caza de algún sonido sospechoso. Antes de que el siguiente cogiera su taza, el gordito se incorporó, dio un salto, como herido desde abajo, pero no llegó a pararse del todo. Soltó la taza y se desplomó, de bruces, como un tronco, en medio del cerco. Su cabeza tropezó con una esquina de la mesa, y las tazas de café salieron volando. Aquello no duró medio minuto. El jefe se levantó de un brinco y bramó:

-Así que dos hijos en las lomas, ¿eh? ¡Ahora van a ver!... ¡Chivatos es lo que son ustedes!

Miró un instante al caído y exclamó roncamente:

-¡Tè han envenenado, Lalo! ¡Tè han envenenado! Y ahora van a ver... -Volvió la mirada en derredor- ¡No va a quedar uno!

¡Imagínense ustedes, mi pobre madre, envenenando a los alzados! Pero no había tiempo para explicaciones. Ni para averiguar de qué había muerto el gordito. Un segundo después la ametralladora del jefe estaba vomitando. Él se echó para atrás, y antes que nadie pudiera moverse estaba disparando. De la primera pasada se llevó a mamá y a Nardo. De la segunda acribilló a los niños. La tercera fue contra mí, pero ya yo estaba reculando por la puerta pequeña; la ráfaga no me alcanzó más que en este brazo que ustedes ven ahora medio tullido.

¡Más rápido de lo que se puede contar! Un minuto después, los cuatro restantes estaban saliendo agachados por entre las matas. Yo había podido ganar la hierba alta próxima a la cerca y aguardaba, aplanado, la cuarta ráfaga. Por suerte, o por desgracia –vaya usted a saber– ésta no vino. Huyeron los cuatro, veloces, monte arriba, dejando a su Lalo entre los muertos ¿Qué habrá sido de ellos? Quisiera saberlo. Pero tengo la impresión de que me los voy a encontrar algún día, en alguna parte, de algún modo, y entonces...

Yo esperé todavía un rato, porque no sabía qué hacer. Me arrastré luego hacia la casa, y a la luz que quedaba –al quinqué no le había tocado ninguna bala–examiné la escena, mientras me apretaba el brazo herido con la otra mano. La sangre manaba aún de todos los cuerpos, menos del de Lalo, pero éste estaba tan muerto como los otros. De rodilla me incliné sobre mamá y, soltando mi brazo herido, le toqué la frente, le toqué el corazón. No era necesario averiguar más. Cualquiera podía darse cuenta de que todos estaban acribillados. Mis hermanitos yacían encogidos, en el suelo, cogidos de las manos. En cuanto a Nardo, el buen viejo Nardo, había caído de espalda contra el tabique y aún echaba sangre por la boca y por el pecho.

Y ahí tienen lo sucedido. Pero aún han oído poco. Apretando mi brazo herido, pude llegar hasta el penco y a pelo hasta el puesto de la Rural, en el momento en que se me acercaba también al timón de un jeep un oficial. El teniente me llevó al interior, me hizo la primera cura, escuchó un resumen de lo sucedido. Luego me mandó con un cabo a la clínica del pueblo. De ahí me enviaron a la ciudad. Cuando salí del hospital, ya todos los míos estaban enterrados, salvo mis dos hermanos de las lomas.

De lo que vino después, me enteré de oídas. Estaba aún en el hospital cuando me enviaron algunos detenidos a ver si los

reconocía. ¡Ojalá hubieran sido aquellos! Pero, no. Aunque habían estado medio en la sobra, los hubiera reconocido, pues los tenía frescos en la memoria. Los tengo todavía. Por eso sé que, si viven y vuelvo a encontrármelos, vamos a tener un buen contrapunteo.

Pero volvamos a lo que sucedió al día siguiente. Como dije, a mí me mandaron al pueblo y luego a la capital. En tanto, el teniente subía allá con un sargento y dos números. Viendo que todos estaban muertos, les echó unas frazadas por encima y bajó a informar a sus superiores. Los cadáveres permanecieron dos días como estaban, por no sé qué demoras en los trámites. Por fin el teniente recibió órdenes de ir a buscar los muertos y llevárselos a la morgue.

La noticia había corrido, desde luego, de boca en boca, al parecer, deformada, y llegó a las lomas. No sé cómo, pero fue rápida, pues había llegado a oídos de mis hermanos antes de que los rurales volvieran a recoger los cuerpos. Dicen que fue una mujer, y nadie sabe de qué es capaz una mujer enredadora y alzada. Yo creo conocerla. No la he visto más nunca, pero aún espero también encontrarme con ella. Y entonces...

Era, según creo, una sitiera que vivía por en vuelta de la costa. Alguna vez había pasado por allí, diciendo que iba al pueblo a llevar o buscar recados, aun que había un camino más directo. Ahora sé que sus recados eran para los alzados. Pues bien, parece que esa mujer –Claudia se llamaba– acertó a enterarse de que a mi familia la habían matado en la casa, y sin más averiguación, corrió a las lomas a decir que había sido muerta por la Rural. No se averiguó más. Mis hermanos estaban allí, y no necesitaron más información. Al instante cogieron sus rifles y se descolgaron sierra abajo, como los endemoniados.

Su idea, al parecer, era ir contra el puesto de la Rural, pero de paso se detuvieron en la casa, donde estaban aún los cadáveres. Con ellos venían otros alzados, con granadas de mano. También uno traía una ametralladora. Caminando toda la noche, llegaron a la casa a media mañana. Era justamente cuando el teniente y sus guardias sacaban los cadáveres para llevarlos al jeep. Acababan de echarle una manta encima cuando desde el matorral mis hermanos y sus compañeros abrieron fuego.

¡Y ya van siete cadáveres! Sin contar al gordito...

Juan, Demetrio y los suyos huyeron de nuevo a las lomas. ¿Qué habrá sido de ellos? No tengo la menor idea. Nadie ha podido informarme. Yo no he querido volver a la casa, y meses después don Sergio me sacaba de allí. Todavía estaba aturdido.

De la muerte del teniente y sus dos guardias hubo testigos: la propia Claudia que, atrapada más tarde, cantó en el cuartel. Negó haber sido ella quien llevó la falsa noticia a las lomas, pero se contradijo y la enviaron a Artemisa. De eso, no sé más.

Ahí termina, hasta ahora, mi historia. Hasta ahora, porque aún falta mi parte, que fatalmente tendrá que venir, si es que, como dicen, vamos a regresar. Este brazo que me queda sano, aún tiene algo que hacer. Para eso lo estoy entrenando. Creo que Dios me lo ha dejado para algo. Un día u otro, una noche u otra, me voy a encontrar con aquellos cuatro, si es que están vivos. Y entonces...

Lo siento por don Sergio que no cesa de aconsejarme: “Hijo, olvida eso. Ya no tiene remedio...”

¡Olvidar! Se dice fácil. Y ustedes que, según me dicen, son exiliados, ¿qué me dicen? ¿Qué harían en mi caso? Pero... ¿por qué callan? ¿Por qué me miran de ese modo? ¿No saben qué decir? Así me pasa a mí a veces. Pero otras hablo hasta por los codos, hasta con desconocidos... Ustedes mismos. No los conozco. ¿Dicen que los ha enviado don Sergio?

¡Extraño! Haciendo memoria... Don Sergio está ahora en el hospital y no le dejan recibir visitas. Oigan... ¿Por qué se marchan así, sin decir nada? ¿Quiénes son ustedes? Cuatro...

¡Un momento! Oigan...

(tac-tac-tac-tac.)

Un buchito de café de Lino Novás Calvo

- a) Haz un resumen del cuento.
- b) Haz un esquema de los personajes con sus características y relaciones entre sí.
- c) ¿Qué tipo de narrador tiene el cuento?
- d) ¿Cuál es el conflicto principal?
- e) ¿Cómo es el lenguaje usado por el autor?

6. Lee el siguiente cuento y responde las preguntas:

Una de las más lamentables carencias de información que han padecido los hombres y mujeres de todas las épocas, se relaciona con el sexo de los ángeles. El dato, nunca confirmado, de que los ángeles no hacen el amor, quizá signifique que no lo hacen de la misma manera que los mortales.

Otra versión, tampoco confirmada pero más verosímil, sugiere que si bien los ángeles no hacen el amor con sus cuerpos (por la mera razón de que carecen de los mismos) lo celebran en cambio con palabras, vale decir con las adecuadas.

Así, cada vez que Ángel y Ángela se encuentran en el cruce de dos transparencias, empiezan por mirarse, seducirse y tentarse mediante el intercambio de miradas que, por supuesto, son angelicales.

Y si Ángel, para abrir el fuego, dice: “Semilla”, Ángela, para atizarlo, responde: “Surco”. Él dice: “Alud” y ella, tiernamente: “Abismo”.

Las palabras se cruzan, vertiginosas como meteoritos o acariciantes como copos.

Ángel dice: “Madero”. Y Ángela: “Caverna”.

Aletean por ahí un Ángel de la Guarda, misógino y silente, y un Ángel de la Muerte, viudo y tenebroso. Pero el par amatorio no se interrumpe, sigue silabeando su amor.

Él dice: “Manantial”. Y ella: “Cuenca”.

Las sílabas se impregnan de rocío y, aquí y allá, entre cristales de nieve, circulan el aire y su expectativa.

Ángel dice: “Estoque”, y Ángela, radiante: “Herida”. Él dice: “Tañido”, y ella: “Rebato”.

Y en el preciso instante del orgasmo ultraterreno, los cirros y los cúmulos, los estratos y nimbos, se estremecen, tremolan, estallan, y el amor de los ángeles llueve copiosamente sobre el mundo.

El sexo de los ángeles de Mario Benedetti

- a) Resume el cuento.
- b) Haz una lista de los personajes con sus características y sus relaciones entre sí.

- c) Busca los recursos literarios en el cuento.
- d) ¿Cuál es tu opinión sobre el cuento?

7. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

Un padre nuestro latinoamericano

Padre nuestro que estás en los cielos
con las golondrinas y los misiles
quiero que vuelvas antes de que olvides
cómo se llega al sur de Río Grande

Padre nuestro que estás en el exilio
casi nunca te acuerdas de los míos
de todos modos donde quieras que estés
santificado sea tu nombre
no quienes santifican en tu nombre
cerrando un ojo para no ver las uñas
sucias de la miseria

en agosto de mil novecientos sesenta
ya no sirve pedirte
venga a nos el tu reino
porque tu reino también está aquí abajo
metido en los rencores y en el miedo
en las vacilaciones y en la mugre
en la desilusión y en la modorra
en esta ansia de verte pese a todo

cuando hablaste del rico
la aguja y el camello
y te votamos todos
por unanimidad para la Gloria
también alzó su mano el indio silencioso
que te respetaba pero se resistía
a pensar hágase tu voluntad

sin embargo una vez cada tanto
tu voluntad se mezcla con la mía

la domina
la enciende
la duplica
más arduo es conocer cuál es mi voluntad
cuándo creo de veras lo que digo creer

así en tu omnipresencia como en mi soledad
así en la tierra como en el cielo
siempre
estaré más seguro de la tierra que piso
que del cielo intratable que me ignora

pero quién sabe
no voy a decidir
que tu poder se haga o se deshaga
tu voluntad igual se está haciendo en el viento
en el Ande de nieve
en el pájaro que fecunda a su pájara
en los cancilleres que murmuran yes sir
en cada mano que se convierte en
claro no estoy seguro si me gusta el estilo
que tu voluntad elige para hacerse
lo digo con irreverencia y gratitud
dos emblemas que pronto serán la misma cosa
lo digo sobre todo pensando en el pan nuestro
de cada día y de cada pedacito de día

ayer nos lo quitaste
dánosle hoy
o al menos el derecho de darnos nuestro pan
no sólo el que era símbolo de Algo
sino el de miga y cáscara
el pan nuestro
ya que nos quedan pocas esperanzas y deudas
perdónanos si puedes nuestras deudas
pero no nos perdones la esperanza
no nos perdones nunca nuestros créditos

a más tardar mañana
saldremos a cobrar a los fallutos

tangibles y sonrientes forajidos
a los que tienen garras para el arpa
y un panamericano temblor con que se enjugan
la última escupida que cuelga de su rostro

poco importa que nuestros acreedores perdonen
así como nosotros
una vez
por error
perdonamos a nuestros deudores

todavía
nos deben como un siglo
de insomnios y garrote
como tres mil kilómetros de injurias
como veinte medallas a Somoza
como una sola Guatemala muerta

no nos dejes caer en la tentación
de olvidar o vender este pasado
o arrendar una sola hectárea de su olvido
ahora que es la hora de saber quiénes somos
y han de cruzar el río
el dólar y su amor contra reembolso
arráncanos del alma el último mendigo
y líbranos de todo mal de conciencia
amén.

Mario Benedetti

- a) ¿Qué personajes aparecen en este poema?
- b) Busca los recursos literarios del poema.
- c) Haz el análisis métrico del poema.

8. Lee el siguiente cuento y responde las preguntas:

Hay tres cocineros en un hotel; el primero llama al segundo y le dice: “Atiéndeme ese huevo frito; debe ser así: no muy pasado, regular sal, sin vinagre”; pero a este segundo viene su mujer a decir que le han robado la cartera, por lo que se dirige al tercero: “Por favor, atiéndeme este huevo frito que me encargó Nicolás y debe ser así y así”, y parte a ver cómo le habían robado a su mujer.

»Como el primer cocinero no llega, el huevo está hecho y no se sabe a quién servirlo; se le encarga entonces al mensajero llevarlo al mozo que lo pidió, previa averiguación del caso; pero el mozo no aparece y el huevo en tanto se enfría y marchita. Después de molestar con preguntas a todos los clientes del hotel, se da con el que había pedido el huevo frito. El cliente mira detenidamente, saborea, compara con sus recuerdos y dice que en su vida ha comido un huevo frito más delicioso, más perfectamente hecho.

»Como el gran jefe de fiscalización de los procedimientos culinarios llega a saber todo lo que había pasado y conoce los encomios, resuelve: cambiar el nombre del hotel (pues el cliente se había retirado haciéndole gran propaganda), llamándolo Hotel de los 3 Cocineros y 1 Huevo Frito, y estatuye en las reglas culinarias que todo huevo frito debe ser en una tercera parte trabajado por un diferente cocinero.

Tres cocineros y un huevo frito de Macedonio Fernández

- a) Resume este cuento.
- b) Haz un listado de los personajes con sus características y sus relaciones entre sí.
- c) ¿Qué tono tiene el cuento?
- d) ¿Cuál es el tema principal del cuento?
- e) ¿Cuál es tu opinión del cuento?

9. Lee el siguiente cuento y responde las preguntas:

Me miro el dedo gordo del pie, y gozo.

Gozo porque nadie me molesta. Igual que una tortuga, a la mañana, saco la cabeza debajo la caparazón de mis colchas y me digo, sabrosamente, moviendo el dedo gordo del pie:

-Nadie me molesta. Vivo solo, tranquilo y gordo como un archipreste glotón.

Mi camita es honesta, de una plaza y gracias. Podría usarla sin reparo ninguno el Papa o el arzobispo.

A las ocho de la mañana entra a mi cuarto la patrona de la pensión, una señora gorda, sosegada y maternal. Me da dos palmaditas en la espalda y me pone junto al velador la taza de café con leche y pan con manteca. Mi patrona me respeta y considera. Mi patrona tiene un loro que dice: "¡Ajuá! ¿Te fuiste? Que te vaya bien", y el loro y la patrona me consuelan de que la vida sea ingrata para otros, que tienen mujer y, además de mujer, una caterva de hijos.

Soy dulcemente egoísta y no me parece mal.

Trabajo lo indispensable para vivir, sin tener que gorrear a nadie, y soy pacífico, tímido y solitario. No creo en los hombres, y menos en las mujeres, mas esta convicción no me impide buscar a veces el trato de ellas, porque la experiencia se afina en su roce, y además no hay mujer, por mala que sea, que no nos haga indirectamente algún bien.

Me gustan las muchachitas que se ganan la vida. Son las únicas mujeres que provocan en mí un respeto extraordinario, a pesar de que no siempre son un encanto. Pero me gustan porque afirman un sentimiento de independencia, que es el sentido interior que rige mi vida.

Más me gustan todavía las mujeres que no se pintan. Las que se lavan la cara, y con el cabello húmedo, salen a la calle, causando una sensación de limpieza interior y exterior que haría que uno, sin escrúpulos de ninguna clase, les besara encantado los pies.

No me gustan los chicos, sino excepcionalmente. En todo chiquillo, casi siempre se descubren fisonómicamente los rastros de las pillerías de los padres, de manera que sólo me agradan a la distancia y cuando pienso artificialmente con el pensamiento

de los demás que coinciden en decir: “¡Qué chicos, son un encanto!”, aunque es mentira.

Me baño todos los días en invierno y verano. Tener el cuerpo limpio me parece que es el comienzo de la higiene mental.

Creo en el amor cuando estoy triste, cuando estoy contento miro a ciertas mujeres como si fueran mis hermanas, y me agradaría tener el poder de hacerlas felices, aunque no se me oculta que tal pensamiento es un disparate, pues si es imposible que un hombre haga feliz a una sola mujer, menos todavía a todas.

He tenido varias novias, y en ellas descubrí únicamente el interés de casarse, cierto es que dijeron quererme, pero luego quisieron también a otros, lo cual demuestra que la naturaleza humana es sumamente inestable, aunque sus actos quieran inspirarse en sentimientos eternos. Y por eso no me casé con ninguna.

Personas que me conocen poco dicen que soy un cínico; en verdad, soy un hombre tímido y tranquilo, que en vez de atenerse a las apariencias busca la verdad, porque la verdad puede ser la única guía del vivir honrado.

Mucha gente ha tratado de convencerme de que formara un hogar; al final descubrí que ellos serían muy felices si pudieran no tener hogar.

Soy servicial en la medida de lo posible y cuando mi egoísmo no se resiente mucho, aunque me he dado cuenta que el alma de los hombres está constituida de tal manera, que más pronto olvidan el bien que se les ha hecho que el mal que no se les causó.

Como todos los seres humanos he localizado muchas mezquindades en mí y más me agradaría no tener ninguna, mas al final me he convencido que un hombre sin defectos sería inaguantable, porque jamás le daría motivo a sus prójimos para hablar mal de él, y lo único que nunca se le perdona a un hombre, es su perfección.

Hay días que me despierto con un sentimiento de dulzura floreciendo en mi corazón. Entonces me hago escrupulosamente el nudo de la corbata y salgo a la calle, y miro amorosamente las curvas de las mujeres. Y doy las gracias a Dios por haber fabricado un bicho tan lindo, que con su sola presencia nos entenece los sentidos y nos hace olvidar todo lo que hemos aprendido a costa del dolor.

Si estoy de buen humor, compro un diario y me entero de lo que pasa en el mundo, y siempre me convengo de que es inútil que progrese la ciencia de los hombres si continúan manteniendo duro y agrio su corazón como era el corazón de los seres humanos hace mil años.

Al anochecer vuelvo a mi cuartujo de cenobita, y mientras espero que la sirvienta -una chica muy bruta y muy irritable- ponga la mesa, “sotto voce” canturreo Una furtiva lágrima, o sino Addio del passato o Bei giorni ridenti... Y mi corazón se anega de una paz maravillosa, y no me arrepiento de haber nacido.

No tengo parientes, y como respeto la belleza y detesto la descomposición, me he inscripto en la sociedad de cremaciones para que el día que yo muera el fuego me consuma y quede de mí, como único rastro de mi limpio paso sobre la tierra, unas puras cenizas.

“Soliloquio de un solterón”, *Aguafuertes Porteñas*,
de Roberto Alt

- a) Resume el cuento de manera breve.
- b) ¿Quién es el narrador?
- c) ¿Cuál es el tema del cuento?
- d) Busca los recursos literarios del cuento.
- e) ¿Qué opinión tienes del cuento?

10. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

En el portal del Señor

...¡Alumbra, lumbre de alumbre, Luzbel de piedralumbre!
Como zumbido de oídos persistía el rumor de las campanas a la oración, maldoblesar de la luz en la sombra, de la sombra en la luz. ¡Alumbra, lumbre de alumbre, Luzbel de piedralumbre, sobre la podredumbre! ¡Alumbra, lumbre de alumbre, sobre la podredumbre, Luzbel de piedralumbre! ¡Alumbra, alumbra, lumbre de alumbre..., alumbre..., alumbra..., alumbra, lumbre

de alumbre..., alumbre..., alumbra..., alumbra, lumbre de alumbre..., alumbra, alumbre...!

Los pordioseros se arrastraban por las cocinas del mercado, perdidos en la sombra de la Catedral helada, de paso hacia la Plaza de Armas, a lo largo de calles tan anchas como mares, en la ciudad que se iba quedando atrás íngrime y sola.

La noche los reunía al mismo tiempo que a las estrellas. Se juntaban a dormir en el Portal del Señor sin más lazo común que la miseria, maldiciendo unos de otros, insultándose a regañadientes con tirria de enemigos que se buscan pleito, riñendo muchas veces a codazos y algunas con tierra y todo, revolcones en los que, tras escupirse, rabiosos, se mordían. Ni almohada ni confianza halló jamás esta familia de parientes del basurero. Se acostaban separados, sin desvestirse, y dormían como ladrones, con la cabeza en el costal de sus riquezas: desperdicios de carne, zapatos rotos, cabos de candela, puños de arroz cocido envueltos en periódicos viejos, naranjas y guineos pasados.

En las gradas del Portal se les veía, vueltos a la pared, contar el dinero, morder las monedas de níquel para saber si eran falsas, hablar a solas, pasar revista a las provisiones de boca y de guerra, que de guerra andaban en la calle armados de piedras y escapularios, y engullirse a escondidas cachos de pan en seco. Nunca se supo que se socorrieran entre ellos; avaros de sus desperdicios, como todo mendigo, preferían darlos a los perros antes que a sus compañeros de infortunio.

Comidos y con el dinero bajo siete nudos en un pañuelo atado al ombligo, se tiraban al suelo y caían en sueños agitados, tristes; pesadillas por las que veían desfilar cerca de sus ojos cerdos con hambre, mujeres flacas, perros quebrados, ruedas de carruajes y fantasmas de Padres que entraban a la Catedral en orden de sepultura, precedidos por una tenia de luna crucificada en tibias heladas. A veces, en lo mejor del sueño, les despertaban los gritos de un idiota que se sentía perdido en la Plaza de Armas. A veces, el sollozar de una ciega que se soñaba cubierta de moscas, colgando de un clavo, como la carne en las carnicerías. A veces, los pasos de una patrulla que a golpes arrastraba a un prisionero político, seguido de mujeres que limpiaban las huellas de sangre

con los pañuelos empapados en llanto. A veces, los ronquidos de un valetudinario tiñoso o la respiración de una sordomuda en cinta que lloraba de miedo porque sentía un hijo en las entrañas. Pero el grito del idiota era el más triste. Partía el cielo. Era un grito largo, sonsacado, sin acento humano.

Los domingos caía en medio de aquella sociedad extraña un borracho que, dormido, reclamaba a su madre llorando como un niño. Al oír el idiota la palabra madre, que en boca del borracho era imprecación a la vez que lamento, se incorporaba, volvía a mirar a todos lados de punta a punta del Portal, enfrente, y tras despertarse bien y despertar a los compañeros con sus gritos, lloraba de miedo juntando su llanto al del borracho.

Ladraban perros, se oían voces, y los más retobados se alzaban del suelo a engordar el escándalo para que se callara. Que se callara o que viniera la policía. Pero la policía no se acercaba ni por gusto. Ninguno de ellos tenía para pagar la multa. «¡Viva Francia!», gritaba Patahueca en medio de los gritos y los saltos del idiota, que acabó siendo el hazmerreír de los mendigos por aquel cojo bribón y mal hablado que, entre semana, algunas noches remedaba al borracho. Patahueca remedaba al borracho y el Pelele —así apodaban al idiota—, que dormido daba la impresión de estar muerto, revivía a cada grito sin fijarse en los bultos arrebujados por el suelo en pedazos de manta que, al verle medio loco, rifaban palabritas de mal gusto y risas chillonas. Con los ojos lejos de las caras monstruosas de sus compañeros, sin ver nada, sin oír nada, sin sentir nada, fatigado por el llanto, se quedaba dormido, pero al dormirse, carretilla de todas las noches, la voz de Patahueca le despertaba:

-¡Madre!...

El Pelele abría los ojos de repente, como el que sueña que rueda en el vacío; dilataba las pupilas más y más, encogiéndose todo él; entraña herida cuando le empezaban a correr las lágrimas; luego se dormía poco a poco, vencido por el sueño, el cuerpo casi engrudo, con eco de bascas en la conciencia rota. Pero al dormirse, al no más dormirse, la voz de otra prenda con boca le despertaba:

-¡Madre!...

Era la voz del Viuda, mulato degenerado que, ente risa y risa, con pucheros de vieja, continuaba:

-... maaadre de misericordia, esperanza nuestra, Dios te salve, a ti llamamos los desterrados que caímos de leva...

El idiota se despertaba riendo, parecía que a él también le daba risa su pena, hambre, corazón y lágrimas saltándole en los dientes, mientras los pordioseros arrebataban del aire la car-car-car-cajada, del aire, del aire..., la car-car-car-car-cajada...; perdía el aliento un timbón con los bigotes sucios de revolcado, y de la risa se orinaba un tuerto que daba cabezazos de chivo en la pared, y protestaban los ciegos porque no se podía dormir con tanta bulla, y el Mosco, un ciego al que le faltaban las dos piernas, porque esa manera de divertirse era de amujerados.

A los ciegos los oían como oír barrer y al Mosco ni siquiera lo oían. ¡Quién iba a hacer caso de sus fanfarronadas! «¡Yo, que pasé la infancia en un cuartel de artillería, onde las patadas de las mulas y de los jefes me hicieron hombre con oficio de caballo, lo que me sirvió de joven para jalar por las calles la música de carreta! ¡Yo, que perdí los ojos en una borrachera sin saber cómo, la pierna derecha en otra borrachera sin saber cuándo, y la otra en otra borrachera, víctima de un automóvil, sin saber ónde!...»

Contado por los mendigos, se regó entre la gente del pueblo que el Pelele se enloquecía al oír hablar de su madre. Calles, plazas, atrios y mercados recorría el infeliz en su afán de escapar al populacho que por aquí, que por allá, le gritaba a todas horas, como maldición del cielo, la palabra madre. Entraba a las casas en busca de asilo, pero de las casas le sacaban los perros o los criados. Lo echaban de los templos, de las tiendas, de todas partes, sin atender a su fatiga de bestia ni a sus ojos que, a pesar de su inconsciencia, suplicaban perdón con la mirada.

La ciudad grande, inmensamente grande para su fatiga, se fue haciendo pequeña para su congoja. A noches de espanto siguieron días de persecución, acosado por las gentes que, no contentas con gritarle: «Pelelito, el domingo te casás con tu madre..., la vieja..., somato..., ichicharrón y chaleco!», le golpeaban y arrancaban las ropas a pedazos. Seguido de chiquillos se refugiaba en los barrios pobres, pero allí su suerte era más dura; allí, donde todos andaban a las puertas de la miseria, no sólo lo insultaban, sino que, al verlo correr despavorido, le arrojaban piedras, ratas muertas y latas vacías.

De uno de esos barrios subió hacia el Portal del Señor un día como hoy a la oración, herido en la frente, sin sombrero, arrastrando la cola de un barrilete que de remeda remiendo le prendieron por detrás. Le asustaban las sombras de los muros, los pasos de los perros, las hojas que caían de los árboles, el rodar desigual de los vehículos... Cuando llegó al Portal, casi de noche, los mendigos, vueltos a la pared, contaban y recontaban sus ganancias. Patahueca la tenía con el Mosco por alegar, la sordomuda se sobaba el vientre para ella inexplicablemente crecido, y la ciega se mecía en sueños colgada de un clavo, cubierta de moscas, como la carne en las carnicerías.

El idiota cayó medio muerto; llevaba noches y noches de no pegar los ojos, días y días de no asentar los pies. Los mendigos callaban y se rascaban las pulgas sin poder dormir, atentos a los pasos de los gendarmes que iban y venían por la plaza poco alumbrada y a los golpecitos de las armas de los centinelas, fantasmas envueltos en ponchos a rayas, que en las ventanas de los cuarteles vecinos velaban en pie de guerra, como todas las noches, al cuidado del Presidente de la República, cuyo domicilio se ignoraba porque habitaba en las afueras de la ciudad muchas casas a la vez, cómo dormía porque se contaba que al lado de un teléfono con un látigo en la mano, y a qué hora, porque sus amigos aseguraban que no dormía nunca.

Por el Portal del Señor avanzó un bulto. Los pordioseros se encogieron como gusanos. Al rechino de las botas militares respondía el graznido de un pájaro siniestro en la noche oscura, navegable, sin fondo...

Patahueca peló los ojos; en el aire pesaba la amenaza del fin del mundo, y dijo a la lechuza:

-¡Hualí, hualí, tomá tu sal y tu chile...; no te tengo mal ni dita y por si acaso, maldita!

El Mosco se buscaba la cara con los gestos. Dolía la atmósfera como cuando va a temblar. El Viuda hacía la cruz entre los ciegos. Sólo el Pelele dormía a pierna suelta, por una vez, roncando. El bulto se detuvo —la risa le entorchaba la cara-, acercándose el idiota de puntepié y, en son de broma, le gritó:

-¡Madre!

No dijo más. Arrancado del suelo por el grito, el Pelele se le fue encima y, sin darle tiempo a que hiciera uso de sus armas,

le enterró los dedos en los ojos, le hizo pedazos la nariz a dentelladas y le golpeó las partes con las rodillas hasta dejarlo inerte.

Los mendigos cerraron los ojos horrorizados, la lechuza volvió a pasar y el Pelele escapó por las calles en tinieblas enloquecido bajo la acción de espantoso paroxismo.

Una fuerza ciega acababa de quitar la vida al coronel José Parrales Sonriente, alias el hombre de la mulita.

Estaba amaneciendo.

El señor presidente de Miguel Ángel Asturias

- a) Resume el fragmento de manera breve.
- b) ¿Quién es el narrador?
- c) ¿Cuál es el tema del fragmento?
- d) Busca los recursos literarios del fragmento.
- e) ¿Qué opinión tienes del fragmento?

11. Lee el siguiente capítulo y responde las preguntas:

Concierto Barroco

V

Desconfiada asomó la cara al rastrillo la monja tornera, mudándosele la cara de gozo al ver el semblante del Pelirrojo: -"¡Oh! ¡Divina sorpresa, maestro!" Y chirriaron las bisagras del portillo y entraron los cinco en el Ospedale della Pietà, todo en sombras, en cuyos largos corredores resonaban, a ratos, como traídos por una brisa tornadiza, los ruidos lejanos del carnaval. -"¡Divina sorpresa!"- repetía la monja, encendiendo las luces de la gran Sala de Música que, con sus mármoles, molduras y guirnaldas, con sus muchas sillas, cortinas y dorados, sus alfombras, sus pinturas de bíblico asunto, era algo como un teatro sin escenario o una iglesia de pocos altares, en ambiente a la vez conventual y mundano, ostentoso y secreto. Al fondo, allá

donde una cúpula se ahuecaba en sombras, las velas y lámparas iban estirando los reflejos de altos tubos de órgano, escoltados por los tubos menores de las voces celestiales. Y preguntábase Montezuma y Filomeno a qué habían venido a semejante lugar, en vez de haberse buscado la juerga adonde hubiese hembras y copas, cuando dos, cinco, diez, veinte figuras claras empezaron a salir de las sombras de la derecha y de las penumbras de la izquierda, rodeando el hábito del fraile Antonio con las graciosas blancuras de sus camisas de olán, batas de cuarto, dormilonas y gorros de encaje. Y llegaban otras, y otras más, aún soñolientas y emperezadas al entrar, pero pronto piadosas y alborozadas, girando en torno a los visitantes nocturnos, sopesando los collares de Montezuma, y mirando al negro, sobre todo, a quien pellizcaban las mejillas para ver si no eran de máscara. Y llegaban otras, y otras más, trayendo perfumes en las cabelleras, flores en los escotes, zapatillas bordadas, hasta que la nave se llenó de caras jóvenes -¡por fin, caras sin antifaces!-, reidoras, iluminadas por la sorpresa, y que se alegraron más aún cuando de las despensas empezaron a traerse jarras de sangría y aguamiel, vinos de España, licores de frambuesa y ciruela mirabel. El Maestro -pues así lo llamaban todas- hacía las presentaciones: Pierina del violino... Cattarina del corneto... Bettina della viola... Bianca Maria organista... Margherita del arpa doppia... Giuseppina del chitarrone... Claudia del flautino... Lucietta della tromba... Y poco a poco, como eran setenta, y el Maestro Antonio, por lo bebido, confundía unas huérfanas con otras, los nombres de éstas se fueron reduciendo al del instrumento que tocaban. Como si las muchachas no tuviesen otra personalidad, cobrando vida en sonido, las señalaba con el dedo: Clavicémbalo... Viola da braccio... Clarino... Oboe... Basso di gamba... Flauto... Organo di legno... Regale... Violino alla francese... Tromba marina... Trombone... Se colocaron los atriles, se instaló el sajón, magistralmente, ante el teclado del órgano, probó el napolitano las voces de un clavicémbalo, subió el Maestro al podium, agarró un violín, alzó el arco, y, con dos gestos enérgicos, desencadenó el más tremendo concierto grosso que pudieron haber escuchado los siglos -aunque los siglos no recordaron nada, y es lástima porque aquello era tan digno de oírse como de verse... Prendido el frenético allegro de las setenta mujeres que se sabían sus partes de memoria, de tanto haberlas

ensayado, Antonio Vivaldi arremetió en la sinfonía con fabuloso ímpetu, en juego concertante, mientras Doménico Scarlatti -pues era él- se largó a hacer vertiginosas escalas en el clavicémbalo, en tanto que Jorge Federico Haendel se entregaba a deslumbrantes variaciones que atropellaban todas las normas del bajo continuo. -"¡Dale, sajón del carajo!"- gritaba Antonio. -"¡Ahora vas a ver, fraile putañero!"- respondía el otro, entregado a su prodigiosa inventiva, en tanto que Antonio, sin dejar de mirar las manos de Doménico, que se le dispersaban en arpegios y floreos, descolgaba arcadas de lo alto, como sacándolas del aire con brío gitano, mordiendo las cuerdas, retozando en octavas y dobles notas, con el infernal virtuosismo que le conocían sus discípulas. Y parecía que el movimiento hubiese llegado a su colmo, cuando Jorge Federico, soltando de pronto los grandes registros del órgano, sacó los juegos de fondo, las mutaciones, el plenum, con tal acometida en los tubos de clarines, trompetas y bombardas, que allí empezaron a sonar las llamadas del Juicio Final. -"¡El sajón nos está jodiendo a todos!"- gritó Antonio, exasperando el fortissimo. -"A mí ni se me oye"- gritó Doménico, arreciando en acordes. Pero, entre tanto, Filomeno había corrido a las cocinas, trayendo una batería de calderos de cobre, de todos tamaños, a los que empezó a golpear con cucharas, espumaderas, batidoras, rollos de amasar, tizones, palos de plumeros, con tales ocurrencias de ritmos, de síncopas, de acentos encontrados, que, por espacio de treinta y dos compases lo dejaron solo para que improvisara. -"¡Magnífico! ¡Magnífico!"- gritaba Jorge Federico. - "¡Magnífico! ¡Magnífico!"- gritaba Doménico, dando entusiasmados codazos al teclado del clavicémbalo. Compás 28. Compás 29. Compás 30. Compás 31. Compás 32. -"¡Ahora!"- aulló Antonio Vivaldi, y todo el mundo arrancó sobre el Da capo, con tremebundo impulso, sacando el alma a los violines, oboes, trombones, regales, organillos de palo, violas de gamba, y a cuanto pudiese resonar en la nave, cuyas cristalerías vibraban, en lo alto, como estremecidas por un escándalo del cielo. Acorde final. Antonio soltó el arco. Doménico tiró la tapa del teclado. Sacándose del bolsillo un pañuelo de encaje hartamente liviano para tan ancha frente, el sajón se secó el sudor. Las pupilas del Ospedale prorrumpieron en una enorme carcajada, mientras Montezuma hacía correr las copas de una bebida que había inventado, en gran trasiego de jarras y

botellas, mezclando de todo un poco... En tal tónica se estaba, cuando Filomeno reparó en la presencia de un cuadro que vino a iluminar repentinamente un candelabro cambiado de lugar. Había ahí una Eva, tentada por la Serpiente. Pero lo que dominaba en aquella pintura no era la Eva flacuchenta y amarilla -demasiado envuelta en una cabellera inútilmente cuidadosa de un pudor que no existía en tiempos todavía ignorantes de malicias carnales-, sino la Serpiente, corpulenta, listada de verde, de tres vueltas sobre el tronco del Árbol, y que, con enormes ojos colmados de maldad, más parecía ofrecer la manzana a quienes miraban el cuadro que a su víctima, todavía indecisa -y se comprende cuando se piensa en lo que nos costó su aquiescencia- en aceptar la fruta que habría de hacerla parir con el dolor de su vientre. Filomeno se fue acercando lentamente a la imagen, como si temiese que la Serpiente pudiese saltar fuera del marco y, golpeando en una bandeja de bronco sonido, mirando a los presentes como si oficiara en una extraña ceremonia ritual, comenzó a cantar:

-Mamita, mamita,
ven, ven, ven.
Que me come la culebra,
ven, ven, ven.

-Mírale lo sojo
que parecen candela.
-Mírale lo diente
que parecen filé.

-Mentira, mi negra,
ven, ven, ven.
Son juego é mi tierra,
ven, ven, ven.

Y haciendo ademán de matar la sierpe del cuadro con un enorme cuchillo de trinchar, gritó:

-La culebra se murió,
Ca-la-ba-són,
Son-són.

Ca-la-ba-són,
Son-són.

-Kábala-sum-sum-sum -coreó Antonio Vivaldi, dando al estribillo, por hábito eclesiástico, una inesperada inflexión de latín salmodiado. Kábala-sum-sum-sum -coreó Doménico Scarlatti. Kábala-sum-sum-sum -coreó Jorge Federico Haendel. Kábala-sum-sum-sum -repetían las setenta voces femeninas del Ospedale, entre risas y palmadas. Y, siguiendo al negro que ahora golpeaba la bandeja con una mano de mortero, formaron todos una fila, agarrados por la cintura, moviendo las caderas, en la más descoyuntada farándula que pudiera imaginarse -farándula que ahora guiaba Montezuma, haciendo girar un enorme farol en el palo de un escobillón a compás del sonsonete cien veces repetido. Kábala-sum-sum-sum. Así, en fila danzante y culebreante, uno detrás del otro, dieron varias vueltas a la sala, pasaron a la capilla, dieron tres vueltas al deambulatorio, y siguieron luego por los corredores y pasillos, subiendo escaleras, bajando escaleras, recorrieron las galerías, hasta que se les unieron las monjas custodias, la hermana tornera, las fámulas de cocina, las fregonas, sacadas de sus camas, pronto seguidas por el mayordomo de fábrica, el hortelano, el jardinero, el campanero, el barquero, y hasta la boba del desván que dejaba de ser boba cuando de cantar se trataba -en aquella casa consagrada a la música y artes de tañer, donde, dos días antes, se había dado un gran concierto sacro en honor del Rey de Dinamarca... Ca-la-ba-són-són-són cantaba Filomeno, ritmando cada vez más. Kábala-sum-sum-sum -respondían el veneciano, el sajón y el napolitano. Kábala-sum-sum-sum -repetían los demás, hasta que, rendidos de tanto girar, subir, bajar, entrar, salir, volvieron al ruedo de la orquesta y se dejaron caer, todos, riendo, sobre la alfombra encarnada, en torno a las copas y botellas.

Concierto barroco, Capítulo V, de Alejo Carpentier

- a) Resume el fragmento.
- b) Haz una lista de los personajes que aparecen en el fragmento con sus características y sus relaciones entre sí.
- c) Busca los recursos literarios que aparecen en el fragmento.
- d) ¿Cómo el autor trata el tiempo en esta novela?

- e) La novela se titula “Concierto barroco”. En tu opinión ¿cómo se observa este barroquismo?
- f) ¿Qué características del Realismo Mágico” o de lo “Real Maravilloso” encuentras en este fragmento?

12. Lee el siguiente capítulo y responde las preguntas:

Capítulo III

El hijo de Pilar Ternera fue llevado a casa de sus abuelos a las dos semanas de nacido. Úrsula lo admitió de mala gana, vencida una vez más por la terquedad de su marido que no pudo tolerar la idea de que un retoño de su sangre quedara navegando a la deriva, pero impuso la condición de que se ocultara al niño su verdadera identidad. Aunque recibió el nombre de José Arcadio, terminaron por llamarlo simplemente Arcadio para evitar confusiones. Había por aquella época tanta actividad en el pueblo y tantos trajines en la casa, que el cuidado de los niños quedó relegado a un nivel secundario. Se los encomendaron a Visitación, una india guajira que llegó al pueblo con un hermano, huyendo de una peste de insomnio que flagelaba a su tribu desde hacía varios años. Ambos eran tan dóciles y serviciales que Úrsula se hizo cargo de ellos para que la ayudaran en los oficios domésticos. Fue así como Arcadio y Amaranta hablaron la lengua guajira antes que el castellano, y aprendieron a tomar caldo de lagartijas y a comer huevos de arañas sin que Úrsula se diera cuenta, porque andaba demasiado ocupada en un prometedor negocio de animalitos de caramelo. Macondo estaba transformado. Las gentes que llegaron con Úrsula divulgaron la buena calidad de su suelo y su posición privilegiada con respecto a la ciénaga, de modo que la escueta aldea de otro tiempo se convirtió muy pronto en un pueblo activo, con tiendas y talleres de artesanía, y una ruta de comercio permanente por donde llegaron los primeros árabes de pantuflas y argollas en las orejas, cambiando collares de vidrio por guacamayas. José Arcadio Buendía no tuvo un instante de reposo. Fascinado por una realidad inmediata que entonces le resultó más fantástica que el vasto universo de su imaginación, perdió todo interés por el laboratorio de alquimia, puso a descansar la materia extenuada

por largos meses de manipulación, y volvió a ser el hombre emprendedor de los primeros tiempos que decidía el trazado de las calles y la posición de las nuevas casas, de manera que nadie disfrutara de privilegios que no tuvieran todos. Adquirió tanta autoridad entre los recién llegados que no se echaron cimientos ni se pararon cercas sin consultárselo, y se determinó que fuera él quien dirigiera la repartición de la tierra. Cuando volvieron los gitanos saltimbanquis, ahora con su feria ambulante transformada en un gigantesco establecimiento de juegos de suerte y azar, fueron recibidos con alborozo porque se pensó que José Arcadio regresaba con ellos. Pero José Arcadio no volvió, ni llevaron al hombre—víbora que según pensaba Úrsula era el único que podría darles razón de su hijo, así que no se les permitió a los gitanos instalarse en el pueblo ni volver a pisarlo en el futuro, porque se los consideró como mensajeros de la concupiscencia y la perversión. José Arcadio Buendía, sin embargo, fue explícito en el sentido de que la antigua tribu de Melquíades, que tanto contribuyó al engrandecimiento de la aldea con su milenaria sabiduría y sus fabulosos inventos, encontraría siempre las puertas abiertas. Pero la tribu de Melquíades, según contaron los trotamundos, había sido borrada de la faz de la tierra por haber sobrepasado los límites del conocimiento humano.

Emancipado al menos por el momento de las torturas de la fantasía, José Arcadio Buendía impuso en poco tiempo un estado de orden y trabajo, dentro del cual solo se permitió una licencia: la liberación de los pájaros que desde la época de la fundación alegraban el tiempo con sus flautas, y la instalación en su lugar de relojes musicales en todas las casas. Eran unos preciosos relojes de madera labrada que los árabes cambiaban por guacamayas, y que José Arcadio Buendía sincronizó con tanta precisión, que cada media hora el pueblo se alegraba con los acordes progresivos de una misma pieza, hasta alcanzar la culminación de un mediodía exacto y unánime con el valse completo. Fue también José Arcadio Buendía quien decidió por esos años que en las calles del pueblo se sembraran almendros en vez de acacias, y quien descubrió sin revelarlos nunca los métodos para hacerlos eternos. Muchos años después, cuando Macondo fue un campamento de casas de madera y techos de zinc, todavía perduraban en las calles más antiguas los almendros rotos y polvorientos, aunque nadie sabía entonces quién los había

sembrado. Mientras su padre ponía en orden el pueblo y su madre consolidaba el patrimonio doméstico con su maravillosa industria de gallitos y peces azucarados que dos veces al día salían de la casa ensartados en palos de balsa, Aureliano vivía horas interminables en el laboratorio abandonado, aprendiendo por pura investigación el arte de la platería. Se había estirado tanto, que en poco tiempo dejó de servirle la ropa abandonada por su hermano y empezó a usar la de su padre, pero fue necesario que Visitación les cosiera alforzas a las camisas y sisas a los pantalones, porque Aureliano no había sacado la corpulencia de los otros. La adolescencia le había quitado la dulzura de la voz y lo había vuelto silencioso y definitivamente solitario, pero en cambio le había restituido la expresión intensa que tuvo en los ojos al nacer. Estaba tan concentrado en sus experimentos de platería que apenas si abandonaba el laboratorio para comer. Preocupado por su ensimismamiento, José Arcadio Buendía le dio llaves de la casa y un poco de dinero, pensando que tal vez le hiciera falta una mujer. Pero Aureliano gastó el dinero en ácido muriático para preparar agua regia y embelleció las llaves con un baño de oro. Sus exageraciones eran apenas comparables a las de Arcadio y Amaranta, que ya habían empezado a mudar los dientes y todavía andaban agarrados todo el día a las mantas de los indios, tercos en su decisión de no hablar el castellano, sino la lengua guajira. «No tienes de qué quejarte», le decía Úrsula a su marido. «Los hijos heredan las locuras de sus padres». Y mientras se lamentaba de su mala suerte, convencida de que las extravagancias de sus hijos eran algo tan espantoso como una cola de cerdo, Aureliano fijó en ella una mirada que la envolvió en un ámbito de incertidumbre. -Alguien va a venir -le dijo.

Úrsula, como siempre que él expresaba un pronóstico, trató de desalentarlo con su lógica casera. Era normal que alguien llegara. Decenas de forasteros pasaban a diario por Macondo sin suscitar inquietudes ni anticipar anuncios secretos. Sin embargo, por encima de toda lógica, Aureliano estaba seguro de su presagio.

-No sé quién será -Insistió; pero el que sea ya viene en camino.

El domingo, en efecto, llegó Rebeca. No tenía más de once años. Había hecho el penoso viaje desde Manaure con unos traficantes de pieles que recibieron el encargo de entregarla junto con una carta en la casa de José Arcadio Buendía, pero que no pudieron

explicar con precisión quién era la persona que les había pedido el favor. Todo su equipaje estaba compuesto por el baulito de la ropa, un pequeño mecedor de madera con florecitas de colores pintadas a mano y un talego de lona que hacía un permanente ruido de cloc cloc cloc, donde llevaba los huesos de sus padres. La carta dirigida a José Arcadio Buendía estaba escrita en términos muy cariñosos por alguien que lo seguía queriendo mucho a pesar del tiempo y la distancia y que se sentía obligado por un elemental sentido humanitario a hacer la caridad de mandarle esa pobre huerfanita desamparada, que era prima de Úrsula en segundo grado y por consiguiente pariente también de José Arcadio Buendía, aunque en grado más lejano, porque era hija de ese inolvidable amigo que fue Nicanor Ulloa y su muy digna esposa Rebeca Montiel, a quienes Dios tuviera en su santo reino, cuyos restos adjuntaba la presente para que les dieran cristiana sepultura. Tanto los nombres mencionados como la firma de la carta eran perfectamente legibles, pero ni José Arcadio Buendía ni Úrsula recordaban haber tenido parientes con esos nombres ni conocían a nadie que se llamara como el remitente y mucho menos en la remota población de Manaure. A través de la niña fue imposible obtener ninguna información complementaria. Desde el momento en que llegó se sentó a chuparse el dedo en el mecedor y a observar a todos con sus grandes ojos espantados, sin que diera señal alguna de entender lo que le preguntaban. Llevaba un traje de diagonal teñido de negro, gastado por el uso, y unos desconchados botines de charol. Tenía el cabello sostenido detrás de las orejas con moños de cintas negras. Usaba un escapulario con las imágenes borradas por el sudor y en la muñeca derecha un colmillo de animal carnívoro montado en un soporte de cobre como amuleto contra el mal de ojo. Su piel verde, su vientre redondo y tenso como un tambor, revelaban una mala salud y un hambre más viejas que ella misma, pero cuando le dieron de comer se quedó con el plato en las piernas sin probarlo. Se llegó inclusive a creer que era sordomuda, hasta que los indios le preguntaron en su lengua si quería un poco de agua y ella movió los ojos como si los hubiera reconocido y dijo que sí con la cabeza.

Se quedaron con ella porque no había más remedio. Decidieron llamarla Rebeca, que de acuerdo con la carta era el nombre de su madre, porque Aureliano tuvo la paciencia de leer frente a ella

todo el santoral y no logró que reaccionara con ningún nombre. Como en aquel tiempo no había cementerio en Macondo, pues hasta entonces no había muerto nadie, conservaron el talego con los huesos en espera de que hubiera un lugar digno para sepultarlos, y durante mucho tiempo estorbaron por todas partes y se les encontraba donde menos se suponía, siempre con su cloqueante cacareo de gallina clueca. Pasó mucho tiempo antes de que Rebeca se incorporara a la vida familiar. Se sentaba en el mecedorcito a chuparse el dedo en el rincón más apartado de la casa. Nada le llamaba la atención, salvo la música de los relojes, que cada media hora buscaba con ojos asustados, como si esperara encontrarla en algún lugar del aire. No lograron que comiera en varios días. Nadie entendía cómo no se había muerto de hambre, hasta que los indígenas, que se daban cuenta de todo porque recorrían la casa sin cesar con sus pies sigilosos, descubrieron que a Rebeca solo le gustaba comer la tierra húmeda del patio y las tortas de cal que arrancaba de las paredes con las uñas. Era evidente que sus padres, o quienquiera que la hubiese criado, la habían reprendido por ese hábito, pues lo practicaba a escondidas y con conciencia de culpa, procurando trasponer las raciones para comerlas cuando nadie la viera. Desde entonces la sometieron a una vigilancia implacable. Echaban hiel de vaca en el patio y untaban ají picante en las paredes, creyendo derrotar con esos métodos su vicio pernicioso, pero ella dio tales muestras de astucia e ingenio para procurarse la tierra, que Úrsula se vio forzada a emplear recursos más drásticos. Ponía jugo de naranja con ruibarbo en una cazuela que dejaba al sereno toda la noche, y le daba la pócima al día siguiente en ayunas. Aunque nadie le había dicho que aquel era el remedio específico para el vicio de comer tierra, pensaba que cualquier sustancia amarga en el estómago vacío tenía que hacer reaccionar al hígado. Rebeca era tan rebelde y tan fuerte a pesar de su raquitismo, que tenían que barbearla como a un becerro para que tragara la medicina, y apenas si podían reprimir sus pataletas y soportar los enrevesados jeroglíficos que ella alternaba con mordiscos y escupitajos, y que según decían los escandalizados indígenas eran las obscenidades más gruesas que se podían concebir en su idioma. Cuando Úrsula lo supo, complementó el tratamiento con correazos. No se estableció nunca si lo que surtió efecto fue el ruibarbo o las tollinas, o las dos cosas combinadas, pero la verdad

es que en pocas semanas Rebeca empezó a dar muestras de restablecimiento. Participó en los juegos de Arcadio y Amaranta, que la recibieron como una hermana mayor, y comió con apetito sirviéndose bien de los cubiertos. Pronto se reveló que hablaba el castellano con tanta fluidez como la lengua de los indios, que tenía una habilidad notable para los oficios manuales y que cantaba el valse de los relojes con una letra muy graciosa que ella misma había inventado. No tardaron en considerarla como un miembro más de la familia. Era con Úrsula más afectuosa que nunca lo fueron sus propios hijos, y llamaba hermanitos a Amaranta y a Arcadio, y tío a Aureliano y abuelito a José Arcadio Buendía. De modo que terminó por merecer tanto como los otros el nombre de Rebeca Buendía, el único que tuvo siempre y que llevó con dignidad hasta la muerte.

Una noche, por la época en que Rebeca se curó del vicio de comer tierra y fue llevada a dormir en el cuarto de los otros niños, la india que dormía con ellos despertó por casualidad y oyó un extraño ruido intermitente en el rincón. Se incorporó alarmada, creyendo que había entrado un animal en el cuarto, y entonces vio a Rebeca en el mecedor, chupándose el dedo y con los ojos alumbrados como los de un gato en la oscuridad. Pasmada de terror, atribulada por la fatalidad de su destino, Visitación reconoció en esos ojos los síntomas de la enfermedad cuya amenaza los había obligado, a ella y a su hermano, a desterrarse para siempre de un reino milenario en el cual eran príncipes. Era la peste del insomnio.

Cataure, el indio, no amaneció en la casa. Su hermana se quedó, porque su corazón fatalista le indicaba que la dolencia letal había de perseguirla de todos modos hasta el último rincón de la tierra. Nadie entendió la alarma de Visitación. «Si no volvemos a dormir, mejor», decía José Arcadio Buendía, de buen humor. «Así nos rendirá más la vida». Pero la india les explicó que lo más temible de la enfermedad del insomnio no era la imposibilidad de dormir, pues el cuerpo no sentía cansancio alguno, sino su inexorable evolución hacia una manifestación más crítica: el olvido. Quería decir que cuando el enfermo se acostumbraba a su estado de vigilia, empezaban a borrarse de su memoria los recuerdos de la infancia, luego el nombre y la noción de las cosas, y por último la identidad de las personas y aun la conciencia del propio ser, hasta hundirse en una especie de idiotez sin pasado.

José Arcadio Buendía, muerto de risa, consideró que se trataba de una de tantas dolencias inventadas por la superstición de los indígenas. Pero Úrsula, por si acaso, tomó la precaución de separar a Rebeca de los otros niños.

Al cabo de varias semanas, cuando el terror de Visitación parecía aplacado, José Arcadio Buendía se encontró una noche dando vueltas en la cama sin poder dormir. Úrsula, que también había despertado, le preguntó qué le pasaba, y él le contestó: «Estoy pensando otra vez en Prudencio Aguilar». No durmieron un minuto, pero al día siguiente se sentían tan descansados que se olvidaron de la mala noche. Aureliano comentó asombrado a la hora del almuerzo que se sentía muy bien a pesar de que había pasado toda la noche en el laboratorio dorando un prendedor que pensaba regalarle a Úrsula el día de su cumpleaños. No se alarmaron hasta el tercer día, cuando a la hora de acostarse se sintieron sin sueño, y cayeron en la cuenta de que llevaban más de cincuenta horas sin dormir.

-Los niños también están despiertos -dijo la india con su convicción fatalista-. Una vez que entra en la casa, nadie escapa a la peste.

Habían contraído, en efecto, la enfermedad del insomnio. Úrsula, que había aprendido de su madre el valor medicinal de las plantas, preparó e hizo beber a todos un brebaje de atónito, pero no consiguieron dormir, sino que estuvieron todo el día soñando despiertos. En ese estado de alucinada lucidez no solo veían las imágenes de sus propios sueños, sino que los unos veían las imágenes soñadas por los otros. Era como si la casa se hubiera llenado de visitantes. Sentada en su mecedor en un rincón de la cocina, Rebeca soñó que un hombre muy parecido a ella, vestido de lino blanco y con el cuello de la camisa cerrado por un botón de oro, le llevaba un ramo de rosas. Lo acompañaba una mujer de manos delicadas que separó una rosa y se la puso a la niña en el pelo. Úrsula comprendió que el hombre y la mujer eran los padres de Rebeca, pero aunque hizo un grande esfuerzo por reconocerlos, confirmó su certidumbre de que nunca los había visto. Mientras tanto, por un descuido que José Arcadio Buendía no se perdonó jamás, los animalitos de caramelo fabricados en la casa seguían siendo vendidos en el pueblo. Niños y adultos chupaban encantados los deliciosos gallitos verdes del insomnio, los exquisitos peces rosados del

insomnio y los tiernos caballitos amarillos del insomnio, de modo que el alba del lunes sorprendió despierto a todo el pueblo. Al principio nadie se alarmó. Al contrario, se alegraron de no dormir, porque entonces había tanto que hacer en Macondo que el tiempo apenas alcanzaba. Trabajaron tanto, que pronto no tuvieron nada más que hacer, y se encontraron a las tres de la madrugada con los brazos cruzados, contando el número de notas que tenía el valse de los relojes. Los que querían dormir, no por cansancio sino por nostalgia de los sueños, recurrieron a toda clase de métodos agotadores. Se reunían a conversar sin tregua, a repetirse durante horas y horas los mismos chistes, a complicar hasta los límites de la exasperación el cuento del gallo capón, que era un juego infinito en que el narrador preguntaba si querían que les contara el cuento del gallo capón, y cuando contestaban que sí, el narrador decía que no había pedido que dijeran que sí, sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón, y cuando contestaban que no, el narrador decía que no les había pedido que dijeran que no, sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón, y cuando se quedaban callados el narrador decía que no les había pedido que se quedaran callados, sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón, y nadie podía irse, porque el narrador decía que no les había pedido que se fueran, sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón, y así sucesivamente, en un círculo vicioso que se prolongaba por noches enteras.

Cuando José Arcadio Buendía se dio cuenta de que la peste había invadido el pueblo, reunió a los jefes de familia para explicarles lo que sabía sobre la enfermedad del insomnio, y se acordaron medidas para impedir que el flagelo se propagara a otras poblaciones de la ciénaga. Fue así como les quitaron a los chivos las campanitas que los árabes cambiaban por guacamayas, y se pusieron a la entrada del pueblo a disposición de quienes desatendían los consejos y súplicas de los centinelas e insistían en visitar la población. Todos los forasteros que por aquel tiempo recorrían las calles de Macondo tenían que hacer sonar su campanita para que los enfermos supieran que estaban sanos. No se les permitía comer ni beber nada durante su estancia, pues no había duda de que la enfermedad solo se transmitía por la boca, y todas las cosas de comer y de beber estaban contaminadas de insomnio. En esa forma se mantuvo la

peste circunscrita al perímetro de la población. Tan eficaz fue la cuarentena, que llegó el día en que la situación de emergencia se tuvo por cosa natural, y se organizó la vida de tal modo que el trabajo recobró su ritmo y nadie volvió a preocuparse por la inútil costumbre de dormir.

Fue Aureliano quien concibió la fórmula que había de defenderlos durante varios meses de las evasiones de la memoria. La descubrió por casualidad. Insomne experto, por haber sido uno de los primeros, había aprendido a la perfección} el arte de la platería. Un día estaba buscando el pequeño yunque que utilizaba para laminar los metales, y no recordó su nombre. Su padre se lo dijo: «tas». Aureliano escribió el nombre en un papel que pegó con goma en la base del yunquecito: tas, Así estuvo seguro de no olvidarlo en el futuro. No se le ocurrió que fuera aquella la primera manifestación del olvido, porque el objeto tenía un nombre difícil de recordar. Pero pocos días después descubrió que tenía dificultades para recordar casi todas las cosas del laboratorio. Entonces las marcó con el nombre respectivo, de modo que le bastaba con leer la inscripción para identificarlas. Cuando su padre le comunicó su alarma por haber olvidado hasta los hechos más impresionantes de su niñez, Aureliano le explicó su método, y José Arcadio Buendía lo puso en práctica en toda la casa y más tarde lo impuso a todo el pueblo. Con un hisopo entintado marcó cada cosa con su nombre: mesa, silla, reloj, puerta, pared, cama, cacerola. Fue al corral y marcó los animales y las plantas: vaca, chivo, puerco, gallina, yuca, malanga, guineo. Poco a poco, estudiando las infinitas posibilidades del olvido, se dio cuenta de que podía llegar un día en que se reconocieran las cosas por sus inscripciones, pero no se recordara su utilidad. Entonces fue más explícito. El letrero que colgó en la cerviz de la vaca era una muestra ejemplar de la forma en que los habitantes de Macondo estaban dispuestos a luchar contra el olvido: Esta es la vaca, hay que ordeñarla todas las mañanas para que produzca leche y a la leche hay que hervirla para mezclarla con el café y hacer café con leche. Así continuaron viviendo en una realidad escurridiza, momentáneamente capturada por las palabras, pero que había de fugarse sin remedio cuando olvidaran los valores de la letra escrita.

En la entrada del camino de la ciénaga se había puesto un anuncio que decía Macondo y otro más grande en la calle

central que decía Dios existe. En todas las casas se habían escrito claves para memorizar los objetos y los sentimientos. Pero el sistema exigía tanta vigilancia y tanta fortaleza moral, que muchos sucumbieron al hechizo de una realidad imaginaria, inventada por ellos mismos, que les resultaba menos práctica pero más reconfortante. Pilar Ternera fue quien más contribuyó a popularizar esa mistificación, cuando concibió el artificio de leer el pasado en las barajas como antes había leído el futuro. Mediante ese recurso, los insomnes empezaron a vivir en un mundo construido por las alternativas inciertas de los naipes, donde el padre se recordaba apenas como el hombre moreno que había llegado a principios de abril y la madre se recordaba apenas como la mujer trigueña que usaba un anillo de oro en la mano izquierda, y donde una fecha de nacimiento quedaba reducida al último martes en que cantó la alondra en el laurel. Derrotado por aquellas prácticas de consolación, José Arcadio Buendía decidió entonces construir la máquina de la memoria que una vez había deseado para acordarse de los maravillosos inventos de los gitanos. El artefacto se fundaba en la posibilidad de repasar todas las mañanas, y desde el principio hasta el fin, la totalidad de los conocimientos adquiridos en la vida. Lo imaginaba como un diccionario giratorio que un individuo situado en el eje pudiera operar mediante una manivela, de modo que en pocas horas pasaran frente a sus ojos las nociones más necesarias para vivir. Había logrado escribir cerca de catorce mil fichas, cuando apareció por el camino de la ciénaga un anciano estrafalario con la campanita triste de los durmientes, cargando una maleta ventruda amarrada con cuerdas y un carrito cubierto de trapos negros. Fue directamente a la casa de José Arcadio Buendía.

Visitación no lo conoció al abrirle la puerta, y pensó que llevaba el propósito de vender algo, ignorante de que nada podía venderse en un pueblo que se hundía sin remedio en el tremedal del olvido. Era un hombre decrepito. Aunque su voz estaba también cuarteada por la incertidumbre y sus manos parecían dudar de la existencia de las cosas, era evidente que venía del mundo donde todavía los hombres podían dormir y recordar. José Arcadio Buendía lo encontró sentado en la sala, abanicándose con un remendado sombrero negro, mientras leía con atención compasiva los letreros pegados en las paredes. Lo saludó con amplias muestras de afecto, temiendo

haberlo conocido en otro tiempo y ahora no recordarlo. Pero el visitante advirtió su falsedad. Se sintió olvidado, no con el olvido remediable del corazón, sino con otro olvido más cruel e irrevocable que él conocía muy bien, porque era el olvido de la muerte. Entonces comprendió. Abrió la maleta atiborrada de objetos indescifrables, y de entre ellos sacó un maletín con muchos frascos. Le dio a beber a José Arcadio Buendía una sustancia de color apacible, y la luz se hizo en su memoria. Los ojos se le humedecieron de llanto, antes de verse a sí mismo en una sala absurda donde los objetos estaban marcados, y antes de avergonzarse de las solemnes tonterías escritas en las paredes, y aun antes de reconocer al recién llegado en un deslumbrante resplandor de alegría. Era Melquíades.

Mientras Macondo celebraba la reconquista de los recuerdos, José Arcadio Buendía y Melquíades le sacudieron el polvo a su vieja amistad. El gitano iba dispuesto a quedarse en el pueblo. Había estado en la muerte, en efecto, pero había regresado porque no pudo soportar la soledad. Repudiado por su tribu, desprovisto de toda facultad sobrenatural como castigo por su fidelidad a la vida, decidió refugiarse en aquel rincón del mundo todavía no descubierto por la muerte, dedicado a la explotación de un laboratorio de daguerrotipia. José Arcadio Buendía no había oído hablar nunca de ese invento. Pero cuando se vio a sí mismo y a toda su familia plasmados en una edad eterna sobre una lámina de metal tornasol, se quedó mudo de estupor. De esa época databa el oxidado daguerrotipo en el que apareció José Arcadio Buendía con el pelo erizado y ceniciento, el acartonado cuello de la camisa prendido con un botón de cobre, y una expresión de solemnidad asombrada, y que Úrsula describía muerta de risa como «un general asustado». En verdad, José Arcadio Buendía estaba asustado la diáfana mañana de diciembre en que le hicieron el daguerrotipo, porque pensaba que la gente se iba gastando poco a poco a medida que su imagen pasaba a las placas metálicas. Por una curiosa inversión de la costumbre, fue Úrsula quien le sacó aquella idea de la cabeza, como fue también ella quien olvidó sus antiguos resquemores y decidió que Melquíades se quedara viviendo en la casa, aunque nunca permitió que le hicieran un daguerrotipo porque (según sus propias palabras textuales) no quería quedar para burla de sus nietos. Aquella mañana vistió a los niños con sus

ropas mejores, les empolvó la cara y les dio una cucharada de jarabe de tuétano a cada uno para que pudieran permanecer absolutamente inmóviles durante casi dos minutos frente a la aparatosa cámara de Melquíades. En el daguerrotipo familiar, el único que existió jamás, Aureliano apareció vestido de terciopelo negro, entre Amaranta y Rebeca. Tenía la misma languidez y la misma mirada clarividente que había de tener años más tarde frente al pelotón de fusilamiento. Pero aún no había sentido la premonición de su destino. Era un orfebre experto, estimado en toda la ciénaga por el preciosismo de su trabajo. En el taller que compartía con el disparatado laboratorio de Melquíades, apenas si se le oía respirar. Parecía refugiado en otro tiempo, mientras su padre y el gitano interpretaban a gritos las predicciones de Nostradamus, entre un estrépito de frascos y cubetas, y el desastre de los ácidos derramados y el bromuro de plata perdido por los codazos y traspies que daban a cada instante. Aquella consagración al trabajo, el buen juicio con que administraba sus intereses, le habían permitido a Aureliano ganar en poco tiempo más dinero que Úrsula con su deliciosa fauna de caramelo, pero todo el mundo se extrañaba de que fuera ya un hombre hecho y derecho y no se le hubiera conocido mujer. En realidad no la había tenido.

Meses después volvió Francisco el Hombre, un anciano trotamundos de casi 200 años que pasaba con frecuencia por Macondo divulgando las canciones compuestas por él mismo. En ellas, Francisco el Hombre relataba con detalles minuciosos las noticias ocurridas en los pueblos de su itinerario, desde Manaure hasta los confines de la ciénaga, de modo que si alguien tenía un recado que mandar o un acontecimiento que divulgar, le pagaba dos centavos para que lo incluyera en su repertorio. Fue así como se enteró Úrsula de la muerte de su madre, por pura casualidad, una noche que escuchaba las canciones con la esperanza de que dijeran algo de su hijo José Arcadio. Francisco el Hombre, así llamado porque derrotó al diablo en un duelo de improvisación de cantos, y cuyo verdadero nombre no conoció nadie, desapareció de Macondo durante la peste del insomnio y una noche reapareció sin ningún anuncio en la tienda de Catarino. Todo el pueblo fue a escucharlo para saber qué había pasado en el mundo. En esa ocasión llegaron con él una mujer tan gorda que cuatro indios tenían que llevarla cargada en un

mecedor, y una mulata adolescente de aspecto desamparado que la protegía del sol con un paraguas. Aureliano fue esa noche a la tienda de Catarino. Encontró a Francisco el Hombre, como un camaleón monolítico, sentado en medio de un círculo de curiosos. Cantaba las noticias con su vieja voz discordada, acompañándose con el mismo acordeón arcaico que le regaló sir Walter Raleigh en la Guayana, mientras llevaba el compás con sus grandes pies caminadores agrietados por el salitre. Frente a una puerta del fondo por donde entraban y salían algunos hombres, estaba sentada y se abanicaba en silencio la matrona del mecedor. Catarino, con una rosa de fieltro en la oreja, vendía a la concurrencia tazones de guarapo fermentado, y aprovechaba la ocasión para acercarse a los hombres y ponerles la mano donde no debía. Hacia la media noche el calor era insostenible. Aureliano escuchó las noticias hasta el final sin encontrar ninguna que le interesara a su familia. Se disponía a regresar a casa cuando la matrona le hizo una señal con la mano. —Entra tú también —le dijo—. Solo cuesta veinte centavos.

Aureliano echó una moneda en la alcancía que la matrona tenía en las piernas y entró en el cuarto sin saber para qué. La mulata adolescente, con sus teticas de perra, estaba desnuda en la cama. Antes de Aureliano, esa noche, sesenta y tres hombres habían pasado por el cuarto. De tanto ser usado, y amasado en sudores y suspiros, el aire de la habitación empezaba a convertirse en lodo. La muchacha quitó la sábana empapada y le pidió a Aureliano que la tuviera de un lado. Pesaba como un lienzo. La exprimieron, torciéndola por los extremos, hasta que recobró su peso natural. Voltearon la estera, y el sudor salía del otro lado. Aureliano ansiaba que aquella operación no terminara nunca. Conocía la mecánica teórica del amor, pero no podía tenerse en pie a causa del desaliento de sus rodillas, y aunque tenía la piel erizada y ardiente no podía resistir a la urgencia de expulsar el peso de las tripas.

Cuando la muchacha acabó de arreglar la cama y le ordenó que se desvistiera, él le hizo una explicación atolondrada: «Me hicieron entrar. Me dijeron que echara veinte centavos en la alcancía y que no me demorara». La muchacha comprendió su ofuscación. «Si echas otros veinte centavos a la salida, puedes demorarte un poco más», dijo suavemente. Aureliano se desvistió, atormentado por el pudor, sin poder quitarse la idea

de que su desnudez no resistía la comparación con su hermano. A pesar de los esfuerzos de la muchacha, él se sintió cada vez más indiferente, y terriblemente solo. «Echaré otros veinte centavos», dijo con voz desolada. La muchacha se lo agradeció en silencio. Tenía la espalda en carne viva. Tenía el pellejo pegado a las costillas y la respiración alterada por un agotamiento insondable. Dos años antes, muy lejos de allí, se había quedado dormida sin apagar la vela y había despertado cercada por el fuego. La casa donde vivía con la abuela que la había criado quedó reducida a cenizas. Desde entonces la abuela la llevaba de pueblo en pueblo, acostándola por veinte centavos, para pagarse el valor de la casa incendiada. Según los cálculos de la muchacha, todavía le faltaban unos diez años de setenta hombres por noche, porque tenía que pagar además los gastos de viaje y alimentación de ambas y el sueldo de los indios que cargaban el mecedor. Cuando la matrona tocó la puerta por segunda vez, Aureliano salió del cuarto sin haber hecho nada, aturdido por el deseo de llorar. Esa noche no pudo dormir pensando en la muchacha, con una mezcla de deseo y conmiseración. Sentía una necesidad irresistible de amarla y protegerla. Al amanecer, extenuado por el insomnio y la fiebre, tomó la serena decisión de casarse con ella para liberarla del despotismo de la abuela y disfrutar todas las noches de la satisfacción que ella les daba a setenta hombres. Pero a las diez de la mañana, cuando llegó a la tienda de Catarino, la muchacha se había ido del pueblo.

El tiempo aplacó su propósito atolondrado, pero agravó su sentimiento de frustración. Se refugió en el trabajo. Se resignó no a ser un hombre sin mujer toda la vida para ocultar la vergüenza de su inutilidad. Mientras tanto, Melquíades germinó de plasmar en sus placas todo lo que era plasmable en Macondo, y abandonó el laboratorio de daguerrotipia a los delirios de José Arcadio Buendía, quien había resuelto utilizarlo para obtener la prueba científica de la existencia de Dios. Mediante un complicado proceso de exposiciones superpuestas tomadas en distintos lugares de la casa, estaba seguro de hacer tarde o temprano el daguerrotipo de Dios, si existía, o poner término de una vez por todas a la suposición de su existencia. Melquíades profundizó en las interpretaciones de Nostradamus. Estaba hasta muy tarde, asfixiándose dentro de su descolorido chaleco de terciopelo, garrapateando papeles con sus minúsculas manos

de gorrión, cuyas sortijas habían perdido la lumbré de otra época. Una noche creyó encontrar una predicción sobre el futuro de Macondo. Sería una ciudad luminosa, con grandes casas de vidrio, donde no quedaba ningún rastro de la estirpe de los Buendía. «Es una equivocación», tronó José Arcadio Buendía. «No serán casas de vidrio sino de hielo, como yo lo soñé, y siempre habrá un Buendía, por los siglos de los siglos». En aquella casa extravagante, Úrsula pugnaba por preservar el sentido común, habiendo ensanchado el negocio de animalitos de caramelo con un horno que producía toda la noche canastos y canastos de pan y una prodigiosa variedad de pudines, merengues y bizcochuelos, que se esfumaban en pocas horas por los vericuetos de la ciénaga. Había llegado a una edad en que tenía derecho a descansar, pero era, sin embargo, cada vez más activa. Tan ocupada estaba en sus prósperas empresas, que una tarde miró por distracción hacia el patio, mientras la india la ayudaba a endulzar la masa, y vio dos adolescentes desconocidas y hermosas bordando en bastidor a la luz del crepúsculo. Eran Rebeca y Amaranta. Apenas se habían quitado el luto de la abuela, que guardaron con inflexible rigor durante tres años, y la ropa de color parecía haberles dado un nuevo lugar en el mundo. Rebeca, al contrario de lo que pudo esperarse, era la más bella. Tenía un cutis diáfano, unos ojos grandes y reposados, y unas manos mágicas que parecían elaborar con hilos invisibles la trama del bordado. Amaranta, la menor, era un poco sin gracia, pero tenía la distinción natural, el estiramiento interior de la abuela muerta. Junto a ellas, aunque ya revelaba el impulso físico de su padre, Arcadio parecía un niño. Se había dedicado a aprender el arte de la platería con Aureliano, quien además lo había enseñado a leer y escribir. Úrsula se dio cuenta de pronto que la casa se había llenado de gente, que sus hijos estaban a punto de casarse y tener hijos, y que se verían obligados a dispersarse por falta de espacio. Entonces sacó el dinero acumulado en largos años de dura labor, adquirió compromisos con sus clientes, y emprendió la ampliación de la casa. Dispuso que se construyera una sala formal para las visitas, otra más cómoda y fresca para el uso diario, un comedor para una mesa de doce puestos donde se sentara la familia con todos sus invitados; nueve dormitorios con ventanas hacia el patio y un largo corredor protegido del resplandor del mediodía por

un jardín de rosas, con un pasamanos para poner macetas de helechos y tiestos de begonias. Dispuso ensanchar la cocina para construir dos hornos, destruir el viejo granero donde Pilar Ternera le leyó el porvenir a José Arcadio, y construir otro dos veces más grande para que nunca faltaran los alimentos en la asa. Dispuso construir en el patio, a la sombra del castaño, un baño para las mujeres y otro para los hombres, y al fondo una caballeriza grande, un gallinero alambrado, un establo de ordeña y una pajarera abierta a los cuatro vientos para que se instalaran a su gusto los pájaros sin rumbo. Seguida por docenas de albañiles y carpinteros, como si hubiera contraído la fiebre alucinante de su esposo, Úrsula ordenaba la posición de la luz y la conducta del calor, y repartía el espacio sin el menor sentido de sus límites. La primitiva construcción de los fundadores se llenó de herramientas y materiales, de obreros agobiados por el sudor, que le pedían a todo el mundo el favor de no estorbar, sin pensar que eran ellos quienes estorbaban, exasperados por el talego de huesos humanos que los perseguía por todas partes con su sordo cascabeleo. En aquella incomodidad, respirando cal viva y melaza de alquitrán, nadie entendió muy bien cómo fue surgiendo de las entrañas (le la tierra no solo la casa más grande que habría nunca en el pueblo, sino la más hospitalaria y fresca que hubo jamás en el ámbito de la ciénaga. José Arcadio Buendía, tratando (le sorprender a la Divina Providencia en medio del cataclismo, fue quien menos lo entendió. La nueva casa estaba casi terminada cuando Úrsula lo sacó de su mundo quimérico para informarle que había orden de pintar la fachada de azul, y no de blanco como ellos querían. Le mostró la disposición oficial escrita en un papel. José Arcadio Buendía, sin comprender lo que decía su esposa, descifró la firma.

-¿Quién es este tipo? -preguntó.

-El corregidor -dijo Úrsula desconsolada-. Dicen que es una autoridad que mandó el gobierno.

Don Apolinar Moscote, el corregidor, había llegado a Macondo sin hacer ruido. Se bajó en el Hotel de Jacob —instalado por uno de los primeros árabes que llegaron haciendo cambalache de chucherías por guacamayas— y al día siguiente alquiló un cuartito con puerta hacia la calle, a dos cuadras de la casa de los Buendía. Puso una mesa y una silla que le compró a Jacob, clavó en la pared un escudo de la república que había traído

consigo, y pintó en la puerta el letrero: Corregidor. Su primera disposición fue ordenar que todas las casas se pintaran de azul para celebrar el aniversario de la independencia nacional. José Arcadio Buendía, con la copia de la orden en la mano, lo encontró durmiendo la siesta en una hamaca que había colgado en el escueto despacho. «¿Usted escribió este papel?», le preguntó. Don Apolinar Moscote, un hombre maduro, tímido, de compleción sanguínea, contestó que sí. «¿Con qué derecho?», volvió a preguntar José Arcadio Buendía. Don Apolinar Moscote buscó un papel en la gaveta de la mesa y se lo mostró: «He sido nombrado corregidor de este pueblo». José Arcadio Buendía ni siquiera miró el nombramiento.

En este pueblo no mandamos con papeles -dijo sin perder la calma- Y para que lo sepa de una vez, no necesitamos ningún corregidor porque aquí no hay nada que corregir.

Ante la impavidez de don Apolinar Moscote, siempre sin levantar la voz, hizo un pormenorizado recuento de cómo habían fundado la aldea, de cómo se habían repartido la tierra, abierto los caminos e introducido las mejoras que les había ido exigiendo la necesidad, sin haber molestado a gobierno alguno y sin que nadie los molestara. «Somos tan pacíficos que ni siquiera nos hemos muerto de muerte natural», dijo. «Ya ve que todavía no tenemos cementerio». No se dolió de que el gobierno no los hubiera ayudado. Al contrario, se alegraba de que hasta entonces los hubiera dejado crecer en paz, y esperaba que así los siguiera dejando, porque ellos no habían fundado un pueblo para que el primer advenedizo les fuera a decir lo que debían hacer. Don Apolinar Moscote se había puesto un saco de dril, blanco como sus pantalones, sin perder en ningún momento la pureza de sus ademanes.

-De modo que si usted se quiere quedar aquí, como otro ciudadano común y corriente, sea muy bienvenido —concluyó José Arcadio Buendía-. Pero si viene a implantar el desorden obligando a la gente que pinte su casa de azul, puede agarrar sus corotos y largarse por donde vino. Porque mi casa ha de ser blanca como una paloma.

Don Apolinar Moscote se puso pálido. Dio un paso atrás y apretó las mandíbulas para decir con una cierta aflicción:

-Quiero advertirle que estoy armado.

José Arcadio Buendía no supo en qué momento se le subió a las manos la fuerza juvenil con que derribaba un caballo. Agarró a don Apolinar Moscote por la solapa y lo levantó a la altura de sus ojos.

-Esto lo hago le dijo- porque prefiero cargarlo vivo y no tener que seguir cargándolo muerto por el resto de mi vida.

Así lo llevó por la mitad de la calle, suspendido por las solapas, hasta que lo puso sobre sus dos pies en el camino de la ciénaga. Una semana después estaba de regreso con seis soldados descalzos y harapientos, armados con escopetas, y una carreta de bueyes donde viajaban su mujer y sus siete hijas. Más tarde llegaron otras dos carretas con los muebles, los baúles y los utensilios domésticos. Instaló la familia en el Hotel de Jacob, mientras conseguía una casa, y volvió a abrir el despacho protegido por los soldados. Los fundadores de Macondo, resueltos a expulsar a los invasores, fueron con sus hijos mayores a ponerse a disposición de José Arcadio Buendía. Pero él se opuso, según explicó, porque don Apolinar Moscote había vuelto con su mujer y sus hijas, y no era cosa de hombres abochornar a otros delante de su familia. Así que decidió arreglar la situación por las buenas.

Aureliano lo acompañó. Ya para entonces había empezado a cultivar el bigote negro de puntas engomadas, y tenía la voz un poco estentórea que había de caracterizarlo en la guerra. Desarmados, sin hacer caso de la guardia, entraron al despacho del corregidor. Don Apolinar Moscote no perdió la serenidad. Les presentó a dos de sus hijas que se encontraban allí por casualidad: Amparo, de 16 años, morena como su madre, y Remedios, de apenas nueve años, una preciosa niña con piel de lirio y ojos verdes. Eran graciosas y bien educadas. Tan pronto como ellos entraron, antes de ser presentadas, les acercaron sillas para que se sentaran. Pero ambos permanecieron de pie.

-Muy bien, amigo -dijo José Arcadio Buendía; usted se queda aquí, pero no porque tenga en la puerta esos bandoleros de trabuco, sino por consideración a su señora esposa y a sus hijas. Don Apolinar Moscote se desconcertó, pero José Arcadio Buendía no le dio tiempo de replicar. «Solo le ponemos dos condiciones», agregó. «La primera: que cada quien pinta su casa del color que le dé la gana. La segunda: que los soldados se van

en seguida. Nosotros le garantizamos el orden». El corregidor levantó la mano derecha con todos los dedos extendidos.

-¿Palabra de honor? Palabra de enemigo -dijo José Arcadio Buendía. Y añadió en un tono amargo-: Porque una cosa le quiero decir: usted y yo seguimos siendo enemigos.

Esa misma tarde se fueron los soldados. Pocos días después José Arcadio Buendía le consiguió una casa a la familia del corregidor. Todo el mundo quedó en paz, menos Aureliano. La imagen de Remedios, la hija menor del corregidor, que por su edad hubiera podido ser hija suya, le quedó doliendo en alguna parte del cuerpo. Era una sensación física que casi le molestaba para caminar, como una piedrecita en el zapato.

Cien años de soledad de Gabriel García Márquez

- a) Haz el resumen del capítulo.
- b) Haz un esquema con los personajes, sus características y sus relaciones entre sí.
- c) ¿Quién narra?
- d) ¿Cuál es el conflicto principal y secundario?
- e) ¿Cómo el autor describe el ambiente?
- f) ¿Cuál es tu opinión de este capítulo?

13. Lee el siguiente cuento y responde las preguntas:

A mitad del largo zaguán del hotel pensó que debía ser tarde y se apuró a salir a la calle y sacar la motocicleta del rincón donde el portero de al lado le permitía guardarla. En la joyería de la esquina vio que eran las nueve menos diez; llegaría con tiempo sobrado adónde iba. El sol se filtraba entre los altos edificios del centro, y él -porque para sí mismo, para ir pensando, no tenía nombre- montó en la máquina saboreando el paseo. La moto ronroneaba entre sus piernas, y un viento fresco le chicoteaba los pantalones.

Dejó pasar los ministerios (el rosa, el blanco) y la serie de comercios con brillantes vitrinas de la calle Central. Ahora

entraba en la parte más agradable del trayecto, el verdadero paseo: una calle larga, bordeada de árboles, con poco tráfico y amplias villas que dejaban venir los jardines hasta las aceras, apenas demarcadas por setos bajos. Quizá algo distraído, pero corriendo por la derecha como correspondía, se dejó llevar por la tersura, por la leve crispación de ese día apenas empezado. Tal vez su involuntario relajamiento le impidió prevenir el accidente. Cuando vio que la mujer parada en la esquina se lanzaba a la calzada a pesar de las luces verdes, ya era tarde para las soluciones fáciles. Frenó con el pie y con la mano, desviándose a la izquierda; oyó el grito de la mujer, y junto con el choque perdió la visión. Fue como dormirse de golpe.

Volvió bruscamente del desmayo. Cuatro o cinco hombres jóvenes lo estaban sacando de debajo de la moto. Sentía gusto a sal y sangre, le dolía una rodilla y cuando lo alzaron gritó, porque no podía soportar la presión en el brazo derecho. Voces que no parecían pertenecer a las caras suspendidas sobre él, lo alentaban con bromas y seguridades. Su único alivio fue oír la confirmación de que había estado en su derecho al cruzar la esquina. Preguntó por la mujer, tratando de dominar la náusea que le ganaba la garganta. Mientras lo llevaban boca arriba hasta una farmacia próxima, supo que la causante del accidente no tenía más que rasguños en la piernas. “Usted la agarró apenas, pero el golpe le hizo saltar la máquina de costado...”; Opiniones, recuerdos, despacio, éntrenlo de espaldas, así va bien, y alguien con guardapolvo dándole de beber un trago que lo alivió en la penumbra de una pequeña farmacia de barrio.

La ambulancia policial llegó a los cinco minutos, y lo subieron a una camilla blanda donde pudo tenderse a gusto. Con toda lucidez, pero sabiendo que estaba bajo los efectos de un shock terrible, dio sus señas al policía que lo acompañaba. El brazo casi no le dolía; de una cortadura en la ceja goteaba sangre por toda la cara. Una o dos veces se lamió los labios para beberla. Se sentía bien, era un accidente, mala suerte; unas semanas quieto y nada más. El vigilante le dijo que la motocicleta no parecía muy estropeada. “Natural”, dijo él. “Como que me la ligué encima...” Los dos rieron y el vigilante le dio la mano al llegar al hospital y le deseó buena suerte. Ya la náusea volvía poco a poco; mientras lo llevaban en una camilla de ruedas hasta un pabellón del fondo, pasando bajo árboles llenos de pájaros, cerró los

ojos y deseó estar dormido o cloroformado. Pero lo tuvieron largo rato en una pieza con olor a hospital, llenando una ficha, quitándole la ropa y vistiéndolo con una camisa grisácea y dura. Le movían cuidadosamente el brazo, sin que le doliera. Las enfermeras bromeaban todo el tiempo, y si no hubiera sido por las contracciones del estómago se habría sentido muy bien, casi contento.

Lo llevaron a la sala de radio, y veinte minutos después, con la placa todavía húmeda puesta sobre el pecho como una lápida negra, pasó a la sala de operaciones. Alguien de blanco, alto y delgado, se le acercó y se puso a mirar la radiografía. Manos de mujer le acomodaban la cabeza, sintió que lo pasaban de una camilla a otra. El hombre de blanco se le acercó otra vez, sonriendo, con algo que le brillaba en la mano derecha. Le palmeó la mejilla e hizo una seña a alguien parado atrás.

Como sueño era curioso porque estaba lleno de olores y él nunca soñaba olores. Primero un olor a pantano, ya que a la izquierda de la calzada empezaban las marismas, los tembladerales de donde no volvía nadie. Pero el olor cesó, y en cambio vino una fragancia compuesta y oscura como la noche en que se movía huyendo de los aztecas. Y todo era tan natural, tenía que huir de los aztecas que andaban a caza de hombre, y su única probabilidad era la de esconderse en lo más denso de la selva, cuidando de no apartarse de la estrecha calzada que sólo ellos, los motecas, conocían.

Lo que más lo torturaba era el olor, como si aun en la absoluta aceptación del sueño algo se revelara contra eso que no era habitual, que hasta entonces no había participado del juego. “Huele a guerra”, pensó, tocando instintivamente el puñal de piedra atravesado en su ceñidor de lana tejida. Un sonido inesperado lo hizo agacharse y quedar inmóvil, temblando. Tener miedo no era extraño, en sus sueños abundaba el miedo. Esperó, tapado por las ramas de un arbusto y la noche sin estrellas. Muy lejos, probablemente del otro lado del gran lago, debían estar ardiendo fuegos de vivac; un resplandor rojizo teñía esa parte del cielo. El sonido no se repitió. Había sido como una rama quebrada. Tal vez un animal que escapaba como él del olor a guerra. Se enderezó despacio, venteando. No se oía nada, pero el miedo seguía allí como el olor, ese incienso dulzón de la guerra florida. Había que seguir, llegar al corazón

de la selva evitando las ciénagas. A tientas, agachándose a cada instante para tocar el suelo más duro de la calzada, dio algunos pasos. Hubiera querido echar a correr, pero los tembladerales palpitaban a su lado. En el sendero en tinieblas, buscó el rumbo. Entonces sintió una bocanada del olor que más temía, y saltó desesperado hacia adelante.

-Se va a caer de la cama -dijo el enfermo de la cama de al lado-. No brinque tanto, amigazo.

Abrió los ojos y era de tarde, con el sol ya bajo en los ventanales de la larga sala. Mientras trataba de sonreír a su vecino, se despegó casi físicamente de la última visión de la pesadilla. El brazo, enyesado, colgaba de un aparato con pesas y poleas. Sintió sed, como si hubiera estado corriendo kilómetros, pero no querían darle mucha agua, apenas para mojar los labios y hacer un buche. La fiebre lo iba ganando despacio y hubiera podido dormirse otra vez, pero saboreaba el placer de quedarse despierto, entornados los ojos, escuchando el diálogo de los otros enfermos, respondiendo de cuando en cuando a alguna pregunta. Vio llegar un carrito blanco que pusieron al lado de su cama, una enfermera rubia le frotó con alcohol la cara anterior del muslo, y le clavó una gruesa aguja conectada con un tubo que subía hasta un frasco lleno de líquido opalino. Un médico joven vino con un aparato de metal y cuero que le ajustó al brazo sano para verificar alguna cosa. Caía la noche, y la fiebre lo iba arrastrando blandamente a un estado donde las cosas tenían un relieve como de gemelos de teatro, eran reales y dulces y a la vez ligeramente repugnantes; como estar viendo una película aburrida y pensar que sin embargo en la calle es peor; y quedarse.

Vino una taza de maravilloso caldo de oro oliendo a puerro, a apio, a perejil. Un trozito de pan, más precioso que todo un banquete, se fue desmigajando poco a poco. El brazo no le dolía nada y solamente en la ceja, donde lo habían suturado, chirriaba a veces una punzada caliente y rápida. Cuando los ventanales de enfrente viraron a manchas de un azul oscuro, pensó que no iba a ser difícil dormirse. Un poco incómodo, de espaldas, pero al pasarse la lengua por los labios resecos y calientes sintió el sabor del caldo, y suspiró de felicidad, abandonándose.

Primero fue una confusión, un atraer hacia sí todas las sensaciones por un instante embotadas o confundidas. Comprendía que

estaba corriendo en plena oscuridad, aunque arriba el cielo cruzado de copas de árboles era menos negro que el resto. “La calzada”, pensó. “Me salí de la calzada.” Sus pies se hundían en un colchón de hojas y barro, y ya no podía dar un paso sin que las ramas de los arbustos le azotaran el torso y las piernas. Jadeante, sabiéndose acorralado a pesar de la oscuridad y el silencio, se agachó para escuchar. Tal vez la calzada estaba cerca, con la primera luz del día iba a verla otra vez. Nada podía ayudarlo ahora a encontrarla. La mano que sin saberlo él aferraba el mango del puñal, subió como un escorpión de los pantanos hasta su cuello, donde colgaba el amuleto protector. Moviendo apenas los labios musitó la plegaria del maíz que trae las lunas felices, y la súplica a la Muy Alta, a la dispensadora de los bienes motecas. Pero sentía al mismo tiempo que los tobillos se le estaban hundiendo despacio en el barro, y la espera en la oscuridad del chaparral desconocido se le hacía insoportable. La guerra florida había empezado con la luna y llevaba ya tres días y tres noches. Si conseguía refugiarse en lo profundo de la selva, abandonando la calzada más allá de la región de las ciénagas, quizá los guerreros no le siguieran el rastro. Pensó en la cantidad de prisioneros que ya habrían hecho. Pero la cantidad no contaba, sino el tiempo sagrado. La caza continuaría hasta que los sacerdotes dieran la señal del regreso. Todo tenía su número y su fin, y él estaba dentro del tiempo sagrado, del otro lado de los cazadores.

Oyó los gritos y se enderezó de un salto, puñal en mano. Como si el cielo se incendiara en el horizonte, vio antorchas moviéndose entre las ramas, muy cerca. El olor a guerra era insoportable, y cuando el primer enemigo le saltó al cuello casi sintió placer en hundirle la hoja de piedra en pleno pecho. Ya lo rodeaban las luces y los gritos alegres. Alcanzó a cortar el aire una o dos veces, y entonces una soga lo atrapó desde atrás.

-Es la fiebre -dijo el de la cama de al lado-. A mí me pasaba igual cuando me operé del duodeno. Tome agua y va a ver que duerme bien.

Al lado de la noche de donde volvía, la penumbra tibia de la sala le pareció deliciosa. Una lámpara violeta velaba en lo alto de la pared del fondo como un ojo protector. Se oía toser, respirar fuerte, a veces un diálogo en voz baja. Todo era grato y seguro, sin acoso, sin... Pero no quería seguir pensando en la pesadilla.

Había tantas cosas en qué entretenerse. Se puso a mirar el yeso del brazo, las poleas que tan cómodamente se lo sostenían en el aire. Le habían puesto una botella de agua mineral en la mesa de noche. Bebió del gollete, golosamente. Distinguía ahora las formas de la sala, las treinta camas, los armarios con vitrinas. Ya no debía tener tanta fiebre, sentía fresca la cara. La ceja le dolía apenas, como un recuerdo. Se vio otra vez saliendo del hotel, sacando la moto. ¿Quién hubiera pensado que la cosa iba a acabar así? Trataba de fijar el momento del accidente, y le dio rabia advertir que había ahí como un hueco, un vacío que no alcanzaba a rellenar. Entre el choque y el momento en que lo habían levantado del suelo, un desmayo o lo que fuera no le dejaba ver nada. Y al mismo tiempo tenía la sensación de que ese hueco, esa nada, había durado una eternidad. No, ni siquiera tiempo, más bien como si en ese hueco él hubiera pasado a través de algo o recorrido distancias inmensas. El choque, el golpe brutal contra el pavimento. De todas maneras al salir del pozo negro había sentido casi un alivio mientras los hombres lo alzaban del suelo. Con el dolor del brazo roto, la sangre de la ceja partida, la contusión en la rodilla; con todo eso, un alivio al volver al día y sentirse sostenido y auxiliado. Y era raro. Le preguntaría alguna vez al médico de la oficina. Ahora volvía a ganarlo el sueño, a tirarlo despacio hacia abajo. La almohada era tan blanda, y en su garganta afiebrada la frescura del agua mineral. Quizá pudiera descansar de veras, sin las malditas pesadillas. La luz violeta de la lámpara en lo alto se iba apagando poco a poco.

Como dormía de espaldas, no lo sorprendió la posición en que volvía a reconocerse, pero en cambio el olor a humedad, a piedra rezumante de filtraciones, le cerró la garganta y lo obligó a comprender. Inútil abrir los ojos y mirar en todas direcciones; lo envolvía una oscuridad absoluta. Quiso enderezarse y sintió las sogas en las muñecas y los tobillos. Estaba estaqueado en el piso, en un suelo de lajas helado y húmedo. El frío le ganaba la espalda desnuda, las piernas. Con el mentón buscó torpemente el contacto con su amuleto, y supo que se lo habían arrancado. Ahora estaba perdido, ninguna plegaria podía salvarlo del final. Lejanamente, como filtrándose entre las piedras del calabozo, oyó los atabales de la fiesta. Lo habían traído al teocalli, estaba en las mazmorras del templo a la espera de su turno.

Oyó gritar, un grito ronco que rebotaba en las paredes. Otro grito, acabando en un quejido. Era él que gritaba en las tinieblas, gritaba porque estaba vivo, todo su cuerpo se defendía con el grito de lo que iba a venir, del final inevitable. Pensó en sus compañeros que llenarían otras mazmorras, y en los que ascendían ya los peldaños del sacrificio. Gritó de nuevo sofocadamente, casi no podía abrir la boca, tenía las mandíbulas agarrotadas y a la vez como si fueran de goma y se abrieran lentamente, con un esfuerzo interminable. El chirriar de los cerrojos lo sacudió como un látigo. Convulso, retorciéndose, luchó por zafarse de las cuerdas que se le hundían en la carne. Su brazo derecho, el más fuerte, tiraba hasta que el dolor se hizo intolerable y hubo que ceder. Vio abrirse la doble puerta, y el olor de las antorchas le llegó antes que la luz. Apenas ceñidos con el taparrabos de la ceremonia, los acólitos de los sacerdotes se le acercaron mirándolo con desprecio. Las luces se reflejaban en los torsos sudados, en el pelo negro lleno de plumas. Cedieron las sogas, y en su lugar lo aferraron manos calientes, duras como el bronce; se sintió alzado, siempre boca arriba, tironeado por los cuatro acólitos que lo llevaban por el pasadizo. Los portadores de antorchas iban adelante, alumbrando vagamente el corredor de paredes mojadas y techo tan bajo que los acólitos debían agachar la cabeza. Ahora lo llevaban, lo llevaban, era el final. Boca arriba, a un metro del techo de roca viva que por momentos se iluminaba con un reflejo de antorcha. Cuando en vez del techo nacieran las estrellas y se alzara ante él la escalinata incendiada de gritos y danzas, sería el fin. El pasadizo no acababa nunca, pero ya iba a acabar, de repente olería el aire libre lleno de estrellas, pero todavía no, andaban llevándolo sin fin en la penumbra roja, tironeándolo brutalmente, y él no quería, pero cómo impedirlo si le habían arrancado el amuleto que era su verdadero corazón, el centro de la vida.

Salió de un brinco a la noche del hospital, al alto cielo raso dulce, a la sombra blanda que lo rodeaba. Pensó que debía haber gritado, pero sus vecinos dormían callados. En la mesa de noche, la botella de agua tenía algo de burbuja, de imagen traslúcida contra la sombra azulada de los ventanales. Jadeó buscando el alivio de los pulmones, el olvido de esas imágenes que seguían pegadas a sus párpados. Cada vez que cerraba los ojos las veía formarse instantáneamente, y se enderezaba aterrado pero

gozando a la vez del saber que ahora estaba despierto, que la vigilia lo protegía, que pronto iba a amanecer, con el buen sueño profundo que se tiene a esa hora, sin imágenes, sin nada... Le costaba mantener los ojos abiertos, la modorra era más fuerte que él. Hizo un último esfuerzo, con la mano sana esbozó un gesto hacia la botella de agua; no llegó a tomarla, sus dedos se cerraron en un vacío otra vez negro, y el pasadizo seguía interminable, roca tras roca, con súbitas fulguraciones rojizas, y él boca arriba gimió apagadamente porque el techo iba a acabarse, subía, abriéndose como una boca de sombra, y los acólitos se enderezaban y de la altura una luna menguante le cayó en la cara donde los ojos no querían verla, desesperadamente se cerraban y abrían buscando pasar al otro lado, descubrir de nuevo el cielo raso protector de la sala. Y cada vez que se abrían era la noche y la luna mientras lo subían por la escalinata, ahora con la cabeza colgando hacia abajo, y en lo alto estaban las hogueras, las rojas columnas de rojo perfumado, y de golpe vio la piedra roja, brillante de sangre que chorreaba, y el vaivén de los pies del sacrificado, que arrastraban para tirarlo rodando por las escalinatas del norte. Con una última esperanza apretó los párpados, gimiendo por despertar. Durante un segundo creyó que lo lograría, porque estaba otra vez inmóvil en la cama, a salvo del balanceo cabeza abajo. Pero olía a muerte y cuando abrió los ojos vio la figura ensangrentada del sacrificador que venía hacia él con el cuchillo de piedra en la mano. Alcanzó a cerrar otra vez los párpados, aunque ahora sabía que no iba a despertarse, que estaba despierto, que el sueño maravilloso había sido el otro, absurdo como todos los sueños; un sueño en el que había andado por extrañas avenidas de una ciudad asombrosa, con luces verdes y rojas que ardían sin llama ni humo, con un enorme insecto de metal que zumbaba bajo sus piernas. En la mentira infinita de ese sueño también lo habían alzado del suelo, también alguien se le había acercado con un cuchillo en la mano, a él tendido boca arriba, a él boca arriba con los ojos cerrados entre las hogueras.

La noche boca arriba de Julio Cortázar

- a) ¿Cuál es el argumento del cuento?
- b) ¿Qué personajes aparecen en este cuento?

- c) ¿Cómo el autor trata el tiempo en este cuento?
- d) ¿Cómo el autor trata el espacio en este cuento?
- e) ¿Cuál es el conflicto que se plantea en este cuento?
- f) ¿Cuál es tu opinión de este cuento?

14. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

Él sintió el hueco de la rodilla de la mujer, húmedo, junto a su cintura. Siempre sudaba de esa manera ligera y fresca: cuando él separó el brazo de la cintura de Regina, allí también sintió la humedad de cristales líquidos. Extendió la mano para acariciar toda la espalda, lentamente, y creyó dormirse: podría permanecer así durante horas, sin más ocupación que acariciar la espalda de Regina. Cuando cerró los ojos, se dio cuenta de la infinidad amorosa de ese cuerpo joven abrazado al suyo: pensó que la vida entera bastaría para recorrerlo y descubrirlo, para explorar esa geografía suave, ondulante, de accidentes negros, rosados. El cuerpo de Regina esperaba y él, sin voz y sin vista, se estiró sobre la cama, tocando los barrotes de fierro con las puntas de las manos y de los pies: se alargó hacia ambos extremos de la cama. Vivían dentro de un cristal negro: la madrugada aún estaba lejos. El mosquitero no pesaba y los aislaba de todo lo que quedaba fuera de los dos cuerpos. Abrió los ojos. La mejilla de la muchacha se acercó a la suya: la barba revuelta raspó la piel de Regina. No bastaba la oscuridad. Los ojos largos de Regina brillaban, entreabiertos, como una cicatriz negra y luminosa. Respiró hondo. Las manos de Regina se unieron sobre la nuca del hombre y los perfiles volvieron a acercarse. El calor de los muslos se fundió en una sola llama. Él respiró: recámara de blusas y faldones almidonados, de membrillos abiertos sobre la mesa de nogal, de veladora apagada. Y más cerca, el tufo marino de la mujer humedecida y blanda. Las uñas hicieron un ruido de gato entre las sábanas; las piernas volvieron a levantarse, ligeras, para apresar la cintura del hombre. Los labios buscaron el cuello. Las puntas de los senos temblaron alegremente cuando él acercó sus labios, riendo, apartando la larga cabellera envuelta. Si Regina hablara: él sintió el aliento cercano y le tapó los labios con la mano. Sin lengua y sin ojos: sólo la carne muda, abandonada a su propio placer. Ella lo entendió. Se apretó más junto al cuerpo

del hombre. Su mano descendió al sexo del hombre y la de él al monte duro y casi lampiño de esta niña: la recordó desnuda, de pie, joven y dura en su inmovilidad, pero ondulante y suave en cuanto caminaba: a lavarse en secreto, correr las cortinas, abanicar el brasero. Volvieran a dormir, cada uno poseído del centro del otro. Sólo las manos, una mano, se movió en el sueño sonriente.

La muerte de Artemio Cruz de Carlos Fuentes

- a) Resume este fragmento.
- b) Haz una lista de los personajes de este fragmento, sus características y sus relaciones.
- c) ¿Quién narra?
- d) ¿Cuál es el tema de este fragmento?

15. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

Parte número uno

ASUNTO GENERAL: Servicio de Visitadoras para Guarniciones, Puestos de Frontera y Afines.

ASUNTO ESPECÍFICO: Acondicionamiento del puesto de mando y evaluación de lugar aparente para enganche.

CARACTERÍSTICAS: secreto.

FECHA Y LUGAR: Iquitos, 12 de agosto de 1956.

El suscrito, capitán EP (Intendencia) Pantaleón Pantoja, encargado de organizar y poner en funcionamiento un Servicio de Visitadoras para Guarniciones, Puestos de Frontera y Afines (SVGPEFA) en toda la región amazónica, respetuosamente se presenta ante el general Felipe Collazos, jefe de Administración, Intendencia y Servicios Varios del Ejército, lo saluda y dice:

1. Que apenas llegado a Iquitos se apersonó a la Comandancia de la V Región (Amazonía) para presentar su saludo al general Roger Scavino, comandante en jefe, quien, luego de recibirlo con amabilidad y cordial simpatía, procedió a comunicarle algunas providencias tomadas para la más eficaz puesta en marcha de

la misión que le ha sido confiada, a saber: que a fin de cautelar el buen nombre de la institución, conviene que el suscrito no se apersona nunca a la Comandancia ni a los cuarteles de esta ciudad, ni vista el uniforme, ni se domicilie en la Villa Militar, ni tenga relaciones con los oficiales de la plaza, es decir que actúe en todo momento como un civil, ya que las personas y ambientes que deberá frecuentar (la ralea, la sociedad prostibularia) no se condicen con las previsibles juntas de un capitán de la Fuerza Armada. Que acata estrictamente estas disposiciones, pese a lo triste que le resulta ocultar su condición de oficial de nuestro Ejército, de la que se siente orgulloso, y mantenerse apartado de sus compañeros de armas, a quienes considera sus hermanos, y pese a la delicada situación familiar que ello le crea, por cuanto también está obligado a guardar ante su señora madre y su propia esposa la más absoluta reserva sobre la misión, y por tanto a faltar a la verdad casi todo el tiempo en aras de la armonía familiar y buen éxito del trabajo. Que acepta estos sacrificios, consciente de lo impostergable de la operación que la superioridad le ha encargado y de los intereses de nuestros soldados que sirven a la Patria en las comarcas más remotas de la selva;

2. Que ya ha tomado posesión del emplazamiento sito a orillas del río Itaya, afectado por la Comandancia de la V Región para puesto de mando y centro logístico (reclutador/proveedor) del Servicio de Visitadoras. Que ya se han colocado a sus órdenes los soldados destacados al Servicio, quienes responden a los nombres de Sinforoso Caiguas y Palomino Rioalto y a quienes, con muy buen criterio, la superioridad ha elegido por sus dotes de excelente comportamiento, docilidad y cierta indiferencia ante personas del otro sexo, pues, caso contrario, el tipo de trabajo que tendrán y la idiosincrasia del medio que los envolverá, podrían suscitar en ellos tentaciones y consiguientes problemas para el Servicio. El suscrito desea hacer constar que el sitio donde se halla situado el puesto de mando y centro logístico reviste las mejores condiciones: ante todo, amplitud y vecindad del medio de transporte (río Itaya); luego, estar protegido de miradas indiscretas, pues la ciudad se halla bastante lejos y el lugar poblado más próximo, el molino de arroz Garote, se levanta en la orilla opuesta (no hay puente). De otro lado, goza de buenas posibilidades topográficas para instalar un pequeño

embarcadero, de modo que todos los envíos y recepciones, cuando el Servicio de Visitadoras haya establecido su sistema circulatorio, puedan efectuarse bajo la vigilancia directa del puesto de mando;

3. Que la primera semana, el suscrito debió concentrar todo su tiempo y esfuerzos en la limpieza y adecentamiento del local, semicuilátero de 1.323 metros cuadrados (una cuarta parte de cuya superficie se halla techada con calamina), cercado de tabiques de madera y con dos portones, uno sobre la trocha a Iquitos y otro sobre el río. La parte con techo es de 327 metros cuadrados y está pavimentada; consta de dos plantas, siendo la superior sólo un volado de madera con baranda, al que conduce una escalerita de bombero. El suscrito ha instalado allí su puesto de mando, oficina particular, caja y archivo. En la parte inferior—que puede ser observada, en todo momento, desde el puesto de mando—se han colgado hamacas para Sinforoso Caiguas y Palomino Rioalto, y erigido un retrete de confección rústica (el desagüe es el río). La parte descubierta es un canchón de tierra, con todavía algunos árboles;

Que una semana para el acondicionamiento del lugar podría parecer excesivo, sintomático de lenidad o pereza, pero lo cierto es que el emplazamiento se encontraba en condiciones inutilizables, y, con permiso de la expresión, inmundas, por las razones que se exponen: aprovechando que el Ejército lo tenía abandonado, este depósito había venido sirviendo para prácticas heterogéneas e ilegales. Es así que se habían posesionado de él unos seguidores del Hermano Francisco, sujeto de origen extranjero, fundador de una nueva religión y presunto hacedor de milagros, que recorre a pie y en balsa la Amazonía brasileña, colombiana, ecuatoriana y peruana, alzando cruces en las localidades por donde pasa, y haciéndose crucificar él mismo, para predicar en esta extravagante postura, sea en portugués, español o lenguas de chunchos. Acostumbra anunciar catástrofes y exhorta a sus devotos (innúmeros, pese a la hostilidad que le profesan la Iglesia Católica y las protestantes, debido al carisma del sujeto, sin duda muy grande, pues su prédica no sólo hace mella en gente simple e inculta, sino también en personas con educación, como ha ocurrido por ejemplo y por desgracia con la propia madre del suscrito), a desprenderse de sus bienes y a construir cruces de madera y hacer ofrendas para cuando llegue el fin del

mundo, lo que asegura será prontísimo. Aquí en Iquitos, por donde el Hermano Francisco ha pasado estos días, existen numerosas 'arcas' (así se llaman los templos de la secta creada por este individuo en quien, si la superioridad lo juzga adecuado, el Servicio de Inteligencia debería quizás interesarse) y un grupo de 'hermanos' y 'hermanas', como se dicen entre ellos, había convertido este depósito en 'arca'. Tenían instalada una cruz para sus antihigiénicas y crueles ceremonias, que consisten en crucificar toda clase de animales, a fin de que su sangre bañe a los adictos arrodillados al pie de la cruz. Es así que el suscrito encontró en el local incontables cadáveres de monos, perros, tigrillos y hasta loros y garzas, lamparones y manchas de sangre por doquier y, sin duda, enjambres de gérmenes infecciosos. Que el día que el suscrito ocupó el local hubo que recurrir a la fuerza pública para desalojar a los Hermanos del Arca, en el momento que se disponían a clavar un lagarto, el mismo que fue decomisado y entregado a la Proveduría Militar de la V Región;

Que, anteriormente, este infortunado local había sido usado por un brujo o curandero, al que los 'hermanos' expulsaron por métodos compulsivos, el Maestro Poncio, quien celebraba aquí ceremonias nocturnas con ese cocimiento de cortezas, la ayahuasca, que, al parecer, cura enfermedades y provoca alucinaciones, pero también, lamentablemente, trastornos físicos instantáneos, como abundantes esputos, caudalosos orines y masiva diarrea, excrecencias que, junto con los posteriores cadáveres de animales sacrificados y los muchos gallinazos y alimañas que llegaban hasta aquí imantados por los desperdicios y la carroña, habían convertido este lugar en un verdadero infierno para la vista y el olfato. El suscrito debió procurar a Sinforoso Caiguas y Palomino Rioalto lampas, rastrillos, escobas, baldes (véanse recibos 1, 2 y 3) para que, trabajando diligentemente bajo su control, quemaran las basuras, baldearan suelo y paredes y desinfectaran todo con creso. Luego ha sido preciso envenenar y taponear las madrigueras y sembrar trampas para atajar la invasión de roedores, tan abundantes y desaprensivos que, aunque parezca exageración, saltan y caminaban con parsimonia ante los ojos del suscrito y hasta tropezaban en sus pies. Se ha procedido al encalado y pintura de las paredes, lo que reclamaban insistentemente los destrozos, inscripciones, dibujos desvergonzados (también escondite de amores culpables debió haber sido el

recinto) y las crucesitas de los ‘hermanos’ que lucían. Asimismo, ha sido preciso adquirir en el Mercado de Belén, a precios de ocasión, algunos muebles de escritorio como mesa, silla, tablón y archivador para el puesto de mando (recibos 4, 5, 6 y 7). En cuanto al solar descubierto, en el que todavía aparecen muchos objetos abandonados por el Ejército desde la época en que lo utilizaba como depósito (latas, material motorizado en ruinas) que el Servicio de Visitadoras no ha querido destruir en espera de órdenes, ha sido acabado de desbrozar y debidamente limpiado (hasta una serpiente muerta se encontró bajo un matorral), con todo lo cual el suscrito tiene el honor de decir que en siete días, imponiéndose, eso sí, faenas de diez y hasta doce horas, ha conseguido convertir el indescriptible muladar que recibió, en un sitio habitable, sencillo pero ordenado, limpio y hasta grato, tal cual corresponde a toda dependencia de nuestro Ejército, aun clandestina como es el caso de la presente;

4. Que una vez acondicionado el emplazamiento, el suscrito ha procedido a levantar diversos mapas y organigramas para distinguir con la mayor exactitud el área que abarcará el SVGPFA, el número potencial de usuarios que tendrá y las rutas que seguirán sus convoyes. Que la primera evaluación topográfica sumariza las siguientes cifras: el Servicio de Visitadoras cubrirá un área aproximada de 400.000 kilómetros cuadrados, que incluye como centros usuarios potenciales a 8 Guarniciones, 26 Puestos y 45 Campamentos, hacia los cuales los medios de comunicación primordiales, a partir del puesto de mando y centro logístico, son el aire y la vía fluvial (véase mapa número 1), aunque en algunos casos excepcionales el transporte podría efectuarse por tierra (cercanías de Iquitos, Yurimaguas, Contamana y Pucallpa). Que para determinar el número potencial de usuarios del Servicio de Visitadoras, se permitió enviar (con el visto bueno del comandante en jefe de la V Región) a todas las Guarniciones, Puestos de Frontera y Afines, para que lo sometieran a los jefes de compañía o, en su defecto, de grupo, el siguiente test de su invención:

1. ¿Cuántos clases y soldados solteros se hallan bajo su mando? Considere, antes de responder, que, para los fines que le interesan, el test agrupa entre los casados no sólo a los clases y soldados unidos en matrimonio por la Iglesia o el Estado, sino también a quienes tienen convivientes (concubinas), e, incluso,

a aquellos que, de manera irregular o esporádica, mantienen alguna forma de cohabitación íntima en las inmediaciones del emplazamiento en el que sirven.

OBSERVACIÓN: el test quiere establecer, con la mayor precisión, el número de hombres bajo su mando que no mantienen ninguna forma, permanente o pasajera, de vida marital;

2. Una vez averiguado, con la mayor exactitud, el número de solteros a su mando (en la acepción del test), proceda a restar de ese guarismo a todos los clases y soldados a quienes, por alguna razón u otra, se podría catalogar como incapacitados para realizar actividades íntimas de tipo marital normal. Es decir: invertidos, onanistas inveterados, impotentes y apáticos sexuales.

OBSERVACION: considerando el natural respeto de cada cual por el qué dirán, los prejuicios humanos y el temor lógico a ser objeto de burlas de quien reconociera hallarse dentro de esta excepción, se alerta al oficial responsable del test sobre lo arriesgado que sería, para realizar esta eliminación estadística, confiar únicamente en el testimonio de cada clase o soldado. Se recomienda, por eso, que para responder a este punto del test el oficial combine los datos del interrogatorio personal con los testimonios ajenos (confidencias de amigos y compañeros del sujeto), la propia observación o algún subterfugio inspirado y audaz;

3. Hecha esta resta y fijado el número de clases y soldados solteros con capacidad marital a su mando, proceda, con malicia y discreción, a averiguar entre quienes componen este grupo, el número de prestaciones de tipo marital que cada sujeto calcula o sabe requeriría mensualmente para satisfacer las necesidades de su virilidad.

OBSERVACION: el test trata de establecer un cuadro de ambiciones maximalistas y otro minimalistas, según este ejemplo:

Sujeto X Ambiciones máximas por mes: 30

Ambiciones mínimas por mes: 4

4. Establecido el cuadro precedente, procure determinar entre el mismo grupo de solteros con capacidad marital a su mando, mediante la misma técnica de sondeos indirectos, preguntas

de apariencia casual, etc., cuánto tiempo calcula o sabe positivamente el sujeto que debe durar en su caso la prestación marital (desde los preliminares hasta su total conclusión), según el mismo esquema maximalista/minimalista:

Sujeto X Ambición máxima por prestación: 2 horas

Ambición mínima por prestación: 10 minutos

OBSERVACIÓN: Tanto en el acápite 3 como en el 4 del test, saque promedios y envíe esa cifra, sin individualizar la información. El test quiere establecer la media normal mensual ambicionada del número de prestaciones necesarias a la virilidad de los clases y soldados a su mando, así como el tiempo medio normal ambicionado para cada prestación.

Que el suscrito quiere dejar constancia del entusiasmo, la celeridad y la eficacia con que los oficiales de las Guarniciones, Puestos y Campamentos han respondido al test en cuestión (solo una quincena de Puestos no pudieron ser consultados por obstáculos en la comunicación debidos a los desperfectos del equipo de transmisiones, mal tiempo, etc.), lo que ha permitido constituir el siguiente cuadro:

Número potencial de usuarios del Servicio de Visitadoras: 8.726 (ocho mil setecientos veintiséis)

Número de prestaciones mensuales (promedio ambicionado por usuario): 12 (doce)

Tiempo de prestación individual (promedio ambicionado): 30 minutos

Lo que significa que el Servicio de Visitadoras, para cumplir a plenitud su función, debería estar en condiciones de asegurar a todas las Guarniciones, Puestos de Frontera y Afines de la V Región (Amazonía) un promedio mensual de 104.712 (ciento cuatro mil setecientos doce) prestaciones, objetivo evidentemente lejano en las actuales circunstancias. Que el suscrito está consciente de la obligación de iniciar el Servicio fijándose metas modestas y alcanzables, teniendo en cuenta la

realidad y la filosofía escondida en refranes como “despacio se va lejos” y “no por mucho madrugar amanece más temprano”;

5. Que necesita saber si entre los usuarios potenciales del servicio de Visitadoras deben incluirse a los grados intermedios (suboficiales). El suscrito solicita una aclaración rápida a este respecto, pues, de ser afirmativa la respuesta de la superioridad, las estimaciones obtenidas variarían considerablemente. Teniendo en cuenta el ya elevado número de usuarios potenciales y las crecidas ambiciones que manifiesten, el suscrito se permite sugerir que, por lo menos en la primera etapa de su funcionamiento, el Servicio de Visitadoras no comprenda a los grados intermedios.

6. Que procedió asimismo a establecer los primeros contactos con miras al enganche. Gracias a la cooperación de un individuo que responde al nombre de Porfirio Wong, alias Chino, a quien conoció por obra de la casualidad en el centro nocturno denominado “Mao Mao” (calle Pebas 260), hizo una visita en horas de la noche al lugar de diversión concurrido por mujeres de vida airada que regenta doña Leonor Curinchila, alias Chuchupe, comúnmente conocido con el nombre de Casa Chuchupe y sito en la carretera al balneario de Nanay. Siendo la dicha Leonor Curinchila amiga de Porfirio Wong pudo éste presentarle al suscrito, quien, para el efecto, se hizo pasar por un negociante (importación/exportación) recién avecindado en Iquitos y en procura de esparcimiento. La nombrada Leonor Curinchila se mostró cooperativa y el suscrito consiguió—no teniendo otro remedio para ello que libar muchas copas de licor (recibo 8)—recoger interesantes datos relacionados con el sistema de trabajo y costumbres del personal del lugar. Es así que en Casa Chuchupe unas 16 mujeres forman lo que se puede llamar plantel estable, porque hay otras, de quince a veinte, que trabajan irregularmente, yendo unos días, faltando otros, por razones que abarcan desde enfermedades venéreas (v.g. gonorrea o chancro) contraídas en el ejercicio de las prestaciones hasta transitorios amancebamientos o contratos de temporada (v.g. maderero se hace acompañar en viaje de una semana al monte), que las alejan momentáneamente del centro de trabajo. En síntesis, el personal completo, entre estable y flotante, de Casa Chuchupe son unas treinta meretrices, aunque el plantel efectivo (pero renovable) de cada noche sea la mitad. El día que el suscrito efectuó la visita solo registró 8 presentes, pero había

un motivo excepcional: la llegada a Iquitos del ya mentado Hermano Francisco. De las 8, la mayoría deben haber superado los veinticinco años, aunque este cálculo es incierto, pues en la Amazonía las mujeres envejecen prematuramente, no siendo raro toparse en la calle con damitas de apariencia muy seductora, caderas desarrolladas, bustos turgentes y caminar insinuante, a las que, según los standards costeños, se atribuirían veinte o veintidós años y resultan de trece o catorce, y, de otro lado, el suscrito realizaba sus observaciones medio a oscuras, pues Casa Chuchupe está pobremente iluminada, por falta de recursos técnicos o, tal vez, por picardía, pues la penumbra es más tentadora que la claridad, y, si se permite una chanza, por aquello de “en la sombra todos los gatos son pardos”. La mayoría, pues, progresando hacia la treintena, con un buen lejos promedio casi todas, si se las evalúa con criterio funcional y sin exquisiteces, es decir, cuerpos atractivos y redondeados, sobre todo en caderas y senos, miembros que tienden a ser generosos en este rincón de la Patria, y caras presentables, aunque, en la inmediatez, aquí es dable comprobar más defectos, no en cuanto a fealdad de nacimiento, sino adquirida por acné, viruela y caída de dientes, accidente este último algo frecuente en la Amazonía, por el debilitante clima e insuficiencias dietéticas. Entre las ocho presentes dominaban las de piel blanca y rasgos indígenas selváticos, luego las mulatas y finalmente las de tipo oriental. La estatura promedio es más baja que alta, siendo común denominador personal la vitalidad y alegría característica de esta tierra. El suscrito vio, durante su permanencia en el local, que cuando no se hallaban brindando las prestaciones, las meretrices bailaban y cantaban con entusiasmo y bullicio, sin dar muestra de fatiga o desánimo, prorrumpiendo a menudo en las bromas y disfueros de carácter desvergonzado que es lógico esperar en este género de establecimiento. Pero al mismo tiempo, sin espíritu bochinchero, aunque, a juzgar por anécdotas que escaparon de boca de Leonor Curinchila y Porfirio Wong, algunas veces se producen accidentes y hechos de sangre;

Otros, dice: Que pudo también averiguar, gracias a la mencionada Chuchupe, que las tarifas por las prestaciones son variables y que sólo $\frac{2}{3}$ revierten a quien presta el servicio, pues el tercio restante es la comisión del local. Que la diferencia de tarifas tiene que ver con el mayor o menor atractivo físico de la meretriz,

con el tiempo que dura la prestación (el cliente que desea efectuar varias o dormir junto a quien lo ha atendido desembolsa, naturalmente, más dinero que quien se contenta con una prestación expeditiva y fisiológica), y también y sobre todo con el grado de especialización y tolerancia de la meretriz. La señora Curinchila explicó al suscrito que, muy al contrario de lo que éste ingenuamente sospechaba, no es una mayoría sino una reducida minoría de clientes la que se contenta con una prestación simple y normal (tarifa: 50 soles; duración: 15 a 20 minutos), exigiendo los más una serie de variantes, elaboraciones, añadidos, distorsiones y complicaciones que encajan en lo que se ha dado en llamar aberraciones sexuales. Que entre la matizada gama de prestaciones que se brindan, figuran desde la sencilla masturbación efectuada por la meretriz (manual: 50 soles; bucal o “corneta”: 200), hasta el acto sodomita (en términos vulgares “polvo angosto” o “con caquita”: 250), el 69 (200 soles), espectáculo sáfico o “tortillas” (200 soles c/u), o casos más infrecuentes como los de clientes que exigen dar o recibir azotes, ponerse o ver disfraces y ser adorados, humillados y hasta defecados, extravagancias cuyas tarifas oscilan entre 300 y 600 soles. Que teniendo en cuenta la ética sexual imperante en el país y el reducido presupuesto del SVGPFA, el suscrito ha tomado la decisión de limitar los servicios que exigirá de sus colaboradoras y a los que por tanto podrán aspirar los usuarios, a la prestación simple y normal, excluyendo todas las deformaciones enumeradas y parientes en espíritu. Que en función de esta premisa establecerá el Servicio de Visitadoras el reclutamiento y fijará el tiempo y la tarifa de las prestaciones. Lo cual no impide que, cuando el Servicio haya llegado a cubrir plenamente la demanda en términos cuantitativos, si sus medios financieros se incrementan y los parámetros morales del país se anchan, se pueda considerar la conveniencia de introducir un principio de diversificación cualitativa en las prestaciones para atender casos, fantasías o necesidades particulares (si la superioridad así lo admite y autoriza); Que no pudo el suscrito establecer, con la precisión que aconsejan el cálculo de probabilidades y la estadística de mercado (mercadotécnica), cuál es el promedio diario de prestaciones que tabula o está en condiciones de tabular una meretriz, para tener una idea tentativa de, primero, sus ingresos mensuales, y, segundo, de su capacidad operacional, porque, aparentemente,

reina en este dominio la más extraordinaria arbitrariedad. Es así que una meretriz puede ganar en una semana lo que luego no consigue reunir en dos meses, dependiendo esto de factores múltiples, entre los que, posiblemente, se hallen hasta el clima y aun los planetas (influencia astral sobre glándulas y pulsiones sexuales de los varones) que tampoco importa demasiado determinar. Que, al menos, el suscrito pudo dejar en claro, mediante bromas y preguntas capciosas, que las más agraciadas y eficientes pueden, en una buena noche de trabajo (sábado o víspera de fiesta), efectuar unas veinte prestaciones sin quedar excesivamente exhaustas, lo que autoriza la siguiente formulación: un convoy de diez visitadoras, elegidas entre las de mayor rendimiento, estaría en condiciones de realizar 4.800 prestaciones simples y normales al mes (semana de seis días) trabajando full time y sin contratiempos. Es decir, que para cubrir el objetivo máximo ambicionado de 104.712 prestaciones mensuales haría falta un cuerpo permanente de 2.115 visitadoras de la máxima categoría que laboraran a tiempo completo y no tuvieran nunca percances. Posibilidad, naturalmente, quimérica a estas alturas; Otros, dice: Que aparte de las meretrices que trabajan en establecimientos (además de Casa Chuchupe hay en la ciudad otros dos del mismo género, aunque, al parecer, de inferior jerarquía) existen en Iquitos gran número de mujeres, apodadas 'lavanderas', que ejercen la vida airada de manera ambulante, ofreciendo sus servicios de casa en casa, de preferencia al oscurecer y al amanecer por ser horas de débil vigilancia policial, o apostándose en distintos lugares a la caza de clientes, como la Plaza 28 de Julio y alrededores del Cementerio. Que por esta razón parece obvio que el SVGPFA no tendrá dificultad alguna en reclutar personal, pues la mano de obra nativa es sobradamente suficiente para sus módicas posibilidades iniciales. Que tanto el personal femenino de Casa Chuchupe, como el de los sitios afines y las 'lavanderas' que operan por su cuenta, tienen protectores masculinos (cafiches o macrós), por lo general individuos de malos antecedentes y algunos con deudas por saldar con la justicia, a quienes están obligadas (muchas lo hacen por motu proprio) a entregar parte o la totalidad de sus haberes. Este aspecto del asunto—existencia del cafichazgo o macronería—deberá ser tenido en cuenta por el Servicio de Visitadoras a la hora del reclutamiento del personal,

pues es indudable que estos sujetos podrían ser una fuente de problemas. Pero el suscrito sabe bien, desde sus inolvidables tiempos de cadete, que no hay misión que no ofrezca dificultades y que no hay dificultad que no pueda ser vencida con energía, voluntad y trabajo;

Que la regencia y mantenimiento de Casa Chuchupe parecen llevarse a cabo únicamente gracias al esfuerzo de dos personas, la propietaria, Leonor Curinchila, y, cumpliendo funciones que van desde cantinero hasta encargado de la limpieza, un hombrecillo de muy baja estatura, casi enano, edad indefinible y raza mestiza, Juan Rivera, de apodo Chupito, que bromea familiarmente con el personal y al que éste obedece con prontitud y respeto y que es, asimismo, popular entre los clientes. Lo cual hace pensar al suscrito que, según dicho ejemplo, el Servicio de Visitadoras, siempre y cuando sea debidamente estructurado, podría funcionar con un mínimo personal administrativo. Que este reconocimiento de un posible lugar de enganche ha servido al suscrito para formarse una idea general del medio en el que forzosamente ha de obrar y para concebir algunos planes inmediatos, que, apenas ultimados, someterá a la superioridad para su aprobación, perfeccionamiento o rechazo;

7. Que en su afán de adquirir conocimientos científicos más amplios, que le permitan un dominio mejor de la meta por lograr y de la forma de lograrla, el suscrito intentó procurarse, en las bibliotecas y librerías de Iquitos, un stock de libros, folletos y revistas concernientes al tema de las prestaciones que el SVGPEFA debe servir, lamentando tener que comunicar a la superioridad que sus esfuerzos han sido casi inútiles, porque en las dos bibliotecas de Iquitos—la Municipal y la del Colegio de los Padres Agustinos—no encontró ningún texto, ni general ni particular, específicamente dedicado al asunto que le interesaba (sexo y afines), pasando más bien unos momentos embarazosos al indagar a este respecto, pues mereció respuestas cortantes de los empleados, y, en el San Agustín, un religioso se permitió incluso faltarle llamándolo inmoral. Tampoco en las tres librerías de la ciudad, la “Lux”, la “Rodríguez” y la “Mesía” (hay una cuarta, de los Adventistas del Séptimo Día, donde no valía la pena intentar la averiguación) pudo el suscrito hallar material de calidad; sólo obtuvo, para colmo a precios subidos (recibos 9 y 10) unos manuales insignificantes y fenicios, que responden a

los títulos *Cómo desarrollar el ímpetu viril*, *Afrodisíacos* y otros secretos del amor, *Todo el sexo en veinte lecciones*, con los que, modestamente, ha inaugurado la biblioteca del SVGPFA. Que ruega a la superioridad, si lo tiene a bien, se sirva enviarle desde Lima una selección de obras especializadas en todo lo tocante a la actividad sexual, masculina y femenina, de teoría y de práctica, y en especial documentación sobre asuntos de interés básico como enfermedades venéreas, profilaxia sexual, perversiones, etcétera, lo que, sin duda, redundará en beneficio del Servicio de Visitadoras;

8. Para concluir con una anécdota personal algo risueña, a fin de aligerar la materia escabrosa de este parte, el suscrito se permite referir que la visita a Casa Chuchupe se prolongó hasta casi las cuatro de la madrugada y le provocó un serio percance gástrico, resultante de las copiosas libaciones que debió efectuar y a las que está poco acostumbrado, por su nula afición a la bebida y por prescripción médica (unas hemorroides afortunadamente ya extirpadas). Que ha debido curarse recurriendo a un facultativo civil, para no valerse de la Sanidad Militar, conforme a las instrucciones recibidas (recibo 11) y que no pocas dificultades domésticas le deparó recogerse en su hogar a esas horas y en estado poco idóneo.

Dios guarde a Ud.

Firmado:

capitán EP (Intendencia) PANTALEON PANTOJA

c.c. al general Roger Scavino, comandante en jefe de la V Región (Amazonía)

Adjuntos: 11 recibos y un mapa.

Noche del 16 al 17 de agosto de 1956

Pantaleón y las visitadoras de Mario Vargas Llosa

- a) Haz un resumen del fragmento.
- b) Haz una lista de los personajes que aparecen en el fragmento (incluye a los personajes referidos).

- c) ¿Cuál es la intención del capitán Pantaleón Pantoja?
- d) ¿A quién va dirigida la primera parte?
- e) Busca los recursos literarios que aparecen en el fragmento.
- f) El autor crea un metalenguaje para disfrazar las verdaderas palabras. Ejemplifícalo.
- g) ¿Por qué Pantaleón eligió a Sinforoso y Palomino como ayudantes en su empresa?
- h) ¿Qué nueva religión había fundado el Hermano Francisco? ¿Qué rituales llevaba a cabo? ¿Qué opinión tenía Pantaleón sobre esta secta?
- i) ¿El Maestro Poncio a qué se dedicaba?
- j) Haz un inventario de los utensilios, mobiliario y otras cosas que Pantaleón compró para arreglar el local.
- k) ¿Qué zona geográfica abarca el servicio que se propone a dar Pantaleón?
- l) ¿Qué tienen en común la Chuchupe y Pantaleón?
- m) ¿De qué raza eran las mujeres que trabajaban con la Chuchupe?
- n) ¿Qué tono tiene el fragmento?
- o) ¿Cuál es el tema principal del fragmento?

16. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

-¿No puedes oír cómo el viejo Bach juega en la tonalidad en re, cómo construye sus imitaciones, cómo hace las variaciones imprevisiblemente pero donde el tema lo permite y lo sugiere y no antes, nunca después, y a pesar de ello logra sorprender? ¿No te parece un esclavo con toda libertad? Ah, viejito, es mejor que Offenbach, te lo juro, porque está here, hier, ici, aquí en esta tristeza habanera y no en una alegría parisien.

Cué tenía esa obsesión del tiempo. Quiero decir que buscaba el tiempo en el espacio y no otra cosa que una búsqueda eran nuestros viajes continuos, interminables, un solo viaje infinito por el Malecón, como ahora, pero a cualquier hora del día y de la noche, recorriendo el paisaje cariado de las casas viejas, las que están entre el parque Maceo y La Punta, que terminaron por convertirse en lo mismo que el hombre le robó al mar para hacer el Malecón: otra barrera de arrecifes, recibiendo el

salitre siempre y rocío marino cuando hay viento y olas en los días en los que el mar salta sobre la calle y pega en las casas buscando la costa que le arrebataron, creándola, haciéndose otra orilla, y después los parques en que empieza ahora el túnel y donde los cocoteros y los almendros falsos y las uvas caletas no borran del todo el aire de solar de chivos que el sol consigue al quemar la yerba y tostar el verde en un amarillo pajizo y el demasiado polvo haciendo otras paredes con la luz, y después los bares del puerto: New Pastores, Two Brothers, Don Quixote, el bar donde los marineros griegos bailan cogidos por los brazos mientras las putas se ríen y la iglesia de San Francisco, del convento, enfrentada a la Lonja y a la Aduana, señalando los diferentes tiempos históricos, las distintas dominaciones talladas en esta plaza que en la época y en los grabados de la Toma de la GuanHábana por los ingleses parecía una maravilla veneciana y los bares que repiten la entrada a la salida de la alameda de Paula y recuerdan que los muelles comienzan o terminan los paseos del mar, en La Habana, y luego siguiendo la curva suave de la bahía íbamos a cada rato hasta el Guanabacoa y Regla, a los bares, mirando a la ciudad del otro lado del puerto como desde el extranjero, en el México o en el bar Piloto, sobre pilotes, en el agua, oyendo y viendo el vaporetto que hace el viaje cada media hora, y luego regresábamos por todo el Malecón hasta la Quinta Avenida y la Playa de Marianao, cuando no seguíamos al Mariel o nos hundíamos en el túnel de la bahía y aparecíamos en Matanzas a comer y luego a Varadero a jugar para volver a medianoche, e madrugada a La Habana: hablando siempre y siempre contando chismes y haciendo chistes y siempre y también filosofando o estetizando o moralizando, siempre: la cuestión era hacer ver como que no trabajábamos porque en La Habana, Cuba, ésa es la única manera de ser gente bien, que es lo que Cué y yo queríamos haber sido, queríamos ser, tratábamos de ser –y siempre teníamos tiempo para hablar del tiempo-. Cuando Cué hablaba del tiempo y del espacio y recorría todo aquel espacio en todo nuestro tiempo pensé que era para divertirnos y ahora lo sé: era así: era para hacer una cosa diversa, otra cosa, y mientras corríamos por el espacio conseguíamos eludir lo que siempre evité, creo, que era recorrer otro espacio fuera del tiempo -o más claro-, recordar. Lo opuesto a mí, porque me gusta acordarme de las cosas más que

vivirlas o vivir las cosas sabiendo que nunca se pierden porque puedo evocarlas debe haber tiempo. Ésta es la cosa que es en el presente lo más perturbador y si existe el tiempo que es en el presente lo más perturbador es la cosa que hace al presente lo más perturbador puedo vivirlas de nuevo al recordarlas y sería bueno que el verbo grabar (un disco, una cinta) fuera el mismo que en inglés, recordar también, porque eso es lo que es, que es lo opuesto de lo que es Arsenio Cué. Ahora hablaba de Bach, de Offenbach y quizá de Ludwig Feuerbach (del Barroco como el arte del préstamo digno, de reconciliarse con el austríaco y alegre parisino porque dijo que en la floresta de la música él sabía que nunca será un ruiseñor, de alabar al hegeliano tardío que aplicó el concepto de alienación a la creación de los dioses), pero eso no era recordar, sino lo contrario. Es decir, memorizar. -¿Te das cuenta, mi viejo? Este tipo fue una suma y parece una multiplicación. Bach al cuadrado.

En ese momento (sí, justo en ese momento) se hizo el silencio universal: en el carro y en el radio y en Cué, y era que la música terminó. Habló el locutor -que se parecía mucho a Cué, en la voz.

“Acaban de escuchar, señoras y señores, el Concerto Grosso en Re Mayor, opus once número tres, de Antonio Vivaldi. (Pausa.) Violín: Isaac Stern, viola: Alexander Schneider...”

Solté una carcajada y creo que Arsenio también.

-Chico -le dije- la cultura en el trópico. ¿Tedas cuenta, mi viejo? -le dije, imitando su voz, pero haciéndola más pedante que amiga. No me miró, dijo:

-En el fondo, yo tenía razón. Bach se pasó toda su vida robándole cosas a Vivaldi, y no sólo a Vivaldi -quería salvarse por la erudición: lo vi venir:-sino a Marcello -dijo, nítidamente, Marchel-lo- y a Manfredini y Veracini y hasta Evaristo Felice Dall-Abaco. Por eso hablé de suma.

-Debías haber dicho resta, sustracción, ¿no?

Se rió. Lo bueno que Cué tenía sentido del humor más desarrollado que el del ridículo Hemos presentado en nuestro espacio Grandes Partituras un programa dedicado Apagó el radio.

-Pero tienes razón -le dije, contemporizando. Soy el Cid Contemporizador-. Bach es el padre de la música, como se dice,

por la ley, pero Vivaldi le hace un guiño a Ana Magdalena de vez en cuando.

-Viva Vivaldi -dijo Cué, riendo.

-Si Bustrófedon estuviera en esta máquina del tiempo ya hubiera dicho Vibachldi o Vivach o Bivaldi y seguiría hasta la noche.

-Entonces, ¿qué te parece Vivaldi a sesenta?

-Que bajaste la velocidad.

-Albinoni a ochenta, Frescobaldi a cien, Cimarosa a cincuenta, Monteverdi a cientoveinte, Gesualdo a lo que dé el motor –hizo una pausa más exaltada que refrescante y siguió:– No importa, lo que yo dije sigue valiendo y pienso en lo que será Palestrina oído en un jet.

-Un milagro de la acústica -dije yo.

Tres tristes tigres de Guillermo Cabrera Infante

- a) Haz un resumen del fragmento.
- b) ¿Qué tipo de narrador tiene este fragmento?
- c) ¿Cuál es el ambiente geográfico que sirve de marco a este fragmento? ¿Qué zonas y locales se mencionan?
- d) Haz una lista de los personajes del fragmento tanto físicos como referidos.
- e) ¿De qué discuten estos jóvenes?
- f) ¿Por qué estos jóvenes hablan del tiempo y el espacio? ¿Qué les preocupa?

17. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

Rodaba ya el primer cuadrante de la medianoche y José Cemí tarareaba y quería pasar más dentro del silencio. La noche caía incesante como si se hubiera apeado de un normando caballo de granja. Cemí se sentía apoyado por el traqueteo de los ómnibus, los dialogantes esquinados, disciplinantes y procesionales del Gran Uno. La brisa tenía algo de sombra, la sombra de hoja, la hoja mordida en sus bordes por la iguana columpiaba de nuevo

a la noche. La noche agarraba por los brazos, sostenía en su caída al reloj de pared, dividía el cuerpo de la harina con su péndulo de obsidiana. Cemí sentía la claridad lunar delante que oscilaba como la silueta del pájaro Pong, desde el mar hasta la caparazón de la tortuga negra. La blancura descendía hasta ese caparazón y se hacían visibles para la lectura sus veinticuatro cuadrados emblemáticos.

No, no era la noche paridora de astros. Era la noche subterránea, la que exhala el betún de las entrañas trasudadas de Gea. Su imago reconstruía un cangrejo rojo y crema saliendo por un agujero humeante. ¿Se había despedido de Fronesis? ¿Se volvería a encontrar en el puente Rialto en el absorto producido por la misma canción? ¿Cerca estaría Foción en acecho? Esas preguntas pesaban como un tegumento de humo y hollín en cada una de sus pisadas. Sentía dos noches. Una, la que sus ojos miraban avanzando a su lado. Otra, la que trazaba cordeles y laberintos entre sus piernas. La primera noche seguía los dictados lunares, sus ojos eran también astros errantes. La otra noche se teñía con el humillo de la tierra, sus piernas gravitaban hacia las entrañas terrenales. Bajaba los párpados, le parecía ver sus ojos errantes describiendo órbitas elípticas en torno al humillo evaporado o el animal carbunco.

Una era la noche estelar que descendía con el rocío. La otra era la noche subterránea, que ascendía como un árbol, que sostenía el misterio de la entrada en la ciudad, que aglomeraba sus tropas en el centro del puente para derrumbarlo. Cosa rara, el claroscuro buscaba más el color rojo cremoso del cangrejo que el dibujo de BUS muelas tiznadas de negro. Se sonrió con cierto temor incipiente, ver como en dos carteles lumínicos, muy cerca uno de otro, muela de cangrejo y carie dental. Condescender con esa ligera broma, le permitió apresurar el paso, como si le prestasen una capa para hacerse indistinto en la noche. Así la noche no tendría que perseguirlo ni él se vería obligado a arengarla, dando manotazos en la neblina, cortando los párrafos como si rompiese el encaje de la araña. Sentía, separando los cañaverales de la Orplid, la curvatura del pescuezo de un caballo de bronce, por donde ascendían los termitas profesionales. El caballo, de granito rojo o gris nocturno, pasaba por debajo del arco de triunfo y contemplaba durante mucho tiempo las carteleras con el único teatro en esos confines de las playas

no descubiertas. Noche de los idumeos, escudo de granadillo de la caballería hitita, flanco derecho en la batalla de Cannas. La arcilla mezclada con el polvo de carbón, hacía espesar las sombras hasta dar manotazos. Forzó la mirada para no ver el caballito de bronce en el centro de la isleta, el rabo era de color escarlata y toda la crin del pescuezo estaba embadurnada de amarillo. En el claroscuro del fondo se veían pasar tachonazos verdes, amarillos, blancos. Era la noche verdosa, sombría, desde luego, pero muy cerca del árbol, a la entrada del puente que se hundía a cámara lenta.

El avance de Cemí dentro de la noche -eran ya las tres menos cuarto, pudo precisar tan indeciso como inquieto-, fue turbado cuando su absorto ingurgitó. Una casa de tres pisos, ocupando todo el ángulo de una esquina, lo tironeó con un hechizo sibilino. Toda la casa lucía iluminada y el halo lunar que la envolvía le hizo detener la marcha, pero sin precisar detalles; por el contrario, como si la casa evaporase y pudiese ver manchas de color que después se agrupaban esos agrupamientos le permitían ir adquiriendo el sentido de esas distribuciones espaciales. La casa en sus tres pisos repetía el mismo ordenamiento interior: una pequeña pieza seguida de un salón. En el salón se distribuían parejas y pequeños grupos que parecían hablar apretando los labios. No obstante, la convergencia de esas personas en la medianoche, no mostraban ese conocimiento que se tiene de la casa de todos los días, o la que se visita con reglada continuidad. Parecían extraños que por primera vez hubieran coincidido en esa unidad espacial, aunque entre los asistentes unos parecían familiares y otros más solemnes y estirados, revelaban un trato por el oficio, la vecinería o la coincidencia de la infancia en colegio, playa o excepcionales momentos de peligro o de placer.

Le sorprendía la totalidad de la iluminación de la casa. Chorreaba la luz en los tres pisos, produciendo el efecto de un ascendi que cortaba y subdividía la noche en tajadas salitreras. Era una gruta de sal, un monte de yagruma, una línea interminable de moteados de marfil, gaviota, dedales de plata y la sorprendente sutileza con que la lechuza introduce sus tallos de amarillo en la gran masa de blancura. Cuchicheaban, sumergían la conversación, reaparecían dándose un golpecillo en la nariz. Las pecheras sobresalían como un pavón con la cresta de ópalo. No era la blancura sorprendente de la cresta

de diamantes, era la blancura espesa del ópalo. Opalescencia, palores, licustre, vida que desfallece a la orilla del mar. Pero hasta allí un abullonado crescendo de la luz, hinchado en bolsa de celentéreo, mordiendo implacablemente el verde en la línea horizontal de la iguana, inflando sus carrillos como en una aleluya de marina consagración. Sin sonar los zapatos, parecía que soplaran la puerta de espejo, como si fueran a comenzar a bailar, pues sus pasos al acercarse eran medidamente lentos y aterciopeladamente ceremoniosos. Pero no, se acercaban para preguntar un teléfono o un manantial de chocolate. Daban las gracias, se retiraban, apenas se oían sus sílabas.

Cemí adelantó la cabeza, después la echó hacia atrás, como quien quiere cristalizar la luz. Pero lo seguía acompañando con gran nitidez ese cuadrado de luz. La casa lucífuga, muy clavada en su esquina, con una luz que descendía, a medida que se iba endureciendo, tironeada por el cangrejo cremoso, hacia la hibernación subterránea. El topo clavado por el rabo, el conejo dominical, el gato moviendo sus bigotes como si fuera a unir dos palabras, esperaban al visitador sorprendido por el retroceso del balano y la aparición del casquete de cornalina. La luz aglomerada tiró también de Cemí, sentía que se iba sucediendo el tranquilo oleaje de las sílabas:

Ceñido el amanecer, los
blancos de Zurbarán, pompas
del rosicler. Los anillos
estarán con el pepino y el
nabo de las huestes de
Satán. Cualquier fin es el
pavo, tocado por la cabeza,
pero ya de nuevo empieza a
madurar por el rabo.

Cemí seguía su caminata en la medianoche y oyó de pronto cómo se levantaba una musiquilla. Era un tiovivo, una estrella giratoria y un whip. El tiovivo con pequeños caballos velazqueños, regalados de pechos y ancas, rojos, amarillos, negros. Detrás de los rifosos iban unas carrozas, hechas para tías con niños muy pequeños. Un provento se veía que engrasaba los motores para entreabrir el domingo. Los carros de whip tenían una

capota húmeda que cenía al coche para evitar el goteo de los grillos. Parecía que el látigo restallaba sobre la música temblona. El provector acariciaba la capota del whip, para escurrir el agua que se deslizaba dentro del coche. Gamuzaba los caballos avivando sus monturas y sus ijares. Encendía la estrella y la iba revisando asiento por asiento, la confianza en su eje, su movilidad, el cierre de sus puertas. Comenzó a darle vueltas al manubrio y la música empezó a refractarse, a desprender como centellitas. Pasaban los globos de cristal entre los caballos y las carrozas. Pero ninguno de ellos se rompía contra un belfo o contra las ancas. Eran como grupos de abejas que seguían rumbos videntes, paseando entre los rifosos, describiendo gozosas el círculo de la estrella giratoria y estableciéndose sobre la capota, después de alejar el grillo goteando. El hombre muy viejo que cuidaba el pequeño parque infantil, parecía un limosnero anclado allí para pasar la noche. Pero quería justificar su trabajo, hacer algo, quería que por la mañana le regalaran unas cuantas pesetas. La musiquilla durante toda la noche aparecía como el compás de su trabajo sin tregua. Pero lo mismo podía hacer ese trabajo en la media noche, que esconder un feto en uno de los carros de la estrella, poner flores pestíferas en la boca de los caballitos velazqueños o soltar una tuerca del whip para que sus cervezados tripulantes descendieran al sombrío Orco. Se cimbreaba al caminar, con los movimientos de un gusano recorriendo cuadrados blancos y negros. Después de unos plumerazos, se dirigió a uno de los asientos de la estrella y pareció agazaparse más que adormecerse. Agazapado, remedaba el agua silenciosa que escurría el grillo en una gota que tenía el tamaño de su excremento.

Cemí siguió avanzando en la noche que se espesa, sintiendo que tenía que hacer cada vez más esfuerzo para penetrarla. Cada vez quedaba un paso le parecía que tenía que extraer los pies de una tembladera. La noche se hacía cada vez más resistente, como si desconfiase del gran bloque de luz y de la musiquilla del tiovivo. Le pareció ver un bosque, donde los árboles trepaban unos sobre otros, como el elefante apoyando las dos patas delanteras sobre una banqueta, y sobre el lomo del elefante perros y monos danzando, persiguiendo una pelota, o saltando sobre un ramaje, para caer de nuevo sobre el elefante. La transición de un parque infantil a un bosque era invisiblemente asimilado por Cemí, pues su estado de alucinación mantenía en pie todas las posibilidades

de la imagen. No obstante sintió como un llamado, como si alguien hubiese comenzado a cantar, o un nadador que después de unir sus brazos en un triángulo isósceles se lanza a la piscina, más allá de la empalizada. Era un ruido inaudible, la parábola de una pistola de agua, una gaviota que se duerme mecida por el oleaje, algo que separa la noche del resto de una inmensa tela, o algo que prolonga la noche de una tela agujereada por donde asoman su cabeza de clavo unos carretes de ebonita. Era un pie de buey lo que pisaba a la noche.

Se sintió Cemí como obligado a mirar hacia atrás. El cuidador había emprendido una marcha frenética desde el asiento de la estrella giratoria, donde parecía adormecerse, hasta la cerca que rodeaba el parque infantil. Una oblicuidad lunar asumió la blancura y Cemí pudo percibir en aquel rostro una espinilla negra, a la que la prolongación de la blancura daba como el tamaño de una lengua que resbalara a lo largo de la nariz. Miraba el guardador a uno y otro lado como un osezno tibetano enredado en el fósforo de su propio círculo. La cara se le embadurnaba con el sudor y esa agua acaudalada le bajada por las orejas formando un volante arete napolitano. La cara trasudada y el carbón de la noche a su lado, le daba el aspecto del timonel de una máquina infernal. Temblonas sus rodillas golpeaban la madera del círculo del parque infantil y así esa línea divisoria comenzó también a temblar formando como un aquelarre, donde cada una de las clavadas estacas comenzó una danza grotesca dentro del redondel protegido por la oblicuidad lunar.

Aquel bosque que había entrevisto al final de su marcha, donde los monos y los perros saltaban sobre un elefante que se hundía y elevaba, se le fue acercando. La casa misma parecía un bosque en la sobrenaturaleza. Se veía el entrelazado ornamento de la verja que servía también de puerta. En su centro, un cuadrado de metal muy reluciente, donde estaba la cerradura. El tamaño de esta última revelaba que necesitaba una llave de excesivas dimensiones, como para abrir el portón de un castillo. Por el costado de la casa se veía un corredor aclarado por la blancura lunar. El final del corredor permitía penetrar en una extensa terraza, que estaba rodeada de un jardín descuidado, donde faltaban las podaderas y el ejercicio voluptuoso. ¿Se atrevería Cemí por aquel corredor, cuyo recorrido era desconocido y su final, en la terraza, ondulaba como la marea descargada por un espejo giratorio?

El corredor era todo de ladrillos y su techo una semicircunferencia igualmente de ladrillos rojos. A lo largo del corredor se veían en mosaicos de fondo blanco, lanzas, llaves, espadas y cálices del Santo Grial. La lanza penetraba en un costado del que ascendía un bastón, la llave franqueaba la entrada a un castillo hechizado, la espada de las decapitaciones en una plaza pública y los caballeros del rey Arturo se sentaban alrededor de la copa con sangre. Los emblemas de los mosaicos estaban tratados en rojo cinabrio, la lanza era transparente como el diamante, un gris acero formando la espada encajada en la tierra como un phalus, y cada trébol representaba una llave, como si se unieran la naturaleza y la sobrenaturaleza en algo hecho para penetrar, para saltar de una región a otra, para llegar al castillo e interrumpir la fiesta de los trovadores herméticos. Una guirnalda entrelazaba el Eros y el Tánatos, el sumergimiento en la vulva era la resurrección en el valle del esplendor. Después de atravesar el corredor, que era el costado de toda la extensión de la casa, Cemí salió a una terraza del mismo tamaño que el corredor. En uno de sus ángulos más distantes pudo percibir un dios Término, su graciosa cara era en extremo socarrona, al centro de la piedra se veía muy prolongado el bastón fálico. La carcajada que rezumaba el rostro de Término, era de la misma índole que la alegría que ordenaba su gajo estival. Al lado de la piedra del dios socarrón, se veía una mesa, que tapada por el dios ofrecía una oscuridad indescifrable. Se veía que allí pasaba algo, pero qué era lo que escondía ese pedazo de oscuridad, qué era ese escudo que tapaba el rostro en el momento en que iba a ser esclarecido por la oblicuidad lunar.

El hechizo de la casa estaba en los escalonamientos que ofrecía su entrada. Estaba construida sobre un mogote y la escalerilla para penetrarla se apoyaba sobre la tierra que tenía como dos metros de altura. Esa altura donde estaba la casa, le prestaba todo su encantamiento. En lo alto de sus columnas chorreaban calamares, los que se retorcían a cada interpretación marina para receptor los consejos lunares. El avance de cada columna estaba interrumpido por peanas con pinas de estalactitas y en cada una de las hojas de su corona, se extendían y bostezaban lagartos cuya inquietud describía círculos infernales con sus ojos, mientras su cuerpo prolongaba el éxtasis durante toda la estación. Entraban y salían de la piedra las agujas; las abejas, el

lince y el perezoso jugaban sin romper el silencio nocturno en la copa de un árbol formado por la luz cristalizada. Una mezcla de pulpo y estalactita trepaba por aquellas columnas inundadas de reflejos plateados. La casa parecía sin moradores, o éstos estaban adormecidos como el lagarto durante el otoño. Mientras duraban sus sueños, iban uniéndose la gota de agua que forma la estalactita y la gota de la tinta del calamar, ablandando una piedra que reptaba y asciende en la medianoche. Cemí volvía ya por el corredor, cuando sintió como la obligación dictada por los espíritus de los hijos de la noche, de precisar qué era lo que pasaba en el ángulo ocupado por el dios Término, donde se veían dos bultos amasijados por el espesor de la nocturna.

Atravesó de nuevo el corredor, se paró frente a la terraza. Recorrió todo el cuadrado que parecía brotar una blancura como una pequeña hierba. Fue calmosamente a la esquina del dios, con los dos bultos que la oscuridad tornaba en una capa hinchada cubriendo un saco de plomo. Al lado del dios Término, vio dos espantapájaros disfrazados de bufones, jugando al ajedrez. Uno adelantaba la mano portando el alfil, la mano se prolongaba en la oblicuidad lunar. Recordó que en francés los alfiles son llamados fous, locos, y que están representados en trajes de bufones. El otro espantapájaros estaba en la actitud de esperar la oblicuidad que avanzaba, la locura que como una estrella errante iba a exhalar la noche, el salto que iba a dar el bufón en su danza grotesca. Estaba escrito con un carbón en la mesa, el verso de Mathurin Régnier: Les fous sont aux échecs, les plus proches des rois, los locos en el ajedrez son los más inmediatos a los reyes. Contemplados por Cemí, los dos bufones, rendidos al sueño, doblaron sus cuerpos y se abandonaron al éxtasis del lagarto, como si sobre sus cabezas hubiera caído la gota de agua que forman las estalactitas, unida a la gota de la tinta del calamar. Cemí volvía ahora al cuadrado de donde había partido. La misma ofuscadora cantidad de luz y los mismos grupos de murmuradores. Un ritmo guiaba sus pasos:

Un collar tiene el cochino,
calvo se queda el faisán,
con los molinos del vino
los titanes se hundirán.
Navaja de la tonsura,

es el cero en la negrura
del relieve de la mar.
Naipes en la arenera,
fija la noche entera
la eternidad... y a fumar.

Fue ascendiendo por la escalera. Pudo ver unos salones vacíos y otros llenos de murmuradores minuciosos, que acercaban las palabras a los oídos como para que el silencio no fuera interrumpido. Al llegar al tercer piso, notó que de una de aquellas capillas brotaba una exacerbada proliferación lucífuga. Reinaba una luz de volatinero, semejante a la que en el circo acompaña al cuerpo que salta como un pájaro, sólo que aquí el parecido estaba en los más opuestos confines, pues la luz batía en torno a la más extremada inmovilidad. Al salir de la escalera, se inmovilizó momentáneamente, notó que de repente una persona se levantaba del coro de los conversadores y que después de mirarlo como para reconocerlo comenzaba a hacerle señas con la mano para que se acercara. Cemí penetró en la cámara de los conversadores silenciosos. Era la hermana de Oppiano Licario la que lo había llamado —yo sabía que usted vendría esta noche última. No pude llamarlo, desconocía la dirección de su casa, sin embargo, yo sabía que usted no faltaría esta noche —le dijo a Cemí, con un desesperado dolor sereno. Cemí comprendió de súbito que aquella fiesta de la luz, la musiquilla del tioviovo, la casa trepada sobre los árboles, el corredor con sus mosaicos, la terraza con sus jugadores extendiendo la oblicuidad lunar, lo habían conducido a encontrarse de nuevo con Oppiano Licario. Recordó el relato de doña Augusta, su bisabuelo muerto, con uniforme de gala, intacto, que de pronto, como un remolino invisible, se deshacía en un polvo coloreado. La cera de la cara y las manos, con su urna de cristal, de Santa Flora, ofreciendo una muerte resistente, dura como la imagen del cuerpo evaporado. La cera repentinamente propicia al trineo del tacto, ofreciendo un infinito deslizamiento. De nuevo la voz de su padre, escondido detrás de una columna, y diciéndole con voz fingida: —cuando nosotros estábamos vivos, andábamos por un camino, y ahora que estamos muertos, andamos por este otro—. Cobró vivencia de la frase “andar por el otro camino”. Ascendió la imagen de Oppiano Licario, pero ya solo en el ómnibus, con todos los demás

asientos vacíos, sonando sus colecciones de medallas, mandando a detener al caballito de sus dracmas griegos, con sus pechos y sus ancas desproporcionados en relación con la cara y con las patas pequeñas que rotaban sobre un tambor. El inmenso tambor de la noche, un tambor silencioso, que fabricaba ausencias, huecos, retiramientos, desconchados por los que cabía un brazo de mar.

—Venga conmigo, vamos a verlo —dijo la hermana de Oppiano Licario. Trigueña pálida, con ojos azules que parecían una balanza que soportase un peso desconocido, tal vez un pez entrevisto entre el claroscuro de su plata y la noche posada en el árbol de coral. Su piel, extremadamente pulimentada, mostraba el contrapunto de sus poros, hecha invisible la entrada y salida de la aguja que había elaborado esa malla. Su piel era la defensa de su *intelligere*, su órgano de visión, penetración y rechazo. Desde el aire hasta la mano que ceñía su mano, daban una excusa o se justificaban en su piel. Su nombre era Ynaca Eco Licario, le decían sus familiares Ecohé, mostraba como su hermano una total confianza religiosa en sí misma y ese sí mismo estaba formado por dos líneas que se interceptaban en un punto. Y ese punto era el encuentro entre su azar y su destino. Su misterio estaba en que a veces su piel temblaba, sin saber quién dictaba ese temblor.

Se acercó a la lámina de cristal, el rostro de Oppiano mostraba ya una imposibilidad que no era la de su habitual *sindéresis*, la de su infinita respuesta. Como un espejo mágico captaba la radiación de las ideas, la columna de autodestrucción del conocimiento se levantaba con la esbeltez de la llama, se reflejaba en el espejo y dejaba su inscripción. Era la cola de Juno, el cielo estrellado que se reflejaba en el paréntesis de las constelaciones. Su cuerpo ya no paseaba por las azoteas, para fijar la errante lectura de los astros. Cerrados los párpados, en un silencio que se prolongaba como la marea, rendía la llave y el espejo.

La hermana de Licario deslizó en la mano de Cemí un papel doblado, al mismo tiempo que le decía: Creo que fue lo último que escribió. Apretó Cemí el papel como quien aprieta una esponja que va a chorrear sonidos reconocibles. Entre los familiares y amigos que rodeaban el féretro, pudo encontrar un lugar donde sentarse. Todas aquellas personas habían sentido esa inflamación de la naturaleza para alcanzar la figura, esa irrupción de una misteriosa equivalencia que siempre había despertado Oppiano Licario. Lo que gravitaba en la pequeña

capilla era eso precisamente, la ausencia de respuesta. Cemí extendió el papel y pudo leer:

JOSÉ CEMÍ

No lo llamo, porque él viene,
como dos astros cruzados
en sus leyes encaramados
la órbita elíptica tiene.

Yo estuve, pero él estará,
cuando yo sea el puro conocimiento,
la piedra traída en el viento,
en el egipcio paño de lino me envolverá.

La razón y la memoria al azar
verán a la paloma alcanzar
la fe en la sobrenaturaleza.

La araña y la imagen por el cuerpo,
no puede ser, no estoy muerto.

Vi morir a tu padre; ahora, Cemí, tropieza.

Cemí con los ojos muy abiertos atravesaba el inmenso desierto de la somnolencia. Veía a la llamita de las ánimas que se alzaba en los cuerpos semisumergidos de los purgados durante una temporada. Llamitas fluctuantes de las ánimas en pena. Luego, contemplaba unas fogatas que como árboles se levantaban en el acantilado. Lucha tenaz entre el fuego y las piedras. Después, eran llamaradas que querían tocar el embrión celeste y a su lado un tigre blanco que daba vueltas circulizadas en torno a las llamas, comenzando a escarbar en sus sombras oscilantes. Lamía sin descanso el tigre blanco en la médula de saúco; el espejo con una fuente en el centro, levantaba un remolino traslaticio, llevaba al tigre por los ángulos del espejo, lo abandonaba, ya muy mareado, con el rabo enroscado al cuello.

Iba saliendo de la duermevela que lo envolvía. La ceniza de su cigarro resbalaba por el azul de su corbata. Puso la corbata en su mano y sopló la ceniza. Se dirigió al elevador para

encaminarse a la cafetería. Lo acompañaba la sensación fría de la madrugada al descender a las profundidades, al centro de la tierra donde se encontraría con Onespiegel sonriente. Un negro, uniformado de blanco, iba recogiendo con su pala las colillas y el polvo rendido. Apoyó la pala en la pared y se sentó en la cafetería. Saboreaba su café con leche, con unas tostadas humeantes. Comenzó a golpear con la cucharilla en el vaso, agitando lentamente su contenido. Impulsado por el tintineo, Cemí corporizó de nuevo a Oppiano Licario. Las sílabas que oía eran ahora más lentas, pero también más claras y evidentes. Era la misma voz, pero modulada en otro registro. Volvía a oír de nuevo: ritmo hesicástico, podemos empezar.

Paradiso de José Lezama Lima

- a) Haz un resumen del fragmento.
- b) El autor, José Lezama Lima, es considerado como un escritor neoBarroco. ¿Por qué? Argumenta tu respuesta.
- c) Haz un listado de los personajes que aparecen en el fragmento con sus características.
- d) En este fragmento de la novela *Paradiso* hay tres poemas. Analízalos (rima, métrica, recursos literarios)
- e) Busca los recursos literarios que aparecen en este fragmento.

18. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

-¿Qué es lo que pasa, doña Eduviges?

Ella sacudió la cabeza como si despertara de un sueño.

-Es el caballo de Miguel Páramo, que galopa por el camino de la Media Luna.

-¿Entonces vive alguien en la Media Luna?

-No, allí no vive nadie.

-¿Entonces?

-Solamente es el caballo que va y viene. Ellos eran inseparables. Corre por todas partes buscándolo y siempre regresa a estas

horas. Quizá el pobre no puede con su remordimiento. Cómo hasta los animales se dan cuenta de cuando cometen un crimen, ¿no?

-No entiendo. Ni he oído ningún ruido de ningún caballo.

-¿No?

-No

-Entonces es cosa de mi sexto sentido. Un don que Dios me dio; o tal vez sea una maldición. Sólo yo sé lo que he sufrido a causa de esto.

Guardó silencio un rato y luego añadió:

-Todo comenzó con Miguel Páramo. Sólo yo supe lo que le había pasado la noche que murió. Estaba yo acostada cuando oí regresar a su caballo rumbo a la Media Luna. Me extrañó porque nunca volvía a esas horas. Siempre lo hacía entrada la madrugada. Iba a platicar con su novia a un pueblo llamado Contla, algo lejos de aquí. Salía temprano y tardaba en volver. Pero esa noche no regresó... ¿Lo oyes ahora? Está claro que se oye. Viene de regreso.

-No oigo nada

-Entonces es cosa mía. Bueno, como te estaba diciendo, eso de que no regresó es un puro decir. No había acabado de pasar su caballo cuando sentí que me tocaban por la ventana. Ve tú a saber si fue ilusión mía. Lo cierto es que algo me obligó a ir a ver quién era. Y era él, Miguel Páramo. No me extrañó verlo, pues hubo un tiempo que se pasaba las noches en mi casa durmiendo conmigo, hasta que encontró esa muchacha que le sorbió los sesos.

“-¿Que pasó? -le dije a Miguel Páramo-. ¿Te dieron calabazas?”

“-No. Ella me sigue queriendo -me dijo-. Lo que sucede es que yo no pude dar con ella. Se me perdió el pueblo. Había mucha neblina o humo o no sé qué; pero sí sé que Contla no existe. Fui más allá según mis cálculos, y no encontré nada. Vengo a contártelo a ti, porque tú me comprendes. Si se lo dijera a los demás de Comala dirían que estoy loco, como siempre han dicho que lo estoy.

“-No. Loco no, Miguel. Debes estar muerto. Acuérdate que te dijeron que ese caballo te iba a matar algún día. Acuérdate, Miguel Páramo. Tal vez te pusiste a hacer locuras y eso ya es otra cosa.

“-Sólo brinqué el lienzo de piedra que últimamente mandó poner mi padre. Hice que el Colorado lo brincara para no ir a dar ese rodeo tan largo que hay que hacer ahora para encontrar el camino. Sé que lo brinqué y después seguí corriendo; pero, como te digo, no había más que humo y humo y humo.

“-Mañana tu padre se torcerá de dolor -le dije-. Lo siento por él. Ahora vete y descansa en paz, Miguel. Te agradezco que hayas venido a despedirte de mí.

“Y. cerré la ventana. Antes de que amaneciera un mozo de la Media Luna vino a decir:

“-El patrón don Pedro le suplica. El niño Miguel ha muerto. Le suplica su compañía.

“-Ya lo sé -le dije-. ¿Te pidieron que lloraras?

“-Sí, don Fulgor me dijo que se lo dijera llorando.

“-Está bien. Dile a don Pedro que allá iré. ¿Hace mucho que lo trajeron?

“-No hace ni media hora. De ser antes, tal vez se hubiera salvado. Aunque, según el doctor que lo palpó, ya estaba frío desde tiempo atrás. Lo supimos porque el Colorado volvió solo y se puso tan inquieto que no dejó dormir a nadie. Usted sabe cómo se querían él y el caballo, y hasta estoy por creer que el animal sufre más que don Pedro. No ha comido ni dormido y nomás se vuelve un puro corretear. Como que sabe, ¿sabe usted? Como que se siente despedazado y carcomido por dentro.

“- No se te olvide cerrar la puerta cuando te vayas.

“Y el mozo de la Media Luna se fue.”

-¿Has oído alguna vez el quejido de un muerto? - me preguntó a mí.

-No, doña Eduviges.

-Más te vale.

Pedro Páramo de Juan Rulfo

- a) Haz un resumen del fragmento.
- b) Haz un listado de los personajes que aparecen en el fragmento.
- c) ¿Qué tipo de narrador tiene este fragmento?
- d) ¿Cuál es el problema que se plantea en este fragmento?

19. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

Claro que no, no sirve para nada. Te sientas al **borde** de tu cama y **cubres** tu cara con tus manos, mientras **misiá** Raquel te escucha **sobrecogida** porque estás inventando cosas, Inés, siempre has sido fabuladora, **tienes vocación** de vieja, es sólo cuestión de permitir que la vieja **aflore** y se apodere de ti, por eso **misiá** Raquel te escucha sentada muy **tiesa** en su silla con su cartera en el **regazo** agarrada firmemente con las dos manos porque ni ella ni nadie te puede creer que hasta tu edad tuviste sangre todos los meses, sangre sucia y regular que me **esclavizaba** como a una chiquilla, a mi edad, como si fuera castigo de Dios por alguna cosa horrible que hice y que no recuerdo, todos los meses, insistentemente, no sabes cómo he rezado, sobre todo cuando era más joven y tenía esperanza de darle un hijo a Jerónimo, **rezábamos** y rezábamos con la Peta Ponce, **salve** va y salve viene, **padrenuestro** de corrido y padrenuestro al revés, oraciones que nosotras mismas inventábamos para **implorar** **merced** de quien quisiera darla, **escapularios** con **reliquias** de no sé quién que la Peta me cosía en los **corpíños**, no te imaginas cómo rezábamos con la Peta para que este mes, por fin, no me ensuciara mi sangre, anunciando así mi limpieza y el **advenimiento** de Boy, esclava **inmunda** de mi sangre hasta los sesenta y tres años, no llores más, Inés, deja que **misiá** Raquel te consuele sin lograrlo porque sigues llorando y llorando, cada mes la esperanza de que ese mes por fin se había agotado tu **feminidad**, que ibas a tener paz para comenzar a **envejecer** como todo el mundo, pero no **sin tregua**, sangre todos los meses... un monstruo, Raquel, un monstruo. Lo malo es que a Jerónimo siempre le **han fascinado** los monstruos.

-Claro. ¿Te acuerdas de ese secretario que tuvo hace años, uno como medio **enano** pero no enano y con el labio **leporino** mal **cosido**, y como **gibado**... una calamidad?

-Creo que sí.

-¿Cómo se llamaba?

-Sí, sé quién dices...

-Se llamaba... espera...

-¡Qué me voy a estar acordando!

-Era raro.

-Pero no tan monstruoso como yo, Raquel, sí, reconoces que tú eres el verdadero monstruo, Inés, y sigues siéndolo a pesar de tu operación porque le vas asegurar a misiá Raquel que Jerónimo no te dejaba en paz hasta antes de irte, que hasta los sesenta y tres años tu marido también monstruoso te obligaba a hacer el amor con él todas las noches como si fueran chiquillos, nadie puede creerte, Inés, y esa noche misiá Raquel irá a hacerle una visita a Jerónimo para interrogarlo, no oigo muy bien porque pasa un tranvía **destartalado**, un camión al mismo tiempo, autos, las **sirenas** que tocan a **incendio** y parejas **cuchichean** en los **umbrales** y las **campanadas** de la Merced, no logro oír lo que usted explica a misiá Raquel y tengo que volver corriendo a la casa para no perderme lo que Inés **está confesando** entre llantos, saber la mentira por lo menos aunque no sepa la verdad, Jerónimo comenzaba muy suavemente, con mucha **ternura**, **cariños** que por último yo me dejaba hacer porque por qué no, aunque poca paciencia me quedaba y **francamente** hubiera preferido **rezar un rosario** o leer el diario de la tarde, pero no me dejaba. Iba tocándome más y más, poco a poco, tú ves, a esta edad una ya no es ninguna preciosura en cama, ni tampoco caminando por los corredores de la casa, Inés, cuando te **detienes** junto a mi **sitial** a charlar con las **gárgolas**, cómo estás, Muditto, cómo has amanecido, si parece que este hombre amaneciera más **encogido** cada día, pobrecito, y sigues caminando hacia tu habitación y sentada al borde de tu cama le aseguras a misiá Raquel que a la edad de una da un poco de vergüenza, no sé, todo caído, el derrumbe completo así es que a una misma le da un poco de **repugnancia**, pero Jerónimo no, era como si no viera eso y no me permitiera tener la edad que tengo y la **frialidad** de mi cuerpo de vieja no tuviera derecho a existir, y poco a poco, todas las noches, iba despertando desde el fondo de mi cuerpo de vieja cansada a la mujer joven que yo no era ni soy.

El obsceno pájaro de la noche de José Donoso

- a) Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- b) Haz el resumen del fragmento.
- c) Busca los recursos literarios que aparecen en el fragmento.
- d) ¿Qué sucede en este fragmento?
- e) ¿Quién es el narrador?

20. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

Él le dice que ésa es la última pieza que va a tocar la orquesta, que ya es hora de quitarse el antifaz. Ella le dice que no, la noche debe terminar sin que él sepa quién es ella, y sin que ella sepa quién es él. Porque nunca más se volverán a ver, ése ha sido el encuentro perfecto de un baile de carnaval y nada más. Él insiste y se saca el antifaz, es divino el tipo, y le repite que ha estado toda su vida esperándola y ahora no la va a dejar escapar. Y le mira a ella un anillo solitario fabuloso que tiene, y le pregunta si eso significa algo, un compromiso sentimental. Ella contesta que sí, y le pide que la espere afuera en el coche de él, mientras ella va al tocador a empolvarse y rehacerse el maquillaje. Es el minuto fatal, porque él sale y la espera y la espera y ella nunca más aparece. Bueno, la acción pasa a la capital de México, y se ve que el muchacho trabaja como reportero en un gran diario de la tarde. ¡Ah!, porque me olvidé decirte que mientras bailan ella dice que esa pieza es preciosa, y qué lástima que no tenga letra, y ahí él le dice que es medio poeta. Y entonces está él una tarde ahí en la redacción del diario, que es un bochinche bárbaro de gente que entra y sale, cuando ve que están preparando un artículo bastante escandaloso, con muchas fotos, sobre una actriz y cantante que hace un tiempo se ha retirado, y que vive protegida por un poderosísimo hombre de negocios, un magnate temidísimo, medio mafioso, pero del que no dan el nombre. Y al ver las fotos el muchacho se queda pensando, esa mujer hermosísima, que empezó su carrera en teatros de revistas y que después se volvió estrella dramática de gran éxito, pero por muy poco tiempo, por que se retiró, bueno, esa mujer le resulta conocidísima, y cuando le ve en una foto la mano tomando champagne con un solitario rarísimo, ya no le queda duda de quién es.

El beso de la mujer araña de Manuel Puig

- a) ¿Quién es el narrador?
- b) ¿Cuál es el tema de este fragmento?
- c) ¿Cómo podría terminar este fragmento? Escribe un final para el fragmento.

21. Lee el siguiente fragmento y responde las preguntas:

Tengo pocos amigos. A decir verdad, nunca está abierto mi corazón al amigo presente sino al **ausente**. Abrazamos a los que fueron y a los que todavía no son, no menos que a los ausentes. Uno de ellos, el general Manuel Belgrano. Hay noches en que viene a hacerme compañía. Llega ahora libre de cuidados, de recuerdos. Entra sin necesidad de que le abra la puerta. Más que verlo, siento su presencia. Está ahí presenciando mi **ausencia**. Ni el más leve ruido lo **anuncia**. Simplemente está ahí. Me vuelvo de costado en mi pensamiento. El general está ahí. **Hinchado** monstruosamente, menos por la **hidropesía** que por la **pena**. **Flota a medio palmo** del suelo. Ocupa la mitad y media de la no - habitación. Mi pierna **hinchada**, el resto del cuarto. Sin necesidad de **apretarnos** mucho ocupamos en el tiempo mayor lugar del que limitadamente nos **concede** en esta vida el espacio. Buenas noches, mi estimado general. Me escucha, me contesta a su modo. La **nebulosa** persona **se remueve** un poco. ¿Está usted cómodo? Me dice que sí. Me hace entender que pese a nuestras **desemejanzas**, se siente cómodo a mi lado. Lo que yo más apreciaba en los hombres, murmura, la sabiduría, la austeridad, la verdad, la sinceridad, la independencia, el patriotismo... Bueno, bueno, general, no nos haremos cumplidos ahora que todo está cumplido. Nuestras desemejanzas, como usted dice, no son tantas. **Sumergidos** en esta obscuridad, no **nos distinguimos** el uno del otro. Entre los no-vivos reina igualdad absoluta. Así el débil como el fuerte son iguales. Como están las cosas, general, me habría gustado más sin embargo vivir la vida de un **peón de campo**. Acuérdesese, Excelencia, me consuela el general con el **vano consuelo** de Horacio: Non omnis moriar. ¡Ah **latinajos!**, pienso. Sentencias que sólo sirven para discursos **fúnebres**. Lo que sucede es que nunca uno llega a comprender de qué manera nos sobrevive lo hecho. Tanto los que mucho creen en el más allá, como los que sólo creemos en el más acá. O altitud!, dijo mi huésped y sus palabras rebotaron contra las piedras... udo... udo... udo... Cuando **acallaron** los **ecos** del **versículo** entre el **zumbido** de las moscas, volvió a nosotros el silencio de las profundidades. Sólo deseo, general, que no haya acabado usted desesperado del pensamiento de su Mayo, del mismo modo

que desesperado de nuestro Mayo sin pensamiento. ¿Recuerda que usted mismo me lo aconsejó en una carta? El recuerdo pesa mucho, lo sé. El recuerdo de las obras pesa más que las obras mismas. Comunicábanse nuestras almas-huevos sin necesidad de voz, de palabras, de escritura, de tratados de paz y guerra, de comercio. Fuertes en nuestra suprema debilidad, nos íbamos al fondo. **Sabiduría** sin fronteras. Verdad sin límites, ahora que ya no hay límites ni fronteras.

Para consolarse de sus **derrotas**, comenzó a escribir sus Memorias. Se nota en ellas cómo la idea revolucionaria **fermenta, germina**, fracasa a la sombra de los intereses económicos de la denominación extranjera. Belgrano, uno de los primeros propagadores del libre cambio en América del Sur, nada dice de su participación en los proyectos de fundar monarquías las que, según los doctores porteños, debían ayudar al libre cambio. **¡Ilusos jabonarios!**

Yo, el supremo de Augusto Roa Bastos

- Busca el significado y traduce las palabras en negrita.
- Resume el fragmento.
- Haz una lista de los personajes que aparecen en el fragmento.
- ¿Quién es el narrador?

22. Lee el siguiente poema y responde las preguntas:

El mundo alucinante

El verano. Los pájaros derretidos en pleno vuelo, caen, como plomo hirviendo, sobre las cabezas de los arriesgados transeúntes, matándolos al momento.

El verano. La isla, como un pez de metal alargado, centellea y lanza destellos y vapores ígneos que fulminan.

El verano. El mar ha comenzado a evaporarse, y una nube azulosa y candente cubre toda la ciudad.

El verano. La gente, dando voces estentóreas, corre hasta la laguna central, zambulléndose entre sus aguas caldeadas

y empastándose con fango toda la piel, para que no se le desprenda el cuerpo.

El verano. Las mujeres, en el centro de la calle, empiezan a desnudarse, y echan a correr sobre los adoquines que sueltan chispas y espejean.

El verano. Yo, dentro del morro, brinco de un lado a otro. Me asomo entre la reja y miro al puerto hirviendo. Y me pongo a gritar que me lancen de cabeza al mar.

El verano. La fiebre del calor ha puesto de mala sangre a los carceleros que, molestos por mis gritos, entran a mi celda y me muelen a golpes. Pido a Dios que me conceda una prueba de su existencia mandándome la muerte. Pero dudo que me oiga.

De estar Dios aquí se hubiera vuelto loco.

El verano. Las paredes de mi celda van cambiando de color, y de rosado pasan a rojo, y de rojo al rojo vino, y de rojo vino a negro brillante... el suelo empieza también a brillar como un espejo, y del techo se desprenden las primeras chispas. Solo dándole brincos me puedo sostener, pero en cuanto vuelvo a apoyar los pies siento que se me achicharran. Doy brincos. Doy brincos. Doy brincos.

El verano. Al fin el calor derrite los barrotes de mi celda, y salgo de este horno al rojo, dejando parte de mi cuerpo chamuscado entre los bordes de la ventana, donde el aceite derretido aun reverbera.

(...)

Pero las revoluciones no se hacen en las cárceles, si bien es cierto que generalmente allí es donde se engendran. Se necesita tanta acumulación de odio, tantos golpes de cimitarra y redobles de bofetadas, para al fin iniciar este interminable y ascendente proceso de derrumbe.

(...)

Las manos son lo mejor que indica el avance del tiempo. Las manos, que antes de los veinte años empiezan a envejecer.

Las manos, que no se cansan de investigar ni darse por vencidas.

Las manos, que se alzan triunfantes y luego descienden derrotadas.

Las manos, que tocan las transparencias de la tierra.
Que se posan tímidas y breves.

Que no saben y presienten que no saben.

Que indican el límite del sueño.
Que planean la dimensión del futuro.
Estas manos, que conozco y sin embargo me confunden.
Estas manos, que me dijeron una vez: -tenta y escapa-.
Estas manos, que ya vuelven presurosas a la infancia.
Estas manos, que no se cansan de abofetear a las tinieblas.
Estas manos, que solamente han palpado cosas reales.
Estas manos, que ya casi no puedo dominar.
Estas manos, que la vejez ha vuelto de colores.
Estas manos, que marcan los límites del tiempo.
Que se levantan y de nuevo buscan el sitio.
Que señalan y quedan temblorosas.
Que saben que hay música aun entre sus dedos.
Estas manos, que ayudan ahora a sujetarse.

Estas manos, que se alargan y tocan el encuentro.
Estas manos, que me piden, cansadas, que ya muera.

Reinaldo Arenas

- a) ¿Cuál es el tema de este fragmento?
- b) ¿Dónde se encuentra el autor?
- c) Busca los recursos literarios del poema.

23. Lee el siguiente capítulo y responde:

Capítulo I

Barrabás llegó a la familia por vía marítima, anotó la niña Clara con su delicada caligrafía. Ya entonces tenía el hábito de escribir las cosas importantes y más tarde, cuando se quedó muda, escribía también las trivialidades, sin sospechar que cincuenta años después, sus cuadernos me servirían para rescatar la memoria del pasado y para sobrevivir a mi propio espanto. El día que llegó Barrabás era jueves Santo. Venía en una jaula indigna, cubierto de sus propios excrementos y orines, con una mirada extraviada de preso miserable e indefenso, pero ya se adivinaba

-por el porte real de su cabeza y el tamaño de su esqueleto- el gigante legendario que llegó a ser. Aquél era un día aburrido y otoñal, que en nada presagiaba los acontecimientos que la niña escribió para que fueran recordados y que ocurrieron durante la misa de doce, en la parroquia de San Sebastián, a la cual asistió con toda su familia. En señal de duelo, los santos estaban tapados con trapos morados, que las beatas desempolvaban anualmente del ropero de la sacristía, y bajo las sábanas de luto, la corte celestial parecía un amasijo de muebles esperando la mudanza, sin que las velas, el incienso o los gemidos del órgano, pudieran contrarrestar ese lamentable efecto. Se erguían amenazantes bultos oscuros en el lugar de los santos de cuerpo entero, con sus rostros idénticos de expresión constipada, sus elaboradas pelucas de cabello de muerto, sus rubíes, sus perlas, sus esmeraldas de vidrio pintado y sus vestuarios de nobles florentinos. El único favorecido con el luto era el patrono de la iglesia, san Sebastián, porque en Semana Santa le ahorra a los fieles el espectáculo de su cuerpo torcido en una postura indecente, atravesado por media docena de flechas, chorreando sangre y lágrimas, como un homosexual sufriente, cuyas llagas, milagrosamente frescas gracias al pincel del padre Restrepo, hacían estremecer de asco a Clara.

Era ésa una larga semana de penitencia y de ayuno, no se jugaba baraja, no se tocaba música que incitara a la lujuria o al olvido, y se observaba, dentro de lo posible, la mayor tristeza y castidad, a pesar de que justamente en esos días, el aguijonazo del demonio tentaba con mayor insistencia la débil carne católica. El ayuno consistía en suaves pasteles de hojaldre, sabrosos guisos de verdura, esponjosas tortillas y grandes quesos traídos del campo, con los que las familias recordaban la Pasión del Señor, cuidándose de no probar ni el más pequeño trozo de carne o de pescado, bajo pena de excomunión, como insistía el padre Restrepo. Nadie se habría atrevido a desobedecerle. El sacerdote estaba provisto de un largo dedo incriminador para apuntar a los pecadores en público y una lengua entrenada para alborotar los sentimientos.

-¡Tú, ladrón que has robado el dinero del culto! -gritaba desde el púlpito señalando a un caballero que fingía afanarse en una pelusa de su solapa para no darle la cara-. ¡Tú, desvergonzada que te prostituyes en los muelles! -y acusaba a doña Ester Trueba,

inválida debido a la artritis y beata de la Virgen del Carmen, que abría los ojos sorprendida, sin saber el significado de aquella palabra ni dónde quedaban los muelles-. ¡Arrepentíos, pecadores, inmunda carroña, indignos del sacrificio de Nuestro Señor! ¡Ayunad! ¡Haced penitencia!

La casa de los espíritus, Capítulo I, de Isabel Allende

- a) Haz el resumen de este fragmento.
- b) Haz un listado de los personajes que aparecen en este fragmento.
- c) Situa geográficamente este fragmento.
- d) ¿En que tiempo ocurren los hechos?

24. Lee los siguientes fragmentos y responde ls preguntas:

Son muchos. Vienen a pie, vienen riendo. Bajaron por Melchor Ocampo, la Reforma, Juárez, Cinco de Mayo, muchachos y muchachas estudiantes que van del brazo en la manifestación con la misma alegría con que hace apenas unos días iban a la feria; jóvenes despreocupados que no saben que mañana, dentro de dos días, dentro de cuatro estarán allí hinchándose bajo la lluvia, después de una feria en donde el centro del tiro al blanco lo serán ellos, niños-blanco, niños que todo lo maravillan, niños para quienes todos los días son día de fiesta, hasta que el dueño de la barraca del tiro al blanco les dijo que se formaran así el uno junto al otro como la tira de pollitos plateados que avanza en los juegos, click, click, click, click y pasa a la altura de los ojos, ¡Apunten, fuego!, y se doblan para atrás rozando la cortina de satén rojo.

El dueño de la barraca les dio los fusiles a los CUÍCOS, a los del ejército, y les ordenó que dispararan, que dieran en el blanco y allí estaban los monitos plateados con el azoro en los ojos, boquiabiertos ante el cañón de los fusiles. ¡Fuego! El relámpago verde de una luz de bengala. ¡Fuego! Cayeron pero ya no se levantaban de golpe impulsados por un resorte para que los vol-vieran a tirar al turno siguiente; la mecánica de la feria era

otra; los resortes no eran de alambre sino de sangre; una sangre lenta y espesa que se encharcaba, sangre joven pisoteada en este reventar de vidas por toda la Plaza de las Tres Culturas.

Aquí vienen los muchachos, vienen hacia mí, son muchos, ninguno lleva las manos en alto, ninguno trae los pantalones caídos entre los pies mientras los desnudan para cachearlos, no hay puñetazos sorprendidos ni macanazos, ni vejaciones, ni vómitos por las torturas, ni zapatos amontonados, respiran hondo, caminan seguros, pisando fuerte, obstinados; vienen cercando la Plaza de las Tres Culturas y se detienen junto al borde donde la Plaza cae a pico dos o tres metros para que se vean las ruinas prehispánicas; reanudan la marcha, son muchos, vienen hacia mí con sus manos que levantan la pancarta, manos añidadas porque la muerte añia las manos; todos vienen en filas apretadas, felices, andan felices, pálidos, sí, y un poco borroneados pero felices; ya no hay muros de bayonetas que los rechacen violentamente, ya no hay violencia; los miro a través de una cortina de lluvia, o será de lágrimas, igual a la de Tlatelolco; no alcanzo a distinguir sus heridas, qué bueno, ya no hay orificios, ni bayonetazos, ni balas expansivas; los veo nublados pero sí oigo sus voces, oigo sus pasos, pas, pas, pas, paaaaas, paaaaaas, como en la manifestación del silencio, toda la vida oiré esos pasos que avanzan; muchachas de mini con sus jóvenes pierñas quemadas por el sol, maestros sin corbata, muchachos con el suéter amarrado a la cintura, al cuello, vienen a pie, vienen riendo, son muchos, vienen con esa loca alegría que se siente al caminar juntos en esta calle, nuestra calle, rumbo al Zócalo, nuestro Zócalo; aquí vienen; 5 de agosto, 13 de agosto, 27 de agosto, 13 de septiembre, el padre Jesús Pérez echó a vuelo las campanas de catedral para recibirlos, toda la Plaza de la Constitución está iluminada; constelada con millares de cempazúchitl, millares de veladoras; los muchachos están en el corazón de una naranja, son el estallido más alto del fuego de artificio, ¿no que México era triste? Yo lo veo alegre, qué loca alegría; suben por Cinco de Mayo, Juárez, cuántos aplausos, la Reforma, se les unen trescientas mil personas que nadie acarrea, Melchor Ocampo, Las Liornas, se remontan a la sierra, los bosques, las montañas, Mé-xi-co, Li-ber-tad, Mé-xi-co, Li-ber-tad, Mé-xi-co, Li-ber-tad, Mé-xi-co, Li-ber-tad, Mé-xi-co, Li-ber-tad.

E. P.

No es que yo me “metiera” al Movimiento Estudiantil; ya estaba adentro desde hace mucho. Entiéndeme, yo soy del Poli; allá tengo mi casa; allá están mis cuates, los vecinos, el trabajo. .. Allá nacieron mis hijos. Mi mujer también es del Poli. El Movimiento lo traemos dentro desde hace muchos años. ¡Aquí no hay improvisación, ni “puntada”, ni “buena onda”, ni nada! No se trata de eso. Se trata de defender todo aquello en que creemos, por lo que siempre hemos luchado y antes de nosotros nuestros padres y los padres de nuestros padres... Provenimos de familias de obreros, de gente que siempre ha trabajado, y trabajado duro.

Raúl Álvarez Garfá, físico matemático de la ESFM.
Profesor de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del IPN,
delegado ante el CNH, preso en Lecumberri

MÉ-M-CO-LI-BER-TAD - MÉ-XI-CO-LI-BER-TAD -
MÉ-XI-CO-LI-BER-TAD

Coro en las manifestaciones

Yo le entré al Movimiento Estudiantil porque un día, sin más, llegaron los granaderos a la Escuela de Bellas Artes con perros policía y cadenas y se llevaron a todo mundo preso, así, fíjate, con la mano en la cintura. ¡Y el INBA ni siquiera había dicho abiertamente si apoyaba o no al Movimiento! (Yo creo más bien que no ¿eh?) A muchos actores, esta invasión arbitraria nos hizo tomar conciencia y resolvimos unirnos a los estudiantes y ayudarlos, pero de veras, no sólo yendo a las manifestaciones agarrados del brazo o gritando en los mítines... Entonces constituimos una brigada de actores de teatro.

Margarita, Isabel, actriz

-¿Por qué llegaste tan tarde anoche?

-Porque hicimos una pinta.

-¿En dónde pintaron?

-En el Palacio...

-¿En el Palacio de Hierro?

-No, allí no.

-Entonces, ¿en cuál palacio?

-En Palacio.

-¿En Palacio Nacional?

-Sí.

-¡Por Dios!, ¡están locos de remate! ¡Los pueden matar! ¿Qué les pasa? Están totalmente virolos...

-Somos inmortales... Además todo lo tenemos rebién estudiado, la hora, quién echa aguas, el coche andando, la cantidad de pintura, tú olvídate mi vieja que pa' pintas, somos expertazos.

-Ay, no es cierto, no te creo. Pero, ¿quién les dijo que hicieran eso?

-Por ai, por ai...

-Y anoche, ¿qué hiciste? También llegaste tardísimo...

-¡Ah!, anoche fuimos al Capri...

-¿Al Capri? ¿A qué?

-Por puntada. Es una tumba aquello, puros muertos haciendo que se divierten, puras calacas brindando y un pinche show del año del caldo, gachísimo... íbamos con tres cuentos y nos pelamos Oswald, Javier y yo sin pagar la cuenta. Se lo merecen por tarados...

-Ay Jan, se están muriendo muchachos, hay desaparecidos, suceden cosas muy graves y tú una noche haces una pinta y a la otra vas al Capri y te sales sin pagar. ¿Qué les pasa? De veras, están locos...

-No mana, así es esto. ¡Son ondas que nos entran!

Jan Poniatowski Amor,
estudiante de la Preparatoria Antonio Caso

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO LLAMADO A LOS UNIVERSITARIOS

La situación actual de la Universidad, casi sobra decirlo, es delicada en extremo. Desde hace varias semanas se suspendieron las labores docentes, cuando estábamos terminando los cursos del bachillerato y cuando, en el nivel profesional, el segundo semestre iba a menos de la mitad de su avance. Esa interrupción, aunada al uso de bienes y servicios de la Universidad para fines que no son estrictamente universitarios, no sólo ha perjudicado a los alumnos, sino que ha quebrantado gravemente a la propia

casa de estudios al desviarse, e impedirse en gran parte, el cumplimiento de las funciones que nos encomienda la ley y que constituyen nuestra obligación ante el pueblo mexicano.

Ahora bien, nuestras demandas institucionales, contenidas en la declaración del Consejo Universitario publicada el pasado 18 de agosto, han quedado satisfechas, en lo esencial, por el ciudadano Presidente de la República en su último informe. Cierto es que aún falta el esclarecimiento de algunos aspectos jurídicos importantes en relación con la autonomía; pero ello se logrará por las vías y con los métodos más adecuados.

El rector, Javier Barros Sierra, "Llamado a los Universitarios",
Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 9 de septiembre de 1968

La noche de Tlatelolco. Testimonios de historia oral
de Elena Poniatowska

- a) ¿Cuándo ocurre la historia que se narra?
- b) ¿Dónde se ubica la narración?
- c) ¿Cuál es la trama del relato?
- d) ¿Qué técnica usa la autora?

25. Lee el siguiente cuento y responde las preguntas:

Infierno infierno la turbia imagen de lo que soy entre los copetines los bocadillos de langostines y el petit-bouche de queso, infierno mi inflamación entre las piernas mi lomo arqueado mordiendo aun otra maleza, otro infierno, ese que tienes tú, perra, ahí abajo, donde se combustiona la membrana más fina de mi piel, infierno este impúdico derrame de carne mientras hago el tango contigo (la del país lejano) y la piel de zorro de tu madre te cuelga sobre los pliegues de tu terciopelo, y tú levitas por la alta tierra de marfil desde donde asistes a mis contorsiones reventando un gesto, echando redondito el humo del cigarro por la boca, eso, ah já, y pensar aun en un día en que habría sido inteligente,

perra, y que eran mis manos las que sabían morderte la cintura, la más hábil la derecha, y la mala era la izquierda, buscándote entre las costillas, y era un tiempo mejor, de vez en cuando llovía en el invierno, no como estos días agónicos, los parques incinerados, la triste tutula del Darlo echando un chorrito en el parque, y la lluvia, en cambio, está sólo en los periódicos, llueve en un país lejano y no tan vacío como lo que eres, perrita, dulzura, amor, un país como Vietnam al que debieras conocer para que mudaras de planeta, para que no estuvieses todo el tiempo ahuyentándote los pájaros, para que no mancharas con tanto rouge la boca del cigarrillo, para que no combaras así tu vientre retirándote de mi sexo mientras bailas el tango, para que existieras, perra, fuera de esa zona, de esa nación tan frágil, de esa nariz tan respingada donde parece fornicar con ángeles, y tus pupilas se dan vuelta llevando tus propios dedos del pelo descascarado de mi gamuza a la pelusilla un poco ácida de tus muslos, ah infierno, y conduces el animal de tu arcángel con tus propias yemas (¿quién eres, quién eres?: tu voz caliente), y se va rajando lentamente la marca en tu carne, y yo estoy lejos de tu incendio, yo contigo bailo tango, ni siquiera D'Arienzo o Canaro sino el francés, el de Brel, el más fúnebre, tal vez el más bueno para abandonar la música, cremarte mis sinfonías (la que me premiaron en Filadelfia, esa), y verte entonces apenas preocupada, la mirada violeta dulce corriendo abstraída el hilillo rojo de celofán de una nueva cajetilla de luckis, mientras yo repito un pasaje de violín, como si estuviera dialogando contigo, pero tal vez ni eso, quizás lo que suena no es mio sino Tartini, o Mozart, otra mierda, y mañana, mañana, sacudir en la casona del Arrayán la funda de los muebles (son los pájaros que se meten por los ventanales y los cagan enteros) y uno cree que va a llover, pero no es cierto, es sólo que todo se empantana tan fácil, los insectos en el aire, la radio en el mismo iingle, y yo una y otra vez, tan ineludible, tan encima, tan caliente y cercano, me viera mi madre muerta, ah-já-já-já-já, me vieran mis alumnos del Conservatorio con esta erección matutina, con esta aniquilación casi saludable, casi moribunda, casi lo único que me queda, perra, que me lo vas llevando en el tango, y mi lengua se corre más abajo de tu pelo, las papilas taladran tu selva, siempre te he visto como país, como un atlas ingenuo, un país lejano para el que no se otorgan pasaportes, mi lengua abriéndose en la maraña,

buscando seca un trago, y luego y luego, el perfil brillante de tu oreja, y ahora encontrarlo, vivir ahí, lamiéndote, oh cielos cielos, toda concavidad tuya es imagen de mi muerte, es succión, es precipicio, calda libre, y quién nos viera que supiera, apenas mi lengua que ronda la dureza de tus cartílagos, ardes, pero casi nada, yo soy un incendio en este salón pero no importa, porque yo no existo, alguien podría describirnos, fotografiarnos, y no habría nada, apenas la imagen de un galán insistente, la palidez de una mina que sabe calentarse mirando a los hombres que fuman bajo los cortinajes del salón, al que ríe con los dientes en la mitad de la pista, al que mira sombrío el pliegue de tu terciopelo en la esfera de tu culo, y me mira, y vuelve a tus muslos, a la línea de tu pierna, y está bailando contigo el tango -ah, infierno-, su rodilla va exploradora bajo el buen corte de su pantalón a abrirte un poco los Muslos, a acercarte la mejilla desierta, y tú me resistes, eres una nación remota, una especie de Holanda ambulante, de Indostán, y yo, mierda de mí, estoy firme con la huelga de la Sinfónica, te veo fornicar desde el palco, y yo soy el hombre que tú amas, y yo soy el hombre que te amo, y te curvas tan fácilmente ante esa mirada extranjera, es tan dulce tu rendición, tan flexible y maternal la línea de tu estómago,, como si un hijo lejano se te viniese replegando por tus huesos, los dedos blandamente hundidos en tu carne caliente, y casi flotas en la alfombra, elevada como una virgen ascendiendo, y yo debiera orarte, y otro te posee, y yo apenas existo, soy el hombre que tú amas, pero tu vientre se ha combado para mí, mi sexo naufraga en este salón, se muere en este tango, a ti te posee ahora un fantasma, y los trinos de la madrugada se despedazan afuera, o es mi sangre que estrangula los pájaros, esas aves que conozco bien, todos los pájaros que cubren la distancia desde la curva de tu hombro desnudo hasta los árboles desertados, esa madrugada que conozco bien donde el cigarrillo no te detiene, donde las sábanas casi grises son hostiles, casi se tragan tus piernas, pero tú cantas algo, algún tema miserable, y yo estoy tan mal con mis calzoncillos mirando el parque, y tú quién eres, y quién es Brel, y ahora perra qué has hecho con mis manos por qué se me aprietan así contra tu carne liberándose donde quiero el asesinato, y este vino que viene dando vuelta por todas partes, y ahora el estómago que se me desplaza y se me viene haciendo un incendio como quien dice, qué país es este, qué lobos lo habitan,

qué lengua se habla tan corta de respiración, tan inútil este jadeo turbio que me aprieta en la carne, qué me haces, qué tango es este que me está matando sin ninguna muerte, qué Santiago, perra, esta fuerza mía que se me dilata, es un cuarteto de Brahms el que estoy bailando y no te doy este triunfo: ten mi amor pero no mi rabia, y ahora que me acuerdo de ese tipo, que si, textualmente, se muere de amor en La princesa de Clèves y la música tal vez fuera de Lully, pero esto es peor, estos pantalones de mierda son cada vez más frágiles, mis piernas se van desnudando, tengo un asco aquí cerca, qué especie de maricón estoy siendo por amarte, así sin hablar, como la derrota del trompo cuando cucarrea y se desvanece en la baldosa del barrio, quién canta, cuál es el mejor pasaje que he escrito, y ahora el roce con tu pelo, y mi barba cada vez más pálida, mi bozo lampiño, y hasta el tórax Cristo que se me aprieta y me estoy pegando a tu camisa, y el pecho se me descoyunta, me están saliendo tus tetas adelante, como si estuviera gestando una granada en los flancos, mis piernas cada vez más lacias, el terciopelo moribundo y quién me aprieta, la madera del suelo se baja, mis pies tan pequeños en la alfombra, y yo dónde estoy, cuál es este silencio, y tú que me estas llevando con tanta rabia, y qué me importas, y tu sexo duro entre mis piernas como si te perteneciera, tú con tu trono a cuestas, tu mierda de sinfonía y cuartetos, tu boca mordéndome el cuello, ahora si que te picaste, sabes que se me levantó la falda, es donde me aprietas así, se me sube la falda y los hombres ven mis ligas, contemplan cómo me corre el sudor por el muslo, y tú me estás matando, y ya sé lo que va a pasarte, acabarás en ti, o en mí, cuando amanezca definitivamente, y tendrás tu propia repugnancia, tu conciencia latinoamericana, tu traje barato, pero yo estaré ahí donde tú dices, en una nación remota, ahí donde tu dices en otra galaxia, ahí lo tienes compañero: ese es el final del tango.

Final del tango Antonio Skármenta

- a) Resume el cuento.
- b) Haz un listado con los personajes y sus características.
- c) ¿Quién narra el cuento?
- d) Se afirma que es un cuento erótico. Enumera los elementos eróticos del cuento.

Bibliografía

- Agustini, Delmira, (2009). *Poesía completa*. Buenos Aires: Editorial Sibilina.
- Alegría, Ciro, (2003). *El mundo es ancho y ajeno*. Madrid: Alianza editorial.
- Allende, Isabel, (2010). *La casa de los espíritus*. Barcelona: S.L.U. Espasa libros.
- Anónimo, (2017). *Popol-Vuh o El libro del Consejo de los Indios Quiché*. Scotts Valley: CreateSpace Independent Publishing Platform.
- Anónimo, (1947). *Poesía de los Incas*. Lima: Empresa Editora Amauta.
- Arboleda, Julio, (1889). *Poesías de Julio Arboleda*. Paris: Librería de Garnier Hermanos
- Arévalo Martínez, Rafael, (1970). *El hombre que parecía un caballo*. Buenos Aires: Educa.
- Arlt, Roberto, (2011). *El juguete rabioso*. Buenos Aires: Cuarto propio.
- Arlt, Roberto, (2017) *Agua fuertes porteñas*. Madrid: Losada
- Ascasuri, Hilario, (2004). *Santos Vegas o los mellizos de la flor*. Miami: Stockcero.
- Ascencio Segura, Manuel, (2003). *Ña Catita*. Lima: Fondo Editorial Cultura Peruana.
- Asturias, Miguel Ángel, (2016). *El señor presidente*. México DF: Lectorum.
- Azuela, Manuel, (2016). *Los de abajo*. México DF: Fondo de cultura económica de México.
- Benedetti, Mario, (2011). *Antología poética*. Madrid: Alianza editorial.
- Benedetti, Mario, (2015). *Cuentos completos*. Barcelona: Alfaguara.
- Bello, Andrés, (1883). *Canción a la disolución de Colombia*. Santiago de Chile: Impreso por Pedro G. Ramírez.
- Bolívar, Simón, (1947). *Obras completas de Bolívar*. La Habana: Editorial Lex.
- Blest Gana, Alberto, (2005). *Martín Rivas*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Cabrera Infante, Guillermo, (2016). *Tres tristes tigres*. Madrid: Cátedra.
- Carpentier, Alejo, (2012). *Concierto barroco*. Madrid: Alianza editorial.
- Carrió de la Vandra, Alonso, (1997). *El Lazarillo de ciegos caminantes*. Buenos Aires: Emece, Editores.

- Casal, Julián del, (2013). *Poesía completa y prosa selecta*. Madrid: Editorial Verдум.
- Colón, Cristóbal (2010). *Diario de a bordo*. Madrid: Edaf.
- Cortázar, Julio, (2016). *Cuentos Completos*. Barcelona: Debolsillo (Punto de encuentro).
- Cortázar, Julio, (2016). *Rayuela*. Barcelona: Debolsillo (Punto de Lectura).
- Cruz, Sor Juana Inés de la, (2005). *El Divino Narciso*. Pamplona: Eunsa.
- Cruz, Sor Juana Inés de la, (2010). *Primero sueño*. México DF: Vi-Da Global.
- Darío, Rubén, (2013). *El pirata y la princesa*. Zaragoza: Apila Asociación Cultural.
- Delgado, Rafael, (2013). *Los parientes ricos*. Veracruz: Universidad Veracruzana.
- Díaz del Castillo, Bernal (2011). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Madrid: Galaxia Gutenberg.
- Echeverría, Esteban, (2012). *Elvira o La novia del Plata*. Madrid: Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Echavarría, Rogelio. (2003). *Antología De La Poesía Colombiana*. Miami: Panamericana Pub Llc.
- Ercilla, Alonso de. (2011). *La Araucana*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Eustasio Rivera, José, (2006). *La vorágine*. Madrid: Cátedra. ISBN:
- Fernández de Lizardi, José Joaquín, (2010). *El periquillo Sarmiento*. Barcelona: Linkgua.
- Fernández, Macedonio, (2004). *Textos selectos*. Buenos Aires: Corregidor.
- Florit, Eugenio, (1938). Reino (1936-1938). *Poemas*. La Habana: Talleres Tipográficos de Úcar
- Fuentes, Carlos, (2005). *La muerte de Artemio Cruz*. Madrid: Cátedra.
- Gallegos, Rómulo, (2005). *Doña Bárbara*. Madrid: Cátedra.
- Gamboa, Federico (2008). *Santa*. Madrid: S.L. Fondo de cultura económica de España.
- Gómez-Gil, (1972). *Literatura hispanoamericana. Antología crítica. Tomo I y II*. Nueva York: Holt Reinhart Winston.
- Gómez de Avellaneda, Gertrudis, (2007). *Poemas*. Barcelona: Linkgua.
- González Martínez, Enrique (1921). *La palabra del viento. Poesía*. México DF: Ediciones México Moderno.
- García Márquez, Gabriel, (2017). *Cien años de soledad*. Madrid: Alfaguara.
- Gutiérrez Nájera, Manuel, (1946). *Poesía completa de Manuel Gutiérrez Nájera. Tomo I y II*. Buenos Aires: Sopena Argentina. Colección Minerva.
- Guillen, Nicolás, (2004). *Nicolás Guillen: obra poética (Tomo I, II)*. La Habana: Letras cubanas.

Bibliografía

- Güiraldes, Ricardo, (2004). *Don Segundo Sombra*. Madrid: Cátedra.
- Guzmán, Martín Luis, (2002). *La sombra del caudillo*. Barcelona: Castalia.
- Heredia y Heredia, José María, (2008). *Poemas de José María Heredia*. Barcelona: Linkgua.
- Hernández, José, (2016). *Martín Fierro*. Madrid: Alianza Editorial.
- Herrera y Reissig, Julio, (1961). *Poesías completas y páginas en prosa*. Madrid: Enc. Editorial.
- Huidobro, Vicente, (1991). *Altazor*. Madrid: Visor Libros.
- Ibarbourou, Juana de, (1999). *Las lenguas de diamante*. Madrid: Torreozas.
- Icaza, Jorge, (2005). *Huasipungo*. Madrid: Cátedra.
- Imbert, Ardeson; Egenio Florit (1970). *Literatura Hispanoamericana. Tomo I y II*. Nueva York: Helt Reihart Winston
- Lavarden, Manuel José de, (1966). *Oda al Paraná. Buenos Aires: Ediciones Teatro del Pueblo*.
- López Portillo y Rojas, José, (2003). *La parcela*. México DF: Siglo XXI.
- López Velarde, Ramón, (2010). *La suave patria y otros poemas*. Madrid: S.L. Fondo de cultura económica de España.
- Lugones, Leopoldo, (1998). *Cuentos fantásticos*. Barcelona: Castalia.
- Mármol, José, (2016). *Amalia*. Buenos Aires: Losada.
- Martí, José, (2006). *Ismaelillo. Versos libres. Versos sencillos*. Madrid: Cátedra.
- Martí, José, (2006). *La Edad de Oro y otros relatos*. Madrid: Cátedra.
- Martí, José, (2013). *Poesía Completa de José Martí*. Madrid: Alianza Editorial.
- Martí, José, (2004). *Nuestra América*. México DF: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Matto de Turner, Clorinda, (2006). *Aves sin nido*. Castellón de la Plana: Universidad Jaume I Servicio De Comunicacion Y Publicaciones.
- Mistral, Gabriela, (2009). *Antología de poesía y prosa*. Santiago de Chile: Fodno de CulturaEconómica de Chile.
- Mistral, Gabriela, (1949). *Gabriela Mistral para niños*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- Molinari, Ricardo E., (2003). *Mundos de la madrugada. Antología completa*. Madrid: Huerga y Fierro editores S.I..
- Neruda, Pablo, (2011). *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Barcelona: Seix Barral.
- Nervo, Amado, (2002). *En voz baja. La amada inmóvil*. Madrid: Cátedra.
- Nezahualcóyotl (2017). *Poemas de Nezahualcóyotl*. Barcelona: Linkgua.
- Novás Calvo, Lino, (1946) *Cayo Canas (Cuentos cubanos)*. Buenos Aires: Colección Austral.

- Nunn, Frederick M. (2001). *Collisions With History: Latin American Fiction and Social Science from El Boom to the New World Order*. Athens, Ohio: Ohio University Press.
- Palés Matos, Luis, (1954). *Poesía 1914-1956*. San Juan: Editorial Universitaria.
- Palma, Clemente, (2015). *Cuentos malévolos*. Miami: Createspace Independent Pub.
- Palma, Ricardo (2015). *Tradiciones peruanas*. Scotts Valley: CreateSpace Independent Publishing Platform.
- Parra, Nicanor, (2005). *Poemas y antipoemas*. Madrid: Cátedra.
- Pombo, Rafael, (1997). *Cuentos de Pombo*. Miami: Panamericana Pub Llc.
- Poniatowska, Elena, (2015). *La noche de Tlatelolco*. México DF: Escolar y Mayo.
- Puig, Manuel, (2002). *El beso de la mujer araña*. Barcelona: Seix Barral.
- Quiroga, Horacio, (1967). *La gallina degollada y otros cuentos*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Rabasa, Emilio, (1966). *La Bola y la gran ciencia*. México DF: Porrúa.
- Roa Bastos, Augusto, (2017). *Yo, el supremo*. Barcelona: Alfaguara.
- Rodríguez Freyle, Juan, (2003). *El carnero*. Miami: Panamericana Pub Llc.
- Romero, C. M. Zugasti (1998). *Breve biblioteca hispánica. Época moderna y contemporánea (II)*. Pamplona: Eunesa.
- Rulfo, Juan, (2005). *Pedro Páramo*. México DF: R.M.
- Isaacs, Jorge, (2009). *María*. Buenos Aires: Ediciones Losada.
- Storni, Alfonsina (2018). *Alfonsina Storni - Poesía completa*. Buenos Aires: Ediciones Losada.
- Sánchez, Florencio, (2016). *M'hijo el doctor*. Madrid: Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Skármenta, Antonio, (2002). *Desnudo en el tejado*. Barcelona: S.I.U. Espasa libros.
- Terralla y Landa, Esteban de, (2015). *Lima por fuera y por dentro*. Valladolid: España. Maxtor.
- Uslar Pietri, Arturo, (2004). *La lluvia*. Madrid: Gadir.
- Villaurrutia, Xavier, (2002). *Xavier Villaurrutia: nocturnos, nostalgias y otros poemas*. Madrid: S.I. Fondo de cultura económica de España.
- Vallejo, Cesar, (2015). *Poesías completas*. Buenos Aires: Losada.
- Vallejo, Cesar, (2003). *Trilce*. Madrid: Cátedra.
- Villaverde, Cirilo, (2003). *Cecilia Valdés*. La Habana: Letras cubanas.
- Varios, (2013). *Colombia en la poesía*. Bogotá: Letra a Letra
- Vargas Llosa, Mario, (2018). *Pantaleón y las visitadoras*. Barcelona: Alfaguara.